

tomo 7 (1902-1910)

Obras del siglo XX: 1ª década - II

**antología de
obras de teatro
argentino**

desde sus orígenes a la actualidad

selección y prólogo Beatriz Seibel

Payró, Roberto

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad : 1902-1910 1º Década II / Roberto Payró ; Federico Mertens ; Alberto García Hamilton ; compilado por Beatriz Seibel ; ilustrado por Oscar Ortíz. - 1a ed. - Buenos Aires : Inst. Nacional del Teatro, 2011.

v. 7, 582 p. ; 22x15 cm. - (Historia teatral)

ISBN 978-987-9433-89-8

1. Teatro Argentino. I. Mertens, Federico II. García Hamilton, Alberto III. Seibel, Beatriz, comp. IV. Ortíz, Oscar, ilus. V. Título
CDD A862

Fecha de catalogación: 16/02/2011

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta Nº 299/10.

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Mónica Leal
- > Alicia Tealdi
- > Marcelo Lacerna
- > Claudio Pansera
- > Rodolfo Pacheco
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D'Alessandro (*Diagramación interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-9433-89-8

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, febrero de 2011.
Primera edición: 3.000 ejemplares

> prólogo

EL TEATRO EN LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XX

En 1900 las compañías de teatro españolas, italianas, francesas, son las únicas que se anuncian en las carteleras de los diarios de Buenos Aires. Pero a fines de ese año aparece una "compañía lírico-dramática nacional" bajo la dirección del primer actor José Podestá, en una sala de teatro. Es la familia Podestá que ha inaugurado el circo criollo con segunda parte de teatro y ahora ha resuelto dejar las carpas para actuar en salas, el espacio teatral hegemónico, presentando obras únicamente; buscan ser reconocidos como actores y dejar atrás el devaluado calificativo de "cirqueros".

Esta decisión inicia la multiplicación de compañías nacionales, con un público interesado en las producciones locales, que demanda incesantemente nuevas obras y autores.

En provincias, las compañías españolas, italianas, las de ópera y los circos se presentan en gira, mientras actúan los grupos de aficionados locales y de las colectividades.

En enero de 1902, la sección Espectáculos de *El Diario*, presenta 10 anuncios: 2 compañías italianas, 1 de óperas y operetas, 1 cómico-dramática dialectal; 1 compañía española de zarzuela; 2 compañías locales, la Compañía Nacional de los Hermanos Podestá en el Apolo y la Compañía Ecuéstre y de Dramas Criollos de José S. Corrado en el teatro Libertad; 2 espectáculos de variedades en el Teatro del Molino de Parque Lezama con números circenses, transformistas, biógrafo, a beneficio del Patronato de la Infancia; 1 Kermesse de Caridad en la Plaza de Francia, con transformaciones, zarzuela, cinematógrafo, guignol y carreritas; 1 compañía de fantoches parlantes en el Pabellón de los Lagos de Palermo; 3 salones cinematográficos. Puede apreciarse que en verano muchos artistas trabajan en parques y plazas, integrando

compañías de variedades o con teatro de muñecos. Las kermesses, luego difundidas en los barrios, constituyen otra fuente de trabajo para los artistas. Los transformistas representan números travestidos, con parodias o comicidad.

Por su parte, el payador José Betinoti se anuncia el 9 de enero en contrapunto con Ángel Comunale, en un espectáculo del Centro Criollo Tradición de Martín Fierro en la Sociedad Estrella del Sud de Banfield, provincia de Buenos Aires.

UN DRAMA BURGUÉS PARA LOS CÓMICOS GAUCHESCOS

En el Apolo el 25 de febrero de 1902 la compañía Hermanos Podestá estrena el drama en 3 actos *Jesús Nazareno* de García Velloso. José Podestá interpreta el rol protagónico y afirma que le insinuó al autor que escribiera una obra inspirada en la vida y muerte de Jesucristo, con el protagonista gaucho de alma, redentor del paisanaje y de sus derechos inalienables. Bosch dice que García Velloso, periodista, vuelca en la pieza "los asuntos de la novedad del día", como las elecciones fraguadas. El crítico teatral Echagüe sostiene que esa obra "consagró con un ruidoso triunfo tanto al autor como a los actores" y significó "un cambio fundamental" para los comediantes; no había ocurrido hasta entonces que un comediógrafo calificado por las compañías españolas "les cediese a los cómicos del sector gauchesco un drama burgués".

El 14 de abril estrenan *Canción trágica* de Roberto J. Payró, cuadro dramático en un acto inspirado en un episodio de 1841 entre federales y unitarios en Catamarca; es la adaptación de un relato del autor publicado en 1899 en *La Nación*, incluido en el libro *En las tierras de Inti* de 1909. Logra buena crítica y es la primera obra estrenada en Buenos Aires de Payró, valorado literato, quien había debutado con dos monólogos en Bahía Blanca en 1888.

LAS DIVERSIONES PÚBLICAS EN BUENOS AIRES

Para *La Nación* del 15 de mayo de 1902, "exceptuado París, ninguna de las grandes ciudades europeas o americanas suele presentar un conjunto tan numeroso y variado de diversiones públicas, de manifestaciones teatrales". *El Diario* publica el 24 de mayo un editorial titulado "La cultura de Buenos Aires. Perfil saliente de gran ciudad. Arte, riqueza y moralidad", donde discurre acerca de la hermosa velada de la Ópera, "punto central de atracción de nuestro gran mundo social". El progreso se muestra en la afluencia de empresas artísticas, exponente del poder, cultura y bienestar social; se anuncian unos 20 espectáculos en la cartelera, más otros 20 en salones y sociedades recreativas, lo cual hace por lo menos unas 100.000 personas que asisten asiduamente a los espectáculos, en una población de 800.000 habitantes.

Fuera de las carteleras, las sociedades recreativas y de las comunidades de inmigrantes presentan sus "veladas" con función y baile, donde los grupos de aficionados ofrecen sus obras.

TEATRO FILODRAMÁTICO ANARQUISTA

Los grupos filodramáticos anarquistas continúan sus actividades, mientras intelectuales criollos se integran en los numerosos conjuntos que se inician a partir de 1901 en ciudades como Rosario, Bahía Blanca, Mendoza, o localidades como Cañuelas, San Nicolás, Tandil. En Buenos Aires, el grupo Los Caballeros del Ideal del barrio de Almagro, realiza actividades educativas y teatrales durante varios años con autores locales y extranjeros, y otros grupos como Defensores de nuevas Ideas, El colmo de la desgracia, El Porvenir social, se inician con teatro y música. Se estimula la creación de grupos anarquistas en barrios alejados del centro, como la Boca, Barracas o Flores, según las investigaciones de Eva G. de Montoya.

LOS ESTRENOS DE LOS "LITERATOS" EN EL APOLO

El repertorio se renueva constantemente en el Apolo: el 16 de junio de 1902 se estrena el drama en 3 actos y en verso *La piedra de escándalo* de Martín Coronado. Sobre el acercamiento del "distinguido poeta y notable dramaturgo", Podestá dice que después de presenciar *Canción trágica* de Payró, Coronado opina que pueden representar su obra. El extraordinario éxito de la pieza, representada 28 veces consecutivas, marca la aceptación de los Podestá como actores teatrales, capaces de representar una obra en 3 actos y en verso. Pablo Podestá, celebrado en los roles cómicos, exige el personaje del paisanito Julián y demuestra su talento dramático; compone la música del estilo criollo que se hará famoso y canta acompañándose con la guitarra; además utiliza sus técnicas acrobáticas al final de la pieza, cuando salta por la ventana diciendo "No hay más que morir matando...". El público enfervorizado obliga a repetir el tercer acto entero. Según Podestá, La piedra de escándalo "granjeó voluntades, conmovió a los incrédulos y congregó en el Apolo a lo más destacado de la gente de letras".

El 26 de septiembre la compañía Hermanos Podestá del Apolo estrena la comedia en 3 actos *¡Al campo!* de Nicolás Granada, incluida en este volumen, que comentamos más adelante. García Velloso recuerda: "La temporada se desarrollaba en forma tan brillante que hubimos de pensar en serio en magnificar el repertorio incitando entonces a los amigos ya adiestrados en las lides del teatro a que llevaran sus obras al Apolo. ¡Cuántas burlas y desprecios recibimos en aquel entonces por parte de los que se creían literariamente disminuidos al imaginar tan siquiera que los bárbaros, los gauchos, los compadres del Apolo, pudieran representar sus obras! ¡Satisfacción grande fue para nosotros ver a esos mismos literatos, después de los triunfos de *¡Al campo!* y *La piedra de escándalo*, mendigar la aceptación de un drama o de una

comedia a los bárbaros, a los gauchos, a los compadres del Apolo!".

La estadística de Podestá en el 2º año en el Apolo, registra que *La piedra de escándalo* de Martín Coronado, en tres actos, alcanza el mayor número de funciones con 76; le siguen *Gabino el mayoral*, un acto de García Velloso con 70, *¡Al campo!*, tres actos de Nicolás Granada con 61, y *La beata*, un acto de Soria con 52. Se denota el mayor éxito de este período en relación al anterior, porque las piezas se mantienen más tiempo en cartel.

UNA DRAMATURGA

El 5 de noviembre de 1902 la compañía española de Mariano Galé estrena en el teatro Argentino el drama en tres actos *Fuera de la ley* de la autora española residente en Buenos Aires Eva Canel; entre nosotros es excepcional encontrar dramaturgas en esta época. En este tomo publicamos una de sus piezas y su biografía.

UN AUTOR DE PROVINCIAS Y FACUNDO

En 1903 se edita en Buenos Aires el drama histórico en 4 actos en verso *Facundo* de Manuel José Olascoaga (1835-1911), coronel mendocino que participa en la Conquista del Desierto así llamada y es designado primer gobernador del territorio de Neuquén creado en 1884, hasta 1891. Escribe seis obras teatrales; *El huinca blanco* se edita en Buenos Aires en 1899. *Facundo* es una pieza muy extensa de interés histórico, que puede consultarse en la Biblioteca del INET; sus obras se encuentran también en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional del Comahue.

LOS ESPECTÁCULOS EN 1904

El 30 de mayo de 1904 se anuncian en *La Nación* 17 espectáculos: 4 compañías italianas, 2 líricas, 1 dramática y 1 cómico-dramática y de *vaudevilles*; 5 compañías españolas; 1 compañía francesa de *vaudeville*; 2 compañías de variedades; 1 compañía de marionetas en el Teatro Mecánico de los Automatas; 3 compañías nacionales, 2 lírico-dramáticas, 1 ecuestre y de dramas y comedias; 1 cinematógrafo.

La cantidad de público aumenta en forma notable ese año, ya que se registran 2,2 millones de espectadores por la Municipalidad de Buenos Aires; crece desde 1900, cuando había 1,5 millones.

El teatro judío cuenta con varios grupos ese año; además de los locales, comienzan a llegar en forma regular artistas de Europa y Estados Unidos.

Los Podestá, cada uno en su sala, Jerónimo en el Comedia y José en el Apolo, se denominan "compañía lírico-dramática nacional", mientras Anselmi continúa con el Circo Buenos Aires bajo la carpa y se anuncia como "ecuestre y de dramas y comedias nacionales".

José Podestá anuncia el 30 de mayo *¡Al campo!*, el éxito de Nicolás Granada, y *La lotera*, sainete de Enrique De María estrenado el 16 de mayo. Vemos un espectáculo conformado por una obra en tres actos y otra en un acto, costumbre de la época. Jerónimo Podestá ese día anuncia *Las dos margaritas* y el estreno de la comedia en 3 actos *¡Jettatore!*, primera obra de Gregorio de Laferrère. Anselmi presenta el drama *Don Gregorio el capataz* de Fontanella, que obtiene mucho éxito y anuncia la actuación del "célebre Palombo y el chistoso Fornaresio", dos nombres reconocidos del ambiente circense.

Los artistas de circo actúan en diversos ámbitos además de las carpas: los domingos, en el Pabellón de los Lagos de Palermo, se presenta la Compañía Servetti Hnos. con acrobacia, excéntricos y teatro de guignol,

mientras el Casino, anunciado como Teatro-Circo, presenta al malabarista tatuado Delano entre otros números.

En el San Martín la compañía dramática italiana dirigida por Ermete Zacconi anuncia desde *Morte civile* de Giacometti hasta las novedades de *El padre* de Strindberg o *L'intrusa* de Maeterlinck; su repertorio incluye *El poder de las tinieblas* de Tolstoi, *Un enemigo del pueblo* y *Espectros* de Ibsen, además de *Otello* y *Hamlet* de Shakespeare.

FAMILIAS ESPAÑOLAS EN LA ESCENA ARGENTINA

En el Victoria en 1904 la compañía dramática española de Serrador-Marí anuncia *Hamlet* de Shakespeare y *Tierra baja* de Guimerá entre otras piezas; el 20 de octubre estrenan el diálogo en un cuadro *Agua de limón*, de la dramaturga española Eva Canel, escrito expresamente para esos primeros actores y editada ese mismo año. En diciembre se presentan en Bahía Blanca, mostrando las largas giras que las compañías españolas realizan en esa época por provincias. Se inicia la trayectoria de esta familia y sus descendientes en nuestro teatro, entre constantes giras argentinas y latinoamericanas. Esteban Serrador (1868-1938), nacido en Barcelona, comienza a actuar a los 16 años, hace giras por América y en Chile forma compañía propia con su esposa, la primera actriz Josefina Marí (1869-1934), nacida en Valencia; ambos mueren en Buenos Aires. Sus hijos, todos actores, nacen en diferentes países: Nora (1899) en Venezuela, Teresa (1898-1982) en Bolivia, Esteban (1903-1978) en Chile, Juan (1905-1963) en Argentina, y Josefina *-Pepita-* (1912-1964) en Buenos Aires. Pepita tiene un hijo con Narciso Ibáñez Menta, Narciso Ibáñez Serrador (Montevideo 1935), que continúa la tradición familiar en España.

El maestro Vidal Cibrián (1881-?), anunciado en 1906 en el Rivadavia, director y compositor, señala la primera mención de otra familia

española que extenderá su labor en nuestro teatro, junto a sus descendientes. Su hermano, el actor español Benito Cibrián (1889-1975), llegado al país a los 7 años, se habría iniciado en 1905; casado con la actriz Pepita Meliá, su hijo José –Pepe– (1916-2002) nace en Buenos Aires. En 1918 regresan a España, y luego salen por la Guerra Civil hacia México, donde José Cibrián desarrolla su carrera de actor en teatro y cine, y forma en 1946 compañía con su esposa, la actriz colombiana Ana María Campoy (1925-2006); su primer hijo, José –Pepito– nace en 1948 en La Habana, en una de sus giras. La familia de Benito Cibrián regresa a la Argentina en 1950, donde continúa su carrera artística; Pepito se inicia en la actuación en 1965, y es autor y director de exitosas comedias musicales.

En 1908 entre las compañías españolas aparece la del primer actor y director E. Carreras, familia que tendrá relevante actuación en la segunda mitad del siglo XX en el teatro y el cine argentinos. En 1920 la compañía de Nicolás Carreras aparece en gira por Tucumán; en 1929 se anuncia en Buenos Aires. En Lima, Perú, nace Enrique Carreras (1925-1995), director; luego se radican en Argentina y se suman Mercedes Carreras (1940), esposa de Enrique, y actriz como sus hijas María, Marisa y Victoria.

EL TEATRO ARGENTINO EN 1905

En Buenos Aires aumenta la concurrencia de público al teatro, favorecido por la prosperidad económica y la aplicación de la Ley de Descanso dominical obligatorio. En 1904 por primera vez llega al Congreso de la Nación un candidato del Partido Socialista, el diputado Alfredo L. Palacios, que logra la sanción de algunas leyes obreras como la mencionada, en 1905.

El 18 de julio la compañía de Jerónimo Podestá estrena en el teatro Rivadavia el drama en tres actos *Marco Severi* de Roberto Payró, militante socialista, que se manifiesta contra la Ley de Extradición de extranjeros que

perturben el orden público. Esa obra se publica y comenta en este tomo.

El 1º de septiembre Jerónimo estrena *Águila* del futuro historiador Ricardo Levene, otra obra de asunto social y político, y el 2 de octubre *Almas que luchan*, un drama en tres actos de José León Pagano sobre un periodista probo que no transige en la denuncia. En esta obra se inicia el joven de 16 años César Ratti (1889-1943), nacido en Rosario. Actúa en diversas compañías y es luego un consagrado actor cómico; durante muchos años forma un popular rubro con su hermano José –Pepe– Ratti.

También en 1905, la autora española Eva Canel estrena y edita su comedia en tres actos *La abuelita*, incluida en este volumen. Ese mismo año produce otro estreno y edición, el gracioso monólogo en un acto *De Herodes a Pilatos*, cuya acción tiene lugar en un hotel de la playa de Necochea y será publicado en el Tomo 8.

En Bahía Blanca, el Politeama inicia el año con la compañía Serrador-Marí y el 22 de junio llega "la primera compañía seria de dramas nacionales" dirigida por Félix Blanco, que trae las novedades de *M'hijo el doctor* de Sánchez, *¡Al campo!* y *La gaviota* de Granada, *Cáin* de García Velloso, entre otras obras. El uruguayo Félix Blanco (1878-1945), se inicia en el circo, trabaja con Jerónimo Podestá y es primer actor y director.

En Jujuy, se registra la llegada de Pablo Raffetto y la presentación de *Juan Moreira*. El testimonio de un espectador recuerda dos acontecimientos teatrales: la actuación de ese circo y la del español Tallaví en *Espectros* de Ibsen, según Andrés Fidalgo.

En Salta, el Circo La Unión de los Hermanos Ponce presenta "los dramas criollos de moda" y entre ellos el drama socialista *La razón del obrero*. En el Victoria, la compañía dirigida por Humberto Zurlo con Sara Ortiz interpreta obras de Granada y Coronado, según Graciela Balestrino y Marcela Sosa. Zurlo viene de trabajar con José Podestá.

En Córdoba, se anuncia en octubre el circo criollo Humberto I –con segunda parte de teatro– del payador Honorio Fernández.

FACUNDO QUIROGA EN ESCENA

En La Rioja, un grupo de alumnos de la Escuela Normal presenta en 1906 *Facundo Quiroga* de Pedro Bazán, y en 1907 *El zarco Brizuela* del mismo autor, considerado el primer dramaturgo riojano, según Efraín De la Fuente.

En Buenos Aires, Pablo Podestá estrena el 7 de diciembre de 1906 en el Argentino otro *Facundo*, drama histórico en cuatro actos de David Peña, montado según Bosch, "con la propiedad y lujo que su importancia requería; se alaban especialmente los trajes de rigurosa época" y recibe una aclamación delirante al presentarse en escena, con una sala desbordante de público; es un gran triunfo de la nueva compañía. La reivindicación histórica del personaje de Facundo, presentado como un caudillo popular del interior y no como el secuaz sanguinario de Rosas según Sarmiento, despierta fuerte polémica; algunos críticos no admiten rectificaciones del personaje y el autor contesta en los diarios. Peña es profesor en la cátedra de historia argentina en la Facultad de Filosofía, y allí ha dado anteriormente un polémico curso sobre Facundo Quiroga.

CAROLINA MUZILLI, EL TEATRO POLÍTICO Y EL FEMINISMO

Las mujeres socialistas forman sus propios centros e investigan las condiciones de trabajo de mujeres y niños; en 1907 se sanciona la Ley 5291, la primera sobre ese tema. Es el caso de la periodista militante Carolina Muzilli (1889-1917), que además escribe un drama en dos actos, *El bautizo*; el manuscrito hallado en el archivo del Museo del Coliseo Podestá de La Plata está fechado el 30 de enero de 1908, cuando la autora tiene 17 años. Es una obra política de denuncia, que destaca su preocupación por los niños y su fe en la educación, entregada evidentemente a los Podestá para ser puesta en escena.

El feminismo se refleja en el teatro en 1909 con el estreno del 30 de enero en el Mayo, por la compañía española de Carrasco, de la fantasía en

un acto *Si las mujeres mandasen* de Manuel Fernández de la Fuente y Luis Frutos, con música de los maestros Lleó y Foglietti. La pieza es una sátira del movimiento feminista. Ese mismo día, en los anuncios de Profesionales de *La Razón*, la Dra. Julieta Lanteri se publicita como "Médico de la Asistencia Pública, especialista en enfermedades de señoras y partos". La doctora Lanteri (1873-1932), líder de los derechos femeninos, satirizada con frecuencia por su actividad, llega de Italia a los 6 años y se recibe en 1907; es una de las pocas mujeres profesionales en ese momento.

LAS GIRAS DE LAS COMPAÑÍAS NACIONALES

En febrero-marzo de 1908 el elenco de Jerónimo Podestá se presenta en Bahía Blanca con su repertorio de autores locales, entre compañías italianas y españolas, circos criollos y grupos filodramáticos. Entre febrero y octubre de 1909, la compañía de José Podestá sale de gira por Montevideo, Córdoba, Rosario, La Plata. Así se difunden los nuevos autores en las provincias.

En abril de 1909 la compañía Lina Estévez-Enrique Arellano con Ángela Tesada estrena en Tucumán una pieza local, *Cañas y trapiches* de Alberto García Hamilton, que repone en Salta; la obra es incluida en este volumen. Esta compañía recorre el país de norte a sur, ya que entre agosto y septiembre actúa en Bahía Blanca donde también estrena una obra de autor local, *Bahía Blanca express* de Wenceslao Jaime Molins, director del diario *La Capital*.

ESTRENOS DE FEDERICO MERTENS

El 29 de marzo de 1909 Florencio Parravicini estrena en el teatro Argentino la comedia *Gente bien* de Federico Mertens, de 22

años, su primera obra importante. El autor recuerda: "El día del estreno me levanté a las seis de la mañana. Ansiaba ver los carteles fijados por las calles, único medio de propaganda acostumbrado por aquel entonces". Orfilia Rico se contrata con Parravicini y protagoniza la obra pocos días después del estreno, afirmando el éxito de la pieza. El agradecido autor dice: "Rememoraré hoy, en mi diario, a la intérprete de mis mejores comedias. Orfilia Rico y yo fuimos, puede decirse, una sola aspiración artística. Nadie escribía con más entusiasmo para ella que yo; nadie como ella interpretaba mis comedias. La genial intérprete nos inspira con su personalísima escuela teatral, resultante directa de la observación de nuestra clase media".

El 18 de octubre de 1909 la compañía de Pablo Podestá en el Teatro Apolo estrena la comedia en tres actos *Las d'enfrente* de Federico Mertens, que en 1948 recuerda "cinco mil representaciones logradas por esa obra en lo que va de su estreno hasta estos días". La pieza se publica en este tomo, junto al comentario sobre el autor.

OBRAS PUBLICADAS

Crisis de progreso de Godofredo Daireaux se publica en 1908 junto a otras dos obras de su autoría; es una comedia muy interesante referida a la crisis de 1890, pero de extensión desmesurada. Daireaux (1849-1916), nacido en París y radicado en Argentina desde 1868, estanciero cuyo nombre lleva un pueblo de la provincia de Buenos Aires, periodista y narrador, escribe esas tres obras que no llegan al estreno.

El sitio de Buenos Aires de Dardo Rocha es un drama histórico en 3 actos publicado y también estrenado por la compañía Podestá-Vittone el 19 de septiembre de 1910; su interés es de documentación histórica. Rocha (1838-1921), abogado, político, militar y periodista, es fundador de la ciudad de La Plata.

Estas obras pueden consultarse en la Biblioteca de Argentores.

LA COMPAÑÍA JOSÉ PODESTÁ-LUIS VITTONÉ

El 26 de febrero de 1910 la compañía Podestá-Vittone debuta en el Apolo, con un importante elenco donde están Segundo Pomar, Alberto Ballerini, Salvador Rosich, Olinda y Rosa Bozán, Blanca y Ana Podestá -hijas de Jerónimo-, Aurelia, Zulema y Elsa Podestá -hijas de José-, Linda Thelma, Totón, Marino y Aparicio Podestá -hijos de Juan Vicente-, José Ricardo Podestá -hijo de José-, entre otros. Se inician con la comedia en 4 actos *En el fuego* de Ezequiel Soria y entre las obras presentadas hay cuatro de gran guignol, el género que comienza a ponerse de moda, con efectos impresionantes como sangre derramada, deformidades y monstruos, presentado inicialmente por compañías europeas.

Para los festejos, pocos días antes del aniversario del 25 de Mayo de 1810, el 16 de mayo de 1910 se estrena en el Apolo la revista literaria, satírica y musical *El Centenario* de Camilo Vidal y el maestro Cheli, con gran éxito. Por otra parte, la Comisión de Festejos contrata cinco funciones *matinée* gratuitas por la compañía.

También participan en un homenaje a la Infanta Isabel el 20 de mayo en la estancia Pereyra Iraola. Allí los artistas son recibidos por cien gauchos a caballo; ocho parejas de actores bailan danzas criollas y el Pericón por María, bisado a pedido de la Infanta. Además una actriz baila una jota baturra, dedicada a las visitas.

Entre muchas otras obras el 18 de julio se estrena el drama en tres actos y en verso *1810* de Martín Coronado; el mejor intérprete es Salvador Rosich que dice muy bien el verso y según Bosch, "el público, de pie, aclamó al autor, dentro de un ambiente caldeado por los bellos pasajes de la obra, sus versos bellísimos y de patriótica inspiración, y las emociones de aquellos días del centenario".

LA SOCIEDAD DE AUTORES Y LA LEY

Los autores locales se reúnen el 11 de septiembre de 1910 en la casa de Enrique García Velloso para "aprovechar los derechos que les acuerde la Ley de Propiedad Literaria próxima a ser sancionada" y fundan la Sociedad Argentina de Autores Dramáticos y Líricos con 34 dramaturgos -algunos de ellos actores- y músicos de teatro. El presidente es García Velloso y en la comisión directiva están Soria, Martínez Cuitiño, Maturana, Trejo, Ghirardo, Sánchez Gardel, Pacheco, entre otros. El 23 de septiembre el Congreso sanciona la Ley 7092, la primera que legisla sobre propiedad científica, literaria y artística. El defecto fundamental es que carece de penalidades por incumplimiento; es reformada en 1914 por la Ley 9510, hasta la sanción en 1933 de la ley definitiva 11723 que sigue vigente.

OBRAS DEL SIGLO XX: 1ª DÉCADA - II

DRAMAS Y COMEDIAS EN VARIOS ACTOS

Dada la gran producción de obras en la primera década del siglo XX, se publican tres tomos para este período. El primero, el tomo 6 de la Antología, ha sido dedicado a dos clásicos, Florencio Sánchez y Gregorio de Laferrère. En el segundo, este tomo 7, se han seleccionado dramas y comedias en 3 y 4 actos. En el tercero, el tomo 8, se editarán obras breves y monólogos. Se pone de manifiesto de esta manera el rico patrimonio de obras del repertorio argentino de diversos géneros y de distinta duración.

¡AL CAMPO!

El 26 de septiembre de 1902 la compañía Hermanos Podestá del Apolo estrena esta comedia en tres actos de Nicolás Granada. El enfrentamiento entre campo y ciudad, tradiciones y nuevas modas europeas, es interpretado por Pablo en el protagonista y José Podestá, Lea Conti, Herminia Mancini, entre otros. En *El Diario*, donde Granada había hecho crítica teatral, se comenta el día 29 el franco éxito de la obra que atrae "numerosas familias conocidas" y la demostración de simpatía que recibe el Sr. Granada "en el camarín del director de la compañía", donde se reúnen "los Sres. Alberto del Solar, Rafael Hernández, Héctor Quesada, Dres. Dardo Rocha, Pastor Obligado, Carlos Gómez Palacios, Sres. Soria, García Velloso, Gálvez, Ugarte, Palacios", etcétera. Esta crónica social con nombres prestigiosos muestra la aceptación del elenco por las instituciones. También asisten el presidente Roca y sus ministros, entre ellos Joaquín V. González; el senador Carlos Pellegrini, ex presidente, y Benito Villanueva, presidente de la Cámara de Diputados, que entran al camarín del director José Podestá, abriendo el camino para "una corriente de público distinguido". Esta obra señala la transformación de los actores, que abandonan los arreos gauchos y visten la indumentaria ciudadana.

El 3 de agosto de 1904 José Podestá celebra la centésima representación de *¡Al campo!* con una función de gala en honor de Granada, y *La Nación* comenta que la obra "se ha dado en todas las ciudades y pueblos de la República y en la del Uruguay, en los teatros de Chile y hasta por aficionados de nuestro mejor mundo social". El célebre artista italiano Ermete Novelli asiste dos veces al Apolo, en agosto y septiembre, para presenciar *La piedra de escándalo* y *¡Al campo!* de Granada, elogiando a los actores. Estas visitas célebres denotan la creciente gravitación de las compañías nacionales. En 1905 la compañía de dramas nacionales de Félix Blanco presenta la pieza en Bahía Blanca.

José Podestá repone la obra en muchas oportunidades, por caso en 1907, cuando *El Diario* comenta que como siempre que se anuncia "esta obra predilecta de nuestro público, una concurrencia numerosa y distinguida ocupará la sala".

Nicolás Granada (1840-1915), nacido en Buenos Aires, dramaturgo, poeta, periodista, político, soldado, estrena en 1858 su primera obra a los 18 años en Córdoba, cuando reside un tiempo allí; es más tarde un destacado autor.

MARCO SEVERI

La compañía Jerónimo Podestá en el teatro Rivadavia estrena el 18 de julio de 1905 este drama en tres actos de Roberto J. Payró, éxito personal de Arturo Podestá y revelación de Enrique Muiño. Es una "obra de tesis contra la Ley de Extradición aplicada a un delincuente regenerado", que se mantiene más de un mes. Aunque la obra finaliza con el indulto, la conclusión del personaje del juez es "¡Hay que enmendar esa ley!", un claro mensaje final. Echagüe dice que esta obra inaugura el teatro de ideas. "Concesión hecha a las ideas de aquellos días de huelgas más o menos revolucionarias y de primeros de mayo sangrientos –dice Bosch–, estaba de moda por entonces este asunto de obreros, de acuerdo con las tendencias y los trabajos públicos de Palacios y Justo", los líderes socialistas.

La llamada Ley de Residencia, la 4144, que autoriza a deportar a los extranjeros que perturben el orden público, se sanciona a fines de 1902, después de una huelga general que paraliza a la ciudad. Inmediatamente son deportados dirigentes obreros, se impone el estado de sitio y se clausuran locales gremiales. Los líderes y activistas del movimiento obrero son extranjeros en su mayoría, y la ley provoca violentas reacciones sofocadas por la policía y el ejército.

En 1907 la compañía de Jerónimo Podestá en el Nacional repone

Marco Severi y ese año también la presenta en Bahía Blanca la compañía nacional de José Blanco.

Roberto J. Payró (1867-1928), nacido en Mercedes, provincia de Buenos Aires, escritor, dramaturgo, periodista, debuta en teatro con dos monólogos en Bahía Blanca en 1888; es militante del socialismo y autor de una valorada producción literaria y teatral.

LA ABUELITA

La española Eva Canel, residente en Buenos Aires, estrena y edita en 1905 esta comedia en tres actos, la primera de sus piezas que desarrolla la acción en nuestra ciudad, época actual. La obra se ocupa de los prejuicios sociales, en especial frente a los hijos "naturales" -nacidos fuera del matrimonio-. La defensa de la mujer marginada es una clara postura de la autora que valoriza a los seres humanos más allá de sus posesiones y títulos.

Esta autora estrenada, desconocida en la historiografía, es una excepción en la escena donde no aparecen mujeres dramaturgas, y por ello consignamos sus datos biográficos con cierta extensión.

Eva Canel (1857-1932), seudónimo de Agar Eva Infanzón Canel, periodista, dramaturga, nace en Asturias, España, y muere en La Habana, Cuba. En 1874 viaja a La Paz para reunirse con su marido; en 1875 van a Buenos Aires y fundan *El petróleo*; en 1876 se trasladan a Lima, donde nace su hijo Eloy; en 1883 regresan a Barcelona. Su marido viaja a Cuba, donde muere en 1889, y Eva se traslada allí; en La Habana estrena en 1893 su drama en tres actos *La mulata* y en 1894 la comedia en tres actos *El indiano*. Regresa a Madrid en 1899 y ese mismo año vuelve a Buenos Aires. El 9 de julio se comenta en *La Nación* un triunfo teatral, *El indiano* de Eva Canel en el teatro Argentino por la compañía de Leopoldo Burón; su protagonista es interpretado por Mariano Galé con gran éxito y el público aplaude a los artistas y a la autora. La obra había sido estrenada en La Habana por la misma

compañía y dedicada a Burón, "reconociendo que le debo el éxito de esta comedia", editada en esa ciudad. El 25 de agosto *La Nación* anuncia en la Sección Bibliográfica la segunda edición de su novela *Trapitos al sol* de 1891. En 1902 estrena y publica *Fuera de la ley*, otro drama social con una fuerte protagonista femenina. En 1904 estrena el diálogo en un cuadro *Agua de limón*, en 1905 la comedia *La abuelita* y el monólogo *De Herodes a Pilatos*, en 1907 edita en su propia imprenta *Uno de Baler*. Funda las revistas *Kosmos* en 1904 y *Vida española* en 1907. En 1914 emprende otros viajes por América Central, pero enferma y regresa a Cuba, donde continúa con su trabajo periodístico y literario, hasta que su salud empeora en 1924 y su hijo muere en Buenos Aires. Fallece en la pobreza en Cuba en 1932.

CAÑAS Y TRAPICHES

Esta comedia dramática en tres actos de Alberto García Hamilton se estrena en el Teatro Belgrano de Tucumán el 15 de abril de 1909, por la compañía nacional Lina Estévez-Enrique Arellano, con Francisco Arellano y Ángela Tesada, entre otros. Ese mismo año se edita en el Taller El Orden de Tucumán.

Según el investigador Juan Antonio Tríbulo, Alberto García Hamilton (1872-1947), nace en Montevideo y se radica en Tucumán en 1898. En 1912 funda *La Gaceta*, el diario que continúa su actividad hasta hoy. Escribe la comedia de costumbres *El zorro azul*, el 6 de mayo de 1909 Lina Estévez representa *Después del baile*, escrito especialmente para su beneficio, el 8 de mayo la compañía estrena *Las buenas amigas*, esta vez a beneficio de Antonio García Meca, empresario local de las compañías teatrales, y se representa por tercera vez *Cañas y trapiches*, "a pedido del público". En este texto rescatado del olvido impacta su estructura, sus diálogos ricos, ágiles y precisos, y el lenguaje que utiliza, diferenciado para

cada personaje. Es el primer autor teatral residente en Tucumán, que no solo "pinta su aldea", sino que denuncia sus problemáticas sociales, económicas y políticas, con notables y genuinos recursos teatrales.

DORREGO

El 7 de septiembre de 1909 la compañía española Esteban Serrador-Josefina Marí estrena en el Victoria este interesante drama histórico en cuatro actos de David Peña. El tema es controvertido y despierta polémica, pero alcanza 24 representaciones consecutivas, un éxito notable en ese momento. La pieza está dedicada "A la Sra. Felicia Dorrego de del Solar. Homenaje".

La película *El fusilamiento de Dorrego* de Mario Gallo, inspirada en el drama histórico de David Peña, con guión de José González Castillo, se presenta el 11 de marzo de 1910 en el Circo Anselmi de Lavalle y Larrea, y en el cine Ateneo; el día 16 se exhibe también en el Royal Theatre. Actúan Salvador Rosich, Roberto Casaux, Eliseo Gutiérrez, y los exteriores se filman en los bosques de Palermo. Habría asesorado en historia Ricardo Levene y aportan al presupuesto los precursores Max Glucksmann y Julio C. Traversa.

David Peña (1862-1930), nace en Rosario, Provincia de Santa Fe, donde participa en un grupo filodramático. Abogado, periodista, profesor de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía, edita en 1883 su primera obra teatral, la comedia en tres actos y en verso *Qué dirá la sociedad*, y la estrena poco después de llegar a Buenos Aires en el teatro Ópera, con la compañía española de Juan Reig. Se considera el fundador del drama histórico por sus obras *Facundo*, estrenada en 1906 por Pablo Podestá —aunque en 1903 ya el mendocino Manuel José Olascoaga publica un drama del mismo título—, *Dorrego* estrenada en 1909, *Liniers* en 1917, *Alvear* en 1924, además de las piezas *Belgrano*, *José Miguel Carrera* y *Urquiza*, que no llegan a escena. Tiene abundante producción también en otros temas que estrena hasta 1926.

LAS D'ENFRENTÉ

Esta comedia en tres actos de Federico Mertens se estrena el 18 de octubre de 1909 por la compañía de Pablo Podestá en el Apolo. Es la pieza más representada de Mertens, que sigue reponiéndose con frecuencia hasta hoy. La obra es una resultante directa de la observación de la clase media, que el autor hace en periódicos como *P.B.T.* entre 1905 y 1908, con una mirada burlona. Este tipo de comedias tiene como lugar de acción la casa familiar de barrio.

Federico Mertens (1886-1960), nacido en Buenos Aires, es periodista, crítico, director artístico, dramaturgo, novelista. Su primer estreno es de 1907 y después de sus primeras piezas, considera que no debe escribir sainetes ambientados en el conventillo que no conoce, sino obras costumbristas de clase media con tono satírico, lo que resulta muy productivo para sus trabajos autorales, estrenados con mucho éxito. En 1918 funda la revista *Bambalinas*, semanario que publica obras teatrales, y se retira después de dirigir más de 100 números; la revista sigue hasta 1934. En 1948, con 50 años de vida escénica, publica su diario titulado *Confidencias de un hombre de teatro*.

ECLIPSE DE SOL

El 11 de agosto de 1910 la compañía José Podestá-Luis Vittone estrena en el Apolo esta encantadora comedia en tres actos de Enrique García Velloso. Ese día es la función de beneficio de Blanca Podestá, quien junto a Salvador Rosich y Luis Vittone son entusiastamente aplaudidos. La protagonista es una actriz y la pieza es un extraordinario éxito. El teatro Alvear, construido por el director-empresario Pascual E. Carcavallo (1882-1948), se inaugura el 24 de abril de 1942 con *Eclipse de sol* dirigido por Enrique de Rosas, con Nedda Francy y Florindo

Ferrario, entre otros. Ese año una compañía dirigida por Armando Discépolo la presenta en gira por 11 provincias, con auspicio del Teatro Nacional Cervantes; en 1948 la compañía para gira del mismo teatro con dirección de Samuel Sanda repone esta obra en 10 provincias.

Enrique García Velloso (1880-1938), nacido en Rosario, provincia de Santa Fe, es autor, catedrático, periodista, primer presidente de la Sociedad de Autores. Estrena su primera obra en 1895 en Buenos Aires a los 15 años y escribe 119 piezas con grandes éxitos en todos los géneros, incluyendo obras en colaboración y traducciones. También escribe libros para la formación de actores, los tres tomos de *El arte del comediante* publicados en 1926, cuando es vice-director del Conservatorio Nacional de Música y Declamación recién fundado. En 1942 publica sus interesantes *Memorias de un hombre de teatro*.

Beatriz Seibel

BIBLIOGRAFÍA:

- BALESTRINO, Graciela y Marcela SOSA, *Treinta años de estrenos*, en *Un siglo de teatro en Salta. Memoria y balance*, de Balestrino, Sosa y Parra, Universidad Nacional de Salta, 2000.
- BOSCH, Mariano G., *Historia de los orígenes del teatro nacional argentino y la época de Pablo Podestá*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1969.
- DE LA FUENTE, Efraín, *Historia del teatro (Desde sus orígenes hasta 1975)*, Canguro, La Rioja, 1997.
- ECHAGÜE, Juan Pablo (*Jean Paul*), *Seis figuras del Plata*, Losada, Buenos Aires, 1938.
- FIDALGO, Andrés, *El teatro en Jujuy*, Tierra Firme, Buenos Aires, 1995.
- FOPPA, Tito Livio, *Diccionario Teatral del Río de la Plata*, Argentores, Ediciones del Carro de Tespis, Buenos Aires, 1961.
- GARCÍA VELLOSO, Enrique, *Memorias de un hombre de teatro*, Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1942.
- MARTÍNEZ, Ovidio, *Historia del teatro en Bahía Blanca*, Imprenta Ducós, 1913.
- MERTENS, Federico, *Confidencias de un hombre de teatro. 50 años de vida escénica*, Nos, Buenos Aires, 1948.
- MONTOYA, Eva G. de, *Círculos anarquistas y circuitos contraculturales en la Argentina del 1900*, revista *Caravelle* N° 46, Université de Toulouse-Le Mirail, 1986.
- PODESTÁ, José J., *Medio siglo de farándula. Memorias*, Imprenta Argentina de Córdoba, Río de la Plata, 1930.
- SEIBEL, Beatriz, Eva Canel, una dramaturga olvidada, *Diario Clarín - Cultura y Nación*, Buenos Aires, 2/11/1989.
- Historia del teatro argentino desde los rituales hasta 1930*, Corregidor, Buenos Aires, 2002.

- Historia del teatro argentino 1930-1956: Crisis y cambios*, Corregidor, Buenos Aires, 2010.
- TRÍBULO, Juan Antonio, *Tucumán (1873-1958)*. En *Historia del teatro argentino en las provincias*, Volumen I, Galerna/Instituto Nacional del Teatro, Bueno

¡Al campo!

Nicolás Granada

> **¡al campo!**

Comedia de costumbres nacionales en tres actos y en prosa.

Representada por primera vez en el teatro Apolo, la noche del 26 de septiembre de 1902.

P E R S O N A J E S

GILBERTA (18 años), hija de doña Fortunata	Srta. Lea Conti
DOÑA FORTUNATA (50 años)	Sra. María Mubz
DOLORES (20 años), viuda, coqueta y elegante	Srta. Herminia Mancini
MAMERTA negra sirvienta	Rosa Santillán
UNA MODISTA FRANCESA (15 años)	Teresa Borda
DOS SEÑORITAS MELLIZAS	Srtas. Ester y Ebe Podestá
DON INDALECIO (58 años), paisano, estanciero, padre de Gilberta y esposo de doña Fortunata	Sr. Pablo Podestá
DON TIMOTEO (60 años), hombre de campo, padre de Gabriel	Sr. U. Torterolo
GABRIEL (25 años), joven campesino	Sr. José J. Podestá
FERNÁNDEZ (30 años), titulado pedagogo	Sr. Antonio Podestá
PALEMÓN (25 años), titulado periodista	Sr. José Petray
SANTIAGO criado gallego	Sr. Juan De Nava

UN COMISARIO Sr. Juan Farías
UN SARGENTO DE POLICÍA Sr. Guido Piotti
HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS CAMPESINOS

La acción pasa en la República Argentina. Los dos primeros actos en la Capital Federal, y el último en una estancia de la Provincia de Buenos Aires.

Época actual.

ACTO PRIMERO

SALONCITO VISTOSAMENTE AMUEBLADO, CON UN LUJO BRILLANTE, PERO DE MAL GUSTO. A LA IZQUIERDA DEL ESPECTADOR UNA MESA CON TAPETE Y RECADO DE ESCRIBIR. PUERTA AL FORO, COMUNICANDO CON UNA GALERÍA QUE DA ACCESO AL PATIO, COMEDOR, OTRAS HABITACIONES Y AL EXTERIOR. A LA DERECHA DEL ESPECTADOR PUERTA QUE COMUNICA CON EL SALÓN. A LA IZQUIERDA, DOS PUERTAS: LA DEL PRIMER TÉRMINO PERTENECE A LAS HABITACIONES DE DON INDALECIO, Y LA DEL SEGUNDO A LA DE SU MUJER. ES DE DÍA.

ESCENA I

Don Indalecio, en traje de hombre de campo, sentado junto a la mesa; una oficiala de modista, francesa, con varias cajas de sombreros de señora.

D. INDALECIO: Bueno, niña: mire... dígame a su patrona, la madama esa, que le afluje la prima a la guitarra..., ¿eh?..., que el tiempo anda malo y se le puede cortar, chaguareándole los dedos... Que aquí, mi mujer y mi hija, ya tienen más cintajos, plumachos

¡al campo!

y lentejuelas que un circo e pruebistas..., y que yo nome sacao callo ande usté sabe, trabajando día y noche en el rodeo sobre el mancarrón, pa qu'ellas anden como pandorgas, coliendo pu esas calles, pa contentar a los cajetillas mujerengos y dar celos a las que pujan y no pueden.

MODISTA: Perdón, monsieur, pero yo no tieng la culp...

D. INDALECIO: Sí, ya sé que usted no es más que la acarriadora...
¿Cuántos capachos desos ha traído en el mes?

MODISTA: ¿Capachos?

D. INDALECIO: Güeno; esas cosas pa la cabeza.

MODISTA: ¡Ah!; seis, monsieur...

D. INDALECIO: ¿No le digo? Pues yo tengo uno hace seis años...; y si no fuera porque al fin... no vale la pena andar en custiones, y menos por cosas de la cabeza, con las mujeres, ya estaban frescas ellas, que yo miba a poner esa media sandía, con que se les ha puesto m'he de disfrazar de gringo en la ciudá. Güeno; póngale el recibo ahí..., y ya sabe, ¿eh?..., si van por más fatura... juéguenle risa, que no está el horno pa bollos. Estive ahí los bultos esos.

MODISTA: Merci, monsieur... La otr companier viendrá lueg a probar los vestids de las senioras.

D. INDALECIO: ¡Otros!

MODISTA: Sí, monsieur... Los vestids de concerti.

D. INDALECIO: ¿De qué?

MODISTA: De musique.

D. INDALECIO: ¡Vestidos pa tocar la música! ¡Están locas! Eso ha de ser cosa del nápoles ese, que le hace hacer gárgaras cantadas a mi hija, que se le ha puesto ques silguero, y está tuito el día: ja-ja-ja-

ji-ji-ji..., y después se le agacha en no sé qué lengua, a quejarse a gritos. ¡No!...; ¡sí esto anda fierazo! ¿Y pa eso hay también que disfrazarse? Pero ¿y mi mujer, a qué laya de música se le va a agachar?

MODISTA: Elia com mamá acompañ a la señorit.

D. INDALECIO: ¿Acompaña?... ¡Cosa bárbara!

MODISTA: Sí, sénior... A la kermesse, a la soirée.

D. INDALECIO: Pero ¿y con qué se toca eso?

MODISTA: La fiest....

D. INDALECIO: ¡Ah..., vamos!... Sí..., a la trilla esa pa los pobres... Bueno, no se olvide, ¿eh?... Se acabó la boleada. Adiosito, joven.

MODISTA: Á tantó...

D. INDALECIO: No; el tanteo, no...; mire que va en deveras...: díglele así a su patrona...

Vase la modista por el foro, al mismo tiempo que entra Santiago, muy afanoso.

ESCENA II

Don Indalecio y Santiago.

D. INDALECIO: ¡Che, che, che! ¡Sofrená el pingo! ¡No ves que casi te llevás por delante a la gringuita! ¿Qué hay?

SANTIAGO: *(Presentándole una tarjeta)* Este señor, que pregunta por las señoras.

D. INDALECIO: Pero, ¡alma de cántaro!, ¿no sabés que andan a monte dende la mañanita?

SANTIAGO: Usted dispense; nu lu sabía. Que nu estaban en casa, esu sí; pero que estuviran en el monte... Si usted quiere que se lu diga...

D. INDALECIO: ¡Eh!, ¡quietos los cimientos! ¿Qué le dijistes?, vamos a ver.

SANTIAGO: Que nu había naides; que estaba usted tan sulu.

D. INDALECIO: ¿Y no le dijistes que estabas vos también?

SANTIAGO: Me se olvidó...; pero voy a decírselu, si usted justa.

D. INDALECIO: ¡Alto el fuego!

SANTIAGO: *(Asustado)* ¿Fuejo? ¿Dónde? ¡canastos!

D. INDALECIO: ¡Dejate e paviar!... Mirá: decile a ese individuo que si es cosa de priesa, a mi mujer y mi hija las encuentra más seguro en lo de alguna madama o en las tiendas, que en casa, a no ser a la hora en que se acuestan o churrasquean, o cuando mi mujer se hace apretar la cincha con vos y la negra cocinera, o cuando mi hija se vuelve calandria y le menudea los ji-ji-ji...

ESCENA III

Dichos, y Fernández por el foro.

FERNÁNDEZ: Con permiso de usted.

D. INDALECIO: Apiese si gusta.

FERNÁNDEZ: Me he tomado la libertad...

D. INDALECIO: ¡Ha hecho bien, amigazo! Aquí la libertá es lo mesmo que mancarrón orejano: tuito el mundo la ensilla... Dentre no más.

SANTIAGO: *(Aparte a don Indalecio)* ¿Le diju que estoy yu también y lo de la calandria?

D. INDALECIO: (*idem a Santiago*). ¡No, hombre!; eso es pa cuando se vaya.

SANTIAGO: Está bien. (*Toma participación familiar en toda la escena*).

FERNÁNDEZ: Pues... el portero...

D. INDALECIO: ¿El portero?

FERNÁNDEZ: Digo..., el....

D. INDALECIO: ¡Ah!...; el gallego..., sí...

FERNÁNDEZ: Le habrá entregado a usted una tarjeta, razón par la cual excuso declinar ante usted mi nombre y título.

D. INDALECIO: (*Aparte*) Ya me boleó a lo avestruz, po el cogote. (*Alto*) ¡ Ah, sí!; ¡cómo no! Ya me enteró de tuito... Si es muy ladinazo el farruco este.

FERNÁNDEZ: Pues... (*Aparte*) Parece un infeliz; el golpe es seguro.

D. INDALECIO: ¿Qué decía?

FERNÁNDEZ: Que como el acto filantrópico que proyectamos, siguiendo los impulsos altruistas de nuestro espíritu, ha llegado ya a provocar...

D. INDALECIO: (*Aparte*) ¡Pucha, qué puerco!

FERNÁNDEZ: ¿Decía usted?...

D. INDALECIO: Nada; siga no más.

FERNÁNDEZ: Ha llegado a provocar en la alta sociedad una verdadera explosión de entusiasmo, cuya febril algidez se nota de una manera evidente en las manifestaciones, no tan solamente del periodismo, sino también en las empeñosas y múltiples solicitudes con que los presuntos concurrentes obsesionan a los que tenemos, dentro de la practicabilidad de la idea, un papel dirigente.

D. INDALECIO: Mire, doctor...

FERNÁNDEZ: Perdón, perdón... Me confunde usted... No son las borlas científicas las que decoran...

D. INDALECIO: Bueno, dejemos las borlas quietas... Mire..., voy a mandar llamar el boticario de la esquina..., ese que le vende las píldoras a Fortunata, pa que se entiendan mejor... Entre doctores...

FERNÁNDEZ: Perdón, perdón... Creía haber manifestado a usted... Me honraría sumamente con serlo...

D. INDALECIO: Pero y entonces, ¿qué diantres es usted?

FERNÁNDEZ: Soy pedagogo.

D. INDALECIO: ¿Eh?

FERNÁNDEZ: Manuel Fernández... ¿No ve usted la tarjeta?... “Manuel Fernández, pedagogo”.

D. INDALECIO: ¿No dije? Si por ahí había de andar la cosa... Pues bueno; mi mujer, que padece de eso que nosotros le llamamos empastadura, anda la pobre medio sofocada...; y como ahura lea dao por armar velorios pa los pobres...

FERNÁNDEZ: Con perdón de usted... Festivales, festivales...

D. INDALECIO: ¡Ah!; ¿también anda dando vales por ahí?... ¿No le digo? ¡Si me va a arruinar! Eso sí: lo que es yo no los pago, amigo perrodogo...

FERNÁNDEZ: Pedagogo, pedagogo...

D. INDALECIO: Güeno; pero es más lindo y más decente ansina... Yo no sé quién les ha metido en el mate esos malambos. A veces creo que la viudita Dolores, ¿la conoce?

SANTIAGO: ¡Es macanuche!

D. INDALECIO: ¡Buen boca, amigazo, pero ansina, .medio mojadora de oreja...! Porque en cuanto a las mellizas..., ¡diande!... ¡Pero es

cosa fiera!... Mire, don: cuando nos casamos, yo era capataz del dijunto Cascallares ¡ánima bendita!... Siéntese, si gusta...

Se sientan. Santiago lo hace también con la mayor llaneza; interviene en el diálogo, ofrece cigarros, etc. Se deja al talento del actor su intervención ocurrente en esta escena

... y, sin ofender a naidés, creo que en todo el pago no había mozo que le llegase al fiador a Endalecio Piedra-Cueva, su servidor, ansina pa trabajar en el rodeo, como en el corral, y ya juese pa domar potros, como pa'atar novillos al arao o la rastra, y lo mesmo redomonearlos pal pértigo o la cuarta, que pa surquiar un campo de trigo o pa melguiar una chacra de maíz. ¿Quién le alambró los potreros a don José? ¿Quién le techó con paja brava los galpones grandes pa guardar la lana y los animales finos antes que vinieran los gringos, con las latas? ¿Quién l'hizo el tajamar del bebedero en la cañada e la vieja? ¿Quién le limpió los jagüeles atoraos del puesto e la patrona?... *(Interrumpiéndose y dirigiéndose a Santiago)* ¡Che! Galicia: decile a Mamerta que acarree un cimarrón... *(Va a salir Santiago y le grita:)* Mirá..., ¡que no vaya a quemar la yerba!... *Vase Santiago por el foro.*

ESCENA IV

Los mismos, menos Santiago.

D. INDALECIO: Y no créiga, amigazo, que porque juera hombre de trabajo no juera capaz también de hacer llorar temblando las cuerdas de una guitarra...; y que cuando unos ojos criollos, de esos negrazos con lucecitas adentro, como pozo de balde profundo, se me dentaban de golpe como policía en busca

de matrero, y me asustaban el corazón, que se mataba a golpes como redomón ensillao en el suelo, no juera capaz de echarme el sombrero y el alma a la nunca, y medio mamao con esa bebida que le dan a uno dende lejos las mujeres cuando lo miran con malicia y se rain, largara sin sentir un triste campero, de esos que se aprienden al anochecer en las cuchillas cuando uno camina solo sin saber pande, y el trébol pisao y el vientito tibio, y el bichito de luz en los pastos, y los silbadores allá arriba, y los fogonazos del calor ande el cielo se junta con la tierra, le dicen a uno cosas que no se pueden repetir después sino cantando y llorando, que es lo mismo.

FERNÁNDEZ: Eso es lo que en lenguaje poético designamos con el nombre de "fantaseo".

D. INDALECIO: Güeno...; ansina será... Ella..., Fortunata, era la hija única de don Bartolo, el pulpero del Paso de los Chanchos. No créiga, don, que entonces era como hoy día, aguachada y media lunanca como madrina de matungos de pisadero... ¡Diandel!; entonces parecía una mata de saúco florida entre el tunal de las mozas del pago. Me acuerdo, como si juera ahura, el primer gato con relación que bailamos cuando yo le andaba arrastrando el ala... Me le paré ansina, y le dije, componiéndome el pecho y levantándome el pelo:

La negra Mamerta, con el mate, entra y se detiene frente a don Indalecio. Éste se le dirige, diciéndole:

Blanca paloma nevada,
boca de clavel punzó;
si vos me dieras un beso,
¿qué no te daría yo?

Y ya me la juí; encima...

Que vení,
que vení...

(Arremete bailando a la negra, la cual le hace un revoloteo de gato, y sigue a saltitos perseguida por don Indalecio).

En ese momento aparece en la puerta del foro doña Fortunata, acompañada de su hija y sus amigas, demostrando todas un gran estupor.

ESCENA V

Dichos, doña Fortunata, Gilberta, las Mellizas, Palemón y Santiago.

D. FORTUNATA: ¡Qué es esto, Indalecio! ¡Qué escándalo! ¿Te has vuelto loco?... Y vos, cuervo..., ¿qué estás, haciendo?

D. INDALECIO: ¡Nos pisó el tren!

GILBERTA: ¡Pero papá!...

D. INDALECIO: Ya t'hei dicho que no quiero que me llames padre en gringo.

D. FORTUNATA: Sos un hombre imposible... Debías estar siempre incónito...

D. INDALECIO: ¡Che, che, che!... ¡No tentrés al patio!

D. FORTUNATA: Ustedes dispensen... ¡Viarazas!... ¡Tiene un genio! *(A las Mellizas)* Siéntense, muchachas. *(A Fernández, saludándole)* Señor...

FERNÁNDEZ: *(Ídem)* Señora... *(Aparte)* Esto es pan comido.

D. FORTUNATA: *(A don Indalecio)* ¿Quién es este señor?

D. INDALECIO: ¡Qué sé yo!... De tu comparsa...

D. FORTUNATA: ¡Entre usted, entre usted, Palemoncito!... *(A don Indalecio, aparte)* Andá a vestirte... *(Por el poncho)* ¡Esto es indecente!

D. INDALECIO: ¿Cómo indecente?... ¡Un ponchillo é vicuña que ya lo quisiera Roca pa un día de fiesta!... Más indecente estabas

vos anoche, con la pechuga al aire, tuita llena de harina, cuando fuistes al baile,

GILBERTA: ¡Tatita!

D. FORTUNATA: ¿No ves las insolencias? ¿No dice que me echo harina, cuando son polvos de Roger ecétera Gallette?... Andá a ponerte vos el sobretodo aunque sea.

GILBERTA: Sí, tatita...; hágalo por mí.

D. INDALECIO: Güeno, hombre... ¿No ven, muchachas?... Me echan cuando yo iba a envitarlas pa un melambo...

1A. MELLIZA: ¡Qué ocurrencia!

2A. MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!

Se abanicán.

D. INDALECIO: Amigo don Palomón..., se las recomiendo, ¿eh? Ha de ser lindo casarse con una melliza.

PALEMÓN: ¿Por qué, don Indalecio?

D. INDALECIO: Porque ha de ser fácil equivocarse.

D. FORTUNATA: ¡Indalecio!

GILBERTA: Tatita!

FERNÁNDEZ Y PALEMÓN:

¡Bravo!; ¡bravo!

1A. MELLIZA: ¡Qué ocurrencia!

2A. MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!

Se abanicán.

D. INDALECIO: ¡Bah!; ya me están haciendo auterías. Güeno... Amigo perrodogo *(A Fernández)* ya usted habrá caído en la cuenta de que este picaflor es la patrona, ¿eh?

D. FORTUNATA: ¡Qué grosero!

D. INDALECIO: Y ésta la cría... ¡Sáquele lo desaparejo! No hay pa qué mosquear por eso... Bueno..., ahura voy a vestirme de inglés pa darles gusto, y vuelvo en seguidita (*A Fernández*) pa que me entere de eso de los vales... (*A Mamerta*) Llévame el mate adentro, “blanca paloma nevada”... (*A doña Fortunata*) ¡...Cha, que habías sido grosera!: ¡decirle “cuervo” delante de la gente!... ¡L'has hecho poner colorada!

SANTIAGO: ¿Puedo retirarme?

D. INDALECIO: ¿Y quién te ha mandao estar de plantón? Vení conmigo pa que me ayudés a ensillarme.

Vanse por la izquierda primer término don Indalecio y Santiago. Mamerta, vase por el foro.

ESCENA VI

Dichos, menos don Indalecio, Santiago y Mamerta, que intervienen al fin de la escena.

Palemón habla aparte, muy expresivamente, con Gilberta, que lo escucha indiferente.

D. FORTUNATA: ¡Qué hombre, qué hombre! ¡No puede con su temperatura!... ¡Qué habrá dicho usted, señor..., y ustedes!

1ª MELLIZA: ¡Qué ocurrencia!

2ª MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!
Se abanicán.

FERNÁNDEZ: Ensayaba...

D. FORTUNATA: ¡Cómo!

FERNÁNDEZ: Me demostraba prácticamente la manera como...

D. FORTUNATA: ¡Ah! ¡Eso es, muchachas!, como en la junción que vamos a dar: en uno de los números mostraremos el gato...

FERNÁNDEZ: ¡Cómo, señora! ¿Van ustedes a mostrar...?

D. FORTUNATA: Sí señor; lo mismo que se lo han mostrao a la raina d'Italia y al ray de no sé dónde, con una linterna, en inyecciones luminosas.

FERNÁNDEZ: ¡Ah, vamos!...

D. FORTUNATA: Y como Indalecio ha sido siempre tan encarnizao pal gato...

FERNÁNDEZ: Ya..., ya se ve...

D. FORTUNATA: ¿No ha oído usted, Palemoncito? Indalecio le daba al señor...

PALEMÓN: Sí, sí..., ya he oído...: unas inyecciones...

FERNÁNDEZ: ¡A mí!... ¡No, señor! A mí no me daba nada. ¡Caramba!

D. FORTUNATA: No...Le mostraba solamente...

PALEMÓN: ¡Ah! Bueno, es lo mismo. (*Sigue hablando con Gilberta*).

D. FORTUNATA: Van a ver ustedes, muchachas... Va a ser una junción muy linda, porque vamos a tener versos reclamaos, sainete de música y sarcófago con eléctrica.

FERNÁNDEZ: ¡Estupendo!

D. FORTUNATA: ¡Ah! No sé si habrá eso también, porque me dijo Chauchini, que es el que le hace hacer las escaleras cantadas a Gilberta, que nos iba a asustar en medio de la junción.

FERNÁNDEZ: Que es cuando le sucedió el percance del ratón a Mariquita.

GILBERTA: (*Que hace rato está impaciente oyendo los disparates de su madre*) Una sorpresa, mamá.

D. FORTUNATA: Bueno, pues es lo mismo: una sorpresa y un susto. Así nacistes vos..., que casi sos un malogro... Figúrense ustedes que estando yo al cair se le antoja a Indalecio meterme un chanco en el cuarto a oscuras...

GILBERTA: Bueno, mamá...

D. FORTUNATA: Éstas son de confianza y no se han de asustar...

1ª MELLIZA: ¡Qué ocurrencia!

2ª MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!
Se abanican.

D. FORTUNATA: Y en cuanto al señor... ¿Es usted de los cómicos? Porque mis hijitas van a haber títeres también...

FERNÁNDEZ: *(Con dignidad y como ofendido)* Señora..., yo soy el encargado del número único..., del número prospecto..., base de la propaganda en pro de la sublime idea del Asilo Maternal Cooperativo, idea sostenida y al fin impuesta triunfalmente por uno de los más originales y potentes ingenios de nuestro parlamento,
Todos hablan aparte sin escucharle.

a despecho de las miserables rémoras del oscurantismo, que hacía oposición egoísta e hipócrita a las generosas expansiones de la maternidad libérrima, de la pluralidad prolífica, establecida como superley por el primero de los códigos de origen divino, aplicada al progreso demográfico y etnológico del planeta.
Aplauden todos al final.

PALEMÓN: *(Entusiasmado)* ¡Bravo!, ¡bravo!; ¡archibravo!

D. FORTUNATA: ¡Qué bien hablan estos extranjeros! *(A las Mellizas)* ¿No es verdad, muchachas? Velay: uno de éstos les convendría a ustedes.

1ª MELLIZA: ¡Qué ocurrencia!

2ª MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!
Se abanican.

PALEMÓN: Me tiene usted a su lado, señor de...

FERNÁNDEZ: Fernández.

PALEMÓN: *(Le estrecha la mano)* Señor de Fernández, yo no me ocupo de la maternidad o sus atingencias sino a ratos perdidos...; es decir..., pero veo que nos entenderemos... El ambiente no puede ser más propicio...: ¿está usted?...

FERNÁNDEZ: ¡Veo que tiene usted ojo clínico!...

D. FORTUNATA: ¡Ay, ya se agarraron en inglés! Muchachas, pa nosotras esto es como soda en ayunas. Dejémoslos alegar mano a mano, y vamos a ver si madama Pechigrás nos mandó los sombreros.

GILBERTA: Deben de ser éstos, mamá.

D. FORTUNATA: ¡Ay, es verdá!... ¡Pero qué bruto ese Santiago!..., ¿Y la breva de Mamerta?... Y el muy... ¿Cómo no han dicho nada?... ¡Éstos son, éstos son!; ¡vean qué bonitos, muchachas! Pruébenselos ustedes...

1ª MELLIZA: ¡Qué ocurrencia! *(Negándose)*.

2ª MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!
Se abanican.

D. FORTUNATA: Todo por mi gusto. Ésta decía: “Mamá, no se haga usted sombrero, y sobre todo de esa forma tan llamadora”.

GILBERTA: Llamativa, mamá.

D. FORTUNATA: Bueno, es lo mismo. “Éste es un sombrero para muchacha joven. ¡La van a descueriar!”. Pero a mí, cuando se me mete una cosa... Así le dije a madama Pechigrás: “Lo quiero con paloma moribunda, coronita de rosas montoneras y rodetera de gasa con flecos...”. ¿No ven?: ¡es una monada! A ustedes les quedaría pintao al olio...

1ª MELLIZA: ¡Qué ocurrencia!

2ª MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!
Se abanican.

D. FORTUNATA: *(A Palemón, que conversa animadamente con Fernández)* ¿Ha visto usted, Palemoncito? ¡Usted que tiene tan buen gusto!

PALEMÓN: ¿Qué es eso, señora?

D. FORTUNATA: Mi sombrero; el sombrero que me acaba de hacer madama Pechigrás.

PALEMÓN: *(Lo había tomado por un postre)*. ¡Magnífico, señora! Se diría... el Espíritu Santo anidando sobre la corona de Santa Rosa de Lima.

D. FORTUNATA: ¡Todo inventao por mí! Los vamos a estrenar mañana en el clericó que dan las de Fortegato...

FERNÁNDEZ Y PALEMÓN:
¿Cómo?

GILBERTA: *Five-o-clock*, mamita.

D. FORTUNATA: ¡Bah!; es lo mismo...

FERNÁNDEZ: Y... perdone usted, señora... ¿Eso es para la cabeza?

D. FORTUNATA: *(Picada)* No señor: es pal estómago.

1ª MELLIZA: ¡Qué ocurrencia!

2ª MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!
Se abanican.

D. FORTUNATA: ¿Y los vestidos?... ¿No han traído los...? ¡Santiago!
(Toca el timbre y grita). ¡Santiago!... ¡Qué hombre tan pesao!
(Timbre). ¡Santiago!

SANTIAGO: *(Entra calmosamente por la izquierda)*. ¡Aquí está un pedazu!

D. FORTUNATA: Pero ¿por qué no venía usted?

SANTIAGO: ¡Estaba rasqueteando al patrón!

D. FORTUNATA: ¿Qué dice usted?

SANTIAGO: Así dice él: “Rasquetéame bien, Santiajo”, y yo lu friēju con el cepillu a sacarle virutas.

D. FORTUNATA: ¿Y los trajes?

SANTIAGO: ¿Que si lu traje? Vaya, pues; bien grandecitu que es él pa que lu trajía. Ya se vendrá él solitu.

D. FORTUNATA: ¡Qué bagual éste! Pregunto si no nos han traído los vestidos...

SANTIAGO: ¡Ah, vamos!... Pues lus vestidus...
Suena el timbre de la puerta de calle.

D. FORTUNATA: ¡Ahí están!...; ¡ahí están! *(A Santiago)* Vaya usted a ver... ¡Muévase!... Ya verán, muchachas...: también inventaos por mí...

FERNÁNDEZ: *(Aparte)* ¡Así serán ellos!

D. FORTUNATA: La madama me decía: “Va a ser usted una 'furia' con ellos”.

PALEMÓN: ¡Cómo!

GILBERTA: Va a hacer usted “furor”, mamá.

D. FORTUNATA: Pues es lo mismo; ¿no es verdad, muchachas? Lo mismo es cuerno que chifle.

1ª MELLIZA: ¡Qué ocurrencia!

2ª MELLIZA: ¡Jesús, qué ocurrencia!
Se abanican.

Aparece Santiago por la puerta del foro, y así que le ve doña Fortunata le interroga ansiosamente.

D. FORTUNATA: ¿Los vestidos?

SANTIAGO: No señora. Los desnudos.

D. FORTUNATA: ¡Cómo!

SANTIAGO: Dos jranujas, con más bujeros que pantalones, que piden limosna...

D. FORTUNATA: ¿Y no los ha echao usted a la calle a palos? ¡Qué desvergüenza! ¡Tocar la campanilla!... Vaya usted y...

FERNÁNDEZ: Perdón, señora... Podrían ser productos de la maternidad libérrima cooperativa ambulante..., y entonces...

D. FORTUNATA: ¡Déjeme usted! Aquí en mi casa no hay más maternidad que yo... Eso estará bueno para cuando se abra el negocio ese...; pero...

PALEMÓN: (*A Gilberta*) Admiro a su mamá de usted, Gilbertita.

D. FORTUNATA: (*Que habrá, oído*). ¿Qué dice usted?

PALEMÓN: Que es usted bíblica, señora...

D. FORTUNATA: ¡Ah! Eso sí: cuando se me revuelve la bilis.
Entra Santiago.

SANTIAGO: ¡Ahí están!; ¡ahí están!...

D. FORTUNATA: ¿Quiénes? ¡Jesús!; ¡visitas!

SANTIAGO: ¡Los vestidos!

D. FORTUNATA: ¡Ah! Hacerlos pasar... No, no: que vayan al comedor, que es más grande... Aquí no hay lugar pal coleo...; porque son de cola, muchachas..., y con descote a lo Pionono... El de ésta tiene un volao informe en la pollera... y la bata, que... ¡Vamos, vamos!... Usted dispense, Palemoncito...; pero apadrínelo al señor hasta que venga Indalecio... Después hablaremos, señor, sobre eso de la proclama.

FERNÁNDEZ: Y unas firmas, señora, que tendrá usted que poner en algunos papeles...

D. FORTUNATA: ¡Yo!

FERNÁNDEZ: Sí, como Presidenta de la Sociedad de las Madres..., digo, de la Maternidad Cooperativa...

D. FORTUNATA: ¡Ah! Sí, sí...

FERNÁNDEZ: Me han encargado...

D. FORTUNATA: Está bien, está bien; pero ahora tengo que ver los trajes.

FERNÁNDEZ: Me daré una vueltecita más tarde, cuando usted haya terminado esa grave ocupación (*Aparte*) y así completo los documentos.

D. FORTUNATA: Como le parezca, señor...

PALEMÓN: (*Aparte*) ¡Aquí hay gato!

D. FORTUNATA: Pero ahí quedaba Palemoncito, que acompañaría a usted...

PALEMÓN: ¡Oh! Puede usted estar segura que no abandonaré al señor Fernández, y hasta le ayudaré...

FERNÁNDEZ: Gracias.

D. FORTUNATA: ¿No ve usted?... Indalecio no debe tardar.

FERNÁNDEZ: Pero...

D. FORTUNATA: Como usted guste... Vamos, muchachas... Hasta luego...

FERNÁNDEZ: A los pies...

PALEMÓN: (*Aparte a Gilberta*) Volveré más tarde.

GILBERTA: Es usted dueño.

ESCENA VII

Fernández y Palemón.

FERNÁNDEZ: (*Aparte*) ¡Esto marcha!

PALEMÓN: ¿Decía usted, señor?

FERNÁNDEZ: Nada, nada... ¿Usted fuma? (*Ofreciéndole un cigarrillo*) Pues tengo mi número siete en prensa..., y como esta señora es la

Presidenta de la Sociedad de que es eco... ¡Los editores, caballero, son los Scheylocks modernos del intelecto!

PALEMÓN: ¡A quién se lo dice usted, caballero!

FERNÁNDEZ: El trabajo mental es una evaporización lenta, pero cotidiana, del espíritu...

PALEMÓN: ¡Admirable! ¡Veo el graficismo de la idea como un rasgo ondulante *d'art nouveau!*

FERNÁNDEZ: Y no hay medio de taponar este escape de gas espiritual sino con...

PALEMÓN: Sé lo que va usted a decir... (*Hace ademán con los dedos de dinero*).

FERNÁNDEZ: ¡Esa mano!

PALEMÓN: ¡Qué cierto es aquello de *Les beaux sprits...*!

FERNÁNDEZ: ¡Un evangelio! Pero ¿no le parece a usted que es llegado el momento de humanizar nuestro lenguaje?

PALEMÓN: Sí, hombre..., y hasta de entendernos... La terminología y las metáforas están demás.

FERNÁNDEZ: De todas maneras, y con estos oyentes...

PALEMÓN: ¡Incienso y mirra en fogón campero!

FERNÁNDEZ: ¡Bravo! Sin embargo, la niña es interesante.

PALEMÓN: Sí; pero...

FERNÁNDEZ: Puede usted confiarse.

PALEMÓN: Ya es crecida para extirparle ciertas propensiones nativas... Es inteligente y aun algo instruida, pero...

FERNÁNDEZ: Amigo, yo creo que no sería un mal partido... Los pesos son unos grandes niveladores de todas las calidades y de todos los defectos...

PALEMÓN: Eso sí...; y por ese lado, Gilberta... Pero los padres...

FERNÁNDEZ: ¡Uf!

PALEMÓN: Veo que usted me comprende y que podremos tal vez establecer una alianza..., un sindicato.

FERNÁNDEZ: ¿En qué sentido?

PALEMÓN: Vamos, señor Fernández...: mire usted que yo soy catedrático... Dejemos a un lado con verdadera lealtad, sociedades benéficas, números programas, actos filantrópicos, etc., y vamos al grano. Evolucionemos dentro de la lógica de la naturaleza... ¡Justo! Mire usted, ésta es mi teoría: no todos hemos nacido para hacer dinero a costa de nuestros ideales y sacrificando nuestras inclinaciones.

FERNÁNDEZ: Exactísimo. Bretón de los Herreros lo ha dicho:

Hay tareas que no son
para un aliento gallardo;
un pollino lleva un fardo,
y no lo lleva un león.

PALEMÓN: ¡Admirable!, ¡admirable! “¡Al campo!”, dicen los capitanes Arañas que embarcan a las gentes y se quedan en tierra. “¡Ahí está, añaden, el filón proficuo y generoso, en donde todo hombre de voluntad y de entereza puede hallar fortuna!”. Pero si todos nos vamos al campo a buscar fortuna, ¿qué será de las ciudades?

FERNÁNDEZ: Y de los periódicos-programas.

PALEMÓN: ¡Claro! Nada, mi amigo; la teoría es ésta: que la casta rural trabaje en el campo, y cuando se haya enriquecido se venga a la ciudad a enriquecer a su vez a los que nos sacrificamos por ella política, económica y científicamente.

FERNÁNDEZ: Ahí está...

PALEMÓN: Vea usted cómo la parte de ella menos basta y más accesible a los misterios del arte, apenas llega aquí, se contagia con las ideas de lujo, de ostentación, de buen vivir... Vea usted a doña Fortunata con sus sombreros y vestidos, y a Gilberta animándosele a las fiorituras musicales en italiano, y a los noviazgos distinguidos (no lo digo por alabarme).

FERNÁNDEZ: ¡Justo! Por eso la hemos buscado a su suegra de usted...

PALEMÓN: ¡En! ¡Poco a poco!... ¿Mi suegra?...

FERNÁNDEZ: Bueno, a la señora esa, para que figure como Presidenta en la Asociación de la Maternidad libérrima Cooperativa.

PALEMÓN: ¡Claro! Muy bien pensado... Pues sí, señor: “¡Al campo!”, dicen los políticos moralistas. ¡No, señor!: que el campo venga a nosotros. ¿No nos traen todos sus productos, que nosotros pagamos a peso de oro; es decir, los que lo tienen? Pues bueno: producto también es, y que debe su tributo a la metrópoli, la tribu enriquecida, ávida de figuración y de placeres, en cuyo provecho y mejoramiento nos desvivimos nosotros, que le damos lo más puro de nuestra existencia, la espiritualidad, la sensibilidad, la compenetración psicológica, en cambio del sucio rollo de sus pesos grasientos y mal olientes, amasados con la sangre y el sebo nauseabundo de sus bestias sacrificadas.

FERNÁNDEZ: ¡Bravo!, ¡bravo! ¡Dice usted muy bien!...

PALEMÓN: Esta gente es nuestra estancia en poblado...; pues a la volteada, a enlazar, a domar, a redomonear...

ESCENA VIII

Dichos y don Indalecio por la izquierda, primer término; viene vestido de jacquet; luego Santiago, don Timoteo y Gabriel.

D. INDALECIO: *(Que habra oído desde la puerta las últimas palabras de Palemón)* ¡Ah, gaucho! ¡No lo creí tan criollo, amigo don Palomón! *(A Fernández)* Y usted también se le anima a un tiro de bolas, ¿eh? Yo ahora no serviría... ¿No ve como estoy con esto como en un cepo de lazo? ¿Y las mujeres?

PALEMÓN: Probándose los nuevos vestidos.

D. INDALECIO: ¡Ah! Sí, esos que me dijo la gringuita... A ésas todo se les va en probaturas... Con tal de tirar la plata...

FERNÁNDEZ: Es muy justo.

PALEMÓN: El dinero es para gozar de él.

D. INDALECIO: O pa que se lo gocen a uno... Pero siéntense.

PALEMÓN: Gracias, señor don Indalecio...

FERNÁNDEZ: Nos retiramos en este momento...

D. INDALECIO: ¿Y pa eso me han hecho disparar ansina?

FERNÁNDEZ: Es que...

Sale Santiago muy afanoso.

SANTIAGO: Señor, señor... Su hermano de usted, dun Timoteu, que lleja del campu con dus caballus y un hiju...

D. INDALECIO: ¿Qué decís? ¿Timoteo?

FERNÁNDEZ: *(Aparte, con ironía)* ¡Muy oportuno!

D. INDALECIO: ¡Qué vergüenza! ¡Con esta facha!... Hacílo entrar... Con su permiso, señores... ¡Timoteo!; ¡hermano!

Entra don Timoteo seguido de Gabriel.

D. TIMOTEO: ¡Hermano!
Se abrazan.

GABRIEL: La bendición, padrino. (*Le besa la mano*).

D. INDALECIO: ¡Dios te haga un santo! ¿Me tenís miedo porque me ves vestido de dotor?... Si es pura parada... Hermano, te presiento a estos mozos, que son los que amadrinan a Fortunata en sus historias puebleras... Éste es mi hermano mayor, un mamoncito que no sabe sino decir Ajó, porque es casi dueño de tuito el partido... Este otro es mi sobrino Grabiél, hijo de éste. Con esa facha de agarrar peludos puel rabo, ya tiene su rodeíto de mestizos, una majada pura flor y una tropillita de fletes, ansina pa trabajar en el rodeo como pa floriarse, bien aperao, al trotecito corto y bailarín por las calles del pueblo, a la tardecita. (*A Santiago*) ¡Che, galicia! deciles a ésas que dejen de jorobar con los trapos, y que vengan a saludar a los recién llegaos.

PALEMÓN: Nosotros nos retiramos, don Indalecio.

FERNÁNDEZ: Sí; más tarde, o mañana, pasaremos a ver de combinar con la señora. (*Aparte*) Hay que evitarlos a éstos.

D. INDALECIO: Bueno, amigazos, como gusten... Che, Grabiél: has llegao a tiempo. Te alvierto que este mocito anda medio achicharronao con tu prima, ¿eh?

PALEMÓN: ¡Don Indalecio!...

D. INDALECIO: No, hombre: si lo digo por broma; porque a éste también se le caía la baba antes... ¿No es verdad, Timoteo ?

D. TIMOTEO: ¡Qué sé yo!

D. INDALECIO: Bueno; cosas de muchachos... No, y la potranquita ha salido donosita puande le busquen... (*A Fernández*) ¿No le parece, amigo?

FERNÁNDEZ: ¡Oh!

D. INDALECIO: Güeno; será hasta luegoito o hasta mañana, como gusten.

FERNÁNDEZ: Hasta la vista. (*Aparte*) Elegiré el momento.

PALEMÓN: Adiós...
Vanse Fernández y Palemón por el foro

D. INDALECIO: (*A Santiago*) ¡Che, farruco! Traime el poncho, y decile a la inglesa de barro esa que si se ha tragao el mate; y vos, Grabiél, llevá los caballos, que vendrán cansaos...
Vase Santiago por el foro.

GABRIEL: Si han venido, por el tren, padrino, como cristianos...

D. INDALECIO: Ya lo sé...

D. TIMOTEO: Es que uno no se acostumbra a estar sin el flete.

D. INDALECIO: Si ansina me sucede a mí... Güeno; llevalos, pues, al corralón de aquí a la güelta que da al fondo de la casa, ande tengo el mío... Allí está el indio Pancho, y hay mantención como pa una tropilla...
Vase Gabriel por el foro.

Vení hermano: sentate. ¡Qué ganas tenía e verte! ¡Sabés que estás más mozo que yo!

D. TIMOTEO: ¡Diande!

D. INDALECIO: No; si tenés razón pa estarlo. Si la ciudá es un lampalagua, que empieza por asonsarlo a uno, y después se lo chupa, se lo chupa, hasta que se lo traga tuito entero. Pa nosotros que nacemos, como quien dice, sobre el pastizal del campo; que tras el primer grito que damos ya tragamos una bocanada de ese aire libre que viene dende lejos, alborotando la peluza de los cardales, haciéndole cosquillas a los tréboles y hamacando los penachos de las cortaderas; que dormimos nuestro primer

sueño sobre un cuero sobao de la más blanca y motosa de nuestras ovejas; que apenas abrimos los ojos ya vemos el azul profundo de nuestro cielo, por el que vuela una nube blanca como un vellón limpio y cardao, y lo alumbra un sol que parece de oro, que nos hace cerrarlos a la juria, encandilaos, dejándonos pa siempre en el alma la marca de nuestra bandera; que apenas se abren nuestras orejas a la voz del campo ya oímos el mugido del toro que escarba encelao en el peladar de la loma; el relincho del pingo que, atao a la estaca, ha oído a lo lejos el cencerro de la madrina; el balido de las ovejas, que parece nos arremeda nuestro llanto; los benteveos y horneros, que chillan como visita de mujeres en la copa redonda y tupida del ombú, mientras ahí, al ladito nuestro, bajo la ramada en donde se orea la carne y zumban las moscas, el payador del pago, apretando contra el pecho la guitarra que se queja en las bordonas, como hombre que muere vendido y traicionao, canta lo que no se puede decir en la vida sino con el aire criollo de nuestros tristes... pa nosotros, Timoteo, esto es la cárcel, la escuridá, ¡la muerte!

D. TIMOTEO: ¿Y por qué te has empantanao, hermano, en el pueblo?

D. INDALECIO: Eso es lo que yo también me pregunto a veces cuando, no sabiendo qué hacer, me voy ahí al corralón ande tengo el doradillo, y mientras lo tuzo o le limpio los basos con el cuchillo, me pongo a hablar con él, que me entiende más que cualquier cristiano.

D. TIMOTEO: Y ansina no más ha e ser...

D. INDALECIO: ¡Cuántas veces me ha dicho, parando las orejas, resoplando con las narices bien abiertas, y mirando con esos ojos vivos que tiene allá a lo lejos, pal lado del Sud, por encima de la paré de ladrillos que lo encierra como en una crujida: “¡Patrón!, y ¿cuándo salimos de esta cárcel? ¿Cuándo nos

largamos campo ajuera, alegres y libres, atravesando los pastizales mojaos por el relente de la noche, y vadeamos el arroyo, en el que, con el freno aflojao, bebo el cielo y las nubecitas en el agua que baila en redondeles alrededor de mi boca? ¡Cuándo, llegando a las casas, vienen de lejos a recibirnos, ladrando y saltando, los perros mis compañeros! ¡Cuándo, desensillao, podré revolearme contento, dándome güelta entera sobre el lomo entre los tréboles llenos de floritas amarillas, pa irle después a pegar tarascones golosos a las matas tiernas de gramilla y cola e zorro!”.

D. TIMOTEO: ¡Ladinazo el pingo!.... Y vos ¿qué le respondes, hermano ?

D. INDALECIO: Ya nos vamos a dir prontito, le digo palmiándolo en la tabla del pescuezo, y él relincha cortito y profundo, como si se riera..., y ha de rairse a la fija, como lo hace el indio Pancho, su cuidador, cuando me ve en estos coloquios, porque sabe que dende que me han vestido ansina ya no soy un hombre, y soy menos que una mujer, porque son ellas las que me han quitao tuita mi voluntá y mi capricho pa echarme medio-bozal y hacerme cabrestiar asonsao, lo mesmo que a mancarrón que se le prieta la jeta con la manija del talero. Y eso gracias que te he tenido a vos, que me has cuidao los intereses como si fueran los tuyos.

D. TIMOTEO: Pero ¿ y por qué ansina que te encontrastes mejorao de la enfermedá esa que te trujo a la ciudadá no distes media güelta, y a la estancia?

D. INDALECIO: Porque, ya no podía... Porque mi mujer ya se había metido hasta las orejas en el tembladeral pueblera...; porque ya mi casa parecía fonda e vascos, de la gente de distintas layas y pelos que venía...; porque ansina que olieron que había grasa pa chicharrones, ya empezaron las comisiones, y las visitas, y las invitaciones, y los grados.

- D. TIMOTEO: Te hubieras ido vos solo...
- D. INDALECIO: Sí; pa que al mes ya anduviera agachao y babiando como guay criollo, picao en las costillas y macaniao en las guampas.
- D. TIMOTEO: ¿Y por qué?
- D. INDALECIO: Sos un inocente. ¿Vos te crees que la ciudá no es más que un montón de casas y de gente apurada, que pasa al trotecito, sin dar los güenos días, pa su trajín? Andá, andá, parate en una bocacalle, como en la güellita que va de la estancia al puesto... ¡En menos que canta un gallo no queda de vos ni el apelativo!
- D. TIMOTEO: ¡Vea, hom...!
- D. INDALECIO: Aquí no hay más que atrepellar a tuito el mundo, y en cuantito una casa con mujeres adentro queda con la puerta abierta y sin perros ni hombres que la guarden, ya esa casa es de todos, lo mesmo que los nidos de tordo, ande cada pájaro tiene el derecho de poner un güevo.
- D. TIMOTEO: ¡Cosa fiera!
- D. INDALECIO: ¿Vistes esos que se jugaron cuando vos entrastes? Pues como esos vienen más de vainte al día, y no pa trair nada, sino pa llevarse anque más no sea que la lonja e los tientos.
Risas adentro.
¡Mira!...; ¡oílas!... Parece indiada en malón que se golpea la boca... Le están haciendo fiestas a un montón de trapos de tuitos colores que les ha traído una madama pa disfrazarlas de mamarracho..., por supuesto que haciéndoles pagar una barbaridá.
- D. TIMOTEO: ¿Y por qué vos permitís?...
- D. INDALECIO: Porque sería al ñudo alegrarles... ¡Si a veces me raigo solo como un sonso! ¿Te acordás lo que nos burlábamos cuando éramos muchachos de las indias de Catriel, cuando se

untaban la cara con grasa e potro y se echaban después en los cachetes esa tierra colorada de la Sierra e la Tinta, que las ponía lo mesmo que a Mandinga?

- D. TIMOTEO: ¡Pues no!
- D. INDALECIO: Güeno: pues éstas hacen lo mesmo. Mi mujer se me presenta en ocasiones con la cara como si la hubieran cachetiao, y la boca lo propio que si hubiera tomao mate con bombilla caldiada.
- D. TIMOTEO: ¡Qué cosa!
- D. INDALECIO: Mi hija, que... ¿te acordás?... era morochita, pero despercudida, y con el pelo negro como el mío antes de que se me pusiera barcino...; pues ahura es rubia como una extranjera y blanca como una imagen.
- D. TIMOTEO: *(Con energía)* Pues, amigo, hay que ponerle una yapa a estas riendas.
- D. INDALECIO: Si pa eso t'he llamao, Timoteo. Yo estoy solo, y la cinchada es tremenda.
- D. TIMOTEO: Dejame hablar con tu mujer.
- D. INDALECIO: ¡Bah!... Eso es al ñudo. A mi mujer hay que atarla codo con codo, echarla por delante y arriarla a lazazos.
- D. TIMOTEO: ¿Y por qué no lo has hecho?
- D. INDALECIO: Porque..., porque eso se dice por decir, Timoteo...; porque anque gaucho, bruto é inorante como nos tratan por aquí..., m'he acordao siempre que era criollo..., y que la mujer, sea como sea, ¡pal hombre debe ser lo mesmo que iglesia!
- D. TIMOTEO: Tenés razón...; pero tampoco no tan calvo que se le vean los sesos. De todos modos, dejame a mí.
Se oyen las voces de las señoras que se acercan por la derecha.

D. INDALECIO: *(Inquieto)* ¡Ahí vienen!

SANTIAGO: *(Entrando por la izquierda, primer término)* Aquí está el ponchu.

D. INDALECIO: *(Asustado)* ¡Echalo a la juria abajo una silla! Si me ven con él se arma una...

D. TIMOTEO: *(Con energía)* ¡No señor! Empezá por ahí. ¿Te gusta más? ¡Estás más holgao!... Pues ajuera el futraque y a ponértelo! *(A Santiago)* ¡A ver, ayudame!

Santiago ayuda a don Timoteo a cambiarle la ropa a don Indalecio.

SANTIAGO: Parece misa de obispu. ¡Puro vestirse y desnudarse!

D. TIMOTEO: *(Vistiendo a don Indalecio con el poncho)* ¡Qué, no le gusta ahura el poncho, cuando con él empezaste a hacerle el amor!

D. INDALECIO: Y pior que éste...

D. TIMOTEO: ¡Pues está lindo! No hay tutía; es preciso que güelva a acostumbrarse. ¡Se han hecho ariscas pa las pilchas camperas? En eso no les hagás el gusto, Indalecio. Las primeras cosquillas se le quitan al bagual con las bajeras.

Entra Gabriel, seguido de Mamerta, por el foro.

Vení, Gabriel, y vos, morenita, que has de ser de las nuestras...

MAMERTA: ¡Del campo! No señor: ¡yo me pongo sombrero!

D. TIMOTEO: ¡Vos!

D. INDALECIO: ¡Si anda como la mona del nápoles!... Pero mirá hermano: mejor será que nos metamos adentro... Ya sabes que...,

D. TIMOTEO: *(Indignado y resuelto)* ¡No señor!

Voces cerca de la puerta derecha.

D. INDALECIO: ¡Agarrate, Catalina!

Forman un grupo don Timoteo, don Indalecio y Gabriel en primer término izquierda. Se presentan en la derecha doña Fortunata, Gilberta y las Mellizas; las primeras con sus trajes y sombreros nuevos; el de doña Fortunata según la descripción.

D. FORTUNATA: ¡Jesús! ¡La estancia!

D. INDALECIO, SANTIAGO Y GABRIEL:
(Riendo) ¡Carnavall!

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA I

Gilberta y Gabriel.

Sentados junto a la mesa, Gabriel le muestra y clasifica a Gilberta varios huevos de pájaros campesinos que saca de una cajita de cartón.

GABRIEL: Éstos son de martineta, éstos de tero..., éstos de pirincho... Mirá qué lindos éstos de perdiz, ¡parecen de vidrio! ¿Te acordás cuando íbamos puel baño de la laguna grande, descalzos y arremangaos, y vos red repente dabas un grito

juerte, y yo corría asustao pande estabas creyendo que era una víbora, y era que te habías encontrao en un albardón, al ladito del uncal, una nidada de güevos de pato?

GILBERTA: ¡Hum!

GABRIEL: ¿Y cuando agarrábamos perdices vivas con caña y cerdita? ¿Y aquel día que te enojastes tantísimo conmigo, porque apostamos a cuál sacaba primero el nido de benteveos que estaba allá arriba, en la coronita del ombú de la estancia vieja, y empezamos a subir, a subir, pero vos subistes más pronto y más arriba..., y me gritastes: “¡Ya te gané!” , y yo te dije: “Güeno; pero yo voy jugando al gana pierde”..., y te envolviste a la juria en las polleras y me echastes el nido en la cabeza?

GILBERTA: (*Impaciente*) Esas eran sonceras de muchachos, Gabriel... ¿Quién se acuerda ya de eso...?

GABRIEL: ¡Cómo quién se acuerda! Pero me acuerdo yo, que dende que te viniste a esta ciudá maldita, que te ha güelto otra, no dejo un solo día de rastriar, como perro que ha perdido al amo, tuitos los sitios por donde andábamos juntos. Se acuerda el campo verde que pisastes con tus pies descalzos, y que parece que adrede se ha llenao de margaritas coloradas. Se acuerda el ombú viejo en que me enseñastes a conocer las letras, haciéndome escribir con mi puñal tu nombre. Se acuerdan hasta los pájaros, tan constantes, que han vuelto a hacer allí mesmo su nido, y que me gritan desde arriba cuando me ven venir lo que me gritaban aquel día..., como si supieran en lo que pensaba: “¡Bien-te-veo!”.

GILBERTA: (*Impaciente*) ¡Vamos!... ¡Está bueno, hombre! ¡No hablemos más de esas pavadas!

GABRIEL: ¡Pavadas!

GILBERTA: Sí, pavadas ridículas, campesinas, que si te las oyen aquí te arman un titeo... Mirá, Gabriel; es necesario que vos, tu padre y el mío, se convenzan de una cosa que parece no les entra: el campo está bueno para las gentes que no tienen aspiraciones y se contentan con nacer, vivir y morir, como los animales que crían, ignorantes de todo lo que pasa fuera de él, de su paz y de su aburrimiento. El que, no siendo un chico o un viejo, no siente siquiera curiosidad de conocer otras cosas, o es un raro o es un enfermo. Y el que, conociéndolas, se conforma con dejarlas, sepultándose vivo en el desierto, o es un santo o es un sonso.

GABRIEL: ¿Y qué seré yo entonces, Gilberta, que ya no soy un chico, ni soy tuavía un viejo, y sigo siendo costante a lo que quise dende que nací, y siento como una ansia profunda el amor de la querencia, que veo que el dolor me la va a hacer más codiciada, porque allí voy a verte como eras, cuando tuavía no te había vuelto loca la fiebre pueblera?

GILBERTA: ¡Gabriel!

GABRIEL: ¡Qué se van a rair de mí! ¿Y de ahí?... Decime: ¿estás vos segura de que no se han de rair también de vos y de tu madre?

GILBERTA: ¿Y por qué?... Mi madre ha entrado tarde en esta vida, y como para la pobre siempre ha sido como un sueño vivir en la ciudad, no es extraño que a veces, medio mareada, haga ciertos disparates... Pero yo no, Gabriel: yo he llegado en ese momento en que está una a punto para amoldarse a todo. Yo, en la estancia, aprendí las primeras letras, y empecé a tener una idea, por los libros y periódicos que podía leer, de lo que era la vida de la ciudad. Vos mismo notastes ese cambio lento, tal vez sin darte cuenta cabal..., como me sucedía a mí misma... ¿Por qué me

empezaron a llamar por allá “la pueblera”? Porque me hacía vestiditos mejor cortados que los de la generalidad de las muchachas de los alrededores; porque cuidaba un poco más de mi persona; porque, en lo posible, corregía mis costumbres y hasta mi modo de hablar. La primera vez que tuve conciencia de todo eso, como si por la primera vez también me hubiera mirado a un espejo, fue aquella en que pasó un oficial que iba de la ciudad y se alojó en casa. Le vi en la cara la sorpresa de encontrarme en medio de aquellos humildes paisanos; y cuando conversando conmigo notó que si yo no hablaba como una maestra no decía tampoco desatinos, no pudo menos de preguntarme: “¿Pero usted no ha salido nunca de aquí?”. ¿Te acordás?

GABRIEL: ¡Ya lo creo que me acuerdo! Como que yo estaba ahí, en un rincón, mordiendo el cabo del talero, orgulloso de oírte hablar, y pidiendo a Dios que te dejara muda. Dende ese día, Gilberta, empezó el daño que estás padeciendo. La venida al pueblo remató la brujería. Pa mejor, ahura ya no soy pa ti sino un pobre gaucho, güeno tan sólo pa la risa. Antes me oías, te aconsejabas conmigo, y no tenías miedo ni a un toro alzado estando a mi lado... Ahura...

GILBERTA: ¿Y quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha dicho que no tengo estimación por vos, y que...? Pero es que todos ustedes pretenden lo imposible, sin conceder nada de su parte. Quieren imponer la vulgaridad, la ignorancia, la barbarie... ¿en cambio de qué?...

Ademán de protesta de Gabriel.

Sí..., sí...; ya sé...: de cariño, de tranquilidad..., de todo lo que quieras...; pero al espíritu que aprendió a volar, no se le puede decir eso... Andá, a aquellas águilas que tantas veces mirábamos juntos en silencio y embelezados, volar allá arriba, muy arriba, como puntos negros, en lo alto del cielo sereno...

andá, obligalas a bajar, y hacé de ellas gallinas mansas y caseras. ¡No; si no es posible, Gabriel! Además, ustedes están aferrados como con una especie de fanatismo a sus costumbres, a su lenguaje, hasta a su modo de vestir. Papá tiene horror por el futraque y la *media sándia*, como él llama al jacquet y a la galera. Ya vistas la escena de ayer... Vos mismo...

GABRIEL: Yo soy un hombre de trabajo, Gilberta, como ha sido tu padre y es el mío. Cada cual es pa lo que Dios lo ha hecho. Yo no puedo perder mi tiempo en andarme vistiendo de escribano, cuidarme de que no me dé el sol, y tener las manos enfundadas. El doctor tiene su estancia en el papel sellao. La nuestra no la podemos cuidar desentao y haciendo garabatos. Somos hijos de la intemperie, y ansina como el marinero se almarea en cuanto está en tierra, nosotros andamos boleaos en cuanto nos apiamos del caballo.

GILBERTA: ¿Pero quién les obliga a cambiar de vida?

GABRIEL: ¡Ustedes, pues!

GILBERTA: ¿Nosotras?

GABRIEL: Sí, ustedes... ¡Ah! ¿Entonces no tenemos derecho a ser acompañaos y queridos por nuestras mujeres, porque la ciudad que las tiene a montones y como por fantasía, va también a engolosinar a las nuestras en nuestro propio rancho, a sonsacarlas, a hacerles perder la cabeza con sus bambollas y sus lujos? ¿Entonces la mujer del gaucho que, como vos, sale un poco ladina, en lugar de ocuparse en enseñar a los que no saben, de tener la pacencia de criar una familia más refinada que la de sus padres, en cuantito han laido tres o cuatro historietas de esas que venden los turcos, y un pueblera vivo les ha prendido fuego en el pajonal del orgullo, ya le hacen asco al campo, ya no pueden ni ver un churrasco, escuenden el mate, dicen que la guitarra es un

estrumento de guarangos, y el trabajo del rodeo, de la majada, de la yerra, de la trasquila, ocupación de animales..., y ya es preciso venir a la juria a la ciudad a vestirse de barrilete, a hablar en gringo, y a asolar las calles en coche, como compañía de pruebistas anunciando la función? ¿Lo que nosotros hacemos con los animales, no lo pueden ustedes hacer con la familia? Cuando vos y yo nacimos, todo era criollo en nuestra estancia. Mirá ahura. Purito mestizaje; y eso, ¿quién lo ha hecho? Estos pobres gauchos, a fuerza de sacrificios, de voluntad, de trabajo. Si nos hubiera dao por refinarnos nosotros mismos, viniéndonos pa la cruda a darnos el corte de cajetillas, a aquello se lo habría llevao el diablo, y ustedes andarían de pionas quién sabe puande, y nosotros, o en la cárcel, o en el hospital, o en el camposanto.

GILBERTA: ¡Esas son exageraciones!...

GABRIEL: No sé lo que serán, Gilberta; lo que sí sé es que naides te hablará ni con más concencia, ni con más cariño que yo. No hagas caso de mi persona. Hacé de cuenta que no me has conocido nunca.. Olvidate... de lo que ya te has olvidao..., pero escuchame y seguí mi consejo. Echale un ñudo potriador a esta vida. Acodillá a tu madre, que de vieja, le ha dao por retozar como si juera potranquita. Échale los perros a todos esos cuatrerros que andan atrás de los cueros ajenos... y, a lo que te criaste. ¡Al campo! ¡A la estancia! Allí sos una raina; aquí una mujer güena pa la diversión de los ociosos, o una mina pa los aprovechaos.

GILBERTA: ¡Imposible!... No hablemos más de eso, Gabriel... Te agradezco la intención, porque sé que es buena y honrada...; pero estás equivocado...

GABRIEL: Entonces...

GILBERTA: Nada... Cada uno según sus inclinaciones... Ese es el verdadero camino del destino.

GABRIEL: ¡Sos otra mujer, Gilberta! ¡Ya me lo habían dicho, pero no lo quería creer!...

ESCENA II

Dichos , y Santiago por el foro.

SANTIAGO: Señorita, ahí está dun Paluminu.

GILBERTA: ¿Quién?

SANTIAGO: El señoritu ese que anda con el acordeun de los retratos.

GILBERTA: ¡Ah! Palemón.

SANTIAGO: Pues, bueno: Palomón ú Paluminu, es lu mesmu.

GILBERTA: Decile que pase.

GABRIEL: Yo me voy... Ya tenés un hombre de tu laya pa que te acompañe.

Aparece Palemón.

SANTIAGO: ¡Ya está en puertas! (*Vase por el foro*).

ESCENA III

Gilberta, Gabriel y Palemón.

PALEMÓN: ¡Señorita Gilbertita? (*Le da la mano*). ¿Todos buenos, mamá..., papá... y los pampeanos ?

GILBERTA: Voy a presentarle a usted a mi primo Gabriel...

PALEMÓN: ¡Ah!..., el señor... Sí, sí...; no había reparado... Ya me lo

presentó ayer... así, de refilón..., su papá de usted... ¡Ah!; con que el señor es...

GABRIEL: Servidor.

PALEMÓN: Me alegro, me alegro... Buenos los pastos por allá, ¿eh? ¿Ha llovido?... (A Gilberta) ¡Usted encantadora como siempre, Gilbertita! Ayer la busqué a usted en Palermo, como habíamos quedado... ¡Inútilmente!

GILBERTA: Así es; no pudimos ir. Con la llegada de mi tío y de éste...

PALEMÓN: ¡Ah! (A Gabriel). ¿Y por muchos días?

GABRIEL: Asigún...

PALEMÓN: ¡Ah!... Asigún, ¿eh?... Muy bien, muy bien... (A Gilberta, aparte) Los hubiera usted empaquetado por cuerda separada en una victoria... Para la gente de campo siempre es una sorpresa... (Alto a Gabriel) Es necesario que vea usted nuestros caballos..., ¡uf! ¡qué caballos!... (A Gilberta) Supongo que irá usted a la ópera esta noche...

GILBERTA: Quién sabe...

PALEMÓN: Dan *Manon*... Estos señores preferirán el Apolo. Allí se encontrarán con conocidos viejos.

GABRIEL: Yo me voy a retirar, con su permiso.

GILBERTA: (A Gabriel) Quédate un momento.
Toca el timbre.

GABRIEL: Es que tengo que ver los animales...

PALEMÓN: ¡Ah! ¿Va usted a ver los monos de Palermo? También es curioso...

GABRIEL: No señor; a mí no me divierten los monos, y asigún parece, aquí no hay mucho que incomodarse pa verlos...

PALEMÓN: ¡Ah! En efecto, en efecto...; el eléctrico... (Aparte) ¿Qué querrá decir el guaso éste?

Se presenta en la puerta del foro Santiago.

GILBERTA: (A Santiago) Avísele usted a mamá que está el señor Palemón.

Vase Santiago.

PALEMÓN: ¡Oh! ¡No la incomode usted!... (A Gabriel) Ni usted se contraríe por mí, caballero. (Aparte a Gilberta) Déjelo usted que se vaya a ver los animales

GILBERTA: ¿Eh?

GABRIEL: (Aparte) Me parece que l'hablao en secreto. ¿A que me voy ahura?

PALEMÓN: (Haciéndose el indiferente) Pues... tendremos que sacar otro grupo... Usted no está en foco, y doña Fortunata ha resollado tan fuerte, que le han resultado cuatro pechos.

GILBERTA: ¡Qué lástima!

PALEMÓN: No; la luz, además, no era buena. Ya se lo dije a ustedes...; pero como la señora porfiara... (A Gabriel) ¿Usted se ha retratado alguna vez?

GABRIEL: No señor. Eso está bueno pa los mozos lindos... Mi oficio no es ése...

PALEMÓN: (Aparte) Me parece agresivo el guarango.

GILBERTA: No es exacto eso, Gabriel; un retrato se puede hacer sin vanidad, para guardarlo u ofrecerlo como un recuerdo.

GABRIEL: Pa quien tiene...

PALEMÓN: ¡Ah!; y el señor ¿no tiene alguna paisanita por allá?

GABRIEL: Ya se van acabando, señor, y las que quedan les basta con

tener al hombre en carne y güeso, haciendo poco caso de los de papel.

PALEMÓN: Y a fe que tienen razón. ¿No opina usted así, Gilbertita?

GILBERTA: Por el momento me ocupo tan sólo de los segundos.

PALEMÓN: ¡Cómo!

GILBERTA: Hago mi álbum.

PALEMÓN: ¿Y nada más?

GILBERTA: Nada más.

PALEMÓN: Pues yo creía... Es duro lo que usted dice para quien aspira... Yo, por ejemplo.

GILBERTA: No veo en qué se pueda dar usted por aludido.

PALEMÓN: ¡Cómo! ¿No ve usted? Cerrará usted los ojos del alma expofeso.

GILBERTA: Es que mi alma está ciega todavía.

PALEMÓN: ¡Ciega! ¡Cuando es toda luz, toda resonancia, toda armonía!...

GILBERTA: *(Aparte)* Me parece que éste me ha agarrao pa palo é rascarse.

GILBERTA: *(Ídem)* Hablemos de otra cosa... Repare usted. *(Señala a Gabriel, que finge mirar con gran atención los huevos de pájaros).*

PALEMÓN: *(Ídem)* ¡Bah! Ni oye, ni entiende... ni se le importa.

GILBERTA: *(Aparte)* Se engaña usted; además, no permito...
Se le cae la caja a Gabriel.

Qué es eso!

GABRIEL: *(Recogiendo la caja del suelo)* Nada, que se rompieron.

GILBERTA: *(Quitándose la y examinando dentro)* ¡Qué lástima!

PALEMÓN: *(Mirando dentro.)* ¡Ah! ¿Colecciona usted también como los retratos?

GILBERTA: *(Mirando siempre la caja)* ¡Ni uno sano!...

GABRIEL: Es mejor así; ya estaban fuera de sus nidos; sin alas que los cubriera, ni pico que les diera de comer cuando nacieran, ni campo libre pa volar... ¡Hay más de un cristiano que hubiera querido tener la misma suerte!

PALEMÓN: *(Aparte)* ¡Che, che, che! ¡Éste es fabricante de décimas! *(Alto)* En efecto; pero podrían tal vez aprovecharse... ¿Quién sabe si no hubiera resultado una originalidad, una *omelette aux ceufs d'oiseau*?

GILBERTA: *(Mirando siempre la caja)* ¡Qué lástima!

GABRIEL: *(Enternecido)* ¿Lo sentís de veras, Gilberta?

GILBERTA: *(Soñadora)* ¿Y por qué no?... Eran de allá..., de aquellos nidos..., de entre aquellas ramas...

GABRIEL: *(Conmovido)* ¿Te acordás?
Sale Santiago.

GILBERTA: *(Secamente y reaccionando, le da la caja)* ¡Llévese esto!
Movimiento de desaliento de Gabriel. Aparece Dolores por el foro, diciendo sus primeras palabras sin trasponer la puerta.

ESCENA IV

Dichos y Dolores.

DOLORES: ¿Estorbo?

GILBERTA: *(Saliéndole cariñosamente al encuentro)* ¡Dolores!... ¡Jamás, querida!... Vení, vení...
Se besan extremosamente.

PALEMÓN: *(Aparte)* ¡La viudita! ¡Cáspita, qué elegante viene!

GILBERTA: *(Presentándolos)* El señor Palemón...

DOLORES: ¡Si lo conozco!... (*Le da la mano*).

GILBERTA: ¡Ah, es verdad!... Mi primo Gabriel... que acaba de llegar.

DOLORES: Caballero...

GABRIEL: Señorita...

GILBERTA: Señora... Aunque no lo habrías sospechado, ¿no es verdad? Porque esta amiga, que es una muchacha, quedó viuda después de un año de casada...

DOLORES: (*Suspirando con coquetería*) ¡Ay, es verdad!

GILBERTA: Lo que no impedirá...

DOLORES: ¡Bah! No digas tonterías... De vos sí que tengo noticias...

GILBERTA: ¿De mí?

DOLORES: Sí, hijita... Ya sabes que el amor es como el melón...: no se puede ocultar.

GILBERTA: ¿Qué estás diciendo? (*Maliciosamente a Gabriel*) Le ha probado muy bien la ciudad a su prima, señor.

GABRIEL: Así parece.

DOLORES: ¿No le ha contado?... Que le cuente, que le cuente...

GABRIEL: ¿A mí?...

PALEMÓN: (*Aparte*) No le hace gracia al paisanito.

GILBERTA: ¡Pero, Dolores!...

DOLORES: Tenía que suceder...

PALEMÓN: ¡Ya lo creo! Una joven del talento, de la belleza, de la gracia de Gilberta.

GILBERTA: Pero...

DOLORES: (*A Palemón*) Usted también debe de estar muy interiorizado, señor...

PALEMÓN: (*Con fatuidad*) ¡Pschs!

DOLORES: Digo... en su calidad de periodista...

PALEMÓN: Sí..., y además...

GILBERTA: (*A Dolores*) Pero dejate de decir disparates.

DOLORES: Pues, hijita, no se habla de otra cosa por ahí... (*A Gabriel*) Ustedes son muy generosos, permitiendo a sus lindas muchachas que se vengan a la capital...

GABRIEL: ¿Y quién le pone puertas al campo, señora?

DOLORES: (*Con coquetería*) El amor que conquista, la constancia que cautiva.

GABRIEL: Somos muy poca cosa, nosotros los paisanos, pa lograr eso.

DOLORES: Lo que son ustedes es, o indolentes u orgullosos.

GABRIEL: Ni una ni otra cosa, señora. Nosotros creemos que el amor ha de nacer sin que naides le haga fuerza, como nacen las hojas en los árboles cuando llega la estación...

DOLORES: Muy bien dicho...

PALEMÓN: Para cantarlo en la guitarra.

GABRIEL: ¡Y pa sentirlo en el corazón, amigo!

DOLORES: (*Aparte*) Me gusta el muchacho. No es estúpido, y aunque campesino, tiene carácter y es altivo. (*Alto*) Entonces, ¿usted cree que el afecto debe nacer, espontáneamente?

Hacen dos grupos: Gilberta y Palemón, izquierda; Dolores y Gabriel, derecha. El juego escénico queda librado al talento del actor.

GABRIEL: ¿Cómo?

DOLORES: Por sí mismo.

GABRIEL: ¿Y de no?

DOLORES: Sí: no diré que no haya casos; pero no está demás un pequeño esfuerzo... Mire usted, su propia teoría de las hojas puede ser rebatida con los hechos... Desde luego, el árbol ya está arraigado en la tierra, y esas hojas no son una primicia; son una renovación periódica... ¿No le parece a usted?

GABRIEL: Ansina será.

DOLORES: Más claro: ¿cómo nace el trigo?

GABRIEL: ¿Cómo nace?... Nace de la tierra, pues, cuando la calienta el sol.

DOLORES: Perfectamente. ¿Pero antes habrá usted sembrado la semilla?...

GABRIEL: Dejuero...

DOLORES: ¿No ve usted?

Prosiguen hablando mímicamente.

El otro grupo:

PALEMÓN: *(A Gilberta)* No seré yo el afortunado, pero su destino está ya señalado en el porvenir... Usted no puede volver hacia atrás, Gilbertita... Su existencia ya está encarrilada en la vida civilizada, distinguida, elegante, de los grandes centros.

GILBERTA: Y si le dijera a usted que siento a veces como una angustia, como un remordimiento de infidelidad, cuando pienso en mi vida pasada, tan dulce, tan apacible, tan sencilla...

PALEMÓN: ¡Bah, bah, bah!... ¡Coqueterías!

GILBERTA: No; usted no sabe lo que hay en mi espíritu... Allá vivía tranquila y segura... Aquí, me rodea una zozobra, una duda...

PALEMÓN: Que nos alcanza a todos los que la rodeamos, tan sinceramente y con tanto cariño... Déjese usted amar,

Gilbertita, y verá usted cómo todo eso cambia, desaparece...

GILBERTA: ¡Amar! ¡Con qué desparpajo hablan ustedes de esas cosas!

Prosiguen mímicamente la conversación.

El otro grupo:

DOLORES: Pues mire usted: yo me conceptuaría una mujer muy dichosa, si pudiera desprenderme de esta agitada y aturdidora vida de ciudad, y retirarme a un rinconcito de nuestra campaña, donde poder llevar una vida casi primitiva.

GABRIEL: Y ¿por qué no lo hace, señora?

DOLORES: ¡Ah! Después de viuda... ¿Qué quiere usted que haga una mujer sola?... Si pudiera...

Gilberta, mira a cada instante con marcado interés y como inquieta el grupo formado por Dolores y Gabriel.

GABRIEL: Eso lo dice por rairse. ¿Cómo a una moza como usted, linda puande la busquen, aseada como el oro y ladina como un doctor, le había de faltar...?

DOLORES: *(Riendo)* Gracias por la galantería... Pues mire usted, mi ideal sería hallar un ser... algo fuera de la vulgaridad de estos hombres gastados y petulantes de las capitales... Un espíritu nuevo al que pudiera añadir algo del mío... No sé si usted sabrá que allí, cerca de su estancia de ustedes, tengo un pedacito de tierra...

GABRIEL: Sí señora... Buen campo pa ovejas.

DOLORES: ¡Ah! ¿Sabía usted? *(Aparte)* Gilberta está inquieta.

GABRIEL: Allí está el vasco Ibarlucea.

DOLORES: Eso es... Yo no puedo administrarlo... Hasta por eso... Tal vez tenga que hacer en estos días un viajecito, pues

hay unos intrusos, y el arrendatario me escribe... La suerte, que tengo a ustedes allí...

GABRIEL: ¡Cómo no, señora!... Y cuando guste no más...

DOLORES: Gilberta es una sonza... Si yo estuviera en su lugar... ¿No le gusta a usted su prima?

GABRIEL: ¡A mí! (*Sorprendido*).

DOLORES: (*Con coquetería*) Vamos...

GABRIEL: Ella está ya aquerenciada en la ciudad, y yo soy muy paisano...

DOLORES: Pero usted tendrá entonces por allá...

GABRIEL: (*Decididamente*) Nada, señora... Mi tierra, mis animales... y una guitarra que es compañera de mis imaginaciones...

DOLORES: (*Fogosamente*) ¡Ah! ¡Cómo me entusiasman a mí todas esas cosas!... Cuando usted me haya tratado y me conozca, Gabriel... Verá usted...

GILBERTA: (*Que no puede contenerse, a Dolores y Gabriel*) ¡Caramba! ¡Qué coloquio largo!

DOLORES: (*Fingiendo indiferencia*) Hablábamos de mi campito..., allá..., lindero con el de ustedes.

GILBERTA: ¡Ah!

DOLORES: Y se lo recomendaba...

PALEMÓN: (*Insistiendo por lo bajo con Gilberta*) Gilberta, contésteme usted. No me haga usted penar.

GILBERTA: ¿Cómo penar? ¿No le he dicho a usted que seremos buenos amigos?...

DOLORES: (*A Gabriel*) Mi ideal sería que alguna vez llegáramos a ser socios. ¿No le parece a usted?

ESCENA V

Dichos y doña Fortunata, que sale por la izquierda, segundo término.

D. FORTUNATA: ¡Todo, todo está arreglao! ¡Dolores! ¡Palemoncito! ¡Tanto bueno por aquí! ¡No sabía que estaban!...

DOLORES: ¡Misia Fortunata!

Se besan.

PALEMÓN: ¡Señora!

D. FORTUNATA: ¿Cómo les va? Yo, hijitos, hecha un “¡ay de mí!”, con esta puntada inmóvil, que tan pronto está de un lao como del otro.

DOLORES: Nerviosa...

D. FORTUNATA: Eso ha e ser, porque me da después de comer, aunque me dice el médico que es puntada fraudulenta, y si no tomo un indigestivo de mojarrita... Pero, muchacho (*A Gabriel*) dales unas sillas a estos jóvenes...

DOLORES: ¡Gracias!

D. FORTUNATA: Pues, tuito arreglao, gracias a usted, Palemoncito, y a ese señor Fernández, tan fino! ¿No ha venido?

GILBERTA: Hasta ahora...

D. FORTUNATA: Porque tenía que echarle una firma... Ya saben: las madres no hacen nada sin que yo no les ponga el pasaporte.

PALEMÓN: ¡Claro!

D. FORTUNATA: ¡Ah! Pero me ha costao una de a pie con Indalecio. Por nada, hijita, quería que ésta cantara.

DOLORES: ¡Qué ridiculez! Pero cantará por fin.

D. FORTUNATA: ¡Ya lo creo! ¡No faltaba más! Pa eso le pagamos a Chauchini...

PALEMÓN: Y además, para eso Gilbertita es casi una diva.

D. FORTUNATA: ¿Qué?

PALEMÓN: Una virtuosa...

D. FORTUNATA: ¿Y quién ha dicho nunca que mi hija fuera una arrastrada?

GILBERTA: Nadie, mamá; no es eso lo que quiere decir el señor... Pero usted exagera, Palemón.

PALEMÓN: Al contrario, Gilbertita... Me quedo corto. Usted sabe si yo puedo ser juez, en mi condición de crítico..., mi competencia artística...

D. FORTUNATA: Bueno..., ustedes se entenderán.

DOLORES: El hecho es que canta, ¿no es eso?
Afirmación de doña Fortunata.

¿Y qué vas a cantar ?

GILBERTA: No lo sé todavía.

D. FORTUNATA: ¡Cómo no! Ella quería cantar el “perche no”; pero dice Chauchini que lo que le queda mejor es la Boca Negra...

PALEMÓN Y DOLORES:

¡Cómo!
Gabriel da maestras de impaciencia.

GILBERTA: (*Riendo*) Un aria de Simón Boca Negra.

PALEMÓN, DOLORES Y D. FORTUNATA:

¡Ah!
Ríen.

D. FORTUNATA: Aunque a mí me gustaría más que cantara eso del animal.

TODOS: ¿Del animal?

GILBERTA: Yo no canto nada del animal.

D. FORTUNATA: ¿Cómo que no cantas?

GILBERTA: Pero...

D. FORTUNATA: Eso..., eso del oto ñato...

TODOS: ¿Eh?

GILBERTA: Mamá se refiere a un aria de *Tosti: O sognato*, que en español quiere decir “He soñado”.
Todos ríen.

GABRIEL: (*Bajo a Gilberta*) ¿Puedo dirme?

GILBERTA: (*Idem*) Cuando gustés...
Gabriel se acerca a despedirse de Dolores.

DOLORES: ¡Cómo! ¿Se va usted ya?

GABRIEL: Sí, señora; con su permiso...

DOLORES: Es justo. Tendrá usted curiosidad de visitar nuestra capital.

GABRIEL: No es eso, señora, sino que... Hasta luego, madrina. (*A Gilberta*) Adiós... (*A Palemón*) Pa servir a usted.

D. FORTUNATA: ¿Te vas?... Bueno... Éste no entiende sino de caballos... Mirá, decile a Mamerta que nos traiga té...

GABRIEL: (*Con interés*) ¿Está enferma tía?

D. FORTUNATA: ¡No, hombre!... Andá no más.

GABRIEL: Con permiso... (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI

Dichos, menos Gabriel.

D. FORTUNATA: Estos muchachos del campo no entienden nada de nuestras cosas. Ustedes lo han de dispensar: tuavía anda medio despiao...; pero es como guachito, de bueno.

DOLORES: Y no deja de tener su interés el paisanito.

PALEMÓN: Sí, el interés de lo exótico...

D. FORTUNATA: ¿De qué?

PALEMÓN: De lo poco común.
Doña Fortunata mira sorprendida a Dolores y Gilberto.
De lo poco ordinario.

D. FORTUNATA: No; ordinario, eso no; es muy bien hablo; mejor que muchos...

PALEMÓN: Por lo demás, me ha parecido un infeliz.

GILBERTA: *(Con ímpetu)* ¡Se engaña usted! Es modesto, tal vez, hasta humilde...; pero no tiene nada de tonto, y sabe hacerse respetar, porque es muy digno.

DOLORES: *(Aparte)* ¡Qué entusiasmo!

D. FORTUNATA: Sí, todo eso está bueno; pero no me dirás que es como pa andar a los tientos con él por entre nuestras relaciones. Su padre, Indalecio y él, podían andar acollaraos. ¡No parecen ni prójimos nuestros!

DOLORES: Pues yo lo he encontrado un criollito bastante agraciado y fácilmente educable.

D. FORTUNATA: ¡Che! ¡Che! ¿Y por qué no pones escuela de criollitos agraciaos? ¡Jesús!; ¡si pa vos no hay bicho de desperdicio, con tal de que tenga figura e Cristo!

DOLORES: ¡Qué exageración, misia Fortunata! ¿A que Gilberta es de mi misma opinión?

GILBERTA: Yo no puedo ser juez, porque sabés el cariño que tengo a todos los míos.

DOLORES: ¡Ah! ¡Ya!

PALEMÓN: ¡Cómo tendrá ambas orejas el señor Gabriel en estos momentos!

D. FORTUNATA: No, lo que es yo, no veo la hora de que se vayan a la estancia, porque han venido a solevar la casa. ¿No ven a Indalecio? El “esmoque” que le mandé hacer, se lo regaló al gallego, diciendo que él no era loco pa andar con la pechuga blanca como pato casero..., y ahura, otra vez de poncho, desde que Dios amanece. ¡Y yo, hijita, que nunca pude pasar el tal poncho!...; porque es al fiudo, en lo que una no se ha criado...

PALEMÓN: ¡Justo!

D. FORTUNATA: Hablando de otra cosa: Fernández quedó en venir hoy, porque ayer con la llegada de éstos... ¡Un revoltijo, m'hijita!

PALEMÓN: ¡Ah! ¿Vendrá hoy?...

D. FORTUNATA: ¡Ya lo creo! Tengo que firmar como presidenta...

PALEMÓN: Firmar, ¿eh?

D. FORTUNATA: Pero usted debe saber...

PALEMÓN: *(Reponiéndose)* Sí, sí... ¿Cómo no?... Actas, circulares... Una petición al Gobierno... ¡Oh!, es urgente, y sin su firma... Y ¿a qué hora dijo que vendría?

D. FORTUNATA: Después de la siesta..., digo..., así, a éstas poco más o menos.

PALEMÓN: ¡Ah! *(Sigue hablando con doña Fortunata)*.

GILBERTA: Mientras ustedes hablan de sus asuntos, yo voy a dar un repaso a mi lección. ¿Querés acompañarme, Dolores? Vos que sos tan buena pianista...

DOLORES: Con mucho gusto.

PALEMÓN: ¡Cómo! ¿Nos privan ustedes de sus encantadoras presencias?

GILBERTA: Ahí tiene usted a mamá.

PALEMÓN: ¡Ah! ¡Indudablemente!; pero...

DOLORES: Hasta luego.

PALEMÓN: (*Aparte a Gilberta*) Ha estado usted cruel conmigo...

GILBERTA: ¿Cuándo?

PALEMÓN: (Pero, ahora...

GILBERTA: ¡Usted sueña!

Vanse por la derecha Gilberta y Dolores.

ESCENA VII

Doña Fortunata y Palemón.

PALEMÓN: No me quiere bien Gilberta, señora.

D. FORTUNATA: ¡Qué esperanza! Son macaquerías de la muchacha, que es medio apajarada.

PALEMÓN: Y yo que siento por ella un cariño tan puro, tan... Mi familia toda conoce mis intenciones.

D. FORTUNATA: ¿Y cuándo tendremos el gusto de conocer a su familia?

PALEMÓN: ¡Cualquier día!... Ahora como estamos con la casa toda revuelta...

D. FORTUNATA: Alguna mudanza.

PALEMÓN: No señora... ¡Oh! Nosotros no nos mudamos nunca... ¡La casa solariega!... Ni por dos millones de pesos nos desharíamos de ella... Así dice papá: “Aquí nació mi bisabuelo, y aquí morirán mis biznietos...”.

D. FORTUNATA: ¡Pues ya habrán muerto cristianos en la casa!

PALEMÓN: Ése es el mérito... Es una casa, como si dijéramos, *culottée* por las generaciones.

D. FORTUNATA: ¿Qué?

PALEMÓN: Curada, como las pipas de fumar....

D. FORTUNATA: ¡Ah! Sí; como esos pitos negros de los gringos.

PALEMÓN: Cabalmente.

D. FORTUNATA: Hay cocinas así, muy humiadoras.

PALEMÓN: Pensaba haber hecho el viaje a Europa con los de casa... porque se van; pero después que la suerte me deparó la relación de ustedes; que conocí a usted, tan distinguida, tan amable, tan buena señora...; a Gilberta, que ha dado un vuelco completo en mis ideas..., porque yo era refractario al vínculo...

D. FORTUNATA: ¿Cómo?

PALEMÓN: Es decir, que no me tiraba por el lado del matrimonio...

D. FORTUNATA: ¡Ah! ¿Le tiraría pa otro lao, entonces?

PALEMÓN: Me parece que puedo hablar con usted con entera franqueza...

D. FORTUNATA: Sí, Palemoncito; pero así, tan de sopetón...

PALEMÓN: ¡Cómo de sopetón! Usted, una señora tan inteligente, tan viva, tan perspicaz..., ¿no lo había adivinado?

D. FORTUNATA: Sí, pero...

PALEMÓN: Yo necesito una mujer buena, modesta, afectuosa... Ustedes tienen que pensar a su vez en que es necesario cierta figuración social, que no la da puramente el dinero. Usted es una mujer de genio, de actividad, de carácter, señora; necesita usted quien la secunde, y como desgraciadamente su marido de usted...

D. FORTUNATA: ¡Ay! ¡No me hable de ese guaso!

- PALEMÓN: Pues bien; tiene usted que pensar en un yerno de buena familia, relacionado, conocedor de los usos sociales... ¿Me parece que no tiene usted queja de mí?... En poco tiempo usted ha figurado ya en varias listas de suscripción para fines de caridad. Le han mandado palco de todas partes; cuantas veces ha tenido usted la puntada inmóvil, ha salido en la vida social de todos los diarios serios, y ahora debería figurar fotografiada en *Caras y Caretas*, *La Mujer* y *El Gladiador*, en distintas posiciones. Por ejemplo: “La señora de Piedra-Cueva saliendo del baño”... “La señora de Piedra-Cueva comiendo bananas”... “La señora de Piedra-Cueva matando mosquitos”... Fatalmente, usted no pudo aguantar el resuello, y la fotografía se desgració...
- D. FORTUNATA: Pero eso es tremendo, Palemoncito; yo no creía que retratarse fuera lo mismo que zambullir.
- PALEMÓN: No tanto..., pero...
- D. FORTUNATA: Porque a mí me sacó un extranjero que pintaba también con máquina; pero fue como un trabucazo... ¡pum!...
- PALEMÓN: ¡Ah!; sí..., sí...; pero ésos son retratos de tiro rápido, señora!... Conque, vamos a ver: es necesario que usted haga también algo por mí...a no ser que le sea antipático...
- D. FORTUNATA: ¡Ah! No; eso no....Pero es preciso tener pacencia... Nosotras siempre hemos sido medio lerdonas pal amor...

ESCENA VIII

Dichos, don Indalecio y don Timoteo.

- D. INDALECIO: (*Entrando*) ¡Mentira! ¡No le crea, don Palemón!
- D. FORTUNATA: ¡Jesús! ¡Ya viene este fastidio!

- D. INDALECIO: ¡Ahura se está haciendo la remilgada! ¿No es verdá, hermano? ¿Te acordás cuándo...?
- D. FORTUNATA: Ya vas a largar alguna de las tuyas.
- D. INDALECIO: ¡Pero si es verdá, hombre! Yo no sé si es porque en aquel tiempo tuavía te venía juego..., lo cierto es que en cuantito te canté ¡truco! ya me contestaste ¡retruco! y apurada me largastes un ¡quiero!, ¡vale cuatro! (*A Palemón*) ¿Cómo le va, amigazo?... Y ¿trajo el fuelle ese de sacar retratos?... Mire: déjese de gastar pólvora en chimangos, y vamos al corralón a retratar a los fletes... ¿No te parece, hermano?
- D. TIMOTEO: ¡Hum!
- PALEMÓN: (*Aparte*) No me gusta nada el hermano.
- D. TIMOTEO: (*Ídem*) ¿En qué andaré ese hurón?
- D. INDALECIO: ¿Y Gilberta, puande anda?... ¡Che!, ¡contestá pues!...
- D. FORTUNATA: ¡Qué sé yo! Preguntásele al sirviente.
- D. INDALECIO: (*Ridículamente ceremonioso*) ¡Usted dispense, su sacarrial majestá...! Ahura hasta es pecao preguntar por sus hijos... ¡La cevilización! ¿No te parece, hermano, que es mejor que nos vamos a matiar puel corralón? Allí podremos por lo menos hablar sin ofender a naides de nuestras cosas.
- D. FORTUNATA: ¡Claro! ¡Entre los caballos!
- D. INDALECIO: Haces asco ahura, después que tu padre, don Bartolo, decía a tuito el mundo...
- D. FORTUNATA: (*Apurada*) No lo oiga Palemoncito...
- D. INDALECIO: (*Levanta la voz*)... decía a tuito el mundo, que cuando nacistes y quedastes guacha
- Doña Fortunata habla fuerte con Palemón, pero don Indalecio alza la voz.*

por la muerte de la finadita, ¡¡te tuvo que criar con leche de yegua!!

D. FORTUNATA: *(Fuera de sí)* ¡ Mentira!

D. INDALECIO: Por eso que has salido tan escarciadora.

D. FORTUNATA: *(Furiosa)* ¡Qué ordinariés! Estará usted asustado, Palemoncito.

PALEMÓN: No señora. Yo no me asusto de nada... Luego, son cariños...

D. FORTUNATA: ¡Ay! ¡A mí, demen gente fina!

D. INDALECIO: Te ha entrao tarde, che, por la finura... Pues si no te casás connigo, a estas horas tuavía estabas empantanada en el Paso é los Chanchos.

D. FORTUNATA: ¡Mal crio!

D. INDALECIO: ¡Clavel del aire!

D. FORTUNATA: ¡Gaucho!

D. INDALECIO: ¡Madama de Ingalaterra!

D. TIMOTEO: *(Que habrá demostrado su impaciencia durante esta discusión, grita:)* ¡Eh! ¡Basta, que yo no he venido del campo pa ver una riña é gallos viejos! A usted, comadre, le toca prudenciar y no faltar a su marido; y a vos, más aición, y menos trabajar con la sin güesos.

D. FORTUNATA: *(Afligida)* ¡Ay! ¡Era lo que me faltaba! ¿No ve usted, Palemoncito? ¡Ahura le aconsejan que me pegue! *(Llora)*.

D. TIMOTEO: ¡Yo!

PALEMÓN: ¡Señora!

D. FORTUNATA: Pero no lo harás, porque tengo quien me defienda...

D. INDALECIO: ¿Qué dice esta loca?

D. FORTUNATA: ¿O te has creído que estamos en la estancia?

D. INDALECIO: *(Perdiendo la paciencia)* ¡Cuándo nunca t'he faltao, condenada!

D. FORTUNATA: Aquí estamos en la ciudad, y hay polecía, y está Bizley, y tengo pito...

D. INDALECIO: ¡Che! ¿Pero estás loca o en trúa?

PALEMÓN: Señora...

D. FORTUNATA: ... y este señor, y Fernández, y todas las sociedades filarmónicas... *(Por don Timoteo)* Ése..., ése es el que te ha puesto la cabeza... ¿no ves? de poncho... ¡como un gaucho!... por consejo...

D. TIMOTEO: *(Con calma)* Mire, comadre... Usté ha de haber comido camambú, que es lo que pone a las ovejas locas...

D. FORTUNATA: Más loco será usted... ¿No digo yo?... Si está claro... Desde que han venido ustedes, éste se me ha alzao... *(Á don Indalecio)* Pero ya sabés que todo es al ñudo, porque al fin y al cabo yo soy la dueña de todo...

D. INDALECIO: Menos de una cosa, che...

D. FORTUNATA: ¡Guarango!

Salen Gilberta y Dolores por la derecha.

ESCENA IX

Dichos, Gilberta y Dolores; después Gabriel.

GILBERTA: Pero ¡qué es esto! ¡Qué barullo! ¡Qué gritos!...

D. INDALECIO: Nada, hombre; tu madre, que quiere poner, no puede y cacarea.

D. FORTUNATA: Este guaso, y ese otro...

D. INDALECIO: ¡La viudita!... Señora, ha llegao a tiempo pa vernos correr el pato.

DOLORES: *(Reconviniéndolo cariñosamente)* ¡Don Indalecio!

GILBERTA: ¡Qué desagradable! ¡En presencia de extraños!...

DOLORES: ¡No digas eso!

PALEMÓN: No creía serlo para usted, Gilbertita. Además, esto no pasa de una pintoresca escena de familia...

D. TIMOTEO: La verdá que la ropa sucia...
Sale por el foro impetuosamente Gabriel.

GABRIEL: Tío... ¿Usté ha mandao esta mañana un médico de animales al corralón ?

D. INDALECIO: ¿Yo?

D. FORTUNATA: Él es el que lo necesita.

D. INDALECIO: *(Con autoridad)* ¡Silencio, ranas! Yo no he mandao a naides...

GABRIEL: ¡Cómo! ¿Y ese que dice Pancho qué ha ido a ver los caballos, a sobarles las patas, a abrirles la boca y a pintar en un papel las marcas?

D. TIMOTEO: ¡Qué!

D. INDALECIO: Alguno desos como luz pa luña. ¿No sabés que aquí en la ciudá es ansina? Si te descuidás y vas por ahí solo, en un redepente te salen unos endevidos que te envitan pa cualquier cosa, y en cuantito los facilitas, ya te han pilchao sin sentir hasta el caballo de entre las piernas. ¡La suerte que los mancarrones no tienen ni cinto, ni tirador, que de no!... ¡Ah!; mirá esta carta que han mandao pa tu padre... Ya le saben el nombre, y que ha llegao; y tuito. Yo buscaba a ésta *(Por Gilberta)* pa que la leyera... pero tu padre me dijo: “Dejá que venga Grabiél...”.

PALEMÓN: ¡Cómo! ¿Usted no puede?... ¡Me hubiera usted dicho!

D. INDALECIO: No; no es que no pueda, sino que no sé... La ignorancia no es delito.

PALEMÓN: *(Con interés)* ¿Y quién firma entonces?

D. INDALECIO: Esta prenda. *(Por doña Fortunata)* ¿No le ha oído decir que ella era la dueña? Ella firma por mí, y por quien le da la gana...; por supuesto, que a pulso...

Gabriel, que habrá leído con dificultad la carta, hace un movimiento de ira y estruja el papel, mirando con aire amenazante a Palemón.

(Notando el movimiento de Gabriel) ¿Qué hay, che?

GABRIEL: *(Disimulando y guardando la carta)* Nada, nada...

GILBERTA: ¿Alguna mala noticia?

D. TIMOTEO: ¿De la estancia?...

PALEMÓN: *(Con gran curiosidad)* Inundación, ¿eh?

GABRIEL: Nada... Cosas nuestras.

D. TIMOTEO: *(A Gabriel)* Pero...

Gabriel lleva aparte a don Timoteo, y le da cuenta de lo que dice la carta; llaman a Santiago, el cual sale corriendo para la calle. Escena mímica bien marcada.

D. FORTUNATA: ¡Tan pronto!

D. INDALECIO: Sí, ¡como es tan divertida la casa!

D. FORTUNATA: Por tu culpa.

DOLORES: Bueno... ¡Haya paz entre los príncipes cristianos! Deben quererse ustedes mucho, cuando siempre se están gruñendo... ¡Qué viejitos éstos!

D. FORTUNATA: Es que... :

DOLORES: Se acabó, o no vuelvo más. Adiós. *(Besa a doña Fortunata y Gilberta, y se despide de los demás dando la mano a Gabriel).*

D. FORTUNATA: Dispensá, hijita...; pero vos que también tuvistes, hombre...

DOLORES: *(Despidiéndose y riendo)* No tuvimos tiempo para pelearnos... Adiós todos... *(Vase por el foro)*.

PALEMÓN: Encantadora la viudita... ¿No le parece a usted?... *(A Gabriel, el cual lo mira duramente y no le contesta. Aparte)*. ¿Qué yerba habrá pisado este guaso?

Gabriel y don Timoteo enteran a don Indalecio del contenido de la carta.

Domingo aparece por el foro.

DOLORES: ¡El señor Fernández!

Movimiento agresivo de Gabriel; don Timoteo y don Indalecio hacia la puerta.

D. FORTUNATA: ¡Ah! ¡Qué suerte!. ¡Que entre, que entre! *(A don Indalecio, don Timoteo y Gabriel.)* Bien podían dejarnos solos... ¡Qué dirá! ¡Una persona tan decente! ¡Con esas fachas!...

D. INDALECIO: *(Claro)* Seguro que se va a desmayar.

D. TIMOTEO: *(Aparte)* ¡Me estoy por salir de la vaina!

Aparece Fernández por el foro; al verlo, Gabriel da un paso hacia él con un movimiento agresivo que domina inmediatamente, quedando en actitud de hosca observación.

ESCENA X

Doña Fortunata, Gilberta, don Indalecio, don Timoteo, Gabriel, Palemón y Fernández.

FERNÁNDEZ: *(Desde la puerta del foro a doña Fortunata que sale a recibirlo)* ¡Señora! *(Reparando en los demás y aparte)* ¡Diablo! ¡No contaba con que estuvieran éstos!

D. FORTUNATA: Adelante, adelante, Fernández... Ya creía que no venía...

FERNÁNDEZ: *(Con fingido aplomo)* ¡Oh! ¡Cómo podía usted suponer!... El deber ante todo... Señorita. *(Saludando)* Señores... Ocupadísimo toda la mañana...

D. TIMOTEO: *(Aparte)* ¡Che! ¡Mirá la política destos!

D. INDALECIO: *(Ídem)* ¿No ves los bigotes, como guampa e novillo?

FERNÁNDEZ: *(Mirando con desconfianza y hablando como dominado por una emoción)* La caridad... no me deja un momento libre..., y luego... usted, señora... Se ha hecho usted la predilecta de todas nuestras sociedades filantrópicas. Ahora mismo..., hace un momento... hablaba con la señora Presidenta de la Congregación de las Ovejas Inmaculadas, y me decía: “Trabaje usted, Fernández, por que la señora de Piedra-Cueva se haga oveja...”

D. INDALECIO: ¿No te digo, hermano? ¡Qué honor pa la familia!, ¿eh? ¡Oveja!...

D. FORTUNATA: Recibí su carta, Fernández... ¿Habrá traído los papeles?

FERNÁNDEZ: *(Como queriendo variar de conversación)* Sí..., sí, señora...; pues las socias...

D. INDALECIO: Serán los vales aquellos...a la cuenta...

PALEMÓN Y GABRIEL:

(Con distinta expresión) ¿Qué?...

FERNÁNDEZ: *(Turbado, pero reponiéndose inmediatamente)* ¿Vales?... No señor, no...

D. FORTUNATA: *(A don Indalecio)* Y a vos ¿qué te importa lo que sea?...

D. INDALECIO: Tenés razón...

GABRIEL: *(Aparte)* Hay que sofrenarse.

D. FORTUNATA: *(A Fernández)* Pues vamos a ver...

FERNÁNDEZ: Más tarde..., más tarde... No hay prisa...

PALEMÓN: *(Pasando del lado de Fernández)* Papeles de la Sociedad, ¿eh?... ¿Puedo verlos?

FERNÁNDEZ: *(Esquivándose)* Luego..., luego... *(Aparte y con respecto a Gabriel)* ¡Cómo me mira el tío aquél!... ¡Bah! ¡Aplomo!

GILBERTA: *(Que ha reparado en la inquietud de Gabriel)* Pero ¿qué tenés, Gabriel?...

GABRIEL: Nada... Una comezón en las manos...

PALEMÓN: *(Aparte a Fernández)* Señor Fernández, conozco el juego.

FERNÁNDEZ: *(Aparte y sorprendido)* ¿Eh?

PALEMÓN: *(Ídem)* Nada; que hay que tirar para todos la cuerquita.

FERNÁNDEZ: *(Ídem)* Cállese usted.

PALEMÓN: *(Ídem)* ¿Entendidos, entonces?...

FERNÁNDEZ: *(Ídem)* Entendidos.
Toda esta escena muy breve.

D. FORTUNATA: ¡Fernández!... ¡Como si no hubiera nadie!... ¿Entiende usted?... Puede desembuchar no más...

FERNÁNDEZ: ¿Cómo? ¿Qué?...

D. FORTUNATA: Los papeles esos... Aquí hay todo pa escribir..., y aunque no tengo los anteojos... Pero usted me hace con la uña así donde deba firmarlos, y...

FERNÁNDEZ: *(Receloso y buscando en todos los bolsillos; al fin saca unos papeles.)* Pues, los papeles... Aquí están... en... Pero... *(Los pone sobre la mesa tendidos, siempre bajo sus manos).*

D. INDALECIO: Eso es... Echale firmas no más a la juria, como quien marca ajeno.

FERNÁNDEZ: ¿Qué?...

PALEMÓN: No..., pues la señora... tiene muy buena letra... ¿A ver los papeles?...

D. FORTUNATA: *(Cubriendo con las manos los papeles)* ¡No se puede!... ¡Vaya con el antojo!... Parece mujer de zonzo, y primeriza...

GILBERTA: ¡Mamá!

D. FORTUNATA: No se pueden ver..., ¡vamos!

GABRIEL: *(Impetuosamente)* ¡Pero yo sí puedo verlos!

FERNÁNDEZ Y PALEMÓN:
¡Usted!

GABRIEL: *(Con energía)* ¡Sí; yo!

D. FORTUNATA: ¡Pero, muchacho!

FERNÁNDEZ: Es cosa privada.

D. INDALECIO: ¿Y pa mí también?...

FERNÁNDEZ: ¡Caballeros!

PALEMÓN: ¡Don Indalecio!

GABRIEL: ¡Vamos pronto!... *(Agarrando por el hombro a Fernández).*

D. FORTUNATA: ¡No seas ordinario!

GABRIEL: ¡Quiero ver esos papeles!

D. TIMOTEO: Vaya largando, amigo.

FERNÁNDEZ: *(Defendiéndose)* ¡Imposible!

GABRIEL: ¡Cómo imposible!

D. FORTUNATA: ¡No faltaría más sino que todos se metieran en mis cosas!

D. INDALECIO: Esas no son tus cosas; son las mías...

GILBERTA: Papá, Gabriel... Tío, no permita usted.

D. TIMOTEO: ¿Que no permita?... Si yo también... ¡A ver! Quitáselos vos, porque de no se los quito yo, y conmigo no juegan..., ¿eh?

FERNÁNDEZ: ¡Es una indignidad!

PALEMÓN: ¡Un insulto!

GILBERTA: ¡Jesús!

GABRIEL: Larguen no más...

FERNÁNDEZ: No permitiré... Me retiro.

PALEMÓN: Y yo también... ¡Ésta es una ofensa, una vejación!...

FERNÁNDEZ: ¡Protesto! (*Hace ademán, de retirarse y se guarda en el seno los papeles*).

GABRIEL: (*Interponiéndose*) ¡No se mueva!

GILBERTA Y DOÑA FORTUNATA:

¡Gabriel!

Palemón trata de escabullirse, y Santiago, que viene de la calle haciendo señas a una persona que lo sigue, lo detiene.

FERNÁNDEZ: ¡Quién me lo impedirá!

Se presenta el Comisario.

COMISARIO: ¡La autoridad!

D. FORTUNATA: ¿Qué dice?...

GILBERTA: (*Llorando*) Mamá... Papá... Gabriel...

PALEMÓN: (*A Santiago*) Suélteme usted.

SANTIAGO: ¡Aquí está esta anguila!

GABRIEL: Señor comisario, bajo nuestra responsabilidad prenda a estos hombres, y quítele a éste cuanto lleva encima.

FERNÁNDEZ: ¡Jamás!... Antes...

A una seña del Comisario se adelanta el Sargento colocándose detrás de Fernández y Palemón.

COMISARIO: Sargento, registre a ese hombre.

FERNÁNDEZ: ¡Es un atentado!...

GABRIEL: (*Tomando los papeles que al Sargento le habrá entregado el Comisario*) El atentado es éste... Un contrato de venta, y una orden de entrega de hacienda...

D. FORTUNATA: ¡Cómo!

GABRIEL: ¡Qué vergüenza!

D. FORTUNATA: ¡Pero estoy soñando!

D. INDALECIO: (*Mirando los papeles*) ¡Che!; ¡y mirá la marca, qué bien pintada!...

GILBERTA: (*Se abraza llorando a doña Fortunata*) ¡Mamá!...

D. FORTUNATA: Pero si eran los papeles de la sociedad...

D. INDALECIO: ¡De los pillos!

FERNÁNDEZ: ¡Será un... *quid pro quo!*...

PALEMÓN: ¡Un *lapsus!*...

D. INDALECIO: Sí; júeguenle inglés ahora... ¡Cuatreros de pueblo!

D. TIMOTEO: (*Al mismo*) Éste es un robo que querían hacer... ¡Á la cárcel con ellos!

D. INDALECIO: Y nosotros ¡al campo!

Doña Fortunata se desmaya; Gilberta da muestras de desesperación, etc.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

La escena representa la población de una estancia antigua. A la izquierda del espectador, y en la segunda caja, se ve parte del amplio corredor de la casa, de paredes y pilares de ladrillo, con techo de teja. A ésta se anexan otras construcciones rústicas techadas de paja brava. El piso del corredor se levanta un poco del nivel del suelo, con un cordón de ladrillo rojo. A la derecha un viejo ombú, cuyas ramas forman dosel por sobre la

abertura del escenario. Al fondo se ve el campo, dividido en potreros donde pastan algunos animales, extendiéndose en lejanas lontananzas, recortadas a veces en el horizonte por los grupos azulados de los árboles de otras poblaciones. Bajo el cordón del corredor, tiestos con plantas de flores. En el centro, dos o tres escalones de ladrillo comunican con el plan general de la escena. Gilberta, en una silla de hamaca, bajo el corredor, hace un trabajo de aguja. Gabriel, sentado en el borde del corredor, apoyando la espalda en un pilar, toca la guitarra y canta. Luz brillante, de una hermosa mañana de primavera.

ESCENA I

Gabriel y Gilberta.

GABRIEL: *(Cantando en la guitarra?)*

Yo he visto nacer el día
después de una noche oscura,
como tras una amargura
la aurora de una alegría.
En medio de la agonía
he visto que un alma fuerte
le hacía un quite a la muerte
con el desdén más profundo,
probando que en este mundo
¡quien lucha, vence a la suerte!

GILBERTA: *(Como para sí y siguiendo su trabajo)* “¡Quien lucha, vence a la suerte!...” Y quien no lucha, también; porque, al fin y al cabo, quien no se resiste a nada, ha vencido el más grande obstáculo de su propio destino: sus preocupaciones.

GABRIEL: ¿Estás rezando, Gilberta?

GILBERTA: Estoy comentando tus décimas, Gabriel.

GABRIEL: *(Acercándosele y sentándose casi a los pies de ella)* Pero decime, hermanita: ¿no te parece como si hubieras nacido de nuevo, desde el día en que has entrado a tu estancia vieja, pobre y humilde, eso sí, pero tranquila, honrada y alegre, y en la que todos te rodean, te quieren y te respetan?

GILBERTA: Después de muerta, también una es querida y respetada...

GABRIEL: ¡Bah! Ya empezamos con los extremos... ¡No es pa tanto, hombre!... ¡Caramba! ¿Te parecía más lindo, con tal de dar gusto a las faramalladas de la ciudad, verte en la exposición de ser tomada pa la diversión por cualquier botarate de esos, que quién sabe hasta qué batuque las había llevao?...

GILBERTA: Bueno... No hablemos más de eso...

GABRIEL: Pero...

GILBERTA: Así lo hemos convenido, y así debe de ser, para la paz de todos.

GABRIEL: El caso es que no te puedo ver (á vos sobre todo) tristoná, lagrimiendo y conversando sola por los rincones... Te hemos traído todo: tu piano, tus libros..., hasta ese baulerío de perendengues y plumachos, como pa poner tienda, que les habían encajado las madamas. A mi madrina no le hago caso, y en ocasiones hasta me divierte verla hablar de las sociedades en que era como gobierno, por su plata, por supuesto, y en seguida, olvidándose de sus grandezas, agarrar un tacho con comida pa llevarles a los chanchitos del chiquero, que dice que quiere como a hijos... pa comérselos el día menos pensao... Pero vos... Decime, ¿qué pensabas seguir haciendo en la ciudad?

GILBERTA: ¡Qué sé yo!

GABRIEL: Mi tío Indalecio no quería saber nada de ella. Nosotros teníamos que cuidar de nuestros intereses... Eran ustedes dos mujeres solas sin más relaciones que las que pudieran agenciarles los explotadores...

GILBERTA: ¡Vuelta!... ¿Por qué no seguís cantando?

GABRIEL: ¡Si lo hago tan fiero!

GILBERTA: No le hace. A mí me gusta.

GABRIEL: *(Poniéndose de pie y animándose)* ¿Endeveras?

GILBERTA: ¿Y por qué te lo había de decir si no fuera cierto?

GABRIEL: Entonces... *(Va a tocar la guitarra)*.

GILBERTA: ¡Ah! Pero mirá... No cantés cosas tristes... Para tristezas me basta con encerrarme a solas con las mías... *(Se levanta y baja a la escena)*.

GABRIEL: ¿Y si le dijera que yo tampoco encuentro ni me nacen de aquí adentro alegrías?

GILBERTA: Diría que te he contagiado.

GABRIEL: Y ha de ser no más... Porque mirá... yo que cuando estaba lejos, te codiciaba como a calor de sol en un día de invierno..., ahura, después de lo que ha pasao, y cuando te veo callada y pensativa, siento entre mí, como si en una mañana de esas tristonas y nubladas, se levantara la helada y me agarrara sin poncho.

GILBERTA: *(Que estará ocupada de las plantas)* ¿No ves?

GABRIEL: Entonces es mejor que dejemos la guitarra en el rincón en que está calladita, con sus tristes y sus camperas adentro... Mirá...a veces creo que yo también soy medio alocao... Pero te vas a rair si te digo lo que pienso de este instrumento.

GILBERTA: *(Volviéndose hacia él)* Y ¿por qué me he de reír? Decímelo no más...; tal vez me interese...

GABRIEL: Pues güeno, escuchá. Un día estuve en el pueblito, y fui a visitar al señor cura, que fue el que me bautizó. Nunca había visto dar la comunión, y en mi inorancia, le pregunté al padre por qué hacían tanta historia pa sacar y guardar un copón ansina de oro, que tenía adentro lo que le ponían en la boca a los cristianos. “¡Es que ahí está el espíritu de Dios!”, me dijo. ¡Una cosa tan grande en una cosa tan chica! Me vine pensando en eso, y en la travesía pa la estancia, a la noche, cuando miré el cielo negro y clavetiao de estrellas, y vi por delante una sombra que no tenía fin, y oí en el vientito que corría, levantando ruidos que venían de tuitas partes, una cosa como si jueara el resuello del campo, me raí del cura, y me dije pa mí mismo: “¡Se conoce quel padre no ha cruzao de noche la pampa!”.

Gilberta, lo mira y escucha con creciente interés.

Llegué a las casas, y templé el instrumento; me senté bajo la ramada, y toqué y canté hasta que nació el lucero cerquita del amanecer... Me había acordao de vos, Gilberto, y no me da vergüenza de que lo sepás... ¡había llorao!... Te diré más...: besé estas cuerdas, que sonaron como suspirando bajo mi boca... Entonces llevé la guitarra allá adentro, ande he clavao el pañuelo de seda que me distes, pa colgarla como en un altar, y pensé pa mí: “¡Ha de tener razón el cura, porque el espíritu del amor está en la guitarra!...” ¿Por qué me mirás ansina y te rais?

GILBERTA: Porque... porque me hacés pensar en cosas muy raras, Gabriel.

GABRIEL: ¿Endeveras?

GILBERTA: Sí.

GABRIEL: ¿Y en qué pensás?

GILBERTA: No se puede decir...

GABRIEL: Decilo no más..., si no me vas a ofender...

GILBERTA: No..., si no es ofensa...; por el contrario.

GABRIEL: *(Con gran interés)* Decímelo entonces.
Signo negativo de Gilberta.

¡Te lo pido por lo que más querás!

GILBERTA: Te basta con que yo lo piense.

GABRIEL: ¡Te has hecho mala, Gilberta!

GILBERTA: ¿Por qué?

GABRIEL: Porque me hacés pensar...

GILBERTA: Consolate, acordándote del refrán...

GABRIEL: ¿Cuál?

GILBERTA: *(Con coquetería)* “Quien bien te quiera...”

GABRIEL: *(Fuera de sí de alegría)* ¡Pero si eso no es cierto!

GILBERTA: *(Bajando los ojos.)* ¿Qué sabes vos?...

GABRIEL: *(Con pasión)* ¡Gilberta!
Aparece por el fondo doña Fortunata.

ESCENA II

Dichos y doña Fortunata, vestida de campesina.

D. FORTUNATA: ¡Todas, todas culecas! ¿Ande han aprendido a cuidar gallinas estas gentes?... Y ni las echan, ni las zambullen en agua fría, que es el modo de refrescarlas... Todo esto anda al revés. El jardín es un puro yuyal... Pero ¿qué hacían...?

GABRIEL: ¿Nosotros? Cuidar los animales, madrina.

¡al campo!

D. FORTUNATA: ¡Buena ocupación!... *(A Gilberta)* ¿Te acordás de la mata de ruda, tan linda... y aquel clavel de viso que puse de gajo en una...

GILBERTA: *(Interrumpiéndola)* Sí, sí; ya sé.

D. FORTUNATA: ... desportillada?... ¿Y de aquel cedrón tan lindo, y la malva fina, y el floripondio?... ¡Ni pa remedio!

GABRIEL: Las heladas, madrina, han sido juertes.

D. FORTUNATA: Sí; ¿y la vaca negra, que era..., con perdón sea dicho, como una señora?... ¡Chúcara hijita!... ¿Te acordás que la ordeñaba sin maniar?... ¡Andá ahura y acercate! Cabecea en el palenque, y aunque la maniés con el cinchón, se pone como víbora, inquieta y movediza, y escuende la leche...; lo propio que muchos ricachos de la ciudá cuando les van a pedir limosna... Y a propósito: ni una carta de las amigas, ¿eh?

GILBERTA: Nada, mamá.

D. FORTUNATA: Aquí decime mamita... Ya no estamos entre gentes; ¿no te parece, Grabiél?

GABRIEL: *(Riendo)* Es verdad, madrina.

D. FORTUNATA: Hasta las adulonas de las mellizas, que hablaban como en la novena, repitiendo una lo que decía la otra y siempre lo mismo... ¡Hasta ésas! ¡La verdá es que estoy por creer que nos habían tomao pa la butifarra!

GILBERTA: ¡Jesús, mamita!

D. FORTUNATA: *(A Gabriel)* ¿No te parece, che?

GABRIEL: No tanto como eso, madrina; pero creo que mejor están acá...

D. FORTUNATA: ¡Lo que es ustedes están en sus glorias!... Saliéndose con la suya los hombres, ya se sabe...

GABRIEL: No es por eso...

D. FORTUNATA: Y si no hubieran sido aquellos atrevidos...
GILBERTA: Bueno, mamita. No nos acordemos ahora...
D. FORTUNATA: ¡Ah! Pues yo me acuerdo siempre..., porque fue una burla... como pa hacer creer que yo era una bruta que firmaba a pulso...; y todo porque no tenía los anteojos, que de no... ¡Qué habrá dicho Chauchini! ¡Pobre! ¡Tan bueno el extranjero! ¡Y dejarlo ésta con la boca negra!...
GABRIEL: Ya se la habrá limpiado con sus pesos, madrina. Lo que él sentirá será la mina que ha perdido; pero, como dice ésta, es mejor no acordarse...

ESCENA III

Dichos y Santiago, que entra vestido de gaucho, con espuelas, rengueando, con una venda sobre un ojo, y la mano izquierda envuelta en un pañuelo.

SANTIAGO: Cun permisu...
Sorpresa y risas de todos.
D. FORTUNATA: ¿Pero de ande salís, condenao, con esa facha?
SANTIAGO: *(Con suficiencia)* Venju de dumar.
GILBERTA: ¿Qué?
SANTIAGO: Sí señora. El patrón me rejaló una yejua –cun perdun de ustedes –con tal que la muntara –dispensandu el mudu de hablar... Perú las yejuas –sin ofender a naides– son más bellacas que los caballos. ¡Parecen cristianas! Aunque es mala la comparación.
D. FORTUNATA: ¿Y la domastes?

¡al campo!

SANTIAGO: ¡Ca! ¡Nu señora!... Me ha hechu de tudu... Me ha tiradu, me ha murdidu, me ha pateadu, me ha...
GILBERTA: Bueno, bueno...
SANTIAGO: ¡Ah! Peru yu también le he hechu lu mismu... ¡Nu he pudidu pur menus! Me olvidé de lu que decía el cura de mi lujar: “Ninún hombre debe levantare gamás la manu a una mujer, o lo que es lu mesmu a una persona del seso sustantivo...” ¡Ah!, peru yu nu se la levanté tampucu, porque le peje cun los pieces.
GABRIEL: Pero quién te metió a gaucho.
SANTIAGO: ¡Nu hay más dun Jrabiél! En el campo hay que ser campisín, y u me matan las yejuas, u me bajo estanciera...
GABRIEL: ¡Ansí me gusta, Santiago! Allá en la ciudad, a juerza de ser el esclavo de tus patrones, habrías llegao a juntar cuatro riales pa irte a tu tierra a seguir tu miseria. Aquí tenés campo...
SANTIAGO: Nu: lu ques pur campo nu se ha de quedar. ¡Castañas! ¡Si estu es cumu en alta mar!
D. FORTUNATA: ¿Y te duele?
SANTIAGO: ¡Nu señora!: me escuece sulamente. Peru más le dulerá a ella, porque yu dunde peju... ¡cuidiau con miju! El patrón dun Indaleciu, cun el patrón dun Timuteu, me mandarun hoy a dícir que iban a la estaciún, a contestare a un telefono urgente, que es como si digéramus: atrasadu...
D. FORTUNATA: ¡Ah! Bueno.
SANTIAGO: Y que vuelven, infinitamente...
D. FORTUNATA: Bueno.
SANTIAGO: Y esta carta la deju el correu esta mañanita para la señorita... Yu, cun la dumada, la olvidé... El correu nun quisu dícir de quién era.

GILBERTA: Trae para acá...

SANTIAGO: Bueno pues; cun permisu de ustedes, voy a pur la injundia de jallina que me ha ufrecidu Mamerta, para darme una fricaciun en salva sea la parte.

D. FORTUNATA: ¡Bueno, bueno, hombre!...

SANTIAGO: ¡Y lu ques la yejua!... ¡Vamus a ver quién es más brutu!... Pues si la ajarru pur el kujote... (*Vase rengueando y profiriendo amenazas contra la yegua*).

ESCENA IV

Dichos, menos Santiago.

D. FORTUNATA: (*Por la carta.*) ¿Es de la ciudad?

GILBERTA: No sé...; creo que sí.

D. FORTUNATA: Será de las mellizas...

GILBERTA: (*Con indiferencia*) Tal vez.

D. FORTUNATA: ¡Qué poca curiosidá!

GILBERTA: No espero nada...

GABRIEL: (*Con alegría*) ¿Será cierto eso?

GILBERTA: Si esperara y me interesara, ya la habría abierto. ¿Quién me lo iba a impedir?

D. FORTUNATA: Tal vez traiga noticias...

GILBERTA: No tengo curiosidad de nada. Más aún: hubiera deseado que no me hubieran escrito..., y siento tentaciones de echarla al fuego sin abrirla.

D. FORTUNATA: Harías mal. Quién sabe si no es de Chauchini y nos cuenta...

GILBERTA: Pues no quiero saber nada. ¿Con qué objeto? Aquello es para mí un sueño, y no quiero empecinarme en vivir soñando.

GABRIEL: (*Gozoso*) ¡Así te quiero oír hablar, Gilberta!

D. FORTUNATA: ¡Amalaya le dure!

GABRIEL: ¿Y por qué no, madrina?

D. FORTUNATA: “Porque el que probó matambre, siempre dice que tiene hambre”.

GABRIEL: Sí, pero hay otro versito que dice:

“Pal pago del domador,
no hay redomón volvedor”.

D. FORTUNATA: ¡Che, no' es pa tanto...; no nos fue tan mal!

GABRIEL: ¡Tuavía, madrina!

D. FORTUNATA: ¡Pillos hay por todas partes! ¿No hay en el campo cuatrerros?

GABRIEL: Sí, pero ésos andan escondidos en los pajonales; roban cuando naides los ve, y aunque son como luz pa los animales estraviaos, u las puntas cortadas de algún rodeo, no se le meten a uno en las casas y se le atreven hasta al honor de las mujeres.

GILBERTA: ¡Quién te ha dicho...!

D. FORTUNATA: Bajá la prima, che, porque a mí, naides me atropelló, ni anduve en peligro de nada...

GABRIEL: Sí lo creo, madrina... Mire, es mejor no alegar de estas cosas... Voy a dar un vistazo por el galpón de la trasquila. No les tengo mucha fe a los piones nuevos, y tengo hoy una majada de caras-negras que no quisiera que por andar a la juría me les jueran y cortar... Gilberta, ¿quierés que te haga ensillar el rosillo?

GILBERTA: Veremos... No estoy todavía resuelta...

GABRIEL: Como querás... Hasta luego. *(Vase por el foro derecha)*.

D. FORTUNATA: Yo también me voy... Tengo que arreglar una barbaridá de cosas... Ese gallinero es un bochinche. ¡Parece un patronato! Puritas culecas ó peliadoras... y me han dejao criar cuatro gallos, que cada cual ahura quiere ser patrón... ¡No me digás, hijita!... ¡Esto es un pericón mal bailao!... Voy a ver si la negra esa me ha preparao la tina pa las gallinas... ¡Quién había de decir... que yo, enfundadora y Presidenta nonata de la Sociadá de las Madres Libres, había de andar afanada por refrescar a las gallinas, pa que se las quite la manía... de sacar pollos! *(Vase por el foro izquierda)*

ESCENA V

Gilberta sola, luego Gabriel.

GILBERTA: *(Sentándose desalentada bajo el ombú)* Ésta es la consecuencia de pretender elevarse sobre el nivel moral de los suyos. Todos están de nuevo en su elemento...; todos menos yo; yo, que traigo el contagio de aquello que he entrevisto y cuyo recuerdo entristece mi alma, haciéndome imposible para nada, porque todo me repugna y todo me hastía. ¡Todos se van a sus quehaceres, o siguen la corriente de sus gustos, y yo me quedo sola, sola con mis sueños imposibles!...a veces creo sentir hacia... No sé explicarme...; y sin embargo, su lealtad es el único apoyo en esta soledad... ¿Para qué me habrán escrito, y quién me escribirá? *(Va a abrir la carta)* ¡No..., no quiero saber nada!... ¿Quién?

Entra Gabriel por la derecha.

¡Ah! ¿Ya de vuelta?

GABRIEL: Sí, Gilberta; tuavía no han echao la majada al corral..., y como me ha parecido verte medio tristona...

GILBERTA: ¿Yo?

GABRIEL: Mirá, Gilberta: no quisiera por nada del mundo ser la causa... Aquello sucedió porque había que poner remedio...

GILBERTA: ¿Y a qué viene esto ahora? ¿Quién te pregunta?...

GABRIEL: Ya lo sé, pero es que yo ando como ahogao y tengo que decirlo.

GILBERTA: Bueno, hombre; pero no hay necesidad...

GABRIEL: Es que vos no me conocés... Ansina, sin saber hablar como vos, y con esta facha de paisano...

GILBERTA: ¿Pero qué tiene que hacer todo eso?... ¡Bah, no seas cargoso!

GABRIEL: Es que no quiero que vas a pensar, que por angurria mía por vos, he dao en la ciudá el golpe que aclaró las cosas.

GILBERTA: ¿Y quién te ha dicho que yo pienso así?

GABRIEL: Será mi desconfianza... o tal vez...; en fin, fue la Providencia la que lo hizo todo... Yo estaba receloso –pa qué te lo voy a negar– pero sin que vos me lo ordenaras, yo no habría dao un paso... Después deso, ¿ande iba a averiguar nada, cuando yo mesmo anclaba allí como gallo en corral ajeno? Los endevidos aquéllos... eso sí –pa qué te voy a decir una cosa por otra– me habían sentao como patada en la boca del estómago...; pero yo los aguaitaba, callao, esperando el momento, como perro retobao, de esos que muerden sin ladrar...

GILBERTA: Pero ¿y a qué me contás todas estas cosas?, vuelvo a decirte. ¿Te he preguntado yo algo?

GABRIEL: Con la boca no, Gilberta; pero en tu silencio hay una cosa que a veces se me viene encima con mala intención... Mirá: los hombres de campo, a juerza de vivir en el peligro, tenemos un sentido que, aunque es mala la comparación, es lo mismo quel olfato de los perros.

GILBERTA: Pues debés estar resfriado, Gabriel, porque esta vez tu olfato...

GABRIEL: Jugale risa cuanto querás; pero vos sabés que no ando errao. Aquellos locos... ¿ande habían de dir con su pastel? A lo de don Pedro Ponce, el apoderao de mi padre, que también hace negocios de tablada. En cuanto vio la marca que llevaban pintada pal trato de la hacienda, hablandolé de una venta de que nadita le había dicho mi padre, coció el hombre, y ya le escribió a la juria. La suerte que los viejos no saben ler, que de no, echan a perder la jugada. Como yo medio deletreo, me endilgaron la carta, y ahí tenés lo que sucedió... ¿Te incomodo con decirte esto?

GILBERTA: No, hombre; es que como ya no tiene interés...

GABRIEL: Es claro: después que se les hizo desembuchar... Lo que es ahura no se quitan por nada unos añitos de cárcel.

GILBERTA: ¡Años!

GABRIEL: ¿Y de no?

GILBERTA: ¡Es una crueldad!

GABRIEL: Ansina es; y lo que ellos iban a hacer con ustedes, eran tortas fritas con azúcar encima, ¿no?

GILBERTA: Bueno...; pero como todo se ha remediado... ¡Si yo pudiera pedir!

GABRIEL: ¡Tu corazón es bueno pa los que te hacen daño, y cruel pa los que te quieren!

GILBERTA: No sé de dónde sacás eso.

GABRIEL: De aquí adentro, Gilberta.

GILBERTA: *(Riendo)* ¡Vamos! Tendré que encomendarte a mamá, para que te aplique su remedio de las gallinas.

GABRIEL: No habrá necesidad, porque yo soy muy hombre pa sufrir y callarme. Pero antes t'he de decir una cosa. Aquí hay dos vidas que empiezan y que van a perderse sin servir pa nada, como agua en un arenal: la tuya en el aburrimiento, y la mía en el sufrir. Sos muchacha, sos linda, sabés más que muchos hombres; pero te has echao a muerta al empezar el camino, porque has encontrao una zanjita de nada. Yo también soy mozo, no le tengo envidia a naidés pal trabajo, no he faltao jamás a mi deber, y creo que tengo un corazón como el mejor... Todo esto debe ser menos que una pitada de cigarro, cuando tirao al suelo como poncho a tus pies, pasas por otro lao, sin pisarlo y sin siquiera darme las gracias...

GILBERTA: Pero ¿á qué viene todo eso?...

GABRIEL: Si yo no juera un cristiano dejao de la mano de Dios, dirías vos: "Velay una buena aición que puedo tuavía hacer, y quién sabe si con provecho propio... Enseñarle a éste lo que no sabe, pa que después nos podamos entender los dos sin que yo lo tenga en menos, ni quel se encuentre apocao conmigo..." ¿Ves?... Esa sería tal vez una obra mejor que sacar pícaros de la cárcel. ¿No te parece?

GILBERTA: Bueno... ¿Y después?

GABRIEL: Después... Y ¿qué más te voy a decir, hermanita?... Si ya no me has entendido, será o porque soy muy enteramente bozal pa explicarme, o porque no tenés alma pa entenderme.

GILBERTA: No, Gabriel... Demasiado te he entendido, y te juro que tus

palabras me han... conmovido... Tal vez tenés razón... Enseñar, educar..., esa sería mi misión...; pero, ¡aún estoy tan turbada! ¡He sufrido una emoción tan violenta! ¡Mi ánimo está tan inquieto!... ¡Perdóname!

GABRIEL: ¡Yo!

GILBERTA: Sí... ¡Perdóname!... ¿No ves?... Mirá en mí una enferma que acaba de pasar por una crisis espantosa.

GABRIEL: ¡Pero si así te estoy tratando!

GILBERTA: No me apurés... Vos tenés una alma generosa..., lo sé..., lo veo...; pero respetá mis cavilaciones..., mis tristezas..., ¡hasta mis recuerdos!...

GABRIEL: *(Con énfasis)* ¡Eso es lo que me condena!

GILBERTA: ¡No! ¡Si no es lo que vos creés! ¿Querés que te diga una cosa, Gabriel? Pues bien: nadie como vos ha sabido encontrar el camino de mi corazón...

GABRIEL: ¡Gilberta!

GILBERTA: Sí; porque vos, sin saberlo, has hecho con tus palabras rústicas, pero inspiradas y sinceras, una gran luz en mi espíritu.

GABRIEL: ¡Yo!...

GILBERTA: Escuchá... ¡No he amado a nadie! No sé si Dios me concederá la dicha de poder amar...

GABRIEL: ¿Entonces aquel...?

GILBERTA: No digas pavadas...

GABRIEL: ¡Endeveras!

GILBERTA: *(Mimosamente)* ¡Sonso!...

GABRIEL: ¡Qué peso me sacás de encima! ¡Todo lo demás no me importa nada!...

GILBERTA: ¿No ves? Ahí está el egoísmo humano. No te importa ocupar un lugar en mi corazón, con tal de que no lo haya ocupado otro...

GABRIEL: Porque o he de llegar a ser dueño dél, o mientras esté libre, como pa mí será lo mesmo que un sagrario, he de estar tuita mi vida arrodillao delante dél!...

ESCENA VI

Dichos; Dolores, con traje de viaje, y don Indalecio y don Timoteo, por el foro derecha.

DOLORES: *(Corriendo hacia ella, y abrazándola)* ¡Gilberta!

GILBERTA: *(Ídem)* ¡Dolores!

D. INDALECIO: Aquí la tenés. ¿No ves? Éste era el teléfono que íbamos a contestar a la estación.

D. TIMOTEO: ¡Como estabas tan tristona...!

GILBERTA: ¡Qué agradable sorpresa!

D. INDALECIO: ¡Velay! Ya tenés compañera, y con más cascabeles que carro é mercachifle.

DOLORES: ¡Qué don Indalecio!; siempre igual!

D. INDALECIO: No, hijita. Aquí estoy mejor. Allá era puro rezongar como pava en el fuego... Aquí ni hablo, porque ando de un lao pa otro y en mi elemento... Ya ni nos peliamos con la vieja.

DOLORES: ¡Ah! ¿Y tu mamá?

GILBERTA: Con las gallinas.

D. INDALECIO: Sí: ahí anda media culeca también...

DOLORES: ¡Qué cambio!

GILBERTA: Sí, hija... Aquí vida nueva.

D. INDALECIO: ¡A lo que te criaste!

GILBERTA: Pero ¡cuánto te agradezco!...

DOLORES: ¡Bah! ¡No digas eso! ¡Qué lindo es todo esto!

D. TIMOTEO: ¿No es verdad? Vaya comparando con aquella sofocación de la ciudad y aquellos...

DOLORES: ¿Y tu primo?

GILBERTA: Ahí lo tenés.

DOLORES: ¡Ah! ¡Qué es esto! ¿También acá se hace usted el esquivo? ¿Cómo le va a usted?... *(Aparte)* Me parece mejor aquí que en la ciudad.

D. INDALECIO: ¡Che, Grabiell... La viudita me preguntó por vos apenas llegó. ¡Y tarjando!...

GABRIEL: ¡Por mí!

DOLORES: Pregunté por todos... No sea usted malicioso, don Indalecio.

GABRIEL: No le haga caso, señora. Son bromas de mi tío.

DOLORES: *(A Gabriel)* ¿Y cómo ha encontrado usted su estancia?

GABRIEL: Muy lindamente, señora.

DOLORES: ¿Ha visto usted mi campito?

GABRIEL: ¿El que arrienda Ibarlucea?... Si toditos los días paso por ahí...

DOLORES: Tenemos que hablar sobre eso. Tengo mis ideas.

D. INDALECIO: ¡Mirá la viudita! ¡También quiere meterse en negocio de cuernos!... ¡Hace bien, amigaza!... ¡Es el negocio del país!

DOLORES: Allá veremos... Usted me va a ayudar. *(Por Gabriel)* ¡No lo tomarás a mal, Gilberta! ¡No es verdad?

GILBERTA: ¿Yo?... ¡Estás loca!

DOLORES: No..., porque como podría suponerse... *(Aparte, por Gabriel)* Educándolo y refinándolo un poco...

GILBERTA: *(Aparte)*. (Ésta viene de mano armada) ¿Te gusta sentarte aquí o adentro?

D. TIMOTEO: Pero, Grabiell, quitale esos estorbos a la moza, y arrímale una silla...

GILBERTA: Eso es... Sacate el sombrero.

D. INDALECIO: Sí, aquí las mujeres andan sin capacho... Hasta Mamerta la negra tiró el suyo a la juria, dende un día que el rosillo viejo la vio, y arrancó la estaca asustao, y hubo una disparada... Al revés de nosotros, que no nos lo sacamos ni pa dormir... Cosas de paisanos, ¿eh?

D. TIMOTEO: Andá, Grabiell; hacé bajar del carretón los bultos de esta joven...

GABRIEL: Con su permiso. *(Vase por el fondo derecha)*.
Dolores lo sigue con la vista.

DOLORES: *(Aparte)* Elegante el paisanito.

D. INDALECIO: Y ahura ¿un vaso de leche?; ¿un churrasco... o...?

DOLORES: ¡De todo! ¡Traigo un hambre!...

D. INDALECIO: Pues aquí, hijita, naidés se muere de eso. *(Llama)* ¡Santiago!

GILBERTA: Si anda domando, tatita.

DOLORES: *(Riendo)* ¿El gallego?

D. INDALECIO: Sí señora; el farruco... Y se ha e salir con la suya, porque es muy hombre, y ya lo ha dicho: ¡O con muletas, o con estancia! *(A don Timoteo)* Andá vos, hermano, y decíle a Mamerta...

DOLORES: No se incomoden.

D. TIMOTEO: ¡Diande! (*Vase por el interior de la casa*).
D. INDALECIO: Pero ¿qué será de la vieja?... Cuando menos se me ha echao en algún nidál... Voy a campiarla po entre las biznagas... (*Vase por el foro izquierda*)

ESCENA VII

Gilberta y Dolores, sentadas bajo el ombú.

DOLORES: ¿Y? ¿Estás más tranquila, querida? ¡Qué escándalo aquél!
GILBERTA: (*Con disgusto*) Bueno..., no hablemos...
DOLORES: ¿Recibistes mi carta?
GILBERTA: ¡Tu carta!... Como no sea una... Ésta...
DOLORES: Ésa es... ¡Cómo! ¿No la has abierto?
GILBERTA: Hace un momento...
DOLORES: ¡Bueno anda el correo!... ¡Por poco no la traigo yo misma! Pues abrilá... ¡Pero es inútil. En ella te decía que el mismo día..., aquel memorable en que se descubrió la estafa... Bueno..., ese mismo día, se publicaba en un diario de la tarde tu noviazgo con Palemón.
GABRIEL: ¡Cómo!
DOLORES: Sí; ahí te mandaba un recorte del diario... Dame: (*Por la carta*) trae acá... Si es muy divertido... Es éste... Dice así: “*Casamiento*. Entre breves días, se celebrará la boda de nuestro colega y amigo, el conocido y apreciado escritor, poeta y distinguidísimo joven don Palemón Castaño, con la hermosa señorita Gilberta Piedra-Cueva...
GILBERTA: ¡Jesús!

DOLORES: Oye: ...
... hija del acaudalado estanciero don Indalecio Piedra-Cueva, uno de nuestros más estimados y acreditados criadores del Sud, y de la señora doña Fortunata Cachón de Piedra-Cueva, la caritativa y generosa matrona que tanto se ha distinguido en estos últimos tiempos como fundadora y propagandista de varias sociedades filantrópicas. La boda...”
GILBERTA: ¡Basta, basta por Dios! ¡Qué infamia!
DOLORES: ¡Pues si yo creía que ya lo habías leído!... (*Mamerta, trae dos grandes vasos de leche*). ¡Mamerta!
MAMERTA: ¿Cómo está, niña Dolores?
DOLORES: Muy bien, hija; ¿y tú?... Pero, ¡caramba! ¡Aquí todo el mundo engorda!... ¡Estás lustrosa!
MAMERTA: ¡Qué niña ésta!
GILBERTA: Ponelos ahí. (*Por una mesita*).
Vase Mamerta.
DOLORES: Pues el mismo día, en la última edición de ese mismo diario, venía este otro suelto:
“*Un novio raspa*. Cuando en las primeras ediciones de la mañana dábamos la noticia del próximo casamiento de un pobre degenerado, que alguna vez merodeó por las gacetillas de los diarios, con pretensiones de periodista, estábamos muy ajenos de lo que vamos a relatar en seguida a nuestros lectores, y que uno de nuestros activos repórters nos comunica por teléfono, en momentos de cerrar esta edición”.
GILBERTA: ¡No leas más, por piedad! ¿No ves que me estás haciendo un daño horrible?... ¡Qué vergüenza!

DOLORES: Por supuesto, que este escándalo ha sido la comidilla de varios días... El retrato de tu mamá, que había hecho publicar el mismo Palemón, con motivo de no sé qué explotación caritativa, se reprodujo con el título de *La madre de la víctima*.

GILBERTA: ¡Oh!

DOLORES: Por el tuyo se permitieron hasta ofrecerme dinero, y tuve que robárselo a las mellizas, que, entre “¡Qué ocurrencia!” y “¡Jesús, qué ocurrencia!”, ya estaban muy en ello de que podían hacer su negocito con alguna revista novedosa. Después se ha dicho que te metías de monja, y que habías intentado suicidarte con una disolución de Buffach en vino Cordero.

GILBERTA: ¡Qué asco y qué miseria!

DOLORES: Cosas de la ciudad, hijita...

GILBERTA: Ahora veo claro... Sí, sí... ¡Tiene razón!

DOLORES: ¿Qué dices? ¿Quién?

GILBERTA: Ya verás... Has llegado a tiempo, o por mejor decir, Dios te ha enviado para impulsarme en una gran obra de amor y de regeneración.

DOLORES: ¡Gilberta! ¡Nunca te he visto así!

GILBERTA: ¡Sí; nunca me has conocido!

ESCENA VIII

Dichos y doña Fortunata, que saldrá con delantal y con las manos tiznadas y abiertos los dedos, como si temiera mancharse.

D. FORTUNATA: (*Gritando desde el foro*) ¡Ande está esa pueblera!

GILBERTA: (*Rápidamente y aparte a Dolores*) ¡Ni una palabra!

DOLORES: (*Ídem*) (Está tranquila). ¡Señora! ¡Venga para acá!

D. FORTUNATA: ¡No! ¡No te acerques ni me beses, porque estoy intransitable!

DOLORES: (*Abrazándola cariñosamente*) ¡Qué me importa! ¡Siempre usted con sus coqueterías!

D. FORTUNATA: Si estaba en la cocina, hijita... ¿No ves qué olor á humo? Probaba el caldo, porque esa Mamerta no tiene paladar... ¡Yo creo que estos negros tienen la lengua seca como los loros!... ¡Pero qué buena moza venís, mujer! ¿Este vestido es nuevo, che?... ¿Te lo hizo la Pechigrás?... ¡Muy bonito!... Aquí, hijita, puro percal... ¿No ves?... Ni por curiosidá he abierto un baúl... ¡Pero qué buena ocurrencia, Dolorcitas!... Sentate, sentate... mujer...

DOLORES: ¡Qué misia Fortunata ésta!... ¡Siempre tan cariñosa!

D. FORTUNATA: (*A Gilberta*) ¿Has visto la pillería de tu padre y de Timoteo?... ¡Ni una palabra!... ¡Así que esto ha sido un chasco!...

GILBERTA: Una sorpresa...

D. FORTUNATA: Eso... ¿Por supuesto que no será visita de médico?

GILBERTA: ¡No faltaba más!

DOLORES: ¡Quién sabe!... Depende...

D. FORTUNATA: ¡Bah! Dejate de eso... Y si tenés algún piscoiro... que te siga...

DOLORES: (*Ríe*) No tengo a nadie, señora, y ya soy vieja...

D. FORTUNATA: ¡Vieja vos! ¡Te has vuelto loca, muchacha! Conque yo... ¡Mirá: todavía Indalecio se suele rascar atrás de la oreja cuando me emperifollo!

DOLORES: ¡Ya lo creo!

D. FORTUNATA: Che; ¿pero te han traído leche?...; ¿ó preferís un mate?

DOLORES: Ya nos trajeron.

D. FORTUNATA: Lo que yo siento es que la negra esté tan chúcará.

DOLORES: ¡Cómo! ¿Mamerta?

D. FORTUNATA: No, hijita; la vaca...

DOLORES: ¡Ah!

D. FORTUNATA: ¿Y qué dicen por allá?...

Gilberta mira expresivamente a Dolores.

DOLORES: Nada...

D. FORTUNATA: Pero no te han encargao...

DOLORES: ¡Ah!; sí..., recuerdos...; pero como aquello anda siempre tan embarullado...

D. FORTUNATA: ¿“Las Madres Libres”, por supuesto, ya se habrán abierto?...

DOLORES: ¿Las Madres?...; no lo sé..., pero me parece que las cerró el gobierno...

D. FORTUNATA: ¡Qué decís!

GILBERTA: *(Inquieta)* Pero, mamá..., ¿no ve usted que Dolores no está enterada?...

D. FORTUNATA: ¿Que sabés vos?... *(A Dolores)* Pero eso no puede ser, hijita. ¡Qué tiene que ver el gobierno con las cosas de las madres!...

DOLORES: Así es... Para decir verdad, yo no sé, misia Fortunata, lo que ha habido...

D. FORTUNATA: ¡Ah!; eso será porque...

DOLORES: Ya la veo muy hacendosa... en los quehaceres de la casa... Eso es mejor que andar en aquellos bailoteos de gente desocupada...

D. FORTUNATA: Che, che... ¡Mandinga, metido a predicador!

DOLORES: Pero yo soy una mujer sola, sin obligaciones ni apuros..., y asimismo, practico la caridad a mi modo... Yo no aspiro a ser “mujer célebre”. ¿No te parece, Gilberta?... *(Tomándole las manos)* ¿Por qué estás tan muda?

GILBERTA: Te escucho.

D. FORTUNATA: ¡Ah! ¡Ésta tiene un pico!... Eras buena para Fernández.

DOLORES: *(Riendo)* ¡Jesús!

GILBERTA: ¡Mamá!... *(A Dolores)* Querrás mudarte, ¿no es verdad? ¿Por qué no venís?

DOLORES: ¡Esto está tan lindo! Y luego no estoy cansada... Un momento...

GILBERTA: Bueno: te dejo un instante con mamá... Ya sabés... *(Se pone el dedo en la boca)*. Voy a ver lo que han hecho por allá adentro...

DOLORES: Sí; andá no más. Aquí echaremos en tanto un párrafo, con mi querida misia Fortunata.

Vase Gilberta por el interior de la casa.

ESCENA IX

Dichas, menos Gilberta; después Gabriel.

D. FORTUNATA: *(Viendo alejarse a Gilberta y con misterio)* Ahora que se fue ésta... ¿Qué ha sido de ellos, che?

DOLORES: En la sombra... ¡Si aquello era una picardía!

D. FORTUNATA: ¡Quién lo diría, de Palemoncito sobre todo!..., ¡tan fino!..., ¡tan bien habla!..., ¡de tan buena familia!...

DOLORES: ¡Bah!...

D. FORTUNATA: No..., no digas eso... ¡Mirá que tenía unas corbatas!...
Atraviesa Gabriel por el foro.
(Doña Fortunata que lo ve, le dice:) Che, Gabriel..., ¿qué buscabas? ¿Has saludado a Dolorcitas?

GABRIEL: *(Bajando)* Sí, madrina.

DOLORES: *(Con coquetería)* Sí; ya tuve el gusto...

D. FORTUNATA: De modo que yo he sido la última...

DOLORES: Como es la primera en mi cariño.
Vase Gabriel hacia el interior de la casa, volviendo luego como ocupado con el equipaje de Dolores.

D. FORTUNATA: ¡Zalamera!... Bueno; estoy inquieta... porque esa Gilberta no tiene expedición pa nada... Sí, hijita, no te riás... y mucho más ahura que le ha dao por estar como el mirasol en la laguna..., pensativa, en una pata y con el pico parriba. Entre ella y Mamerta, son capaces de matarnos de hambre... ¿Vos estarás ya con las tripas silbando, como charabón?

DOLORES: *(Riendo)* ¡Señora!

D. FORTUNATA: Lo que es yo, el día menos pensao me como hasta los postes del corral... Así es el aire de acá..., ¡muy comestible!

DOLORES: Y le aprovecha, porque está usted brindando salud y buena moza...

D. FORTUNATA: Callate, almariadora... ¡Qué diría, che, el dolor Canalejas, que allá en Buenos Aires me visitaba todos los días, y me recetaba un montón de cosas que me daban asco y yo las echaba a la basura!

DOLORES: ¡Oh!; cuando encuentran *sujeto*, son muy visitantes los médicos.

D. FORTUNATA: ¡Pues no decía que yo tenía diez piezas en el estómago!

DOLORES: ¡Cómo! ¡Ah! ¡Sería dispepsia!...

D. FORTUNATA: Pues bueno; eso... ¡Qué barbaridá! ¿Y las mellizas?

DOLORES: Siempre lo mismo.

D. FORTUNATA: ¡Tan divertidas las muchachas!

DOLORES: Pues siguen impertérritas, vistiéndose igual, repitiendo las mismas palabras, y esperando dos gemelos para casarse.

D. FORTUNATA: ¡Qué ocurrencia!

DOLORES: *(Riendo)* ¡Jesús, qué ocurrencia!
Ríen las dos.
Dirigiéndose luego a Gabriel, que sale en ese momento
Así es que ya estoy instalada, gracias a su amabilidad.

GABRIEL: Sí, señora; ya le hice bajar los baúles, y están ahí en el cuarto, al lao del de Gilberta.

DOLORES: Muchas gracias.

D. FORTUNATA: Así que cuando te dé gana...

DOLORES: Sí, señora; ahora...

D. FORTUNATA: Pues yo voy a picaniar a la negra pa que almorcemos pronto.
(A Gabriel) Quedate.

DOLORES: Por mí, misia Fortunata, que no se altere nada...

D. FORTUNATA: ¡No digas eso, hijita! ¡Cómo creés que nos vamos a alterar!... Voy... *(Aparte)* Te dejo con el gallito de la casa... Dámele unos revuelos, porque tuavía es medio juidor.

DOLORES: *(Riendo)* ¡Qué ocurrencias tiene esta señora!

D. FORTUNATA: *(A Gabriel)* Acompaña a Dolores hasta que venga tu prima... Ya vuelvo... *(Llamando a voces)* ¡Mamerta! ¡Mamerta! *(Vase por el interior de la casa).*

ESCENA X

Dichos, menos doña Fortunata.

DOLORES: *(Se pasea un momento por la escena, y luego, encarándose repentinamente con Gabriel, le dice)* ¿Para usted será una verdadera dicha encontrarse de nuevo aquí?... *(Toma una silla y se sienta).*

GABRIEL: Es verdá, señora...

DOLORES: ¿Por qué no se sienta usted?

GABRIEL: Estoy bien.

DOLORES: Siéntese usted..., aquí, más cerca... ¿O me tiene usted miedo?...

GABRIEL: ¡Yo!... ¡No, señora! *(Se sienta, retirándose cuando ella se le acerca).*

DOLORES: Eso es... Parecía usted inquieto en la ciudad... ¿No le gusta a usted ?

GABRIEL: No sé si me gusta o no. La vi medio a la juria y por ajuera... Después, llegamos en tan mal momento...

DOLORES: ¡Ah! Sí... Muy disgustante...

GABRIEL: Yo soy hijo del campo. En él y en el trabajo tengo todos mis sentidos...

DOLORES: ¿Todos?

GABRIEL: Vamos al decir...

DOLORES: ¡Ah!... ¿No ve usted?... Ahora estará usted en sus glorias, por supuesto.

GABRIEL: Las glorias del hombre nunca andan acollaradas con su voluntá.

¡al campo!

DOLORES: ¡Caramba! ¡Es muy profundo eso que usted dice!

GABRIEL: No sé si será projundo o no... Aunque puede ser que lo sea, porque yo siempre digo lo que siento muy adentro...

DOLORES: Y ¿qué le falta a usted?

GABRIEL: ¿Á mí?... Cosas sin remedio...

DOLORES: ¡Cómo!

GABRIEL: Sonceras mías, señora...

DOLORES: *(Con sentimentalismo)* Pues mire usted, ¡aquí se podría ser muy feliz! ¡Cuántas veces –ya se lo he dicho a usted– hastiada de aquella vida agitada, turbulenta, ostentosa, intranquila, de la ciudad, no he pensado en uno de estos dulces retiros, en que podría llevar una existencia apacible..., en medio de este ambiente sano y hermoso de la Naturaleza! ¡Si fuese aún una jovencita!... ¿De qué se ríe usted?

GABRIEL: De nada...

DOLORES: No..., dígalo usted.

GABRIEL: De ver que se quiere hacer la viejita, por monada...

DOLORES: No, Gabriel; es que yo he sufrido mucho en los pocos años que tengo, y eso ha envejecido mi espíritu... Pero hasta para eso mismo... tengo la convicción de que al poco tiempo de vivir aquí se operaría en mí una resurrección moral..., y quién sabe si esos delicados sentimientos del corazón..., naturalmente que estimulados por un afecto juvenil... ¿Entiende usted?

GABRIEL: Sí, señora... ¡Ya lo creo!

DOLORES: Yo puedo decir que no sé aún lo que es un amor verdadero, tal como lo anhelaba... y aún suelo soñarlo... Mi pobre marido era un hombre de negocios, de política. La Bolsa, los

clubs, los amigos... Yo tenía muchos rivales, y aquella breve existencia fue para mí un torbellino, que cayó de repente en un verdadero vacío. La muerte solucionó brutalmente una situación que se reducía en mi alma esta eterna pregunta: ¿es ésta la felicidad? Después quedé como insensible...; y mire usted una cosa que, verdaderamente, parece un prodigio: su campo de usted ha reavivado en mí sensaciones y hasta anhelos que yo creía para siempre muertos.

GABRIEL: ¿No le digo, señora? Si esto es un remedio pa todo... Hasta pa tener pacencia y conformarse.

DOLORES: Puede ser muy bien; pero usted no está en el caso de decir eso...

GABRIEL: Quién sabe...

DOLORES: (*Con malicia*) Mire que yo sé ciertas cosas...

GABRIEL: ¡Mías!

DOLORES: De ustedes.

GABRIEL: ¡De nosotros!

DOLORES: Sí... ¿Y qué más quiere ella? Con un muchacho como usted, buen mozo, trabajador, con un corazón de oro... y hasta medio poeta, según he oído...

GABRIEL: Usted se quiere rair de mí, señora.

DOLORES: No, Gabriel; digo lo que pienso... Diré más, me parece que tengo el derecho de ser franca: yo, con un hombre como usted, y sintiéndome verdaderamente amada, me olvidaría del mundo, y me dedicaría en alma y vida a formar el más dichoso de los hogares. Transformaría estos sitios en un edén... Facilitaría a su espíritu los medios de elevarse al nivel moral a que es merecedor un hombre inteligente y sensible; le inspiraría bríos y dedicación para el trabajo... Nuestros hijos se educarían en ideas de progreso, sin renegar de la

tradición de sus padres. Todo eso sería una fuerza nueva, que irradiaría sobre todo lo que nos rodeara... ¿No le parece a usted?

GABRIEL: (*Entusiasmado*) ¡Si me está leyendo como en un libro, señora! Todo eso que yo, en mi rudeza, no sé decir, me está saltando aquí dentro en el corazón. ¡Parece que me hubiera oído soñar!

DOLORES: ¡Qué lástima, Gabriel, que muchas veces los espíritus que deberían complementarse, caminen en la tierra desviados é ignorándose mutuamente! Aquí viene bien aquello que usted dijo, de que las glorias del hombre nunca andan acollaradas con su voluntad.

GABRIEL: Y ansina no más es...

DOLORES: ¡Tan cerca que deberíamos estar, y tan lejos que nos encontramos!

GABRIEL: Pero ¿cómo una joven como usted, linda, rica, viva como una luz, no ha de encontrar en la ciudad... y tan luego en esta inorancia, en esta soledá, en esta miseria...?

DOLORES: Porque yo soy una mujer cansada de la farsa eterna de las capitales... Porque aunque no lo parezca, he recibido ya heridas profundas en mi corazón... Porque, no es la especulación que incita la fortuna, la posición, el nombre, lo que yo busco... Porque yo no quiero ser más el complemento de la vanidad de un hombre, ¡sino su pasión, su ídolo, su vida!... Porque quiero que el ser a quien yo pertenezca, me lo deba todo: viva de mi vida, y si es posible, ¡muera de mi muerte!...

Gabriel se agarra del respaldo de la silla y se pasa la mano por la frente como si sintiera un vahído.

¿Qué le pasa a usted?...

GABRIEL: *(Balbuceando)* Nada..., nada..., .señora.

DOLORES: *(Con más calor)* Yo puedo impunemente decirle a usted estas cosas. ¿No es verdad?... Puedo, sin peligro para ambos, tomarle a usted así las manos, y mirándole en los ojos...

Aparece en el corredor Gilberta, y al verlos da un pequeño grito de sorpresa.

ESCENA XI

Dichos y Gilberta.

GILBERTA: ¡Ah!

DOLORES: *(Con naturalidad)* ¿Ya estás de vuelta?

GILBERTA: *(Bajando)* Sí... ¿Interrumpo?...

GABRIEL: *(Aparte)* ¡Estoy como almariao!

DOLORES: ¡No, hija! Le estaba refiriendo a Gabriel una escena muy graciosa, que me pasó en un baile... con un compañero muy torpe... que de balde le quería enseñar y lo empujaba... ¡Ni para atrás ni para adelante! ¡Qué compromiso!... ¡Estás pálida! ¿Tienes algo?

GILBERTA: No..., nada...; no tengo nada...: debilidad tal vez...

GABRIEL: *(Aparte, y por Gilberta)* Ni me mira siquiera. ¡Qué habrá pensao!

DOLORES: Con que tengo ahí mi cuarto, ¿no?

GILBERTA: Sí, está todo listo.

DOLORES: De modo que podré...

GILBERTA: Cuando gustes... Voy a acompañarte.

D. FORTUNATA: *(Dentro)* ¡Dolores! ¡Dolores!...

GILBERTA: Ahí te llama mi madre.

DOLORES: Entonces voy...

GILBERTA: Yo también.

Van a irse por el interior.

GABRIEL: *(Enérgicamente)* ¡Gilberta!

GILBERTA: *(Volviéndose)* ¿Qué?

GABRIEL: ¡Necesito hablarte!

DOLORES: *(Descendiendo)* ¿A mí?

GABRIEL: Sí, a vos.

DOLORES: Bueno, yo me voy sola: no me perderé. *(Aparte)*. (Me parece que me he precipitado).

D. FORTUNATA: *(Dentro.)* ¡Dolores!

DOLORES: ¡Allá voy! ¡Allá voy! *(Vase, volviendo siempre la mirada hacia los que quedan)*.

ESCENA XII

Gilberta y Gabriel.

GILBERTA: *(Secamente)* ¿Qué querés?

GABRIEL: *(Con ímpetu)* ¡Que ya no puedo sufrir más!

GILBERTA: Peor para vos... Si no es más que eso... *(Medio mutis)*.

GABRIEL: *(Cortándole el paso)* ¿Y te parece poco?

GILBERTA: ¿Por qué no se lo decís a Dolores? Ella tal vez encontraría algún remedio...

GABRIEL: ¡Dejame de contrapuntos y sonceras...!

GILBERTA: ¡No, si no son sonceras!... Si te he visto..., o mejor dicho, los he visto... ¿Creés que no sabía que esa mujer iba a venir detrás de vos, y que vos me lo ocultabas?

GABRIEL: ¡¡Yo!!

GILBERTA: ¡En resumidas cuentas, has hecho muy bien, porque a mí, qué me importa!

GABRIEL: ¡Mentira!

GILBERTA: ¡Cómo! ¿Mentira que no me importa ?

GABRIEL: No; lo demás que has dicho...

GILBERTA: Bueno..., sea... a mí no me interesa... ¡De todos modos, como yo no me he de casar con vos!

GABRIEL: ¡Qué!... ¿Que vos no...? ¡Dios me valga!... ¡Y me lo decís así, como una desalmada..., como una tigra!.. Mirá, Gilberta, ¡más valiera (*Saca la daga*) que hubieras agarrao esta daga y me la hubieras clavao en el corazón! ¡Qué te hecho yo pa castigarme con este dolor, más fiero que la muerte!... Pero si ha de haber sido jugando que has dicho eso... (*La toma por un brazo*) ¡Repetilo!... ¿A ver?: ¡Repetilo!...

GILBERTA: ¡Gabriel!

GABRIEL: ¡Decilo claro!... ¡Ahura ya no me importa nada de naides! Ése es el veneno que te han dao allá en la ciudá, y que, como si juera poco, hoy tuavía esa mujer lo ha traído de nuevo, pa que lo bebamos todos, y se haga una tapera de nuestra casa, y un cementerio de nuestro cariño! ¡Me has arrancao la última luz que me quedaba, y ciego me arrempujás pal desierto! ¡Da cuenta a Dios de lo que has hecho de todos!

GILBERTA: ¡Gabriel!

GABRIEL: ¡Adiós!...

GILBERTA: ¿Adonde vas?

GABRIEL: Dejame.

GILBERTA: No, señor...; no...

GABRIEL: Soltame, te digo.

GILBERTA: ¡No!

GABRIEL: Pero...

GILBERTA: ¡Quiero saber...!

Aparece por el interior doña Fortunata, y al ver a Gabriel con la daga desnuda y como amenazando a Gilberta da un grito.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos , doña Fortunata y luego los demás actores como lo marcará su intervención en esta escena.

D. FORTUNATA: ¡Ah! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me matan a mi hija!

D. INDALECIO: (*Por el foro*) ¡Cómo!

D. TIMOTEO: (*idem.*) ¡Muchacho!

MAMERTA: ¡Qué es esto!

Salen paisanos y paisanas con sus hijos.

SANTIAGO: ¡ Canastus!

D. FORTUNATA: ¡Jesús!

Hablan y gesticulan todos a la vez.

D. TIMOTEO: ¡Silencio! ¡Traiga pa cá ese cuchillo!

Gilberta se lo arrebatata.

D. INDALECIO: ¿Qué íbas a hacer, muchacho...? ¿Estás loco?...

D. FORTUNATA: ¡La quería matar!...
Murmullos.

GILBERTA: ¡Eh! ¡Basta!... ¡No es cierto!...

D. FORTUNATA: ¡Cómo! ¿No te amagaba?

GILBERTA: No.

D. INDALECIO: ¿Y entonces...?

GILBERTA: ¡Me declaraba su amor!...
Risas y murmullos de todos.

D. FORTUNATA: ¿Con el cuchillo?... ¡Pa los pavos!

GILBERTA: Sí, señora... Pues como yo no le creía o me hacía la que... no teniendo un crucifijo, me lo juraba sobre esta cruz. *(Por la empuñadura).*

TODOS: ¡Ah!

D. INDALECIO: ¡Che! Eso lo he visto en los títeres.
Ríen todos.

GILBERTA: Sea como sea, yo acepto su juramento.

GABRIEL: ¡Gilberta!...

GILBERTA: Y... Pero decíselos vos, ¡pavo!

GABRIEL: ¿Pero será endeveras? *(Se dirige a los padres de Gilberta para explicarles sus propósitos y pedirles la mano de ésta).*
Don Indalecio lo interrumpe alegremente.

D. INDALECIO: ¡Sí, sí, hombre! ¡Si todos estábamos más enteraos que vos!
Los abrazan y los rodean todos.

DOLORES: *(Con gran aplomo)* Bien se lo decía yo, pero no me quería creer... Tenía tal seguridad, que hice este viaje exprofeso,

para encontrarme en la boda.

D. INDALECIO: ¡Gaucha la viudita! *(A los paisanos)* ¡Muchachos! Esta noche bailoteo y jarana, y mañana al pueblo pa casarlos.

TODOS: ¡Vivan los novios! ¡Viva el patrón don Grabiél! ¡Viva la patroncita!
Gabriel abraza a todos loco de alegría.

GILBERTA: *(Toma dos paisanitos niños por las manos, y se adelanta hasta la batería.)* ¡Gracias! ¡Muchas gracias!... Nos unimos, no tan solamente por nuestro amor, sino por el de ustedes, representado en estos niños, que son el porvenir. Ésta es la verdadera caridad. Yo los educaré; él les enseñará a trabajar...

D. INDALECIO: *(Con entusiasmo)* ¡Y ansina es que haremos patria!
Vivas y aplausos de todos. Telón.

FIN DE LA COMEDIA

Marco Severi

Roberto J. Payró

PERSONAJES

Reparto del estreno en el teatro Rivadavia* el 18 de julio de 1905.

TERESA	Blanca Podestá
MARÍA	Ángela Tesada
LUIS VERNENGO	Arturo Podestá
DR. SUÁREZ	Julio Escarcela
DON JERMÁN	Jerónimo Podestá
JUEZ DE INSTRUCCIÓN	Enrique Arellano
GASPAR NÚÑEZ	Enrique Muíño
BENITO	Elías Alippi
JUAN	Alberto Ballerini
CARABINERO	Arturo Mario
ANTONIO	Francisco Aranaz
ESCRIBIENTE	Luis Grimaldi
TIPÓGRAFOS, UN OFICIAL Y AGENTES DE POLICÍA.	

* El teatro Rivadavia es hoy el Liceo.

Reparto de la reposición en el Teatro Nacional de Comedia, el 3 de abril de 1946.

TERESA	Iris Marga
MARÍA	Rosa Rosen
LUIS VERNENGO	Eduardo Cuitiño

DR. SUÁREZ	Luis Corradi
DON JERMÁN	José De Ángelis
JUEZ DE INSTRUCCIÓN	Mario Danesi
GASPAR NÚÑEZ	Mario Pocoví
BENITO	Miguel Bebán
JUAN	Manuel Ochoa
CARABINERO	Adolfo Linvel
ANTONIO	Roberto Durán
ESCRIBIENTE	A. Vega Riestra
CAJISTA 1	César Martínez
CAJISTA 2	R. Faust Rocha
OFICIAL Y AGENTES DE POLICÍA.	

Escenografía: Gregorio López Naguil
 Dirección: Orestes Caviglia
 Regisseur: Enrique Duca

ACTO PRIMERO

LA ESCENA REPRESENTA UN VASTO Y ANTIGUO ALMACÉN, DIVIDIDO EN DOS POR UN PAR DE ARCOS ANCHOS Y BAJOS DE ESTILO COLONIAL, QUE CORREN DE UNO A OTRO COSTADO. LA PARTE DEL FONDO ES UN TALLER TIPOGRÁFICO, CON VENTANA Y PUERTA QUE DAN A LA CALLE EN EL FORO. SE VEN EN ELLA MÁQUINAS, BURROS, MESAS DE COMPONER Y DEMÁS ÚTILES DE IMPRENTA. LA PARTE DE PRIMER TÉRMINO SIRVE DE SALA Y COMEDORA A LA FAMILIA DE VERNENGO Y DE TALLER DE DIBUJO A ÉSTE. TIENE DOS PUERTAS: LA DE LA DERECHA DEL ACTOR DA A UN PATIO, LA DE LA IZQUIERDA A LAS HABITACIONES INTERIORES. MESAS, SILLAS, UNA CUNA, ETC., ETC. MESA DE DIBUJANTE LITOGRAFICO PARA VERNENGO. AL LEVANTARSE EL TELÓN ENTRAN DE LA CALLE JUAN Y ANTONIO.

ESCENA I

Juan y Antonio.

- JUAN: Suárez va a venir temprano a buscar pruebas de su tesis.
Poniéndose las blusas de trabajo.
- ANTONIO: Si querés, las sacamos ya.
- JUAN: Bueno. ¿Habrá salido Don Luis tan temprano?
- ANTONIO: ¿No te acordás que tenía que llevar un presupuesto?
- JUAN: Es cierto. Traé el papel, el cilindro, y el cepillo.
- ANTONIO: Voy...
Hacen lo que marca el diálogo.
- JUAN: *(Leyendo en el plomo)* “La extradición”... ¡Larga la tesis del mozo! Lo menos va a dar veinte galeras, sin contar los títulos, y las dedicatorias, y las listas de los maestros y de los padrinos...
- ANTONIO: ¡Y siempre son puras pavadas!
- JUAN: *(Sacando pruebas)* Parece que ésta no.
- ANTONIO: ¡Pero tan larga!... No sé cómo se la fia Don Luis.
- JUAN: Es que si no, no podría presentarla. El infeliz apenas si gana para comer.
- ANTONIO: ¡Y Don Luis es tan bueno!
- JUAN: ¡Más bueno que el pan! Ese sí que no se vuelve pura boca como otros patrones, que pasan por liberales y después... ¡ni fósforos! ¡Ojalá que todos los que vienen de Europa fuesen como él!
- ANTONIO: ¿Y qué dice el nuevo “dotor” en esa punta de galeras? ¿De qué se trata?

JUAN: *(Con importancia)* ¿No ves? ¡De la ex-tra-dición!

ANTONIO: Sí, sí; pero eso, ¿qué es?

JUAN: Que... Que... Que... cuando un hombre que está aquí, ¿sabés? ha hecho una cosa mala en su tierra... un robo, un asesinato, ¿sabés?... la policía de aquí lo agarra y ¡zas! me lo fleta en un vapor para que allá en su país, ¿sabés?... me lo metan en la cárcel o me lo fusilen, según el caso, ¿sabés?...

ANTONIO: ¡Ah!... ¡una especie de *láy* de residencia!

JUAN: ¡Por ahí, por ahí!

ANTONIO: Y ahora que digo ley de residencia, ¿sabés una cosa?

JUAN: ¿Qué?

ANTONIO: Que nos andan sospechando de anarquistas.

JUAN: ¡No digas!

ANTONIO: Sí. Seguro que es porque con Gaspar y Giácomo fuimos por curiosidad a una reunión. ¿Te acordás de la última, hace cosa de dos meses?

JUAN: No.

ANTONIO: ¡Sí, hombre, te tenés que acordar! Por más señas, que a los dos o tres días entró un tipógrafo nuevo que había estado en la reunión.

JUAN: ¡Ah, sí! Benito... ¡No digás!

ANTONIO: Yo ya andaba maliciando. Gaspar también. Siempre me decía: “¡Se me hace que ese Benito no es cosa buena! Siempre anda donde hay barullo sin que nunca lo metan preso”.

JUAN: Y Gaspar, lo que es meterse en bochinches...

ANTONIO: ¡Claro! A veces se me ocurre que Benito anduviera espiondo a Don Luis.

JUAN: Pero Don Luis no se mete en nada.

ANTONIO: En cambio hace. ¿No nos va a interesar a todos en la imprenta para hacerla una especie de cooperativa?

JUAN: ¡Hum! ¡La cooperativa!... Pero, ¿por qué creés eso de Benito?

ANTONIO: ¿No has visto el averiguadero que tiene? Ayer mismo me estuvo preguntando una punta de cosas; que si era cierto que no hacía más que cuatro años que había venido de Italia; que si era cierto que se casó, hace año y medio, cuando Don Jermán le fió la imprenta; que si tenía muchos amigos italianos y quiénes eran...

JUAN: ¿No te digo? Desde ahora lo pongo en cuarentena a ese Benito.

ANTONIO: Ya va a ser la hora. Los muchachos no han de tardar.

BENITO: No, no. Ahí entra uno.

JUAN: ¡Es el tal Be-ni-to!

ESCENA II

Dichos y Benito, luego María.

BENITO: Muy buenos días.

JUAN: *(Dándole unos papeles)* ¡Hola! Aquí tiene original; cuerpo seis...

BENITO: ¿Cuerpo seis? La caja está medio vacía y me voy a pelar los dedos...

JUAN: ¡Eh!, hay que componerlo.

BENITO: Voy a sacar la blusa. *(Entra puerta derecha para salir en seguida).*

JUAN: Lo voy a enloquecer de trabajo. Vamos a componer. Y vos, a la máquina; hoy tenés diez mil tiros lo menos.
Pasan al fondo.

ANTONIO: ¡No me hacen ni esto!

BENITO: *(Aparece de blusa, contando las cuartillas. Aparte)* ¡Lo menos una galera de cuerpo seis y con las cajas peladas! ¡Pobres manos ! ¡En fin! van siendo las últimas! Ya llegó el hombre de Italia... ¡Ah!

MARÍA: *(Entrando con un ramo de flores que arregla)* Benito, ¿por qué no viniste anoche?

BENITO: ¡Con flores tan temprano! ¡Qué coqueta!

MARÍA: No, si no son mías... Teresa me pidió que le hiciera un ramo bonito... como hoy es el cumpleaños de Luis...

BENITO: ¿El cumpleaños de Don Luis? ¿Y cuántos le caen?

MARÍA: Veintiocho.

BENITO: ¿Conque cumple el 25 de abril?

MARÍA: Pues.

BENITO: *(Aparte)* A ver un almanaque... *(Se acerca a la, mesa y hojea un libro).* “Febrero... Marzo... Abril 25. San Herminio, San Marcos evangelista”. ¡Claro!... ¡Marcos!

MARÍA: ¿Qué buscás en el almanaque?

BENITO: ¿Yo?... nada... una ocurrencia... una curiosidad.

JUAN: *(Del fondo)* ¡Benito! ¿Cuándo se empieza?

BENITO: Voy en seguida.

JUAN: *(Acercándose)* Es que eso es de apuro.

BENITO: Ya sé. En seguidita. *(A María).* ¡Decime que me querés!

MARÍA: ¡Te van a oír!

BENITO: No; con el ruido de la máquina no se oye. Decime.

MARÍA: ¡Estate quieto! Decime vos antes por qué no viniste anoche a la reja como siempre. ¡Estuve más de dos horas esperando!

BENITO: *(Burlón)* ¡Pobrecita!

MARÍA: ¡No me tengás lástima; no necesito! ¿Por qué no viniste?

BENITO: ¡No pude venir y de veras que lo sentí!...

MARÍA: ¡Bueno, bueno! Andá al taller que estamos haciendo un papelón con esos demonios, pero no vayas a faltar esta noche y a tenerme de plantón, porque yo no aguanto bromas.

BENITO: Sí; hasta luego sin falta. *(Se va y vuelve).* ¡Ah!, oí una cosa... Ya que hoy es el santo de Don Luis, yo también quiero hacerle un regalo... ¿No tenés un buen retrato del gringo?

MARÍA: ¿Para qué lo querés?

BENITO: Tengo un amigo fotógrafo que sabe hacer unas copias grandes, magníficas... ampliaciones, les dice... Si me das uno, por chiquito que sea, te traigo otro de este tamaño.

MARÍA: ¡Qué bueno! ¿Y podrá hacerlo para hoy mismo?

BENITO: En un santiamén. Salgo, voy a verlo –vive muy cerca– y vuelvo en seguidita. ¡A la tarde tenemos el cuadro con marco y todo! Les diré *(Por los tipógrafos)* que me has hecho un encargo de apuro.

JUAN: *(Enfadado)* ¡A ver, pues, Benito!

BENITO: ¡Oh, espere un poco, qué fregar! Todavía no es la hora. Los otros no han venido siquiera.

JUAN: ¡Pero nosotros estamos trabajando!

BENITO: ¿Y a mí qué me da? *(Cambiando de tono)* Bueno, ya voy.

MARÍA: Aquí tenés uno en el álbum.

BENITO: ¡Uff!, aquí está muy mal... Parece un chico. ¿No tenés otro?
 MARÍA: ¿Un chico?... sí es cierto, tiene la cara de un jovencito...
 BENITO: Tan afeitado...
 MARÍA: Como siempre está así...
 BENITO: No. Ahora está más formal, y si dejara la barba...
 MARÍA: ¿La barba?... ¡Ahora que decís!... Adentro, en el armario, le he visto uno con la barba...
 BENITO: ¿Sí? ¿Por qué no me das ese?
 MARÍA: La verdad que a mí también me gustaría; pero... como Luis no está, no me animo.
 BENITO: ¿A sacarlo? ¡Mejor, sonsa! Así no sabe nada y las cosas se hacen como pensábamos... ¡Se le da una verdadera sorpresa!
 MARÍA: Voy a buscarlo.
 BENITO: Que no te vea Teresa.
 MARÍA: Perdé cuidado. (*Vase izquierda*).

ESCENA III

Dichos, Cajistas 1º y 2º, luego María.

CAJISTAS: Buenos días.
 JUAN: A ver si se apuran, compañeros, que ya van a ser las nueve y hoy hay que darle firme.
 CAJISTA 1º: Vamos, corriendo. (*Por la puerta derecha*).
 CAJISTA 2º: ¡Oh! ¿Y este cajón de papel todavía está aquí?
 JUAN: ¿Ese que trajeron equivocado? Es cierto...

CAJISTA 2º: Habrá que mandarlo para que traigan el otro.
 BENITO: ¡Claro, pues! Me dijeron que iban a mandar el carro para de aquí un rato.
 JUAN: ¿Hoy tampoco ha venido Gaspar?
 CAJISTA 1º: ¡Qué ha de venir! ¡Si anoche también anduvo de farrá!
 JUAN: ¡Ese Gaspar! ¡Ese Gaspar! Ya hace tres días que falta; y todo por andar haciendo el papel del pavo.
Sale María.
 MARÍA: ¡Pst! ¡Benito!
 JUAN: ¡Pero Benito! ¡Otro que tal baila! ¿Y esa composición?
 BENITO: No puedo; la señorita María tiene que mandarme...
 JUAN: ¡Lo que usted tiene que hacer es componer! ¡Para eso está!
 BENITO: ¿Encontraste?
 MARÍA: Sí; aquí lo tengo.
 BENITO: ¿A ver? (*Le toma un retrato que trae en la mano*).
 JUAN: ¡Pero este hombre no tiene vergüenza!
 BENITO: ¿No le he dicho que tengo que salir?
 JUAN: ¡Si sale, será para no volver!
 BENITO: ¿Para no volver? ¡Eso será lo que tase un sastre! Me voy de blusa por eso mismo; ¿no ve?
 JUAN: ¡Eh, vaya al diablo! Haga lo que se le dé la gana; pero Don Luis lo tiene que saber.
 BENITO: ¡Y que lo sepa!
 ANTONIO: Dejalo, Juan... (*Aparte a Juan*) Acordate de lo que te dije.
 MARÍA: ¡Por Dios, Benito! Deje eso para luego. No quiero que por mí vaya a haber un disgusto.

- BENITO: No, si no ha de pasar nada. Son sonceras de ese que se las echa de regente... Voy así nomás a la fotografía y vuelvo al momento... Está a un paso...
- MARÍA: Bueno. Si a la vuelta traés el retrato, este mismo, digo, ponelo en el álbum. Yo lo sacaré después para guardarlo en el armario.
- BENITO: Perdé cuidado. (*Vase por el foro, como está*).
- JUAN: ¡Y se va nomás! ¡Habrased visto! ¡Hay algunos tipos sin vergüenza!

ESCENA IV

Dichos y Teresa.

- TERESA: (*Con un niño en brazos*) ¿Qué le pasa, Don Juan?
- MARÍA: Nada, nada, hermanita...
- JUAN: ¡Pues no es nada, señora! Es que el pillo del Benito ese se acaba de mandar mudar, dejando el trabajo sin empezarlo siquiera, cuando yo le mandé que no se moviese!
- TERESA: ¿Pero, por qué?
- JUAN: Dice que la señorita María le ha mandado no sé qué cosa, y que tenía que hacerlo... (*Vuelve al fondo*).
- Todos los tipógrafos trabajan, Antonio, en la máquina también.*
- TERESA: ¿Qué es, María?
- MARÍA: Nada... una pavada... después lo sabrás... Dame el nene.
- TERESA: ¡Ah, María!... Eso es lo único que me pone triste cuando todo anda tan bien en esta casa.

- MARÍA: ¿Qué?
- TERESA: Ver que ese mozo anda siempre atrás de ti y que tú le haces caso.
- MARÍA: ¡Hijita! ¡como yo no pienso meterme de monja!...
- TERESA: Ni yo quiero que lo hagas... pero me da pena ver que lo atiendes. Ese hombre me da miedo...
- MARÍA: Miedo, ¿por qué?
- TERESA: ¡No sé, de veras; pero me da miedo! ¡De repente mira de un modo!...
- MARÍA: ¡Ágüerías! Mira como todos los demás... ¡Tiene unos ojos!...
- TERESA: Ojos de hipócrita.
- MARÍA: ¡No digas eso; no es cierto!...
- TERESA: Y además; esos amores, en la misma casa, a todas horas, de la mañana a la noche...
- MARÍA: ¡Oh, no tengas esa clase de miedos! Yo no soy una criatura; y lo que es Benito no se atreve ni a intentar propasarse conmigo, ¿sabés? No es como “tu don Jermán”... (*Con retintín*).
- TERESA: “¡Mi don Jermán!” ¿Por qué me dices semejante cosa?
- MARÍA: Como te persigue, a sol y a sombra. Y desde que le vendió a Luis la imprenta a plazos, se supone que lo has de escuchar...
- TERESA: ¡María! ¿He dado lugar para que me digas eso? ¿Puedo evitar, acaso, que ese viejo me haga víctima de sus galanterías?
- MARÍA: (*Cambiando de tono, como arrepentida*) ¡Eso es la pura verdad! No; te lo decía de rabia. Ya sabés el genio que tengo... No te enojés...
- TERESA: No me enojo, no. Por una tontería no he de enojarme en un día de fiesta como hoy; pero escuchame y no te fíes demasiado.

MARÍA: ¡No, no hay cuidado! Lo quiero a Benito y me casaré contentísima con él... pero... ¡no hay cuidado, te digo!... *(Tomando el niño en brazos)* ¡Queridito!... ¡ricura!... ¡monono!... ¡qué coloradito está hoy! Te voy a comer a besos!...

TERESA: ¡Traelo, traelo; no lo estrujes!

MARÍA: ¡Yo soy la madrina; tengo derecho!.. .

TERESA: ¿De estrujarlo?

MARÍA: ¡No! De comérmelo a besos, si me da la gana. ¡A ver! ¡Ríase con madrinita o lo pongo en el rincón!

TERESA: ¡Eres una loca!

Pasa Don Jermán por la calle, y se ve su silueta por la ventana.

MARÍA: ¡Pataplúm! ¡Se ahogó la fiesta!

TERESA: ¿Qué dices?

MARÍA: Que ahí viene Don Jermán. ¡Yo me escapo!

TERESA: ¡No, no te vayas, no me dejes! Quédate a atenderlo.

MARÍA: ¡Cualquier día! *(Vase por la izquierda)*.

TERESA: ¡Pero muchacha! *(Acercándose tras ella a la puerta)*.

ESCENA V

Obreros en el fondo, Teresa, Jermán, que entra por la puerta del foro.

JERMÁN: Buenos días, hijita, ¡je, je!

TERESA: Buenos días.

JERMÁN: ¿Está Luis?

TERESA: Ha salido...

JERMÁN: ¿Tan temprano?

TERESA: A una diligencia.

JERMÁN: ¿Y tardará mucho, je, je?

TERESA: ¿Lo pregunta por si puede esperarlo? Sí, ha de tardar.

JERMÁN: Pues me alegro que no esté.

TERESA: No comprendo por qué, si quiere verlo, se alegra de no encontrarlo.

JERMÁN: Es que quisiera decirle algo que a usted le interesa y que él no tiene para qué saber...

TERESA: Mi marido debe saber todo lo que sepa yo.

JERMÁN: Es que hay algunas cosas...

Teresa hace ademán de retirarse.

¡Espérese un poquito, no se me vaya! ¿O es que me tiene miedo?

TERESA: ¿Miedo... a usted?... *(Volviendo)* ¡Qué gracioso don Jermán!

JERMÁN: Bueno, así me gusta, ¡je, je! Yo soy un hombre de buen genio y siempre alegre, ¡qué caray! ¡Me pirro por las bromas y los chistes!

TERESA: ¿Eso nomás tenía que decirme!

JERMÁN: No; espere. Hoy vence el cuarto de los ocho pagarés de la imprenta, firmados a mi favor por su marido...

TERESA: Esos son asuntos de Luis; yo no entiendo... Si quiere esperarlo... Yo voy... *(Trata de marcharse)*.

JERMÁN: Escuche; escúcheme un momento, ¡je, je!... Quería decirle que, es una suposición, que si Luis no está en condiciones...

TERESA: Le he oído que tiene el dinero pronto. Yo... (*id.*).

JERMÁN: ¡Pero, qué mujer ésta! ¡Lo mismito que cuando soltera! Óigame una palabrita, ¡je, je! No me la voy a comer, ¡qué caray!

TERESA: ¡Vamos! diga de una vez lo que quiere, por los clavos del Señor...

JERMÁN: ¡Bueno! Si luego, o mañana a las dos de la tarde, o en cualquier otro de los vencimientos, porque faltan cinco contando con éste, ¡je, je! Luis, ¡qué caray!, llegara a no tener la platita, ¿me has entendido?

TERESA: No quiero que me tutee, ¿sabe?

JERMÁN: ¡Oh! ¿Y no te tuteaba cuando eras criatura, je, je? ¡Qué caray!

TERESA: Pero ahora es distinto y no quiero, ¿me ha entendido usted también?...

JERMÁN: Bueno, será como “usted” quiera, ¡je, je!... Pues, como le iba diciendo; si llega ese caso; todo puede suceder, ¡qué caray! no se me asuste, porque todo se arreglará perfectamente sin dolores de cabeza. Le daré plazos, esperaré, hasta le perdonaré la deuda, si usted quiere, ¡qué caray! Yo no soy un desalmado ni un usurero... ¡En fin, que no hay que apurarse! Cuando le vendí a plazos y con todas las facilidades imaginables esta imprenta... ¿Qué? ¿No me atiende?

TERESA: (*Pensativa y colérica al propio tiempo*) ¡Al contrario!

JERMÁN: Pues cuando le vendí esta imprenta a tu marido, no fue por él, sino por vos, hijita; y hasta se la hubiera regalado, si...
Teresa vase violentamente.

¡Oh! ¿Y qué le ha dado ahora? ¡Je, je! Está visto que mientras son felices son ariscas... Pero ya vendrá el mal tiempo, y entonces... ¡qué caray!...

ESCENA VI

Dichos y Luis, menos Teresa.

LUIS: Buen día, don Jermán... ¿Tan temprano por el pagarecito?

JERMÁN: A avisarle nomás, a avisarle por si se había olvidado. . .

LUIS: Esas cosas no pueden olvidarse, don Jermán.

JERMÁN: Sí, ya sé que usted es buen pagador, ¡je, je! Volveré más tarde o mañana; hay tiempo hasta mañana a las dos, hora del protesto, si hay lugar, ¡je, je!

LUIS: ¿Y por qué no ahora? Precisamente, tengo el dinero en el bolsillo...

JERMÁN: No, ahora no. Voy a ir a misa, y si en la iglesia hubiese mucha gente, ¡qué caray! vaya el diablo que me lo robaran.

LUIS: ¡Eh, para mí es lo mismo!...

JERMÁN: No, no, volveré luego. (*Aparte*) ¡Es mejor!

LUIS: Como guste.

JERMÁN: Sí, sí. ¡Je, je! Hasta más tarde. (*Vase por el foro*).

LUIS: Hasta luego, don Jermán,

ESCENA VII

Dichos menos Don Jermán.

JUAN: ¡Don Luis!...

LUIS: ¿Que hay, Juan?

JUAN: Aquí (*Por la mesa de Luis*) dejé las pruebas de la tesis del doctor Suárez.

LUIS: Sí; en seguida vendrá a corregirlas. (*Poniéndose una blusa de trabajo*).

JUAN: Gaspar no ha venido hoy tampoco.

LUIS: ¡Ah, mala cabeza! ¡Qué lástima de muchacho! Ya hace tres días que no viene, y todo por correr la caravana.

JUAN: ¡Eh!, habrá que despedirlo. Con esas faltas, el trabajo cae sobre los demás y eso no es justo.

LUIS: No es justo, no. Pero no hay que irse al otro lado sin más ni más. Gaspar tiene mala cabeza, pero buen corazón, y es una criatura... A su edad hay que disculparlo... Además, ustedes, los hijos del país, tienen la sangre caliente y eso... ¡eso es un buen defecto! Yo le hablaré, le aconsejaré, y estoy seguro de que se compondrá. *¡Póvero ragazzo!*

JUAN: Bueno; de Gaspar no digo nada; yo también lo quiero y me hace gracia a pesar de sus agachadas... pero hay otro ¡el tal Benito!

LUIS: ¿No ha venido tampoco?

JUAN: Sí, pero nos desorganiza el taller... Vino y al ratito se mandó mudar, sin haber empezado a componer siquiera.

LUIS: ¿Y por qué se fue?

JUAN: Porque me salió con el parte de que... de que tenía que hacer... .

LUIS: ¡No es posible tener hombres así en nuestra sociedad!

JUAN: ¿En nuestra sociedad?... Quiere decir...

LUIS: Que hoy es fiesta, Juan, y que vamos a celebrarla ¡fundando por fin la cooperativa! Esta misma tarde quedará pagada la

mitad de la imprenta. Aquí tengo pronto el dinero. En este país bendito en que he de vivir toda mi vida, donde están mis afectos, he tenido la suerte de que el trabajo me resultara generosamente fecundo. Tiene que serlo también para todos los que me rodean y me ayudan. Y esta misma tarde, en una *bichieratta*, echaremos las bases de la sociedad, que se legalizarán ante escribano en cuanto sea posible...

JUAN: ¡Muchachos, muchachos!

CAJISTAS: (*Acudiendo poco a poco*) ¿Qué hay? ¿Qué quería? ¿Qué pasa? ¿Nos llamaba?

JUAN: ¡Que hoy se funda la cooperativa!

CAJISTAS: (*Con entusiasmo*) ¿De veras? ¡Caramba, que bueno! ¡Un viva a Don Luis! ¡¡Viva Don Luis Vernengo!! ¡Viva!

ESCENA VIII

Obreros, Luis y Teresa; luego Suárez y María.

TERESA: ¡Ah ! ¿Uds. también sabían que hoy era su santo? Que los cumplas muy felices, Luis. Esto te trae tu nene. (*Por las flores*).

LUIS: (*Abrazándola*) Pues tomo todas las flores juntas.

SUÁREZ: (*Que se ha acercado sin ser visto, por detrás de los cajistas*) ¡Un apretón de manos, Don Luis!

LUIS: Ahora tengo que dejar el ramo más lindo. ¡Un apretón de manos, mi querido doctor!

SUÁREZ: ¡Doctor! ¡Todavía no!... Cuando esté la tesis.

LUIS: Hoy mismo entonces...

SUÁREZ: Faltará la borla... Cuestión de días... ¡Gracias a usted!

MARÍA: (*Entrando*) ¿No hay nada para mí, Luis?

LUIS: Un abrazo, aunque a ti te tocaría obsequiarme...

MARÍA: ¡Ah, es cierto! Pero te preparo una sorpresa... ya verás.

LUIS: ¡Bueno, compañeros! Ya me han festejado bastante, y como no quiero darme el corte de parecer mejor de lo que soy, les diré, respecto de la cooperativa, que la mitad ya pagada de la imprenta, seguirá perteneciéndome. La otra mitad es la que les dejo a ustedes...

CAJISTA: Y entonces, ¿qué gracia tiene?

LUIS: No tiene gracia, porque no hago sacrificio ninguno, y eso es precisamente lo que quería explicarles: la mitad que les dejo podrá ir pagándose el cincuenta por ciento de las ganancias, sin que se toquen para nada los salarios.

CAJISTA: ¡Ah! ¡Eso es otra cosa! Así, sí.

ANTONIO: ¿Y si falta?

LUIS: Lo que falte, lo pondré yo de mi parte en las ganancias, y ustedes después me irán reembolsando a medida que les sea posible... Yo seguiré trabajando a la par de ustedes y en cuanto podamos compraremos una máquina litográfica que nos ayudará muchísimo, y pondremos un tallercito de grabados.

CAJISTA: ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Viva! ¡Hurra!

LUIS: No hagan barullo, por favor, que nos aturden. Van a hacer llorar al nene y la cosa no es para tanto.

TERESA: ¡Estoy orgullosa de ti, Luis!

SUÁREZ: ¡Y con cuánta razón, señora!

LUIS: Lo que sí, quería decirles es, que si la imprenta sigue así,

pronto necesitaremos más socios, el doble, el triple... ¡qué sé yo! ¡Y los recibiremos con los brazos abiertos, para formar una gran familia de hermanos felices, de hombres sanos y risueños, con el pan de cada día bien seguro, y la vejez al abrigo de la miseria!... ¡Bueno! ¡Ahora a trabajar! Luego brindaremos por la cooperativa, y la bautizaremos con una buena copa de vino... (*Alegremente*) ¡Y no griten, por Dios! que el nene se ha dormido con el discurso...

Los cajistas corren al trabajo. La máquina echa andar como un torbellino.

SUÁREZ: ¡Señor Vernengo! ¡Es usted un hombre!...

LUIS: ¡Esa máquina, Antonio! La vas a hacer volar en pedazos, y entonces adiós cooperativa!

ANTONIO: Es que ella también está contenta.

LUIS: Bueno, más despacio que no es un automóvil... Tomá el niño, Teresa.

SUÁREZ: (*Insistiendo*) ¡No, si no se ha de escapar sin que le diga lo que pienso! ¡Usted es el hombre mejor que conozco!

LUIS: ¡Eso es verdad!

MARÍA: ¡Tan cierto!

SUÁREZ: ¡Dichosa la hora en que llegó a mi tierra para darnos este ejemplo! Yo si puedo, algún día lo seguiré... ¡Ojalá pudiéramos dar todos a este país, nuestro contingente de ideas y corazón! Pero, ¿no es un sueño generoso lo que usted emprende?

LUIS: ¡Oh, doctor! ¡No hay cosa más factible ni más sencilla! Yo no subvierto nada; en lugar de suprimir los patrones, hago patrones a cuantos puedo. La imprenta gana para mí. ¿Por qué no ha de seguir ganando para mí y para ellos?

SUÁREZ: Pero usted se desprende de lo que pudiera ser suyo, de lo que ya lo es virtualmente...

LUIS: *(Sentándose en su mesa y poniéndose a dibujar una piedra litográfica)* ¡Bah! No hagamos teoría, que así se embarran las cosas. El hecho es que yo seguiré ganando lo mismo que hasta ahora, y un poco más, con la enorme ventaja de no tener que amortizar el capital. De modo que les duplico las fuerzas, me las duplico también, nadie pierde nada y todos salimos beneficiados. Y aunque no fuera tanto, ¿cree usted que este país me ha dado tan poco que no me obliga a devolverle algo siquiera? ¡Este país, la tierra de mi nene, mi única patria!

SUÁREZ: Es usted un socialista de lo que no hay.

LUIS: No me ponga etiqueta que esto suele echarlo todo a perder. Diga que soy un hombre honrado y equitativo, y ¡quizá diga demasiado! Lo más razonable sería decir que soy un hombre feliz que quiere ver caras alegres a su alrededor.

SUÁREZ: Yo sé lo que diré... pero no es el momento... ¿Tiene mis pruebas?

LUIS: Aquí están...

SUÁREZ: Le debo...

LUIS: *(Interrumpiéndolo)* El resto estará más tarde...

SUÁREZ: ¡Ja, ja! ¿Le ha dado por no dejarme hablar?

LUIS: Tome, tome las pruebas.

SUÁREZ: ¡Hermoso dibujo!

LUIS: Es una litografía que me ha encargado un gran establecimiento... Irá con su marca de fábrica. Ya ve que cuando tengamos la maquinita se podrá hacer mucho. ¡Ah! he grabado cosas mejores todavía.

SUÁREZ: ¿Aquí? *(Se sienta y comienza a corregir las pruebas que ya no deja hasta que se indique).*

LUIS: No; en España, donde estuve mucho tiempo... y en Italia también.

ESCENA IX

Dichos y Gaspar.

LUIS: ¡Ah Gaspar; Gaspar por fin se le ve la cara!...

GASPAR: Estos días no pude venir...

LUIS: ¿Estaba enfermo?

GASPAR: ¿Yo? ¿a qué mentir?, no pude nomás.

LUIS: ¡Pero, amigo, debe poder, me parece! No es por el gusto de sermonearlo; pero no está bien que en la imprenta usted sea el único que no trabaja, aunque cobre como los demás... Va mal, mi amigo, muy mal.

GASPAR: ¡Pues... si no le gusta!

LUIS: ¡Ah, muchacho, muchacho! Óigame, pórtese de otro modo, venga, trabaje, hágase hombre, sufra un poquito lo mismo que todos... No quiero decirle que no se divierta; ¡para eso es joven! Pero después de sus ocho horas, ¿no le queda tiempo para hacer lo que se le ocurra?

GASPAR: Lo estoy mirando y mirando Don Luis...

LUIS: ¿Por qué?

GASPAR: Por ver en qué somos parecidos.

LUIS: ¿Y eso?

GASPAR: ¡Como se las está echando de padre mío, y yo no sospechaba!...

LUIS: Pero, ¿qué quiere decirme con eso?

GASPAR: Que ahora mismito me voy, nada más.

LUIS: Creo que no es para tanto, usted se enoja cuando el enojado debería ser yo.

GASPAR: ¡Y enójese nomás! ¡Para salir después echándose las de socialista!... ¡Mírenlo!

LUIS: ¿Echármelas de socialista, yo?... ¿Cuándo ha visto semejante cosa?... Usted sí que es un socialista extraordinario, que quiere tomar su parte de ganancia, sin haber hecho su parte de trabajo... ¡Ja, ja! Vamos, vaya a las cajas, déjese de tonterías y trabaje con fe que no le irá mal. Hoy fundamos la cooperativa...

GASPAR: ¿La coope...? ¡A mí maní!

LUIS: ¿Cómo?

GASPAR: Que esas cosas se dicen y no se hacen.

LUIS: Usted ha bebido, Gaspar.

GASPAR: ¿Quién? ¿Yo?... Ni una copita... desde esta madrugada cuando me acosté. (*Aparte*). Será el colazo de anoche.

LUIS: Bueno, vaya a hacer lo que pueda.

GASPAR: No, si ahora mismo toco la polka del espiente. (*Aparte*). Puede ser que todavía alcance a los muchachos.

LUIS: Piénselo bien, Gaspar; ya no puedo rogarle más.

SUÁREZ: ¡Pero, mi amigo!...

GASPAR: (*Con insolencia*) ¿Y a usted quién le da vela, vamos a ver?

LUIS: Bueno, si no quiere... ¡Teresa! Págame los días a Gaspar.

GASPAR: No, si yo no he trabajado.

LUIS: Ya sabe que no acostumbro a descontar las faltas.

GASPAR: Ni yo a cobrar lo que no me deben. Adiós.

LUIS: ¡Gaspar! ¡Gaspar! ¡Gaspar! Usted es un buen muchacho. Piénselo despacio y si se convence de que tengo razón, venga nomás, que aquí encontrará trabajo y buenos amigos...

GASPAR: (*Medio arrepentido*) Yo, Don Luis...

TERESA: (*Presentándole el dinero*) Tome, Gaspar. Vea si está bien...

GASPAR: Por Dios, señora que si no fuera... (*Vacila, mira la cuna, toma por fin el dinero*). ¡Bueno...! ¡Adiosito! (*Vase corriendo por el foro*).

SUÁREZ: Usted es demasiado bueno.

LUIS: Todo el mundo lo es conmigo, y además el pobre Gaspar es un excelente cajista y un muchacho de corazón... ¡El ardor de la sangre, el ansia de vivir ligero!...

GASPAR: (*Vuelve apresuradamente*). Disculpe, Don Luis...

LUIS: ¡Ah, volvemos por fin!...

GASPAR: No, señor; es que con el disgusto me había olvidado de decirle una cosa...

LUIS: ¿Qué?

GASPAR: Venga, óigame aquí. Disculpe, señor. (*Con sorna a Suárez*). Los dos forman un grupo aparte.

LUIS: ¿Qué quería decirme?

GASPAR: Que ese tipógrafo nuevo, Benito, ¿sabe? Es un pesquiso.

LUIS: Ya lo sospechaba.

GASPAR: ¡Como que es de día!

LUIS: ¿Y bien?

GASPAR: Siempre espía para investigaciones y ahora para un juez de instrucción. En todos los mitins anda tratando de hacer barullo, mandado, para que así los disuelvan.

LUIS: ¡Bah! Como aquí no hay anarquistas, ¡ya se irá... o lo haremos ir!...

GASPAR: Es que no debe ser eso, sino otra cosa más seria... Ahora, cuando yo venía para aquí, ¿qué le cuento? me lo vi entrar en cabeza y de blusa, como luz, en el Departamento de Policía. Bueno... Ustedes averiguarán de qué se trata... Yo ya cumplí; está avisado. ¡Conque adiosito! (*Vase como antes*).

ESCENA X

Dichos, menos Gaspar.

TERESA: ¿Qué tienes, Luis? ¿Estás demudado!

LUIS: (*Trémulo*). ¿Yo?... Nada... La conversación con Gaspar... un vahído...

TERESA: ¿Se te pasa?

LUIS: Sí, sí; ya pasó. (*Hace un esfuerzo, se acerca a la mesa, se sienta y comienza a dibujar. Luego, ya más tranquilo en apariencia, dice*) ¡Señor Suárez!

SUÁREZ: ¿Don Luis?

LUIS: ¿Está muy apurado?

SUÁREZ: No; tengo tiempo de sobra.

LUIS: Quisiera –mire qué curiosidad– que me explicara algo de su tesis, ya que todavía no he podido leerla.

SUÁREZ: ¿La extradición?

LUIS: (*Tratando de parecer indiferente y dibujar, pero dejando ver su intensa emoción*) Eso es... En cuatro palabras...

SUÁREZ: Pues, la extradición es un convenio entre dos o más naciones, por el cual el delincuente que se refugie en una de ellas, es devuelto para que lo juzguen y castiguen, a aquélla en que cometió el delito.

LUIS: ¿Y la República Argentina ha hecho ese convenio con todos los países?

SUÁREZ: Con todos, no, todavía.

LUIS: ¿Con España, con Francia... con Italia?

SUÁREZ: Y con otras muchas naciones.

LUIS: ¡Italia!... ¿Y se entrega cualquier delincuente?

SUÁREZ: Si el delito es de alguna gravedad y existen pruebas...

LUIS: ¿Un asesinato... una estafa... un robo... una falsificación? (*Turbado*).

SUÁREZ: Naturalmente.

LUIS: (*Con intensidad*) ¿Y siempre?

SUÁREZ: Siempre; si se encuentra al procesado o condenado, como es lógico.

LUIS: ¿Aunque el hombre se haya arrepentido y sea útil a la sociedad?

SUÁREZ: (*Dejando las pruebas de las que hasta ahora no ha apartado la vista*) Precisamente no hace mucho, sucedió un caso doloroso, que cito aquí en mi tesis. Un puestero del Mercado del Plata vivía desde hacía más de diez años en el país, trabajando honrada y empeñosamente. Había formado familia, gozaba de la estimación general, era feliz, era bueno,

era útil, era generoso, tenía tres hijitos que eran tres preciosuras, una mujer que merecía todas las felicidades... cuando, hete aquí, que un día cierto pesquisa que andaba en busca del intangible asesino de un tal Castillo, me parece, cree ver en mi puestero a un hombre cuya captura estaba recomendada por la Justicia italiana desde muchos años atrás. Lo compara con un retrato que se había hecho circular por todas las policías del mundo, y comprueba que en efecto era él!

LUIS: *(Con el alma)* ¿Y lo tomaron?

SUÁREZ: Ahora estará en una cárcel de Italia, si no ha muerto de desesperación.

LUIS: ¿Pero, eso es justo?

SUÁREZ: *(Sarcástico)* ¡Es legal!

LUIS: ¿Después de diez años de vida honrada?

SUÁREZ: *(Id.)* ¡Es legal!

LUIS: Pero y... ¿y la familia?

SUÁREZ: ¡Imagínese! ¡Disuelta! La mujer cosiendo para afuera o revolcándose en el fango, los hijos en algún asilo, si no andan rodando también o vendiendo diarios... ¡La eterna historia!...

LUIS: ¡Dío! ¡Dío!

ESCENA XI

Dichos y Gaspar.

GASPAR: *(Con un caballito envuelto en papeles)*. Dispense que vuelva; pero tenía que traer esto.

TERESA: ¿Y qué es esto?

GASPAR: ¿No está viendo? ¡Un caballito!

TERESA: ¿Para quién?

GASPAR: ¿Para quién ha de ser? Para el nene, pues.

SUÁREZ: ¡Ja, ja, ja!

GASPAR: ¡Oh! ¿Y de qué se ríe este otro?

TERESA: Pero, ¿no ve Gaspar, que el nene es muy chiquito? ¡Qué Gaspar este!

GASPAR: ¡Bueno, y para cuando crezca! ¿Qué iba yo a hacer con los diez pesos entonces?

LUIS: Gracias de todos modos, muchacho. Yo no me equivocaba al decir que era un hombre de corazón... En cuanto a los tornillos, ¡ya se irán apretando!...

GASPAR: Yo, Don Luis, la verdad... *(Como si quisiera demostrar arrepentimiento y volver al trabajo. Luego reacciona bruscamente)* Bueno, adiós. *(Yéndose)*.

CAJISTA: *(Al paso de Gaspar, por el taller entre risas)* ¡Te has lucido, Gaspar!

GASPAR: Déjense de chichonear. ¡Oh, también!

ESCENA XII

Dichos, menos Gaspar.

TERESA: ¡Pobre muchacho! ¡Me ha conmovido!

SUÁREZ: Y a mí. ¡No por reír dejé de enternecerme!

LUIS: ¡Qué no puede esperarse de un hombre capaz de esas delicadezas, deschavetado y todo!

SUÁREZ: ¡En efecto! (*Vuelve a corregir sus pruebas. Pausa*).

LUIS: (*Siempre agitado*) Pero dígame, doctor: ¿cómo... cómo hacen para tomar a los culpables, según esa ley?

SUÁREZ: Como para tomar a cualquier otro.

LUIS: No: pregunto ¿qué requisitos se necesitan?

SUÁREZ: El gobierno del país en que se cometió el crimen pide, por intermedio de su embajador o su ministro, al de Relaciones Exteriores, que haga prender al criminal cuya presencia se señala aquí, acompañando este pedido con la sentencia, si se trata de un condenado, o con el mandato de prisión y sus fundamentos, si se trata de un procesado...

LUIS: ¿Y después?

SUÁREZ: El ministro pasa lo solicitud al juez, que, si está en forma y con los documentos precisos, ordena la prisión del delincuente, que ejecuta la policía; a veces, para facilitar los trámites, viene un agente de policía extranjera, como sucedió con el detective que prendió al inglés Balfour, hace pocos años.

LUIS: ¿Qué había hecho?

SUÁREZ: Una estafa.

LUIS: ¿Y se lo llevaron así, sin oírlo?

SUÁREZ: No: una vez comprobada la identidad, los detenidos nombran defensor que, en caso de estar aquéllos condenados, observa si es o no por delitos penados también en nuestro país; y en caso de ser simples acusados, si hay suficiente prueba para que se pueda proceder a la extradición.

LUIS: ¿Y nada más?

SUÁREZ: El resto es chicana, a propósito de requisitos que los gobiernos tienen siempre buen cuidado de llenar cumplidamente, antes de pedir la extradición.

LUIS: Pero... ¿probar la identidad será difícil?

SUÁREZ: ¡Qué! Cuando mandan un agente, por lo general éste conoce al prófugo, trae retratos y ¡qué sé yo! Y luego nunca faltan otros que lo hayan conocido en su tierra, ni alguna prueba de otra clase, que varía, según los casos.

LUIS: ¿Y se lo... se lo llevan?

SUÁREZ: Indudablemente.

TERESA: (*Acercándose con sobresalto*) Pero tú estás enfermo, Luis.

LUIS: ¿Yo, enfermo? No... ¡Ah, sí! un mareo; estoy un poco cansado... y lo que me ha contado el Sr. Suárez de ese infeliz puestero.

TERESA: No trabajes más.

LUIS: Así me distraeré.

TERESA: Te tiemblan las manos.

LUIS: Un poco de chucho... Ya se me pasa.

SUÁREZ: Es extraño.

TERESA: ¡Estaba tan bien!

ESCENA XIII

Obreros, Teresa, Luis, Suárez, Benito y Carabintero.

BENITO: Buenos días, Don Luis. Disculpe que haya tenido que salir; luego le diré... En cambio aquí le traigo un cliente.

LUIS: ¿Un cliente?

BENITO: Sí, el señor.

LUIS: Deseaba usted.

BENITO: Si es paisano suyo; háblele en italiano no más.

CARABINERO: *Non capisco.*

LUIS: ¿Qué deseaba?

CARABINERO: ¡Ah, sí! *Scusi. Vorrebbe che mi facesse un cento di biglietti di visita.*

LUIS: Voy a mostrarle. *(Buscando el muestrario de tarjetas)* Yo debo conocer... ¡yo conozco a este hombre! Pero, ¿dónde lo he visto? *(Se retira al fondo examinándolo).*

CARABINERO: *(Aparte a Benito). E proprio lo stesso, senza la barba. Non ha cambiato nulla. Prenda il ritratto. Io ció l'altro.*

BENITO: *(Dejando disimuladamente el retrato sobre la mesa en que está Suárez. Aparte).* Este lo dejaré aquí como me dijo María.

CARABINERO: *(Aparte a Benito). Bisogna non lasciarlo fuggire.*

BENITO: ¡Pierda cuidado!

LUIS: Aquí están los modelos...
El carabiniere examina lentamente los modelos, mirando de vez en cuando a Luis con ojos escrutadores.

CARABINERO: *Bene; me li faccia como queste. (Indicando una tarjeta).*

LUIS: ¿Para cuándo?

CARABINERO: *Per questa sera. Verró io stesso a prendergli... ¿Quanto é?*

LUIS: Un peso.

CARABINERO: *(Sacando la cartera del bolsillo). Scusi. Non conosco la moneta.*

BENITO: *(Señalándole uno de los billetes)* Este billete.

CARABINERO: *Bene; ecco. Ed ecco el mio nome. (Dándole su tarjeta).*

BENITO: Yo voy a acompañarlo hasta el hotel, de aquí tres cuadras, porque no sabe las calles y se puede perder el nene.

LUIS: *(Como para acusarlo, terrible).* ¡Benito!... ¡¡Usted!!...

BENITO: ¿Qué?

LUIS: *(Con profundo desaliento).* Nada. Es inútil.
Vanse por el foro el Carabiniere y Benito. Pausa.
(Luis leyendo la tarjeta después de haber seguido a los otros con la vista hasta que desaparecieron). Tito Nevi... Si fuera... *(Al ver el retrato que ha que dado sobre la mesa, con un gran grito:)* ¡Mi retrato de Italia! ¿Quién lo ha traído aquí? *(Desesperado).* ¡¡Ah, Maledetta sorte!! ¡Teresa! ¡Teresa! ¡Tengo que confesarte!... *(Sofocado, loco)* ¡No se vaya doctor! ¡Vuelvo en seguida! *(Dirigiéndose a la puerta derecha, casi sin poder andar arrancándose el cuello).* ¡Quiero aire! ¡Aire, aire!... *(Vase por la derecha como loco).*
Suárez y Teresa han quedado paralizados de terror.

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto.

ESCENA I

Teresa, Suárez, en la parte del primer término, Juan, Antonio, Cajistas 1º y 2º, en el taller. A poco Luis. La mesa en que trabajaba Suárez está puesta para almorzar.

- TERESA: Pero, ¿qué le pasa?, ¡por Dios! ¿qué le pasa? Debe ser algo muy grave para trastornarlo tanto... Nunca lo he visto así.
- SUÁREZ: No me lo explico... Sigue paseándose agitadamente en el patio.
- TERESA: Cuando me acerqué, me suplicó que lo dejase solo. Estaba pálido, con los ojos extraviados... ¡Dios mío! ¿Qué desgracia nos estará amenazando?
- SUÁREZ: No hay que alarmarse antes de tiempo, señora. Cuando uno se acostumbra a que todo le salga bien, el menor trastorno le parece a primera vista una catástrofe.
- TERESA: ¡Oh, no! Luis no tiene nada de exagerado ni alarmista. ¡Al contrario!
- JUAN: *(Acercándose para ir a cambiar de ropa)* Ya son las doce. Vámonos a almorzar ¿Y ustedes no almuerzan hoy, señora?
- TERESA: Estamos esperando a Luis.
- JUAN: Ahí está en el patio. Yo volveré enseguidita con Antonio para sacar las demás pruebas, señor Suárez. Antes de la una las tendrá todas...
- SUÁREZ: ¡Ah, muchas gracias!
- ANTONIO: Vamos, compañeros.
- Los cajistas comienzan a cambiarse la ropa, quitándose las blusas.*

- TERESA: Pero, ¿qué podrá ser?
- SUÁREZ: No me doy cuenta.
- TERESA: Ustedes hablaban de eso, de la extradición cuando llegó Benito con el italiano. En seguida, casi inmediatamente Luis cambió... "¡Tengo que confesarte!"... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Tiemblo al pensar...
- SUÁREZ: Recuerde usted que ya antes se había sentido algo mal...
- TERESA: Es cierto... pero...
- JUAN: *(Encaminándose a la puerta del foro)* Hasta de aquí un rato... Mirá, ahí viene el carro.
- ANTONIO: Que espere hasta que volvamos. Buen apetito.
- Vanse Juan y los demás cajistas, que salen en grupos.*

ESCENA II

Dichos, menos los cajistas, luego María.

- SUÁREZ: En fin pronto sabremos a qué atenernos, es decir, si yo no estoy demás...
- TERESA: ¡Oh! ¿No le pidió que se quedara?
- SUÁREZ: Y por eso estoy aquí.
- MARÍA: ¿Vamos a almorzar ya? *(Asomándose a la puerta izquierda)*.
- TERESA: No; espera un rato. Yo te avisaré.
- Retírase María.*
- ¡Luis!

ESCENA III

Teresa, Suárez y Luis.

- LUIS: (*Apareciendo trastornado*) ¿Se han ido?. Esperaba que se fueran... Tengo que decirles cosas... cosas que se me atraviesan en la garganta y me aprietan el corazón como una mano de hielo... ¡Pobre Teresa!... ¡Señor Suárez!... ¡Señor Suárez! Usted es el único que puede ayudarme...Tengo toda mi esperanza puesta en usted... ¡Dío! ¡Dío! ¡Me ahogo!... ¡Es horrible!... ¡Teresa! Antes de hablar, necesito que me jures perdonarme...
- TERESA: ¿Perdonarte?... ¿Y qué Luis?
- LUIS: ¡No! Dime antes que me perdonas, aunque haya cometido un crimen, aunque... ¡aunque te haya engañado!...
- TERESA: ¡Engañarme... tú... tú!
- LUIS: ¿Vacilas?
- TERESA: ¡No, Luis; no vacilo!
- LUIS: ¡Teresa! ¡Teresa! (*Abrazándola*).
- TERESA: ¡Habla, habla, Luis! No me tengas en esta zozobra...
- LUIS: Sí... ahora puedo... Teresa; señor Suárez... Yo no me llamo Luis, yo no me llamo Vernengo... Me llamo Marco Severi.
- SUÁREZ: Marcos Severi
- TERESA: (*Con espanto, alejándose de él*) ¡Dios mío! ¿Quiere decir?...
LUIS: ¡Recuerda que me has perdonado!... Recuerda... ¡porque todavía tengo que confesarte algo más horrible!... No te he engañado sólo en eso, ¡oh, no!... ¡Tu esposo, Teresa, Teresa mía!... no es un hombre honrado... ¡Marco Severi es un prófugo, un contumaz, condenado por falsificador en

Italia!... ¡Ah! ¡ahora respiro! ¡He tenido fuerzas para decir lo peor!... Pero no me rechaces sin oírme... Señor Suárez... Usted también comprenderá... perdonará... ¡Soñaba que era otro hombre, que Marco Severi había muerto... (*A Teresa, desesperado y tierno a la vez*) Te he engañado, es verdad... ¡pero te quería, te quiero tanto! ¡Estaba tan seguro de ser bueno, de ser honrado, de hacerte feliz!... ¡Sólo en ti pensaba! ¡Todo era por ti! Mi trabajo, mi iniciativa, mi vida entera, hasta el más ligero latido de mi corazón... Sólo por ti estoy sufriendo esta tremenda, tortura... ¡por ti y por nuestro hijo!...

- TERESA: (*Llorando*) Pero, ¿por qué? ¿Por qué, Dios mío?...
- SUÁREZ: (*Tratando de calmar a Luis*) Las culpas se borran, el hombre se regenera, Don Luis...
- LUIS: ¡Las culpas son eternas! Cuando se las cree definitivamente sepultadas, renacen para aplastarnos.
- SUÁREZ: ¡Cómo!... ¿Acaso?...
- TERESA: (*Sobrecogida*) ¿Qué dices?
- LUIS: (*Fatídico*) ¡Que la mía ha reaparecido, terrible, amenazadora, implacable!... Benito, el tipógrafo, es un pesquista... El hombre que lo acompañaba, un italiano recién llegado... ¡Como en el caso de Balfour; doctor... es un carabinero!... ¡viene a llevarme, a arrancarme del hogar para enterrarme en el presidio!
- SUÁREZ: Pero, ¿no se engaña, Don Luis?, ¿no está viendo visiones?
- LUIS: ¡No, no! Aunque no viese tan claro, éste me lo anunciaría... ¡Salta, salta como para salirse del pecho y seguir libre, libre!... Benito vuelve del Departamento de Policía... me lo dijo Gaspar... Y esos dos hombres han dejado aquí, sobre la mesa,

este retrato mío de cuando estaba en Italia... Yo ¡imbécil!, lo había conservado adentro, bien oculto, para que nadie lo viese... ¿Por qué. fatalidad ha caído en sus manos?... Benito, el espía, estaba aquí a todas horas, ¡teníamos el enemigo en casa!... ¡Y estoy descubierto, perdido, perdido!...

SUÁREZ: ¡Perdido!... ¿Quiere mi defensa, Don Luis? ¡Vaya!, cálmese y cuénteme su... desgracia. Puede ser que el peligro no sea tanto como usted se lo imagina, puede ser que sea fácil alejarlo.

TERESA: ¡Oh, sí, sí!, ¿verdad que sí?

LUIS: Para ti, Teresa, para usted, señor Suárez, mi relato justificará el perdón y el olvido... ¡Ay!, ¡para los jueces no!... *(Pausa)*. Vivíamos en Roma miserablemente cuando mi vieja madre querida se enfermó de gravedad... Yo no tenía trabajo, ni dinero, ni pan... Señalado como anarquista peligroso, cuando no era más que un pobre muchacho exaltado y gritón, los patronos me rechazaban como a un pestífero. No tenía ni recursos ni protectores ni amigos... Mi madre seguía agravándose... se me moría de enfermedad y de hambre; de hambre sobre todo... ¿comprendes? ¿comprendes eso?, ¿sabes lo que es ese suplicio?... Yo me volvía loco... corría por todas partes pidiendo trabajo a vil precio, ¡como un mendigo! Era un buen obrero, casi un artista, puedo decirlo, y hubiera trabajado hasta matarme por un pedazo de pan para la pobre anciana que se moría... ¡Ante la repulsa de todos me asaltaban terribles ideas de venganza! Hasta entonces había sido anarquista lírico, por exceso de juventud, por exceso de ardor en la sangre, por curiosidad y por novelaría... Pero entonces, al verme impotente junto a mi madre moribunda, sin pan, sin médico, sin asistencia, sin remedios, ¡les juro que hubiera hecho volar la ciudad, el mundo entero sin que me temblara

la mano!... No llegué a tanto... El día de mayor desesperación, cuando no veía otra salida que estrellarme la cabeza contra las piedras de la calle para no verla morir, un antiguo compañero de taller me tendió una tabla de salvación; ¡terrible recurso!... Se trataba de falsificar billetes de banco... Yo capaz de provocar una catástrofe en mi demencia, ¿cómo iba a vacilar?... Acepté, acepté con regocijo... Ebrio, trastornado, comencé con furia a grabar planchas, a abrir el abismo ante mis pies... pero... mi madre tenía pan... tenía pan, pero... ¡ya era tarde!... El día que terminé las planchas, la había dejado muy mal... Volví corriendo en cuanto pude... El médico, ¡quizá por librarse de nosotros!, me aconsejó que la llevara sin perder un momento a alguna aldea fuera de Roma... En un carrito de hortelano que volvía de vacío, la llevé sobre un jergón a Frascati... ¡Pobre mi madre!... ¡Pocos días después moría en mis brazos!... La dejé, dormida para siempre, en el triste cementerio de la aldea... Volví a la posada con el alma desamparada y solitaria... Allí una terrible noticia me volvió a la vida. Habían descubierto la falsificación, tomando a todos mis compañeros. ¡Mi madre, muriendo, me salvaba!... Escapé, me disfracé, me quité la barba, pude llegar a Génova, embarcarme, venir... ¡Oh! ¡Cuánta angustia y qué espantosa pesadilla!...

SUÁREZ: ¿De modo que ni siquiera aprovechó la falsificación?

LUIS: Fuera de lo poco que me adelantaron mis compañeros para asistir a mi madre...

SUÁREZ: ¿Y después? ¿La causa? ¿Está todavía abierta? ¿Han sentenciado?

LUIS: Hasta llegar a Buenos Aires no tuve noticia del proceso. Aquí me fui informando, ¡con cuánta ansiedad! Las pruebas eran abrumadoras... Como estaba lejos, los compañeros me

cargaron con todo el peso de la culpa... ¡Yo no podía defenderme! Y aunque pudiese, me hubieran condenado... Una falsificación no se perdona... Se me condenó en contumacia a largos, muy largos años de presidio. ¡Una eternidad, toda una vida!... ¡Oh!, ¡los primeros meses fueron espantosos! A cada momento creía que iban a descubrirme, a llevarme a Italia, a la cadena... Poco a poco fui tranquilizándome... Nadie me incomodaba, nadie me sospechaba, nadie me perseguía... Trabajaba bien, ganaba dinero, quería y podía ser un hombre honrado; ¡las circunstancias no me arrastraban ya como invencible torbellino!... Pronto me creí regenerado, limpio de toda mancha. Y cuando conocí a Teresa, cuando la amé, cuando supe que me correspondía, bendije este suelo de hospitalidad y de perdón, en que los hombres parecen mejores; ¡la tierra más fecunda, el cielo más puro!... ¡Oh, días de delicias! No pensé... *(A Teresa)* alza la cabeza, no llores así, no pensé, no recordé siquiera mi nombre supuesto, ¡porque me unía a ella con toda la amplitud de mi voluntad, con todas las más altas potencias de mi alma!... ¡Oh!, ¡mírame a los ojos, Teresa! ¿Crees que si las mismas leyes, si el mismo Dios declararan disueltos nuestros lazos, quedarían disueltos para mí?... ¡Mírame, mírame y contesta!

Teresa ha acompañado todo este parlamento con sollozos mal contenidos.

TERESA: *(Con tierno y desesperado arrebatado)* ¡Oh Luis!

LUIS: ¡Así, contra mi pecho! Ya sé que me perdonas, que me has perdonado... *(Abrazándola)*.

SUÁREZ: ¡Ha sufrido usted mucho, amigo mío!

LUIS: ¡Tanto! ¡Y ahora que quería empezar una nueva existencia, con mi mujer, con nuestro nene, con los compañeros de

trabajo... Después de tanta felicidad, ¡qué espantosa caída!... ¡Pero usted me guiará, usted me salvará!... ¡Aconséjeme, sálveme! ¡No permita que todo se haga polvo entre mis manos: mi esperanza, mi obra, mi familia, hasta yo mismo!...

SUÁREZ: ¡Le juro hacer lo humanamente posible!

TERESA: Y lo conseguirá, lo conseguirá, ¿no es cierto?

SUÁREZ: Tengamos un poco de sangre fría. Hay que darse cuenta de la situación, ver los peligros, tratar de escapar...

TERESA: ¡Sí, sí!

LUIS: Me pongo en sus manos.

SUÁREZ: Dice usted que ha habido sentencia...

LUIS: A veinte años de presidio, sí.

SUÁREZ: ¿Se apeló?

LUIS: Fue confirmada.

SUÁREZ: Había sin embargo circunstancias atenuantes...

LUIS: El defensor que me nombraron de oficio quiso hacerlas valer; ¡trabajo inútil!

SUÁREZ: ¿Y usted cree que lo han descubierto, que lo persiguen?

LUIS: A estas horas debo de estar envuelto en una red invisible todavía, pero ya sin escape... Ese hombre, ese italiano tiene que ser un carabinero que me ha conocido en Italia...

SUÁREZ: Sí; es posible; y lo peor es que no tenemos medio de averiguar, de estar seguros... Si es un carabinero debe haber traído todos los documentos en forma, debe estar en situación de allanar las dificultades que pudieran oponerse...

LUIS: Desgraciadamente...

SUÁREZ: Y de un momento a otro pueden tratar de prenderlo...

LUIS: ¡Seguro!

TERESA: *(Desesperada)* ¡Oh, Luis, Luis!

SUÁREZ: Luego se tratará de la identificación... ¿Ese retrato?

LUIS: *(Dádoselo)* Aquí está.

SUÁREZ: Destruílo.

LUIS: Inútil; ¡han de tener otros! No importa.

TERESA: Dame. ¡Lo voy a quemar! *(Vase precipitadamente al interior con el retrato)*.

ESCENA IV

Luis y Suárez.

SUÁREZ: *(Después de cavilar un rato)* ¡No encuentro otro medio!

LUIS: ¿Cuál? Diga, diga, usted...

SUÁREZ: ¡Huir, escapar! Las circunstancias son tales que, una vez preso, no habría esperanza, a menos de un milagro...

SUÁREZ: ¡Oh, no tengo miedo por mí!... ¡pero tiemblo, agonizo por ella, por ellos!... ¡Qué sería de ellos!...

SUÁREZ: ¡Valor!... Usted debe salir inmediatamente de aquí, ocultarse lejos, a esperar lo que ocurra... Así se podrá ver, meditar... ¡Quién sabe!... ¡Todavía creo que es una falsa alarma!

LUIS: ¡Oh, yo no lo espero!

SUÁREZ: En fin en el peor de los casos ese es el mejor partido... ¿Tiene algún dinero?

LUIS: Sí, casualmente.

SUÁREZ: Entonces...

ESCENA V

Luis, Suárez y María.

MARÍA: *(Aparece corriendo, como una loca)*. ¡Ah, Luis! ¡Perdón, perdón! ¡Yo te he perdido! ¡Soy una desgraciada, una miserable!

LUIS: ¿Qué dices?

MARÍA: El retrato... tu retrato... ¡Yo se lo di a Benito! ¡Yo te he entregado!

LUIS: ¡El retrato!... ¡Tú... tú! ¡Ah, desgraciada! *(Con furioso arrebatado, precipitándose a ella como para matarla)*.

MARÍA: ¡No sabía, Luis, perdóname! ¡No sabía!

Luis se contiene apenas. Suárez se acerca para intervenir.

¡Cómo sospechar de ese canalla... cuando lo quería tanto!

ESCENA VI

Dichos y Teresa.

TERESA: *(Que ha estado al paño desde que apareció María, acercándose con nobleza)*. ¡Perdónala, Luis!

LUIS: *(Mira a Teresa, se conmueve, baja la cabeza y luego, como llorando dice a María)*. ¡Poveretta!... ¡No; tú no tienes la culpa! ¡Con el retrato o sin él hubiera sido igual! Y si tuvieras culpa, ¿cómo no perdonarte, cuando a mí mismo me perdonan?

MARÍA: *(Irguiéndose temible de ira y de odio)* ¡Ah!, pero yo no perdono! ¡Yo no olvido!, ¡y algún día!... ¡ese hombre!

SUÁREZ: *(Calmándola)* Bien, no perdamos más tiempo! *(A Luis)*. ¡Es preciso que usted se marche inmediatamente! Vaya a mi casa; está muy cerca, pero allá no lo buscarán por el momento... Me reuniré con usted enseguida, y arbitraremos los medios de que se escape con la mayor seguridad posible... Después, cuando se despeje la situación y veamos más claro, o usted podrá volver tranquilamente, o su familia irá a reunirse... Yo averiguaré entre tanto, y me presentaré a la Justicia si es preciso... Pero lo urgente es huir.

TERESA: ¡Sí; vete, vete, Luis!

LUIS: Pero, déjenme pensar... ¿Se remedia algo huyendo? ¿No intento un imposible, completamente inútil además? ¿Se salvaría la familia, la obra, el porvenir?

SUÁREZ: Lo primero es ponerse en salvo... ¡Después podrá meditar sobre todo eso!... Empecemos por usted; lo demás vendrá enseguida.

TERESA: ¡Sí; pronto, pronto!

MARÍA: *(Alcanzándole el sombrero)*. Tu sombrero.

SUÁREZ: ¿El dinero?

LUIS: Aquí está... ¡Teresa; el nene! ¡Quiero verlo, quiero besarlo!

TERESA: ¡Sí! ¡Desgraciada criatura! *(Le acerca el niño, que estará en la cuna)*.

LUIS: ¡Adiós, adiós! ¡Dios te bendiga! *(Besando al niño)*. ¡Adiós, Teresa!

MARÍA: Pero, ¿no habrán, establecido vigilancia en la calle?

SUÁREZ: Corro a ver.

LUIS: Si no vuelve, comprenderé que hay vigilancia; no se comprometa doctor.

ESCENA VII

Dichos y Gaspar.

GASPAR: *(Entra corriendo)*. Don Luis, disculpe... una palabrita...

LUIS: En este momento...

GASPAR: ¡Es muy importante!

LUIS: ¿Que quería? Despache pronto. ..

GASPAR: La manzana está rodeada de agentes disfrazados, y en la esquina se ha escondido Benito con un italiano grandote... ¡Van agarrar a alguno en esta casa! y como yo... ¡qué quiere!, le tengo amistad, Don Luis, he corrido a avisarle por si acaso... ¿Usted sabe a quién buscan?

LUIS: ¡*Maledetta sorte!*

GASPAR: ¿A usted? ¡No puede ser!

LUIS: *(Desesperado)*. ¡Se acabó, Teresa! ¡Se acabó, se acabó!... ¡Todo se ha hundido; todo se ha derrumbado! *(Gran transición y tranquilo)* Ahora... ¡paciencia!

ESCENA VIII

Dichos, Juan, que se acerca sin comprender.

SUÁREZ: ¿No hay medio de escapar por las azoteas... de ocultarse en una casa vecina?

LUIS: ¡Bah! ¡Sería un retardo nada más!

GASPAR: ¡Una idea!... ¡El cajón de papel! *(Señalando la puerta del patio)*.

SUÁREZ: Lo registrarían.

JUAN: ¡No! Benito sabe que hay que devolverlo.

GASPAR: Saquemos el papel, Juan.

JUAN: Sí.

Comienzan a sacar papel de imprenta de un cajón que se supone en el patio. A ellos se unen los cajistas que van llegando.

SUÁREZ: La idea es salvadora... ¡Que lo lleven a casa!

LUIS: ¡Mis amigos! ¡Cómo agradecerles!

GASPAR: ¡Vaya!

LUIS: ¡Algún día sabrán que han hecho bien en ayudarme! ¡Dios los bendiga!

Vase por la derecha. Suárez lo sigue.

ESCENA IX

Dichos, otros cajistas, don Jermán.

TERESA: ¡María! ¡María! El nene...

MARÍA: *(Toma el niño y vase por la izquierda).* ¡Silencio!

JUAN: *(Habiendo terminado de amontonar las grandes resmas de papel en un rincón, a los cajistas).* ¡Vaya! ¡A trabajar como si no hubiese pasado nada!...

GASPAR: ¡Y yo también! Ahora puedo volver, sin que me dé vergüenza...

JERMÁN: Muy buenas tardes... *(Aparte).* Aquí pasa algo. *(Al ver la mesa puesta).* Ni siquiera han almorzado... ¿No está Luis?

TERESA: No, señor.

JERMÁN: ¿Vendrá pronto, je, je?

SUÁREZ: Puede ser... no sé...

JERMÁN: ¿Ha ido lejos?

TERESA: ¡No le puedo decir!

JERMÁN: Pero, ¡qué caray!, siempre vendrá a levantar el pagaré, ¿no?

TERESA: No... Sí... Sin duda...

JERMÁN: ¡A usted le pasa algo, hijita, je, je!

TERESA: ¿A mí?

JERMÁN: Sí, ¡qué caray!

TERESA: Yo...

JERMÁN: Hemos tenido peleíta, ¿no? ¡Je, je!

TERESA: Le aseguro...

JERMÁN: Pero no se me aflija, que se pone más linda y yo... ¡qué caray!... ¡Ya me parece demasiado linda sin llorar!... Diga: ¿me necesita para algo?

TERESA: ¡Oh, no, no!

JERMÁN: Ya sabe, hijita: cuente conmigo no más.... Pero, ¿qué tiene?... ¿Por qué llora así?... Hábleme, tenga confianza le digo. No me la voy a comer, ¡qué caray!... ¡Nada!... ¡Se ha vuelto muda!

TERESA: ¡Y cuando él está todavía! ¡Qué será después, Dios mío!...

En este momento reaparece Luis, seguido por Suárez y algunos cajistas que habían quedado en el patio.

ESCENA X

Dichos, Luis y Suárez.

TERESA: *(Gran grito)*. ¡Luis!

LUIS: ¡Teresa!

TERESA: ¿Por qué? ¿Por qué no te has ido?

LUIS: ¡Es mi deber!... ¡Ah, don Jermán!... ¿Por el pagaré?

JERMÁN: Sí; es decir, en caso de que...

TERESA: ¡Por qué!... ¡Por qué!...

LUIS: Por eso... Aquí tiene usted el dinero.

JERMÁN: Aquí está el documento.

LUIS: Muy bien.

JERMÁN: Gracias... Y me retiro, je, je... Muchas felicidades... *(Aparte)*. Volveré se me hace que la breva está madurando. *(Alto)*. Si ustedes me llegan a necesitar, ¡qué caray! cuenten conmigo. *(Vase por el fóro)*.

ESCENA XI

Dichos, menos don Jermán.

TERESA: ¡Por el pagaré! ¡No te has ido por el pagaré!

LUIS: ¡Por eso sólo no! Era inútil huir... completamente inútil... ¿Cómo escapar de un castigo que uno lleva adentro? ¿Qué me importa la libertad sin ustedes, lejos de ustedes, sabiendo que la miseria los acecha? Marchándome yo con ese dinero,

¿qué conseguía? Burlar una semana, un mes, un año a mis perseguidores, para caer luego irremisiblemente, en sus manos... Y entre tanto vendría el protesto de los pagarés, la ejecución, el embargo de la imprenta, su venta en remate por menos de lo que importarán los gastos judiciales, un suplicio, un largo suplicio para ti, con la miseria por coronamiento... ¿Es vida eso? ¿Es posible intentarlo?...

TERESA: ¡Sí! Otro puede arreglarlo todo; el señor Suárez.

SUÁREZ: En vano traté de convencerlo.

LUIS: Desde que te dejé, empecé a ver claro, mi cerebro enloquecido se tranquilizó... Estaba cometiendo una cobardía cuyas primeras víctimas serían ustedes sin que yo mismo me librara...

ESCENA XII

Dichos y María.

MARÍA: ¡Luis! ¡No ha podido escapar!

LUIS: ¡No bastaba con levantar el pagaré! No basta aún. ¡Es preciso salvar la imprenta, es preciso asegurar el pan de nuestro hijo! ¡Me es preciso también librarme de esta zozobra, de la cárcel en las pesadillas de todas las noches, en las angustias de todos los días!... ¡Oh!, ¡no podría escapar llevando el presidio aquí!

TERESA: Pero usted... convéncalo... ¡dígame que huya!... ¡que se vaya! ¡Quizás esté a tiempo todavía!...

SUÁREZ: No quiere escucharme, señora...

LUIS: Sí, es verdad; usted creía; tenía esperanza. ¡Yo no! Es decir,

tengo una, una sola... *(Llamando a los Cajistas)*
¡Compañeros!

MARÍA: ¿Qué intentas?
Los cajistas entristecidos, acuden y rodean a Luis.

LUIS: Escúchenme... no hay tiempo que perder. .. ya deben estar sobre mis huellas... ¡Compañeros!, estas infelices mujeres, mi pobre hijito van a quedar desamparados... Una horrible fatalidad pesa sobre mí, sobre ellos, sin que ellos, por lo menos, lo hayan merecido... Pero tengo una esperanza, la última. ¡Ustedes!

JUAN: *(Como ofreciéndose sin condiciones)*. Nosotros...

LUIS: Esta misma tarde íbamos a dejar fundada la cooperativa... Hay que fundarla con ella, con él...

CAJISTAS: ¡Sí, sí!...

LUIS: Acabo de levantar el cuarto pagaré. La mitad de la imprenta está saneada. ¡Esa "les" pertenece! Si ustedes conquistan la otra, podré vivir, podré morir en paz, ¡porque sabré que mi pobre familia no ha rodado conmigo!... ¡Que no se abandone esa idea; por ustedes, por mí, por ellos!... Oigan estas palabras como mi testamento, porque tienen la solemnidad de un testamento... ¡Den este ejemplo de amor, de fraternidad!

CAJISTAS: Lo haremos. ¡Sí, sí!

SUÁREZ: ¡Quién se atreverá a decir que no es usted el mejor de los hombres!

LUIS: ¡Ay, amigo! ¡Usted vele también por ella, por mi hijito! Cuando no esté aquí, ¡aconseje y ayude a mis compañeros, a mis hermanos !

SUÁREZ: ¡Haré aún más! Pero... ya ha hecho usted todo lo humano posible. Ahora puede estar tranquilo... ¿Por qué no probar todavía? ¿Por qué no huir?

CAJISTAS: ¡Sí, eso es! ¡Es natural! ¡Claro! etc.

TERESA: ¡Déjame siquiera esa esperanza de verte feliz!

LUIS: ¡Ah, ya es tarde!...

SUÁREZ: ¡Quién sabe!

LUIS: Acabo de entregar todo mi dinero. ¡Por eso, no! ¡A ver compañeros!

Todos se apresuran a vaciar sus bolsillos en manos de Gaspar.

Mire: todos han comprendido sin decirles...

TERESA: ¡Oh, qué agradecida!...

SUÁREZ: ¡Buenos muchachos!

GASPAR: Hay como sesenta pesos... Es poco; pero ya con eso...

SUÁREZ: ¡Sí, vaya! Y escíbame desde donde pueda... Conseguiremos mandarle más, ¡cueste lo que cueste!...

LUIS: ¡Oh, gracias, hermanos, hermanos queridos!... ¡Gracias por este movimiento que es como un rayo de sol! Yo...

OFICIAL DE POLICIA:

(Que ha, entrado poco antes sin ser visto y acercándose poco a poco) ¡Marco Severi! ¡Dese usted preso!

Sorpresa general. Los personajes forman un cuadro conmovedor rodeando a Luis que, con la cabeza inclinada, se muestra dispuesto a entregarse.

ACTO TERCERO

Saloncito en una Comisaría.

ESCENA I

Juez y Suárez, luego Agente.

JUEZ: En nuestra entrevista anterior no lo felicité por sus brillantes exámenes generales. Se habla de ello con el mayor elogio.

SUÁREZ: Bondad suya, señor Juez. Y a pesar de ellos hubiese tenido serias dificultades, si no es la bondad de ese Luis Vernengo o Marco Severi, por quien me intereso tanto. Es pobre, y sin embargo imprimió mi larga tesis, que quizás no pueda pagar nunca...

JUEZ: ¡Se la pagará, ya lo creo! Con su brillante porvenir... Pero, todo cuanto usted me ha dicho y me dice, me inclina favorablemente hacia el detenido, dentro de lo lícito, que no es mucho... Por eso lo he dejado aquí en la Comisaría, donde está mejor y con cierta libertad que no tendría en otra parte...

SUÁREZ: Yo se lo agradezco en su nombre y en el mío, señor Juez. Su benevolencia es preciosa para ese hombre, tan bueno como desgraciado.

JUEZ: Pero ahí se detiene mi acción... La ley es la ley, y nosotros, sus ejecutores, no podemos —y mucho menos en estos casos en que existe la intervención de un gobierno extranjero—, hacer lo que Magnaud, el buen Juez de Chateau Thierry y juzgar sencilla y patriarcalmente con nuestra conciencia de hombres. No podemos, tampoco, hacer interpretaciones

libres y caprichosas o arbitrarias de la ley; tenemos que ajustamos a su letra, que no es elástica ni admite más excepciones que las señaladas por ella misma.

SUÁREZ: Debería admitirlas.

JUEZ: Ese es otro cantar; pero tampoco me incumbe a mí, sino al Congreso.

SUÁREZ: Pero, ¿no cree usía que es inhumano y hasta injusto, arrebatarse su familia, su tierra de adopción, su porvenir de trabajo, de honradez, de utilidad para todos, a un hombre que pecó arrastrado por terribles circunstancias, que se ha regenerado, que observa una conducta intachable, que tiene un carácter elevado y varonil, una cabeza llena de inteligencia y un gran corazón. Y dejamos... ¡no! ¡no dejaremos que nos amputen ese brazo robusto y generoso!

JUEZ: La ley es una.

SUÁREZ: Ley estrecha, sin amplitud, sin el alto concepto de lo que debe ser nuestra tierra...

JUEZ: ¿Quiere usted restablecer el derecho de asilo, como en los antiguos templos?

SUÁREZ: Para los casos de regeneración probada, hasta de regeneración posible... ¡sería nobilísimo!

JUEZ: Este es un hecho excepcional.

SUÁREZ: ¡Sí! Pero una excepción de tanta magnitud no se ha previsto siquiera... Es como decir al que se enmienda, al que vuelve sobre sus pasos y toma el buen camino: “¡Eh! ¡tonto, no lo hagas! ¡si de todas maneras es inútil, si de todas maneras no te hemos de perdonar! ¡Sigue siendo como antes, tonto!”.

JUEZ: Por una consideración excepcional, y “sentimental”, permítame que se lo diga, la sociedad no puede abandonar

un arma de defensa que es evidentemente buena y justa.

SUÁREZ: No pido que se abandone: ¡exijo que se corrija en lo que tiene de injusto y de implacable! ¿Por qué no ha previsto estos casos, en que se impone una ley de amor?...

JUEZ: ¡Cuántas cosas no se prevén! El hombre no es infalible... Y le confieso que me llenaría de satisfacción poder salvar a Severi... Le tengo simpatía... Sé que, libre, seguiría siendo útil y bueno,...

SUÁREZ: Entonces su conciencia...

JUEZ: La conciencia nada tiene que ver en este asunto, amigo mío. Si se comenzara a juzgar con la conciencia, volveríamos a caer en todas las atrocidades de la justicia arbitraria, porque los jueces somos hombres, no ángeles y... ¡hay conciencias sin conciencia! No; hay que ceñirse a la ley estricta, y ella me ata las manos, como le dije esta mañana...

SUÁREZ: A propósito de lo que me dijo usía: aconsejé a la desgraciada Teresa que viese y suplicase al ministro de Relaciones Exteriores, y como éste ha sido mi profesor en la facultad, donde me demostraba mucho aprecio, le solicité una audiencia para la pobre mujer. Me la concedió, y Teresa debe haberle hablado o estará a punto de hacerlo a estas horas.

JUEZ: Supongo que lo ha visto ya, porque acabo de recibir una esquelita del señor secretario, pidiéndome confidencialmente y con urgencia, antecedentes e informes sobre Marco Severi.

SUÁREZ: ¿Y se los ha mandado usía?

JUEZ: Lo haré enseguida.

SUÁREZ: Disculpe usía la indiscreción: ¿serán favorables?

JUEZ: Todo lo más favorables. Pero, fuera de esos datos que quizá

le conquisten la buena voluntad de los hombres del gobierno, le repito que, por mi parte, no puedo hacer nada... Usted conoce esta clase de asuntos. El ministro italiano ha intervenido, sabe que Severi está preso. Los trámites se han llenado en toda forma... y como para que no quepa disyuntiva posible, un agente de la policía italiana ha venido en busca de su presa.

SUÁREZ: Es verdad.

JUEZ: A estas horas el ministro italiano debe haber teleografiado al de Negocios Extranjeros... ¡Ya ve usted! Nuestra policía, nuestra justicia, nuestro mismo gobierno tienen, también, las manos atadas; y se haría un tristísimo papel, hasta podría producirse un incidente diplomático si no se entregara a Severi...

SUÁREZ: ¡La mosca de Voltaire, que provoca un cataclismo a cien leguas de distancia!... ¡Oh, doctor! ¡sacrificar así a un infortunado! ¡Casi un inocente!

JUEZ: *Dura lex sed lex*, amigo mío... Veremos lo que se resuelve allá arriba, y entre tanto cuente con mi buena voluntad. Pero... ni una palabra de esto, ¿no? He faltado a mis deberes de Juez hablando así.

SUÁREZ: ¡Pero a sus deberes de hombre no, señor!

JUEZ: Bien. Déjeme un momento. Voy a contestar al ministro.

SUÁREZ: Aguardaré en el patio.

JUEZ: Aquí en la oficina contigua.

Vase Suárez. El Juez toca un timbre y a poco aparece un Agente de policía, que se cuadra haciéndole la venia.

¿Está ese agente de investigaciones? Hablo del que tomó a Severi.

AGENTE: ¿Benito? Sí, señor Juez.

JUEZ: Dígale que venga.

Vase el Agente.

ESCENA II

Juez y Benito.

JUEZ: ¿Usted prendió a Marco Severi?

BENITO: Sí, señor Juez.

JUEZ: ¿Como lo descubrió?

BENITO: Hace más de mes y medio, señor Juez. El retrato había venido hacía mucho, pero ¡qué! ¡yo ya ni me acordaba! Como decían que era anarquista y los demás también, me mandaron de Investigaciones a que averiguara, porque yo fui tipógrafo cuando me contentaba con estar esclavo para ganar una mezquindad.

JUEZ: Bueno, bueno, adelante; eso no hace al caso.

BENITO: Yo, pues, entré como tipógrafo en la imprenta de don Luis... de Marco Severi, quiero decir, para ver lo que andaban tramando.

JUEZ: ¿De modo que lo descubrió por casualidad?

BENITO: Un poco por casualidad, y un poco porque no me chupo el dedo... Comencé por hacerle el amor a la cuñadita, aunque tiene muy mal genio, para que me ayudara sin maliciar, ella que siempre está en la casa...

JUEZ: ¡Pero, al grano! ¿Es anarquista Severi?

BENITO: Lo que es, es un alma de Dios... Pero en cuanto lo vi, me pareció conocerlo. “Yo he visto esta cara entre los retratados”. Y para salir de dudas me fui esa misma noche a Investigaciones y me puse a recorrer los retratos. Al fin di con el de Marco Severi, recomendado de Italia... Aunque el retrato tenía barba, lo conocí enseguida... Ya casi seguro le avisé al señor Comisario, y creo que él hizo telegrafiar a Europa para que mandaran los papeles, que trajo el agente Tito Nevi. Yo, entre tanto, me quedé en la imprenta, aunque ya supiera que no había anarquistas, para filiarlo al Severi y no dejar que se escapase. ¡Y qué se me iba a escapar!

JUEZ: Bueno. Todo eso lo sabíamos. Lo que quiero es informes sobre la conducta de Vernengo o Severi.

BENITO: Ya le dije, señor Juez, que era un alma de Dios, bueno como el pan y hasta medio tilingo... No se mete en nada. Siempre está con la mujer y el chiquilín, como un bobeta. Pero dice que quiere que todos los de la imprenta sean felices y se hagan ricos junto con él. ¡Mire qué otario! No le dije que era...

JUEZ: ¡Basta! ¿De modo que no tiene antecedentes desfavorables?

BENITO: Que yo sepa...

JUEZ: Y si no sabe, no tendrá; ¡porque me parece que usted!...

BENITO: ¡El oficio! ¡Qué quiere, señor Juez! ¡Para eso estamos! ¡Uno no es pesquiza para saber las cosas buenas, sino las malas!

JUEZ: Puede retirarse y esperar.

Vase Benito.

ESCENA III

Juez, luego el Agente, luego el Escribiente.

El Juez escribe rápidamente, pone sobre a la carta, toca el timbre. Al Agente que aparece enseguida.

JUEZ: Esta carta al Ministerio de Relaciones Exteriores inmediatamente. Que venga el preso Severi. *(Al Escribiente que va cruzando la escena)* ¿Está el Comisario?

ESCRIBIENTE: *(Muy humilde y obsequioso)* No, señor Juez.

JUEZ: ¿Y el sub-comisario?

ESCRIBIENTE: No, señor Juez.

JUEZ: ¿Y el oficial de guardia?

ESCRIBIENTE: Va a volver enseguida, señor Juez.

JUEZ: ¿Ha sucedido algo grave?

ESCRIBIENTE: No, señor Juez. Diligencias...

JUEZ: Está bien.

ESCRIBIENTE: ¿Puedo retirarme, señor Juez?

JUEZ: Sí.

ESCRIBIENTE: Con su permiso, señor Juez. *(Vase el Escribiente).*

ESCENA IV

Juez y Luis.

JUEZ: Siéntese, Severi... Quería preguntarle si tiene algo más que decir en su favor. Hábleme con entera confianza...

LUIS: Nada más...

JUEZ: ¿Usted cree, entonces, que su asunto no tiene remedio?

LUIS: Así es, desgraciadamente, señor.

JUEZ: ¿Que está bien condenado?

LUIS: ¡Ay, sí, señor!; aunque el castigo no guarde proporción con la culpa. ¡Ya se ve! ¡Los gobiernos defienden con más vigor lo que les toca de más cerca!... ¡Pero no es justo, señor, no es justo! Si se castiga la falta, no por vengarse, sino para que el culpable se arrepienta y se enmiende, ¿no estoy arrepentido y enmendado ya? ¿No es equitativo tener en cuenta las terribles circunstancias que me empujaron, que me arrebataron, que me obligaron?... El espectáculo de una madre querida que se muere de miseria, de hambre, ¿no equivale a la locura? ¿Puede creerse que no estuve loco en aquellos días de espanto?

JUEZ: Su defensor debe haber invocado todas esas consideraciones en Italia.

LUIS: ¡Oh!, ¡en Italia, en Italia! ¡Ah, señor Juez! Ustedes que llaman al extranjero para que comparta su trabajo y sus beneficios; ustedes que lo reciben tan amistosa, tan generosamente; ustedes que al cabo de corto tiempo lo consideran como un miembro de su gran familia, ¿por qué, por qué tienen esta ley implacable que no perdona al que ha merecido perdón, y que no sólo lo castiga a él, sino que maltrata y maldice cuanto tiene alrededor; hundiendo a los suyos en la miseria y la vergüenza, dispersando al viento cuanto su esfuerzo creó, prolongando la inicua pena hasta en sus mismos hijos... ¡Oh!, ¡vea, señor Juez! ¡Le juro que desde que pisé este país, desde que empecé a trabajar con fruto, desde que formé un hogar que creía bendito, fui, soy otro hombre. ¡Marco Severi

quedó en Italia con su espantosa pesadilla de un minuto!
¡Luis Vernengo es un hombre útil y honrado! ¡Pero se mata a Luis Vernengo para hacer resucitar en cambio al delincuente Marco Severi! ¡Se destruye lo que ha hecho Luis Vernengo, su hogar, su obra, su porvenir, para que resurja la falta no cometida de Marco Severi!...

JUEZ: Cálmese, cálmese.

LUIS: Pero usted es bueno, señor Juez; usted comprende, usted es hombre, usted es hijo de este país benévolo y tolerante, más amplio y generoso que las viejas sociedades europeas; usted hará por mí lo que otro no haría, usted me dará la libertad, usted me devolverá a mi familia y a mis obreros...

JUEZ: ¡Si pudiera! Pero el sentimiento no gobierna. El Juez pasa antes del hombre... Sin embargo...

LUIS: Sin embargo...

JUEZ: No; no se deje llevar todavía por la esperanza, pues el desengaño sería mucho más doloroso. Iba a decirle que sus amigos, su misma mujer trabajan por salvarlo con quienes quizás lo puedan...

LUIS: ¿Y conseguirán?...

JUEZ: Es muy difícil, pero siquiera hay una probabilidad que no he tenido valor de ocultarle, como debiera...

LUIS: ¡Ah, qué consuelo me trae, señor Juez y cuánto, cuánto le agradezco sus buenas palabras!...

JUEZ: Pero... no se haga muchas ilusiones.

LUIS: ¡Ah!

JUEZ: Es una simple probabilidad, ya le he dicho. Sus jueces desearían ser benignos y sus amigos no lo abandonan.

LUIS: Eso es un bálsamo para mí.

JUEZ: Su defensor lo espera. ¿Quiere verlo?

LUIS: ¿El señor Suárez? ¡Oh, sí, sí! Gracias, señor Juez.

JUEZ: Voy a llamarlo. (*Acercándose a la puerta, llama*). Pase, doctor.

ESCENA V

Juez, Luis y Suárez.

SUÁREZ: Con permiso

JUEZ: Los dejo solos.

SUÁREZ: Muchísimas gracias.

Vase el Juez.

ESCENA VI

Luis y Suárez.

LUIS: ¡Señor Suárez! Usted tampoco me abandona

SUÁREZ: ¿Me abandonó usted cuando le pedí un favor que importaba un sacrificio?

LUIS: ¡Insignificante! ¡No hablemos de eso!

SUÁREZ: Le tengo una buena noticia.

LUIS: ¿Será la que el Juez me ha dado a comprender?...

SUÁREZ: ¡Ah, el Juez! Suceda lo que quiera, debe usted quedarle agradecido. En primer lugar lo deja aquí donde está mejor que en el Departamento o la Penitenciaría, y puede ver a los suyos. Después nos está dejando tiempo para que demos algunos pasos, mientras todavía hay esperanza por remota que sea. Por indicación suya he hecho que Teresa vaya a ver al ministro de Relaciones Exteriores.

LUIS: ¡Pobre, pobre Teresa!

SUÁREZ: El ministro debe haberla escuchado, pues acaba de dirigirse confidencialmente al Juez pidiéndole informes.

LUIS: ¿Y los han mandado?

SUÁREZ: Excelentes.

LUIS: ¡Ah!

SUÁREZ: ¡No se ilusione tan pronto!... Si el asunto dependiera exclusivamente del ministro, se podría tener más esperanza.

LUIS: ¡Sí! Pero puede pedir al presidente que... que me indulte.

SUÁREZ: ¡Ah! El presidente no puede indultar a un condenado por la Justicia de otra nación...

LUIS: ¡Y quién tiene mi vida entre sus manos entonces!...

SUÁREZ: El ministro de Italia.

LUIS: ¡Ah!

SUÁREZ: Si el ministro de Italia retira el pedido de extradición, estas puertas se abrirán para usted...

LUIS: Pero no lo retirará...

SUÁREZ: ¡Quién sabe! Aunque media la grave circunstancia de que haya venido con los documentos necesarios, un Agente de la

Policía italiana, que ya habrá telegrafiado su captura...

LUIS: ¡Ah! ¡El carabnero!... ¡Dío! ¡Dío! Allora...

SUÁREZ: Si falla esta esperanza, nos quedaría la última: ¡que nuestro gobierno pidiera su indulto al rey de Italia!

LUIS: No lo pedirá, no lo conseguirá; ¡un falsificador de la moneda del reino!

SUÁREZ: ¡Ay, don Luis! ¡Ahora veo, que he hecho mal en hablarle de estas cosas! ¡Parece que de gusto lo estuviera haciendo caer de la esperanza a la desesperación, martirizándolo como un verdugo!.. .

LUIS: ¡Mi querido amigo, mi querido amigo! ¡Un verdugo usted! Castigado o no, mi gratitud y su recuerdo vivirán siempre en mí! Pero... también es cierto que sufro horriblemente...

SUÁREZ: Teresa no ha de tardar...

LUIS: ¿Sí? ¡Pobrecita!... ¡No quisiera que me viese así, afligido, deshecho! Voy a... voy a refrescarme, a tratar de parecer tranquilo, ya que no puedo parecer feliz.

SUÁREZ: Sí, vaya, vaya... Yo esperaré, don Luis.

LUIS: Todo lo que viene de usted, tiene el aroma de la amistad; hasta su delicadeza de llamarme Luis y no... Marco Severi.

SUÁREZ: ¿Marco Severi? Yo conozco a Luis Verñengo nada más.

Vase Luis.

¡Pobre hombre!

Se oye rumor dentro.

¡Eh! ¿Qué es eso?

ESCENA VII

Suárez, Gaspar, Escribiente y Agente.

ESCRIBIENTE: *(Muy autoritario, contrastando con su humildad anterior, grita).* ¡Pásenlo aquí!

AGENTE: *(Dando un empujón a Gaspar).* ¡Entre, pues, hombre!
Suárez se ha retirado a un rincón del fondo.

GASPAR: Aquí estoy.

ESCRIBIENTE: *(Tomando un gran libro, para anotar lo que enseguida pregunta:)* ¿Cómo se llama usted?

GASPAR: *(Con chunga)* Gaspar Núñez, alias Cumpa, alias Florcita (porque me gusta pasear), argentino, 21 años, soltero, tipógrafo, sé leer y escribir.

ESCRIBIENTE: *(Interrumpiendo de pronto lo que escribe)* Se conoce que también sabe tener entradas en la policía.

GASPAR: ¿Por eso que le digo? ¡No! Si también lo podía haber aprendido en el enrolamiento y en la inscripción. ¿Las comisarías?... No he entrado ni... ni veinte veces siquiera.

ESCRIBIENTE: ¿Y por qué ha entrado?

GASPAR: ¡Biabas!

ESCRIBIENTE: ¡Repórtese! Hable como la gente, ¡guarango! ¿Sabe por qué está preso?

GASPAR: ¿Y cómo voy a saber si no me lo dice?

AGENTE: Se ha desacatado a la autoridad.

GASPAR: ¡Qué! Si Benito es particular.

ESCRIBIENTE: Es un agente de Investigaciones.

GASPAR: ¡Que se ponga chapa con letrero, entonces!

AGENTE: Y lo amenazó con revólver, en la calle. Aquí está el arma.
(Deja el revólver sobre la mesa).

GASPAR: (Si me dan tiempo). Fue jugando...

ESCRIBIENTE: ¡Cállese la boca!

GASPAR: Como éramos compañeros de taller.

ESCRIBIENTE: ¡Silencio, he dicho!

GASPAR: ¡Y ahora me salen con que es pesquisa! ¡Eso es tongo! *(Dando un violento golpe sobre la mesa del Escribiente).*

ESCRIBIENTE: ¡Métalo al calabozo!... ¡No! regístrelo primero.
El agente lo registra.

GASPAR: ¡Registrá mi vida!

AGENTE: Quince centavos y unas llaves.

GASPAR: Deme recibo.

ESCRIBIENTE: ¡Insolente!... Tome. *(Escribe un papel y se lo da).*

GASPAR: *(Examinándolo con insolencia).* ¡A ver si ha puesto los quince!

ESCRIBIENTE: ¡Métalo inmediatamente al calabozo!

GASPAR: Ajisito cumbarí.

Llévanse a Gaspar.

ESCENA VIII

Escribiente y Suárez.

ESCRIBIENTE: *(Creyéndose solo)* ¡Estos compadres! ¡Si pudiera hacerles dar

una zurra sin que supiesen los diarios! (*Sorprendido y violento al ver a Suárez*). ¿Usted espera a alguien?

SUÁREZ: Precisamente a las señoras.

ESCRIBIENTE: ¡Ah! ¿Estas mujeres?...

Aparecen Teresa y María. Vase el escribiente.

ESCENA IX

Teresa, María y Suárez.

TERESA: ¡Ah, señor Suárez, señor Suárez!... ¡No puedo más!

SUÁREZ: Señora... Teresa... ¿qué les ha sucedido?

TERESA: ¡No lo sospecha!

SUÁREZ: Sí; sospecho... pero, ¿cómo?

MARÍA: ¡Ah, señor! ¡Qué angustias!

SUÁREZ: ¿El ministro?...

TERESA: Yo no puedo... no puedo hablar... María, tú...

MARÍA: El ministro nos recibió perfectamente hay que decirlo; es un hombre bueno, muy bueno... Teresa empezó a contárselo todo y él la escuchaba muy atento. ¡No sé de dónde ha podido sacar Teresa todas las cosas que le dijo! ¡Hacía llorar! El mismo ministro estaba conmovido de veras... “Bueno, señora –dijo por fin–, veo que se trata de un sujeto muy digno de interés. Voy a pedir informes, y si son tan favorables intercederé amistosamente con el señor ministro de Italia. Vendrá de un momento a otro, y como cuadra la casualidad de que voy a acceder a varios pedidos suyos; él, a

su vez me concederá lo que yo le pida, según creo”.

SUÁREZ: ¡Ah, bien, bien, bien!

MARÍA: Sí, muy bien; pero después!... Teresa quiso esperar y nos quedamos en la antesala. ¡Los minutos nos parecían horas mortales!... Por fin llegó el ministro italiano. Tardó adentro una eternidad. ¡Figúrese cómo nos saltaría el corazón!... Cuando salió, el ministro nos hizo llamar. Tenía la cara muy seria, casi triste, y Teresa, al verlo, estuvo por desmayarse. “Señora –le dijo– el ministro italiano...” (*La ahoga un sollozo*).

SUÁREZ: (*Adivinando lo que María iba a decir*) Nada puede porque el asunto ya está en manos de la Justicia de su país.

MARÍA: Así... así le dijo.

TERESA: ¡Esos hombres no tienen corazón!

SUÁREZ: ¿Y nada... nada más?

MARÍA: Sí... una esperanza... muy vaga... El ministro –¡ah! ¡me temo que sólo haya sido por tranquilizar a mi hermana, loca de desesperación!– el ministro añadió que, en vista de unos informes muy buenos, habían convenido con el ministro italiano hacer una cosa que quizás diera buen resultado. “No se desanime del todo, señora –le dijo cariñosamente a Teresa– puede ser que consigamos devolverle a su marido. Vaya a verlo y espere, que si hay algo, yo se lo haré saber enseguida”.

SUÁREZ: ¿Intentará?...

TERESA: ¡Bien se veía que trataba de engañarme, de lástima! ¡Pobre hijito mío! ¡Pobre nene inocente! ¡Cómo empieza tu vida!

MARÍA: (*Aparte*) ¡Ah, el infame aquél!... ¡Si pudiera!... (*Amenazadora*) ¡Creo que respiraría mejor!...

SUÁREZ: Tranquilícense ustedes porque voy a llamar a Luis... No le digan una palabra de todo esto. ¿A qué afligirle más?

TERESA: ¡Sí, tiene razón!

ESCENA X

Suárez, Teresa, María y Juez; a poco Luis.

JUEZ: ¡Ah, las señoras!

SUÁREZ: Piden verlo.

JUEZ: Al momento. *(Toca el timbre y da en voz baja una orden al Agente que se presenta y que se retira enseguida)*. ¿El ministro?

SUÁREZ: Nada.

JUEZ: Bien lo sabía...

SUÁREZ: Le ha dado una esperanza remota...

JUEZ: Naturalmente.

SUÁREZ: Si no temiera abusar... le preguntaría por otro de la imprenta, que han traído...

JUEZ: Me lo acaban de pasar... No escapa de unos cuantos meses bien merecidos. Es bueno que aprenda. Pero no se ha de morir por eso.

SUÁREZ: ¡Pobre muchacho! Ha hecho las del perro fiel...

JUEZ: No quiero ver ahora a Severi... *(Vase)*.

ESCENA XI

Dichos, y un instante después Luis.

LUIS: ¡Teresa! ¡Teresa!

Se abrazan.

TERESA: ¡Luis!

LUIS: ¡Y el nene! ¡No me has traído el nene!... ¡Y María! ¡Buenas tardes, María!... Nadie me olvida, ¡eh!

SUÁREZ: Los tipógrafos han venido a preguntar por usted, y uno ha hecho más todavía, ¡una locura! ¡ya le contaré!

LUIS: ¿No los han dejado verme?

SUÁREZ: Yo les pedí que vinieran más tarde...

LUIS: ¡Y tú, pobrecita, fuiste a ver al ministro!...

TERESA: Sí, Luis, sí...

LUIS: ¿A qué preguntarte? ¡Claro se ve!...

TERESA: ¡Ah, no! ¡no creas! Me ha dado una esperanza.

LUIS: *(Incrédulo y abatido)* ¡Oh, qué alegría! Pero, pero... He estado pensando en ustedes, en ti en el nenito, en María, en los compañeros... ¡No!, las cosas no pueden quedar como las habíamos arreglado; era un disparate. Preso en Italia no puedo ser dueño de una imprenta en Buenos Aires, ¿no es verdad, doctor?

SUÁREZ: Habría inconvenientes, dificultades, naturalmente.

LUIS: Por eso he pensado en pasarte la propiedad, Teresa o pasársela a otro, a nuestro amigo Suárez, por ejemplo; porque como hombre y como abogado podrá defenderla mejor en cualquier tiempo...

SUÁREZ: A su esposa, a su esposa, don Luis. Yo la ayudaré lo mismo y es lo más derecho.

TERESA: ¿A mí? ¡No puede ser!

LUIS: ¿Por qué?

TERESA: Crees que yo me quedaría aquí yendo tú a...

LUIS: ¡Qué dices!...

TERESA: ¡Que me voy a Italia, si te llevan, en el mismo buque si puedo!...

LUIS: ¡Qué locura!

TERESA: ¡Estoy resuelta!...

LUIS: Pero, ¿sabes desdichada lo que te esperaría allí?... El trabajo que embrutece y mata, la miseria que envilece y corrompe, la... ¡ni pensarlo quiero!... Dime: ¿qué harías cuando vieras a nuestro hijo, débil, desnudo, sin pan, muriéndose de hambre, como murió mi madre?... ¡Qué harías!... ¡No! ¡Ni pienses! ¡Ni pienses ir!...

TERESA: ¡Estoy resuelta!...

LUIS: ¡No, no irás!... Si lo haces... si lo intentas siquiera, te juro... ¡te juro que me ahogo con mis propias manos!

TERESA: ¡Oh, qué horror, qué horror! No iré, te esperaré diez, veinte años, toda una vida, toda una eternidad... ¡hasta que vuelvas!...

LUIS: ¡Bien! Haré el traspaso, a tu nombre... Pero, ¿sabe usted si puedo hacerlo doctor?

SUÁREZ: Según... Quien lo sabe ahora a ciencia cierta, porque conoce ya la causa es el juez. Voy a verlo. (*Vase*).

ESCENA XII

Dichos, menos Suárez.

LUIS: ¡Qué buen amigo, Teresa! ¡Ese sí que es un hombre de corazón! ¡Ver que me quieren me consuela!... ¡y todos son buenos conmigo!...

MARÍA: Menos aquel infame...

LUIS: Hace su oficio... El deseo de ganar mucho... El dinero corrompe y él tiene la culpa de muchas cosas...

MARÍA: ¡No! ¡Ese es canalla en el alma!... Engañar a una pobre, para que le sirva de espía!... ¡Oh, pero la vida es larga!...

TERESA: Déjalo con su vergüenza... Castigarlo sería perderte.

MARÍA: ¡Oh, y qué me importa!

ESCENA XIII

Dichos y Suarez.

SUÁREZ: (*Entrando*). ¡La fatalidad!

MARÍA: ¿Qué hay?

TERESA: ¿Alguna nueva desgracia?

LUIS: ¿No puede hacerse?

SUÁREZ: No sé si...

LUIS: Hable usted... ¡Un poco más, un poco menos!

SUÁREZ: Es que... acaba de pedirse el embargo de la imprenta.

LUIS: ¿Quién?

TERESA: ¿Don Jermán?
 SUÁREZ: ¡Sí! ¡Don Jermán!
 LUIS: ¡Todo! ¡Todo se lo lleva la borrasca!
 TERESA: ¡Miserable! ¡Para tenernos en su poder!
 LUIS: ¿Qué dices?
 TERESA: ¡No, nada, Luis, por Dios! ¡No te alteres así!
 LUIS: ¡Qué sospecha!
 TERESA: ¡Vamos! ¡no te irrites! ¡Cálmate, no tienes razón!...
 LUIS: Pero, ¿por qué? ¿Por qué has dicho eso? ¿Por algo será y quiero saberlo! Habla ¡Explícate!
 MARÍA: Yo te diré...
 LUIS: ¡Habla, habla pronto!
 MARÍA: Es que... ¡ese hombre pretende casarse conmigo!...
 LUIS: (*Sospechando algo más*) ¿No me engañas?
 MARÍA: Te he dicho la verdad, la pura verdad,..
 SUÁREZ: (*Aparte*) ¡Qué desastre!
 LUIS: ¡Y tú... te casarás?..
 MARÍA: ¡Oh, no! ¡Si lo desprecio!...
 LUIS: ¡Vaya! Estoy más tranquilo...

ESCENA XIV

Dichos y don Jermán.

TERESA: ¡Don Jermán!

MARÍA: ¡Aquí!
 SUÁREZ: ¡Qué cinismo!...
 JERMÁN: Pedí permiso para verlo, don Luis, porque quería decirle, tenía que decirle...
 LUIS: (*Terrible*) ¿Qué tenía que decirme? ¡Vamos a ver!
 JERMÁN: Que he solicitado el embargo de la imprenta.
 LUIS: ¡Y tiene el valor de decírmelo en mi cara... a mí!
 JERMÁN: ¡No se enfurezca tan pronto, hombre!.. . Escúcheme: ¡si la embargo, es para que quede más segura!...
 LUIS: ¡Y todavía me lo dice de ese modo!... ¡Todavía se vanagloria de dejar en la calle a dos infelices mujeres!...
 JERMÁN: ¿En la calle? ¡Al contrario! Uno hablando se entiende. Embargo, nombro depositario a su mujer y así nadie puede reclamar la imprenta para los gastos de su causa o alguna otra cosa...
 LUIS: ¡Nadie la tocaría!
 JERMÁN: Eso será lo que dice usted. ¡Todo podría suceder muy bien! Y así, gracias a mí, Teresa seguirá viviendo tranquilamente en su casa: ya se lo había dicho a ella...
 LUIS: ¡A ella! (*Con una horrible sospecha*) ¡Teresa!
 TERESA: ¡Oh, Luis, Luis! No vayas a hacerte injusto, tan luego ahora...
 MARÍA: ¡Lo quiere hacer por mí, Luis! ¿No es cierto?
 JERMÁN: (¡Ay, sospechaba!)... Usted comprenderá, don Luis...
 LUIS: ¡Yo no comprendo nada!
 JERMÁN: Pero...
 LUIS: Y si no estuviera aquí donde no puedo, le juro... (*Quiere lanzarse sobre él*).

JERMÁN: ¡Pero, hombre!...

SUÁREZ: ¡Por favor, amigo mío!... *(Lo detiene)*.

juntos... porque todo cuanto toca Marco Severi, se desvanece en polvo... Porque Marco Severi está demás y... desaparecerá... desaparecerá... desaparecerá... *(Guarda el revólver y va a salir)*.

ESCENA XV

Dichos y Benito.

BENITO: *(Que va a cruzar la escena, viendo de pronto quiénes están en ella)*. ¡Ay! ¡Dónde me fui a meter!...

MARÍA: ¡¡Benito!! ¡Ah, canalla! ¡Todo esto es tu obra!... *(Tomando el revólver de Gaspar que ha quedado sobre la mesa)*.

LUIS: ¡María! ¡Ese revólver!... *(Forcejea por sacárselo)*.
Entre tanto Benito tiene tiempo de huir..

MARÍA: ¡Déjame! ¡Déjame!
Luis se lo quita y se queda con él.
¿Por qué no me has dejado?

ESCENA XVI

Dichos, menos Benito.

LUIS: No te he dejado.
Todos menos Luis, rodean a María.

No te he dejado, porque ya basta de fatalidades; porque está deshecho, porque está derrumbado, porque está maldito todo *(Acercándose a una puerta para irse)* cuanto hicimos

ESCENA XVII

Dichos y Juez.

JUEZ: ¡Marco Severi!... El señor ministro de Italia y el de Relaciones Exteriores telegrafieron al rey pidiéndole el indulto de un delincuente... El ministro italiano de Negocios Extranjeros acaba de telegrafiar en contestación que su majestad ha concedido el indulto... Marco Severi... no... ¡Luis Vernengo, queda usted en libertad!

LUIS: ¡¡Teresa!! *(Cae abrumado por el exceso de felicidad. Cuadro)*.

SUÁREZ: *(Al Juez)* ¡Oh, señor!

JUEZ: ¡Hay que enmendar esa ley!

FIN

La abuelita

Eva Canel

> **la abuelita**

Comedia en tres actos y en prosa.

PERSONAJES

NICOLASA	70 años	Sra. Argüelles
AMALIA	20 años	Sra. González
TERESA	40 años	Sra. Fernández
JULIA	19 años	Srta. Cortina
BELISARIA (criada vasca)		Sra. González (Pilar)
FRANCISCO MORALES	50 años	Sr. Seva
CASIMIRO	12 años	Sr. Haza
LUIS GÓMEZ	26 años	Sr. Cuyas
NONITO	15 años	Sr. Haza (hijo)
PEDRO (criado gallego)		Sr. Beltrán

La escena en Buenos Aires, época actual.

ACTO PRIMERO

Salón de confianza en una casa elegante. Foro abierto con balcón corrido en el fondo. Dos laterales derecha, que se suponen habitaciones; de Teresa la primera, y la segunda de Amalia y Julia, a la izquierda del actor, lateral habitación de Nicolasa en primer término y en segundo, ventana con una hoja de cortina puesta y otra en el suelo.

Al levantarse el telón aparece Belisaria arreglando y entra Pedro con una escalera que arrima a la ventana.

ESCENA I

Belisaria, Pedro por foro y luego Amalia.

PEDRO: *(Con marcado acento gallego)* Aquí está la escalera y non refunfuñes más.

BELISARIA: Refunfuño porque borrico estás; sin tirones tan grandes cortina no cae.

PEDRO: Cayose porque estaba mal puesta; yo no hice más que sacudirla.

BELISARIA: Sacudirla con fuerza más que mulo.

PEDRO: No Señor, hice así. *(Coje un plumero grande que habrá dejado Belisaria sobre un mueble; con la mano izquierda sacude la hoja de la cortina puesta y con la derecha le da fuertes golpes de plumero).*

BELISARIA: Bárbaro que te estás; ¿cómo no se había de caer? La casa te tumarás haciendo así.

PEDRO: Pues no lo sé hacer mejor. Pero no te incomodes; todo tiene remedio en este mundo, menos la muerte. Con subirme a la escalera y volver a ponerla, pata.

BELISARIA: Ya te estás poniendo las tuyas en la escalera.
Pedro sube dejándose la cortina en el suelo.

¿A dónde te vas sin la cortina?

PEDRO: Es verdad; dámela ¿quieres?

BELISARIA: ¿Quieres? *(Alcanzándose la)* Lo que yo quiero...

PEDRO: *(Interrumpiendo)* Casarte conmigo *(Ríe fuerte).*

BELISARIA: ¡Casarme yo con gallego! No te lo verán tus ojos.

PEDRO: ¡Qué más quisieras! ¿Acaso los gallegos no somos hombres como los vascos?

BELISARIA: Que más te lo quisieras tú; los vascos son vascos.

PEDRO: Y los gallegos gallegos.

BELISARIA: Cuatro por diez centavos te vendo yo.

PEDRO: Y yo te compro una vasca por cinco.

BELISARIA: *(Sacudiendo la escalera)* ¡Acaba, estúpido!

PEDRO: ¡Eh! Que me vas a tirar y si me rompes una pierna y me quedo sin ella, te tienes que casar conmigo.

BELISARIA: ¿Con una pierna sola? Ni con las dos.

PEDRO: ¿A que sí?

BELISARIA: ¿Acabarás? *(Se fija en la manera como coloca la cortina).*
Pero qué te estás haciendo?

PEDRO: Colocando la cortina.

BELISARIA: Te la pones al revés.

PEDRO: *(Dándole la vuelta)* Le daremos la vuelta.

BELISARIA: Así no,
Le da otra vuelta.

Tampoco,
Da otra
pero gallego... que no es así.

PEDRO: Entonces dime tú cómo es.

BELISARIA: Te digo y no entiendes.

PEDRO: Anda; sube tú; me enseñás a ponerla y después subo yo y... ya la pongo bien.

BELISARIA: *(Con rabia)* Baja.
Pedro baja y sube Belisaria.
 Ahora verás, cabeza cerrada que te tienes.
Pedro sostiene la escalera y mira para arriba.
(Belisaria arregla la cortina al propio tiempo que habla). Como si fuese tan malo de arreglar. Te metes esto por aquí y luego esto *(Mete las anillas en la varilla)* y ya lo tienes arreglado. ¿Lo ves?

PEDRO: *(Desde abajo mirando arriba.)* ¡Lo veo!

BELISARIA: *(Mirando abajo y gritando)* ¡Eh! ¿Qué haces ahí? *(Se encoje y queda acurrucada en la escalera)* Quítate ahora mismo.

PEDRO: Estoy teniendo la escalera para que no te caigas.

BELISARIA: Quítate.

PEDRO: No mujer, que te vas a caer.

BELISARIA: ¡Qué te quites!

PEDRO: No me quito hasta que no bajes.

BELISARIA: Pues te estarás ahí todo el año.

PEDRO: Y tú arriba; a ver cuál se cansa primero.

BELISARIA: ¡¡Señora!! ¡¡Señoritas!! ¡¡Señora!!

PEDRO: *(Soltando la escalera y escapando para el centro de la escena)*
 ¡Calla condenada! ¡Parece que te están matando!

BELISARIA: *(Bajando)* ¿Ves cómo no me estuve todo el año?
Entra Amalia por la segunda lateral derecha.

Dichos y Amalia.

AMALIA: *(A Belisaria)* ¿Qué te pasa?

BELISARIA: Nada, señorita.

AMALIA: ¿Por qué gritabas?

BELISARIA: Por nada, señorita.

AMALIA: Eso no es verdad! *(A Pedro, que estará con la cabeza baja).*
 ¿Por qué gritaba?

BELISARIA: A buena parte Vd. preguntas. Culpa te tienes él.

AMALIA: ¿Qué te hacía?

PEDRO: *(Rápidamente)* ¿Yo? ¿Cree la señorita que soy capaz de hacerle algo? No hice más que mirarla.

BELISARIA: ¡Mirar!

AMALIA: ¿Y gritaste porque te miraba?

BELISARIA: Es que te miraba para arriba.

PEDRO: *(A Amalia)* Es una desagradecida. Estaba arreglando la cortina subida en la escalera y yo desde abajo miraba para que no se cayese.

BELISARIA: ¡Sí!

AMALIA: Vamos. Basta de agarradas. Me parece que llegarán a ser marido y mujer porque siempre están riñendo.

PEDRO: Sí, señorita; llevamos eso adelantado.

AMALIA: Bueno. Pues acaben de arreglar; si viene mamá y no encuentra todo en su sitio la van a oír.
Belisaria da el plumero a Pedro para que se lo lleve y coloca las sillas en su sitio.

BELISARIA: Llévate el plumero y la escalera... Si te caigas con ella, un regalo mandas a la Virgen de Begoña.

PEDRO: ¡Señorita! Mire Vd. para qué le sirve a esta la Virgen; para pedirle que un cristiano se rompa la crisma.

AMALIA: No le hagas caso; es broma.

PEDRO: ¡Quiá! ¡No es broma! le he dicho (*Con socarronería*) que si me rompo algo por culpa suya se tiene que casar conmigo. Por eso está deseando que me rompa.

BELISARIA: (*Interrumpiendo*). Borríco que te estás; ¡Vete!
Vase Pedro riendo por el foro.

Dichos menos Pedro.

AMALIA: No le trates así; Pedro es muy bueno.

BELISARIA: ¡Gallego y te basta!

AMALIA: ¡Oye! ¡Que papá también es gallego!

BELISARIA: (*Sorprendida*) ¡Será de otra Galicia!

AMALIA: (*Riendo*) Si no hay más que una, mujer.

BELISARIA: Bueno, pues el señor no es gallego como Pedro.

AMALIA: ¡Claro! Como que papá es doctor y Pedro es criado; pertenecen a clases muy distintas.

Aparecen por el foro Teresa y Julia, elegantemente vestidas. Entretanto hablan, se quitan los sombreros que entregan a Belisaria. Esta entra con ellos, primero, en la lateral izquierda, donde deja el de Teresa; después en la segunda a dejar el de Julia.

ESCENA II

Amalia, Teresa, Julia; luego Pedro pasa de izquierda a derecha.

TERESA: (*Entrando y quitándose el sombrero*) ¡Qué barbaridad! Si continúa el calor nos vamos a convertir en tisana de flores cordiales.

JULIA: Es una falta de consideración de su excelencia la temperatura, esto de achicharrarle a una antes de que se abra la temporada veraniega.

AMALIA: (*A Teresa*) Siéntate y descansa; toma las cosas con más calma.

TERESA: ¡Calma! ¡Qué hija esta! ¿Pero no sabes que se pasan las horas volando y que todavía falta mucho que comprar y que arreglar para mañana?

JULIA: Como a ella nada le corre prisa...

AMALIA: ¿Qué sabes tú?

JULIA: Entonces será que no la tiene tu novio.

AMALIA: Tampoco sabes eso.

JULIA: Si la tiene lo disimula mucho. Todavía no te ha pedido oficialmente... para mí no servía; con tanta calma acabaría por impacientarme.

AMALIA: Para impaciente el barón. Hace dos meses que te conoce y ya se firman los contratos mañana. El ferrocarril resulta una tortuga y el telégrafo un carretel de hilo comparados con él.

JULIA: ¿Es envidia?

AMALIA: No; caridad.

TERESA: ¡Niñas, niñas, van a discutir los novios! Déjenlos para cuando sean maridos; tiempo tienen de ponerles peros entonces.

AMALIA: Yo no discuto a nadie, pero no me gusta que me discutan a Luis.

JULIA: Ni a mí al barón.

TERESA: Los dos son indiscutibles; lo que hay es que el tuyo (*A Amalia*) resulta seriote, calmoso y retobao como dicen los

paisanos, junto al tuyo (*A Julia*) italiano, fogoso, todo nervio y muy acostumbrado a la alta sociedad europea, que es muy diferente de la nuestra. Lo dicen todas las que vienen de allá. ¡Ea! déjense de bobadas y a moverse. Tú, Julia...

JULIA: (*Interrumpiendo*) ¡Ay! mamá, yo tengo bastante que hacer con pensar en la modista.

AMALIA: Y en el novio...

JULIA: Es muy natural; para eso nos queremos; para pensar el uno en el otro.

TERESA: (*Recordando muy apurada*) ¡Ah niñas! Se me olvidaba, que llega hoy esa buena señora. ¡Quién sabe si ya está llegando! (*A Amalia*) ¿Dónde andará tu padre? ¡Qué ocurrencia de señora! Atreverse a embarcarse sola y a su edad... Pues me preocupa muchísimo su venida... no por nada sino porque tengo miedo...

JULIA: ¿A qué?

TERESA: A que se meta en nuestras cosas; he sido siempre tan feliz con mi marido que no me conformaría con que me diese disgustos por causa de la madre. ¡Quién sabe qué costumbres tendrá!

AMALIA: Las de todas las viejas; comer, dormir y rezar.

TERESA: No se le ha podido ocurrir llegar en peor ocasión; cuando tiene uno tanto de qué ocuparse... (*Transición*). Que no falte nada en su cuarto; no diga que no la recibimos bien.

AMALIA: Nada falta.

Suena el timbre del teléfono.

¡El teléfono! (*Se va corriendo foro derecha*).

JULIA: Corre que es Luis.

AMALIA: (*Desde el foro*) No; será el barón... Ya te llamaré si es él, señora baronesa. (*Vase*).

Dichas, menos Amalia.

TERESA: (*A Julia*) Luego te quejarás si te contesta algo que no te guste.

JULIA: (*Riendo*) Me gusta ejercitarle la paciencia.

Aparece Amalia de nuevo.

(Julia va a su encuentro).

AMALIA: Era papá; dice que está atracando el vapor y que se va corriendo a la dársena. Le pregunté si quería que fuésemos nosotras y me contestó que no había tiempo; que esperásemos en casa.

TERESA: Cosas de tu padre; luego dirá la señora que no tenemos deseos de verla. (*Se sienta a la derecha*).

AMALIA: Yo hubiese querido presenciar la entrevista de la madre y del hijo después de tantos años.

TERESA: No son tantos; hace diez y seis que fue tu padre a verla; pero estas señoras mayores son muy egoístas; ella no sabe lo mucho que ha contrariado a su hijo con la resolución de venir. Hubiese preferido ir él, antes que ella se expusiese a los peligros de un viaje tan penoso... La verdad es que resulta inoportuna su venida; con tanto trabajo y tanto...

PEDRO: (*En el foro*). Aquí está D. Nonito.

JULIA: ¿Por qué no entra?

PEDRO: No le dejé yo.

TERESA: ¿Por qué?

PEDRO: Porque el otro día mandé pasar al señor barón y me riñó la señorita Julia.

JULIA: Como que le mandaste pasar cuando me estaban probando un traje...

PEDRO: Pensé que lo mismo daba. ¡Como van a casarse!

TERESA: ¡Anda y calla! Dile que pase.

JULIA: Traerá noticias y nos dirá lo que haya oído sobre mi matrimonio; es impagable para eso. *(Va al espejo izquierdo)*.

AMALIA: A mí no me hacen gracia las noticias de Nonito; parece que tiene alfileres en la boca; cuando habla me pincha. *(Va al balcón)*.

NONITO: *(Entrando)* Buenas tardes, títa. ¿Cómo están, primas?

ESCENA III

Amalia, Teresa, Julia, Nonito, después Pedro y enseguida Casimiro.

AMALIA: Ya lo ves.

NONITO: Ya lo veo.

JULIA: ¿Qué se cuenta por los círculos aristocráticos?

NONITO: *(Con aire bobo)* Nada... ¿de qué?

JULIA: ¿De mi matrimonio?

NONITO: ¡Ah! nada; dicen que te casas con un bachicha para ser barona.

JULIA: ¿Qué?

Teresa da muestras de indignación.

NONITO: Lo dicen; yo no sé más.

JULIA: ¿Y tú que has contestado?

NONITO: Nada; que hacías bien.

JULIA: Envidia que me tienen las hermanas de esos que hablan.

NONITO: Entonces te la tiene mi tía Teresa *(Señalando esta)* porque papá también lo dice.

Julia y Teresa se indignan más; Amalia no da muestras de nada.

TERESA: Más le valiera a tu papá meterse en sus cosas.

AMALIA: Y mandarte al colegio.

NONITO: Estoy en vacaciones.

AMALIA: Estás todo el año.

JULIA: Tu papá habla por despecho.

NONITO: ¡No sé! hablaba conmigo.

JULIA: Y a ti te habrá faltado tiempo para repetirlo, porque eres un fonógrafo destemplado.

NONITO: No he dicho nada; solamente hablé con mis amigos que me preguntaron...

TERESA: ¿Qué te preguntaron?

NONITO: Nada; si sabíamos qué casta de pájaro era ese barón.

JULIA: ¿Y qué contestaste?

NONITO: Nada... que no sabíamos una palabra.

TERESA: ¿Cómo que no sabemos? Pertenece a una familia ilustre y está emparentado con los Colonnas, los Medici, los Palatini, los Crispi, los Garibaldi...

JULIA: Hasta de los Saboyas es deudo.

NONITO: Por eso decían mis amigos que tenía muchas deudas.

JULIA: ¡Insolentes!

NONITO: Decían que era un arruinado.

TERESA: No es un arruinado; es un noble venido a menos como otros

muchos; mañana serán pagadas sus deudas después de firmado el contrato y se callarán los maldicientes.

- JULIA: Puedes decir a tus amigos que fue millonario y que lo volverá a ser.
- NONITO: Si quieres lo digo. *(Transición)*. El tío Francisco estuvo en el escritorio de papá; de allí se fue al muelle a buscar a la madre... Papá dice que será alguna gallega bruta...
- TERESA: Tu padre se está volviendo un deslenguado; en cuanto lo vea le voy a decir cuántas son tres y dos.
- NONITO: Cinco.
- AMALIA: Qué milagro que lo sabes.
- NONITO: Yo sé muchas cosas... *(Con malicia)* pero no las digo.
- AMALIA: Vale más que las calles, porque si continuas hablando...
- NONITO: *(Transición fuerte para interrumpir)*. ¿Conocen ustedes a la familia del doctor Gómez?
- AMALIA: *(Alarmada)* ¿De Luis? *(Bajando a la izquierda)*.
- NONITO: Dice papá que también son *bachichas*.
- AMALIA: Tu Papá ha salido suspenso en el examen para *pesquisante*; ¿cómo ha de ser *bachicha* si se llama Gómez?
- NONITO: Yo no sé nada; se lo dijo papá al tío Francisco.
- AMALIA: ¿Qué le ha dicho?
- NONITO: Nada; que ni el padre ni la madre vendrían a pedir tu mano.
- AMALIA: ¿Cómo ha de venir su padre si ha muerto cuando Luis tenía un año?
- PEDRO: *(En el foro)*. Aquí está D. Casimiro. *(Vase)*.

Las tres se alborotan y hablan a un tiempo preparándose a recibirlo. Nonito deja la silla y se va al sofá izquierdo.

TERESA: *(Yendo al encuentro de Casimiro que aparece en el foro en cuanto se va Pedro)* Ven acá, lengua sin atadero.

- JULIA: Es Vd. un calumniador.
- AMALIA: Y se ocupa de lo que no debe.
- JULIA: Poniendo en ridículo a personas que están muy por encima de sus detractores. *(Todos hablan a un tiempo)*.
- CASIMIRO: *(Con calma)* ¿Se puede saber qué mosca las ha picado?
- AMALIA: Fue un mosquito.
- JULIA: Que picaba con el aguijón de su padre...
- TERESA: Sí; de un moscón que eres tú.
- Julia y Amalia hablan precipitadamente sin que se las entienda.*
- CASIMIRO: Si hablan las tres a un tiempo tengo que buscar intérprete. *(Se sienta en la silla de Nonito)*.
- TERESA: ¿Por qué has dicho que el barón es un *bachicha*?
- CASIMIRO: ¡Está bueno! ¿Tengo yo la culpa de que haya nacido en su tierra y no en la mía?
- JULIA: ¿Por qué dice Vd. que yo me caso por ser... barona?
- CASIMIRO: Pues hijita, porque lo cree todo el mundo y yo lo creo también.
- AMALIA: ¿Y qué le ha hecho a Vd. el doctor Gómez?
- CASIMIRO: A mí nada; ¿y a ti?
- TERESA: ¿De dónde sacas que la madre de mi marido es una gallega bruta?
- CASIMIRO: Que será, he dicho; no digo que lo sea.
- TERESA: Es una distinguida señora, de familia que nada tiene que envidiar a la nuestra. *(Se sienta en el sofá derecha)*.
- CASIMIRO: Lo creo; nuestro padre era un modesto sombrerero, que

reunió miles de pesos trabajando mucho, y nuestra madre fue una buena oficiala de forros. Algunas cintitas te habrá tocado poner a ti como me ha tocado a mí alcanzar planchas. *(Se levanta y se va al otro sofá, al lado de Teresa).*

TERESA: *(Indignada)* ¡Mientes! Yo no he conocido más que grandezas en mi casa.

CASIMIRO: Pues yo recuerdo algunas pequeñeces, mira.

TERESA: Tú eres mayor que yo.

CASIMIRO: Sí, y he nacido cuando nuestros padres eran pobres.

TERESA: Te has vuelto muy ordinario.

CASIMIRO: Ordinario porque digo verdades... *(Transición)*. Pero a todo esto ¿quién les ha traído esa carretilla de cuentos?

AMALIA: Este. *(Señalando a Nonito)*.

TERESA: Tu hijo que tiene por lengua un molino de viento.

CASIMIRO: ¿Y hacen caso de conversaciones de un... infantil?

JULIA: ¡Infantil, y dice que ya está cansado de la vida!

NONITO: No es que estoy cansado; es que me aburro algunas veces.

TERESA: No tenías necesidad de decir a Francisco que los novios de sus hijas son esto y lo otro.

CASIMIRO: No tengas cuidado; nadie lo apea del burro hasta que el burro lo tire por las orejas. Le ha entrado como a ti la monomanía aristocrática. ¡Dichoso barón! Debe ser natural legítimo de Asti.

JULIA: ¿Por qué?

CASIMIRO: Porque todos estáis borrachos de espíritu italiano.

Julia con un gesto de despecho va detrás del sofá.

AMALIA: ¿Y por qué ha dicho usted que Luis descende de bachichas? Su padre era oriental.

CASIMIRO: Y su madre italiana.

AMALIA: Y qué hay con eso. ¿No era francesa la de usted?

CASIMIRO: Mira niña; déjame en paz tú también.

Amalia se sienta en la silla del centro.

Tengo bastante con los ataques de la barona *(Señalando a Julia)* y con los desplantes de nobleza que se gasta la hija de mis propios padres.

TERESA: Yo no gasto desplantes; quiero para mis hijas la distinción y el brillo que me ha dado a mí mi esposo.

CASIMIRO: Con el capital de los sombreros, porque de soltero... antes encontró novia, que pleitos.

TERESA: Estás insoportable.

CASIMIRO: *(Bromeando)* ¿Entonces no me convidas a comer?

TERESA: ¿Desde cuándo necesitas que te conviden?

NONITO: Yo me convidó también.

AMALIA: ¡Si te cayeses en la sopera!...

Suena el timbre del teléfono y corren Julia y Amalia hacia el foro; al salir se paran y se miran.

¿Vas tú?

JULIA: ¡O tú!

Vacilan un momento y salen las dos.

NONITO: Van a ver si son sus novios; ¡Qué cosa! Se ponen atroces las primas enamoradas.

Entra Amalia mustia.

¿A que adivino quién llamaba? Era el barón. *(Se levantó con la frase y subió al foro).*

AMALIA: Ya te he dicho antes que más te valiera ir al colegio.

NONITO: Y yo te he contestado que estoy en vacaciones.

CASIMIRO: *(A Amalia)*. Lo cual no le impide leer de corrido en tu fisonomía.

AMALIA: Como que soy un libro abierto.
Entra Julia muy contenta.

JULIA: El barón viene a comer. *(A Teresa y va detrás del sofá)*.

CASIMIRO: Entonces no me quedo.

NONITO: Y yo me desconvido.

TERESA: *(A Casimiro)* No seas necio.

CASIMIRO: Seré lo que quieras pero se me indigesta tu futuro yerno.
Julia da señales de rabia.

TERESA: ¿Y no vendrás mañana a la ceremonia de esponsales?

CASIMIRO: ¡Quién sabe!

TERESA: Ven y no seas ridículo; siendo, como eres mi hermano único, sería muy chocante tu ausencia.

JULIA: Si ha de venir para pregonar que su padre fue sombrerero y su madre cosía forros....

CASIMIRO: Y la tuya también, señora baronesa.

TERESA: Agua pasada no moja. Nuestros padres pertenecían a otra generación y cada uno es cada uno.

JULIA: Los individuos y las familias, y los pueblos, tienden al adelanto.

CASIMIRO: Eso se lo has oído a tu novio... ¡tiene talento!

AMALIA: ¡Gracias a Dios que le concede usted algo!

CASIMIRO: Vaya; me marchó. Voy a comer al Sportman.

NONITO: Yo también. Me cansa ese...

Julia lo mira airadamente.

... ese barón. Por todo te asustas *(A Julia)*.

CASIMIRO: Es una desgracia ser viudo *(Lamentándose)*.

TERESA: ¿Por qué no te vuelves a casar?

CASIMIRO: *(Vacilando)* Te diré... porque no tengo tiempo.

TERESA: ¿O porque no te quieren las que a ti te gustan?

CASIMIRO: *(Con intención mirando a Julia)* Puede que sea verdad... *(Transición)*.

Bueno; hasta la vista. Dile a Francisco que mañana vendré a ver a la vieja. *(Vase)*.

NONITO: Adiós, tía. Adiós, primas... ingratas. *(Vase riendo detrás del padre)*.

Dichas menos Casimiro y Nonito.

TERESA: Debe ser tarde; voy a descansar un momento antes de vestirme para la comida, ¿y ustedes qué hacen?

JULIA: Yo voy a vestirme también.

Se va Teresa por la 1ª lateral derecha y Julia por la 2ª.

ESCENA IV

Amalia, enseguida Luis, después Nonito.

Amalia da señales de impaciencia y se asoma al balcón del fondo, después de mirar por la ventana lateral de segundo término. Pedro pasa por el foro de izquierda a derecha y Belisaria a la primera lateral derecha donde se supone que Teresa hizo sonar el timbre que se oyó dentro, cuando esta

se retiró de la escena. Después que desaparecen los dos criados vuelve Amalia al centro y cuando se dispone a entrar por la segunda lateral derecha aparece Luis por el foro.

Amalia, Luis, luego Pedro y enseguida Nonito.

- LUIS: *(Entrando)* Buenas tardes. ¿Tan solita?
- AMALIA: *(Con alegría)* ¡Ah! ¡Pícaro! Me has tenido como una telefonista pendiente del aparato.
- LUIS: Estuve ocupadísimo.
- AMALIA: Has querido sorprenderme viniendo a comer con nosotros, ¿verdad?
- LUIS: ¿Si me convidas?
- AMALIA: Convidarte no, rogarte que te convides tú... *(Transición)*. ¡Tengo mucho que hablarte; mucho!
- LUIS: Yo a ti también; tengo que comunicarte unos cuantos secretos.
- AMALIA: *(Sorprendida)* ¿Secretos?
- LUIS: Sí; que te quiero, que te adoro, que estás muy linda.
- AMALIA: ¡Anda! Me habías asustado *(Transición)*. Yo sí que tengo que hablarte de cosas muy serias.
- LUIS: *(Con aire cómico)* Ahora me asustas tú.
- AMALIA: No; no te rías; hablo de veras.
- LUIS: *(Poniéndose serio)* Bueno, pues habla.
- AMALIA: ¿No te vas a enojar?
- LUIS: ¿Contigo? Eres capaz de decir algo enojoso para mí? No lo creo.
- AMALIA: *(Después de una pequeña pausa para hacer la transición)*. Ya sabes que nunca he demostrado prisa porque nos casemos

ni siquiera porque pidas oficialmente mi mano.

Luis asiente y escucha con atención.

Pues ahora la tengo

Sorpresa de Luis.

Sí, la tengo; Julia me hace burla porque me deja rezagada y otros se han permitido murmuraciones ridículas.

- LUIS: *(Alarmado)* ¿Murmuraciones?
- AMALIA: Dicen que tu madre no pedirá mi mano.
- LUIS: Mi madre vive en el Rosario. *(Da señales de contrariedad)*.
- AMALIA: Puede venir.
- LUIS: No veo la necesidad.
- AMALIA: Yo tampoco... pero ya sabes que la costumbre... la etiqueta...
Luis se muestra más contrariado.
- ¿Que tienes? ¿Te molesta que te hable de nuestro compromiso?
- LUIS: ¡No puede molestarme una cosa en la cual pienso siempre! Pero pienso también en que solo hace un año que me he recibido y todavía no...
- AMALIA: No sigas; ¿eso qué importa? Si no ganas bastante, papá es rico y no hace cuestión de dinero los matrimonios de sus hijas. Solo mira la educación, la honradez y la familia de los pretendientes. *(Transición)*. También él empezaba a ejercer su carrera cuando se casó con mamá.
- LUIS: Pero yo no quiero...
- AMALIA: No hablemos de eso; te aseguro que no padecerá tu dignidad. Pídemelo cuanto antes para fijar la fecha; y así no me hará burla mi hermana ni charlarán los otros. *(Transición)*. ¿No te parece que sería mañana el día más a propósito? Se firma el contrato

de Julia y se podría anunciar que me has pedido... ¡Ah! no me acordaba; para mañana no puede estar aquí tu mamá.

LUIS: *(Preocupado, pausa)* Te ofrezco resolver mañana; pero antes quiero que hablemos también de cosas serias.

AMALIA: *(Alarmada)* ¿De qué? Háblame ahora.

LUIS: No; mañana... o esta noche después de comer.

PEDRO: *(En el foro)*. Aquí esta D. Nonito.
Contrariedad de Luis y de Amalia.

AMALIA: ¿A qué volverá ese majadero?

PEDRO: ¿No le digo que pase?

AMALIA: Dile... *(Bajo)* que haga lo que quiera.
Desaparece Pedro y aparece Nonito.

NONITO: *(Entrando)* ¡Estoy aquí otra vez!

AMALIA: ¿No íbas a comer con tu padre?

NONITO: Sí, pero encontramos un senador en... no sé por dónde...

LUIS: Por algún gobernador de provincia.

NONITO: Digo que no recuerdo por dónde vamos cuando lo encontramos; papá lo convidó y me dijo; “¿Por qué no te vuelves a comer a casa, de tu tía? Allí te divertirás más que con nos otros”. Y como me había marchado sin gana, me volví corriendo antes que me dejaran debajo de la mesa.

AMALIA: Has hecho mal en correr porque te queda tiempo... hasta para ponerte encima como si fueses centro. *(Transición)*. Ya que estás aquí sirve para algo; conversa con el Dr. Gómez aunque sean necesidades mientras yo aviso a mamá que tenemos otro convidado.

NONITO: Dile también que he vuelto yo.

AMALIA: Es una noticia interesantísima para ella. *(A Luis)* Vuelvo en seguida. *(Vase lateral derecha)*.

ESCENA V

Luis, Nonito, luego Pedro, Teresa, Amalia, Julia, Francisco y Nicolasa. Luis pasea por la escena preocupado; Nonito saca un paquete de cigarrillos y ofrece uno a Luis que con un ademán le da las gracias sin tomarlo.

NONITO: ¿No fuma Vd.?

LUIS: En otros momentos.

NONITO: Yo en todos. *(Enciende el cigarro, da una chupada y arroja el humo enfáticamente sentándose)*. ¿Ha visto Vd. qué linda es Amalia?

LUIS: Hace tiempo.

NONITO: A mí me gusta.

LUIS: *(Parándose y después de mirarle un momento fijamente)*. A mí también. *(Sigue pasando)*.

NONITO: Es natural; siendo su novia... y lo quiere a usted bárbaramente. ¿Si hubiese visto cómo se puso cuando dije que era usted bachicha?

LUIS: *(Deteniéndose sorprendido)* ¿Qué dice usted?

NONITO: Nada; dije lo que había dicho papá, pero luego se aclaró todo.

LUIS: ¿Y qué se aclaró?

NONITO: Qué su mamá es italiana.

LUIS: ¿A qué cuento salieron esas cosas?

NONITO: A nada, a que su mamá no pediría la mano de mi prima.

LUIS: ¿Y quién mete a los muñecos como usted en esas cosas?

NONITO: Papá se lo dijo al tío Francisco y yo no hice más que repetirlo. Traigo todas las noticias; soy la vida social de mis primas.

LUIS: Pues en cuanto sepa yo que publica usted algo referente a mí, le empastelo la composición y le desfiguro el tipo. ¿Lo oye usted?

NONITO: Sí señor... pero... yo no lo hago por nada; me sirve de distracción.

LUIS: Distráigase en otra cosa; por ejemplo, en averiguar cuántos perros solteros mueren en Buenos Aires.

Pedro sale corriendo por el foro y se dirige a las laterales derecha.

PEDRO: ¡Señora! ¡Señoritas!

LUIS: *(Alarmado)* ¿Qué ocurre?

PEDRO: *(Volviéndose a Luis)* Ya llegó el señor con su señora madre. *(Mirando de nuevo hacia la lateral).* ¡Señora!

Aparece Francisco por el fondo dando el brazo a Nicolasa. Esta viste saya nueva con mucho vuelo; rodeado el busto y atado atrás en la cintura, lleva pañuelo de espumilla negro; en la cabeza y atado debajo de la barba pañuelo de seda oscuro.

FRANCISCO: (Desde el foro. ¡Teresa! ¡Amalia! ¡Julia! ¡Aquí está la abuela!

Salen precipitadamente Teresa, Amalia y Julia corriendo hacia el foro; al ver a Nicolasa se detienen sorprendidas. Teresa queda inmóvil.

(Francisco que comprende la sorpresa, levanta la voz).

¡Teresa, Hijas! ¡Esta es mi madre!

Nadie se mueve.

¿No habéis oído que esta es mi madre? *(Esto lo dirá gritando).*

AMALIA: *(En un arranque de nobleza amorosa)* ¡Abuelita! *(Va hacia ella y la abraza).*

Nicolasa la estrecha y la cubre de besos. Luis da muestras de alegría al ver la acción de Amalia. Francisco avanza hacia Teresa y Julia, después de abrazar a Nicolasa y Amalia unidas; se queda frente a Teresa mirándola fija y airadamente. Esta avanza entonces despacio hacia el foro mientras cae el telón rápido.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma escena del anterior.

Aparecen Teresa y Francisco; la primera de pie, al lado del segundo que estará sentado en una butaca dando muestras de abatimiento, entre ceñudo y malhumorado.

ESCENA I

TERESA: Convéncete de que no digo nada de malo; por el contrario; tu madre estará más a gusto en la quinta.

FRANCISCO: Creerá que la echamos de casa y el mundo dirá que nos avergonzamos de ella.

TERESA: Lo dirá sin motivo; vaya una manera de echarla, llevándola a nuestra quinta; allí tiene gallinas, tiene pájaros... estará más

a sus anchas, y después del matrimonio de Julia ya nos iremos todos a pasar el verano con ella.

FRANCISCO: (*Resolviéndose y levantándose*) Tienes razón; no hay ningún mal en ello, pero es muy duro para mis sentimientos de hijo alejar a mi madre por no atreverme a presentarla al que va a ser mi yerno.

TERESA: Hay una enorme distancia; incompatibilidad de clases...

FRANCISCO: Tu sabías que mi madre vivía en una aldea y que no estaba acostumbrada a la sociedad distinguida.

TERESA: Pero me habías dicho que pertenecía a una familia hidalga.

FRANCISCO: Y he dicho la verdad; Mis antepasados lo eran, pero al desmoronarse las regalías y los privilegios y dictarse las leyes de desvinculación, los nobles se convirtieron en plebeyos, y los señores en aldeanos y los guerreros en agricultores y los parásitos de la molicie, en braceros robustos que fecundan la tierra con el extracto de su sangre.

TERESA: No te entiendo, pero sí entiendo que debemos enviar a la *viejita* a la quinta, con todas las consideraciones a que tiene derecho por ser tu madre; hay que evitar que la vean; sería una vergüenza presentarla.

FRANCISCO: Algún día habremos de hacerlo.

TERESA: Sí; cuando la vayamos civilizando un poco y cambiándole el traje... si se deja. Ten en cuenta que el tiempo urge; inmediatamente después del almuerzo la llevarás.

FRANCISCO: (*Volviendo a dudar*) ¿No te parece que puede pasar aquí esta noche? ella no querrá salir de su cuarto al saber que hay fiesta.

TERESA: ¡Dios nos libre! ¡Buenas son las de Montalvez y las de Carrizo y las de Pérez, para no meterse a buscarla en cualquier parte!

Deben estar muertas de curiosidad por conocerla; creo que hasta presumen algo. Si la viesan con esa vestimenta serían capaces de sacarla al salón, aunque fuese arrastrando, para ponernos en ridículo. ¿No sabes la envidia que tienen a Julia porque se casa con el barón? No, no; hay que ocultarla por ahora. Siento mucho que la hayan visto el Dr. Gómez y Nonito... y los criados que son unos despelleja patrones.

Dichos y Julia.

JULIA: (*Entrando*) ¡Mamá! ¿No vamos a comprar eso? Se hace muy tarde.

TERESA: Tienes razón, hija; vamos enseguida. (*Toca un botón del timbre eléctrico*).

ESCENA II

Francisco, Teresa, Julia, Casimiro. Belisaria entra y sale en escena cuando lo manda la acotación.

CASIMIRO: (*Entrando foro derecha*) ¿Estorbo?

FRANCISCO: ¿Estorbar tú?

TERESA: Tonterías de mi hermano (*A Casimiro*). Pues si crees que me hacen gracia, te equivocas.

CASIMIRO: ¡Enterado! Por eso no vengo a servirte de payaso ni siquiera a visitarte; vengo a ver a la *viejita*. (*A Francisco*) ¿Ha llegado bien?

TERESA: (*Rápidamente*) Muy bien; todavía está descansando y no se la puede ver; no queremos molestarla; seguramente no

saldrá, hoy de su cuarto. No se la debe marear con visitas.

Sale Belisaria foro izquierda y habla con Julia.

CASIMIRO: *(Con mucha intención)* Pobre señora, la compadezco... con el jaleo que habrá hoy, en esta casa, no la dejarán dormir.

TERESA: *(Precipitadamente)* Por lo mismo hemos pensado... ha pensado Francisco, en llevarla a Flores; en la quinta estará divinamente, sin etiqueta... sin ruido...

CASIMIRO: *(Interrumpiendo)* Y sin gente.

TERESA: Allí hay pájaros... hay gallinas...

CASIMIRO: Bichos que no habrá tenido nunca en su pueblo.

TERESA: Por lo mismo que los habrá tenido deben gustarle mucho. ¿Verdad Francisco?

FRANCISCO: Es lógico.

CASIMIRO: *(A Teresa)* ¿Y crees que le agrada haber hecho el viaje para gozar de la compañía de las gallinas que tenéis en la quinta?

TERESA: También está la quintera que es gallega.

CASIMIRO: *(Burlándose)* ¡Oh! ¡Eso ya es otra cosa! La compañía de una gallega... debe ser nueva para quien viene de Galicia ... ¡como allá no las hay!...

TERESA: Cuando te pones insoportable...

CASIMIRO: *(Interrumpiendo)* No hay quien me soporte.

TERESA: Tú lo has dicho; por eso me voy a tiendas.

Sale Belisaria con el sombrero y hace mutis foro derecha.

FRANCISCO: Tenéis que volver pronto.

CASIMIRO: Las tiendas son el gran recurso para no hacer nada; ¡pobres tenderos si las mujeres fuesen hacendosas!

JULIA: ¿Llama Vd. no hacer nada a preparar mi *trousseau*?

CASIMIRO: Llamo no hacer nada a *tiende*ar como lo hacen Vds.

TERESA: *(Ya con el sombrero puesto y disponiéndose a marchar. A Francisco)* Volveremos lo más pronto posible *(A Casimiro)* Quédate; almorzarás con nosotros.

CASIMIRO: Veremos; si me quedo aquí me encontrarás cuando vuelvas.

TERESA: Hasta luego.

JULIA: Hasta luego.

FRANCISCO: Que sea muy pronto.

Vanse Julia y Teresa.

ESCENA III

Francisco y Casimiro.

CASIMIRO: *(Viendo que Francisco se sienta)* ¿Sabes cuñado, que no me pareces demasiado contento a pesar de tener tantos motivos para estarlo?

FRANCISCO: Contento... sí... lo estoy.

CASIMIRO: Entonces lo disimulas.

FRANCISCO: Me siento un tanto contrariado, nada más.

CASIMIRO: *(Con intención)* ¿Por la boda de tu hija, o por la venida de tu madre?

FRANCISCO: No preguntes eso; si me contrariase la venida de mi madre, sería lo que no soy, un mal hijo.

CASIMIRO: Hablemos claro, cuñado. Nonito me ha contado la escena de la llegada. La actitud de Teresa.

Francisco quiere protestar con la acción.

No te molestes; conozco a mi hermana... o mejor dicho... la desconozco desde que se le ha metido en el estómago la nobleza, para empacharla... y empacharnos de aristocracia.

FRANCISCO: (*Queriendo defender a su esposa*) Teresa es...

CASIMIRO: (*Interrumpiendo*) Perdona; me olvidaba que te has contagiado tú también de ese mal. Pero... ¿serás capaz de mandar a tu madre para la quinta por vergüenza de presentarla?

FRANCISCO: Vergüenza de presentarla, no.

CASIMIRO: Cualquiera lo diría.

FRANCISCO: (*Transición*) ¿Quieres venir a mi despacho? Deseo hablarte sin que me interrumpan.

CASIMIRO: Sientes necesidad de contarme las majaderías de mi hermana, *Francisco da señales de disgusto*.

majaderías autorizadas por ti... por ti, sí señor... tú tienes la culpa, (*Transición*). Mira cuñado; el hombre no debe consentir que haya en su casa más resuello que el suyo; a los demás se les mete en el cuerpo.

FRANCISCO: Yo creo que para la paz del hogar, no vienen mal ciertas concesiones.

CASIMIRO: Concesiones que se ponen en vigencia durante la luna de miel y después... no se puede derogar la ley, aunque se tenga mayoría... de razones.

FRANCISCO: ¿Y quién es el que no las hace?

CASIMIRO: ¡Yo no las hice!

FRANCISCO: Por que diste con una mujer que no tenía carácter.

CASIMIRO: O lo tenía; no te fíes de las santitas de retablo, porque esas

con la santidad, ¡son dueñas de una resistencia pasiva! muy capaz de agotar las fuerzas de un gigante. (*Pausa*). Mi mujer no tenía carácter como tú dices... pero es que se lo dejé mocho al día siguiente de casarnos.

FRANCISCO: ¿Cómo?

CASIMIRO: Ahora veras cómo. Me levanté antes que mi mujer, la primera mañana después de nuestro matrimonio, y echando mano de unas enaguas de ella y de unos pantalones míos, quedé un momento vacilando entre ponerme las unas o ponerme los otros. Ella me preguntó qué hacía y entonces acercándome a la cama con ambas prendas, una en cada mano, le dije; “Vas a escoger ahora la que más te agrada para ponértela”. Se echó a reír...

FRANCISCO: (*Interrumpiendo*) Es claro.

CASIMIRO: No te rías tú; “Estás a tiempo de elegir –añadí– y me conformaré con lo que elijas y con lo que me dejes; pero mírate bien; si te aparejas los calzones lo gobernarás todo; seré un Juan Lanás con buena voluntad y pollera de cola. Pero si te encapillas las enaguas, guárdate bien de alzar el gallo en cosa que me pertenezca; o soy hombre o soy hembra; si hembra, mándame a zapatazos y amárrate los pantalones para salir del paso; pero si me prefieres hombre, déjame libertad de hacer lo que me dé la gana, con tal que no te falte la herencia que ha dejado San Pablo a las mujeres, para que los maridos la hagamos efectiva”.

FRANCISCO: (*Riendo*) Tú siempre con bromas y chascarrillos; vamos a mi despacho y allí hablaremos con tranquilidad.

CASIMIRO: (*Siguiendo a Francisco hacia el foro izquierda*) ¿Cómo chascarrillos? La verdad purita, te he contado. ¿Querías que me dejase *chicotear* como muchos y zarandear como tú?

¡Quiá! ¡hombre! ¡Quiá! ¡Me divorciaba primero! *(Esto ya lo dice desapareciendo por el foro)*.

ESCENA IV

Nonito, luego Belisaria, después Pedro.

NONITO: *(Entrando foro derecha)* ¿Esta es una casa o un cementerio? ¿Dónde estarán? *(Ve a Belisaria que baja del foro para entrar en la lateral izquierda)*. ¡Gracias a Dios que aparece una! ¡Belisaria! *(Llamándola)*.

Belisaria se detiene y atiende

¿Has visto a mi papá?

BELISA: Sí...

NONITO: *(Acabando la frase)* Señor.

BELISA: *(Caminando hacia él)* ¿Quién señor?

NONITO: Yo.

BELISA: Muy joven te es Vd.

NONITO: *(Acercándosele mucho)* Tú sí que eres joven y bonita y...

BELISA: ¿Qué quieres Vd. decir?

NONITO: Nada; que me gustas.

BELISA: ¡Me gustas! ¿Para qué?

NONITO: Para nada; para que me abracés *(Queriendo abrazarla)*.

BELISA: *(Empujándolo)* ¡Arre pallá!

NONITO: No seas chúcará; mira que soy hombre capaz de casarme contigo.

BELISA: ¡Ni hombre!

NONITO: ¿Qué, que no soy hombre? ¿No me has visto fumar? Lo vas a ver *(Además de buscar los cigarrillos y saca un paquetito)*.

BELISA: *(Marchándose por la lateral)* No lo vas a ver nada.

NONITO: *(Tras de ella)* Ven mujer, no seas bárbara.

Desaparece Belisaria lateral izquierda y aparece Pedro por el foro derecha; iba a pasar a la izquierda y se detiene al ver a Nonito detrás de Belisaria y oír las últimas palabras. Nonito pasea contrariado en primer término y enciende un cigarrillo. Pausa.

PEDRO: ¡Don Nonito! ¿Puede saberse qué hacía con Belisaria?

NONITO: Nada; jugábamos.

PEDRO: ¿Al escondite o a las cuatro esquinas?

NONITO: A divertimos.

PEDRO: ¿Y con qué música se divertían?

NONITO: ¿Acaso no puede divertirse uno sin música?

PEDRO: *(Con sorna)* ¡Jaja! *(Pausa)*. ¡D. Nonito! Esto es muy *jrave*. *(Levantando la voz y acercándosele)* Non se meta con Belisaria porque si yo me encelo, voy a encalorarme; y si me encaloro non respondo... ¿Entiende?

NONITO: Casi.

PEDRO: ¿Y qué me responde?

NONITO: Nada. *(Transición rápida)*. ¿Quieres un cigarro?

PEDRO: Hay *un pedazo* que tiré el pucho y yo non fumo entre horas.

NONITO: ¿Entonces cuándo fumas?

PEDRO: Cuando tengo apetito... ¡Ah! También me fumo de cuatro *puñetes* al que se meta con Belisaria... ¿entiende?

NONITO: Apenas.

PEDRO: Pues apúntelo para que no se le olvide.

NONITO: *(Aparte y marchándose)* Lo que no se me olvida es

marcharme; cualquier día me quedo con este bárbaro sin haber nadie por aquí (*Vase foro derecha*).

PEDRO: Estos *pebeteros* de *morrondanga* piensan que todo el monte es *orejano* y se ponen a pacer en cualquier parte. (*Vase accionando por el foro izquierdo*).

Aparecen Nicolasa y Amalia por la lateral izquierda primera; Nicolasa viste la misma falda que en el primer acto; al cuello un pañuelo de seda punteado en la espalda y bien estirado delante sobre un gabancito negro; se peina con rodete, raya en medio y el cabello que parte de la frente y las sienes está recogido detrás de las orejas.

ESCENA V

Nicolasa, Amalia, Belisaria que se va foro derecha, luego Pedro y el Dr. Gómez.

AMALIA: (*Saliendo con la abuela del brazo*) No faltaba más sino que se estuviese encerrada en su cuarto; tiene que ver la casa.

NICOLASA: No querida; me asustaría. Ya perdí la costumbre de andar por casas tan lujosas.

Pasa Pedro.

AMALIA: ¿Que la perdió? Entonces la ha tenido y eso no se olvida.

NICOLASA: Sí, se olvida todo, todo. (*Llora*).

AMALIA: ¡Cómo! ¿Esta Vd. llorando? Vamos siéntese y dígame por qué llora; cuénteme lo que le pasa (*La lleva a un sillón*). ¿Qué le falta?

NICOLASA: ¡Todo! (*Transición rápida*). No; nada, no me falta nada. Estoy cerca de mi hijo; estás tú a mi lado y tú me quieres, ¿verdad? ¿Tú no te avergüenzas de tu abuela?

AMALIA: Ni yo ni nadie. ¿Por qué piensa Vd. eso? ¿Porque mamá y Julia no están a su lado? Andan ocupadísimas comprando cosas para mi hermana y para el banquete de esta noche.

NICOLASA: ¿Esta noche hay banquete?

AMALIA: Sí señora. ¿Sabe Vd. lo que es un banquete?

NICOLASA: (*Sonriendo tristemente*). Sí querida. ¿Y por qué es el banquete?

AMALIA: Porque se firma el contrato matrimonial de mi hermana. Se casa con un barón.

NICOLASA: Me lo dijo ayer tu padre.

AMALIA: ¿Sabe Vd. lo que es ser barón?

NICOLASA: (*Sonriendo de nuevo*) Sí; y conde y marqués y duque.

AMALIA: ¡Cuánto sabe Vd!

NICOLASA: Eso lo sabe cualquiera y yo los he visto muy de cerca.

AMALIA: ¿Dónde?

NICOLASA: En mi tierra.

AMALIA: Papá no nos habla nunca de esos personajes.

NICOLASA: No se acuerda... era pequeñito cuando dejaron de ir al pueblo. (*Transición*). Pero hablemos de ti. (*Con acento de broma*) ¿Cómo has permitido que tu hermana vaya antes que tú? En mi tierra es una vergüenza para la hermana mayor que se le adelanten las pequeñas.

AMALIA: ¿Se refiere al casamiento?

NICOLASA: ¡Claro!

AMALIA: A mí no me importa. Pero no crea Vd. que no tengo novio.

NICOLASA: ¿Y también tiene título?

AMALIA: Sí... de médico... No caen muchos de los otros.

NICOLASA: ¿Lo saben tus padres?

AMALIA: Sí señora.

NICOLASA: ¿Entonces por que no te casas?

AMALIA: Hoy me pedirá. (*Transición*). ¿Sabe Vd. cuál es mi novio? Aquel que se acercó a nosotras ayer cuando estábamos abrazadas. ¿Lo recuerda?

NICOLASA: No quiero recordar nada de ayer más que el encuentro con mi hijo.

AMALIA: ¿Ni los besos que le dio su nieta?

NICOLASA: (*Levantándose y abrazándola*) ¡Sí, querida, sí! He dicho una tontería muy grande. Recuerdo tu abrazo y tus besos; tengo tu grito en los oídos; y aunque me fue recorriendo todo el cuerpo y se me enterró en el corazón suena todavía aquí (*Golpeándose suavemente los oídos con ambas manos*). Suena mucho; y retumba en la cabeza (*Toca la cabeza con las manos*) como me retumbaba un nombre que escuchaba en la aldea... pero lo pronunciaban lejos y llegaba muy apagado a mis oídos.

AMALIA: ¿Qué nombre era?

NICOLASA: El que me obligó a embarcarme; el que iba oyendo cada día más cerca cuando venía de viaje; el que me moría por oír y no quería morirme sin oírlo.

AMALIA: ¿Y ya lo ha oído Vd.?

NICOLASA: ¡Trabajo ha costado que lo pronunciasen! Al ver lo que tardaba en salir de labios que parecían mudos, me figuré que todo era mentira; que me habían engañado; que no habíamos llegado a Buenos Aires y que no era mi hijo el que por burla me llamaba madre, o no tenían mi sangre las hijas de mi hijo, cuando su sangre no gritaba para llamarme abuela.

AMALIA: (*Con un grito de reproche cariñoso*) ¡Abuelita!

NICOLASA: ¡Ese, ese era el nombre que llegaba a la aldea! Me parecía escucharlo cuando tocaban las campanas; cuando silbaba el viento; cuando azotaban los cristales la lluvia y el granizo; y si bramaba el mar de noche, asustando a la gente, a mí no me asustaba, porque creía que iba de aquí llevándome caricias de mis nietecitas.

AMALIA: (*Con entusiasmo*) Ahora esta Vd. con nosotros y nos oírás .llamarla siempre y sentirá nuestro cariño, porque la vamos a querer muchísimo... no, la queremos ya... la queremos.

PEDRO: (*Por el foro*) Señorita; esta el Dr. Jómez; preguntó por el señor, y yo díjele que estaba la señorita.

AMALIA: (*Riendo*) Es lo mismo ¿no?

PEDRO: ¡Y *esle* lo mismo! porque me dijo que le *prejuntase* si podía verla.

AMALIA: (*Mirando a la abuelita que se habrá sentado*) Le diremos que pase ¿no Abuelita?

NICOLASA: Lo que tú quieras.

AMALIA: (*A Pedro*) Dile que pase
Vase Pedro.

NICOLASA: Me voy mientras habláis.

AMALIA: ¿Por qué?

NICOLASA: Porque... aunque te parezca mentira que las viejas nos pongamos coloradas, yo siento que me arden los carrillos cuando me veo entre la gente; ya no sé hablar.

AMALIA: Si habla Vd. muy bien; a mí me encanta oírlo.

NICOLASA: Eres muy buena... pero déjame irme; cuando se marche tu novio, vuelves a buscarme.

AMALIA: No; quiero que hable con él.
Aparece Luis por el foro.

Ya esta aquí, no puede Vd. esconderse.

Esto debe oírlo Luis.

ESCENA VI

Dichas y Luis Gómez.

LUIS: ¿Esconderse? *(Adelantándose a darle la mano)*. ¿Por qué quiere privarme de su amable presencia?

NICOLASA: No es mucha privación, privarse de la presencia una aldeana... y vieja.

LUIS: Que es la abuelita de Amalia y ha de serlo mía.

Nicolasa lo mira un momento con cariño.

NICOLASA: *(A Amalia)* Me gusta mucho tu novio; deseo que te cases pronto.

AMALIA: *(Precipitadamente)* Y yo... *(Se avergüenza de lo que iba a decir)*.

Luis espera con ansiedad a que termine la frase.

NICOLASA: Tú ¿que? Acaba. Las muchachas no deben ser descaradas, pero tampoco hipócritas.

AMALIA: *(Escondiendo la cabeza en el hombro de Nicolasa)* Yo también.

Pausa, en que los tres demuestran alegría.

LUIS: *(Transición)*. Amalia, vengo a hablar a tu padre y deseaba hablarte antes a ti, ya que no pude consultarte anoche la forma en que debía abordarle.

NICOLASA: Mi nieta me ha dicho que sus padres saben...

LUIS: Sí, señora, pero no lo saben todo...

AMALIA: ¿Qué es lo que no saben?

LUIS: Yo no dudo de tu cariño, Amalia, pero dudo del criterio de tu madre, en la manera de apreciar las cosas.

AMALIA: Explícate mejor.

LUIS: Voy a explicarme, y tú me contestarás con la lealtad a que tengo derecho.

AMALIA: Acaba, porque me tienes asustada.

NICOLASA: Yo también se lo ruego.

LUIS: *(Pequeña pausa)* Amalia, yo quiero que mi madre viva con nosotros...

AMALIA: *(Interrumpiendo, entre graciosa y enojada)* ¡Anda tonto! ¡Vaya un susto que me has dado! ¿Y era eso lo que no te atrevías a decirme? Pues mira, no has hecho más que adelantarte porque pensaba decir yo, que tu madre no debía estar solita en el Rosario cuando tuvieses casa.

NICOLASA: ¡Ande Vd. *(A Luis)* ande Vd. a ver si encuentra otra más buena que mi nieta!

LUIS: No, no señora, ni quiero buscarla. *(Transición)*. Pero... mi madre no es una mujer fina... *(A Amalia)* ni siquiera educada para tratar contigo; es una infeliz trabajadora que me ha costado la carrera en fuerza de privaciones y trabajo, *Nicolasa escucha con atención y se seca furtivamente las lágrimas.*

es una martir del amor que me tiene; es una pobre genovesa que si no sabe hablar sabe sentir, y te sabrá mirar con la veneración que mira a su Madonna.

AMALIA: ¿Y que más quiero?

LUIS: *(Con arrebatado de alegría)* ¿Aceptas a mi madre?

AMALIA: ¿Quién te ha dado derecho para juzgarme necia y egoísta?

LUIS: ¡Oh! *(Hace señas negativas como queriendo hablar)*.

AMALIA: Así me debes haber juzgado cuando has creído que podía despreciar a la que debo querer mucho... y debiera quererla más que a ti; *(Con cierta coquetería inocente)* si no fuese por ella que te ha dado el ser, ¿hubiera hallado un hombre que me gustase tanto como tú me gustas?

NICOLASA: *(Encantada)* ¿Eh? ¡Vd. con ser Dr. no sabe tanto como ella!

LUIS: ¡Gracias, Amalia, gracias! Oírte decir que querrás a mi madre es el colmo de la felicidad.

NICOLASA: *(Con pausa)* El que quiere a la col quiere a las hojitas de alrededor.

AMALIA: *(Contenta y riendo)* Se me ocurre una cosa graciosísima; si tu madre habla genovés y mi abuela gallego, vamos a tener comedia políglota.

NICOLASA: *(Con fingida seriedad)* Y reñiremos en cuanto tengáis un chiquitín; ella por ser abuela, querrá ser mucho, pero yo seré más porque seré la bisabuela.

LUIS: ¿Y qué diría Vd. *(Con mucho cariño)* si resucitase la abuela de Doña Teresa para disputarle el cariño de Amalia...?

NICOLASA: *(Rápidamente)* Diría... que le tenía más cuenta volverse al cementerio.

AMALIA: *(Haciendo transición y después de retir celebrando la gracia de Nicolasa, a Luis)* Me parece que debes aprovechar el tiempo para hablar con papá ahora que mamá está en la calle.

LUIS: ¿Presumes que al conocer ella la humildad de mi cuna, rechace mis pretensiones?

AMALIA: *(Titubeando)* No pero... mamá es así... anda, anda... papá está en su despacho... ve a verlo.

LUIS: ¿Y si está ocupado?

AMALIA: Voy a mirar por la puerta interior. *(Vase por lateral 2ª izquierda)*.

LUIS: Es un ángel su nieta *(A Nicolasa)*.

NICOLASA: *(Con malicia y pausa)* Tenga mucho cuidado y no le dé la vuelta.

LUIS: ¿Yo?

NICOLASA: Sí, los hombres son capaces de hacer de los ángeles... mujeres.

LUIS: ¿Y las mujeres de los hombres?

NICOLASA: ¡Ángeles!

AMALIA: *(Saliendo)* Dice papá que pases.

LUIS: Voy. *(Transición. A Amalia)* No sabes la sentencia que acaba de decir la *viejita*; es muy ingeniosa.

AMALIA: Tiene más ingenio que nosotros.

LUIS: *(A Amalia)* ¡Es adorable! *(Trasición. A las dos)* Recen Vds. por mí; ¡voy con un miedo!

NICOLASA: Llámeme si se ve apurado.

LUIS: ¡Oh! Sí señora; buscaré su apoyo si me ponen peros. *(Vase por la izquierda)*.

ESCENA VII

Nicolasa, Amalia, luego Casimiro; después Teresa y Julia.

AMALIA: ¿Qué le ha parecido a Vd. mi novio?

NICOLASA: ¡Muy guapo y qué buen hijo! ¿Has visto? Pues siendo tan buen hijo, tiene que ser buen marido y buen padre y buen todo.

AMALIA: ¡Pienso lo mismo!

CASIMIRO: *(Por foro izquierda, ve a Nicolasa y Amalia; baja precipitadamente)*. Por fin puedo tener el gusto de saludarla. *(Dándole la mano)*.

NICOLASA: *(Alargando la mano)* Muchas gracias; el gusto es mío. *(A Amalia)* ¿Quién es este señor?

AMALIA: Mi tío Casimiro; es hermano de mamá.

CASIMIRO: Cuñado de su hijo y pudiera decir hermano, porque nos queremos mucho.

NICOLASA: Entonces también yo le quiero a Vd. desde ahora mismo.

CASIMIRO: Y qué tal, ¿se encuentra bien entre nosotros?

NICOLASA: Como si hubiese venido hace un año.

CASIMIRO: ¿No echa de menos la tranquilidad, del pueblito; y el aire puro; y...?

NICOLASA: *(Interrumpiendo)* Estando al lado de mi hijo y de mis nietas, no hecho nada de menos.

CASIMIRO: ¡Muy bien! *(Mirando el reloj, transición)*. ¿A qué hora vendrán las que fueron a *tiendeear*? Si supiera que almorzabais pronto me quedaba, pero sabe Dios... *(Con malicia)* y sabe Dios también *(A Amalia)* lo que saldrá de la conferencia que tiene tu padre con el Dr. Gómez.

AMALIA: *(Asustada)* ¿Qué piensa Vd. que puede salir? *(A Casimiro)*.

CASIMIRO: ¡Bah! Una boda.

AMALIA: Para dar sustos se pinta Vd. solo.

Teresa y Julia por el foro.

Dichos, Teresa y Julia.

TERESA: *(Entrando)* ¡Qué calor! *(Viendo a Nicolasa)* ¡Cómo! ¿Se ha levantado Vd. ya?

CASIMIRO: Has podido economizar la pregunta. ¿No la ves aquí?

NICOLASA: Tengo costumbre de madrugar aunque sea en invierno.

TERESA: En el campo se madruga mucho y es muy agradable y muy sano... *(Transición)*. ¡Va Vd. a echar de menos sus costumbres y la soledad y el silencio!

NICOLASA: Cuando hay voluntad para acostumbrarse, a todo se acostumbra uno.

CASIMIRO: *(Bajo a Teresa)* ¡Vuelve por otra!

JULIA: Yo voy a quitarme el sombrero.

TERESA: Sí anda, dile a la Vasca que venga a quitarme el mío...
Timbre.
y arréglate... ya sabes que tu prometido nos *ha prometido* venir.

CASIMIRO: ¿A almorzar?

TERESA: Sí. ¿Qué hay con eso?

CASIMIRO: Nada. Que estaba por irme.

JULIA: *(Marchándose)* Qué pesadísimo es Vd. *(Vase)*.

TERESA: *(A Amalia)* ¿Tú padre ha salido?

AMALIA: No mamá, está con el Dr. Gómez.

TERESA: *(Contenta)* ¡Hola! ¿Tendremos petición de mano?

AMALIA: Puede ser.

CASIMIRO: Seguramente la tendremos.

TERESA: *(Bajo a Amalia)* Llévate a la señora a su cuarto.
Amalia oye esto con extrañeza de la cual dará señales.
(A Casimiro) Por fin saludaste a la recién llegada; te saliste con la tuya.

CASIMIRO: Como que vine a eso y soy muy terco.
Teresa se impacienta.

AMALIA: *(Con resolución)* ¿Quiere Vd. venir, abuelita? Voy a enseñarle la casa.

TERESA: *(Con impaciencia)* Pero niña, tiempo tiene de verla; ahora déjala quieta en su cuarto. *(Transición)*. Me tiene preocupada por ella *(Señalando a Nicolasa)* la fiesta de esta noche; el ruido... la música...

AMALIA: No la molesta nada.

NICOLASA: *(Distraída)* No, nada.

AMALIA: *(A Nicolasa)* Venga; vamos a visitar primero las plantas; a ver si son como las de su tierra.

TERESA: *(Interponiéndose)* No seas pesada y déjala descansar.

NICOLASA: *(Levantándose molesta, para seguir a Amalia)* No estoy cansada. Vamos a donde quieras.
Vanse por el foro derecha.

CASIMIRO: ¿Ves? Fuiste por la otra y te la dieron.

Dichos, menos Nicolasa y Amalia, después Francisco, luego Nonito.

TERESA: ¡Déjame en paz! *(Transición)*. ¿Habrás soltado la lengua con la vieja y le habrás contado?...

CASIMIRO: ¿Que tú has cosido forros y yo alcanzado planchas? Todavía no. ¡Estuve lo más decente que puedes imaginarte!

TERESA: ¡Milagro!

CASIMIRO: Si no me has dejado pegar la hebra; parece que te llamaron con pitazos de auxilio para cortar la conversación.

TERESA: Lo celebro.
Aparece en el foro Francisco despidiendo a Luis; este da señales de preocupación. Casimiro y Teresa hablan sin verlos. Francisco los ve, y baja al proscenio.

FRANCISCO: ¡Qué obedientes! habéis vuelto en seguida; almorzaremos temprano.

TERESA: Tenemos que aguardar al barón.

NONITO: *(Entrando)* Gracias a Dios que ya están en casa. Buenos días, tío. *(A Teresa)* A Vd. ya la he saludado en la calle.

TERESA: Sí. *(A Casimiro)* No sé por qué dejas madrugar tanto a este chico.

NONITO: No me hace daño.

TERESA: Es lástima. *(Transición. A Francisco)* ¿Dijiste a tu madre que la vamos a trasladar a la quinta?
Nonito parece distraído pero se hace cargo de la conversación y da muestras de entender bien.

FRANCISCO: *(Contrariado)* No.

TERESA: Pues tienes que decírselo pronto.
Francisco se sienta abatido.

CASIMIRO: *(A Teresa)* Mira que das un disgusto a tu marido y darás otro a esa pobre señora... y otro a mí, aunque el mío te importe poco.

TERESA: Vaya por los que me daís tú y tu hijo.

NONITO: ¿Yo?

TERESA: *(A Francisco)* No parece sino que hay algo de malo en ello;

cuando me he marchado, convenías conmigo en la necesidad de alejar a tu madre porque el barón no debe verla. Bastante siento que la haya visto ayer el doctor Gómez. Habrá ido por ahí diciendo que si es así, que si es.. .

CASIMIRO: El Dr. Gómez no es charlatán.

TERESA: Se conoce que no es hijo tuyo. *(Transición)*. Y a propósito, Francisco, ¿ha venido a pedirte la mano de Amalia?

FRANCISCO: *(Dudando)* Sí.

TERESA: Lo dices como si fuese no. ¿Habéis tenido algo?

FRANCISCO: Nada; me habló de su posición y de... después me pidió a mi hija.

TERESA: ¿Le habrás dicho que sí?

FRANCISCO: Le dije que... lo consultaría contigo.

TERESA: No hacía falta.

NONITO: *(Aparte)*. Entonces cosa hecha. ¿Dónde estará mi prima para felicitarla? *(Mira por todas partes y luego se va por el foro; por el mismo sitio que Nicolasa y Amalia derecha)*.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos menos Nonito, después Amalia, Nicolasa, Julia, Nonito, Pedro, Belisaria, Francisco, Teresa y Casimiro.

FRANCISCO: *(Pausa)*. Teresa, yo pensaba como tú que debíamos alejar a mi madre de aquí; tus razones me convencieron; pero no me resuelvo a decírselo; no tengo valor.

TERESA: Veo la mano de este *(señalando a Casimiro)* detrás de tus vacilaciones.

AMALIA: *(Corriendo por el foro)* ¡Papá, papá!

FRANCISCO: *(Corriendo hacia ella alarmado)* ¿Qué ocurre?

AMALIA: Que la abuelita está llorando y estuvo a punto de desmayarse.

FRANCISCO: *(Alarmado)* ¿Por qué?

AMALIA: Porque dice Nonito que la quieren mandar a la quinta para que no la vea el barón.

Francisco queda cabizbajo.

TERESA: ¡Qué lengua de angelito! El mejor día se la pisa.

CASIMIRO: Con tal que no se la muerda.

AMALIA: ¿Pero es verdad?

Aparece Nicolasa por el foro conducida por Nonito y Pedro, que apenas la toca; detrás Belisaria.

PEDRO: No llore, señora, que me parte el alma.

NONITO: No debe Vd. llorar.

FRANCISCO: *(Viéndolos y corriendo hacia ellos)* ¡Madre! ¡madre! No llore Vd.

TERESA: ¡Pero señora, por Dios! No hay motivo para tanto; la quinta no es un destierro, está muy cerca.

AMALIA: *(Asombrada a la madre)* ¿Entonces es verdad lo que dijo mi primo?

JULIA: *(Saliendo a Amalia)* ¿Qué te pasa, por qué gritabas, Amalia?

AMALIA: ¡Julia, protesta de lo que quieren hacer con la abuelita por causa de tu novio!

TERESA: Cualquiera que te oiga creerá que la vamos a matar.

NICOLASA: *(Se desprende con energía del hijo y adelanta hasta encararse con Teresa)*. ¿Y cree Vd. que solo se mata con puñal y con veneno? Los que matan con penas son mil veces más

criminales que los que matan con armas.

Movimiento de Teresa.

Sí, más criminales y mas cobardes.

Movimiento violento de Teresa.

Sí señora, más cobardes porque matan y saben que no van a presidio; que nos les llamarán asesinos, y los otros tienen el valor de matar y después el valor de cumplir la condena.

FRANCISCO: ¡Madre! No se irá Vd.; no saldrá de de esta casa.

NICOLASA: Saldré y muy pronto, en seguida. *(A Pedro rápidamente)* Llévame tú, llévame a cualquier parte; acuérdate de tu madre y figúrate que soy yo... *(Hablando gallego, en un arranque de sentimiento y de llanto más dulce)*. ¡Lévame, lévame como se eu fose a tua naiciña!

AMALIA: ¡No! con el criado no; ¡conmigo!

Se abrazan.

Con su nietecita. *(Transición)*. ¡Vámonos, vámonos a la quinta!

FRANCISCO: ¡Oh! gracias, hija mía!

AMALIA: *(Rápido volviéndose a Pedro)* Pedro, un coche en seguida. ¡Belisaria! El abrigo y el pañuelo de mi abuelita!

Belisaria entra y sale rápidamente por primera izquierda. Vase Pedro. Amalia entra corriendo en el cuarto de la abuela y sale en seguida con el pañuelo de la cabeza y el mantón, que sacó Nicolasa en el primer acto; precipitadamente pone el pañuelo a la abuela y se lo ata debajo de la barba mientras habla.

AMALIA: Vamos, abuelita, vera Vd. qué bien nos encontramos las dos solas.

TERESA: ¿Pero, te has vuelto loca?

JULIA: Amalia, vas a dar mucho que decir

AMALIA: ¿Porque acompaño a mi abuela, voy a dar que decir? ¡Qué digan lo que les dé la gana!

TERESA: Porque te vas de casa...

AMALIA: *(Interrumpiendo)*. Me voy con la madre de mi padre. *(Arrastra a Nicolasa que se deja llevar)*. Casimiro hace signos de conformidad.

TERESA: *(A Francisco)* Impide este escándalo. *Francisco no se mueve.*

AMALIA: *(Volviéndose)* ¡Escándalo! ¿Pero no ha oído Vd. que me voy con la madre de mi padre?

PEDRO: *(Desde el foro)* Ahí esta el coche y el señor barón.

TERESA: *(Corriendo y cogiendo del brazo a Amalia)* Llévala por allí. *(Señalando foro izquierda)*.

AMALIA: *(Deshaciéndose de ella)* No, por aquí, *(Señalando foro derecha)* que nos vea... y *(Poniéndose el mantón de la abuela)* que nos vea con la indumentaria de mis antepasadas.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Galería de cristales en una quinta elegante; plantas; sofás; sillones y sillas de paja; jardineras con floreros y macetas; mesitas haciendo juego con las sillas. Al foro puerta ancha que comunica con el jardín; laterales abiertas donde se

supone que están las habitaciones. Al levantarse el telón sale Pedro por la lateral derecha con periódicos y cartas que deja sobre una de las mesitas y entra Belisaria por el foro con una canasta de flores recién cortadas.

ESCENA I

Pedro, Belisaria, después Francisco.

PEDRO: (*Viendo entrar a Belisaria*) Parece que andas hoy retrasada con las flores.

BELISA: Me parece que no; la señorita jarrones arregla a las cuatro y la mesa del centro a las seis.

PEDRO: ¡Je! Parece que hoy no los arregla.

BELISA: ¿Por qué?

PEDRO: Porque esta tarde viene el Dr. Jómez; ¡ya era tiempo! tantos días sin verse; non sé cómo tienen *corague* para aguantar; yo no lo tendría.

BELISA: ¿Quién te ha dicho que viene?

PEDRO: Él mismo; fui a llevarle un recado de Doña Nicolasa. Mira si tiene confianza en mí que me lo dio de palabra... y dilo yo de palabra también. *Dígome que le diguese* que lo esperaba hoy y non se me olvidó. Ahora llámame borrico...

BELISA: Y borrico te estás... y malo.

PEDRO: ¡Ay eso non! Borrico llámame ¿pero malo? (*Transición*). ¿Por qué soy malo, vamos a ver?

BELISA: ¿No veo que te andas detrás de la quintera?

PEDRO: Non ando, mujer; non ando... corro... y todo por darle en

cara al marido. El te mira mucho a ti y te habla en esa *lenjua* condenada... como non sé lo que te dice, *cortego* a la mujer para *venjarme*.

BELISA: Y... qué... ¿Te hace caso?

PEDRO: (*Con sorna*) Jé... Non digamos que digamos... pero, tampoco digamos que digamos... También yo le hablo en mi lengua, y como se entiende... nos entendemos... y como nos entendemos... puede que lleguemos a entendernos.

BELISA: Yo también me puedo entender con Garramuñi.

PEDRO: Eso poco a poco; los mozos solteros pueden entenderse con las mujeres, de otros, pero las solteras no pueden entenderse con los maridos de otras... Eso es mucho pecado. ¡Confíesalo, confíesalo y verás lo que te dice el cura! Dirate que vas al infierno de cabeza si le haces caso.

BELISA: Pero te irás a gusto.

PEDRO: Y yo me iré tras de vosotros para *mollerros* las costillas a palos.

BELISA: ¡Ja, ja! ¿A mí? ¡Molían! (*Vase riendo lateral derecha*).

PEDRO: ¡Oye, Belisaria! (*Volviéndose al centro al ver que desaparece. Pequeña pausa*). Es más rabiosa que una gata; le dice uno, palabras dulces y rabuña. (*Haciendo muy marcada la acción de arañar*).

ESCENA II

Pedro, Francisco, luego Teresa.

FRANCISCO: (*Entrando*) ¿Pedro?

PEDRO: ¿Señor?

FRANCISCO: Has ido a Buenos Aires, ¿verdad?

PEDRO: Sí, señor.

FRANCISCO: ¿Te mandó la señorita Amalia?

PEDRO: Non señor,

FRANCISCO: Di la verdad.

PEDRO: Dígola, señor,

FRANCISCO: ¿No llevaste una carta?

PEDRO: Non, señor; llevé un recado.

FRANCISCO: ¿Quién te lo dio?

PEDRO: La señora mayor, Doña Nicolasa.

FRANCISCO: ¿El recado era para el Dr. Gómez?

PEDRO: Para el mismo.

FRANCISCO: Y... ¿Qué recado era?

PEDRO: Que viniese esta tarde; contestome que vendría sin falta y púsose muy contento... ¡Ah! también me mandó la otra señora, Doña Teresa, que fuese a ver si había *llejado* D. Casimiro.

FRANCISCO: ¿Y ha llegado?

PEDRO: Sí señor, y D. Nonito también. Van a venir esta tarde.

FRANCISCO: ¿Dónde esta la señorita Amalia?

PEDRO: Non lo sé, señor; preguntaré a Belisaria.

FRANCISCO: Anda y que le diga que yo la llamo.

PEDRO: (*Hace ademán de irse y vuelve*). ¡Ah! señor aquí tiene la correspondencia (*Vase*).

Francisco revisa las cartas y mira los sobres.

FRANCISCO: De Julia para la madre (*La deja y coje otra*) para la hermana;

(*Coje otra*) de mi yerno para mí.

TERESA: (*Entrando*) ¡Ah! ¿cartas? ¿Son de los barones de Catini? (*Coje la suya*)

FRANCISCO: Son de nuestros hijos.

TERESA: De nuestros hijos, el barón y la baronesa de Catini. Parece que ya no sientes satisfacción por el título de tu hija. (*Transición*) A ver qué dice. (*Se sienta rompe el sobre y lee*). “Querida Mamá; estoy contentísima; mis trajes hacen furor; doy la nota; dicen todos y todas que el casamiento me sienta; que estoy más hermosa... ¡Es una lástima que no vengan por causa de la Abuela; convence a Papá; ella puede quedarse y Amalia hacer lo que le parezca; pero Vds. deben venir a gozar con nuestros triunfos... Mi marido es el hombre de moda; ninguno tiene su distinción ni nadie juega con las arrogancias que juega él.

Francisco se pasea al oír esto.

Hace ocho días que ha pedido a Papá diez mil pesos y todavía no se los ha mandado; dile que se los mande en seguida”.

(*Hablado*) ¡Cómo! ¿Te ha pedido diez mil pesos y no se los has mandado? Te desconozco.

FRANCISCO: Hace un mes que están en Mar del Plata y ya le he girado otros diez mil... No sé hasta qué punto tengo derecho para dar sin tasa al marido de una hija en perjuicio de la otra.

TERESA: La otra está soltera y le tocará su parte cuando le llegue la vez.

FRANCISCO: Si continuamos con tantas prodigalidades puede faltarle.

TERESA: Amalia no es interesada.

FRANCISCO: Por lo mismo debo ser equitativo y justo. Su marido tendrá mañana derecho...

TERESA: *(Interrumpiendo)* ¡Su marido! ¡Todavía no sabemos quién ha de ser!

FRANCISCO: Teresa, es necesario que cedas. Amalia es la prometida del Dr. Gómez; lo ama y no consentirá en casarse con otro. La conozco.

TERESA: Se quedará soltera; no podemos aceptar un yerno que a más de tener por madre una... verdulera, es hijo natural.

FRANCISCO: Teresa... te ruego que tengas calma; que me escuches sin alterarte... Mi madre ha llamado al Dr. Gómez y no sé para qué.

TERESA: *(Enojada)* ¿Que lo ha llamado?

FRANCISCO: Y vendrá esta tarde.

TERESA: No entrará en esta casa.

NICOLASA: *(Dentro)*. ¡Amalia! ¡Amalita!

ESCENA III

Teresa y Francisco callan al ver a Nicolasa aparecer por la lateral derecha. Belisaria y Pedro salen detras y se van foro.

NICOLASA: ¡Ah! No creí que estaríais aquí... todavía es hora de siesta. ¿Ocurre algo?

FRANCISCO: No, madre.

TERESA: Sí señora; ocurre y grave. Francisco me dice que ha llamado Vd. al Dr. Gómez.

NICOLASA: Y lo estoy esperando. ¿Se disgusta Vd. por eso?

TERESA: No quiero que entre en mi casa.

NICOLASA: Que no entre... en la suya; bueno... pero esta es mía, desde

que me la dio Vd. por cárcel, hasta que me embarque para España.

TERESA: Señora, el ser madre de mi marido no le da derecho a mezclarse en cuestiones que pueden alterar la paz de la familia.

FRANCISCO: ¡Teresa, por Dios!

NICOLASA: No te apures, porque yo no me altero; conozco mis derechos y los haré valer.

TERESA: Sus derechos no alcanzan a proteger la rebelión de una hija.

NICOLASA: ¿Y cuál es la ley que da derecho, ni a los padres, a martirizar por orgullo a una hija sin tacha?

TERESA: No se la martiriza; se quiere únicamente evitar su deshonra.

NICOLASA: ¿Donde ve Vd. la deshonra?

TERESA: En casarse con un hombre de clase inferior y de padre desconocido.

NICOLASA: ¿Y qué culpa tiene el hijo de que lo haya engendrado un hombre sin entrañas?

TERESA: No la tendrá... pero el mundo...

NICOLASA: El mundo no es más respetable que Dios y cuando Dios ha dado vida a un ser, se la ha dado por algo.

TERESA: Pues yo no quiero al Dr. Gómez para marido de mi hija.

NICOLASA: ¿Qué defectos le pone? Antes estaba Vd. conforme.

TERESA: Antes no sabía que la madre fuese una... cualquier cosa.

NICOLASA: *(Alterada)* La mujer que se sacrifica por su hijo, no debe ser calificada de cualquier cosa.

FRANCISCO: *(Interviniendo cerca de la madre)* Quiere decir Teresa, que es de muy baja clase.

NICOLASA: No sé si entiendo o no entiendo de clases, pero sí sé que no me cabe en la cabeza que pueda llegar a ser de clase superior un bruto con dinero, y no lo pueda ser una mujer que hace del niño abandonado un hombre de talento.

TERESA: Parece que defendiese Vd. un pleito suyo.

NICOLASA: Mío, sí señora. Yo también he trabajado para dar carrera a mi hijo; yo también he llorado y sufrido mucho, antes de verle hombre.

TERESA: Pero mi marido no es hijo natural.

NICOLASA: Es muy legítimo, a Dios gracias, pero no tuvo padre, porque murió dos meses antes de que él viniese al mundo.

TERESA: El caso no es el mismo.

FRANCISCO: No; no es el mismo, madre.

NICOLASA: Será lo que Vds. quieran; pero mi nieta se casará con quien le dé la gana; por causa de sus padres no ha de ser desgraciada; su Abuela llegó a tiempo para que no lo sea.

TERESA: Tendrá que oír razones.

NICOLASA: No las habrá para su corazón, porque no las hay nunca para el enamorado.

TERESA: Pues yo no quiero esa clase de gente en mi familia.

NICOLASA: ¿Y sabe Vd. a qué clase de gente pertenece el hombre que se ha casado con Julia?

TERESA: Esto es insufrible... (*Muy irritada*) ¡Francisco, explícale a tu madre lo que es nuestro yerno; dile que tiene un título.

NICOLASA: No me hacen falta explicaciones; he conocido algunos y sé que no todos los hombres, merecen la honra de llevarlos.

FRANCISCO: (*Interviniendo*) ¡Madre! Le ruego que... ¡Teresa! Te pido que corten esta discusión.

TERESA: Debo defender a mi hijo político.

NICOLASA: No he pensado atacarlo y solamente digo que si la nobleza del título no se acompaña con la nobleza de los proceder, es mil veces mejor ser *cualquier cosa*... porque los cualquier cosa, ni producen escándalo ni pervierten a nadie.

TERESA: El barón de Catini no es un pervertido...

PEDRO: (*Corriendo por el foro*) Ahí viene el Dr. *Jómez*; y la señorita Amalia non parece.

TERESA: (*Alarmada*) Búsquenla ahora mismo; no quiero que se hablen. Francisco, cumple con tu deber de padre.

NICOLASA: Primero que cumpla con su deber de hijo, obedeciendo. Quiero hablar a solas con el Dr. *Gómez*; para eso lo he mandado a llamar.

FRANCISCO: Está Vd, en su casa, madre, y puede hablar con quien le plazca, pero le suplico que Amalia no hable con él.

NICOLASA: (*Interrumpiendo*) No lo prometo; de la conversación que yo tenga con el Dr. *Gómez* dependerá que se vean o que no se vean.

TERESA: No lo consentiré; voy a buscar a mi hija y veremos quién se atreve...

NICOLASA: (*Interrumpiendo*) Yo, quo me he atrevido con mayores empresas y no conozco el miedo.

TERESA: (*Marchándose lateral izquierda*) ¡Veremos! (*Vase*).

Dichos menos Teresa.

FRANCISCO: Madre, no extreme Vd. las cosas; jamás hemos tenido un disgusto mi mujer y yo.

NICOLASA: Ni lo tendréis por causa mía; no martiricéis a mi nieta y os

dejo tranquilos, volviéndome a mi pueblo.

FRANCISCO: No madre; eso no; yo no quiero que Vd. se marche.

NICOLASA: Si Amalia se casa, quizás me quede... si no, me voy... y me la llevo conmigo.

FRANCISCO: ¿Qué dice Vd.?

NICOLASA: Lo que oyes; ya sabes que para mí no hay obstáculos. Yo nací aldeana por terquedades de mi abuelo, y tú has sido abogado por los tesones de tu madre; con que ya ves si manda fuerza la sangre que corre por mis venas. Vete, vete a tranquilizar a tu mujer.

FRANCISCO: Confío en su prudencia y en su cariño.

NICOLASA: Confía, Sí, confía.

Vase Francisco llevándose las cartas que están sobre la mesa, por la derecha.

ESCENA IV

Nicolasa, Amalia, después Pedro, luego el Dr. Gómez. (Pausa) Nicolasa se sienta preocupada.

AMALIA: *(Por la lateral izquierda)* ¡Abuelita! ¡abuelita!

NICOLASA: *(Muy tranquila)* Sé lo que tienes; has visto venir...

AMALIA: *(Interrumpiendo)* A Luis.

NICOLASA: ¿Y te has asustado?

AMALIA: No señora; pero estoy temblando.

NICOLASA: ¿Temblando, y no de susto? Pues vete un ratito al lado de tu madre; te está buscando.

AMALIA: Le tengo miedo.

NICOLASA: ¿Miedo a tu madre?

AMALIA: A que no me deje hablar con Luis.

NICOLASA: En eso no manda ella; mando yo.

AMALIA: ¡Abuelita! *(Acariciándola suplicante)* Sí, sí ¿verdad? ¿Le hablaré?

NICOLASA: Veremos, veremos. Deja que yo hable antes con él. Ahora vete al lado de mamá.

Amalia no se mueve.

Te lo mando yo.

AMALIA: *(Besándola)* Ya voy. *(Vase lateral izquierda).*

NICOLASA: *(Llamando por el foro)* ¡Pedro! *(Pausa).* ¡Pedro!

PEDRO: *(Saliendo)* ¿Señora?

NICOLASA: ¿No venía el Dr. Gómez?

PEDRO: Sí señora, pero *parolo* ese *bestializo* de Garramuño, para mostrarle un grano que le salió salva sea la parte *(Señala el cuello) salvao* sea el lugar y perdóneme el modo de señalar.

NICOLASA: En cuanto se desocupe, dile que pase.

PEDRO: *(Andando hacia el foro)* Bueno, señora. *(Se para en el foro; mira a la izquierda con curiosidad y se da la vuelta para hablar a Nicolasa desde el foro)* ¡Eh! ¡Anda demonio!

Ahora llega Rufina con el muñeco en brazos para que se lo vea; tiénelo enfermo desde ayer.

NICOLASA: ¿Y cómo no ha dicho nada?

PEDRO: Porque es una gallega muy bruta; se vuelve con el chico; *non* sé que le diría el Dr. ¡Ya viene!

ESCENA V

Nicolasa, Luis, luego Teresa.

- LUIS: ¡Señora!
- NICOLASA: ¿Qué tal? ¿Cómo lo ha pasado?
- LUIS: Muy mal; No hay dolor más agudo que la incertidumbre... la duda...
- NICOLASA: Duda ¿de qué?
- LUIS: Temía que Amalia me despreciase.
- NICOLASA: ¡Qué injusticia!
- LUIS: La revelación de mi nacimiento debe haber sido cruel para ella.
- NICOLASA: ¿Sabe Vd. lo que dijo cuando lo supo?
- LUIS: ¿Qué?
- NICOLASA: “¡Pobre Luis! Cómo habra sufrido, viéndose obligado a delatar a su madre!”.
- LUIS: ¡Qué buena y qué noble! ¡Cuánto le harán sufrir también a ella!
- NICOLASA: Estoy yo aquí para evitarlo.
- LUIS: Mi presencia, ¿no proporcionará a Vd. algún disgusto?
- NICOLASA: Se los tomará mi nuera; yo desde que tengo el cariño de mi nietecita, no los tomo; los doy. ¡Si mi hijo tuviese otro carácter!... ¡No sé a quién se parece! En nuestra familia no hubo ninguno semejante. ¡Amalia! Amalia sí que no desmiente la raza.
- LUIS: El salto atrás, señora; no se parece a su padre... y se parece a su abuela.
- NICOLASA: Más atrás todavía... se parece a sus bisabuelos y a sus

la abuelita

tatarabuelos. *(Transición)*. Al padre se parece en lo buena, porque mi hijo es muy bueno; demasiado bueno. De chiquitín era un santo. Si estaba enfermo no se quejaba; si tenía hambre no pedía de comer, si le daba el sueño no se acostaba hasta que no se lo mandasen... no tenía voluntad... lo mismo que ahora... Ya lo decía yo, sí señor; la mujer que se lo lleve, se lleva un pedazo de bizcocho. Pero... ya no tiene remedio... Vamos a nuestro asunto; siéntese; ¡Ah! ¿Qué tiene el niño de la quintera?

- LUIS: *(Sentándose)* No sé todavía; le mandé que lo acostase para examinarlo al salir.
- NICOLASA: Sí, véalo Vd. y dígame lo que tiene. *(Transición después de pequeña pausa)*. Vamos a ver, Dr. ¿sería Vd. capaz de irse a España si yo me llevase a mi nieta?
- LUIS: ¡Al fin del mundo!... pero mi madre...
- NICOLASA: Su madre con Vd. eso no se pregunta... Tengo mi plan; veremos qué resultado me da. Voy a desafiar a Teresa, diciéndole que su hija se marcha conmigo si no consiente que se case; cuando vea que va de veras, creo que cederá... si no cediese... me la llevo; hay que cumplir las amenazas. Decir una cosa y no hacerla es perder los pleitos que resulten después.
- LUIS: Pero... yo no tengo todavía posición; no puedo afrontar la responsabilidad de privar a Amalia del lujo en que vive para ofrecerle pobreza; creerían que me guía el interés y los propios padres dirían que he cuidado de ocultar mi origen hasta conquistar por entero el corazón de su hija.
- NICOLASA: Ha hecho Vd. muy bien en lo que ha hecho y cualquiera en su caso haría otro tanto; cumplió diciéndolo al pedirla y ya no es ocasión de conservar escrúpulos. Deseo saber si dentro de un año... o de dos... lo más pronto posible, porque soy muy vieja, podrá Vd. ir a casarse a España.

LUIS: Sí señora; trabajaré sin descanso; estudiaré mucho, conquistaré fama,

NICOLASA: Ya nos sobra con eso y puedo desafiar a mi nuera. Va Vd. a ver a su novia y hablar con ella. ¡Amalia, Amalia! ¡Ven!

ESCENA VI

Dichos y Teresa.

TERESA: ¿Deseaba Vd. algo?

NICOLASA: Llamaba a mi nieta.

TERESA: Está ocupada; su padre la necesita.

NICOLASA: Todo lo que haga Vd. será inútil; la voluntad de su hija es firme.

TERESA: También la mía lo es; he dicho que no hablará con el Dr. Gómez, y no hablará.

LUIS: Siendo yo la manzana de la discordia debo retirarme; pero cumple a mi lealtad decir que mi retirada no implica renunciar al amor ni a la mano de Amalia.

TERESA: Tendrá Vd. que renunciar porque no se la concederemos.

LUIS: Comprenda Vd. señora, que es demasiada injusticia la suya; yo soy responsable de mis actos y de ellos daré cuenta como de mi conducta que entrego a la inspección de los hombres honrados, pero no puedo permitir que se me enrostran faltas que no he cometido; ¿soy acaso culpable de haber venido al mundo?

TERESA: No; pero tampoco yo tengo la culpa de que por su nacimiento se vea imposibilitado de ser mi yerno.

LUIS: Mi nacimiento está purificado con los sacrificios de mi madre; lavado con sus lágrimas y santificado con las torturas de su alma.

TERESA: No digo lo contrario; pero no puede emparentar con nosotros.

LUIS: Seguramente habría podido, si después de arrojar en brazos de la caridad el fruto de su falta, tuviese un pabellón dorado para cubrir el fraude.

TERESA: Ha usado usted de malas artes con nosotros; debió decirnos todo desde el primer momento.

LUIS: Yo no he debido decir nada, señora, porque diciéndolo he deshonrado a la que me dio el ser; he debido sacrificarme; he debido ahogar mi amor, ya que el deber me imponía ser leal con la familia de mi prometida... ¡Y todavía me dice Vd. que he debido hablar antes! No he debido hablar nunca, para que no gritase mi conciencia llamándome mal hijo!

NICOLASA: Mal hijo no, mal hijo sería si se avergonzase de su madre.

LUIS: ¡Avergonzarme! Si me parece que no hay otra más noble ni más digna; si yo elevo a mi madre por encima de todas las mujeres, y no la pongo en un altar sagrado, por no herirla a ella misma en sus creencias religiosas.

NICOLASA: ¡Ah!... que oiga esto mi hijo; que lo oiga mi nieta... *(A Teresa)*
¡Óigalo Vd, señora! ¡Francisco! ¡Amalia! ¡Francisco!

ESCENA VII

Nicolás, Amalia, Teresa, Luis, Francisco. Luego Pedro, y enseguida Nonito y Casimiro.

FRANCISCO: ¿Qué pasa?

NICOLASA: Quiero que oigáis al Dr. Gómez.

TERESA: Y yo quiero que salga inmediatamente de esta casa.

FRANCISCO: ¡Teresa, el Dr. Gómez no merece ese insulto!

AMALIA: Mamá, es una crueldad.

NICOLASA: No. No te aflijas; no saldrá de ese modo porque esta casa es mía; (*A Teresa*) ya se lo he dicho antes. Me la dio Vd. por cárcel
Movimiento de Teresa
o por convento, me es igual, y mientras no me embarque he de mandar en ella.

TERESA: Ya sabía yo que esta mujer había de traer disgusto a mi hogar. (*Se sienta*).

FRANCISCO: (*A Teresa*) Piensa que es mi madre y piensa que es anciana.

NICOLASA: No hijo mío, no; te equivocas. No soy anciana mas que por los años. Para defender la felicidad de mi nieta, soy una voluntad que, sí podrán romper, pero que no podrán doblar; y para defender mis derechos de abuela, soy la aldeana robusta, más dura que las montañas de mi tierra.

TERESA: Acabemos. ¿Qué pretende Vd?

NICOLASA: Que se case Amalia con el Dr. Gómez en paz y en gracia de Dios... si no... me la llevaré conmigo a España.

TERESA: Mi hija no se irá.

NICOLASA: Le conviene a Vd. no poner a prueba el corazón de su hija.

TERESA: No admito consejos de quien se declara enemiga de nuestra tranquilidad.

NICOLASA: ¡Yo! ¿Yo enemiga de la tranquilidad de mi hijo? ¿Sabe Vd. lo que dice? ¿Sabe Vd. cómo adoro a mi hijo? ¿Sabe Vd. cómo quería a mi nuera antes de conocerla? ¡No, no sabe Vd. cómo deseaba comérmelos a todos, o que ellos me comiesen a besos y caricias!

AMALIA: ¡No llore, no llore!

FRANCISCO: No llore porque se acaba mi paciencia, y temo que se acabe.

TERESA: Sí; vuélvanse todos contra mí.

Luis, Nicolasa, Amalia, Francisco, Teresa, Nonito, Casimiro, Pedro.

PEDRO: (*En el foro*) D. Casimiro y D. Nonito.

FRANCISCO: ¡Disimulemos, por Dios!

LUIS: Con el permiso de Vds. me retiro.

NICOLASA: Todavía no; tiene que visitar al niño de la quintera; en cuanto saludemos a D. Casimiro, iremos a verlo.

ESCENA VIII

Dichos, Nonito y Casimiro.

NONITO: Buenas tardes, ¿cómo están? ¡Tío, tía! ¡Prima, Viejita, Doctor!

CASIMIRO: Qué felicidad encontrarlos reunidos. (*Da la mano con cariño a Nicolasa y Amalia; abraza a Teresa y Francisco*). ¡Y el Dr. Gómez! (*Le da la mano*). ¡Parece que se arregló eso, eh! Tenía que suceder.

TERESA: ¿Y mis hijos, cómo quedan? (*Pasa a derecha de Francisco*).

NONITO: Espléndidos; Julia encantadora, lo dice todo el mundo y el marido... jugando. ¡Cómo juega! ¡Julia también juega! y juegan las de Pérez y las de Montálvez.

TERESA: Es muy elegante jugar.

NONITO: Julia perdió la otra noche dos mil pesos.

FRANCISCO: ¿Qué?

NICOLASA: ¡Jesús!

NONITO: ¡¡Pero el barón!! pierde miles de pesos con una tranquilidad... La otra noche decía un señor; “Cómo se conoce que tira con cartuchos de un suegro papanatas”.

TERESA: Sigues tan hablador y tan embustero.

CASIMIRO: Lo primero lo concedo; en cuanto a lo segundo no ha lugar, por ahora. Tu yerno llena cuantas aspiraciones pudo tener tu aristocrática persona. No se habla más que del barón de Catini; no hay como caer bien en una colonia veraniega; se llega a la celebridad. ¿Por qué no vas a Mar del Plata? Ayer encontré al matrimonio; y al preguntarles sí querían algo para Vds. me dieron dos encargos.

NONITO: A mí también me los dieron. (*A Teresa*).

CASIMIRO: El de animarte para que vayas y a ti que gires hoy mismo por telégrafo, veinte mil pesos. El primero me lo dio Julia; el segundo el marido.

TERESA: La carta de mi hija dice que han pedido diez mil pesos hace ocho días.

CASIMIRO: Eso fue hace ocho días. Pero estas noches ha reinado temporal y se llevó de encuentro las coloraditas; hay que doblar la suma.

FRANCISCO: No la doblaré; irán los diez mil pesos, acompañados del correspondiente ultimatum. Que se vengan, si quieren. (*Se sienta*).

TERESA: Sería una vergüenza.
Amalia y Nicolasa hablan comentando. Nonito habla con el Dr. Gómez; este oye y calla.

FRANCISCO: Mayor vergüenza sería que nos arruinasen.

TERESA: Yo no creo lo que dicen estos.

CASIMIRO: No creas tampoco en los *pechazos* de tu yerno... por mí... Con que, Amalita, ya estarás contenta. La presencia del Dr. Gómez en esta casa demuestra que todo está arreglado.

NICOLASA: Todavía no; pero... se arreglará, si Dios quiere.

TERESA: Nunca como Vd. desea.

FRANCISCO: ¿Volvemos a comenzar?

CASIMIRO: Quiere decir que hemos tenido disgustillos.

AMALIA: Sí tío, hemos tenido muchas cosas; mamá se opone cada día con más fuerza.

TERESA: Me opongo...

CASIMIRO: Porque te hace falta un marqués para que haga pareja con el otro yerno.

AMALIA: Marquesa sería mi abuelita si quisiera.

NICOLASA: ¡Chist! ¡Habladora! Lo que cuenta la abuela en secreto no se repite; yo no soy más que una aldeana... barnizada de señora.

AMALIA: No; Vd. es biznieta de un marqués y nieta de un magistrado...

NICOLASA: Pero hija de un labrador, y viuda de otro. Cuando los

títulos no se pueden usar con todo lo que requieren, se deben mandar a la trastera.

- TERESA: Si tiene Vd. derechos no sé por qué se ha de renunciar a ellos. Su hijo...
- NICOLASA: Mi hijo tendría que gastar mucho dinero en recuperar esos títulos y vale más que lo gaste en obras de misericordia.
- CASIMIRO: ¡La hemos hecho buena! Ahora que ves un título propio en perspectiva menos consentirás que se case un médico plebeyo con tu hija.
- TERESA: Ya no se trata de plebeyos, hay razones más poderosas...
- CASIMIRO: ¿Eh?
- LUIS: Sí señor, hay razones.
- FRANCISCO: Doctor, no tiene Vd. obligación de dar explicaciones que han de serle penosas.
- LUIS: Sería inútil callar; la señora (*Señalando a Teresa*) no tiene por qué guardarme consideraciones. Soy hijo natural, D. Casimiro, y su señora hermana establece un cordón sanitario para que yo no traiga contagios a su casa.
- CASIMIRO: ¡Ah! (*Pensativo y con pausa*) ¿y por eso rechazas al hombre inteligente, y honrado?
- TERESA: ¿Te parece poco?
- CASIMIRO: No es mucho (*Vacila durante una pequeña pausa. Dirigiéndose a Nicolasa*) ¿Qué opina Vd. sobre eso, Doña Nicolasa?
- NICOLASA: Que no hay razón para castigar a un hombre por culpas que no ha cometido.
- CASIMIRO: (*A Francisco*) ¿Y tú?

- FRANCISCO: Yo... respeto los escrúpulos de Teresa, pero el Dr. Gómez merece mis simpatías.
- CASIMIRO: (*A Amalia*) ¿Y tú, que eres la interesada directa?
- AMALIA: Repito lo que decía ayer mi abuelita. ¡La madre de Luis ha sido una heroína y como a una heroína debemos admirarla!
- LUIS: (*Apretando las manos de Nicolasa*) ¡Gracias ¡Gracias!
- AMALIA: Y entiendan que esto lo dice mi abuela, biznieta de un marqués, nieta de un magistrado.
- NICOLASA: (*Interrumpiendo*) Hija de un labrador.
- AMALIA: (*Rápidamente*) Y madre de un abogado distinguido...
- NICOLASA: Y abuela de un ángel como tú, que vales más que todos los marqueses y todos los magistrados juntos. (*Se besan*).
- CASIMIRO: (*Preocupado*) Con que (*A Teresa*) ¿porque no tiene padre legítimo rechazas un yerno tan cabal, tan completo?
Teresa hace un signo afirmativo.
- ¿Y si no fuese por eso, acabarían los disgustos y las oposiciones?
- TERESA: (*Con displicencia*) Puede que acabasen.
Casimiro, vuelve a dudar; pasea; y por fin se sienta; apoya un codo en la mesa y la frente en la mano; todos se muestran sorprendidos de su actitud. Pausa.
- PEDRO: (*Entrando por el foro*) Un telegrama para el señor. (*Lo entrega y se va*).
- FRANCISCO: (*Abre el telegrama, lo lee y lo guarda. Teresa interroga con la actitud*). Es de tu yerno,
- TERESA: (*Con alguna ansiedad*) ¿Qué dice? (*Sentándose a su lado*).
- FRANCISCO: Que le gire hoy mismo veinte mil pesos, si quiero evitar consecuencias desagradables.

TERESA: ¡Por Dios, mándaselos!

FRANCISCO: He dicho que le mandaré diez mil y que son los últimos.

TERESA: ¿Desde cuándo eres terco?

FRANCISCO: Desde que he comprendido que por no serlo, resulto un bicho raro entre vosotros.

Nicolasa y Amalia sonríen y hablan bajo; Luis se acerca a Casimiro como preguntando qué le pasa.

LUIS: ¿Se ha puesto Vd. malo?

AMALIA: ¡Tío! ¿Que tiene Vd.?

NONITO: *(Corriendo hacia él)* ¡Papá!

Todos le rodean.

CASIMIRO: *(Levantándose de repente)* Amalia, Nonito, salgan un momento; necesito hablar con mi hermana y no deben los muchachos oír lo que tengo que decirle.

Amalia y Nonito se van mustios por el foro.

LUIS: También yo me retiro.

CASIMIRO: No; Vd. debe oír; Vd. es hombre y es de la familia, porque se casará con mi sobrina.

TERESA: Ya sabía yo que tú también me habías de combatir por no perder la costumbre.

CASIMIRO: Y te venceré.

TERESA: O no.

CASIMIRO: Lo veremos. Dices que solo por su condición de hijo natural no puede el Dr. Gómez casarse con tu hija.

Teresa asiente con la cabeza.

Pues cuando nuestros padres se casaron ya estábamos tú y yo en el mundo.

TERESA: *(Violenta)* ¡Mentira! *(Se .sienta)*.

CASIMIRO: ¿Me crees capaz de calumniar a mi madre?

TERESA: La deshonras.

CASIMIRO: Descubro un secreto para que no escupas al cielo y por la felicidad de tu hija.

TERESA: No creo nada.

CASIMIRO: Sacaré la partida matrimonial de nuestros padres en la cual consta que vivíamos cuando se casaron.

TERESA: Y aunque fuese verdad, nuestros padres se casaron al fin, mientras el del señor *(Señalando a Luis)* ni siquiera sabemos quién es.

LUIS: Lo sé yo.

NICOLASA: Algún hombre que pasa por distinguido, por honorable... Los *cualquier cosa*, como dice Vd. dan menos expósitos a la sociedad y hacen menos mujeres desgraciadas.

LUIS: ¡Verdad, señora! Mi padre es jefe de una familia que se llama aristocrática.

NICOLASA: *(A Teresa, acercándosele mucho)* Si su padre, en vez de ser un hombre bueno, hubiese sido un infame como el del Dr. Gómez, ¿que sería Vd. hoy?

CASIMIRO: Seríamos unos; *cualquier cosa*, porque nuestra madre no tenía condiciones para encaminarnos.

NICOLASA: *(Con mucha dulzura a Teresa)* No dude Vd. ya; pronuncie una palabra y haga la felicidad de su hija; se lo ruega su propia madre desde el cielo.

FRANCISCO: *(Con resolución)* Yo digo que sí. Dr. señale Vd. la fecha cuando se le antoje.

LUIS: ¡Gracias! ¡Gracias! *(Corre por el foro)*.

NICOLASA: Ya sabía yo que venceríamos; la verdad y la nobleza vencen siempre.

LUIS: (*Apareciendo con Amalia y Nonito*) ¡Sí, Amalia, es cierto, es cierto!

Amalia corre a besar a Teresa primero, después a Francisco, y a la Abuelita.

CASIMIRO: Y a mí que traje las gallinas, nada.

AMALIA: (*Abrazándolo*) Sí, sí; también.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y Pedro por el foro corriendo.

PEDRO: Otro *telejrama urgente* recomendado.

Francisco lo toma precipitadamente y lo abre; Teresa se levanta con rapidez y se acerca a Francisco, demostrando ansiedad.

FRANCISCO: (*Alarmado*) Es de Julia.

TERESA: ¿Qué dice? ¡Acaba!

FRANCISCO: (*Leyendo con desaliento y calma*) Vengan a buscarme pronto.

TERESA: ¡Jesús! ¿Se habrá suicidado el barón?

CASIMIRO: Eso sería lo de menos; habrá pegado una paliza a su mujer.

TERESA: ¡Ah! (*Cae desmayada*).

Luis se apresura a socorrerla, Amalia y Francisco también; Casimiro y Nicolasa se acercan al grupo.

LUIS: Un poco de Agua Colonia.

Vase Pedro corriendo lateral izquierda.

AMALIA: ¡Mamá!

FRANCISCO: ¡Teresa!

Luis toma el pulso de Teresa y le toca la frente.

CASIMIRO: No es nada; es un mareo... producido por un título.

Entra Belisaria con un frasco de Agua Colonia y Pedro con un vaso de agua.

Con otro título se cura, ¿no es verdad, abuelita?

NICOLASA: ¡Verdad! Con el de médico que tiene el nuevo yerno.

Luis se vuelve hacia Nicolasa rápidamente y la abraza con cariño. Amalia frota con Agua Colonia la frente de Teresa, y Francisco pretende que beba agua.

TELÓN MUY RÁPIDO

Las d'enfrente

Federico Mertens

> **las d'enfrente**

Estrenada en el teatro Apolo el 18 de octubre de 1909 por la compañía de Pablo Podestá.

PERSONAJES

DOÑA DOROTEA	Jacinta Diana
CELIA	Esther Buschiazzo
ESTHER	Celia Calván
ELENA	María Gámez
DON ESTEBAN	Pablo Podestá
GENARO	Juan Mangiante
RICARDO	Francisco Ducasse
PANADERO	Pedrito Quartucci
SIRVIENTA	Carolina Torterolo

ACTO PRIMERO

*Época actual. Derecha e izquierda del actor.
Patio de la casa de don Esteban. Casa separada de la calle por una verja. A la izquierda, el edificio, humilde pero no ruinoso. A la derecha, parte de un jardincillo. En primer término, izquierda, un pasillo que correrá hacia el fondo de la casa. En la calle, la vereda de enfrente. En la esquina el almacén de don Esteban con un gran letrero: ALMACÉN "GIUSEPPE GARIBALDI" DE ESTEBAN CAPPELLONI.
Don Esteban, que riega unas plantas. En seguida, Doña Dorotea, que sale de la casa desperezándose.*

ESTEBAN: *(Al ver entrar a Dorotea con las manos vacías)* ¿No está el café todavía?

DOROTEA: ¡Ni que fuera máquina, hombre! Recién me levanto.

ESTEBAN: ¿Sus hicas de osté, recién se levantan también?

DOROTEA: Recién se están por levantar...

ESTEBAN: ¡Ma!...

DOROTEA: ¿Ma qué, hombre, ma qué?

ESTEBAN: ¡Dio d'un Dio! Son las ocho ya ¿qué se cree osté?...

DOROTEA: ¿Y de ahí?

ESTEBAN: ¡Sus hicas de osté, van tener que casarse con algún príncipe por lo visto!

DOROTEA: ¿No digo? ¡Ya salió lo de siempre! ¡Demasiado trabajadoras son, hombre, que las de enfrente, teniendo el padre la plata que vos tenés, no te moverían una mano!

ESTEBAN: ¡Demasiado trabajadoras son las pobrecitas! ¡Si todas las trabajadoras son como ellas, estaba fresco el mundos! ¡Eh shí! ¡Demasiado trabajadoras son!... ¡Y cómo no van ser lo que son si la madre las llena de mimos, le hace todo el santo gusto, y cuando el padre las reta, la madre las defiende!...

DOROTEA: Las defiende porque no tenés razón de estarlas amonestando a cada momento por causas insignificantes.

ESTEBAN: ¡Ma qué *monetiando*, hombre! ¡Eso es lo que ellas quisieran: que las *monetiara* a cada momento!

DOROTEA: ¡Ya sé sí, que demasiado poco las *monetiás!* ¡Las pobrecitas se pasan una vida, que ni las hijas de un miserable que fuesen! ¡Las de enfrente, con todo que no tienen la plata nuestra, hacen otra vida, sí!

ESTEBAN: ¡Y dale que te dale con las d'enfrente!... ¡Siempre la misma musiquita!... ¡Cambie el cilindro, haga el favor! Osté, sus hijas, y su hijo el menor, que es un gran trabajador come sus hermanas, siempre están a vueltas con mis riquezas. Vamos a ver in pó: ¿dónde están estas riquezas? ¿Inta l'armacín o inta los cincuenta o sesenta mil pesos que tengo al banco?

DOROTEA: ¿Cincuenta o sesenta? ¡Andá! ¡Andá! ¿Te creés que porque no nos mostrás nada, ni nos participas nada, ignoramos lo que tenemos?

ESTEBAN: ¡En ese caso, lo que tengo yo, diga osté, propiamente yo, no lo que tenemos!

DOROTEA: ¡Eso es! ¡Avisá ahora si te vas a olvidar que te hice las veces de un dependiente, cuando el "Giuseppe Garibaldi" era todavía un boliche!

ESTEBAN: ¡Era su obligación!... El cura lo dijo en la ceremonia... La mujer debe yudar y al marido...

Dichos, Celia y Esther, desperezándose la una, frotándose los ojos la otra.

AMBAS: ¡Buenos días!

ESTEBAN: ¡Buenas tardes digo yo! ¡Ar fin, Dio d'un Dio! Su padre de ostedes ya hace lu menu, menu, tres horas y medias que se ha levantado y las niñas, claro, porque son las niñas, muy calientitas en las camas... ¡Y el café per hacerse! ¡Dio d'un Dio!

DOROTEA: ¿Y no te he dicho que el café lo voy a hacer yo?...

ESTEBAN: ¡Que lo hagan ellas, que son más jóvenes que osté, e son las hijas!... Las hijas grandes deben reemplazar a la madre, que demasiado se sun cansado cambiando pañales cuando pichinas. *(A Celia)* ¡Vaya osté, insiguída! ¿Mi ha oído o non mi ha oído?

CELIA: ¡Yo no voy! ¡Que vaya ella! *(Por Esther)* ¡A ella le toca la cocina esta semana!

ESTHER: ¿A mí? ¡Mírela si es, papá! ¡Yo la hice la semana pasada!

CELIA: ¡En sueños, puede ser, papá!

ESTHER: ¿En sueños? Diga, papá: ¿no se acuerda de aquel risoto que le hizo chuparse los dedos?... Bueno... ¿Cuándo fue?... ¿No fue el sábado pasado?... ¡Diga!... ¡Diga!

ESTEBAN: ¡Me parece que sun sido l'altro sábado, si non'stoy equivocado!

ESTHER: ¡Sí! ¡Claro! ¡Es que a usté un día que se le pase sin comer risoto se le hace un siglo!... Usté que tiene memoria, mamá... ¿no fue el sábado?...

ESTEBAN: ¡Ma fue... cuando fue... e se acabó, últimamente!

ESTHER: Pero ¡si le toca a ella!

ESTEBAN: He dicho que se decan de tuquetiar e de tuquetiar, ¡y a ver ligero el café que ya tengo la barrigas más chifladas que un auxilio!

ESTHER: *(A Celia)* ¡Andá, pues!

CELIA: Oh! ¿Y por qué no vas vos, que a vos te toca?

ESTHER: ¡Pero mírela, papá, todavía quiere negar!

CELIA: ¡Pero si le toca a ella!

ESTHER: ¡Te toca a vos!

CELIA: ¡A vos!

ESTHER: ¡A vos!

Gresca de gritos y manos prontas.

ESTEBAN: *(Tomando una escoba)* ¡A alguna le va a tocar! ¡Dío d'un Dío!

DOROTEA: ¡Bueno, basta! ¡He dicho que lo voy a hacer yo, y lo voy a hacer yo!

Esteban, Celia y Esther.

ESTEBAN: ¡Ahí está! ¡Tanto tuquetiarse e tuquetiarse, ha tenido que ir la madre de las niñas!

CELIA: Y bueno... Y al fin de cuentas, ¿quién tiene la culpa de todo esto?

ESTEBAN: ¡Sicuro que yo!...

CELIA: Sí... si... usté... y nadie más que usté... Demasiado se le ha pedido una sirvienta, pero como si se le hablase a un difunto...

ESTEBAN: ¡Ma qué sirvienta! ¿Es que no tienen brazos ustedes por si acaso?

CELIA: *(Remedando su actitud)* ¿Y es que no tiene bastante plata usté, por si acaso?

ESTEBAN: ¡Ma bastante me costó ganarla envolviendo fideos y despachando güindaditos, per tirarla ahora come quien tira basura al río! ¿Qué se cré osté?

CELIA: Eso no es tirarla ¿sabe? Es para evitarnos ese inmundo trabajo que le deja a una las manos como papel de lija.

ESTHER: Y para no ser menos que las de enfrente que al fin y al cabo no son más que nosotras.

ESTEBAN: ¡Ma! ¿Cosa ha dicho osté? ¿Inmundo trabaco hacer el tallarín, el risoto, la buseca?

CELIA: ¡Sí, sí, inmundo, inmundo! ¡Y luego, que las de enfrente se ríen de nosotras!

ESTHER: ¡Y nos compadecen!

ESTEBAN: (*Haciendo cómicos gestos de asombro fingido*) ¿Se ríen? ¿Las compadecen?

ESTHER: ¡Claro que se ríen!

ESTEBAN: ¡Oh!

CELIA: ¡Claro que nos compadecen!

ESTEBAN: ¡Oh, oh!...

CELIA: Figúrese usted las hijas de un millonario casi, poco menos que de sirvientas y en inferior posición que ellas, ¡que apenas son hijas de un triste empleadito de ferrocarril!

ESTHER: ¡Parece mentira que sea tan tacaño usted! ¡No ve que así las de enfrente nos creen una chusma cualquiera!

ESTEBAN: ¡Ma qué chusma ni qué infrente! Que las d'infrente aquí... que las d'infrente allá... ¿Ma e qué me ne frega a mí con las d'infrente?... ¡Que vivan las d'infrente come se les antoca e ellas. Dío d'un Dío!...

CELIA: ¡Amarrete que es!

ESTEBAN: ¿Merreti yo? ¿Y vamo a ve in po? ¿Per qué soy in merreti yo? ¿Por qué? ¿Por qué motivos? ¿Perque no permito que se me tira la platitas propiamente como si fuese in pucho de a diez?... Y después que si le hago el gusto aunque ahora, mañana tendremos alguna otra novedá... Primero, l'era la sala, porque claro, las d'infrente teñiban la sala... Bueno: toma la salas... Después, l'era il piano, porque claro, las d'infrente teñiban il piano... Bueno: ¡vaya el piano también!... ¿E per qué sirve la salas, e per qué sirve el piano ahora, vamo a ver in po?... La sala, per recibir a Elena, porque no tiene ostedes otra relación, e per recibirla a la sala, después de haberla llevado inta la cocina... ¿E ir piano? ¿Per qué sirve ir piano? ¿Per que toquen los estrilos cun dos dedos de las manos?

ESTHER: ¿Y por qué no nos toma un maestro entonces?

ESTEBAN: ¿Las d'infrentes lo tienen, sicuro?

CELIA: ¡Claro que lo tienen!

ESTEBAN: ¡E pídanse prestao per in momento!

ESTHER: ¡Qué gracioso! ¿Por qué no manda el chiste a *Caras y Caretas*?

ESTEBAN: ¡A *Caras y Caretas* las voy a mandar a ostedes per sesión "Curiosidades"!

ESTHER: Bueno... terminemos... Por ahora no le pedimos más que una sirvienta.

Don Esteban inicia un mutis.

CELIA: ¡Pero papá, por Dios! ¡Sea un poco razonable! Aquí hay mucho que hacer para seis brazos solamente...

ESTEBAN: E pídale a su hermano que las ayude. Per eso anda todo el día como in vagos.

ESTHER: Pero... No sea así... (*Muy mimosa*) ¿Pongo un aviso en *La Prensa*?

ESTEBAN: ¿Per qué hacer?

CELIA: Solicitando una sirvienta...

ESTEBAN: ¡Ma cálese, Dío d'un Dío! ¡No diga tan tremedendas barbaridades!...

ESTHER: ¡Pero, papaíto! Ave María, es una vergüenza que las hijas de don Esteban Cappelloni, propietario de casi toda la manzana... (*Le hace señas a Celia para que colabore en la descarga de mimos y caricias con que se propone rendir al enemigo*). ¡Vamos, diga que sí!

CELIA: ¿Sí? (*Besándolo*).

ESTHER: ¿Sí? (*Peinándolo*).

CELIA: ¿Sí? (*Acariciándolo*).

ESTHER: ¿Sí? (*Cepillándolo con la mano*).

CELIA: ¿Sí, eh, sí? (*Haciéndole arrumacos y trompitas*).

ESTHER: ¿Sí, eh, sí? (*Lo mismo que su hermana*).

ESTEBAN: ¡Ma sí, allí está, sí!... ¡Ma, ina cosa baratita! ¿eh?

ESTHER: ¡Sí, sí! ¡A precio de remate!

Dichos y Panadero (un chico de cinco a diez años, si es posible). Luego Ricardo.

PANADERO: ¡Panadero!

CELIA: (*Después de recibir el pan*) Ahora que está mansito, hablalo de lo otro. (*Vase izquierda*).

Don Esteban, que algo de la nueva solicitud adivina, aunque no ha oído nada, pero visto mucho, se dirige silbando hacia la calle.

Don Esteban y Esther.

ESTHER: ¿Dónde va?

ESTEBAN: Hasta l'armacín...

ESTHER: ¿Y el café?

ESTEBAN: Lo tomaré a la confiterías...

ESTHER: ¡Pero si ya va a estar!... ¡Venga, venga!... Además, tenemos que hablar de otro asuntito...

ESTEBAN: ¡Décame! ¡Décame! ¡Qué suntito ni qué suntito!

ESTHER: No, no... ¡Oiga!... ¿No ha visto que mal mirados están los almaceneros?... ¡Oiga!... ¡Pero oiga!... ¿Por qué no deja, el almacén y se ocupa en otra cosa?... En cereales, por ejemplo... o en... en

compra y venta de terrenos... o de casas... ¡Son siempre trabajos más dignos, más decentes!... ¡Ser hija de un almacenero!... Usté ve, el padre de las de enfrente era almacenero y dejó el negocio...

ESTEBAN: ¡E shi! ¡Mire qué gracia!... ¡Perque se fundió!

ESTHER: Por lo que sea: la cosa es que dejó de ser almacenero. Y a usté no le falta capital que digamos para ocuparse de otra cosa... ¡Sea buenito!...

ESTEBAN: ¡Ma! ¿Per qué no se va in poco a bañar que yo le cuido las ropas?

Sale Ricardo con su tristeza al hombro. Viste con sencillez, pero no deberá aparecer como un holgazán, caracterización en la cual es posible caer. Aparece encendiendo un cigarrillo.

¿Otra vez cigarrillos? ¿Y los que sacó ayer ya se los fumó?

RICARDO: ¡Hombre, no faltaba más que me contara hasta los cigarrillos!

ESTEBAN: Si trabacara no se los cunterría... ¡Venga, trabaca con su padre inta l'armacín; l'armacín es grande; hay mucho que hacer sin tener que despachar al menudeo!... ¡Venga y podrá fumar toscano, si le permite el guarguero!

Aparece. Doña Dorotea.

DOROTEA: ¡Pero qué cargoso es el gringo este! ¿No ves?... ¡Ahora se las agarró con el pobre muchacho!...

RICARDO: ¡Déjelo, madre! Tiene razón. ¡Tome sus cigarrillos! (*Mutis por la izquierda*).

Don Esteban recoge el paquete, sin molestarse por la irrespetuosidad.

DOROTEA: ¡Traiga para acá eso, usurero! (*A Esther*) ¡Tome! ¡Llévele esos cigarrillos a su hermano!

Vase Esther.

Doña Dorotea y Don Esteban.

¡Vos acabarás por hacerle cometer una barbaridad al pobre muchacho!... ¡Tras de que anda enfermo!...

ESTEBAN: ¡Ah! ¿Anda enfermo? ¡Caramba! ¡Cuánto lo siento! ¿E qué tiene el pobrecito?... ¿Raganería?

DOROTEA: ¡Pero, Santo Dios, a todo le llama haraganería este agarrao!...

ESTEBAN: ¡Sarà trabajaduría al'antunce!... ¡E shi!... ¡Trabajaduría!... ¡Per esu que se pasa todo el día de aquí per allá, come in zonzos, prupiamente como in zonzos, sensa trabajar, sensa mirar in diarios, sensa agarrar in libros, e sensa pasiar siquieras, perque hasta esto, mi credo, ¡que le da trabajo!... ¡E sempre col cigarrillo a la boca, e col cigarrillo de a treinta, perque no e ordinario el mozo!... ¡Parece hicos de Vitorrio Emanuele pe lu menu!... ¡Ma!... ¡Lindo hijos los de osté!... (*Medio mutis hacia la calle*).

DOROTEA: ¿Te vas?... ¿Y el café?...

ESTEBAN: ¡Tíralo per no ser menu que las d'infrente!... (*Vase*).

Doña Dorotea, Celia, enseguida Esther, después Ricardo.

CELIA: ¿Qué pasó?

DOROTEA: ¿Qué querés que pase?... ¡Lo de siempre!... ¡Que se le ha puesto que Ricardo no está enfermo, y que de haragán anda así!...

CELIA: Y... para decir la verdad... yo creo que el viejo... tiene un poquito de razón.

DOROTEA: ¿Vos también?... ¡Esperate que tengas que hacerte algún vestido innecesario y te voy a ayudar a sacarle la plata a tu padre...

CELIA: ¿Ya se enojó? ¡Ave María! ¿Que no ve que se lo dije por

chichonearla? ¿Cómo quiere que piense eso si a la legua se ve que está enfermo el pobrecito?

DOROTEA: ¡Venime ahora con caramelos nomás!...

CELIA: (*A Esther que aparece por izquierda*) ¿Y, che? ¿Le dijiste lo del almacén?

ESTHER: ¡Sí, pero... no agarró!

CELIA: ¡Nunca pasaremos de ser unas almaceneras!

DOROTEA: (*A Ricardo que aparece abatido y haciendo gestos de pesadumbre*) ¿Dónde vas, mi chuchó?

RICARDO: A dar una vuelta. ¡No sé qué hacer... Me aburro en todas partes...

DOROTEA: ¡Tenés que comer, mi poroto! De no, te vas a enfermar de endeveras...

RICARDO: ¿Usted también duda que estoy enfermo?

DOROTEA: ¿Yo?

RICARDO: ¿Y no dice que me voy a enfermar de veras, si no como? (*Vase por foro izquierda*).

Elena, por foro derecha, Doña Dorotea, Celia y Esther.

ELENA: ¡Buenos días, muchachas! ¿Cómo estás? ¿Cómo estás? ¿Cómo está, misia Dorotea?

Besos. Saludos de práctica.

DOROTEA: (*Entre dos besos*) Muy bien. ¿Y vos?... ¡Sentate!... ¿Y tu mamá?

ELENA: (*Este personaje hablará muy rápidamente y con cierta presunción*). ¿Mamá? Ahí anda la pobre... un poquitito mejor del asma... Pero ahora le ha agarrado un dolor en una

pierna que no la puede mover... ¡Le faltaba un reuma para colmo!... ¡Sufre tanto la pobre!... Y ella se reconoce que está mal y que está viejita... No hace más que decirme que me case, alegando que ella no va a durar mucho tiempo más...

CELIA: ¿Y te casás pronto?

ELENA: Si fuera por Ruiz me casaría mañana mismo. Pero a mí, no sé por qué, me da miedo...

ESTHER: ¿Miedo?

ELENA: Miedo de... de qué sé yo... de ligarme a ese hombre para toda la vida unas veces, y otras... ¡No, no!... ¡No es que sea malo Ruiz... Es un pan de Dios... Pero... ¡No sé!... Me parece que no lo quiero lo suficiente...

DOROTEA: ¿No querés pasar?

ELENA: No... Voy a darle la lección de piano a la chica del doctor Bermúdez, que ayer sábado, porque llovía, le falté... A la vuelta pasaré un rato... ¿Y Ricardo, que no lo veo?

DOROTEA: Ahí anda... también medio enfermo...

ELENA: ¡Pero si no es enfermedad lo que tiene Ricardo, o mejor dicho, no es enfermedad de peligro: un poco de neurastenia, muy propia de la edad... Yo he conocido muchos muchachos así: retraídos y tristes por naturaleza, y que al llegar a los veinte años sufren una crisis de carácter tal, que ¡zas! ya se creen enfermos de las más graves dolencias... ¡Yo lo curaría, sí!...

ESTHER: Haciéndolo pasear y divertirse...

CELIA: ¡Eso es lo que le dice eternamente mamá!

DOROTEA: Es verdad. ¡Pero si ese chico no tiene ni un amigo! ¡Está tan solo! Pa mí que es eso. El pobrecito no conoce más que su barrio. Yo lo empujo para que salga y se divierta pero como si nada...

ELENA: Porque eso es instintivo en él!... Como les dije... Para mí es un triste y un retraído por idiosincrasia...

DOROTEA: ¿Por qué, che?... ¡Ah, sí!... ¡No tiene mucha gracia el pobre!...

ELENA: No, misia Dorotea, por idiosincrasia... por naturaleza, vamos...

DOROTEA: ¡Ah! ¿De nacimiento? ¡Puede ser! ¿Pero si fuese por eso, es incurable?

ELENA: No, porque se puede ser un retraído y triste sin ser casi un neurasténico declarado. Y esa aparente neurastenia o ese principio de neurastenia por mejor decir depende de que habiendo llegado Ricardo a una edad en que el amor es una necesidad para el alma, claro está, sin desahogo esa virgen almita de niño, sufre ante la imposibilidad de satisfacer esa sed de soñar y fantasear ilusiones que el alma de veinte años siente. Como les decía, yo he conocido otros como él... sin ir más lejos: el hijo de misia Agamenona... Ustedes lo conocieron... ¿Era así, verdad?... Bueno... ¿Y quién lo curó? ¡Vamos a ver! ¿Quién lo curó?... La menor de las de Ramírez...

DOROTEA: ¿La menor de las de Ramírez?

CELIA: ¿Y cómo?

ESTHER: Contá che...

ELENA: Como se cura a todos estos afligidos de veinte años... Enamorándolo, nada más que enamorándolo... Si no era más que ausencia de mimos y caricias, en un temperamento hecho para ellas...

ESTHER: ¡Ausencia de mimos y caricias! ¡Como si le faltaran a Ricardo por parte de mamá por ejemplo!

ELENA: Es que a la edad de Ricardo, ya no se sienten esos mimos y esas caricias, o si se sienten los mimos y las caricias

maternales, la fuerza de la costumbre les quita el aliciente deleitable que ellos y ellas puedan tener...

- DOROTEA: Pero ¡cómo habla esta chica! ¡Si parecés una dotora, hijita!
- ELENA: ¡La mucha lectura, tal vez!... *(Con suma importancia)*.
- DOROTEA: ¿Leés mucho, che?
- CELIA: Jamás he ido a su casa sin encontrarla con un libro en la mano. ¿Qué estás leyendo ahora?
- ELENA: *Dora, Azucena, Dos besos...* Yo leo a la Braemé...
- DOROTEA: *(Mirando hacia la calle, por derecha)* ¡Muchachas! ¡Muchachas! ¡Ahí van las de enfrente! ¡Mirenlás! ¡Qué lujet!...
- ESTHER: ¡Ay! ¡Mirá, che, de traje tailleur la rubia!
- CELIA: ¡Y de liberty cereza la morocha!
- ELENA: ¡Ah! ¿No saben una cosa ustedes? Se casa la rubia de las de enfrente...
- DOROTEA: ¿Qué me decís?
- ELENA: Para marzo.
- CELIA: ¿Tan pronto?
- ELENA: Según se dice...
- DOROTEA: ¿Y quién es el zonzo que se ha dejado enredar?
- ELENA: ¡Un italiano!...
- DOROTEA: ¡No digo! ¡Italiano tenía que ser!
- ESTHER: ¿Con plata el gringo, che?
- ELENA: No... al menos, creo que no...
- DOROTEA: ¡Y así no más ha de ser! ¡Si fuera con plata, no cae allí!
- ELENA: Digo porque trabaja en el mismo ferrocarril que el padre de ella...
- DOROTEA: ¡Ah! ¿Empleado? ¡Phs!...

CELIA: ¿Y vos lo conocés, che?

- ELENA: No... Pero me dicen que es un italiano de jaquet que pasa todos los días de seis a siete por la cuadra...
Suena un reloj lejano.
- ¡Ay! Las nueve ya... ¡Con la charla!... Yo me voy... ¡Hasta luego!...
- Besos y vase.*
- Doña Dorotea, Celia y Esther.*
- DOROTEA: *(Para sí)* ¡Casarse la rubia!
- ESTHER: *(A Celia)* ¡Che! ¿Qué te parece mandarnos hacer un traje tailleur yo y uno de liberty cereza vos?
- CELIA: *(Por el dinero)* ¿Y esto?
- ESTHER: Le hacemos pasar la cuenta al viejo.
- DOROTEA: ¡Pero casarse la rubia! *(Rápido)* ¡Alguna de ustedes tiene que casarse y antes de marzo!
- ESTHER: Sí, con la pared nos vamos a casar si le parece.
- DOROTEA: Con el basurero aunque más no sea; pero alguna de ustedes tiene que casarse... ¡No faltaba más que las de enfrente!... *(Rapidísimo)* ¡Ya hay candidato!... ¡Genaro!...
- CELIA: ¿Genaro? ¿El dependiente del almacén?
- DOROTEA: ¿Y qué? Ustedes saben que Genaro se anda refalando por cualquiera de las dos, y que no hay más que ponerle un poquito de jabón pa que se dé el soberano porrazo. Conque a ver a cuál de las dos le conviene el güifano...
- ESTHER: A mí ya puede irme descartando, ¡porque lo que es Genaro no se anda refalando por mí sino por ella! *(Mutis)*.

Doña Dorotea y Celia.

- CELIA: ¡Genaro! ¡Avisé! Pero ¿está usted en su sano juicio?
- DOROTEA: ¡Al fin y al cabo es un hombre joven, no es mal parecido, y es el alma del negocio de tu padre!...
- CELIA: Sí, pero... es que... así no más... sin quererlo...
- DOROTEA: ¡Qué quererlo ni qué perdiz en escabeche! El cariño viene después. Además hay que demostrarle a las de enfrente que aquí también sabemos pialar italianos. Ella se casa con un italiano, vos te casas con un italiano; el italiano de la rubia usa yaquete, el tuyo también usará yaquete, ¡verás!...
- CELIA: Pero, mamá, por Dios, ¿qué estamos discutiendo y echando cuentas si entre Genaro y yo no hay nada todavía?
- DOROTEA: Pero lo habrá si vos querés. *(Divisándolo a lo lejos)* ¡Mirá! Ahí viene. ¿Estás decidida? ¡Fijate que casarse la rubia y... tan sin gracia! ¡Casarse la rubia, siendo hija de un triste empleadito de ferrocarril!...
- CELIA: ¡No faltaba más! ¡Aquí habrá casorio para marzo también!
- DOROTEA: ¡Así me gusta! Pues... ¡Prepará, cargá, apuntá y hacé fuego sin miedo, que esa liebre se dejará matar con gusto! *(Mutis)*.

Celia y Genaro.

- CELIA: ¿Ya de paseo, Genaro?
- GENARO: Del almacén, señorita.
- CELIA: ¡Ah! Es verdad que los domingos de mañana también se trabaja.
- GENARO: Si... E vine porque, come allá está el patrón, e yo tengo que hacer la cacas que está medio atrasadas...
- CELIA: ¿Y no va a misa?

- GENARO: ¿A qué hacer?
- CELIA: A ver a las muchachas.
- GENARO: Mire, aunque yo no soy católicos, respeto sus ideas... Eso de ir a la iglesia, come a una casa de distracción allí, es burlarse d'illa...
- CELIA: ¡Lo hacen tantos!...
- Pausa. Sale de espalda Esther y asoma la cabeza doña Dorotea, dando a aquella las últimas instrucciones. Desaparece luego doña Dorotea, y Esther cruza hacia el jardín.*

Dichos y Esther.

- ESTHER: *(Al pasar)* ¿Usted por aquí, Genaro?
- GENARO: E shi... Vine a trabacar in rato a las cacas ¿sabe?...
- ESTHER: *(Mirando con malicia a Celia y Genaro)* ¿Nada más? *(Le hace una seña de inteligencia a Celia)*.
- GENARO: *(Cohibido)* Nada más... le curo... me mandó el patrón...
- ESTHER: Está visto que no me quiere usted hacer su confidente...
- GENARO: ¡Ma pero!... Le curo...
- ESTHER: ¡Nada, nada! No le creeré... Y aunque me gusta ese discreto silencio... *(Repite las miraditas maliciosas)*.
- CELIA: ¡Vaya, Esther! Yo también te aseguro que no hay nada entre nosotros...
- ESTHER: ¡Me chupo el dedo!... *(Vase por derecha)*.
- Celia y Genaro.*
- CELIA: Yo no sé por qué, pero Esther siempre me da bromas con usted... *(Suspira)*.

GENARO: E sin razón, porque a la verdad...

CELIA: ¡Sin razón! ¡Ay! ¡Sin razón!

GENARO: ¡Ma pero! ¡Osté lo dice de in modo allí!

CELIA: Es que... Vea, Genaro... Hablemos claro... Yo sé que usted me quiere...

GENARO: ¿Que yo la quiero? ¿Osté la sabe? ¿Osté la sabía?

CELIA: Lo sabía, lo sé, así como usted sabe también que yo... vamos... que yo...

GENARO: ¡Ma pero! ¡Lárguelo de una vez, Celia!

CELIA: En fin... que usted no me es indiferente...

GENARO: ¡Celia! *(Conteniendo su alegría)* Ma pero... o no comprendo... no quiero comprender... ¡no quiero comprender, porque usted tal vez se burla de mí, Celia!

CELIA: ¡Genaro, burlarme yo de usted!

GENARO: Mírame bien, Celia, mírame bien... ¿No ve que yo soy un gringo feo, in gringo ordinario?...

CELIA: *(En un suspiro)* ¡Genaro!

GENARO: “¡Quenaro!” ¡Ma pero, yo me vuelvo loco! ¡Diga otra vez “Quenaro”, así como recién! Pareciba in pacarito, igual que in pacarito que diquese “¡Quenaro!”.

CELIA: Ahora podría decir yo que usted se burla de mí...

GENARO: ¿Yo? ¿Burlarme yo de usted? ¿Yo que la vengo queriendo desde que la conocí? ¡Ma! Celia, yo la respeto a usted, come... come... ¿come qué?... ¡Come si fuese mi pueblo, allí está!...

CELIA: ¡Genaro!

GENARO: ¡Lo curo! ¡Lo curo...! E me ha dado in placer tan grande, tan grande... ¿come qué?... ¡Como si me hubiesen traído a mi

madre desaparecida, come si hubiese sentido in beso de ella, de la muerta inolvidable sobre mis labios!... Ma, pero, yo me entusiasmo, y todavía quién sabe si e verdad lo que me pasa...

CELIA: ¡Genaro! ¿Usted duda de la sinceridad de mis sentimientos? *(Suspira)*.

GENARO: ¡No, no!... Yo me vuelvo loco... No es que dude... Ma, pero... dun Esteban e duña Dorotea ¡quién sabe qué caras muestran!... ¡No, no!... Yo no soy per usted... ¡Soy muy poca cosa, Celia!...

CELIA: ¡Genaro! Si no consintiesen mis padres, yo lo seguiría a usted a donde quiera... Nos iríamos lejos, muy lejos, a disfrutar de nuestras caricias...

GENARO: *(Conteniendo sus actitudes románticas)* ¡Celia!

CELIA: Nos iríamos lejos, muy lejos, al campo, a Italia, al fin del mundo...

GENARO: ¡Celia!

CELIA: Donde no escuchemos más que el rumor de las brisas y el rumor de nuestros besos...

GENARO: ¡Celia!... *(Recapacitando)* ¡Ma pero!... No se entusiasme... Eso debe ser así... Yo no puedo... no quiero sacarla robada... Yo quiero amarla a la vista de todo el mundo, Celia... Yo le hablaré al patrón...

CELIA: Sí, sí... Y pídamelo para casarnos en seguida... antes de marzo... para marzo a más tardar...

GENARO: *(Rascándose la cabeza)* ¡Celia! ¡Mis economías non llegan a tantos per hacer una cosa así, come sobre roedas de ferrocarril!...

CELIA: ¡Genaro!... ¡Yo no pido un palacio!... ¡Contigo, pan y cebolla!

GENARO: *(Tomándole las manos)* ¡Celia!

Doña Dorotea, que, asomándose a cada instante, aguardaba una oportunidad para sorprenderlos en idílica actitud, aparece de improviso

Dichos y Doña Dorotea.

DOROTEA: ¿Qué es eso?... ¿Cómo se atreve usted?...

GENARO: ¡Ma!... ¡Ma!...

DOROTEA: ¡Déjela a su mamá en paz ahora!... *(A Celia)*. Y, vos mi hija, la hija de mis entrañas, ¿afilando de ojito sin decirme nada?

GENARO: Perdónela, doña Dorotea... Yo tengo la culpa... Además recién hace diez minutos que... que... bueno... ¿sabe?... bueno...

DOROTEA: Bueno ¿qué?

GENARO: Bueno que... que... que... Mire: pregúntele a ella... Francamente, yo no sé lo que me pasa a la lengua... Se me impacaba esta palabra que debo decirles, e se me queda a la punta de la pronuncia.

CELIA: Mamá... Genaro y yo... yo y Genaro... yo... él... ¡Yo tampoco puedo, mamá!

DOROTEA: ¡Comprendo! ¡Comprendo!... Que no hace diez minutos que usted y ella... y ella y usted... en fin... Caray que a mí tampoco me sale de la punta de la pronuncia!

GENARO: Ma pero, aunque a ninguno de los tres ne sale, los tres se comprendemos... Bueno, entonces, si usted me permite e si me permite don Esteban, so hicas de usted e yo haremos in matrimonio...

DOROTEA: ¡Ahí le salió! Pues, por mí, Genaro, no hay ninguna oposición. Y por mi esposo, usted sabe lo que lo aprecia mi

esposo... ¡Ya lo veo bailar en una pata cuando le dé la noticia!... Sin embargo, le impongo a usted una condición antes de consentir: que se quite usted ese saco... no me gusta cómo le queda...

GENARO: ¡Ah! ¡Per eso e lo de menos! Me pondré in saco cafecito que tiene in tajo atrás que parece in sobretodo...

DOROTEA: No... ¡Si no me gusta como le queda ningún saco!... Se trata de que use yaquete y siempre...

GENARO: ¡Insiguida! ¡Mire!... Ahí tengo uno que traque de Italia... ¡Ma, pero está nuevito, no se crea!... Vengan, vengan a verlo... *(Yendo)* ¡Ah! ¡E in chaquete que me a costó 30 franco contante e sunsunante!

Vanse por el pasillo que corre a los fondos de la casa. Doña Dorotea, que los sigue, se detiene al ver entrar a Ricardo.

Dorotea y Ricardo.

DOROTEA: ¿No has tomado nada todavía, mi poroto? ¡Pero un poquito de leche, aunque más no sea!

RICARDO: ¡Sht!... *(Pausa)*.

DOROTEA: ¿Sabés lo que estoy pensando, lechón? Que si te fueses al campo... o a Montevideo una temporadita... Yo me encargo de sacarle la plata al viejo...

RICARDO: No, no... no tengo voluntad para nada... nada me distrae, madre... Esta tristeza me quita las energías para todo... los amigos me aburren... las diversiones me fastidian... todo me tedia... El trabajo... tiene razón el viejo... soy un haragán... el trabajo me hastía más que todo... ¡Yo no sé qué tengo! Nunca una sonrisa en mis labios... ¿No será este el camino de la muerte, madre?

DOROTEA: No, hijito, no.

RICARDO: (*Irritado*) ¡Bueno, basta, basta! ¡Ya no tengo ganas de hablar ni de pensar!... ¡basta!... ¡basta! (*Medio mutis hacia la calle*).
Dorothea vase por izquierda.

Ricardo y Elena.

ELENA: (*Que se encuentra, con Ricardo al salir este*) Buenos días, ¿cómo está usted, Ricardo? ¿Y las muchachas?

RICARDO: Adentro. Pase usted, señorita.

ELENA: Me voy a ir en seguida Pero... una pregunta... ¿Por qué me dice señorita?

RICARDO: ¡Vaya!...

ELENA: Creo que nos conocemos desde niños... Le voy a pedir un favor... Nada de galanterías entre nosotros en adelante...

RICARDO: Pero... (*Una sonrisa fugaz*).

ELENA: ¡Ni un pero! Y ahora escúcheme usted una cosa... Siéntese allí... yo aquí... (*Durante el diálogo ella aproxima su silla a la de él, poco a poco*).

RICARDO: Ya estoy sentado... ¿Qué quería usted decirme?...

ELENA: ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Así!... Sin “señorita”... O mejor, sin el “usted”. “¿Qué quería decirme?”, solamente... ¡A ver!...

RICARDO: (*Sonriendo*). ¿Qué quería decirme?

ELENA: ¡Hum! ¡Hum! ¡Muy seco así! A ver, diga: “¿Qué quería decirme, Elena?”.

RICARDO: (*Más sonriente*). Pero...

ELENA: “¿Qué quería decirme, Elena?”.

RICARDO: Bueno. ¿Qué quería decirme, Elena?

ELENA: ¡Así, así!... Aunque mejor quedaría: “¿Qué querés, Elena?”.

RICARDO: (*Sorprendido*) ¡Señorita!...

ELENA: ¿Otra vez?

RICARDO: Me olvidé, Elena, perdone usted.

ELENA: ¡No!... ¡“Perdoná, perdoná”!... ¡A ver! ¡De nuevo!... ¡Es un gusto, un capricho, caramba!... Nada más que cuando estemos solos... ¡A ver!

RICARDO: Pero, ¿a qué viene todo esto?

ELENA: ¿No “te” digo que es un gusto, un capricho?... Vamos pronto: “¿Qué querés, Elena?”.

RICARDO: ¿Qué?... ¿Qué?... Pero...

ELENA: ¡Y dale con los peros!

RICARDO: Bueno... ¿qué querés, Elena?

ELENA: Muy bien... Así... Así... De un tirón ahora... ¡A ver!...

RICARDO: ¿De un tirón? Bueno, dejémonos de bromas: ahora “te” pregunto seriamente lo que querés... ¿Esto es farra o qué es?

ELENA: ¡Pues qué he de querer! ¡Eso!... Que me tutearas, para poderte decir un secreto y con confianza... (*Al oído*).

RICARDO: ¡Usted!...

ELENA: ¿Otra vez? “¡Vos!”. “¡Vos!”. “¡Vos!”. ¡No usted!

RICARDO: ¿Vos? ¿usted? ¿A mí? ¡No! Vos no me querés... usted está jugando... Vos querés divertirme, viéndome reír un momento... ¡No! ¡No!... ¡No es posible!... ¿Usted a mí?

ELENA: ¡Chist! ¡Ahí viene el viejo!

ESTEBAN: (*Entrando*) ¡Dío d'un Dío!

Dichos y Don Esteban.

ELENA: ¡Oh, don Esteban! ¿Cómo está?

Ricardo se pasea sonriendo y frotándose las manos.

ESTEBAN: ¿Cómo le va?

ELENA: Muy bien. ¿Ya usted?

ESTEBAN: Cosí, cosí...

ELENA: ¿Qué le pasa?

ESTEBAN: A mi nada... pero a las d'infrente...

ELENA: ¿Y qué le importa a usted de lo que le pasa a las de enfrente?

ESTEBAN: ¡Ma! ¡Es que cuanto le pasa a las d'infrente e come si me pasase a mí!...

ELENA: ¡No entiendo!

ESTEBAN: ¡Me entiendo mí, sí! Se casa una de las de d'infrente, e ahora seguro que se ne casa ina hija a mí también... No me africo per eso ¿sabe?... Poco me se importaría si se casara con uno de mi gusto... ¡Ma, quién sabe qué mequetrefe de eso que se pasean por la cuadra va elegir!...

Dichos y Genaro, Dorotea, Celia y Esther.

GENARO: *(De jacquet).* ¿Me queda bien?

DOROTEA: ¡Si parece un ministro!

ESTEBAN: *(Radiante de alegría)* ¿E osté el que se casa con mi hijas?

GENARO: ¿Lo sabe osté?...

ESTEBAN: ¿E cuál de las chicas e la que se casa?

DOROTEA: ¡Celia, si vos consentís!

ESTEBAN: *(A Genaro)* ¿Ma e con osté, de endeveras?

GENARO: ¡Se osté non se opone... e cunmigo!

ESTEBAN: ¡Bendita sean esta vez las d'infrente!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Comedor. Dos puertas laterales. Ventana al foro dejando ver la calle, por donde cruzará todo personaje que venga de ella. Al levantarse el telón están: Ricardo, leyendo un diario, y Doña Dorotea planchando. Entran por izquierda Celia y Esther, disputándose bravamente una "batata".

Doña Dorotea, Ricardo, Celia y Esther.

ESTHER: *(Dentro).* ¡Mamá! ¡Mamá!

CELIA: *(Entrando con Esther)* ¡Mamá! ¡Mamá!

DOROTEA: ¿Qué hay tanto barullo?

ESTHER: Nada... ¡que esta quiere quitarme la batata que yo me puse a asar!...

DOROTEA: ¡A ver esa batata aquí! *(A Ricardo)* ¿No querés una batatita, pichón?

RICARDO: Sí... deme... *(Dándosela a Esther)* Tomá.

DOROTEA: *(Arrebatándosela nuevamente)* ¡Traé para acá eso! *(Toma un cuchillo).*

CELIA: ¿Y ahora qué va a hacer?

DOROTEA: A dividirla en tres.

ESTHER: ¿Para?
 DOROTEA: ¡Para repartirla!
 CELIA: ¡Y bueno! Con dividirla en dos: la mitad para Esther y la mitad para mí... Ricardo no quiere...
 DOROTEA: ¿Y yo no tendré dientes, no? (*La divide*). Tomá... tomá... ¿Vos no querés, cuzquito?
 RICARDO: No... (*Vase silbando por izquierda*).

Dorotea, Esther, Celia, mientras mastican.

DOROTEA: Me parece que ahora anda más garifo Ricardo.
 ESTHER: De veras. De un tiempo a esta parte anda más animado.
 CELIA: Desde mi compromiso con Genaro.
 ESTHER: (*Irónica*) El alegrón sin duda.
 DOROTEA: La Virgen de Luján me debe haber escuchado.
 CELIA: ¿Hizo alguna promesa?
 DOROTEA: Le prometí una piedra si me lo curaba.
 ESTHER: ¿Y cumplió la promesa?
 DOROTEA: ¡No se joroba la Virgen, che! Traiga y tome. Cuando me lo *haiga curao*.
 CELIA: Las de enfrente tienen una piedra en Luján. ¿También será por alguna promesa?
 DOROTEA: ¿Las de enfrente tienen che? ¿Qué día *somos* hoy?
 ESTHER: Lunes.
 DOROTEA: El domingo nos vamos a Luján.
 CELIA: ¿Va a comprar la piedra?
 DOROTEA: ¿Y de no? ¡No hay que ser tan desconfiada con la Virgen!

ESTHER: ¿Y la meneguina? ¿Usted sabe lo que vale una piedra?
 DOROTEA: ¡Que valga lo que valga! ¡Supongo que la tacañería de tu padre no llegará a negarme el dinero siendo para una promesa! (*Pausa*). ¿Y Genaro, che, no vino todavía?
 CELIA: No... ¿dónde fue?
 DOROTEA: ¿Dónde fue? Pero, ¡qué novia esta! ¡Cómo se preocupa! ¿Dónde va ir, hombre? ¡A ver los muebles!
 ESTHER: ¡Ja, ja, ja!
 DOROTEA: ¡Oh! ¿y de qué se ríe esta ahora?
 ESTHER: Pero, ¡miren que mandarlo a Genaro, tan luego, por los muebles! ¡Va a comprar unos muebles del tiempo de la pajuela!...
 DOROTEA: Como no los fue a comprar, sino a verlos nada más...

Dichos y Elena.

ELENA: (*Por izquierda*) ¿Se puede? ¿Cómo estás? ¿Cómo te va? ¿Cómo está, misia Dorotea?
 DOROTEA: ¡Bien, hijita! ¿Y vos? No te beso porque tengo toda la boca embatatada. ¡Sentate!
 ELENA: ¿Y a vos, Celia, cómo te va? ¿Cuándo es la cosa?
 CELIA: El mes que viene, si Dios quiere.
 ELENA: La rubia de enfrente se casa también el mes que viene. ¿No has visto en *La Nación*?
 DOROTEA: ¿Salió, che?
 ELENA: Sí... Aquí tengo el suelto... Mire...
 DOROTEA: Leé, che, porque yo tengo las manos sucias.
 ELENA: “Para el mes entrante se ha fijado la boda de la señorita

Marcela Fernández con el señor Cayetano Nicolini. El enlace se efectuará en la iglesia de San Miguel a las cinco de la tarde, pues los novios partirán ese mismo día para Montevideo...”

DOROTEA: ¡Mira!... Che, decí... ¿Tu novio, Ruiz, no es tipógrafo de *La Nación*?

ELENA: Sí.

DOROTEA: ¿Querés hacerme un favor, entonces?

ELENA: Dos.

DOROTEA: Pedile que anuncie el casamiento de Celia con Genaro.

ELENA: ¡Cómo no! ¿Cómo se escribe el apellido de él? ¿Piachentini con cehache?

DOROTEA: Sí, así como se come, digo como se pronuncia... Estaba pensando en el queso piayentin.

CELIA: Pero no, mamá, si es con ce...

DOROTEA: Lo mismo da. Por una letra de más no se va a empachar el apellido. ¡Ah! ¡Que le ponga doctor, che!

ESTHER: Pero... ¿Y los que lo conocen, mamá?

DOROTEA: Dirán que es un error de imprenta. Y los que no, se creerán que es dotor endeveras... Además, es dotor en cañas... Él es el que las fabrica en el almacén... Hoy en día todo el mundo es dotor, bien puede serlo él también... Dotores en dientes... dotores en electricidad... dotores en música... dotores en letras... doctores en bestias... dotores en agricultura... dotores en el demonio a cuatro... Pues que haya también dotores en cañas... ¡Ah! Y no te me olvides de poner también que el mismo día partirán para Montevideo.

CELIA: Mamá, si...

DOROTEA: Todavía no están seguros... Quizás a última hora opten por Mar del Plata... Pero Mar del Plata o Montevideo para el caso es lo mismo. (*Toca un timbre de mano. A la criada que acude*) ¡Llévate esa tabla al cuarto de baño!...

Vase criada con la tabla de planchar.

ESTHER: (*Aparte a Elena*) ¡Ah, che! ¿Y ese valsecito que me ibas a enseñar?

ELENA: Ahora tengo tiempo, si querés.

DOROTEA: (*A Celia, aparte*) Pero ¿es cierto, che, que las de enfrente se hacen llamar “niña” por la sirvienta?

CELIA: (*Como si estuviese pensando en otra cosa*) ¿No le he dicho ya mil veces que sí?

ELENA: Deberías aprender solfeo primero.

ESTHER: Es muy largo, che; prefiero aprender de oído tres o cuatro cositas, así no más. Yo tengo oído. Poquito a poco he sacado *Cuando el amor muere*.

DOROTEA: ¿En qué iglesia decías de casarte vos?

CELIA: En el Socorro.

DOROTEA: ¡Qué socorro ni qué auxilio! ¡En San Miguel ha de ser!

ESTHER: ¿Vamos?

DOROTEA: (*A Esther*) Ya que vas para adentro, llevate esta ropa a mi dormitorio.

ESTHER: ¡Oh, y llame a la sirvienta! ¿Para qué la tenemos entonces? ¡Vamos!

ELENA: La llevo yo, misia Dorotea.

DOROTEA: ¡No faltaba más! (*Con importancia*) Voy a llamar a la criada. *Vanse Elena y Esther.*

DOROTEA: *(Toca el timbre y aparece la criada)* Llévase esa ropa a mi dormitorio.

Vase criada.

Doña Dorotea y Celia.

DOROTEA: ¡Che! ¿Y cómo haremos para que vos también te vayas a Montevideo de luna de miel?

CELIA: ¡Bah! ¡Ni pienso en eso! ¡Lindo papelón voy hacer ahora! ¿Se cree que papá va aflojar?

DOROTEA: ¿Y qué? Supongo que a Genaro no le faltarán quinientos pesos...

Piano dentro, muy suave.

CELIA: ¿Y qué vamos a hacer con quinientos pesos? ¡Y luego que ni eso siquiera! Si ya me estuvo diciendo que había que resignarse, por lo pronto, a dos piezas...

DOROTEA: ¿Qué decís? ¿A dos piezas? ¿A dos piezas vos, cuando la rubia de enfrente va a tener una casa y con sirvienta? ¡Esperate que venga Genaro...!

CELIA: No... Si ya lo paré de punta yo... Pero, por otra parte, ¿qué se cree que es Genaro? ¿Anchorena?

DOROTEA: Pues te le hubieses apuntado a otro entonces.

CELIA: Sí, como tenía a patadas los pretendientes, y sobre todo los pretendientes en condiciones de hacer una cosa así, enseguida, como usted quería, para no ser menos que las de enfrente. ¡Además usted fue la que me lo señaló!

DOROTEA: Porque no había otro más a mano... Y que le pida adelantado unos pesos a tu padre entonces.

CELIA: Sí, ¡con unos pesos va a poner casa, sirvienta y el diablo a cuatro!

DOROTEA: Que le pida aumento. Tu padre lo está robando, che. Genaro es el que hace todo en el almacén, y si lo asusta con írsele, lo hará hasta socio si se ofrece Yo voy a hablarle a él y a Esteban ¡y verás! ¿Cuánto gana ahora?

CELIA: Doscientos pesos.

DOROTEA: ¡Doscientos pesos un gerente como es Genaro, de un negocio enorme como el de tu padre!

Las últimas palabras son oídas por don Esteban que entra por izquierda.

Dichos y Don Esteban.

ESTEBAN: ¿Qué hay con el padre de la chica?

DOROTEA: ¡Qué padre de la chica, hombre, si estamos hablando del padre Agustín! *(A Celia)* ¡Ándate!

Vase Celia, por derecha.

Dorotea y Esteban.

DOROTEA: ¿No sabés una cosa, che? Que Genaro anda descontento con su sueldo.

ESTEBAN: ¡Ma! ¿Quién se lo ha dicho?

DOROTEA: Yo lo oí refunfuñar esta mañana... Le decía a Celia que el negocio ya no era el boliche de hace diez años y que aunque todavía se despachaba al menudeo la venta al por mayor era el campo principal del negocio, y que el encargado de un negocio de esa manitú ganara doscientos pesos nada más era una explotación infame... Además, le decía que con ese dinero no iba a poderle dar más que dos piecitas, y que para vivir en dos piecitas prefería esperar...

ESTEBAN: ¡E que espere!

DOROTEA: Es que la muchacha se está consumiendo.

ESTEBAN: ¡Que toma l'emulsiún de Scoto!

DOROTEA: Sí, vos a todo le encontrás remedio. ¡Veremos si te conformás, cuando Genaro se te vaya del negocio!

ESTEBAN: ¡Ma! ¿Qué se va a ir Quenaro der negocio?

DOROTEA: ¡No! ¡Si te va a estar aguantando por doscientos pesos miserables!

ESTEBAN: ¡Ma qué miserables! Sun deciento pesos moneda nacional... Y después que si es por eso no más, ya me arreglaré con él. ¿Está Quenaro a casas?

DOROTEA: No... pero... ¿Y cuánto le vas a aumentar?

ESTEBAN: Veinticinco... treinta pesos...

DOROTEA: ¿Y te cres que se te va a quedar por esa miseria?

ESTEBAN: ¿Y cuánto pretende el señor Vitorio Emanuele ese?

DOROTEA: Yo no sé... pero le oí decir que... por menos de cuatrocientos...

ESTEBAN: ¡Qué vaya a trabajar a la Caca de Conversión alantunce!

DOROTEA: Sé razonable, Estebita, es el novio de tu hija... el futuro padre de tus futuros nietos... y al fin y al cabo, si le aumentás, todo quedará en casa...

ESTEBAN: ¡Ma! Cuando venga Quenaro, se arreglaremos. Ahora me voy a dormir in rato. *(Vase por derecha).*

Dorotea y Genaro.

GENARO: Bona tardi...

DOROTEA: Buenas. ¿Fue a ver los muebles?

GENARO: E shi.

DOROTEA: ¿Fue adonde le dije?

GENARO: No, porque me dio vergüenza entrar... ¡Demasiado cumpedrada!... ¡No son per mí!... In cambio fui a lo d'in tal Petrowski, inta la calles Corrientes, ¿sabe?

DOROTEA: Pero, si ese es un cambalache, hombre de Dios.

GENARO: ¡No le in cambalaches, doñas Doroteas! E cierto de que vende los muebles de segunda mano, ma pero no los vende tan viecos tampoco. ¡Además, no se me puede pedir in mundo y l'otro a mí!

DOROTEA: ¿Y usted se cree que yo le voy a dar una hija de primera mano para que usted la meta entre muebles de segunda?

GENARO: ¿Y qué quiere que le haga yo? Si le parece esperamo in tiempito más entonce.

DOROTEA: Tampoco es posible eso. *(Conmovida)* La muchacha está loca por usted y temo que si no se casa antes de un mes se me ponga tísica.

GENARO: ¡Ma, però! ¿E verdá esto que me dice, doñas Doroteas? ¿Está loca per mí?

DOROTEA: ¡Rematadamente local!

GENARO: Lo siento, ma però... De otro modo, le imposible; mis ahorritos non llegan a tanto per hacer ina cosa así come per quente incupetudas!

DOROTEA: ¡Perdone que le diga! Pero usted es medio caído del nido. En este mundo vale más el ingenio que el trabajo. Usted sabe que mi marido lo estima mucho, y sobre todo sabe que mi marido lo precisa a usted en el almacén, porque usted es el alma del negocio... Pues si usted le pide adelantado un par de mil pesos...

GENARO: ¡Ma, pero! ¿E come se los pago después?

DOROTEA: ¿No le digo que usted es más zonzó que un tango tocao en flauta? Ni se acuerde de la deuda después. Y si no ¿pa qué va ser el marido de la hija de su patrón?...

GENARO: ¡Ma pero! Cunenido en que yo le pida un par de mil peso y ni me se pase per la cabezas la deuda después... Ma, pero... ¿y ensiguída lo demás?

DOROTEA: ¿Qué de más?

GENARO: Eso de la casa cun cinco piezas e con sirvienta que me pide la mochacha, porque dice que sun rinfrescionao e ¡que ya no la va cun el pan e la cebollas!...

DOROTEA: ¡Ah! ¡Es cierto! Eso corre de mi cuenta. Yo ya le he hablado a mi marido y le he dicho que usted está desconforme con su sueldo.

GENARO: ¡Ma, pero! ¡Non haga suncerías, doñas Dorotea! ¡Usted me va hacer quedar sensa la novias e sensa el conchavo!

DOROTEA: ¿No ve? ¡Si cada vez me convenzo más de que usted se cayó del catre y rodando se fue al sótano! ¡No sea tan batata, hombre! ¡Hay que ser listo en este mundo y hacer bailar el trompo con los dedos si falta piola! Mi marido le va a aumentar a cuatrocientos pesos, si usted lo asusta con írsele del negocio...

GENARO: ¡Ma, pero! ¿no está macaneando? Se es per asustarlo no más lo asustamos in poquito más foerte si le parece...

DOROTEA: ¿Cómo un poquito más fuerte?

GENARO: ¡E shi! En vez de asustarlo con cuatrocientos, lo asustamos con cincocientos...

DOROTEA: ¡Eso! ¡Así me gusta que use lentes de aumento si no ve bien!

GENARO: ¡No! ¡Si no soy tan zunzo come in tango tocado a la

panderetas allí! ¡Cuando yo me pongo una ideas a la cabezas!...

DOROTEA: Bueno, ahora vayase al negocio. Y cuando lo agarre a tiro, métale el disjusto, no más!

GENARO: ¡Perfectamente! ¡Ah! ¿Y lo muebles lo van a ver ustedes también?

DOROTEA: ¿Cuáles? ¿Los que usted ha visto? ¡No, hombre! Nosotras saldremos un día de estos y los compraremos a su nombre en otra parte, porque supongo que en dos o tres días ya se habrá dado mañas para sacarle el empréstito ese a mi marido...

GENARO: ¿Y si no me he dado maña?

DOROTEA: Le pasa la cuenta a mi marido no más, que él, por no hacerle pasar vergüenza al futuro esposo de su hija, la pagará. ¡Pierda cuidado! ¡Vaya, vaya!

Vase Genaro por izquierda. Piano adentro.

¡Si no fuera por las mujeres, que sería de los hombres!

Dorotea y Esteban, derecha.

DOROTEA: ¿Ya dormiste?

ESTEBAN: ¡Ma quién duerme con esa musiquita que hay en la sala! (*Medio mutis por izquierda*).

DOROTEA: ¿Ya te vas? Aguardate que tengo que decirte una cosa.

ESTEBAN: ¿Las d'in frente tienen alguna otra sirvienta?

DOROTEA: ¡No, hombre! ¡Te ha dado fuerte con las de enfrente ahora!

ESTEBAN: A quien le ha dao fuerte es a osté e a so hijas me parece. Si las d'in frente se rasan en tal o cual parte, en tal o cual parte se rasan ostedes también. ¿Y a qué esa invidias vamos a ve in po?

DOROTEA: No es envidia: ¡es amor propio! No faltaba más que siendo

ellas lo mismo, o menos que nosotras, aparenten más.

ESTEBAN: “¡No es envidias!” “¡Es amor propios!” ¡Invidia disfrazada de amor propio eso es!

DOROTEA: Bueno, sea lo que sea, dejemos a las de enfrente en paz ahora. En este momento se trata de otra cosa. ¿Te has fijado en tu hijo vos?

ESTEBAN: ¿Que tiene? ¿Sigue peor de la trabajaduría?

DOROTEA: ¡Pero Estebita, te ruego que no tomes a risa esto! Tu hijo está mejor... ¿Y sabés por qué...? Porque le he hecho una promesa a la Virgen de Luján: una piedra...

ESTEBAN: ¿Y? ¿Con eso?

DOROTEA: Quisiera cumplir...

ESTEBAN: Y cumpla. ¡Quién le dice que no! ¡Llévale cuanta piedras se le antoca!

DOROTEA: Pero es que la piedra a que me refiero... en fin... vale... por lo menos... unos mil quinientos pesos...

ESTEBAN: ¿E qué piedra es esa? ¡Cristo! ¿Es un adoquín de brillantes?

DOROTEA: No, hombre; una piedra de la basílica con el nombre.

ESTEBAN: ¿Ah, sí? ¿Eso también lo tienen las d'enfrente?

DOROTEA: ¡Que van a tener, hombre! ¿No te digo que es una promesa?

ESTEBAN: Bueno, dígame a la Virgen de Lucán, si no puede hacer una rebajita de su menú menú mil y cuatrocientos pesos con noventa y cinco y se no puede, ¡dígame que se pase por mi escritorio ma cuando yo no estoy! ¡Salute! (*Vase*).

Dorotea y Criada.

Dorotea hace sonar el timbre, toma el periódico que ha dejado Elena sobre la mesa y simula leer; decimos simula

porque, en nuestra creencia, Dorotea no sabe leer.

CRIADA: ¿Dónde van estos platos, señora?

Dorotea no contesta, engolfada en la lectura.

Señora... ¿Dónde van estos platos?

DOROTEA: En esta casa todas las sirvientas que se han tenido me han llamado niña.

CRIADA: ¿Niña a usted?

DOROTEA: Niña a mí. Conque ya sabes para otra vez: “niña” si quieres que te conteste, y si no quieres conocer la puerta. Bueno, deja esos platos allí en el aparador y retírate. No quiero a las sirvientas más que lo necesario en el comedor.

Vase la criada. Dorotea, tras un instante, vuelve a hacer sonar el timbre.

CRIADA: ¿Llamaba la niña?

DOROTEA: Sí; alcánzame mis anteojos que están sobre el aparador. ¡Retírate! (*Lee un instante y vuelve a tocar el timbre*).

CRIADA: ¿Niña?

DOROTEA: ¿Qué hacen las chicas?

CRIADA: (*Luego de asomarse por derecha*). Están en la sala, tocando el piano, niña.

DOROTEA: ¡Retírate! (*Timbre*).

CRIADA: ¿Llamó la niña?

DOROTEA: Alcánzame la salivadera.

La criada vacila un instante.

¡He pedido la salivadera!

La criada obedece con irritabilidad utilizando el pie. Vase.

Dorotea y Celia.

Que sale en el momento en que doña Dorotea va a hacer sonar de nuevo el timbre. Enseguida la criada.

DOROTEA: Che, ¿pero es cierto que las de enfrente se hacen llamar niña por las sirvientas?

CELIA: ¿Y si no?

DOROTEA: Pero... ¿Y la vieja también? Porque me pareció que la sirvienta se sonreía...

CELIA: ¡No, hombre! ¿Cómo quiere que le digan niña a la vieja? “¡Señora!”.

DOROTEA: Lo hubieras dicho antes, animal! ¡Qué papelón! (*Hace sonar el timbre furiosamente*).

CRIADA: ¿Llamaba la niña?

DOROTEA: ¡La señora, será!

CRIADA: Pero ¿no me acaba de decir que la llame niña?

DOROTEA: Tú estás mal de oído.

CRIADA: ¡Pero señora!

DOROTEA: ¡Ni una palabra más! En esta casa jamás se le admitieron peros a las criadas.

CRIADA: Es que ser sirvienta no es motivo para...

DOROTEA: ¡Basta he dicho!

CRIADA: ¡Sí, basta! Págueme usted los días.

DOROTEA: ¿Qué dice?

CRIADA: ¡Lo que ha oído! No quiero quedarme un momento más en esta casa donde recién están aprendiendo a tener criadas!

DOROTEA: ¡Muy bien! Diez días a treinta pesos por mes... (*A Celia*). ¡Sacá la cuenta!

CELIA: Pero, ¿qué ha pasado?

DOROTEA: Que saques la cuenta; diez días a treinta pesos por mes...

CELIA: ¡Bueno! ¡Diez pesos, hombre! ¿Tiene tan poco cacúmen para no saber que diez días, a un peso por día, son diez pesos?

DOROTEA: A un peso por día, sí... ¡pero a treinta pesos por mes he dicho yo!

CELIA: ¡Y bueno!

DOROTEA: ¿Son diez? ¡Ahí tiene y feliz viaje!

Vase criada.

Dorotea y Celia.

CELIA: ¿Y ahora?

DOROTEA: ¿Y ahora qué?

CELIA: ¿Quién hace la comida esta noche?

DOROTEA: Vos. ¿O ya te habías acostumbrado al colchón de plumas?

CELIA: ¡No, pero si vamos a estar cambiando de sirvientas como de camisa, por cualquier insignificancia!

DOROTEA: ¡Y no! ¡Si le voy a permitir que me maneje por no cambiar! Sirvientas no faltan. ¡Están así! (*Los dedos juntos*).

CELIA: Estarán así, pero no es esa una razón para despedir a esta sin motivo. Usté le había dicho que la llamara niña y ella obedeció...

DOROTEA: ¡Yo no le había dicho nada!

CELIA: ¡Sí, le había dicho, le había dicho!

DOROTEA: ¡Cállese!

CELIA: ¡Sí, le había dicho, le había dicho!

DOROTEA: ¡Que se calle!

Entre que sí y que no y entre retrocediendo la una por temor y avanzando la otra con autoridad vanse por izquierda.

Elena, por derecha, después Ricardo, por izquierda.

- ELENA: *(Después de registrar un instante el cajón de la mesa).* En el cajón de la mesa no está la *Viuda Alegre*.
- ESTHER: *(Dentro).* ¡Sí, está, fijate bien!
Elena vuelve al cajón. Se oye Cuando el amor muere, suavemente.
- RICARDO: ¡Elena!...
- ELENA: Busco la *Viuda Alegre*... me mandó Esther... no vayas a pensar... .
- RICARDO: Yo no he dicho, ni he preguntado nada, Elena.
- ELENA: ¡Ah! Creí que te habías sorprendido de verme sola y registrando el cajón.
- RICARDO: Me había sorprendido, sí, de verte sola, porque hace días que estoy esperando esta oportunidad, sin resultado, para que me repitas lo que me dijiste aquel domingo. ¡Me hace tanto bien!
- ELENA: ¡Te lo he repetido tantas veces! Terminarás por aburrirme...
- RICARDO: ¿Aburrirme? ¡Cada vez que escucho de tus labios esas santas palabras me siento más alegre, más activo, que sé yo, con más vida!
- ELENA: Es que... ¡Bueno!... ¡Algún día tenía que confesarte la verdad!...
- RICARDO: ¿La verdad?... ¡Elena!... Explícate... ¡No! ¡No!... ¡Elena no hables por favor!
- ELENA: ¡Es preciso! ¡Sépalos usted de una vez!. , .
- RICARDO: ¿Usted?

- ELENA: ¡Esta comedia debe terminar, Ricardo!
- RICARDO: ¡Elena!
- ELENA: ¡Yo tengo novio!
- RICARDO: ¡Tiene usted novio!... Comprendo... Ha fingido usted amarme para...
- ELENA: Para curarlo de aquella tristeza que...
- RICARDO: ¿De modo que para curarme usted de una enfermedad me inoculó otra peor?
- ELENA: Es cierto... Es cierto... pero, perdóneme... No pensé en eso... Tengo novio... He empeñado mi palabra... ¡Esa música me recuerda que he empeñado mi palabra!
- RICARDO: *(Fingiendo resignación)* ¡Ha empeñado usted su palabra! ¡Bien! *(Medio mutis por izquierda).* Cumpla usted.
- ELENA: *(En un rapidísimo momento de reflexión).* ¡No, así no quiero terminar! ¡Yo no quiero su desprecio! ¡No podría soportar su desprecio, Ricardo!... ¡Óigame usted, Ricardo!
- RICARDO: ¡Déjeme! ¡Déjeme! Esa música le recuerda a usted que ha empeñado su palabra. Déjeme...
- ELENA: ¡No; escuche, Ricardo! Bueno... ¡mire!... ¡Al demonio mi novio!... ¡Seguiré mi cura, Ricardo!
- RICARDO: ¡Eso es compasión y su compasión no la quiero! ¡No la preciso! *(Vase).*
- ELENA: ¡Ah, qué hice! ¡Qué locura hendió en mi cabeza esa música! *(Yéndose por izquierda)* ¡Esther! ¡Esther! ¡Por Dios, deja de tocar esa música que me hace mucho daño!

TELÓN

ACTO TERCERO

La sala. Muebles nuevos y suntuosos. Piano. Puertas laterales. Al foro ventana que, como en el acto anterior, deja ver la calle y a los personajes que pasan por ella antes de entrar a escena. Al levantarse el telón, están: Ricardo, echado en un sillón. Tiene el mismo aspecto deprimido del acto primero. Esther, ante el piano, tocando, a su modo, cualquier pieza popular. Celia, a su lado, escuchándola. Entra doña Dorotea por izquierda.

Esther, Celia, Ricardo y Doña Dorotea.

DOROTEA: ¿Un candealcito, mi nene?

RICARDO: ¡Otra vez!

DOROTEA: ¡Pero, por Dios, chingolito! Hay que echar al buche sin ganas; una bolsa llena se queda parada mientras que una vacía se cae, como decía vez pasada misia Agamenona. Te voy a hacer uno poquito de chocolate, ¿querés?

RICARDO: ¡No tengo ganas, madre, no tengo ganas! ¿No le he dicho ya?

CELIA: Diga, señora, ¿y nosotros no somos gente?

DOROTEA: Ustedes están sanas y buenas...

ESTHER: ¡Pero tenemos estómago como él!

DOROTEA: ¡En la cocina hay yerba y azúcar a discreción!

CELIA: ¡Claro! Nosotras no tendremos paladar ¿no? ¡Todos los mimos para su nene, su chingolito y su diablo a cuatro! Pero, ¡no, no y no! Si le hace chocolate a él, ¡hará chocolate para nosotras también! ¡No faltaba más!

DOROTEA: ¡Sí! ¡Chocolate de... tierra van a tomar ustedes!

ESTHER: *(Desafiante)* ¡Cómo no! ¡Hágale a él y verá!

DOROTEA: *(A Ricardo)* De gusto, pichón, dejá que te haga para ver qué me hace esa.

RICARDO: ¡No, madre, no! ¡Pero hágales a ellas!

DOROTEA: Bueno, les haré a ellas, pero si tomás vos también.

RICARDO: ¡Dale! ¡Para mí, no! ¡Pa-ra mí, no! ¡No ten-go ga-nas. ¿No oye? ¡No ten-go ga-nas!

CELIA: *(A Esther)*. ¿Ves? ¿Para que él tomase nos hacía a nosotras también, pero como el niño no tiene ganas, nosotras tampoco hemos de tener!

DOROTEA: ¡Para que vean les voy a hacer a ustedes solas!

ESTHER: ¡Sí! ¡Porque se lo ha pedido el niño! ¡Pues ahora no lo queremos! ¿sabe?

DOROTEA: ¡Bueno!

CELIA: ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Porque no quiera ella no he de querer yo!

DOROTEA: *(A Celia, por Esther, remedando el tono de aquella)*. ¿Y no dijo que “no querían ahora”?

CELIA: *(Remedando el silabeo de doña Dorotea)* ¿Y acaso ella tiene mi estómago? *(Natural)* ¡Qué rica tipa es usted!

DOROTEA: *(Decidiéndose)* ¡Ah, aquí se precisa la paciencia de un santo! ¿Vos no querés, no?

ESTHER: ¡Bueno, ya que va'hacer para ella! . . .

DOROTEA: ¡Ahora un cuerno para usted! ¡O se cré que soy títere suyo!

ESTHER: ¡Un po-qui-to pa-ra mí también! ¡Un po-qui-to pa-ra mí también!...

RICARDO: ¡Hágale a ella también, madre, así termina de una vez este cotorreo!

ESTHER: ¿Te molesta este cotorreo?

RICARDO: ¡Claro que me molesta!

ESTHER: ¡Pues yo conozco un buen remedio para eso: mandarse mudar!

DOROTEA: *(En actitud de pegar)*. ¿Qué has dicho, grandísima canalla?

RICARDO: ¡Ah! ¡Ah! *(Vase por izquierda)*.

DOROTEA: ¡Ahora, ni esto de chocolate!

CELIA: ¿Y por qué?

DOROTEA: Así aprenderá esa desalmada a contestarle mejor al pobre muchacho, que está enfermito.

CELIA: ¡Otra vez! ¿Y acaso he sido yo la que le he contestado? ¡Bueno, me lo haré yo si usted no quiere hacérmelo! Y me emporcaré todo este vestido hecho en lo de Madam Lechón. *(Vase por derecha, repiqueteando los tacones)*.

DOROTEA: ¿Y vos, cuándo vas a ir a lo de Madama Lechón?

ESTHER: *(Acompañándose con el piano, en una vidalita)* Es muy temprano todavía, ¡vidalita!... ¡Es muy tem-praaaa-nooo tooodaaavíiaaa!

Esther y Dorotea. Luego Esteban.

Una pausa. Doña Dorotea mira hacia la calle un instante y luego:

DOROTEA: ¡Che! ¿Qué será lo que están haciendo en la casa de las de enfrente? Andan abriendo la vereda. . .

ESTHER: *(Con música siempre)* Es para la luz eléctrica.

DOROTEA: ¡No digas! ¡También se las van a tirar de luz eléctrica!

Entra don Esteban, por izquierda.

Llegás a tiempo che. ¡Mirá! *(Indica la dirección por la ventana)*.

ESTEBAN: ¿Y qué quieren que mire? ¡Miro ma no miro nada!

DOROTEA: Que las de enfrente están poniendo la luz eléctrica.

ESTEBAN: *(Presagiando)* ¿E qué hay co eso?

DOROTEA: Que es una gran economía la luz eléctrica. Y sobre todo una gran comodidad. No hay que andar prendiendo fósforos...

ESTEBAN: ¡Ma Cristo! Ya sé dónde va osté. ¡Salga de aquí!

DOROTEA: ¡Pero, Estebita, no creo que las de enfrente sean más que nosotras!...

ESTEBAN: ¡Ma, e que estén enfaroladas hasta donde se les antoque a las d'enfrente! ¡Ya estoy hasta no sé dónde co la d'enfrente! ¡He dicho que se quedamo co el gas, e co el gas se quedamo! ¡Esto tiene que terminar, Dío d'un Dío! ¡No le diese in patatús a las d'enfrente!...

ESTHER: *(Con música y en vidalita, entonándola)* ¡Maldición de burro, vidalita, nunca, alcanza al cielo!

ESTEBAN: ¡Ya le voy a dar burro en el cielo a osté si no se callas!... *(A Dorotea)* ¡Ma se acabó la complacencia! ¿Me entiende o no me entiende? Desde hoy para adelante las d'enfrente han morido per ostedes. ¡Eh! alguna vez tenía que ponerme bien los pantalones.

DOROTEA: Pero, Estebita, creo que nunca los has llevado a medio poner... ¡Cualquiera que te oyese diría que sos un indecente!

ESTEBAN: ¡Ma qué indecente, Cristo! ¡Demasiado me comprende lo que le he querido decir! Hasta ahora se me ha manecado come se ha querido... come in chiquilín, come ina muquer. ¡Ma no come un hombre que tiene bien puesto los pantalones! Que quiero esto y l'otros, perque esto e lo otros lo tiene las d'enfrente... E ina cuenta per in gran vestido de gran señora ahora, y ina coenta per in gran sombreros de princhipesas mañanas... ¡e que patatín e que patatún!... ¡Ma se acabó! ¿Mi oyen? ¿Se acabó las

d'enfrente! ¿Están interadas? ¡Desde hoy chau las d'enfrente! ¡Salute! (*Vase por derecha*).

ESTHER: (*Silba, asombrada*) ¡Fíio!

DOROTEA: ¡Bah! ¡Un chaparrón de verano! Dentro de diez minutos es el mismo zongo de antes. No se puede pedir buen tiempo por todo el año. Andá no más a lo de Madama Lechón.

ESTHER: Pero ¿y si se niega a pagar la cuenta después?

DOROTEA: No se negará, y aunque se negara ya están a medio hacer los vestidos y no es posible...

Vase Esther.

Ricardo y Doña Dorotea.

Ricardo sale sin rumbo, y da unos paseos por la escena.

DOROTEA: ¿Un poquito de caldo con una yemita, caramelo?

RICARDO: ¡Por favor! ¡No me moleste más! ¡No quiero nada!

DOROTEA: Pero ¿qué te sucede, caracolito? Un tiempito estuviste bien y ahora.

RICARDO: ¡Sí, sí! ¡Un tiempito estuve bien y ahora estoy peor!... Pero ¡déjeme! ¡déjeme solo! ¡no me fastidie más! ¡me molestan sus mimos!

DOROTEA: ¡Ave María! ¡Soy tu madre! ¿no puedo saber lo que te pasa? Antes estabas triste, pero no rabioso. . .

RICARDO: ¡Sí! ¡Sí! ¡Pero! ¡Déjeme! ¡Déjeme!

DOROTEA: ¡Bueno, nombre, bueno! (*Pausa*). Pero, yo creo que tengo derecho a saber lo que te pasa...

RICARDO: ¡Nada, nada, nada me pasa!

DOROTEA: Pero ¿cómo nada si estás otra vez triste, consumido? Y lo que es peor, no es la tristeza de antes.

RICARDO: ¡Y dale! ¡Antes! ¡Antes me consumía la falta de amor, hoy me consume el amor mismo! ¿Está conforme ahora? Y no me pregunte más, madre, no me pregunte quién es ella... ¡De todos modos nada podrá hacer en favor mío! ¡Ha empeñado su palabra, y que la cumpla!

DOROTEA: Pero... soy tu madre...

RICARDO: ¡Sí! ¡Sí! ¡es mi madre! ¡pero no quiero decirle quién es ella! ¡no quiero decirle! ¡Váyase! ¡déjeme solo! (*Pausa*).

DOROTEA: Tal vez si yo supiese quién es, podría. . .

RICARDO: ¡Ah! ¡Ah! (*Vase fastidiado*).

Dorotea y Celia, que entra al salir Ricardo.

CELIA: ¿Qué pasó?

DOROTEA: ¡Que va a pasar, hombre! ¡Que me lo han encamotado al muchacho! ¡Ah! ¡pero si yo llego a saber quién es ella! Como a las gallinas –¡cric!– le estiro el cogote.

CELIA: ¡Como si no supiera quién es!

DOROTEA: ¡Y como si vos supieses!

CELIA: A ciencia cierta, no sé... pero me lo imagino. ¿No se acuerda de lo que nos dijo Elena aquel domingo por la mañana?

DOROTEA: ¿Qué?

CELIA: Que al hijo de misia Agamenona le pasaba lo que a Ricardo, y que la menor de las Ramírez lo había curado, enamorándolo...

DOROTEA: ¿Ves? Tenes razón, che... Entonces Elena quizá...

CELIA: Elena, sin duda, puso en práctica este tratamiento curativo y a la verdad que le resultó, porque ¿no se acuerda qué alegre y qué garifo anduvo Ricardo hasta estos días?

DOROTEA: ¡Sí, pero ahora!...

CELIA: Es que ahora, como Elena tiene novio, lo habrá plantado, y el pobre muchacho...

DOROTEA: ¡No hay más que así es la cosa, che! ¡Ah! pero Elena se casa con Ricardo o ¡cric!...

Dichos y Elena, por izquierda.

ELENA: Buenas tardes. ¿Cómo estás? (*Besos. Va luego a saludar a doña Dorotea, y ante su indiferencia*) Pero ¡qué le pasa, por Dios! ¡Ni un beso siquiera! ¡Ah! ¡ja, ja, ja! ¡Ya sé lo que tiene, misia Dorotea, ya sé lo que tiene! ¡Pero no se enoje! Estoy dispuesta a llevar mi tratamiento curativo hasta su fin.

DOROTEA: ¡Ah! Me alegro, porque ya me estaba preparando a... ¡cric! como a las gallinas .

ELENA: ¡Misia Dorotea!

CELIA: ¡No tengas miedo! ¡Paradas de aficionado!

DOROTEA: ¡Paradas! Que lo plante a Ricardo y verá quién es esta personita!

ELENA: No podría plantarlo aunque quisiera, misia Dorotea. ¡Por eso le dije antes que estaba dispuesta a llevar el tratamiento hasta su fin!

DOROTEA: ¡Ah! ¿Te entró el bichito del amor a vos también?

ELENA: ¿Quién se salva de esa bendita epidemia, misia Dorotea?

DOROTEA: Bueno. Voy a darle la noticia a Ricardo.

ELENA: ¡No! ¡La sacaré con cajas destempladas!

CELIA: ¡No veo!...

ELENA: Pensará que usted ha intervenido en esta reconciliación y le dirá lo que a mí el otro día: “¡Que mi compasión no la

quiere!”. Mejor que me deje a mí. ¡Ah! ¿Pero ustedes no saben la noticia que les traigo?

CELIA: ¿Qué?

DOROTEA: ¿Buena o mala?

ELENA: Ni buena, ni mala: una noticia no más. ¡Se ha roto el compromiso de la rubia de enfrente!

DOROTEA: ¡No me digas!

ELENA: ¿Sí?

CELIA: ¿Quién te lo dijo?

DOROTEA: Se lo haiga dicho quien se lo haiga dicho... así tenía que ser. ¿Quién se va a casar con la hija de un triste empleadito de ferrocarril? Andá a verlo a Ricardo de una vez, que el pobre anda como baile sin convidaos...

ELENA: Voy, voy. ¿Dónde está?

DOROTEA: Debe estar en el comedor.
Vase Elena por izquierda.

Doña Dorotea y Celia.

Pausa.

DOROTEA: ¿Qué estás pensando, che?

CELIA: ¿Y usted?

DOROTEA: Decime primero qué pensás vos.

CELIA: ¡Pues primero que al gringo ese de Genaro no lo paso ni con caramelos!

DOROTEA: ¿Ves? ¡Eso es lo que pensaba yo también! Es decir, no pensaba justamente eso, pero sí algo parecido; esto es: vos pensabas que no lo pasás ni con caramelos, y yo ¡que no

debes pasarlo ni con torta pascualina! ¡Salí de ahí con el güífano ese, con olor a pulenta! ¡El tano ese está bueno pa marido de alguna conventillera, pero no para vos!... ¡Cuando venga, podés decirle que se vaya a buscar mujer al Hotel de Inmigrantes, si le parece!

CELIA: ¿Y si se me subleva?

DOROTEA: ¿Qué se te va sublevar, si es más zonzo que empanada de vigilia!

Dichos, más Elena.

ELENA: ¡No lo veo a Ricardo! ¿Habrá salido?

DOROTEA: ¿Salió, che?

CELIA: ¿Quién? ¿Ricardo? ¿Quizá!

ELENA: ¿Y Esther, que tampoco la veo?

DOROTEA: Fue a lo de Madama Lechón, a probarse un vestido .

ELENA: ¿Tailleur?

CELIA: Sí.

ELENA: ¿Y el tuyo?

CELIA: De liberty cereza.

DOROTEA: *(Mirando por la ventana)*. ¡Ahí viene Genaro, che! *(A Elena)* Ricardo debe estar por el fondo tal vez, vamos.

Elena sigue a doña Dorotea, guiñando el ojo a Celia.

¡Dale la galleta al gringo!

Celia y Genaro por izquierda.

GENARO: ¡Buena tardi!

CELIA: Buenas.

GENARO: He ido a ver lo muebles que compraron ostedes ayer ¿no sabe? ¡Ma pero! ¡Me parecen in po demasiado legantes per nosotros!...

CELIA: ¡No piense en los muebles, ya Genaro!

GENARO: ¿No piense? ¡Ma però! ¿e vamos a vivir, así, come dos paqueritos, allí? ¡Hay que ser meno romántica, Celia! Todo eso der campo donde no se oiga más que el rumor de la brisas e il barullo de nuestros besos, sun pamplinerrías. Hay que pensar seriamente, marzo se acerca.

CELIA: Déjelo que se acerque... y que pase también.

GENARO: *(Presagiando)* ¡Ma però!

CELIA: Yo he discurrido mucho, Genaro, sobre nuestro asunto, y he visto que lo que yo creía amor, era solo una curiosidad... qué sé yo... Usté ve lo que sufro por no poder quererlo... Comprendo el mal que le he hecho... Pero, perdóneme, Genaro, yo no lo quiero y siento que no podré quererlo nunca... en el sentido de que debe quererse a un esposo...

GENARO: ¡Ma però!...

CELIA: ¿Cree que casándome con usté, así, sin quererlo, sin amarlo cuanto se necesita amar a un hombre para respetarlo siempre, lo haría feliz... por mucho tiempo?

GENARO: ¡Ma Celia, Celia, habla claro! ¡Me está hablando co esa cara de tristeza, come si en verdá sintiese osté no poder quererme! *(Casi gimiendo)* ¡Habla claro! ¡Diga de ina vez que nunca me ha querido, que me ha tomao per divertirse come se agarra a un chiquilín de esos que se pasean per la cuabras! ¡Diga así, porque así es la verdá!

CELIA: No, Genaro... La verdá es que he reflexionado y miro por usté más que por mí... Usté se equivoca al pensar así, se equivoca...

GENARO: ¡Equivoca! ¿E no es tomarlo per divertirse a uno, mentirle amor a uno per casarse co uno y no ser menos que las demás, que las otras, que las d'infrentes?

CELIA: ¡Le juro que!...

GENARO: ¡Curo! ¡Curo! ¡E sí! ¡So gringo, pero no so inorante come ostedes me cren! ¿Se piensa que no comprendí aquel día, aquer domingos, cuando dun Esteban bendicos a las d'infrentes, lo que queriba decir, lo que se había dichos adentro de él, adentro de so cuerpos? Comprendí, sí, comprendí que se me achetaba per imitar a ellas... comprendí, sí, comprendí bien, ma pero me callé la bocas, porque yo la queribas a osté de verdá, y no pensaba que iba a pasar esto que pasas; que iba a romper co il novio la d'infrentes, come me acaban de decir recién, e que —¡claro!— no casándose ellas, el eterno figurín de ostedes, osté tiene tiempo de esperar e de afilar co otros mecor que este cringo ordinario a la vestimentas, ¡ma quién sabe si no es más fino que otros, dentro de l'almas! *(Pausa)*. Yo me callé la bocas aquer día, porque la queribas demasiou a osté, e poco me se importaba que osté no me queriese ne in chiquito así. ¡Mi amor era suficientemente grande, per sustituir al que le fartaba a ese corazón de trapo, que, como de trapo, solo sabe mirar er traque der marido e nada más! *(Enérgico)* Ma però... no importa... ¡mecor quizá!... ¿Está dun Esteban en casa?

CELIA: ¿Qué va'hacer?

GENARO: A pedirle que me arregle la cuentas.

CELIA: ¡Pero, Genaro, no es para tanto! . . .

GENARO: ¡No é pe tanto! ¡No é pe tanto! *(Con ira)* ¡Eh! ¡No puede negar que é del país osté! ¡Come todas tiene el amor aquí! *(Ojos)*. ¡E aquí! *(Frente)*. ¡Ma no aquí! *(Vase izquierda)*.

CELIA: ¡Se non te vedo piú, felice morte! *(Vase)*.

Ricardo y Elena, luego Doña Dorotea y Celia.

Ricardo entra por izquierda. Trae un diario en la mano. Intenta leer, pero resultan inútiles sus esfuerzos por distraer su fastidio; arroja el diario.

ELENA: *(Por la derecha)*. Ricardo, tengo que hablarlo.

RICARDO: *(Sorprendido)* La escucho.

ELENA: No hace mucho por medio de un tratamiento curativo, lo sané a usted de cierta neurastenia que irremisiblemente lo llevaba a consecuencias muy serias.

RICARDO: Es verdad. ¿Y qué quiere usted ahora? ¿Viene usted a reclamarme sus honorarios?

ELENA: ¡En efecto!

RICARDO: ¡Elena, no se burle usted de mí!

ELENA: No me burlo, Ricardo... vengo, en efecto, a cobrar.

RICARDO: ¡Le repito que no se burle usted...

ELENA: Y yo le repito que no me burlo. No se trata de dinero, Ricardo. Se trata de que usted, en pago de mis servicios, me someta al mismo tratamiento para la misma enfermedad que, por su contagio, germina hoy en mi alma.

RICARDO: ¡Elena!... ¡No! ¡No debo alegrarme!... ¡Quizá quiera burlarse otra vez de mí!... *(Mirándola en los ojos)* ¡Elena! ¿Puedo creer en la efusión pasional con que me habla?

ELENA: Con que le ruego una limosna de amor, dirá... Sí, Ricardo, estoy como usted... digo como vos ayer... exenta de alegría, de actividad, que sé yo, de vida!... ¡Y vos tenés el remedio ahí en tus labios! ¡Dámelo!

Se besan.

RICARDO: Pero... ¿Y tu novio, Elena?... ¿Tu palabra?...

ELENA: ¡Bah! ¡Si los enamorados fuésemos a pensar en la desdicha que nuestra felicidad puede aportarle a los demás, no llegaríamos nunca a la dicha! ¡El amor no vuelve la vista!

RICARDO: ¿Así que, al ponerme en cura, no pensaste solamente en mi felicidad, sino también en la tuya?

ELENA: Pensé, sí, pensé en tu felicidad únicamente, pero creí pensar con la cabeza, y había pensado con el corazón.

DOROTEA: *(Saliendo con Celia y sorprendiendo a Elena y Ricardo en una inequívoca actitud de reconciliación)* ¡Bravo! ¡Bravo!

CELIA: ¡Aunque yo ya no me caso, lo mismo tendremos farra para marzo, por lo que veo!...

ELENA: ¿Qué, ya no te casas vos?

CELIA: No.

ELENA: ¿Por qué?

CELIA: Ya te explicaré luego.

Dichos y Don Esteban; luego Esther.

ESTEBAN: *(Como una furia)* ¡Dío d'un Dío!

DOROTEA: ¿Qué te pasa?

ESTEBAN: ¿Come qué me pasa? ¿Así se cuerga la galleta a Quenaro?

DOROTEA: ¡Oh! ¿Y qué más quiere Genaro que lo planten, si la muchacha no lo quería? ¡Debía agradecer!...

ESTEBAN: ¡Ma, es que ahora se me va ir del negocio, e era er brazo derecho del almacén! ¿Y un muchacho de confianza, como él, dónde lo escarbo ahora?

RICARDO: ¡Yo seré el brazo derecho del almacén, padre!

ESTEBAN: ¡Cristo! ¿Qué pasa aquí? ¿A esta casa ha entrado un ankuel o un demonio?

RICARDO: Un ángel, padre, que será su nuera si usted permite. *(Presenta a Elena).*

ESTEBAN: ¿Se casa el hico de la d'infrentes?

ELENA: No nos confunda, don Esteban. El amor no tiene modelos... Su consentimiento...

ESTEBAN: ¡E come no vi'a cunsentir, Dío d'un Dío! *(A Elena)* Venga in abrazos y permítame que le dé in besos más grandes que l'estatuas de Garibaldi! *(Excusándose)* ¡Un beso de suegro es come in beso de padres! *(La besa).*

ELENA: *(A Ricardo)* ¡Y un beso de nuera es como un beso de hija! *(Lo besa).*

DOROTEA: ¿Y yo? ¿Yo no soy nadie aquí?

ELENA: ¿A usted? A usted... ¡diez!... ¡mill!... *(La besa repetidas veces).* Se oyen llamadas de auxilio. Cruza por el foro gente que corre al lugar del suceso.

DOROTEA: ¡Es en lo de las d'enfrente!

CELIA: ¡Ahí viene Esther!

Todos corren a la puerta de la izquierda, por donde entra Esther agitadísima.

TODOS: ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

ESTHER: Que... que... ¡Se ha suicidado la madre de las de enfrente!

ESTEBAN: ¡Vieca! ¡No hay que ser menos que las d'infrentes! ¡Mátese!... ¡Mátese osté también!...

TELÓN

Cañas y trapiches

Alberto García Hamilton

> cañas y trapiches

Comedia dramática en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Belgrano de Tucumán el 15 de Abril de 1909.

PERSONAJES

DN. SALUSTIO	50 años	Enrique Arellano
DOÑA DEIDAMIA	45 años	Matilde Alonso
ERCILIA	18 años	Sta. Angela Tesada
LUIS	22 años	Agustín Ramírez
PACO	22 años	Francisco Arellano
DN. LEONCIO	50 años	José Rubens
MICAELA		Sra. María E. Ramírez
JUANA		Sta. María Costa
PEDRO		Alfredo Carrizo
PEPE		Cruz Costa

Localidad: Provincia de Tucumán

Derecha: la del actor

Época: actual

ACTO PRIMERO

A LA IZQUIERDA: GALERÍA DE UNA CASA DE CAMPO. AL FONDO UN CAÑAVERAL. A LA DERECHA UN MORTERO EN EL QUE DOÑA DEIDAMIA, PISA MAÍZ. JUNTO A ELLA UN CHICUELO O DOS EN CUCLILLAS, PELANDO CAÑA. AL FONDO, CERCA DE LA GALERÍA,

UNA MESA, EN LA QUE MICAELA Y JUANA SIMULAN HACER UN AMASIJO. ALGUNAS PLANTAS TROPICALES.

ESCENA I

D^a. DEIDAMIA: ¡Día bochornao! ¡Si no se apuran, muchachas, las empanadas se van a cocinar fuera el horno! ¡Va lerdo ese amasijo! Yo he pisao todo el maíz pa el locro y ustedes no han podido arribar toavía. ¡Claro! ¡si tienen que murmurar primero de todo lo que no les importa! Dejen descansar un poco la lengua y denles trabajo a los puños. De no ¡ni pa la Pascua florida!

MICAELA: ¡Na! ¡Y si estamos trabajando! Velay, señora, todo lo que himos hecho. Y eso que está el día como pa que canten los coyuyos.

JUANA: Hay que considerar...

D^a. DEIDAMIA: Ya han hecho liga las dos. Pa ociosas no tienen precio. Ni pa cuenteras y intrigantes tampoco.

MICAELA: No desajere, señora...

JUANA: Eso digo yo. ¿Por qué nos reta tan fiero?

D^a. DEIDAMIA: Desde que principiaron el amasijo ¿qué han hecho? Sacarle el cuero a medio mundo... Por eso no adelantan. No se puede contar con ellas pa ningún servicio. ¡Si el tiempo les es poco pa averiguar vidas ajenas!...

MICAELA: Hablamos de nuestras relaciones, señora. No nos propasamos, con naidas. El pobre de algún modo ha e pasar el rato.

JUANA: ¡Claro!

D^a. DEIDAMIA: ¡Sí! Claro! ¡Cuándo no te ha de parecer claro a vos todo lo que dice esta lenguaraz! O se están tirando de las mechas entre las dos, o están uña y carne, contra la patrona. Pero yo las voy a enderezar si se han pensao que aquí van a estar de florcitas. Han pasao toda la mañana pa hacer unas miserables empanadas ¡y nadie ha i crer que toavía no están en estao de hornearlas!...

MICAELA Y JUANA:

Es que...

D^a. DEIDAMIA: Pa eso se conchaban Vdes. ¡Las niñas delicadas! ¡Puro zapato Luis XV y nada de su obligación!... Si no les gusta el trabajo, búsquense un príncipe pa casarse con él!...

MICAELA: *(Riendo)* ¡Un príncipe!

JUANA: *(Riendo)* ¡Ni de alcorza!

MICAELA: De los que vienen pintaos en los libros: de la niña Ercilia...

JUANA: Y Vd. ¿nos va a tirar el carro?...

D^a. DEIDAMIA: ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya se dieron cuerda! ¡A terminar el trabajo! Van a ser las once y ahora no más vendrá Salustio del cañaveral. El pobre querrá almorzar ligero pa echar su siesta, ¡que bastante falta le'ha de hacer!

MICAELA: ¡Ha madrugao mucho!

D^a. DEIDAMIA: No sé pa qué se mata este hombre trabajando. Tenemos nuestro pasar y podría llevar mejor vida. *(A Juana y Micaela)* A ver, chinitas, si se apuran. Al horno con ese amasijo. ¡Si hay que hacerlas moverse con picana, como a buey viejo, que ya no da paso!

JUANA Y MICAELA:

¡Vamos, señora, vamos!

MICAELA: No se vamo a quedar sin empanadas. No se sofoque.

JUANA: Se vamo a empachar, ña Deidamia.

MICAELA: ¡Si lo vamo a recibir a Don Salustio como en velorio de angelito!

D^a. DEIDAMIA: Andá, lengua mota, andá dotora, andá a dar examen, a ver si salís... colada, en la Universidad.

Salen Juana y Micaela simulando llevar las empanadas al horno y tarareando un aire criollo. Doña Deidamia sale por la izquierda.

ESCENA II

Ercilia. Después Don Salustio.

ERCILIA: *(Con un libro en la mano. Mirando el cañaverl)* ¡Pobre papá! ¡Con semejante díal Ya ha debido estar de vuelta. El vapor puede hacerle daño. ¿Por qué trabajará de este modo? *(Se sienta y abre el libro).*

En seguida entra Don Salustio en traje de campo

¡Ah! Papacito! ¡Al fin ha dejado los cercos! ¿Hasta cuándo piensa matarse entre sus cañas?

DON SALUSTIO: Hasta que Dios diga basta. Vos sabés que nunca le tuve miedo al sol, ni a las lluvias, ni a la intemperie. Así se gana con honra el pan que se come en esta casa.

ERCILIA: Pero, papacito... ¿No tenemos las modestas comodidades a que aspiramos? Vd. podría vivir tranquilo, entregando el trabajo a los capataces.

DON SALUSTIO: ¡Siempre esos consejos, m'hija! El loco sabe más en su casa que el cuerdo en la ajena.

ERCILIA: Está gastando su salud. Cuando menos lo piense, va a caer en cama. Se sacrifica sin motivo ni razón. Yo, su única hija, no tengo millones que derrochar a manos llenas; pero gozo de una posición que haría felices a muchas de mis amigas.

DON SALUSTIO: ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

ERCILIA: He completado mi educación en la ciudad. Las Hermanas decían que era yo una de sus mejores discípulas. Con eso y con la posición de Vd. mi porvenir está asegurado. Vd. y mamá no pueden tener otra aspiración que verme feliz. Y nada me falta para serlo.

DON SALUSTIO: Ya estoy hecho al yunque, m'hija. Sin él, no podría vivir. Es pa mí una segunda naturaleza... Mirá aquellos tablonos de caña soca. ¿Qué te parecen? Fijate bien en su desarrollo y decime si no da gusto ver cómo paga la tierra a quien vive dedicao a su cultivo.

ERCILIA: ¡Es su pasión favorita!

DON SALUSTIO: Tendremos una cosecha como pocas. El tiempo nos está favoreciendo tremendamente. ¡Qué resultaos, m'hija, qué resultaos! ¡Si cada caña pesa un quintal! Van a tener que menearse los trapiches. Necesitan un buche de Gargantúa pa tragarse todo eso.

ERCILIA: Siquiera tendrá Vd. compensados sus afanes.

DON SALUSTIO: Vos no te imaginas el gusto que siente el cañero cuando ve cómo prosperan los cultivos, cómo se cubren los campos de verdura, cómo nos entrega sus frutos la madre común, cuando le dedicamos un trabajo perseverante y prolijo. El cariño que a vos te tengo, m'hija –no te mostrés celosa–, el cariño que a vos te tengo... ¡pa qué decirte que no tiene límites! Pero siempre queda una buena parte pa este suelo generoso, que tan noblemente responde a mis afanes. Tendremos un año malo.

¡Tal vez dos! ¡Tal vez tres! La seca; los yelos tempranos; algo superior a la voluntad del hombre... Pero un año como este compensa todo; ¡sí, m'hija, compensa todo!

ERCILIA: De veras que me siento celosa, papacito, cuando Vd. habla de su finca y de sus cañas. Parece que fuera todo el ideal de su vida... Pero todo no, pobre viejo, todo no, porque su hija sabe lo mucho que Vd. la quiere; lo mucho que a Vd. le debe. Su hija y sus cañaverales, papacito; pero siempre su hija primero ¿verdad? Por eso me siento dichosa. Todo se lo debo a Vd. y todo lo espero de Vd.

DON SALUSTIO: ¡No! ¡Parate! Todo no puedes esperarlo de mí. El porvenir es pa los que nos vienen pisando los talones. Yo no soy viejo achacoso, todavía, pero en este mundo existe una ley que no falla. Tal vez es la única que no ha fallao nunca... porque no la han fabricao los hombres; ¡la ha dictao Dios! A los que marchamos adelante nos desalojan los que vienen atrás.

ERCILIA: No diga cosas tristes...

DON SALUSTIO: Tu porvenir ¿en qué manos estará? Ya has cumplío 18 añitos. Ya sos mocita. El día menos pensao...

ERCILIA: ¿Qué, papá? ¿Qué quiere decir?

DON SALUSTIO: Cosas que tienen que suceder. Puede salirte un novio. Podés casarte. Podés dejar el nido de tus viejos pa hacer el nido tuyo, con las pajitas del cariño. Te quedás muda ¿eh? ¿Bajás los ojos? ¡Sabe Dios si no he dao en la parte sensible sin maliciarlo!

ERCILIA: ¿Por qué me dice esas cosas, papacito?

DON SALUSTIO: ¿Y por qué te impresionan tanto? Me hacés sospechar...

ERCILIA: Vea, le digo la verdad. Vd. me hace poner triste... ¡Dejarlo a Vd, dejarla a mamá, yo que los quiero con locura! ¿Por qué me dice esas cosas?

ESCENA III

Dichos. Luis y Paco que entran por la derecha. Doña Deidamia por la izquierda. Luis con una escopeta a la espalda.

LUIS: ¡Hola, doña Deidamia!

PACO: Buen día, señora.

D^a. DEIDAMIA: ¡Cuánto bueno por acá! ¡Qué santo los ha traído? ¡Con este día andan cazando!

LUIS: Salimos del ingenio persiguiendo un zorro que se entró en un cañaveral. Los perros principiaron a correrlo y se alejaron de la fábrica.

¿Qué tal, Don Salustio? ¿Como está, Ercilia?

Sin darnos cuenta, seguíamos andando. Cuando quisimos acordar, la casa de Vdes. estaba más cerca que la nuestra. “Vamos a echar un párrafo con Doña Deidamia”, le dije a Paco. Y Vdes. saben que Paco, cuando se trata de echar un párrafo, no se hace de rogar.

PACO: Sobre todo, que estoy cebao con los aperitales de Don Salustio. Les encuentro un sabor que no tienen los que se toman en el Círculo.

D^a. DEIDAMIA: *(Aparte)* ¡No tienen gusto a cobre!

DON SALUSTIO: Pa mí son realmente agradables cuando los tomo en compañía de amigos como Vdes.

ERCILIA: ¿Y de cómo se ha hecho tan campesino, Paco?

PACO: Acompañándolo a este.....

ERCILIA: Esta vida no es para Vd. ¡Cómo extrañará el Círculo y el Club y la plaza y el teatro!....

LUIS: Y las de Gómez, y las de Álvarez, y las de Fernández, y las de López, y las de Giménez, y las de Pérez... porque Vdes. saben que Paco... es el terror del bello sexo.

PACO: ¡El terror!... ¡No hombre, no es verdad! (*Riendo*) Algunas me distinguen un poco. Nada más. Tendré algunos atractivos. Un poco de suerte... mi posición social... (*Aparte*) Que informe el Banco de Préstamos.

D^a. DEIDAMIA: Tiene fama de Tenorio y de veleta.

PACO: Pero infundada, señora, infundada. No me alabo de haber hecho una sola conquista. Que diga Ercilia si con ella me he alabado alguna vez.

ERCILIA: (*Con sorna*) ¡Qué esperanza! ¡No he visto hombre más modesto!...

D^a. DEIDAMIA: (*Riendo*) Ofrécele unas violetas, Ercilia...

DON SALUSTIO: ¿Y qué me cuenta de la zafra? ¿Cómo les va yendo? Ensayaron las grúas? ¡Lindas cañas están saliendo! Un rendimiento bárbaro ¿eh?

LUIS: Cierto, Don Salustio; ¡buen año para los cañeros!

DON SALUSTIO: Pa los cañeros, le diré, todavía está por verse. Pa los ingenios no hay que hablar. Los cañeros nunca sabemos a qué atenernos, por lindo que el año pinte. Los ingenios nos aprietan, demasiao. Que esta caña no sirve; que esta está mal despuntada, que la otra tiene el gusano, que aquella tiene el polvillo. Vd. no gana pa disgustos.

PACO: (*Que conversa en grupo aparte con Ercilia y Doña Deidamia*) Pero si la Rosario tuvo la culpa; no las engaño. Yo le hacía la pasada por pasar... el tiempo. Y la sonsa se enamoró de mí... Por suerte le salió otro novio y la dejé... casada.

ERCILIA: Es que Vd. es muy tunante, muy peligroso; ya está prevenida mi mamá y no le va a perder pisada.

D^a. DEIDAMIA: (*Sonriente*) ¡Despacito por las piedras! A los hombres como Vd. solo deberían dejarlos salir a la calle con el escuadrón de seguridad a las espaldas. De otro modo no podemos vivir tranquilas las madres de familia.

LUIS: Solo que a Paco se le puede repetir el conocido versito:
¡Los muertos que vos matáis
gozan de buena salud!

PACO: Yo no soy un Juan Tenorio.
Ni siquiera un Luis Mejía.

como dijo no sé qué otro poeta. No recuerdo si Virginio o Higinio, o algún otro clásico de esos que vos conocés mejor que yo, desde que sos hombre de letras...

ERCILIA: Pásele el punto en consulta al autor de *Castalia Bárbara* o al presidente de la Sociedad Sarmiento.

PACO: Sí; porque en materia de bellas letras no soy de los más fuertes. Para mí no hay más bellas letras ni letras más bellas que las descontables en los bancos... y ¡tan pocas veces se atraviesan en mi camino!...

LUIS: ¡Phs! ¿Qué es eso para un hombre de tus condiciones? Vos no necesitás ni bellas letras ni letras descontables para que caigan en tus temibles redes todas las castas doncellas que tienen la desgracia de cruzar su mira con tu mirada, sin excluir a Doña Inés de Ulloa ni a Doña Ana de Pantoja.

PACO: ¡Yo no me alabo! A vos te consta que yo no me alabo. (*Aparte*) Pero te vas a dar con una piedra en los dientes.

DON SALUSTIO: Y a todo esto estamos a pico seco. Ercilia, decile a Micaela que nos traiga el vermuth y el bitter. Che, Juana (*Que pasa*

en ese momento) bajá al sótano y subí un sifón de soda. Que esté fresca ¿sabés? Aquí no tenemos yelo.

Ercilia sale y vuelve poco después.

LUIS: Ya sabrá, Don Salustio, la novedad que tenemos en casa. El viejo se ha decidido a mandarme a Buenos Aires. Para el año los dejo y abro mi estudio allí.

DON SALUSTIO: ¡Vea! ¡Vea! ¡El hombrecito!

LUIS: Vd. sabe que solo me falta rendir generales y presentar la tesis. He estudiado libre; he andado despacio; ¡ni tenía por qué apurarme! Pero voy saliendo a la orilla.

DON SALUSTIO: ¡Lindo! ¡amigo! ¡Lindo!

PACO: Antes que se te endurezcan los colmillos...

LUIS: Yo no quiero ser abogado para ganar pleitos. Lo que quiero, francamente, es el título. El título abre muchas puertas. Da patente de aristócrata, y de... intelectual. En política, en sociedad, los horizontes se ensanchan. Es la llavecita de oro, aquí donde no tenemos pergaminos amarillentos. Aunque un doctor no sepa escribir con ortografía... es un doctor y todos le abren paso.

DON SALUSTIO: La verdá...

LUIS: Buenos Aires es mi sueño dorado. Aquí tengo mis afectos (*Mirando con intención a Ercilia que ha vuelto a la escena en compañía de Micaela, quien, después de colocar sobre la mesa una bandeja con botellas y copas, se retira nuevamente*) allá... mi campo de acción.

D^a. DEIDAMIA: Toda está muchachada piensa lo mismo. Las provincias van quedando pa los gringos y pa los viejos.

LUIS: Allá se vive y aquí... se vegeta. Es una triste verdad.

D^a. DEIDAMIA: El ruido de la ciudad grande los marea. Eso es todo. La tierra en que nacieron les queda chica, como la camisa con que los bautizaron.

DON SALUSTIO: Cada uno debe seguir sus inclinaciones, mujer. Yo no cambiaría este pedazo de tierra por la Avenida de Mayo ni por el Parque Lezama. Pero Luis se encuentra en otras condiciones. Y otros pueden ser sus gustos y sus tendencias.

PACO: (*Tendiéndole la mano*) ¡Choque, Don Salustio! Estamos de acuerdo. Vea, si yo me pusiera a plantar caña, dejaría de ser Paco Zorrilla. Póngame ese traje, encierre mis pies en esas botas y solo con ese cambio de indumentaria desaparecerá mi personalidad.

LUIS: En eso... no miente.

ERCILIA: ¡Sería de verlo! Y de mandar un retrato a *Caras y Caretas*.

PACO: En esta vida cada uno tiene que desempeñar su papel, lo mejor posible. Vd. Don Salustio tiene el suyo, que le hace honor. El de Luis es otro muy distinto. Yo... yo no sé si tengo un papel... o un papelón... pero creo que lo desempeño admirablemente. ¿Qué opina Ercilia?

ERCILIA: ¿De Vd o de las cosas de la vida? De Vd... ya sabe lo que pienso. Lo considero peligroso. (*Riendo*) De eso otro a que Vd. se refería... sí... estoy con Vd. Luis necesita las grandes capitales con sus grandes atractivos, con sus emociones fuertes; con su variedad de perspectivas; con sus luchas y sus placeres; con los grandes triunfos... y las grandes caídas; con sus teatros, sus paseos, sus mujeres lujosamente vestidas, luciendo su belleza deslumbrante en carruajes y automóviles...

LUIS: Vive Vd. bien empapada en la vida porteña.

D^a. DEIDAMIA: Se pasa la vida leyendo. Hasta la política conoce, porque no hay diario que no lea de punta a cabo.

ERCILIA: Los diarios nos tienen al corriente de cuanto pasa. Por ellos se vive en contacto con el resto del mundo, sobre todo cuando se está en el campo. Además, las cartas de las amigas... ¿Recuerda de Elisa Hernández? ¿A que Paco no la ha olvidado?

PACO: ¡Bastante me presumía!

ERCILIA: ¡Cuándo no! Me escribe con frecuencia. No piensa volver a Tucumán. Lo mismo Pepita Giménez, otra condiscípula... ¿Recuerda?

PACO: Otra víctima mía.

DON SALUSTIO: Bueno. Vdes. darán permiso. Voy a refrescarme un poco antes de almorzar. He traído de los cercos mucha calor y mucha tierra. Se quedarán a hacer penitencia, ¿verdad? Ya que la casualidad los ha traído a estas horas, nos acompañarán a pucherear. Hagan de cuenta que están en Semana Santa y que es día de ayuno forzoso. Avisen por teléfono a la fábrica.

PACO: ¡Aceptado! ¡Por mi parte, aceptado!

LUIS: Si no le resultamos incómodos, Doña Deidamia. Sea franca.

D^a. DEIDAMIA: ¡No faltaba más! Es un gustazo para nosotros.
Sale Don Salustio.

ERCILIA: Vaya un día de mesa modesta por tantos de opíparos banquetes.

LUIS Y PACO: ¡¡Oh!!

D^a. DEIDAMIA: Y con el permiso de Vdes., voy a ver qué hacen estas chinitas lerdas. ¡Capaces de dejarnos sin almorzar! (*Vase*).

ESCENA IV

Dichos, menos Don Salustio y Doña Deidamia.

LUIS: (*Aparte a Paco*) No me faltés al compromiso.

PACO: Pero si no te lleva... Fíjate con qué ojos me mira. La tengo herida en un ala.

LUIS: (*Aparte*) Odedecé o atenete a las consecuencias... Andate a hablar por teléfono a la fábrica...

ERCILIA: Si hablan de algo reservado, los dejo. Vdes. tendrán sus negocios y yo... Con permiso...

LUIS: ¡De ninguna manera! Mis negocios con Paco son muy sencillos. (*Aparte*) Yo le presto y él... no me devuelve.

PACO: Sí, tenemos algunos entre manos. Pero se liquidarán fácilmente. Espero que no habrá crack.

LUIS: (*Aparte*) Espíantá de una vez.

PACO: (*Aparte*) “¡Dura necesitá, signora, dura necesitá!”. Como dicen en... *La Bohème*. (*Fuerte*) Voy a telefonar al escritorio. Que no nos esperen a almorzar. Y ahora recuerdo que Eloisita Juárez me ha pedido unas cañas para obsequiar a las de... Barranco, que pasan del Rosario de la Frontera. ¿Podré conseguir las, Ercilia?

ERCILIA: Todas las que guste. Dígale a Pedro que se las corte.

PACO: Las cortaré yo mismo, en persona, por ser para Eloisita Juárez. Ya verán cómo manejo... el sable. (*Sale*).

ESCENA V

Ercilia y Luis, después Doña Deidamia y Paco.

ERCILIA: ¡Pobre muchacho! Pagado de sí mismo y con muy poco de esto (*Señalando la sien*) pero con buen fondo. Le conviene frecuentar buenas compañías. La de Vd. sobre todo, más a menudo...

LUIS: ¿No es por que esté presente?

ERCILIA: Tal vez en sus ausencias... no le haga juicios peores.

LUIS: ¿Vd. Ercilia? ¿Vd. que siempre ha sido, para mí, impenetrable como un bloque de mármol; intraducible, como una página... en un idioma desconocido?...

ERCILIA: Todas las mujeres somos incomprensibles, para quien no nos quiere comprender...

LUIS: ¿Que yo no he querido comprenderla? ¡No diga! ¡Cuántas veces me ha tenido horas enteras a su lado, rogándole, suplicándole que dejase de ser para mí un enigma indescifrable! ¡Y cuántas veces me he retirado vencido, sin oír de sus labios una sola palabra de aliento, que pudiera constituir una esperanza! Lo que he deseado siempre es comprenderla, penetrar sus sentimientos, saber qué lleva Vd en su corazón, temeroso de encontrarme con un pedazo de nieve de esa montaña...

ERCILIA: (*Con sorna forzada*) Ha leído novelas románticas ¿eh? ¡No todo ha de ser textos de derecho!

LUIS: No se burle, Ercilia. Crea que su actitud me tiene deprimido. ¡Si le he dicho cien veces que la quiero! ¡Si le sobran pruebas de mi cariño! ¿Por qué no se franquea conmigo de una vez? Desengáñeme si no me ha de decir que

amor con amor se paga. ¡Pero abandone su actitud de Esfinge!

ERCILIA: No sé por qué me parece que nunca me ha hablado Vd. con tal elocuencia. Hoy... casi casi estoy por creer que está hablando en serio. Pero, suponiendo que Vd, me quisiese de verdad ¿no se trataría de una pasionsita pasajera? ¿de un capricho de hombre feliz y coqueto?

LUIS: ¡Ercilia!

ERCILIA: Carezco de experiencia propia, Luis; pero también aprendemos en la vida ajena, especialmente en la de nuestros amigos... y algo en nuestros libros.

LUIS: Para Vd. no debe haber otra experiencia que los impulsos de su alma purísima...

ERCILIA: Entre su posición y la mía es grande la distancia. Vd. es el hijo del acaudalado señor Ibáñez, gerente general y fuerte accionista de una poderosa sociedad anónima, que no sabe ya cuántos millones representan sus ingenios. Yo, la hija de un modesto plantador con unas cuantas cuadras de caña por toda fortuna.

LUIS: (*Tomándola de una mano que ella esquiva*) El amor nada tiene que hacer con esas miserias. Yo la quiero y suplico su cariño. Entienda bien. ¡Suplico su cariño!

ERCILIA: (*Pensativa*) ¡Mi cariño! ¿No tiene mi amistad? Ya se va Vd. de la provincia. En Buenos Aires será el Dr. Ibáñez, mozo de moda en los desfiles de Palermo. ¿Qué haría con mi cariño?

LUIS: ¡En los desfiles de Palermo! En los desfiles de Palermo, entre el lujo y el esplendor de la vida porteña, entre el ir y venir de las damás aristocráticas, entre la opulencia de aquel mundo lleno de seducciones y de encantos, nada habría para el Dr.

Ibáñez más atrayente que un par de ojos tucumanos que lleva grabados en el alma... y que serían sus eternos compañeros y el mejor de sus trofeos de victoria, mientras sus labios pronunciaban con emoción incomparable, junto a un oído que debió ser hecho para escuchar las frases más tiernas y las músicas más sutiles, el dulcísimo nombre de... “esposa”.

D^a. DEIDAMIA: Van a probar unas empanadas que se deshacen entre los dedos... Pasen a la mesa cuando gusten.

PACO: (*Aparte*) ¡Al fin, ángel salvador! ¡Carambola con el gavián! Pero la tórtola... no se rinde.

Entra con Doña Deidamia al comedor.

ERCILIA: Vamos, mamá.

LUIS: ¿Me da esperanzas?

ERCILIA: ¿Me las ha dado Vd.?

LUIS: ¡Por millares, vida mía!

ERCILIA: (*Bajando los ojos*) ¡Esperemos! Tal vez no ha sonado la hora todavía. ¿Siente cómo se agitan y susurran las hojas del cañaveral? Me parece que algo nuevo, algo desconocido, dicen a mi corazón. ¡Esperemos!

LUIS: ¡Por qué esperar! Que se abran de par en par en tu alma en flor las puertas del nuevo día que ambiciono para vos y para mí. ¡Que seas mía, para siempre mía!

ERCILIA: ¡Esperemos! ¡Esperemos!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala sencillamente amueblada. Al fondo un retrato de Alem. Doña Deidamia y Ercilia sacuden los muebles.

ESCENA I

Doña Deidamia y Ercilia.

D^a. DEIDAMIA: Ya ves vos pa qué sirve esta tropa e chinitas. A las 4 e la tarde, todavía no han podido darse vuelta. Pero ¡es claro! Si ayer fue domingo. Hoy no se puede con la vida de ellas. San Lunes las tiene insoportables.

ERCILIA: ¡Qué hacerle, mamá! Si al fin y al cabo las pobres no tienen del todo la culpa.

D^a. DEIDAMIA: ¡Que no tienen la culpa!

ERCILIA: La verdad es que no son tan malas, para la educación que han recibido. ¡Si no saben lo que son buenos ejemplos! ¡Si nadie se preocupa de dárselos! Lo raro es que no sean peores.

D^a. DEIDAMIA: No dejás de tener razón. Pero estas diablas me hacen arder de rabia. Ya me voy rindiendo e lidiar con ellas.

ERCILIA: Es que Vd. no me deja, mamá, que la reemplace. Vd. es muy personal. Quiere hacerlo todo por sí misma y me hace pasar por una ociosa.

D^a. DEIDAMIA: Ya te llegará tu hora. Ya tendrás tu casa y sabrás lo que es esta fagina. Supongo que Luis te habrá hablao ya de la fecha en que piensa realizar... Es mozo de posición y no te hará perder mucho tiempo.

- ERCILIA: (*Turbada*) De eso, mamá, no hemos hablado todavía. Seguramente... él... quiere antes... irse a Buenos Aires... abrir su estudio... iniciarse en la vida porteña...
- D^a. DEIDAMIA: (*Cariñosa*) ¿Sabés, Ercilia, que esto me extraña aliguito?
- ERCILIA: ¿Por qué, mamá?
- D^a. DEIDAMIA: Es preciso que lo hables a Luis; que le digas que después de cuatro meses de visitas diarias a esta casa, su deber es dejarse de rodeos y aclarar la situación, yéndose al grano.
- ERCILIA: Yo no dudo, mamá; Luis no me engaña...
- D^a. DEIDAMIA: No digo menos. Pero hasta ahora el compromiso está entre Vdes. Salustio y yo no sabemos nada... en una forma oficial.
- ERCILIA: Él desea...
- D^a. DEIDAMIA: ¡Ni siquiera te ha dao los anillos!
- ERCILIA: ¡Los anillos! Y eso, mamá ¿qué importa?
- D^a. DEIDAMIA: Pa la sociedad has de saber que importa muy mucho. ¿Vos te cres que tus amigas no han principiao a murmurar? ¡Tan cristianas que son sus lenguas! ¡Tan piadosas! Han de venir con el rosario en una mano, preguntándote por tu novio, y han de salir con la tijera más filosa en la otra, cortándote el cuero en tiritas...
- ERCILIA: (*Suspirando*) ¿Y qué hacerle, mamá?
- D^a. DEIDAMIA: ¿Qué hacerle? Meterlo en vereda. Hacerle comprender que tu padre y yo no estamos conformes...

ESCENA II

Dichos. Micaela, después Don Leoncio.

- MICAELA: Señora: Ahí está don Leoncio. Dice que quiere hablarlo a Don Salustio.

- D^a. DEIDAMIA: ¡¡Don Leoncio!! Hacerlo pasar...
- ERCILIA: ¡Que pase en seguida!
- D^a. DEIDAMIA: (*A Ercilia*) ¿Y de cómo Luis no te ha anuncio esta visita? ¡Es muy significativa! Don Leoncio no ha estao jamás en esta casa. Las relaciones con Salustio se han limitao al escritorio del ingenio, siempre hablando de las cañas y los trapiches
- ERCILIA: ¡Quién sabe!... Tal vez... Luis...
- D^a. DEIDAMIA: Si, m'hija. Tu situación no podía prolongarse por más tiempo. Tu novio estaba obligao a dar este paso. Porque indudablemente la visita de Don Leoncio tiene que relacionarse con vos.
- ERCILIA: ¿Vd. cree, mamá?...
- D^a. DEIDAMIA: ¡Estoy segura! ¡Qué gustazo va a tener tu padre!
- ERCILIA: ¡Tan bueno!... Tanto que me quiere... ¡Vive mirándose en las niñas de mis ojos! ¡Qué sorpresa tan grande para él!... (*Pensativa*) para él ¡que no confía mucho en Don Leoncio!
- D^a. DEIDAMIA: Avisale a Salustio. Y andá a vestirte que no estás en traje de recibir a tu futuro suegro.
- ERCILIA: (*Preocupada*) Voy volando mamá. (*Aparte*) En esta sala se va a jugar mi porvenir. (*Sale*).
- D^a. DEIDAMIA: ¡Pobre Luis! Es un caballero. Don Leoncio viene a pedir la mano de Ercilia. Es un casamiento brillante. Y una linda pareja. *Alhajito* el mozo y ella... *alhajita*. ¿Qué dirán ahora, esas murmuradoras, esas *amigas íntimas*, cuando se enteren de lo que está pasando? ¡Adelante! ¡Adelante, Don Leoncio!
- DON LEONCIO: (*Entrando*) ¿Cómo lo pasa, señora?
- D^a. DEIDAMIA: ¿Y misia Audelina? ¿Y las muchachas? ¿Y Luis? ¿Cómo están todos por allá?

DON LEONCIO: Sin novedad, Sra., gracias a Dios. Audelina estuvo dos días en cama. Un poco de fiebre. Con unas perlas de quinina se puso bien.

D^a. DEIDAMIA: Ella siempre delicada de salud... Pero, por suerte, nada grave. Más vale así, Don Leoncio.

DON LEONCIO: ¿Y por aquí?

D^a. DEIDAMIA: De salud, a cuál mejor...

ESCENA III

Doña Deidamia, Don Leoncio y Don Salustio.

DON SALUSTIO: ¡Cuánto gusto, don Leoncio! Dichosos los ojos que lo ven! Y a qué se debe este honor?

DON LEONCIO: Asuntos serios, Don Salustio. Bastante delicados. Necesitaba hablar largamente con Vd. Cosas que a los dos nos interesan.

D^a. DEIDAMIA: Con su permiso, Don Leoncio. No quiero ser indiscreta. Además, lo he recibido como estaba. Tendrá que disculpar. ¡Con este servicio!... ¡Cada día más corrompido!...

DON LEONCIO: Siga, nomás, Doña Deidamia. Está cumplida...

Sale Doña Deidamia por la izquierda.

DON SALUSTIO: ¿Con que de asuntos serios y delicados se trata?

DON LEONCIO: Muy serios, mi Don Salustio. Tanto, que me he resuelto a venir a verlo en persona, como una demostración de amistad, que Vd. sabrá apreciar en lo que vale.

DON SALUSTIO: Doble motivo para estimar esta visita!...

DON LEONCIO: Vea, Don Salustio, en estas circunstancias es cuando se

conoce a los caballeros. Yo no podía proceder en otra forma con un cañero de los más antiguos de nuestra fábrica, hombre honrado si los hay. *(Saca un habano y le ofrece encendiendo otro).*

DON SALUSTIO: ¡Gracias! Lo guardaré pa luego. No fumo de hoja sino después de comer y en casos muy raros. Prefiero las chalas. La fuerza de la costumbre. *(Saca una y enciende).*

DON LEONCIO: Pero bien, vamos a nuestro asunto, ya que para eso celebramos esta conferencia.

DON SALUSTIO: De acuerdo, Don Leoncio...

DON LEONCIO: El tiempo va pasando, mi Don Salustio, sin que se aclaren ciertas cuentas que nos conviene dejar arregladas en la mejor forma posible. Hemos terminado la cosecha. Estamos relativamente descansados. Aprovechemos el momento, pues, para poner fin a situaciones indecisas, que a los dos nos comprometen.

DON SALUSTIO: Soy de la misma opinión.

DON LEONCIO: Hay cosas que cuesta afrontarlas. Pero se impone salirles al encuentro. Peor sería dejar eternamente para mañana, lo que podemos hacer hoy.

DON SALUSTIO: ¡Vaya si cuesta afrontarlas! ¿Que diré yo, Don Leoncio? *(Se pasa la mano por la frente y con disimulo sécase una lágrima).*

Entra una sirvienta y coloca sobre una mesita una bandeja, con una botella y dos copas.

DON LEONCIO: Su cosecha de este año no ha estado del todo mala.

DON SALUSTIO: ¿Que no ha estao mala? Yo la considero soberbia.

DON LEONCIO: ¡Así, así! ¡Lástima los años anteriores, que lo hicieron atrasar tanto con el ingenio! Además, la entrega de la caña... ¡mal hecha! ¡muy mal hecha! Ha habido que desechar mucho en la fábrica...¡Qué modo de despuntar! ¡Mucho descuido!

DON SALUSTIO: (*Asombrado*) Permítame, Don Leoncio. Lo han informado mal. Yo mismo dirijo los trabajos. No me fío de capataces ni de peones, aunque sean unos angelitos. Le aseguro que lo han engañao.

DON LEONCIO: No se impaciente, Don Salustio. Más que todo, ahí están los libros del ingenio. Su deuda, que era bastante grande, apenas se ha achicao. No ha cubierto los anticipos de años anteriores y después de esta cosecha casi casi su situación no es mejor.

DON SALUSTIO: ¿Qué estoy oyendo?

DON LEONCIO: El directorio de Buenos Aires mira mal estos atrasos. No le he llamado a un arreglo por no violentarlo. Soy su amigo y comprendía que había de serle muy doloroso...

DON SALUSTIO: Muy doloroso ¿por qué?

DON LEONCIO: Pero me han comunicado una resolución de carácter general, muy desagradable, y vengo a trasmitírsela personalmente al amigo... no al cañero.

DON SALUSTIO: Explíquese claramente, Don Leoncio.

DON LEONCIO: ¡Qué quiere! El directorio necesita liquidar estas cosas. Actualmente su saldo deudor, aunque se ha achicao un poco, pasa de 52.000 pesos.

DON SALUSTIO: ¡Esto es monstruoso! ¿Estoy arruinado, entonces? ¡Mi confianza en Vd.! ¡Mi confianza en Vd! ¡Yo he pedido arreglo de cuentas cien, mil veces! Vd. lo dejaba pa el año. “Trabaje tranquilo y no se preocupe de eso”, me decía. Y ahora... que estoy mal con el ingenio... que mi deuda no se achica... que mis sudores los he tirao a la calle.

DON LEONCIO: Calmesé, que todo se puede andar. Tal vez Vd. salve su finca...

DON SALUSTIO: ¡Sí, sí! Vd. viene a decirme que estoy con la sogá al cuello. ¡Viene a decirme que el directorio de Buenos Aires, ese endiablao directorio fantasma, va a hacer conmigo lo que hizo con mi compadre Menéndez, con Don Arístides Ríos, con Don Policarpo Anaya, con la viuda de Jiménez, con la de González, con la de Elizalde! En obsequio al *amigo* viene Vd a notificarme *amigablemente* que esta finca está a punto de aumentar los terrenos del ingenio...

DON LEONCIO: Calma, Don Salustio, calma. Así no vamos a arribar a nada.

DON SALUSTIO: ... que estoy *a la calle*, que he gastao mi salud en esos cercos y soterrao a mi familia en estos campos, pa ser absorbido, al fin, por la sociedad anónima, que todo se lo va comiendo poco a poco,

DON LEONCIO: A Vd. nunca le faltará trabajo. No se precipite... Siempre habría una colonia para ponerla a su disposición. Esta misma finca...

DON SALUSTIO: ¡Oh! ¡si conozco la vieja táctica! ¡Si he caído trampeao por mi propia inocencia! ¡Si todos me lo venían diciendo y yo no lo quería creer! Si nunca pude imaginar que el plan se estuviera preparando lentamente.

DON LEONCIO: Cuide sus palabras, Don Salustio. La calentura es mal consejero.

DON SALUSTIO: ¡Si su empresa vive de la explotación de los incautos! ¿Sabe? Si la sociedad anónima nos va despojando uno a uno. Si Vd. mismo, Don Leoncio, Vd. mismo –entiéndalo bien pa que le duela– Vd. mismo no pasa de ser un hipócrita y un judío.

DON LEONCIO: ¡Insolente! ¡Bellaco!

ESCENA IV

Entran precipitadamente Doña Deidamia y Ercilia, Juana, Micaela, Pedro y un chinito que queda, espiando desde la puerta del foro.

DA. DEIDAMIA: ¡Salustio! ¡Qué es esto! ¿Qué te pasa?

ERCILIA: ¡Papá, Dios mío!

JUANA: ¿Qué le pasa al patrón?

MICAELA: Señor: ¿qué ha sucedió!

PEDRO: ¡Ordene, patrón! ¡Estoy a su lao pa lo que mande!

DON LEONCIO: Vine como amigo. Salgo como acreedor de un quebrado. Por las malas, ¡peor para Vd.! Y mejor para el ingenio. Los libros hablarán a la justicia. *(Sale)*.

DON SALUSTIO: ¡Me han robao como unos bandoleros! ¡Las balanzas del diablo! ¡Las balanzas del diablo! ¡Miserable!

ERCILIA: *(Conduciendo a Don Salustio con Doña Deidamia)* No se altere, papacito. Tenga paciencia. ¡Está demasiado nervioso!

DA. DEIDAMIA: ¡Qué ha sucedido, virgen del Carmen!

DON SALUSTIO: *(Agarrándose el pecho con, las manos)* ¡Ah! ¡Ah!
Salen todos por la izquierda.

ESCENA V

Paco y Pepe. Después Ercilia y Luis.

PEPE: *(Después de golpear las manos)* ¿Que no hay quien reciba en esta casa?

PACO: ¡Diablos! Esto huele a cuernu quemau, como dice el gallego Manuel. Don Leoncio ha salido echando chispas. ¿Qué habrá sucedido aquí? ¡Mandinga metió la cola!...

PEPE: ¿Y por qué se habrá ocultado Luis al verlo al viejo?

PACO: Todavía estará detrás del pacará, mientras yo estoy a dos pasos de su *nena*. Se me ha metido aquí *(Indicando la frente)* que en esta casa sucede algo con cola, con más cola que el famoso cometa Biela. Y que las acciones de Luis están por los suelos. Como las de cualquier sociedad anónima... que me hubiese confiado su gerencia. En quince días... liquidación rápida v económica.

PEPE: ¡Qué bolada pa Míñano!

Enciende Paco el cigarro que Don Salustio dejó sobre la mesa.

PACO: Pero vamos a cuentas: ¿quién le dijo a Luis que Ercilia lo quería? Donde quiera que yo he metido... la pata... el resultado ha sido el mismo: media vuelta a la derecha, paso redoblado, ¡march! y espíantá que te mangia el urso. Mis conquistas se cuentan por el número de pelos que llevo... aquí *(Se toca la cabeza)*.

PEPE: Tenés una suerte bárbara. ¿A cuántos millares llegan tus aventuras?

PACO: ...Para entre nos y con toda reserva... te voy a ser sincero... ninguna ha tenido consecuencias... fatales. Pero ¡qué de ojos en blanco y de suspiros a la blanca luna! Después soy generoso, che, con los vencidos. Lo mismo me pasa en otros órdenes de la vida.

PEPE: ¿Órdenes, decís?... mejor sería decir... desórdenes.

PACO: Verbigracia: los que se rinden ante mi tajante acero, mi sable

tremebundo. Fijate. Les arreglo las cuentas... trimestralmente, para que no puedan estar quejosos.

PEPE: Estilo Banco de la Provincia.

PACO: Y llevo mis libros a la perfección. Hoy le acredito a Ramón 50 pesos en su cuenta; mañana 60 a Lautaro; pasado 45 a Eudoro o a Brijidito. ¿Vence el trimestre? Pues bien. La operación es muy sencilla. Anoto la misma cantidad en el Debe de la cuenta respectiva... ¡sumas iguales y deuda saldada! y a abrir cuenta nueva. Estoy estudiando para ministro de Hacienda. Con mis finanzas se acabarán los dichosos déficits en los presupuestos provinciales y municipales... Hasta le pienso tirar el carro al intendente, para sacarlo del pantano.

PEPE: Y con Climaco, el diputado, ¿no tenés cuenta corriente?

PACO: Ah, no hermanito. A Climaco no le saco meneguina... Le saco las novias.... Y siempre le estoy debiendo ¿comprendes? ¡Y mirá que es así (*Cerrando el puño*) pa dejar... tendales!

PEPE: ¡Sos incurable!

PACO: (*Después de una breve pausa y una humada del cigarro*) ¿Sabés que estoy por dedicarme a la política? Se me ha ocurrido que puedo hacer carrera. A vos te consta, que para eso, como dijo Napoleón (no el concejal, por San Fernando sino el héroe de... de Aspromonte) no se necesita más que tres cosas: audacia, audacia y audacia. Y esas tres cosas se me salen a mí por los poros a borbotones.

PEPE: ¿También querés ser diputado?

PACO: Y lo seré; te lo aseguro. No te digo que iré mañana al Congreso. No. Para esta elección estoy comprometido con el Ñato. Le prestaré todo mi apoyo. Es muchacho bueno,

che. Merece mi protección. Pero yo no doy puntada sin nudo. En cambio de mis elementos, pediré una banquita en la legislatura provincial, modestamente, como ensayo, para poner a prueba mis aptitudes.

PEPE: ¡Éxito seguro!

PACO: Por lo menos no formaré entre los que sufren la parálisis de las cuerdas vocales. ¡Y cómo abundan, che! Si aquello parece un instituto de sordomudos.

PEPE: ¿Y de allí pegarás el salto?

PACO: ¡Naturalmente! Me convertiré en un amigo incómodo, de esos que conviene alejar cuanto antes y me fletarán para el Congreso.

PEPE: (*Irónicamente*) De modo que harás política... desinteresada, patriótica, de puro sacrificio, por tu provincia, y por tus convicciones.

PACO: A la *dernière!* ¡Eso no lo pongas en duda! Yo soy de la misma posta de aquel (*Señalando el cuadro de Alem*) del ídolo de don Salustio; soy de los que se rompen, pero no se doblan... aunque se doblen las dietas.

PEPE: ¡Adelante los que quedan!

PACO: (*Mirando la botella y las copas*) Pero... servite que yo pago el gasto (*Sirve dos copas*).

PEPE: A la salud de los azahares tucumanos... si es que vos no has dejado los naranjos sin una sola de sus simbólicas flores.

PACO: A la salud... del sablazo con filo, contra filo y punta, que le estoy preparando, para esta misma tarde, con premeditación, ensañamiento y alevosía, a nuestro común amigo Luis...

PEPE: Amén...

Pasan apresuradamente Micaela y Pedro saliendo por el foro.

PACO: ¡Lo dicho! Por aquí... hay olor a cuernu quemau...

Por la izquierda entra Ercilia que va a salir por el foro, cuando se presenta Luis.

LUIS: ¡¡Ercilia!!

ERCILIA: ¡¡Luis!!

Se toman de las manos.

PACO: ¡Mamita! ¿Y tendremos la... paciencia de ver, oír y callar? Volaverum capirusa.

PEPE: O sea –traducción libre–, ¡a volar que hay chinches!

Salen Paco y Pepe.

ESCENA VI

Ercilia y Luis.

LUIS: ¿Y tus viejos?

ERCILIA: *(Con gran sentimiento)* ¡Ahí están!

LUIS: Me temo algo doloroso. Lo vi a papá salir muy agitado ¿Y vos, pichoncita mía?

ERCILIA: El derrumbre sobre nuestras cabezas. Tu padre... nos ha traído la noticia de nuestra ruina. Vos... ¡qué podré decir de vos, después de tus constantes evasivas!

LUIS: Yo te quiero, mi Ercilia, ¡te quiero demasiado!

ERCILIA: ¡Sí, me quieres! ¡Recibo tus demostraciones! Llegaste hasta mí como la culebra que se desliza entre las flores más vistosas

y perfumadas. Te entregué, ingenua, todo mi amor. Me venciste con sutileza y con palabras de almíbar. Y después...

LUIS: ¡¡Ercilia!!

ERCILIA: Hoy se me llenó el alma de júbilo. La presencia de tu padre en esta finca fue para mí un iris de esperanza. Hasta mi padre, que siempre dudó del tuyo, pensó que se iba a sellar en esta sala, el pacto de mi dicha futura...

LUIS: No seas cruel...

ERCILIA: Mi pobre madre, que ya extrañaba tu conducta, sintió que se ensanchaba su corazón... mi pobre madre, esa abnegada mujer que ha pasado su vida entera consagrada a los cariños del hogar... ella que ha vivido mirándose en las niñas de mis ojos... ella, la buena, la santa, que en mi niñez, todavía no muy distante, se pasaba las horas acariciando mi cabecita infantil, contándome cuentos de hadas y de príncipes encantados y diciéndome que un día, cuando yo fuese grande –¡y cómo deseaba serlo!– vendría uno de esos príncipes a golpear a mis puertas y a derramar en esta casa un cofre de oro, con todas las venturas...

LUIS: ¡Ercilia! Yo no te engaño. Espero que llegará un día... ¡Bah! Hice una muchachada y me acuso. Pero...

ERCILIA: A eso llama Vd. futuro doctor en derecho, hombre de fortuna heredada, hombre feliz... a eso llama Vd. “una muchachada” ¡y se mantiene tan tranquilo! Y el honor de una mujer que ingenuamente creyó en el suyo, queda así... tirado a la calle... como despojo inútil de algo que fue...

LUIS: Te juro, Ercilia, te juro...

ERCILIA: ¡No! ¡No jures! No te condenes más de lo que ya te has condenado. Si crees en Dios, si crees en tu conciencia, si te

resta algún sentimiento cristiano... no jures, Luis, no... perjures. Tu padre acaba de robarnos nuestro hogar. Tú me robaste... la honra (*Bajando la voz*).

LUIS: Debes confiar en mi cariño. Llegará un día...

ERCILIA: Para reparar mi honor Vd. no ha debido esperar que llegue un día... ¡Ha debido salirle al encuentro!

Por la izquierda aparece Don Salustio apoyándose en el brazo de doña Deidamia. Ambos avanzan lentamente, simulando no ver a Luis y Ercilia.

ESCENA VII

Dichos. Don Salustio y Doña Deidamia.

DON SALUSTIO: (*Oyendo las últimas palabras*) ¡Tu honor! ¡Y Vd. aquí! Tu honor, hija mía; ¡necesito que me lo digas todo! ¡Qué nueva puñalada es esta, Dios mío!

D^a. DEIDAMIA: ¡Habla, hija, habla como si estuviera aquí tu confesor!

ERCILIA: ¡Oh! Es que es muy horrible, papacito querido. ¡Es que la voz se me haría un nudo en la garganta, madre de mi corazón!

DON SALUSTIO: Hable Vd. entonces. Y hable como varón, mirándome frente a frente. Hable... porque sospecho otra infamia, en el hijo, más grande todavía que la infamia del padre.

LUIS: ¡Don Salustio! No prejuzgue. ¡Vd. no sabe nada todavía!

DON SALUSTIO: Pero lo adivino todo. La miseria se podía soportar. La deshonra... la deshonra no.

LUIS: Un hombre joven puede caer en una falta... ¡Pero Vd. no tiene pruebas! Vd. supone...

DON SALUSTIO: Si tu misma cara, bandido, te está vendiendo. Si te voy a dejar la marca pa todo el resto de tu vida. ¡Ladrón de honras, bandido!

Le va a dar una bofetada, cuando se arroja entre ambos Ercilia.

ERCILIA: ¡Papacito! ¡Papacito!

D^a. DEIDAMIA: ¡Contenete, Salustio! ¡Contenete!

DON SALUSTIO: Dejenmén, dejenmén que lo castigue...

Ercilia empuja a Luis hacia la puerta, murmurando palabras en voz baja.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto, sin el cañaveral. Hora del crepúsculo. En sitio visible un gran cartel, con esta leyenda: POR LAURINDO VÉLEZ - HERMOSA FINCA - PLANTADA DE CAÑA - EL DOMINGO 12 DE OCTUBRE - A LAS 4 Y MEDIA DE LA TARDE - EN LA MISMA FINCA - A SEIS CUADRAS DE LA ESTACIÓN - BASE: PESOS 52.000 - VERDADERA PICHINCHA!! Movimiento de gente en el fondo del escenario.

ESCENA I

Paco y Doña Deidamia, en la galería, sentados en sillas de mimbre.

D^a. DEIDAMIA: El día de hoy le tiene que ser fatal. Por más fuerzas que le dé el Señor pa resistir este golpe, temo que le flaqueé la voluntad y que no resista su corazón. Se viene dominando de tal modo en medio de su desgracia, que eso mismo lo tiene que consumir al pobrecito.

PACO: ¡Quién sabe, Doña Deidamia! No hay que desesperar. Tal vez reaccione. Se han visto muchos casos...

D^a. DEIDAMIA: Salustio no tiene espíritu pa sufrir tantos dolores, amontonaos los unos sobre los otros. Es demasiao pa un hombre de sentimientos como los suyos.

PACO: Pero su naturaleza es vigorosa y ha de resistir mucho todavía. A más, los médicos se equivocan con frecuencia. Pueden haber exagerado el mal de Don Salustio. Con ello... consiguen un gran éxito el día de la curación. Si ellos no agravan la enfermedad ¿qué mérito tiene que curen al enfermo? Hay que hacer el artículo, para que el cliente quede conforme.

D^a. DEIDAMIA: Todo eso lo tomo como un buen deseo de Vd. y como un calmante, para nuestros dolores. Y se lo agradezco en el alma. Hasta en eso me demuestra, Paco, que tenemos en su persona el mejor de nuestros amigos, el que más nos comprende y el más sincero.

PACO: Sí, un amigo que, debido a Vdes. hasta se ha iniciado en el camino de la regeneración. Hace dos meses que se acabaron los *afiles* y que nadie me ve la cara en la mesa del *pockart*. ¡Cómo me extrañarán los catedráticos!

D^a. DEIDAMIA: ¡Quién había de decirlo! ¡Vd. que tenía nombre de tunante; que se complacía en presentarse a los demás como un destornillado sin remedio, Vd. convertido hoy en el amigo cariñoso, abnegado e invariable, que de todos

modos procura proporcionarnos un consuelo!...

PACO: Es que en mí ha podido encontrar Vd. un calavera sin abuela, como vulgarmente se dice; pero con este (*Señalando el corazón*) libre de polvo y paja.

D^a. DEIDAMIA: ¡Y vea lo que son las apariencias! Su amigo Luis tan caballero y tan pulido; tan ajustao a todas las reglas sociales; tan...

PACO: Créame, señora. Luis no es muchacho de mala índole. Yo lo conozco a fondo y sé que es bueno. La ha querido a Ercilia con pasión exagerada, casi con locura...

D^a. DEIDAMIA: No lo defienda, Paco. No malgaste su inteligencia en una causa perdida. Ese asunto, pa mi conciencia de madre, está fallao.

ESCENA II

Dichos. Micaela, Juana y Pedro y varios peones.

PACO: ¡Pero!... ¡Si no fuera Don Leoncio!...

MICAELA: (*Entrando con Pedro y Juana*) Ya han dao el martillazo, señora. La gente ha principiao a retirarse.

D^a. DEIDAMIA: ¿Y qué han pagao esos judíos? ¿Por cuánto se han llevao la finca?

PEDRO: Apenas la base: 52.000. Ni unito más. Un robo, señora.

JUANA: ¡Bandidos! ¡Dejarnos a la calle! ¡Después de haberse sacrificao el patrón a sol y a sombra! ¡Era incansable pa el trabajo!

D^a. DEIDAMIA: A buen seguro que el único postor ha sido Don Leoncio.

Ya habría movido él todos los resortes pa alejar a los demás interesaos. ¡Y quién le puede hacer competencia, si todos temen quedar mal con él! Es el terror de los cañeros...

PEDRO: Después los aprieta en la balanza y les dice que vayan a despuntar... que la caña no servía.

PACO: No han pagado la mitad de lo que vale la tierra pelada. Deveras que es un crimen.

PEDRO: Y la caña va de yapa. niño. ¡Tanto que ha sudao Don Salustio, pa tener esta recompensa! ¡Dios lo ampare!

D^a. DEIDAMIA: ¿Quién hizo las posturas, Pedro?

MICAELE: El gringo Luiggi. Naide más que el gringo Luiggi. Pa eso tiene carta blanca en el ingenio. Hasta dicen que es... socio en la destilería... Ligereza e manos, ¿sabe?

JUANA: Si se lo ha e comer el gobierno...

PEDRO: Pero en el papel que escribió el escribano pusieron que el comprador era Don Luis Ibáñez; el niño Luis...

D^a. DEIDAMIA: ¡De tal palo tal astilla! ya ve, Paco, ya está viendo. ¡Pobre Salustio! Es una nueva herida en el corazón. Más vale que no sepa... Hay que ocultarle mientras sea posible.

PACO: ¡Por qué no se excusaría ese muchacho! Soy el último en conocerlo. Pensaba que era un hombrecito de mejor alma... Confieso que me había equivocado.

PEDRO: ¡Hijo é tigre, niño Paco! ¡Hijo e tigre!... ¡overo tiene que ser! ¡Es de vicio!... Igual al tata.

MICAELE: ¿Y mañana se vamos pa la ciudad?

D^a. DEIDAMIA: Si, m'hija, por el tren de las 10. Es la última noche que pasamos en esta finca, después de doce años de trabajo rudo. ¡Ni la casa, ni el techo, nos han dejao! Bien

podemos decir que no tenemos ni adónde caernos muertos.

JUANA: *(Mirando hacia la izquierda)* Velay el patrón con la niña. *(Aparte)* ¡Pobrecito! ¡Alma e Dios!

PEDRO: *(Aparte)* Está desconocío. Lleva la pena en la cara.

Doña Deidamia y Paco salen al encuentro de Don Salustio, que aparece apoyando una mano en un bastón y otra en el hombro de Ercilia.

ESCENA III

Dichos. Don Salustio y Ercilia.

PACO: ¡Va arribando, Don Salustio! Cada día tiene mejor semblante. Vea esos colores, Doña Deidamia. El mal se va yendo a paso de trote.

D^a. DEIDAMIA: ¡Va mejor! ¡Va mejor, a Dios gracias! *(Enjuga una lágrima a hurtadillas)*. Ya ha pasao la gravedad.

PACO: Si pronto lo vamos a ver bailando chacareras o taloneando un gato con relación.

ERCILIA: Ya se alimenta bien. El doctor decía que esa era la base de una buena convalecencia. Está en muy buen camino.

PACO: Ya pueden Vdes. estar tranquilos y contentos. ¡Qué diablos! ¡Lo primero es la salud!

PEDRO: Y ya estaremos todos a sus órdenes pa ayudarlo de nuevo a trabajar, hasta que Dios le pague sus sacrificios aquí en la tierra... a cuenta de lo que le tendrá reservao allá, en el cielo.

MICAELA Y JUANA:

Iremos todos con el patrón.

VARIAS VOCES: Iremos todos, sí, iremos todos.

DON SALUSTIO: (*Después de un momento de descanso en un sillón de mimbre*) No; Pedro; no, muchachos. Vdes. no irán conmigo. Yo no tengo ya cómo darles el pan. Sigán no más en la finca. Trabajen pa el ingenio. Trabajen con fe. ¡Qué diantre! ¡Que hemos de hacerle! El pescao grande se lo ha comío al chico. Yo caigo derrotao. Queden luchando Vdes. No me sigan. Yo voy a la ciudá como un despojo que sobra en la campaña –rica y fecunda– y que va a aumentar la recua de los desgraciaos que buscan en los empleos de gobierno un refugio pa no morir de hambre... El mendrugo del favor oficial... el quebrantamiento del hombre en el rincón de una oficina... sin horizontes ni esperanzas...

ERCILIA: ¡No se fatigue, papá! No le hace bien hablar de esa manera. Esté tranquilo.

D^a. DEIDAMIA: No te conviene agitarte así. Ve, Pedro, retírense a la cocina. Vdes. tienen la culpa, se impresionan demasiado.

PACO: Ya tendrá tiempo, Don Salustio, de *discursiarlos* después (*A escondidas se pasa la mano por los ojos, aunque afectando hablar en broma*).

DON SALUSTIO: Dejalos, vieja, dejalos... Que no se vayan todavía. Son mis amigos, son mis fieles amigos. Me quieren. Dejame que les diga adiós. Mañana me iré pa siempre de estos sitios. Dejame ver esta tierra con el último vislumbre de la oración, rodeado de todos los que me quieren. Ya llegan las sombras de la noche. Pero son más negras las que llevo en el corazón.

VARIAS VOCES: ¡Pobrecito! ¡Qué injusticia!

PACO: (*Aparte*) ¡Si el bandido de Luis viera este cuadro!

D^a. DEIDAMIA: (*Aparte a Paco*) Le ha subido la fiebre. ¡Se nos va, Paco, se nos va! El corazón le va a aflojar. El médico dice siempre que en el corazón está el peligro. Se puede quedar en un segundo.

Los dos conversan un momento en voz baja y sale Paco en silencio, por la derecha, con el sombrero en la mano.

ERCILIA: ¿Está mejor, papá? ¿Se encuentra más fuerte?

D^a. DEIDAMIA: (*Aparte a un peón*) Acompañalo, Arsenio, llévalo en el sulki.

MICAELA: ¿Tiene algo que mandar, señora? Ocupemé. Le quiero ser útil.

D^a. DEIDAMIA: ¡Que no lo agiten más al pobrecito! No le den conversación. Está muy delicado.

DON SALUSTIO: Ya está brotando la caña. La tierra está llena de vida. Principia lindo la primavera. La naturaleza renueva su savia, revive y nos promete otro año de abundancia, de riqueza. Ella no conoce nuestras miserias, ni sabe nada de nuestros dolores. El hombre sí, lo sabe. Pero el hombre se declara impotente... Los plantadores nos vamos. Nos tragan los trapiches. Los ingenios crecen y crecen y no hay ley que nos ampare; ¡no hay gobiernos que nos tiendan una mano protectora! La tierra será de unos pocos. El porvenir es negro. El pequeño propietario desaparece. No se hablará del sepulcro de los tiranos... (*La voz se le apaga en la garganta*). Se hablará de la tiranía de los trapiches, del sepulcro de los cañeros, del acaparamiento de la tierra; del yugo del capital.

ERCILIA: ¡Por favor! papacito, ¡por favor! No gaste así sus fuerzas. Mire que se va a atrasar de nuevo. Cuide su salud. Nosotras estamos resignadas con nuestra suerte. Vea cómo estamos tranquilas su vieja y yo. Siga el ejemplo y sobrepongase a estas miserias.

D^a. DEIDAMIA: Tenés razón, mi hija. Atendé esas razones, Salustio. Vos mismo te estás haciendo mal.

ERCILIA: Vaya a recostarse, papacito. Ya se siente el rocío de la noche Hay mucha humedad. Le puede hacer daño. Fíjese en lo que está haciendo Tome el jarabe que le mandó el doctor y póngase en cama, a descansar, tranquilo.

D^a. DEIDAMIA: Mañana te despedirás de toda esa buena gente y darás el adiós a la que fue nuestra finca. Ahora descansá, reponete.

ERCILIA: Por hoy no piense en otra cosa que en el cariño de su hija. Consérvese para ella, viejo querido.

Lo toman de los brazos Doña Deidamia y Ercilia.

DON SALUSTIO: Aquí va un vencido... a pordiosear un mendrugo en la ciudad... (*Viendo visiones*) La serpiente... la serpiente... se enrosca al cuello... aprieta... aprieta los anillos... sofoca... sofoca...

D^a. DEIDAMIA: ¡Salustio! ¡Salustio!

DON SALUSTIO: Aprieta... sofoca... sofoca...

Salen.

ESCENA IV

Dichos, menos Doña Deidamia, Don Salustio y Ercilia.

Después Paco.

MICAELA: ¡Que la Virgen del Carmen se compadezca de nosotros!

JUANA: ¡Tan bueno y verlo en ese estao!

VARIAS VOCES: ¡Por un perro judío! ¡Él que es tan bueno! ¡Pobre Don Salustio!

PEDRO: (*Acariciando el cabo de su cuchillo*) ¡Si es como pa que se pierda un hombre! ¡Si Don Salustio me hubiera hecho una señita no más! ¡Si me hubiese dejao hacer mi gusto! ¡A esta hora no estarían tan tranquilos, gozando e la buena vida en la casa de Don Leoncio!

MICAELA: Con una desgracia más, nada se habría remediao.

PEDRO: ¡Quién sabe! ¡Vos no sabés las cosas que se dicen! Cuentan que tiene vendida el alma al diablo. Lo que me han relatao y lo que estos ojos han visto es como pa asustar al más corajudo.

JUANA: ¡No diga, Pedro!

MICAELA: ¡Ave María Purísima!

UNA VOZ: Sin pecao concebida.

MICAELA: Cuento, Pedro. ¡Ai ser cosa fiera!

PEDRO: ¡Fiereza, la verdá! (*Bajando la voz y mirando en derredor con desconfianza*) La otra noche estábamos en la casa de mi comadre Ufrosina, al otro lao de la Loma Pelada, junto a aquel cevil que se ve ahisito nomás; estábamos sentaos en la puerta é la cocina, mateando y tocando la guitarra, alegraos con un bote e giniebra que se había agenciao en la pulpería é don Eloy mi compadre Rivadeneira. Habíamos pasao largo rato e jarana y ya nos disponíamos a rumbear cada uno pa su colchón, cuando sentí pa el lao de la ramada un ruidaje que me hizo parar

las orejas y enderezar los pelos como copete e machilo alborotao.

MICAELA: ¿Y qué era, Pedro?

PEDRO: Eso mismo le pregunté yo a mi compadre Rivadeneira, que me contestó con una carcajada e risa, creyendo que la giniebra me había *machao* y que estaba viendo visiones.

UNA VOZ: ¡A la fija! ¡Machadura y trompezones!

MICAELA: *(Al que habla)* Deja que cuente.

JUANA: ¡Andarían espantando!

PEDRO: Ya verán que no era la macha la que me había hecho sentir aquel ruido. Ni bien se había reído mi compadre, que es medio tardío del oído, cuando mi comadre dio un grito atroz. Ella también había sentido que se movía una cosa en la ramada, pero mi compadre volvió a largar otra carcajada e risa. “No ven que son las ucuchas, que andan corriendo entre las ramas?”, nos dijo. No había acabao de hablar mi compadre cuando se nos cortó a todos el resuello, porque vimos en la escuridá dos ojos que parecían dos linternas.

MICAELA: ¡Chui!

JUANA: ¡Luces malas!

UNA VOZ: ¡Cosas de brujería!

PEDRO: Solo mi compadre seguía haciéndose el tranquilo. “Es un sapo rocó –nos decía–. No sean moraos!” pero le temblaban las piernas, y tocaba redobles con los dientes. “Güeno –le dije entonces–, si es hombre, arrímese a la ramada y tráiganos al sapo rocó en la punta del cuchillo”.

MICAELA: ¿Y se animó?

PEDRO: ¡Di ande! ¡Cualquier día iba a hacer esa gauchada! Redepente, el ruido se hizo más juerte y sentimos clarito una voz que decía: “Perdóneme, patrón; por mis hijos; por mis hijos” y en seguida pasó junto a nosotros, ligerazo como un refocilo... un bulto del grandor de una mula.

MICAELA: *(Interrumpiendo)* ¡La mula ánima!

PEDRO: No; la mula ánima, echando juego por las narices y los ojos, nos habría asustao menos, aunque dicen que es la alma de un cura que llevó muy mala vida... Pasó junto a nosotros un animal mucho más fiero. Mi comadre, con los brazos en cruz, besaba la tierra y gritaba: “¡El tigre uturunco; favorézcenme; el tigre uturunco!”. ¡Y era un tigre, mesmito! Con una cola y unas orejas que de tan fieras hacían helar el tuétano entre los huesos.

JUANA: ¡Santo Dios!

PEDRO: Pasamos toda la noche a lo gallo. Naides pudo dormir. Al alba del día siguiente, supimos que de la finca e Don Uverter había desaparecido un peón, sin que naides supiera qué había sido del. Y hasta hoy no se ha sabío. Cuando nosotros referimos el caso al comisario, que nos tomó declaración, esa viejita que cura con palabras, ¿saben? la Candelaria, nos dijo que hablásemos despacio pa no comprometernos, porque las cosas que... habían pasao esa noche no eran de las que puede arreglar la polecía. Y entonces nos contó que todos los años, pa el fin de la cosecha, desaparece un peón sin que naides sepa qué ha sido de su vida. Es que se lo come el tigre, porque no puede vivir sin carne humana. Y no deja rastros. Bajando más la voz, toavía, nos dijo la Candelaria: “Ese tigre es... el patrón del ingenio. Es Don Leoncio. Está cordenao.

Tiene el alma vendida al mandinga. Y se vuelve tigre pa tragarse un peón tuitos los años”. ¿A quién le tocará el turno en la otra cosecha? ¡Ánima bendita!

VARIOS: ¡Ánima bendita!

Murmullo general al terminar el relato.

PEDRO: (*Acariciando nuevamente el cabo del cuchillo*) ¡Si Don Salustio me hiciera una señita nomás! ¡Se acababa el tigre! ¡garantido!

Se sienten ladridos de perros.

JUANA: ¡Los perros están toreando!

PEDRO: ¿Quién estará llegando a estas horas? ¿Algún forastero?

MICAELA: ¡Ah! Ai ser el niño Paco, que salió con Arsenio en el birloche.

PEDRO: ¡Cierto! Y antes de salir, se secretió con la patrona.

JUANA: Habrá ido a ver si está el dotor en la villa.

MICAELA: ¡Difícil, en día domingo!

JUANA: ¡Quiera Dios que venga con él, porque Don Salustio está malísimo!

Se sienten sollozos dentro.

MICAELA: Los sollozos de la niña parten el alma.

JUANA: Si el Señor se lo lleva, nunca va a tener consuelo.

MICAELA: Tampoco ¡no hay dos padres como él! Siempre tan carnal y tan paciente.

Vuelven a ladrar los perros.

JUANA: Siguen toreando los perros.

PEDRO: Ya se siente la voz del niño Paco.

Suena a lo lejos un toque de oración.

MICAELA: ¡¡La oración!! (*Persignándose*).

Las mujeres se hincan y rezan. Los hombres se quitan el sombrero. En el mismo momento entra un sacerdote con el viático y un monaguillo. Paco que ha entrado con el sacerdote y con un médico pasa hacia las habitaciones rápidamente con este último.

PACO: ¡Siga, doctor! No perdamos tiempo.

Poco después vuelve a salir. Siguen los sollozos dentro.

(*Desde la galería*) Padre Juan: ¡hemos llegado tarde! Roguemos por el alma de Don Salustio.

TELÓN

Dorrego

David Peña

> Dorrego

Drama histórico en cuatro actos.

Representado por la compañía Serrador-Marí en el teatro de la Victoria en agosto de 1909.

PERSONAJES, POR ORDEN DE ENTRADA

REDACTOR 1º	PADRE CASTAÑEDA	FEDERICO RAUCH
REDACTOR 2º	ORADOR	ELÍAS
REDACTOR 3º	UN CRIADO	AGÜERO
EL MUDO	AGUIRRE	LAVALLE
MUCHACHO	CASTANÓN	EMPLEADO 1
REGENTE	ARACATY	EMPLEADO 2
UNA NEGRILLA	ROJAS	EL NEGRO
DON GABINO	GUIDO	LÓPEZ
DOÑA BRÍGIDA	SOLER	JEFE 1
DORREGO	ARANA	JEFE 2
ROXAS Y PATRÓN	SOLDADO	JEFE 3
MANUEL MORENO	PINEDO	GENERAL LAMADRID
CAVIA	JUAN C. VARELA	PADRE CASTAÑER
EL CIEGO	GALLARDO	ACHA
JOSÉ TARTAZ	CAPITÁN	
CORONEL BALCARCE	TENIENTE	

ACTO PRIMERO

DORREGO, OPOSITOR

Sala espaciosa que comunica a la izquierda con la administración y a la derecha con la imprenta del periódico El Tribuno. Se entra y sale por el fondo. Dos mesas, diarios, sillas, sofás. Un gran retrato de Dorrego. Tres empleados de redacción trabajan, toman mate, conversan. El regente entra y sale por la derecha.

ESCENA I

Redactor 1º, Redactor 2º, Redactor 3º, El Mudo de los Patricios, Muchacho, Regente.

REDACTOR 1º: ¿No ha pasado la negra de las tortas?

MUCHACHO: No, señor.

REDACTOR 1º: Comprale un real cuando la veas.

El Mudo quiere acompañar al Muchacho, pero se detiene cuando el Redactor lo llama bruscamente.

¡Mudo!

El Mudo es un tipo ligeramente idiota; se ríe siempre. Tiene vislumbres de inteligencia. Modula con dificultad; a veces se le entiende una que otra palabra.

MUDO: ¡... or ... ¡

REDACTOR 1º: ¡Firme!

El Mudo se cuadra.

Llevá el mate.

El Mudo sale por la izquierda.

REDACTOR 2º: ¡Qué bárbaro artículo este del *Diablo Rosado!*...

REDACTOR 1º: Eso no va con nosotros. ¿Qué dice *El Mensajero*?

REDACTOR 2º: No lo he leído todavía.

REDACTOR 3º: Aquí tengo un sinapismo del coronel...

REDACTOR 2º: ¿De qué trata?

REDACTOR 3º: De los diputados que cambian el texto de sus discursos, mandándolos muy bien escritos desde sus casas. ¡Ja! ¡ja!...

REDACTOR 2º: ¡Ja!... ja!... Eso le va derecho a Agüero.

REDACTOR 1º: Yo creo que también a Gorriti... ¡*El Tribuno* no se anda con indirectas!

REGENTE: (*Apareciendo*) Me falta "Exterior"...

REDACTOR 1º: Ya le daremos. Aquí tiene este comunicado del doctor Ugarteche... ¿Hay pruebas?

REGENTE: En seguida habrá. (*Vase*).

REDACTOR 1º: (*Al Muchacho*) Apuralo al Mudo.

REDACTOR 3º: ¿Cómo diablos habrá hecho el coronel Dorrego para conseguir la reconciliación del fraile Castañeda con Cavia?

REDACTOR 1º: Porque su influencia sobre Cavia ¡es decisiva!...

Entra el Mudo. Pausa.

REDACTOR 2º: Decime, Mudo, ¿hace mucho tiempo que conocés al coronel Dorrego?

El Mudo hace signos de afirmación y luego muestra siete dedos.

REDACTOR 1º: ¿Siete? ¡Siete años!

El mudo hace signos de afirmación.

¿Has peleado con él? ¿Te has encontrado en algún combate bajo sus órdenes?

MUDO: ¡...Oh! ¡...! ¡...!

REDACTOR 2º: Dice que sí...

REDACTOR 1º: ¿Y es muy bravo el coronel Dorrego? ¿Por qué lo querés tanto?

El Mudo hace manifestaciones de admiración y concluye tocándose el corazón y la cabeza como expresando que por ambas cosas admira a Dorrego.

REDACTOR 3º: ¿Usted le entiende? Dice que el coronel Dorrego tiene cabeza y corazón...

MUDO: (*Satisfecho de haber sido entendido*) ¡...! ¡...! ¡ó... arr... vida !...

REDACTOR 1º: ¡Bravo! ¿Que por él darías tu vida?

REDACTOR 3º: ¡A que don Bernardino no arranca esta declaración de bicho viviente alguno!

REDACTOR 2º: Vaya una gracia... ¿Quién se le acerca a ese virrey ?

REDACTOR 3º: ¡No es tan fiero...

REDACTOR 2º: ¿Que no es feo?

REDACTOR 3º: ... el león como lo pintan !

REDACTOR 2º: ¡Ah !

REDACTOR 3º: Pues yo me le he acercado ayer mismo, en momentos que entraba a la Fortaleza. *(De pie, imitando cómicamente, haciendo muy grave y hueca la voz)*. ¡Lo hubieran visto! “Pase usted, señor...” “¿Qué desea usted, señor?... ¿En qué puedo servir a usted, señor ?...” ¡Me había tomado por obispo! No pude hablar mucho con el hombre porque se le acercó y lo rodeó y me lo quitó de repente una avalancha de personajes que salieron del despacho del doctor Agüero. Para mí que hay mar de fondo...

REDACTOR 1º: ¡No, hombre! ¡Son las tertulias de todos los días de esos viejos pelucones!

REDACTOR 3º: ¡No señor! también el elemento joven estaba alborotado.

ESCENA II

Dichos, una Negrilla.

Entra por el foro una Negrilla. El Mudo la recibe y luego la conduce ante el Redactor 1º.

REDACTOR 1º: ¿Qué hay ?

NEGRILLA: ¡Manda decir mi ama la señora Encarnación, que van dos veces que le llevan *El Tribuno* muy tarde!... Que lo necesita más temprano... Que ella sabe que otras personas de la

cuadra lo reciben más temprano... Que si no lo pueden mandar más temprano, ella se quejará al editor... Que lo necesita leer más temprano, porque ella sabe las cosas por otros señores y que ella se levanta siempre temprano y que entonces es como si no estuviera abonada, porque si está abonada es para leerlo como las demás personas: más temprano...

REDACTOR 1º: ¡Muy bien !... *(Enfática, cómicamente)*.

NEGRILLA: Me dijo también mi ama que si no podía darme usted *El Tribuno* que va a salir, porque le han dicho que hay una cosa que ella quiere leer y que tenía muchas ganas de leer...

REDACTOR 1º: ¡Muy bien!... *(Con el mismo tono solemne)*.

NEGRILLA: La señora Encarnación quiere este diario porque se lo manda en seguida al amo a la estancia y el amo le ha dicho que no deje de mandárselo a la estancia... Por eso mi ama...

REDACTOR 1º: ¡Muy bien!... *(Llamando)* ¡Mudo!

MUDO: *(Acude en seguida, riendo)*. ¿...or...?

REDACTOR 1º: Decile a Peñaflo que la señora doña Encarnación Ezcurra de Rosas se queja de que le llevan tarde el periódico... Que atienda el reclamo, y si esta muchacha ha terminado el discurso, la acompaña, la aplaudes y la despides... ¿Entiendes?

El Mudo se coloca al lado de la Negrilla y la acompaña. Después atraviesa y va hacia la izquierda.

NEGRILLA: *(Desde la puerta)* La señora Encarnación...

REDACTOR 1º: ¡Muy bien! *(Siempre con gravedad cómica)*.

REDACTOR 3º: Voy a dar una vuelta por la fortaleza. Vuelvo enseguida. *(Vase)*.

REDACTOR 2º: Doña Encarnación, politiquera siempre.

REDACTOR 1º: Anteayer la vi muy de mañana, tomando mate y deteniendo en el zaguán a toda negra que pasaba. Charlaba con una, le sacaba todas las noticias que podían interesarle y luego detenía a otra, y así hasta nunca acabar. Alcancé a oír que le decía a una: “Vea, doña Nicéfora, que estoy muy enojada con usted. Antes usted me refería todo lo que pasaba en casa de esos locos donde usted sirve; y ahora se me ha retirado de mi lado. Venga, tome esos reales”...

REDACTOR 2º: ¡Si es más hábil que don Juan Manuel!...

REGENTE: ¡Pruebas! (*Trayendo más*).

Don Gabino por foro.

ESCENA III

Dichos, Don Gabino.

DON GABINO: Ave María...

REDACTOR 1º: ¡Adelante !

DON GABINO: ¡Buenos días, señores !

REDACTOR 3º: ¡Hola, don Gabino; tan perdido! ¿Cómo le va yendo ?

DON GABINO: Así no más, como la taba sin suerte... ¿Y el coronel ?

REDACTOR 2º: ¡Salud, señor don Gabino! Cada día más joven y buen mozo! ¿Qué se cuenta por ahí? ¿Cómo van esas haciendas?

DON GABINO: Ustedes son los pimpollos... ¿Qué he de contar, pues? ¡Lo de siempre! Que si nos descuidamos, la ciudad va a comer ratones en vez de carne.

REDACTOR 3º: Seguro que el gobierno es el que tiene la culpa...

DON GABINO: Avise, amigo, si me ha tomao pa la tarantela. ¡Claro que el gobierno es el que tiene la culpa!...

REDACTOR 3º: ¿De que no haya carne?

REDACTOR 1º: Eso es por buscarle la boca, Don Gabino.

DON GABINO: Vea, aparcero: la sociedad de abastecedores hace lo que se le da la rial gana. ¡Se le ríe al gobierno en las mismas barbas! Largue el gobierno este un decreto obligando a esta sociedad a entregar la carne necesaria, o sea unas 300 cabezas diarias; a que se venda al menudeo a rial y medio y a que se venda en los mercaos del centro y del oeste y en las plazas de las Artes, del Temple, de Marte, de Lorea, del Buen Orden, del Comercio y de la Independencia, como también en los huecos e los Sauces y doña Engracia, y usted verá si el pueblo se sigue quejando y si la tal sociedad se sigue riendo.

REDACTOR 3º: ¿Sabe que tiene razón, amigo?

DON GABINO: ¡Claro que la tengo, como que bablo de lo que sé, lo que es de mi ramo, al fin y al cabo! Le aseguro que el paisanaje esta con ganas... ¡Esto no es gobierno! El tal señor Rivadavia nos ha resultao lo mesmito que un rey de las Uropas... ¡Ahí se me ha juído el otro día una tropilla y me la han orejiao con una presteza bárbara! ¡Amigo... como si el gobierno fuera cuatrero e profesión! Y aquí me tiene que lo quiero ver hace cinco días al tal presidente... ¡y ni sombra! ¡Pa qué gobierna si no sabe recibir a los humildes? ¡Que no es posible, que no es posible y que no es posible! es lo que me dicen los negros y los melicos e la fortaleza. Ya he perdido la pacencia, y quiero hablar con el coronel ¡qué demontre!

REDACTOR 1º: No ha de tardar. Espérelo un rato. Siéntese don Gabino.

DON GABINO: Si no he d'incomodar... (*Sentándose. Pausa*). Diga: usted hay e saber: ¿Es cierto que el coronel Dorrego anda bien con los gobernadores de arriba?

REDACTOR 1º: Nunca anduvo mal, Don Gabino. El coronel Dorrego es hoy por hoy el hombre más popular en las provincias, en los pueblos de arriba y en esta capital.

DON GABINO: Así lo creo yo también... *(Pausa)*.

REDACTOR 1º: ¡Mudo! *(Llamando)*.

El Mudo aparece y se cuadra.

Ve quiénes hablan ahí afuera. Que entre quien sea.

Sale el Mudo.

Sírvase un mate, Don Gabino.

DON GABINO: Vaya, mozo: le haremos gusto...

El Regente entra y vuelve a salir llevando material de la mesa del Redactor 2º.

REDACTOR 2º: ¡Ya he concluido!

ESCENA IV

Dichos, doña Brígida (negra), con una canasta llena de tortas.

MUDO: ¡...or! ¡... or! ¡... aer!

REDACTOR 1º: ¡ Al fin... asomó la luna ! ¿ Y por qué se ha hecho desear tanto doña Brígida? ¡Vengan esas tortas!

BRÍGIDA: ¡Ah, mi amito! ¿Con que se está acostumbrando, no? A todos nos gusta lo bueno. ¿Cuánto quiere?

REDACTOR 1º: Deme un real. De las buenas. De esas especiales que le prepara al presidente.

BRÍGIDA: Déjeme, niño, de ese sapo é el Diluvio. No lo puedo ver a ese hereje ni pintao.

REDACTOR 1º: ¿ Y a ese no le ha tirado las cartas?

BRÍGIDA: ¿Tirarlo? ¡De las patas, si se descuida! No veo las horas de que suba al gobierno el coronel y que Dios me lo conserve. Al fin él nos ha de dar lo que es nuestro; mientras que el tal señor don Bernardino no tiene ni pisca de lástima e los pobres. ¡Él decente! Y a mí me han dicho que se enredó con los gringos en un negocio e minas más sucio que un matadero.

REDACTOR 1º: ¡Doña Brígida! ¡doña Brígida! No hable así del presidente de la república. Vea que el señor Rivadavia no aguanta muchas pulgas.

BRÍGIDA: Pulgas no aguantará porque las pulgas saltan; ¡pero otra clase de bichos !... ¡No me diga! Así ha dejado de desesperada a mi comadre Asunción, la del hueco e las Ánimas, porque la leva le ha llevao su único hijo. ¡Pobrecita! ¡Se necesita no tener entrañas! ¿Y pa qué enganchan más gente? ¡Vamos a ver! ¿No han arruinao bastante con esa maldita guerra el Brasil? ¿No dicen ellos mismos que l'han ganao? ¿No es que están golpiándoles la boca a los brasileros? ¿ No es que ese doctor García acaba e traír la paz?

REDACTOR 1º: ¡Ay vieja!, mejor es que no hable de la paz del doctor García...

DON GABINO: ¿Por qué?

REDACTOR 1º: ¡Porque de esa paz resulta que la provincia oriental queda convertida en provincia brasilerá!

DON GABINO: ¿Qué dice ?

BRÍGIDA: ¿No le dije? Ahí está. ¡Los orientales dependiendo de los macacos! ¡Es lo que nos faltaba! Después de todo lo que ha hecho Artigas, que yo conocí como a mis manos y después de la bravura de mi compadre Lavalleja y de mi sobrino Rivera, ¡ahí tiene usted! Dígame si valía la pena que Alvear les arrebatase la

Marcha de Ituzaingó... Qué linda es, ¿no? ¿Ustedes no la conocen?... ¡Oigan! Me la enseñó un morenito é la banda, hijo de un compadre mío. *(Tararea la marcha de Ituzaingó y se entusiasma recogiendo las polleras discretamente y recorriendo la escena al ritmo de la música)*. ¿Por dond'iba? ¡Ah! de qué vale que el almirante Brown, también comprador mío, y muy comprador de un café que yo le sacaba al fiao a un gringo que tiene una ballenera que se llama *Negra linda* de cuando yo era joven... ¿Qué estoy diciendo? Si hasta pierdo la cabeza cuando empiezo a hablar de este pícaro que se ha encaramao al poder. ¡No! Si lo hemos de voltear. Aunque sea a cascotazos. ¡No faltaba más! ¡Montevideo de los brasileros! ¡Si amasa le liga un bollo! ¡Que los surzan a los macacos, como dice mi comadre!...

REDACTOR 1º: Que se le ladea la carona, ña Brígida.

BRÍGIDA: ¡Jesús, María y José! lo que me hace decir ese mandinga, traza de barril con patas.

REDACTOR 2º: Déjese de tanto maldecir al señor Rivadavia y hablemos de otra cosa. ¿Y las cartas? ¡Un tirito aunque sea! ¿A que no las ha traído?

BRÍGIDA: ¡Qué niño este! *(Pausa)*. ¡Sí! Aquí las tengo.

REDACTOR 1º: Usted es adivina, ¿verdad? ¿Cómo hace?, ¡vamos a ver! Aquí, aquí estamos como en familia y nadie se va a enterar...

BRÍGIDA: No, hijito; yo no soy la que usted piensa, ni tengo brujerías, ni nada de eso... Son cosas que han propalao pa hacerme mal... El otro día me llamó el señor obispo y me reprendió: “Brígida –me dijo muy serio–, mirá que por esas mismas faltas la Inquisición quemaba a las brujas y a las hechiceras”. “Pero, señor –le dije–, sí yo no hago esto por ganar plata!”... “No importa, Brígida, Satanás te llena de otros recursos!...” “Pero, señor, si yo no tengo ninguna clase de recursos de

Mandinga ni de la iglesia; si yo soy muy escasa de todos los menesteres; si tengo quirme todas las mañanitas hasta los Corrales pa que me den un pedazo é pulpa...

DON GABINO: ¡Eso es cierto; yo lo veo con mis mismos ojos!

BRÍGIDA: ¿Ve?

REDACTOR 1º: Bueno; déjese de tanto obispo, y cuéntenos aquí en secreto. Enséñenos eso que usted sabe. Cómo hace. ¡Vamos a ver!

BRÍGIDA: ¡Oh! si esto no se puede enseñar, niño.

REDACTOR 1º: ¡Pucha que tiene vueltas!...

BRÍGIDA: No es eso; lo que le quiero decir es que... se nace así con este don. Le voy a mostrar un ratito para que no se enoje. ¿Qué quiere saber? Diga. *(Saca las cartas del mugriento semidesnudo seno de donde ha extraído antes cigarros, restos de trapos y menudencias, todas sucias y las extiende sobre la mesa)*. ¿Qué quiere saber?

REDACTOR 1º: Si me irá bien con una gringuita de acá a la vuelta, que usted ha de conocer, que trajo un pulpero de Las Conchas y que pasa por sobrina suya.

BRÍGIDA: ¿Mía?

REDACTOR 1º: No, hombre; sobrina del pulpero y que yo le ando arrastrando el ala desde que...

Se oyen Voces. La negra se apresura a recoger las cartas.

DON GABINO: ¡Ahí viene el coronel!... Corno siempre, con una punta é señores.

REDACTOR 1º: *(Oyendo)* Sí, es él...

BRÍGIDA: ¡Ahí viene! Será otro día... Bueno, hijitos, y muchas gracias ¿no? ¡Qué irá a decir el coronel si me ve que los estoy molestando! Adiós, hijitos... Adiós, paisano... Adiós todos...

REDACTOR 2º: Adiós, suerte...

DON GABINO: ... negra... noche cuando truena.

ESCENA V

Entra Dorrego vestido de particular, acompañado de Roxas y Patrón, de Manuel Moreno y de Cavia. Voces afuera.

BRÍGIDA: Mi amito: que Dios me lo conserve tan lindito como lo veo.

CAVIA: Anda, buena pieza.

BRÍGIDA: ¡Je! ¡je! ¡je! ¡Qué don Pedro Feliciano este!...

DORREGO: *(Entrando)* ¡Inicuo! ¡Absurdo! El comienzo del fin. ¡Hola! *(Saludando a los redactores; después a don Gabino)* ¡Amigo viejo!... ¿Usted por aquí? Ya hacía tiempo que no lo veía... *(Habla en voz baja con don Gabino)*.

CAVIA: *(Entregando unas cuartilla al Redactor 1º)* Lo prometido. ¿Hay pruebas?

REDACTOR 2º: Las acabo de corregir, señor...

DON GABINO: *(Alto)* ¡ Como tabla !

DORREGO: ¿Puedo tener confianza en sus amigos de los Corrales?

DON GABINO: ¡A eso venía, precisamente! Toda esa gente le pertenece, señor.

DORREGO: Usted me ha de acompañar a visitarlos uno de estos días, aunque estoy previendo que los acontecimientos nos van a atropellar... No nos van a dar tiempo...

ROXAS Y PATRÓN:

(A Moreno) En esos términos, la paz es inadmisibile en

realidad. Ya ve usted que la victoria de Ituzaingó no es definitiva, como tanto me empeño en demostrarlo. ¿Qué victoria es esta que nos obliga a mendigar la paz, y una paz tan bochornosa? El general Alvear...

CAVIA: *(Al Redactor 2º)* El coronel Dorrego escribirá sobre ese tema...

DORREGO: ¿Qué tema?

CAVIA: Contra la leva.

DON GABINO: Precisamente, quería anunciarle, coronel, que un pobre viejo, amigo mío, va a venir a referirle lo que le ha pasao con el único hijo que tenía. Va a venir aquí mesmo...

DORREGO: Lo atenderé con mucho gusto. Prepáreme entonces esos ánimos y sepa que hoy más que nunca necesitamos estar unidos. La patria pasa por momentos muy difíciles, amigo don Gabino.

MORENO: *(A Roxas)* ¿Valía la pena de tanto y tanto sacrificio para que el resultado final fuera esta ignominia?

DORREGO: Pues les decía a ustedes que esta paz, este proyecto de paz del doctor García con el emperador, por el que la Banda Oriental queda como una provincia brasilera, es la ruina completa del gobierno de Rivadavia. ¡Hasta las piedras de Buenos Aires y de la república entera se van a conmovier! ¡No ha sido bastante para su hundimiento que el tal presidente baga sancionar la constitución al trote como entierro de pobre!... ¡Que nos despertáramos un día con la noticia de que teníamos un ejecutivo nacional en la casa, metido no sé por dónde!... ¡Que hayan mandado locos de sable a derrocar gobernadores de provincia que ningún mal les hacían!... ¡y que se haya metido a negociar los bienes del interior como bienes de difunto! ¡Ahora quieren humillar esta patria, echándola a las plantas del Brasil! Eso es no conocer el pueblo que

gobiernan. Es olvidar a qué clase de raza pertenecemos. ¡La patria no es propiedad de los que mandan!

DON GABINO: ¡Bravo, mi coronel! ¡Es el mismo que en su juventú ayudó a los chilenos a independizar su tierra!

CAVIA: Y a los españoles a morder el polvo en las derrotas de Tucumán y Salta.

DORREGO: ¡Oh!... Los éxitos de la guerra no son los mejores timbres de una vida, mis amigos. ¡También las derrotas empapadas en martirios son gloriosas!

ROXAS Y PATRÓN:

¡Pero usted, señor coronel, es un luchador en todos los terrenos y de todos los momentos! Después de manejar la espada, blande la pluma del periodista y vibra la palabra en la tribuna parlamentaria y en las plazas...

DORREGO: ¡Por las libertades de la patria, por la dignidad de mis conciudadanos! ¡Y así he de proseguir hasta que el cielo me de alientos! (*Se apercibe que el Mudo conduce con cuidado a un viejo Ciego que viene acompañado de un lazarillo*). ¿Qué ocurre?

ESCENA VI

Dichos, el Ciego.

CIEGO: Ave María Purísima.

DON GABINO: ¡Es mi ciego!... ¡Pobrecito! Este es, coronel, el pobre viejo de que le hablaba...

DORREGO: Entre, paisano.

CIEGO: Coronel...

DORREGO: Descanse, amigo...

El Ciego, agitado por la emoción, hace una pausa y luego dice:

CIEGO: ¡Señor: me han llevao mi hijo!... ¡Me han llevao mi hijo, señor!... ¿Pa qué lo quiere el gobierno? ¿No tiene ya bastante gente... bastantes hombres, bastantes soldados? Uno más, ¿de qué sirve? ¡Y este que es como una gota de agua en un río pa ese gobierno, es el que yo tenía para saciar mi sed, señor! ¡Yo, con él, estaba hasta con luz en los ojos! Si es cierto que Dios me quitó la vista, me dio en cambio un hijo que no hay otro en toda la tierra; porque este hijo e mi vida era mi mundo y mi gloria, señor... ¡Es un pedazo de mis entrañas lo que me han llevao!...

DORREGO: Bueno, viejo; no hay que afligirse tanto, ni creer que el mal no tenga remedio...

CIEGO: (*Con extraña decisión*) No; si yo no estoy desesperao. ¡No!, si decía no más... Si yo no he dicho nada contra Dios. (*Pausa*). ¡Pero... si mi hijo no viene!... si no me lo devuelven... si me lo han llevao pa dárselo a las balas é los brasileros... si cae en el combate y me lo agarran los caranchos apenas haiga boquia!... si se me pudre en el campo é batalla... (*Con voz terrible y encubierta*) ¡entonces!...

DON GABINO: Calmesé, viejo...

CIEGO: Entonces... nos veríamos las caras con el mismo Dios, se lo aseguro... ¡Porque lo que son los hombres... ninguno me bastaría pa abrirlo y chuparlo y hacerlo tiras con los mismos dientes!...

DORREGO: (*Á Roxas*) Ahí tiene usted el más cruel proceso contra las levas... Tranquilícese, viejo. El cielo no ha de querer enloquecerlo más de lo que está...

MORENO: Infeliz... (*Pausa*).

Dorrego se sienta y escribe.

CIEGO: ¿Por qué les gustan las guerras a los gobiernos? ¿Por qué les gustan las batallas a los hombres?... ¡Pa enriquecerse!

CAVIA: Los niños y los...

DON GABINO: *(A Cavia)* Y no hay duda que acabará por enloquecerse. ¡Pobrecito!.. *(Se acerca al Ciego y le habla en voz baja)*.

REGENTE: Últimas pruebas...

CIEGO: ¿Sí?... *(A don Gabino)*.

Este contesta del mismo modo.

¿Escribiendo?...

ROXAS Y PATRÓN:

Si el señor Rivadavia viviera más en la tierra y menos en las nubes, gobernaría de acuerdo a los hombres, a la naturaleza humana y no a la de su inconmensurable vanidad...

MORENO: Rivadavia es la utopía andando. No ve más allá de sus narices y quiere hacer creer que gobierna mirando al porvenir.

ROXAS Y PATRÓN:

¡Vea, doctor Moreno: la caída de este hombre es inevitable!

MORENO: Ya nadie duda de que caerá.

CAVIA: *(Aproximándose)* ¿Sabían ustedes que hay malas noticias del ejército?

Hablan en grupo y en voz baja.

ESCENA VII

Entra don José Tartaz con aire cauteloso, saluda ceremoniosamente con inclinaciones de cabeza y se acerca como en puntas de pie al grupo de Roxas Patrón, Moreno y

Cavia.

REGENTE: Tengo disponible una columna para el artículo...

DORREGO: Voy a darlo. Lleve estas cuartillas, por lo pronto...

El redactor toma unas cuartillas de sobre la mesa y se las da al Regente que se va. Levanta la vista y ve a Tartaz. Sigue escribiendo.

¡Hola! Tartaz.

Tartaz hace una gran reverencia.

ROXAS Y PATRÓN:

(Por Dorrego) El hombre legión. Ayer en el Congreso, hoy en *El Tribuno*...

CIEGO: ¿Nos iremos?

DON GABINO: Ahí acaba...

DORREGO: ¡Eah! Oigan ustedes el final de una respuesta a *El Mensajero* a propósito de la leva. *(Leyendo)* “Podría también haber echado mano de los eclesiásticos, médicos, boticarios, inválidos y otros a quienes la ley exceptúa.

“Invocando este terrible derecho ya no hay cosa por sagrada que sea, que no ande errante en vías inciertas y que no flote a merced del arbitrio, del capricho, de los errores o de las pasiones del ejecutivo.

“Al menos, si hay intención de obrar de esa manera, que se avise con tiempo...” *(Da las carillas al Redactor 1º)*.

ROXAS Y PATRÓN:

¡Muy bien! ¡Exacto!

MORENO: ¡Muy bien ¡Eficacísimo!

CAVIA: Adhiero con entusiasmo.

DORREGO: Me alegro que le complazca. ¿Qué tal, amigo Tartaz? ¿Qué se dice por ahí; qué se comenta en sus círculos?

- TARTAZ: *(Cómicamente)* ¡Oh, coronel! No hay más que una novedad y esta es de carácter literario: el retrato del cíclope obeso.
- DORREGO: ¿Retrato? ¿De Gorriti?
- TARTAZ: Sí, mi coronel. ¡Acabado! ¡Perfecto! Salido de una musa chacotonamente conocida. No es Clío sin duda, que a veces ríe sin saberlo; no es Terpsícore que danza retozando es el espíritu como en el prado ameno; no es Talía, la musa predilecta...
- MORENO: ¡Veamos, pues! ¿De qué se trata?
- TARTAZ: Lo repito. La novedad literaria es una pintura magistral, hecha por don Pedro Medrano, de nuestro estupendo diputado salteño el canónigo Gorriti.
- DORREGO: Este Tartaz produce en el ánimo la impresión de una lluvia liviana en el estío. *(Sentándose)* Ahora le ha dado por ridiculizar a los señores congresales, amigos del señor Rivadavia.
- TARTAZ: Coronel; no soy yo...
- DORREGO: Veamos; oigamos ese retrato del diputado Gorriti. No todo ha de ser tétrico y grave en esta vida de perros. ¡Escuchemos la palabra de Tartaz!
- TARTAZ: ¡Señor! Quizás no logre interpretar acabadamente...
- CAVIA: El señor Medrano no tendrá jamás mejor intérprete.
Tartaz hace una reverencia.
- ROXAS Y PATRÓN:
Comience, Tartaz.
Tartaz mira con aire de resentido al que así lo exhorta. De pie. Solemnemente declama:

El cíclope obeso

Que los Tagaretes del suelo salteño
dijeron, verían un raro Hircocerbo:
su fisonomía sería de escuerzo,
su cuerpo de sapo, pero gigantesco,
sus piernas cambadas, formando un augero
por el cual cupiera cargado un camello;
su vientre abultado cual cebado cerdo,
y al cuello pendiente de Flandes un queso.
Este Tupungato moverase lento
cual si no pudiera sufrir tanto peso.
De Oriente a Poniente volteárase el cerro.
Llevando una marcha de pato marrueco...

Durante la cómica declamación todos ríen o acompañan con ligeros gestos al actor. Balcarce entra súbitamente.

ESCENA VIII

Dichos, el coronel Balcarce.

- BALCARCE: *(A Dorrego, entrando de improviso)* Buscándolo por todas partes, coronel. Salud, señores...
- DORREGO: Coronel Balcarce...
- BALCARCE: Noticias de importancia. Por eso me permito...
- DORREGO: Diga usted.
- BALCARCE: El presidente Rivadavia ha renunciado...
- DORREGO: ¿Qué dice?

BALCARCE: Sí, la política ha hecho crisis. ¡Ante la exaltación de los ánimos que exigen sin demora que la Convención de paz ajustada por el doctor García sea rechazada; ante los desastres que el general Quiroga ha ocasionado al general Lamadrid en las provincias del norte; ante la actitud de usted y de sus amigos en el seno del Congreso... el presidente Rivadavia acaba de renunciar!

DORREGO: ¿Es posible?

BALCARCE: Ya es un hecho público. Se convoca en estos momentos a los diputados a que asistan a una sesión extraordinaria, urgente.

MORENO: ¡Pero, qué nos cuenta usted!

ROXAS Y PATRÓN:

¿Es creíble?

DORREGO: ¡Con que renuncia el presidente Rivadavia!... ¿Y esta versión?...

BALCARCE: Fuente reservada y seria. Es un hecho.

DORREGO: ¿Y de este modo vuelve la espalda al partido que él acaba de crear? ¡Y este es el hombre que decía tener fuerzas para implantar y desenvolver el régimen unitario entre nosotros! ¡Qué así desaparezca en adelante toda idea unitaria que intente germinar en la república!

BALCARCE: Dios lo escuche, coronel Dorrego.

MORENO: ¿Qué plan tiene usted ahora?

DORREGO: Hay que madurarlo. Entretanto, esa renuncia debe ser aceptada. El Congreso, obra de este gobernante, debe seguir la suerte de su autor. ¡A precipitar los acontecimientos, antes que ellos nos invadan y envuelvan como olas de fuego!...

REDACTOR 1º: Alguien llega.

Don Gabino y el Ciego hablan en voz baja con Dorrego y se retiran. Entra el padre Castañeda.

ESCENA IX

Dichos y el padre Castañeda.

ROXAS Y PATRÓN:

No hay momento que perder.

DORREGO: ¡Padre Castañeda!

CASTAÑEDA: Coronel, ¿conoce usted la noticia? a la agitación producida por el rechazo de la paz de García, viene ahora la de la renuncia del señor Rivadavia.

CAVIA: ¿Y qué dice en esa renuncia?

CASTAÑEDA: Tengo aquí su texto.

MORENO: ¡Una verdadera primicia!

ROXAS Y PATRÓN:

¡Veamos! ¡Veamos!

CASTAÑEDA: ¿Todo?

CAVIA: ¿Es extenso el documento?

DORREGO: Veamos las causas. ¿Por qué renuncia?

CASTAÑEDA: *(Leyendo)* “Me es penoso no poder exponer a la faz del mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución; pero tengo al menos la certidumbre que ellos son bien conocidos de la Representación nacional. Puede ser que hoy no se haga justicia a la nobleza y sinceridad de mis sentimientos; pero la espero algún día de la posteridad: la historia me hará justicia”.
¡Vanitas vanitatum vanitas!

Todos deliberan sobre este gran suceso. Los cafés están llenos de grupos que se renuevan. Las aceras resultan estrechas para el tránsito porque los corrillos estorban. Los Varela se empeñan en agotar toda clase de recursos para hacer que sea

retirada esa renuncia. Intentan hasta organizar una reunión de amigos; pero los nuestros han andado más rápidos y ya debe salir una manifestación del café de la Victoria con dirección a *El Tribuno*. Vienen en su busca, coronel Dorrego.

MORENO: Así se desploman los edificios hechos en la arena.

DORREGO: El partido federal nace en este instante de los escombros del edificio unitario.

CASTAÑEDA: (*Asomándose*) Ya viene...

ROXAS Y PATRÓN:

La presidencia se va con su cortejo de sueños pero dense ustedes cuenta que nos quedan por todas partes paredes a levantar.

El Mudo hace grandes mímicas para indicar que se acerca la manifestación. Se oyen los ecos de una banda de música.

DORREGO: ¡Este es mi pueblo: lo conozco! Trae en rumor sus nobles, sus intensas palpitaciones.

Los personajes forman un grupo hacia el fondo. Dorrego habla a Roxas y a Cavia.

Escriban ustedes a los gobernadores de Santa Fe, Córdoba y Santiago y al general Quiroga que en estos momentos se prepara la caída final del presidente intruso. Al señor Carranza, que me remita fondos sin demora. Reservado: ¡que tengo las bases secretas de un tratado con el jefe de los alemanes que están al servicio del emperador del Brasil, por el que se hallan dispuestos a defecionar de las filas del emperador y pasarse a nuestra causa!

Voces y música frente a la casa.

UNA VOZ: ¡Viva el coronel Dorrego!

MUCHAS VOCES:

¡Viva!!

OTRA VOZ: ¡Viva el futuro gobernador de Buenos Aires!

VOCES: ¡¡Viva !!

DORREGO: ¡Oh!

CASTAÑEDA: Es una enorme masa. Ya tenemos aquí la cabeza de la manifestación.

DORREGO: (*Al Redactor 1º*) Deje usted que pasen los primeros ciudadanos. (*Sale a recibirlos*). ¡Adelante paisanos!

ESCENA XI

Se precipita un grupo numeroso de manifestantes. Muchas personas bien vestidas, que saludan particularmente a los amigos de Dorrego. Éste estrecha la mano de unos y abraza a otros. EL Regente y los cajistas salen por la derecha y presencian con regocijo el acto. Un manifestante joven se separa del grupo y dice:

ORADOR: Aquí tenéis, coronel Dorrego, al pueblo de Buenos Aires, que viene a vuestro encuentro a proclamaros su jefe. Esta vez no os ofrece un comando militar. Os pide que restablezcáis el poder de que fue privada la ciudad y la provincia aceptando el cargo de gobernador autónomo, ¡más fuerte y más glorioso que el efímero de presidente de una república que no existe!

TODOS: ¡Bravo! ¡Muy bien!

UNA VOZ: ¡Viva la provincia de Buenos Aires!

OTRA: ¡Viva!

DORREGO: (*Asomándose a la calle*) Saludo en la persona de vuestro orador elocuente al pueblo de mis afecciones más caras y acepto la gloria y la responsabilidad que me ofrecéis... ¡El presidente de la república ha renunciado! Acompañadme al

Congreso donde quiero penetrar con vosotros para aceptar esa renuncia sin demora por la salud de la patria.

UNA VOZ: ¡Viva el coronel Dorrego!

VOCES: ¡Viva!

ORADOR: *(Dirigiendo su palabra hacia los manifestantes de la calle)*
Señores: sea vuestra voluntad que el coronel Dorrego quede consagrado desde este momento gobernador de Buenos Aires.

VOCES: ¡Sea!

VOCES: ¡Al Congreso! ¡Al Congreso! ¡Viva la Provincia de Buenos Aires! ¡Viva el Coronel Dorrego!

DORREGO: ¡Vamos! ¿A la fortuna o a la fatalidad? ¡Adonde quiera mi destino! ¡Paisanos: por la salud de la Patria!

Dorrego es recibido entre grandes aclamaciones por el pueblo que está afuera. Se supone que la columna se pone en movimiento. Entre las aclamaciones y voces que se alejan, escúchense los acordes de una marcha triunfal.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

EN EL GOBIERNO

El teatro representa una gran sala de la casa de gobierno. Es el despacho del gobernador. Al fondo, sobre una tarima, la mesa del gobernador, con dos asientos de honor y sillas

dorrego

comunes a derecha e izquierda de la sala, como para una gran asamblea. Sobre la mesa de Dorrego un tintero de plata y dos tomos de El Tribuno. Al fondo el escudo nacional rodeado de banderas argentinas y brasileras (de la época). Mobiliario de lujo. Puertos laterales.

ESCENA I

El ministro Roxas y Patrón, y Cavia.

CAVIA: *(Señalando los arreglos)* ¿Era así como usted quería, doctor?

ROXAS Y PATRÓN:

Así. De acuerdo.

CAVIA: Las sillas de honor las ocuparán el marqués de Aracaty y el señor gobernador, y al lado de estos, ustedes los ministros.

ROXAS Y PATRÓN:

¿Y el obispo y los miembros del clero?

CAVIA: Esta para el obispo: la primera. Aquí los magistrados y frente al obispo el presidente de la junta.

ROXAS Y PATRÓN:

Seguirán los representantes.

CAVIA: Sí, señor. Y los cónsules, los miembros del ejército, jefes de milicias, rector y profesores de la universidad, director del hospital, etc.

ROXAS Y PATRÓN:

¡Muy bien! ¡Muy bien! El escribano está avisado, naturalmente.

CAVIA: Tiene el texto de la convención...

ESCENA II

Dichos y un Criado, traje de etiqueta.

ROXAS Y PATRÓN:

¿Qué hay?

CRiado: El señor don Manuel Aguirre desea hablar con el señor ministro.

ROXAS Y PATRÓN:

¿Viene solo?

CRiado: Sí, señor ministro.

ROXAS Y PATRÓN:

Hágalo usted pasar. *(A Gavia)* ¿Usted conoce el discurso del representante del Brasil?

CAVIA: No, señor. Entiendo que serán breves palabras.

ROXAS Y PATRÓN:

¿El gobernador nos espera o vendrá solo?

CAVIA: Vendrá dentro de un momento.

ROXAS Y PATRÓN:

Perfectamente.

ESCENA III

Dichos. El señor Aguirre.

ROXAS Y PATRÓN:

Mi señor Aguirre...

AGuirre: Dios lo guarde mi amigo y ministro. ¿Qué es esto? ¿Qué

ocurrencia tenemos? Como acabo de llegar de la campaña y no he hablado con nadie... Hola, amigo Cavia, ¿cómo va? Ya sé que es usted el gran resorte de la máquina administrativa...

ROXAS Y PATRÓN:

El brazo derecho nuestro, eso es verdad.

CAVIA: ¡Oh, señor...!

ROXAS Y PATRÓN:

Muy justo.

CAVIA: Voy a continuar con los arreglos, si ustedes me lo permiten.

AGuirre: Hasta luego, señor Cavia. Vaya usted.

ROXAS Y PATRÓN:

(A Cavia) Téngame listo el despacho.

AGuirre: ¿De qué arreglos se trata? ¿Qué festival es este? Comunique, amigo, comunice. Le repito que vengo como un pampa.

ROXAS Y PATRÓN:

Usted sabrá, naturalmente, que los ministros Guido y Balcarce se trasladaron a Río de Janeiro a procurar una nueva fórmula de paz.

AGuirre: Sí, eso sé; como que no podía ser más humillante la que nos trajo García.

ROXAS Y PATRÓN:

Balcarce y Guido han sido muy felices. La política del coronel Dorrego, de armarse hasta los dientes; el tratado secreto con los alemanes al servicio de Don Pedro; la ayuda inmediata de todas las provincias que han respondido al llamamiento del señor coronel, dio el éxito esperado. El Brasil cambió la fórmula y ha convenido en la independencia de la provincia cisplatina.

AGUIRRE: ¿Qué me cuenta usted?

ROXAS Y PATRÓN:

La convención es honrosa para todos...

AGUIRRE: ¿De modo que el emperador consiente en desprenderse de la provincia de Montevideo?

ROXAS Y PATRÓN:

En absoluto. ¡Vea usted! Si el coronel se empeña un poco más, la provincia de Montevideo continúa formando parte de nuestro virreinato.

AGUIRRE: Hubiera sido lo justo; pero, bien miradas las cosas, antes que prolongar un día más la situación de la guerra...

ROXAS Y PATRÓN:

Claro, evidente. La guerra nos está dejando en ruinas. Usted sabe cómo recibimos el gobierno: en verdadera bancarrota. La presidencia ha sido el mayor de los desastres! Y si a ello se agrega la situación, que lógicamente vino como una prolongación de tanto error...

AGUIRRE: Y se ha pactado la paz, decía usted.

ROXAS Y PATRÓN:

Sí, señor. Ituzaingó no ha sido tan estéril: esta convención es su fruto. Y hoy, 29 de septiembre, es la fecha fijada para que esa convención de paz sea subscripta por el coronel Dorrego y, a nombre de Don Pedro, por el representante del Brasil, marqués de Aracaty, en acto público. A las tres de la tarde es la hora señalada. ¿Por qué no se queda usted?

AGUIRRE: Toda una noticia de alta trascendencia me da usted. Acepto la invitación muy complacido.

ROXAS Y PATRÓN:

Bien grata le será su presencia al señor gobernador, como

que no olvida nunca que fue usted quien prestigiara su candidatura con mayor afecto y lealtad. Me lo ha dicho muchas veces...

AGUIRRE: Y a fe que no estoy arrepentido de mi obra, doctor Roxas. El coronel Dorrego es el único hombre que podía hacer efectivo, como lo ha hecho, el gobierno federal. Ha reunido al fin esos pueblos dispersos, que tanta prevención nos tenían, en un sentimiento de unión patriótica. Yo tengo por él...

ESCENA IV

Dichos, Dorrego, de coronel, que entra, de pronto, acompañado de su edecán Castañón.

DORREGO: ¡Mi ilustre amigo!

Se abrazan con Aguirre.

AGUIRRE: Gobernador. ¡Qué sorpresa!

DORREGO: ¿Qué tal, doctor Roxas?

ROXAS Y PATRÓN:

Salud, señor.

AGUIRRE: Pero qué fuerte y sano encuentro a usted. Quiere decir que le sientan estas faenas. Que el domar potros no cansa.

DORREGO: ¿Y lo habremos domado, mi señor don Manuel?

AGUIRRE: La opinión de sus amigos le es a usted del todo favorable, mi querido gobernador. En cuanto a los díscolos...

DORREGO: Los anarquistas, como yo los llamo...

AGUIRRE: Esos han de refunfuñar hasta el día del juicio, es decir, hasta que puedan escalar el poder, su gran sueño dorado.

ROXAS Y PATRÓN:

Yo voy a mi despacho a dar los últimos retoques para el acto de hoy.

DORREGO: ¿Todo está listo?

ROXAS Y PATRÓN:

Todo, señor. Al retirarse usted, don Manuel, espérolo por mis oficinas.

AGUIRRE: Con mucho gusto. Voy en seguida.

Vase Roxas.

DORREGO: ¡Qué, amigo Aguirre! ¿Conque está contenta la opinión, supone usted? ¡Qué gran injusticia, si así no fuera! ¡Qué gran injusticia! En el año y un mes que llevo de gobierno crea usted que he encarado y resuelto el problema económico y el problema político con todas las múltiples y desesperantes circunstancias, varias y complejas, en lo interno y en lo externo. Debo a algunos gobernadores, es cierto, positiva ayuda, como a López, de Santa Fe, y Bustos, de Córdoba. Quiroga también vendrá a mi causa, a pesar de su desconfianza innata; pero vendrá. En ellos me apoyo para réirme de las bravatas y refunfuños de los descontentos. En cuanto se moviera una paja tendría a mi lado los recursos que yo quisiera. Pero mi política no dará lugar a ningún arrebató, porque es de mansedumbre, de tolerancia, a veces excesiva. Así he llegado a realizar mi más grande, férvido anhelo: poner término a la guerra del Brasil. Dentro de un rato se firmará en esta sala la convención preliminar de la paz, fausto acontecimiento que presenciarán todos los poderes y que llenará de justa satisfacción a la república. ¡Este día, 29 de septiembre de 1828, será para mí uno de los más grandes de mi vida!

AGUIRRE: Y para la patria también.

DORREGO: ¡Afianzada la paz, nos entregaremos de lleno a la gran obra de

la reconstrucción de este edificio que nos han dejado en ruinas! Todo está por hacerse, amigo Aguirre, créamelo usted.

AGUIRRE: Cuánto gozo al verlo tan lleno de alientos y de planes, coronel. Que el cielo le conceda larga vida para que alcance a ver los resultados de su obra.

Entra Cavia.

ESCENA V

Dichos y Cavia.

CAVIA: Si me permite, señor.

DORREGO: ¿Qué ocurre, Cavia?

CAVIA: Comienzan a llegar las personas invitadas a este acto. ¿Pueden pasar?

DORREGO: Sí, por cierto. Recíbalas usted y Castañón. *(A Aguirre)* Vamos al despacho del doctor Rosas, entre tanto, hasta que sea la hora oficial.

Vanse.

ESCENA VI

Cavia, Castañón, después los personajes que se irán designando y que forman grupos.

CASTAÑÓN: Se ha trabajado, ¿verdad?

CAVIA: Amigo, yo tengo dos horas de sueño...

Grupo I: general Soler, dos coroneles, presbítero Grela, representantes.

Adelante, señores, adelante.

CASTAÑÓN: ¡General Soler!

SOLER: Salud, comandante.

Castañón saluda a los coroneles. Cavia atiende a los civiles y al sacerdote.

PRESB. GRELA: ¡Qué gran suceso vamos a presenciar!

SOLER: ¿Usted es enemigo de la guerra, padre Grela?

PRESB. GRELA: ¡Oh! sin duda alguna.

SOLER: ¿Y cómo nos hablan tanto desde el púlpito del Dios de las batallas?

CASTAÑÓN: *(A los coroneles)* El coronel Dorrego desea conmemorar brillantemente este acontecimiento. Es seguro que habrá ascensos en el ejército.

CAVIA: *(En el grupo de los representantes)* Sí, señor; en forma de una ley.

SOLER: No. ¡Esa no es una explicación!

PRESB. GRELA: Atiéndame usted, atiéndame usted.

CAVIA: Ya tenemos en lucha la espada con la cruz.

Grupo II: doctor Felipe Arana y tres representantes, tres cónsules.

Señores: el doctor Arana, presidente de la honorable sala.

Saludos, cortesías.

Los señores cónsules...

ARANA: ¡Mi querido general!

PRESB. GRELA: Señores.

CASTAÑÓN: Señor cónsul...

SOLER: ¿Conque firmamos la paz?

ARANA: ¡Con toda el alma!

PRESB. GRELA: Cuidado doctor, que el general Soler es enemigo de ella.

SOLER: ¿Yo?

PRESB. GRELA: Al ser partidario de la guerra...

Representante N° 1 ríe.

SOLER: *(A Arana)* ¿Cómo van esas tareas? ¿Qué proyectos tienen ustedes entre manos?

ARANA: El comandante Rosas es el encargado de ensanchar la línea de fronteras por el lado de Bahía Blanca.

SOLER: Crea usted, entonces, que el partido del señor Rivadavia no aceptará de buen grado este acontecimiento.

ARANA: ¿Sí?

SOLER: Lo afirmo.

Grupo III. el obispo, el familiar, tres representantes más. A la entrada del obispo todos manifiestan respeto y atención.

ARANA: *(Saliendo a su encuentro)* ¡Señor obispo!...

OBISPO: Señores, doctor.

Grela le besa el anillo. Dos representantes también.

SOLER: A sus órdenes, Ilustrísima.

OBISPO: ¿Y el señor gobernador?

CAVIA: Está, con los señores ministros, Ilustrísima.

Los grupos se forman de nuevo y hablan animadamente.

ESCENA VII

Se oyen voces Expectativa. Aparece Dorrego con el marqués de Aracaty (este de ministro plenipotenciario) y detrás de ellos: Rojas, Guido, Balcarce, el escribano de gobierno, Aguirre y seis personajes. El escribano de gobierno ocupa un lado de la mesa. Lleva su cartera. Al penetrar estos personajes, una orquesta que se supone inmediata al salón, ejecutará el Himno del Brasil de 1828.

DORREGO: *(Al marqués)* Señor representante del Brasil, a mi lado. Señores. *(Indicando a todos que se sienten).*

Lo hacen a ambos lados de la escena.

M. DE ARACATY: *(Leyendo)* “Su majestad, el emperador del Brasil, declara la provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, separada del territorio del imperio del Brasil, para que pueda constituirse en estado libre o independiente de toda y cualquier nación, bajo la forma de gobierno que juzgare conveniente a sus intereses, necesidades y recursos”.

DORREGO: *(Leyendo)* “El gobierno de la república de las Provincias Unidas concuerda en reconocer por su parte la independencia de la provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, y en que se constituya en estado libre e independiente en la forma declarada por el representante del Brasil”.

Aplausos en el recinto.

Señor representante del imperio del Brasil: Los aplausos que acabáis de escuchar importan la mejor ratificación de este tratado de paz con vuestro país. Decid a vuestro emperador que en el alma argentina no crece el resentimiento; que el amor es el primer secreto de la felicidad humana. Decidle que no sentimos dolor al declarar nación independiente a la

provincia oriental, porque en la historia de nuestros afanes no es esta la primera nacionalidad que ayudamos a fundar. Esta paz, señor, será conmemorada por un monumento en la plaza de Marte de esta ciudad de Buenos Aires para inspiración feliz de las generaciones que vengan, y el producto de la subscripción popular que se levantará para aumentar la escuadra de este país, os prometo que se aplicará, no a comprar nuevos barcos, sino a fortificar los débiles hogares de los huérfanos y viudas, causados por la guerra. Dadme un abrazo señor ministro y que él selle para siempre la amistad de nuestras dos naciones!

Se abrazan; grandes aplausos.

M. DE ARACATY: Si poseyera mejor vuestro hermoso idioma, señor gobernador, os diría con cálidas palabras lo que mi corazón y mi mente experimentan en este acto. Yo llevaré vuestro abrazo como prenda de amistad eterna y la historia será el gran juez de la lealtad con que el Brasil lo guardará. La guerra destruye: la paz crea. Entre el Brasil y la Argentina no caben odios estériles, porque el Brasil y la Argentina aspiran a ocupar un sitio en el porvenir, no en el pasado. A nombre del emperador don Pedro, yo saludo a este país y a sus hidalgos y valientes hijos. Firmo este documento, señor, poniendo toda mi esperanza en Dios para que él sea perdurable en bien de los seres que nos han de suceder ¡y en bien del progreso universal!

El ministro y Dorrego firman. Grandes aplausos. Vuelven a sentirse los acordes cíe la orquesta entre bastidores. Dorrego desciende. Recibe congratulaciones de todos. El ministro saluda a todos y se retira acompañado de los ministros y otras personas. El obispo también se va. Dorrego queda con Roxas, Soler, Arana, Balcarce, Castañón, Cavia y Guido.

- SOLER: Debe sentirse legítimamente satisfecho, señor gobernador. En verdad que el acto que acaba de realizarse ennoblece una vida.
- DORREGO: ¡Oh! No es mía sino una pequeña porción de gloria. ¿Cómo olvidar que la mayor parte corresponde a mis dignos colaboradores y en especial a los encargados de representar nuestra soberanía ante Don Pedro, a mis nobles amigos y ministros los generales Guido y Balcarce?
- GUIDO: Fuimos intérpretes de un pensamiento superior.
- BALCARCE: Leales intérpretes y nada más.
- DORREGO: Ahora, mi señor don Felipe, en su carácter de presidente de la honorable sala, pido la ayuda de usted para llevar a término el proyecto ofrecido de levantar un monumento en la plaza de Marte que conmemore el acontecimiento de este día.
- ARANA: Tendré a honor colaborar en esa ley, señor gobernador.
- DORREGO: *(A Balcarce)* ¿Qué asuntos urgentes tiene en su cartera, señor ministro?
- CAVIA: Voy a traer, señor, los de los tres ministerios.
- BALCARCE: Una súplica de los jefes de línea y de marina a fin de que los expedientes que tienen promovidos se tramiten...
- DORREGO: Resuelva usted favorablemente y haga extensiva la determinación a los que se refieren a los huérfanos y viudas de aquellos que se han inutilizado o muerto en la guerra contra el Brasil.
- BALCARCE: ¿Qué dispone vuestra excelencia respecto del escuadrón Defensores del Honor Nacional?
- DORREGO: Disolverlo. Es indigno de seguir figurando y menos con ese nombre. ¿Y usted, doctor Roxas?

ROXAS Y PATRÓN:

Interesa la reglamentación definitiva de la Sociedad Filantrópica...

Entra Cavia con el despacho.

DORREGO: ¿La que tiene por objeto el cuidado de las cárceles y hospitales? ¡Ah! puede usted extender el decreto de aprobación de su reglamentación cuando quiera.

ROXAS Y PATRÓN:

Lo está ya. *(Lo toma de Cavia y lo presenta).*

Dorrego lo repasa y firma.

DORREGO: *(Al leer)* Los presos y los enfermos. ¿Por qué no extender hasta ellos los beneficios de la humanidad, si son los que más necesitan?

ROXAS Y PATRÓN:

¿Pueden ponerse en libertad los detenidos por culpas leves?

DORREGO: Sí, por cierto. En homenaje a la ratificación de la paz.

ROXAS Y PATRÓN:

Gente del pueblo quiere saludar a V. E. y pedir directamente alguna gracia.

DORREGO: Haga usted que pase.

Cavia y Castañón se dirigen a una de las puertas con el objeto indicado.

ROXAS Y PATRÓN:

El cargo de profesor de Ideología está vacante. ¿Tiene V. E. candidato?

DORREGO: No hay más que uno en el corazón y en el pensamiento de todos nosotros : el doctor don Diego Alcorta.

ARANA: ¡Oh! magnífica designación.

SOLER: Muy justa.

DORREGO: ¿Lo ve usted?

ESCENA IX

Dichos y grupo de gente del pueblo. Gente abigarrada, infeliz, varia. Un muchacho, un inválido; el anciano ciego del acto anterior con su hijo, el recluta; dos mujeres de luto; un soldado, ligeramente ebrio o como si lo estuviera; un estudiante. Se alinean. Todos manifiestan asombro ante el local, ante el mobiliario, la alfombra, los cuadros, etc. Quieren tocar, cerciorarse.

DORREGO: *(Va hacia ellos con faz risueña).* ¡Los humildes! ¡Oh! mi buena gente. ¡Los humildes! ¿Verdad que hay que tener fe en los humildes, señor don Felipe?

ARANA: Es cristiano el concepto, coronel.

DORREGO: Aquí veo caras conocidas, algunos viejos amigos míos. Por ejemplo, ¿usted no es...?

CIEGO: El amigo de ño Gabino Lima, señor gobernador, que usted atendió en su imprenta en una ocasión...

DORREGO: No recuerdo.

CIEGO: Cuando escribió un artículo sobre la leva.

DORREGO: ¡Ah! ¡Precisamente! ¡Precisamente! ¿Y este muchacho?

CIEGO: Es mi hijo, señor gobernador. Por eso se lo traigo, pa que lo conozca y lo sirva a usted hasta la muerte.

DORREGO: Ya ve, viejito, cómo el cielo se apiadó de usted. ¡Que Dios se lo conserve! Y vos, hijo, que seas el sostén de este pobre viejo, tan digno de tu cariño. Tomá este regalo. *(Le da unas monedas).*

MUCHACHO: Señor...

CIEGO: Que viva cien años, coronel Dorrego. Déjeme que le bese esa mano, tan noble como su corazón.

DORREGO: ¡Gracias! gracias por el voto. Y vos, buena pieza, ¿qué decís? *(Al soldado medio ebrio)* ¿Divertido?

SOLDADO: *(Con ligera dificultad en el hablar)* ¡Viva el coronel Dorrego!

DORREGO: Ya sabía...

SOLDADO: No, señor gobernador. Dispéñeme : usted no sabe a lo que vengo...

DORREGO: *(A Soler)* Domingo Ituarte: el mejor lancero que me acompañó en Pavón y Jamonal el año 20. ¡Qué pujanza!

SOLDADO: ¡Viva el coronel Dorrego!

DORREGO: Y ¿decías?

SOLDADO: Que tengo ganas de tener un hijo... y que le he dicho a mi mujer que si es... varón, le hemos de poner Manuel Dorrego... Ituarte, ¡pa que sea el orgullo e la tierra!...

Todos rien.

DORREGO: Y tu mujer, ¿qué ha dicho?

SOLDADO: Que si es hembra... se ha de llamar también del mismo modo...

DORREGO: ¡Cómo!

SOLDADO: Manuela Dorrego... Ituarte, ¡pa que sea el orgullo e su familia!

DORREGO: ¡Hombre! Les agradezco el recuerdo... y la intención; y desde ya te pido a ese hijo como ahijado. ¿Convenido? Anda... a realizar tu aspiración.

SOLDADO: ¡Viva el coronel Dorrego!

DORREGO: *(Al estudiante)* Y usted, joven. En qué puedo servirle.
Se oye un tumulto a la entrada. Todos se inquietan. Se produce un ligero desorden en los solicitantes y estos, al fin, deciden desaparecer, unos resueltamente, otros a hurtadillas.

¿Eh? ¿Qué tumulto es ese? ¿Qué ocurre?

ROXAS Y PATRÓN:

(Entrando con precipitación) El inspector de policía que trae unos revoltosos.

DORREGO: ¿A mi presencia?

ROXAS Y PATRÓN:

Debe ser grave, señor. Ya están aquí.

ESCENA X

Dichos, Pinedo, que entra con un Capitán, un Teniente; Juan C. Varela y el doctor Gallardo. Dos soldados se colocan en la puerta. Movimiento de inquietud en Castañón, Cavia, etc.

DORREGO: ¿Qué significa esto?

PINEDO: Acaba de producirse un gran desorden, señor gobernador, en el café de la Victoria y estos dos oficiales son los promotores. El señor Juan Cruz Varela ha sido sorprendido en momentos que hacía disparos con su arma. Este capitán desnudó la espada, pero los polizontes se la hicieron envainar en seguida. Han destruido muebles y espejos y han pronunciado gritos subversivos contra la autoridad y en especial contra el señor gobernador de la provincia. El doctor

Gallardo ha exigido venir en calidad de abogado de los reos.

DORREGO: ¿Un escándalo más? ¡Y promovido por ustedes!... ¿Qué significa esto, señor capitán?

GALLARDO: Yo explicaré...

DORREGO: Permítame usted, doctor Gallardo, que aquí no tiene usted papel que desempeñar... Me dirijo a usted, señor capitán ¿Es en un café donde usted quiere hacer lucir el brillo de su espada?

CAPITÁN: Soy un militar de honor y...

DORREGO: ¿Y lo demuestra usted envainando su acero ante el grito de un sereno? Cuando se desnuda una espada, señor capitán, no es para guardarla de ese modo... ¿Y usted teniente?

TENIENTE: ¡Yo reservo la mía para matar tiranos!

Movimiento de sorpresa y de indignación en los oyentes.

ROXAS Y PATRÓN:

¿Qué?

ARANA: ¡Qué insolencia!

DORREGO: *(Adelantando, después de una pausada mirada con que domina al joven militar)* Cuando esas cosas se dicen, es porque no se hacen. Díganos, joven teniente, ¿y dónde están esos tiranos?...

GALLARDO: Yo soy el representante legal de estos señores, coronel Dorrego, y se me debe permitir...

DORREGO: *(Con énfasis)* No es este el tribunal donde usted ejerce su oficio, doctor Gallardo *(interrumpiéndolo)*. No se empeñe en disuadirme. Y a usted, señor Varela, ¿qué le puedo decir? ¿Está usted en libertad! puede usted retirarse con el señor Gallardo...

VARELA: Pero nosotros hemos venido con estos oficiales y queremos saber...

DORREGO: ¿Sí? ¿Quieren saber qué dispongo respecto de estos caballeritos? ¡Van a saberlo! Señor ministro, *(A Balcarce)* que sean deportados a la goleta *Dolores*. ¡Ahora mismo!

Movimiento en los oficiales.

(Con tono imperativo) ¡Ahora mismo!

Castañón y Pinedo se encargan de conducirlos, seguidos de los soldados que los trajeron. Balcarce los acompaña.

GALLARDO: Yo me reservo el ejercicio...

DORREGO: De todas las acciones que quiera. Pueden retirarse...

Gallardo y Varela se retiran nerviosamente. Un vocerío popular recibe a los detenidos.

DORREGO: ¿Qué rumor es ese que los recibe?

CAVIA: Una multitud que los ha acompañado desde el café.

ARANA: ¡Y aumenta el vocerío!

Se oye en realidad el murmullo de mayor disgusto de los grupos.

DORREGO: ¡Si habrá que disolverlos de otro modo!

VOCES: ¡Abajo!

MUCHAS VOCES: ¡Muera!

UNA VOZ: *(Con fuerza)* ¡Viva el general Lavalle!

DORREGO: *(Súbitamente impresionado por este grito)* ¿Eh? ¡Lavalle! *(Pausa)*. ¿Qué significa este nombre?

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

LA CONSPIRACIÓN

CUADRO I

30 de noviembre de 1828.

ESCENA I

Sala con escritorio sencillamente puesto para facilitar el cambio de decoración. Todos los personajes denotarán el aire de misterio propio de una conspiración.

Doctor Gallardo, Juan C. Varela, Federico Rauch (de coronel de húsares).

GALLARDO: Al primer soplo caerá.

RAUCH: ¡Vamos a ver al famoso coronel Dorrego tan bravo para destituir hombres de honor! Yo pido el sitio de mayor peligro.

GALLARDO: ¡Que lo venga a salvar el comandante Rosas!

VARELA: ¡Haber causado la renuncia de un hombre como el señor Rivadavia! ¿Y para qué? ¡Para hacerse ofrecer las charreteras de general el muy cínico! ¡Para cambiar después ese honor por el provecho de que la Junta le vote cien mil pesos!

RAUCH: ¡Esto es inaudito, señores; inaudito! El país ha retrocedido a la época de mayor barbarie. ¡Más nos valiera no haber escapado al poder de los Carrera, de los Ramírez, de los López! ¡Este hombre es funesto!

GALLARDO: Es el mismo insolente que sufrió el confinamiento de Belgrano, de San Martín, de Pueyrredón y de Rodríguez. ¡Y a eso llaman un hombre de honor en el ejército!

RAUCH: No debió haber vuelto de Baltimore este aventurero político.

VARELA: ¡Pero siquiera escalara el gobierno para reparar el pasado! ¿Y qué ha hecho para vindicar su nombre? ¡Despedazar el territorio! ¡Realzar la figura de Bustos! ¡Dar importancia a la del general Quiroga! ¡Entregar el país maniatado a la voluntad de esos déspotas! ¡Hartarlos de plata!... ¡plata extraída de las arcas de Buenos Aires!

GALLARDO: ¡Oh! ¡pero le ha llegado la hora!...

ESCENA II

Dichos. Un criado.

CRIADO: *(Anunciando)* El señor sargento mayor don Juan Elías...

GALLARDO: ¿Se ha hecho reconocer?

CRIADO: Ha dado el santo y seña...

GALLARDO: Que pase.

Vase el criado.

RAUCH: ¡El golpe debe ser decisivo, firme!

VARELA: ¡Lo reclaman las circunstancias en forma perentoria!

RAUCH: Y así será...

ESCENA III

Dichos y Elías.

ELÍAS: Buenas noches.

GALLARDO: ¡Adelante, mayor!...

VARELA: ¿Por qué viene usted solo?

ELÍAS: El general llegará en seguida. No ha querido que formemos grupo en la vía pública. Lo he dejado con el doctor del Carril y con Díaz Vélez...

VARELA: ¿Y el doctor Agüero?

ELÍAS: Viene también, pero por otra calle.

GALLARDO: ¿En qué ánimo se encuentra el general Lavalle?

ELÍAS: Recuerde usted la frase de San Martín : “A Lavalle hay que tenerlo encadenado para soltarlo el día de la batalla”...

RAUCH: Alguien habla. *(Sale a enterarse)*.

ELÍAS: El general Lavalle considera que cada minuto que se pierda, es un año más de retroceso. Que se debe obrar con la celeridad del rayo. Ustedes lo verán, lo oirán dentro de breves momentos.

ESCENA IV

Dichos. Gallardo vuelve con el doctor Agüero.

AGÜERO: Señores míos...

VARELA: Distinguido don Julián...

RAUCH: Doctor Agüero...

AGÜERO: Todos somos puntuales, por lo visto. ¿Qué nuevas, tenemos?

GALLARDO: La decisión es uniforme: el coronel Dorrego debe caer.

VARELA: De cualquier modo.

AGÜERO: ¡Conforme!... pero estas batallas no se ganan con palabras sino con obras. ¿Están vistos todos los jefes de batallones ?

VARELA: Todos.

RAUCH: Y todos manifiestan la misma resolución de voltear a este hombre déspota.

AGÜERO: ¡Como que no ha tenido el ejército del Brasil enemigo más cruel y más odioso!... ¡El coronel Dorrego fue quien se opuso con más saña a todos nuestros proyectos en favor del ejército, en el seno del Congreso! ¡Adulador de la plebe, ha seguido siempre con su palabra hueca las tornadizas aventuras y gustos de la multitud, y ahora que el ejército está de regreso, es el momento de que le pida estrecha cuenta de su conducta!...

GALLARDO: He recibido comunicaciones del destierro de los capitanes Rivero y Rodríguez, y ambos están listos a acompañarnos apenas se les llame.

VARELA: ¡Como que ambos tienen su saldo a reclamar, desde la noche del suceso del café, en que, sin apelación ni forma alguna de juicio, fueron deportados en la goleta *Dolores!*...

AGÜERO: ¿Tuvo ese suceso mayor transcendencia?

VARELA: La que usted conoce únicamente. La misma noche fueron conducidos al fuerte los militares nombrados, y aunque estos designaron defensores, no se les admitió defensa alguna. El coronel Dorrego los llenó de injurias por la escena cuyo origen les atribuyó a ellos solos, y terminó por confinarlos.

GALLARDO: Dígame usted si no son actos de déspota. Yo quedé burlado en mi calidad de padrino de esos oficiales.

AGÜERO: ¿Quién puede señalar en los gobiernos anteriores de la provincia hechos semejantes? ¿Y es este el derrocador de la presidencia del señor Rivadavia? ¿Puede ser este seriamente considerado como su sucesor?

GALLARDO: *(Al criado que asoma)* ¿Qué pasa?

CRIADO: El general Lavalle.

GALLARDO: ¿Solo?...

CRIADO: Sí, señor...
Gallardo sale a recibirlo.

AGÜERO: ¡Vamos a ver qué ideas trae el general Lavalle, que es el hombre de las circunstancias!...

VARELA: Debemos rodearlo y alentarle a toda hora.

ELÍAS: ¡Oh! ¡el general Lavalle no necesita alientos! ¡Él los da, y siempre enérgicos!...

ESCENA V

Dichos. Lavalle seguido de Gallardo.

LAVALLE: ¡Paisanos, buenas noches!

AGÜERO Y VARELA:
¡General!...

RAUCH: ¡Señor general! muy buenas.

VARELA: Lo esperábamos ansiosamente, general Lavalle.

LAVALLE: ¿Estamos todos?

GALLARDO: El doctor del Carril...

LAVALLE: Él y Díaz Vélez están de acuerdo con cuanto nosotros dispongamos. Manos a la obra, pues, y a ejecutar nuestras ideas... ¿Qué han pensado ustedes? ¿Debe enmendarse el plan ya concebido? ¿Qué opinan el ilustrado doctor Agüero y sus amigos? ¿Por mi parte declaro que me debo a la causa de la patria, como toda mi vida, y que esta espada de Pasco y de Río Bamba la pongo al servicio de lo que yo entiendo que es conveniente a la salud del país!... El coronel Dorrego ha cometido el más grande de los crímenes, arrancando de nuestro territorio la provincia oriental. ¡Esa paz con el Brasil nos deshonra! ¡Ha mutilado la patria! No contento con ello ha rebajado la dignidad de Buenos Aires, dándoles títulos a los elementos de las provincias para que la gobiernen. ¡Qué humillación! ¡Qué vergüenza! La libertad del voto ¿dónde está? ¿No han sido testigos todos de la violación de nuestros derechos en las últimas elecciones de representantes? ¿Y qué me dicen ustedes de la libertad de imprenta? ¡Toda la obra del partido unitario está destruida! El coronel Dorrego debe soportar las consecuencias. ¡Me ratifico en la necesidad urgente de desalojarlo del poder!... El ejército que acaba de llegar del Brasil, el ejército de línea, el ejército nacional, el único que dispone de los destinos públicos me pertenece; ¡y ese ejército ha jurado cobrar a buen precio la osadía de este anarquista que se ha encaramado en el mando! ¿No es así? ¡Los momentos apuran, mis amigos!... ¡y todos debemos cumplir nuestro deber!

RAUCH: ¡Muy bien dicho, general!

AGÜERO: ¿Y el plan sería...?

LAVALLE: ¡Rodear la fortaleza con nuestros batallones y exigir la

renuncia inmediata, incondicional del gobernador y sus ministros!

AGÜERO: ¿Y si se resistiera?

LAVALLE: ¡Resistirse! ¡Eso quisiera yo, para enseñarle entonces al coronel Dorrego que estos no son los tiempos en que se reía del general Belgrano disfrazando locos en la plaza de Santiago del Estero!... *(Trágico)* ¡¡Ojalá se resistiera!!

VARELA: ¡Cómo se ha de resistir! ¿Con qué elementos?

AGÜERO: No olvidemos que es el jefe de las fuerzas de la ciudad y la campaña.

LAVALLE: No, mi amigo. ¡En la ciudad, no cuenta sino con esas pobres milicias que no aguantarían ni nuestras miradas! ¡Y en cuanto a las fuerzas de la campaña, le pertenecen al comandante Juan Manuel de Rosas, y no a él!

RAUCH: Dorrego es una cabeza vacía. No ha de haber previsto nada para su defensa.

GALLARDO: Como que tampoco puede presumir ni en sueños el golpe que se le prepara...

LAVALLE: ¡Y aunque lo haya previsto!... ¡y tenga a Rosas a sus órdenes y junte a todos los gauchos de la república! ¡Sébase usted que me basto con quinientos de mis coraceros para metérmelos en un zapato!

RAUCH: ¡Bravo, general! ¡Este es el combatiente del Palmar, que la historia recordará en su día! Yo me permitiría proponer una medida para comenzar: ¡prenderlo al comandante Rosas, que se encuentra en la ciudad en estos momentos, y fusilarlo en el patio de su casa!

AGÜERO: ¿Fusilar a Rosas?

LAVALLE: ¡Eso sería un disparate!

RAUCH: Como Rosas es el único elemento militar de que dispone el coronel Dorrego, yo decía... ¡Además, Rosas podría llegar aunirse con los indios!..

VARELA: ¿Con los indios?

LAVALLE: ¿Qué está usted diciendo? coronel Rauch

GALLARDO: Sí, con los indios. Por lo que se ve, yo conozco mejor que ustedes al comandante Rosas...

LAVALLE: ¡Sébase, señor coronel Rauch, que no hay argentino capaz de valerse de los indios para aumentar su poder o su prestigio en nuestras luchas civiles!

RAUCH: Pero el comandante Rosas...

LAVALLE: *(Concluyente)* ¡Es argentino!

AGÜERO: Estoy en un todo conforme con las ideas expresadas por el señor general Lavalle, y pienso que los momentos son decisivos para la salvación de nuestras instituciones. Sepamos, ahora, con qué cuerpos se cuenta.

LAVALLE: Con todos, he dicho: el batallón 5° de Olazábal, la escolta, el regimiento de artillería ligera y el batallón 4° de cazadores con sus coroneles Iriarte y Rolón. Me acompañarán Olavarría, Vega, Smith y otros jefes y oficiales, desde Correa hasta Sotelo. No lo dude usted, señor don Julián; no lo dude. Pero ¿qué voces son esas? Parece un altercado.
Se oyen voces.

GALLARDO: ¿En mi casa? *(Quiere salir apresuradamente)*.

RAUCH: ¿Si estaremos descubiertos?

CRIADO: *(De adentro, alto)* ¡Yo te voy a enseñar!...

GALLARDO: Pero ¿qué sucede?

CRIADO: *(Apareciendo, desde el dintel)* Hay un espía, señor...

GALLARDO: ¿Un espía?

CRIADO: Sí, señor... Al asomarme a la puerta de calle y creyendo que llamaban, he sorprendido al Mudo de los Patricios haciendo una cruz con carbón en la pared. Para mí, esa es seña convenida con alguno...

GALLARDO: ¿Una cruz? ¿El Mudo? ¿Y dónde está ese hombre?

CRIADO: Lo he hecho entrar a empujones. Aquí lo tengo.

ELÍAS: El Mudo es instrumento del coronel Dorrego.

LAVALLE: ¡Hombre! ¡Hágalo usted pasar! ¡Curioso caso!

AGÜERO: Aquí veremos de qué se trata.

GALLARDO: Traiga usted a ese infeliz.
Vase el criado.

RAUCH: Sería singular que se hubiera descubierto nuestro plan.

AGÜERO: No anticipemos. Quizá sea... Oigamos, ante todo. Averigüemos.

ESCENA VI

Dichos, el criado apareciendo con el Mudo.

LAVALLE: *(Lo mira despreciativamente)* ¡Si este es un desgraciado!

RAUCH: ¡Los idiotas son también peligrosos, general!

AGÜERO: ¿Qué hacías tú en esa puerta?
El Mudo lo mira absorto.

VARELA: ¡Habla! ¡Responde!

MUDO: ¡Aerrrr! ¡rrr!

AGÜERO: ¿No modula siquiera?

VARELA: Cuando le conviene se hace imbécil. ¡Es más pícaro que bonito!

GALLARDO: *(Le pregunta por señas si es cierto que él ha hecho una cruz en la puerta de la calle).* ¡Contesta!

MUDO: Aplett... Aplett... them... them...

GALLARDO: ¡El diablo que te entienda!

RAUCH: ¡Si usted me lo permite, conmigo va a hablar, aunque sea a señas! *(Lo toma de un brazo y le da un brusco sacudón).*
El Mudo trastrabilla.

¡Oye! *(Con vos enérgica)* ¿Por qué has marcado la puerta de esta casa? ¿Quién te ha mandado? ¿El coronel Dorrego?

MUDO: Trem... hum... quun... hum...

RAUCH: *(Terrible)* ¡Diga usted sí o no! ¿Ha sido el gobernador?
El Mudo pronuncia sonidos inarticulados.

¡Oh! ¡Yo no soy hombre de darme por vencido así no más!
¡Deje usted *(A Gallardo)* que su criado me lo traiga a la cocina un momento, a la huerta, a un rincón cualquiera de esta casa, ya que vive usted solo, y dentro de poco les diré cómo es la lengua de los mudos pillos! *(Al Mudo)* ¡Sígueme!
(Rauch va a encaminarse hacia la puerta de salida, cuando se oyen fuertes aldabonazos en la puerta de calle. Rauch queda inmóvil).

VARELA: ¡Diablos!

AGÜERO: ¿Eh?

GALLARDO: A nadie más espero... y nadie sabe... *(Pensativo).*

ELÍAS: ¿Qué se hace, general?

LAVALLE: Es un llamado intempestivo en realidad.

GALLARDO: ¿Se relacionará con la cruz de carbón de este pobre diablo?

VARELA: ¡Naturalmente!

LAVALLE: *(Con resolución)* ¡Entre quien sea!

GALLARDO: ¡No puedo descifrar el enigma! ¿Convendrá abrir a cualquiera?

LAVALLE: ¡A cualquiera, sí, señor! ¡Pues no faltaba más!

RAUCH: Entre tanto, yo espero... *(Al Mudo atónito)* ¡Y vos también, trompeta!

CRIADO: *(De adentro)* No, señor; debe usted esperar aquí...

GALLARDO: ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

CRIADO: Que este señor, a todo trance...

LAVALLE: ¿Y quién es ese intruso?

ESCENA VII

Dichos, el coronel Castañón, apareciendo.

GALLARDO: ¿Qué atropello es ese?

LAVALLE: ¡Coronel Castañón! ¿Conque es usted? ¡Vaya, pues! ¿Qué ocurre?

CASTAÑÓN: ¡Vengo como edecán del señor gobernador de la provincia con orden de hablar al señor general donde quiera que lo halle!

LAVALLE: ¿Hablarme? ¿A mí?

- CASTAÑÓN: ¡Al señor general!
- LAVALLE: Pues aquí me tiene. ¡Hable usted!
- CASTAÑÓN: De orden del señor gobernador, que se presente V. S. sin pérdida de tiempo ante el gobierno...
- LAVALLE: *(Con pausa)* ¿Es esa la orden?
- CASTAÑÓN: Sí, señor...
- El Mudo aprovecha este instante para deslizarse y desaparece de la escena.*
- LAVALLE: *(Con sorna)* ¡Pues diga usted al señor Dorrego que ha sabido usted cumplir al pie de la letra; y, en cuanto a mí, que dentro de pocas horas me tendrá en el fuerte con todos los batallones a mi mando; y que iré, no a ponerme a sus órdenes, como él podría suponer, sino a arrojarlo de un puesto que no merece ocupar! ¿Me ha entendido usted? Ya sabe usted a qué atenerse, señor edecán...
- RAUCH: *(Acercándose a Castañón)* Y agréguele de parte mía, que le he de levantar la tapa de los sesos, si resiste.
- CASTAÑÓN: Transmitiré lo que acabo de escuchar. *(Hace la venia y se retira).*

ESCENA VIII

Dichos, menos Castañón y el Mudo.

- ELÍAS: ¿Luego? ¿Estamos descubiertos?
- AGÜERO: Descubiertos.
- LAVALLE: ¡Así se definen las situaciones difíciles! ¡Así me gustan las madejas de la vida! ¡Bueno, mis amigos, a movernos! Mayor *(A Elías)* vuele usted al cuartel de la Recoleta y espéreme allí

para las primeras medidas a adoptar. Que no se mueva ninguno de los jefes.

- GALLARDO: ¿Qué decide usted, general?
- VARELA: Veamos...
- LAVALLE: Hacer hoy, ya mismo, lo que iba a hacerse dentro de algunos días. Amanecer dentro de dos horas en la plaza de la Victoria con mi ejército compacto como una sola compañía. Introducir esta misma noche, levantando el rastrillo de la fortaleza, dos cañones en el baluarte del oeste. ¡En fin, dar el golpe de mano más enérgico que se recuerde y más rápido y acaso más terrible!
- AGÜERO: Pero, general...
- LAVALLE: ¡No hay pero que valga, amigo don Julián! ¡O vencer o morir! ¡Ha sonado la hora de que caiga el coronel Dorrego, y va a caer! ¡Oh! sí, ¡va a caer! ¡se lo afirmo a usted por mi nombre, por mis antecedentes todos! ¡Ha sonado la hora! ¡Y si es menester que corra sangre a ríos, correrá! ¡Y si es menester que la patria vista días de luto, vestirá!... ¡qué más doloroso es para todos que la veamos cubierta de ignominia! ¡Y no hay tiempo que perder! ¡El destino mismo parece empujarnos a la revuelta con el mensaje que se ha atrevido a mandarme el coronel Dorrego y con el que yo le envío ahora! ¡a la refriega! ¡Mañana, el sol verá libre a Buenos Aires de la autoridad del coronel Dorrego! ¡Lo juro sobre el pomo de mi espada! *(Pausa).*
- GALLARDO: General Lavalle Va a decidirse un gran problema. ¿Mide usted en toda su magnitud las consecuencias?
- LAVALLE: *(Con una calma intensa, que hace contraste con el ímpetu anterior, pasándose una mano por su cabeza como para despejarla, reflexivo, quieto, hundiendo la mirada en el infinito, mientras el círculo de amigos lo contempla con angustia y silencio, recoge la interrogación y la contesta según se ve por el movimiento de sus labios, pero sin*

modular palabra. Después habla). Las consecuencias. ¡Ah!
¡Buenos Aires! ¡No puedo hacer mayor sacrificio en tu obsequio!
¡La historia me juzgará imparcialmente!...

TELÓN RÁPIDO

CUADRO II

LA FUGA

En la fortaleza, 1° de diciembre de 1828. La escena representa una sala con división de cristales hacia el fondo, la que da hacia la plaza. Comienza con luz de quinqué y acaba con la del alba.

ESCENA I

Un capitán de milicias. Dos empleados del Ministerio de Guerra. Un empleado del Ministerio de Gobierno.

EMPLEADO 1°: Pero ¿qué diablos ocurre? Acaba de ir un sereno a dar golpes a las puertas de mi casa y a ordenarme que me presente en dos minutos a la fortaleza. Y aquí estoy casi sin acabar de vestirme.

EMPLEADO 2°: Lo mismo exactamente me ha acontecido a mí, de parte del general Guido...

EMPLEADO 3°: Díganos, capitán, lo que acontece. Como usted ve, estamos en la luna.

CAPITÁN: Río revuelto tenemos. De eso no hay duda.

EMPLEADO 2°: ¿Una revolución? ¿Algo grave del lado de...?

dorrego

CAPITÁN: Yo estaba de guardia, cuando llegó el moreno que tiene a su servicio el gobernador a darme aviso de que me preparara a recibir al coronel Dorrego y sus ministros, que vendrían en seguida. ¡Nada más sé! Dispuse que se abrieran estas salas y que la tropa esté dispuesta para cualquier orden...

EMPLEADO 2°: Nos hallamos en las mismas condiciones... ¡Pero la ciudad está tranquila!... ¿Qué puede ser? ¿Quién llega?

CAPITÁN: Es el señor ministro de gobierno.

La voz del negro servidor de Dorrego (adentro).

NEGRO: Ya están aquí, señor ministro.

ESCENA II

Dichos, Guido, el Negro

GUIDO: *(Entrando.)* ¿Viene entonces en seguida?

NEGRO: Sí, señor ministro.

GUIDO: Buenas noches, señores.

EMPLEADOS 2° Y 3°:

Buenas noches.

GUIDO: O buenos días, pues pronto comenzará a clarear... *(Al capitán)* Prepare un propio de su confianza, capitán, para mandar esta madrugada a Santa Fe. Debe llevar documentos de importancia.

El capitán hace la venia y se retira.

(Al empleado 2°) Reserve todo el despacho ordinario bajo llave para que no se confunda con la documentación de este día. Y vuelva.

EMPLEADO 2º: Sí, señor. *(Vase)*.

GUIDO: *(Al empleado 3º)* ¿Y usted?

EMPLEADO 3º: Esperaba al señor ministro de la Guerra.

GUIDO: ¡Ah, sí! Ya viene con el gobernador.

NEGRO: *(Que ha salido y vuelve, anunciando)* Don Vicente López y el doctor don Felipe Arana...

GUIDO: Sí, que pasen en seguida.

ESCENA III

Dichos, Arana y López

ARANA: Señor ministro, ¿qué ocurre?

LÓPEZ: ¡Oh, mi amigo!

GUIDO: ¡Doctor! ¡Amigo don Felipe!... Pues ustedes ya lo ven. Estamos en danza. Pero, a ciencia cierta, nada sabemos; nada sabemos con exactitud. Rumores... Denuncias que ha recogido Pinedo y que confirma del Pino, y nada más.

LÓPEZ: ¿Y el gobernador?

GUIDO: No tardará en llegar. Lo he dejado en su casa con el general Balcarce tomando algunas órdenes urgentes.

ARANA: ¿Luego, estamos sobre un volcán?

GUIDO: Todo así lo anuncia; pero el gobierno carece de datos positivos, vuelvo a decir, para saber medir la gravedad de los rumores.

Entra el oficial y espera órdenes.

LÓPEZ: ¿No dice usted que se han impartido medidas urgentes?

GUIDO: Sí, pero un tanto vagas... Sobre hechos casi indeterminados, como, por ejemplo, la que acaba de adoptar el gobernador hace algunas horas por medio de su edecán el coronel Castañón: de que buscarse al general Lavalle esta misma noche, donde quiera que se encontrase, dentro o fuera del cuartel, y le comunicase de parte del gobierno que se presentase a esta fortaleza perentoriamente.

ARANA: ¿Y lo han hallado?

GUIDO: No lo sé aún. Pero ahí llega el gobernador con Balcarce.

ESCENA IV

Dichos, Dorrego, Balcarce.

ARANA: ¡Coronel!...

LÓPEZ: ¡Gobernador!... ¡Señor!

DORREGO: ¿Ustedes por aquí? ¡Cuánto les agradezco!

BALCARCE: ¡Salud, señores!

DORREGO: ¿No ha venido Castañón?

CAPITÁN: Sí, señor gobernador. Está en la sala contigua esperando a V. E.

DORREGO: Llámelo.

El oficial obedece.

Mandé comparecer al general Lavalle y dispuse que Castañón me esperara aquí con la respuesta. Estoy seguro de que el coronel Castañón ha sabido dar cumplimiento a la orden con toda puntualidad.

ESCENA V

Dichos, Castañón, el capitán.

- DORREGO: ¿Vio usted al general Lavalle?
- CASTAÑÓN: Sí, señor gobernador.
- DORREGO: ¿En el cuartel?
- CASTAÑÓN: No, señor; en casa del doctor Gallardo.
- DORREGO: ¡Hola! ¿Tertuliaban?
- CASTAÑÓN: No, señor, no estaban de tertulia. ¡Conspiraban!
- DORREGO: ¡Vaya, yaya! ¿Usted también emplea la palabra de moda? ¡Conspiración de dos personas!
- CASTAÑÓN: No eran dos, señor. Eran varias. Además de ellos estaban...
- DORREGO: ¡Diga usted! ¡Hable!
- CASTAÑÓN: El doctor Agüero, el señor Juan Cruz Varela, el coronel Rauch, el coronel Elías...
- DORREGO: ¡Hola! ¡hola! Ya eso toma cariz de conspiración efectivamente. Y ¿en qué más se funda usted?
- CASTAÑÓN: No sé si deberé repetir delante de los señores...
- DORREGO: ¡Claro!... que todo lo que yo puedo oír, lo deben oír estas personas. Son mis amigos y mis amigos más íntimos. ¡Hable usted!
- CASTAÑÓN: Es algo grave, señor gobernador.
- DORREGO: ¿Estamos entre mujeres, señor edecán? Hable usted y diga cuanto tenga que decirme.
- CASTAÑÓN: Y bien, señor; con la autorización de V. E... Me introduje casi violentamente hasta la sala en que se encontraba el general Lavalle, porque quería sorprenderlo. Le di la orden de V. E. y

dorrego

me contestó con sorna que vendría sin demora a ver a V. E., pero no solo, sino acompañado de los batallones que comanda.

- GUIDO: ¿Eh?
- CASTAÑÓN: Y que vendría a arrojar a V. E. de este puesto... que V. E. no merece desempeñar...
- DORREGO: *(Cambiando bruscamente la actitud, de voz, de gesto)* ¿Eso ha dicho?... ¿Eso ha dicho...?
- LÓPEZ: ¡Señor!
- CASTAÑÓN: Sí, V. E....
- DORREGO: ¡Insolente!... ¿Tiene usted algo más que decirme ?
- CASTAÑÓN: Acaso...
- DORREGO: ¡Con mil diablos! ¡ No mantenga usted esos tapujos! ¡Hable! ¡siga! ¡termine usted! ¿No ve usted que necesito saberlo todo?
- CASTAÑÓN: El general Lavalle nada más me encargó; pero el coronel Rauch...
- DORREGO: Ese me odia a muerte. Ya lo sé. ¿Qué ha dicho?
- CASTAÑÓN: ¡Que si V. E. se resistía a entregar el gobierno... él le levantaría la tapa de los sesos! ...
- GUIDO: ¡Oh! ¡qué bárbaro!
- ARANA: ¡El prusiano!
- BALCARCE: Hay que castigar tamaña bellaquería de ese gringo.
Balcarce y Guido hablan aparte y dan órdenes a los empleados.
- LÓPEZ: ¡Señor gobernador! Los momentos son delicadísimos y veo que todas las informaciones que me han llevado esta noche a mi casa y que me han impedido reconciliar el sueño, se hallan confirmadas. Estoy en un todo a las órdenes del amigo y del jefe del estado.

DORREGO: ¡Gracias! ¡gracias!

ARANA: Hago más las expresiones del doctor López, coronel Dorrego.

DORREGO: ¡Esto es inaudito! ¡Esto es único en la historia de las locuras humanas! ¿Quiere decir que se me intenta una revolución de cuartel...?

ARANA: ¿Y por qué causas?

LÓPEZ: Las locuras, como las llama el coronel Dorrego, no tienen causa satisfactoria jamás. Todos sabemos qué clase de hombre es, por desgracia, el general Lavalle. ¡El más arrebatado de nuestros compatriotas: el de menos gobierno de sí mismo!

DORREGO: ¡Pero, señor! ¡Los actos más incomprensibles, las acciones menos lógicas, responden a una ley! ¿Qué ha hecho mi gobierno para merecer este ultraje? ¿Ceñirse con ahínco al respeto de la moral pública, al respeto de la vida política, al culto de la administración general! ¡Nada tengo que me sonroje! Si he escalado el poder ha sido por medios dignos, lícitos, y puedo legar a mi partido la satisfacción de haber adoptado en un año una serie de medidas progresistas, humanitarias y patriotas: desde la supresión de las levas, a la reglamentación de la moneda; desde la organización de los jurados, hasta la reconstrucción de nuestro quebrantado crédito. ¡Recibí escombros en el erario y una anarquía social, profunda y grave! ¡No! ¡A un hombre de estos títulos no se le voltea con motines ni se le insulta por medio de labios extranjeros! Me debo a la propia dignidad que invisto y al poderoso partido de ideas federales que anhela la organización definitiva del país! ¡A luchar, entonces! ¡Acepto con todos sus dolores la

situación que se me crea; pero no debo comprometer en la jornada a mis dignos colaboradores de las horas tranquilas y que dejo en este instante en libertad completa, ¡sí! ¡en estas horas de zozobra! Señores...

GUIDO: Digno coronel Dorrego, no siga usted. ¡Yo soy su amigo del alma, y esta amistad alcanzará como herencia al alma de mis hijos!

Se abrazan.

BALCARCE: ¡Déme también un abrazo, y que él nos junte en la buena y en la mala suerte!

BALCARCE Y LÓPEZ:

¡Somos sus amigos!

DORREGO: ¡A luchar, entonces!... *(Con acento avivado por la emoción).*
¡Castañón!

CASTAÑÓN: ¡Ordene, señor!

DORREGO: Llame en seguida al coronel Martínez, que me aliste las milicias de la ciudad para las primeras horas...

Vase Castañón.

¿Está el chasque para López?

GUIDO: Se halla listo.

DORREGO: *(Imperativo)* Un parte al coronel Pacheco para que se aproxime con las fuerzas a su mando. Al comandante Rosas, que urge vernos. ¡Llame usted *(A un empleado)* inmediatamente!

CASTAÑÓN: *(Entrando de pronto)* ¡Señor! ¡señor! Las fuerzas revolucionarias desembocan en la plaza. ¡No hay momento que perder! ¡Póngase en salvo V. E.!

DORREGO: ¿Qué dice? ¿Qué dice?

Balcarce y López miran a través de los vidrios.

LÓPEZ: ¡Oh! ¡Lavalle en persona las comanda!...

GUIDO: ¡Aquel es Olavarría! ¡Ya atraviesan! ¡Pronto!... ¡señor gobernador! ¡Un momento más y será tarde! ¡Huya! ¡Parta usted!

LÓPEZ: ¡Su persona ante todo!...

CAPITÁN: ¡Señor! ¡Fuerzas armadas se dirigen a esta fortaleza!

DORREGO: ¡Recíbalas a cañonazos!

Sale el Oficial. Se oyen trompas y tambores.

ARANA: ¡No vacile, gobernador, que de su salvación depende la salvación del gobierno, del partido, de la causa federativa!

NEGRO: *(Avanzando)* Señor: aquí estoy para acompañarlo.

BALCARCE: ¡Pronto! ¡Urge!

GUIDO: ¿Que nos recomienda V. E.?

DORREGO: Hagan ustedes todo lo que les aconseje la razón. ¡Parto a la campaña para aceptar allí la lucha cuerpo a cuerpo!

NEGRO: Señor, ¡salgamos por la puerta del Socorro!

Los clarines y tambores más cercanos.

DORREGO: ¡Qué se cumpla la voluntad del cielo! *(Sale)*.

Se oyen tiros y gritos. Más cerca los tambores.

LÓPEZ: ¡Jesús! ¡Una descarga!

GUIDO: *(Asomándose.)* ¡Es un tiroteo de la guardia!

BALCARCE: ¡El coronel Dorrego se ha salvado!

TELÓN RÁPIDO

ACTO CUARTO

¡NAVARRO!

ESCENA I

Campamento de Almeida.

La escena amplia y cálida. Mucha luz. Es el 13 de diciembre a la hora del sol fuerte. Al levantarse el telón vese un grupo de jefes bajo la sombra de un árbol. Un soldado ceba el mate en un fogón improvisado. Pasan soldados a pie y a caballo. Gauchos viejos y jóvenes. Se oyen a la distancia toques de clarín. Una compañía atraviesa uniformada.

JEFE 1º: ¡Fue un desatino!

JEFE 2º: Su intrepidez de siempre. Esta vez lo ha perdido.

JEFE 3º: ¿A qué se metió a librar batalla? ¿Por qué no intentó la guerra de montonera?

JEFE 1º: ¡Esta cabeza será siempre la misma! Por él perdimos la batalla de Pavón el año 20. ¡Cuando con solo aguardar los refuerzos de la ciudad nos habríamos salvado!

JEFE 2º: ¡Así es, amigo; pero todo lo marca la fortuna! No me negará usted, sin embargo, las condiciones militares desplegadas por el coronel Dorrego en Tucumán y Salta. Yo le he oído decir al general Paz que el verdadero autor de la victoria fue Dorrego y no Belgrano. Y usted sabe que el manco es hombre de verdad... y de verdades. Ahora, ¿se le ha de juzgar un infeliz por este desastre? ¡Al fin, así está formada la vida militar, amigo! ¡Altas y bajas! ¡Caídas y levantadas!

JEFE 1º: Pero me explico el error si se hubiera visto obligado a cometerlo.

- JEFE 2º: ¿Y quién sabe?
- JEFE 3º: Electivamente, debió comprender que si el general Lavalle disponía de un ejército de línea tan aguerrido, tan municionado como el que acababa de llegar de la Banda Oriental, era absurdo aceptar combate con esos pobres gauchos torpes que Rosas traía arriados de la campaña, algunos tan indefensos que han entrado en pelea tan solo con sus facones o con hojas de tijeras de tusar, atadas a las cañas tacuaras. ¿Por qué no huyó a la Pampa?
- JEFE 2º: ¡Pero si ustedes saben que él traía camino de Santa Fe con el fin de juntarse al general López! ¿No habrá sido alguna treta de Rosas?
- JEFE 1º: Y a todo esto ¿quién lo agarró prisionero?
- JEFE 3º: ¡Ay amigo! Esta es la nota triste. Dorrego se ha ensartado en su propia desgracia.
- JEFE 1º: ¿Cómo así?
- JEFE 3º: Naturalmente. Atraviesa la campaña muy confiado en busca de las fuerzas de Pacheco, cuando le dicen que en tal rancho estaban el mayor Acha y el comandante Escribano, que él acababa de ascender hacía pocos días... ¿A qué se le ocurriría...?
- JEFE 2º: Siga usted.
- JEFE 3º: Apenas penetra al rancho con la sonrisa en los labios y la confianza en el corazón, saludando a todos como a sus verdaderos amigos, el comandante Escribano lo hace rodear con sus soldados y le grita: “Dese preso, coronel Dorrego”.
- JEFE 1º: ¿Y el coronel?
- JEFE 3º: Imagínese la impresión que sufriría al verse encerrado en la cueva de aquellos ruines...

- JEFE 2º: ¡Hombre!
- JEFE 3º: Ruines, sí. ¡No es gracia ganar grados traicionando tan vilmente al hombre que nos diera la mano de protector y de amigo!, y ¡en qué momentos! ¡cuando la fatalidad lo atraviesa en el camino completamente desvalido, desarmado, confiándose como un niño en la lealtad de sus servidores de hace un rato!
- JEFE 1º: ¡Tiene razón, comandante! ¡Yo soy de sus mismas ideas! ¿Y después?
- JEFE 3º: ¡Después! Lo agarró ese prusiano maldito, ese coronel Rauch, que cada día nos tiene más desprecio y rabia.
- JEFE 1º: ¿Rauch se ha hecho cargo del coronel Dorrego? ¡Está perdido!
- JEFE 2º: ¿Usted lo cree?
- JEFE 1º: ¡Rauch le tiene odio yegua al coronel Dorrego por haberlo echado de su despacho un día en que se insolentó, y de haberle quitado el mando de los húsares! ¡Pobre el gobernador de Buenos Aires en manos de ese gringo desagradecido y altanero!

Durante este diálogo se habrá acercado algún asistente a pedir o a traer órdenes y habrá comenzado el pasaje de soldados a pie o a caballo como queda dicho.

ESCENA II

Avanzan el general Lamadrid y el teniente mayor Juan Elías, edecán de Lavalle, en dirección al grupo. Un asistente detrás.

JEFE 1º: ¿Qué nos dirá el general Lamadrid?

JEFE 2º: El que ha de saber algo nuevo ha de ser el mayor Elías.

JEFE 3º: General, ¿qué, no le tiene miedo al sol?

LAMADRID: ¿Yo? ¡Ya estoy curtido!

ELÍAS: El general Lamadrid viene por el olor al mate.

JEFE 1º: A tiempo llega. *(Le da un mate).*

LAMADRID: ¿Y de qué hablaban ustedes?

JEFE 2º: De qué se ha de hablar sino del infeliz Dorrego. ¡Suerte negra la de ese hombre!

ELÍAS: Aquí venimos a esperarlo.

JEFE 2º: ¿A quién? ¿Al coronel Dorrego?

ELÍAS: Sí, pues; el general Lavalle le ordenó a Rauch con un chasque que lo enderezara a este rumbo. Ahora no más ha de llegar. Tengo entendido que Rauch se lo ha entregado al coronel Acha.

LAMADRID: ¿Y a qué quiere el general Lavalle tener ese prisionero en su campo?

ELÍAS: ¿Y dónde debe estar?

LAMADRID: En la ciudad, pues, amigo; donde está el asiento de las autoridades del gobierno provisorio que lo debe juzgar. Juzgar, no, porque Dorrego, al fin y al cabo, no es un bandido, ni el gobierno provisorio es tribunal competente, pero, quiero decir, que allí sabrán lo que se debe hacer con él.

ELÍAS: Es muy fácil saber lo que se ha de hacer con él.

JEFE 1º: ¿Desterrarlo?

ELÍAS: Naturalmente. Volver a echarlo a los Estados Unidos.

LAMADRID: ¿Esa es opinión del general Lavalle?

ELÍAS: ¡Ah! yo no lo sé. Esta es opinión mía. ¡Como para sacarle opiniones está el general Lavalle!

JEFE 1º: ¿Humor de perro?

ELÍAS: Tiene días insoportables en que ni los diablos lo aguantan. Y hoy es uno de esos días. Él mismo se conoce, porque prefiere manejarse, aun conmigo, por medio de papelitos. Aquí está ese en que me acaba de ordenar que le avise en cuanto llegue el coronel Dorrego.

LAMADRID: Con razón lo he visto con cara avinagrada. *(Mirando a la distancia)* Si no me equivoco... aquel bulto... aquella nube de tierra...

ELÍAS: Debe ser el prisionero.

JEFE 4º: ¡El corazón me da unos golpes!

JEFE 2º: ¿Y aquel cura ?

ESCENA III

Dichos, un soldado que se aproxima. El padre Castañer.

SOLDADO: Mayor...

ELÍAS: ¿Qué hay?

SOLDADO: Dice el cabo cuarto que el teniente cura de Navarro quiere hablarlo.

ELÍAS: ¿A mí? Que avance el teniente cura. ¡Ah! ¿Está aquí? *(Mirando)* Si es el padre Castañer, que todos conocemos.

Los jefes superiores hacen grupo aparte, mientras el padre Castañer dialoga con Elías.

¿Cómo está padre? ¿Qué anda haciendo por este campamento?

P. CASTAÑER: Acabo de recibir un mensaje de don Luis Dorrego, traído por un propio, en que me participa que debe hallarse aquí su hermano don Manuel en calidad de prisionero. Yo soy pariente de los señores Dorrego y quisiera verlo y prestarle algunas atenciones al coronel en las críticas circunstancias en que se halla.

ELIAS: No veo ningún inconveniente, padre. Pero el coronel no ha llegado aún. Lo estamos esperando. ¡Ah! ¡sí! Debe ser aquel birlocho.

LAMADRID: *(Acercándose)* ¿Cómo le va yendo, padre? ¿A ver a su primo el coronel Dorrego?

P. CASTAÑER: Sí, señor general; como tengo el curato aquí en Navarro, vengo a pedir me dejen llevarlo a mi casa, aun como prisionero.

LAMADRID: ¡Hum!

P. CASTAÑER: ¿Habrá algún inconveniente? Si yo respondo...

LAMADRID: Lo que es hoy no le aconsejo ni que lo vea al general Lavalle. Está ahí metido en aquella casa como tigre en una jaula.

ESCENA IV

Dichos, Dorrego, Acha. Soldados.

Entra un birlocho tirado por tres caballos. Rodean el coche un jefe, el coronel Acha y un pelotón de soldados, todos a caballo. Acha se apea con presteza, mientras su asistente, que ya lo ha hecho, abre la portezuela del carruaje. Los jefes

y el P. Castañer quedan a cierta distancia. Elías avanza a recibir a Dorrego, que desciende. Acha saca del carruaje un pequeño lío o atado que coloca cerca de Dorrego. Se supone que es su ropa. Tras de Elías, Lamadrid. Dorrego baja, vestido de coronel, y se descubre ante el grupo. Su rostro pálido, desencajado, se va cubriendo de una lúgubre desconfianza gradualmente. Mira a su rededor con el presentimiento de algo indefinido, indescifrable, pero que se le ofrece ante sus grandes rasgados ojos negros, sin perder el dominio ni la superioridad ingénita que lo anima. Acha y los soldados se retiran a cierta distancia al fondo. Silenciosa inquietud.

ACHA: Ya estamos. Baje coronel.

ELÍAS: Coronel Dorrego.

DORREGO: ¡Mayor! ¿En dónde me hallo? Salud, paisanos. *(A los jefes. Al distinguir a Lamadrid y al padre Castañer, cambia su fisonomía con un ligero tinte de satisfacción. A Lamadrid)* ¡Compadre! ¡Padre Castañer! ¡Con cuánto gusto los hallo en este sitio!

LAMADRID: Las horas se me hacían siglos. ¡Quién había de pensar que lo vería de este modo!

DORREGO: ¡Tal es la vida, mi amigo, tal es la vida! *(A Elías)* Señor edecán. ¿Puedo hablar al general Lavalle?

ELÍAS: Voy a anunciarle su llegada y su deseo, señor coronel. *(Vase Elías).*

DORREGO: *(A Castañer y a Lamadrid).* ¿Qué significa este recibimiento? ¿Por qué he sido conducido al campo del general vencedor?

P. CASTAÑER: Yo estoy ignorante de todo, pariente: nada sé.

LAMADRID: A nosotros también nos extraña su venida a este campamento.

DORREGO: *(A Lamadrid)* ¿Sabe usted si han llegado algunas comunicaciones de Buenos Aires, del gobierno provisorio?

LAMADRID: Me ha parecido ver unos oficios en la mesa del general Lavalle: pero de lo que estoy seguro es de que él ha recibido una carta urgente de los doctores Agüero, del Carril y de Juan Cruz Varela.

DORREGO: ¡Ah!

P. CASTAÑER: ¿Presume usted que serán en su contra?

DORREGO: ¡Desde luego!

JEFE 1º: *(Adelantando)* ¿Quiere servirse un mate, coronel Dorrego?

DORREGO: Gracias, mi comandante; vengo abrasado de sed... si hubiera un trago de agua, por vida suya.

JEFE 3º: Aquí está este jarro, que está lleno.

DORREGO: *(Bebe con ansiedad)*. ¡Gracias! ¡Gracias!

ESCENA V

Dichos, Elías, que regresa con aire de visible pesadumbre.

LAMADRID: ¡Cómo! ¡tan pronto!

ELÍAS: Me ha detenido en el camino una orden escrita del general Lavalle.

DORREGO: ¿Una orden? ¿Y qué dice?

Elías la alcanza a los Jefes 1º, 2º y 3º, los que no ocultan a su vez la impresión que reciben.

¿Qué dice esa orden, señor edecán? *(Pausa)*.

ELÍAS: Y bien. Yo sé que me dirijo a un hombre de valor probado en cien combates...

El padre Castañer se adelanta para oír mejor.

DORREGO: ¡Hable usted!

ELÍAS: Que dentro de una hora... *(Pausa.)* Que se prepare usted a morir.

DORREGO: *(Se da un golpe en la frente)*. ¡Por Dios santo!

P. CASTAÑER: ¡Jesús!

LAMADRID: ¿Ejecutado?

Se vuelve hacia los tres jefes y quedan todos estupefactos. Pausa.

DORREGO: *(Que ha sentido el peso de la terrible impresión: reacciona de pronto)*. ¡Morir! ¡Morir! ¿Por qué? ¿Quién me condena? ¿por qué delito? ¡No! ¡No debe ser! ¡Esto es un error de usted, edecán Elías. Yo quiero hablar al general Lavalle. ¡Quiero verle!

ELÍAS: ¡Sería inútil!

DORREGO: ¿Inútil? Pero, ¿qué es esto? ¿Qué explicación tiene esto? ¿No puedo hablar con el general Lavalle?

ELÍAS: Es imposible hablarle.

DORREGO: ¿Y así se me juzga? ¡Así se me condena! ¡Ah!...

P. CASTAÑER: Coronel...

LAMADRID: Pero, amigo Elías...

ELÍAS: Lo repito: ¡inútil! El general no quiere hablar con nadie. Está encerrado y tiene una imaginaria en la puerta.

P. CASTAÑER: Pero esto es monstruoso.

LAMADRID: Sí, señor. ¡Horrible!

DORREGO: ¡No! ¡No! ¡No! Si ya no es solo por mí. ¡Si no se trata de mí! ¡Si no quiero que se le vea ni aun por mis hijas! ¡Ah, mis hijas!... ¡mi pobre Ángela! *(Pausa)*. Vaya, general, y dígame en mi nombre, a nombre del gobernador legal de Buenos Aires, que aquí no veo forma de juicio. Esta ejecución es un

crimen, un asesinato vulgar, una venganza de bandolero de camino. ¿De cuándo aquí tiene derecho un general vencedor a disponer de este modo de la vida de un vencido? ¡Yo soy el representante de todas las provincias argentinas! Y él ¿quién es? Mi muerte llenará de oprobio y de vergüenza su nombre y su memoria. ¡Dígaselo usted así! ¡Anúncie el desprestigio en que vamos a caer por su culpa todos los argentinos, todos! Y anuncie principalmente que aunque yo no lo quiera, vendrán ríos de sangre a vengar el derramamiento de la mía. Yo me decretaré el destierro. Me iré lejos. No volveré ya más. ¡El sol de la patria no calentará mis canas cuando llegue mi ancianidad tan triste, lejos de cuanto amé, lejos para siempre de mi inolvidable Buenos Aires!

P. CASTAÑER: ¡Pariente! ¡Cálmese!

DORREGO: ¡Pero es necesario a todo trance impedir este crimen, señor! ¡No, si yo no he mandado matar así a nadie! ¡Más que crimen, esto es un error, por lo innecesario, por lo bárbaro!

Se oyen redobles de tambores. Entra una compañía y se alinea a un costado. Un oficial se cuadra frente a Dorrego.

¿Qué es esto? ¿Es entonces verdad?

OFICIAL: *(Avanzando hacia Dorrego)* ¡Coronel Dorrego!

DORREGO: Hable usted.

OFICIAL: De orden del general Lavalle intimo a usted que se prepare a la muerte.

P. CASTAÑER: ¡Cielo santo!

DORREGO: Diga usted al general Lavalle que si la provincia de Buenos Aires no tiene leyes... Pero no... Diga usted solamente que el gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, el encargado de los negocios generales de la república, queda enterado de la orden del señor general. Sí, voy a obedecer.

Pausa.

(A Lamadrid) General Lamadrid: deme usted su propio recado de escribir, se lo suplico. *(Al P. Castañer)* Y usted, padre: reciba mis últimas oraciones.

Mientras Dorrego ora sobre el pecho del sacerdote, entran nuevos soldados hasta llenar la escena. Al fondo del campamento clarines y tambores dan toques de muerte. Lamadrid trae papel, tintero y pluma. Uno de los jefes acerca hacia el centro de la escena la mesa de campaña que se halla cerca del árbol con los enseres del mate. Dorrego gira lentamente sus ojos abarcando cuanto se produce a su rededor. Contemplado en silencio por jefes y soldados, llega a la mesa y escribe. Lamadrid y el P. Castañer se le aproximan. Los demás forman, grupos. Se va apagando el redoble de los tambores y la nota lejana de los clarines. La escena permanece un breve instante muda, en silencio. Larga pausa, con el sello de lo trágico.

(Alcanzando un pliego a Lamadrid, mientras prepara otro, dice:) Esta carta para mi Angelita. Puede usted leerla.

LAMADRID: *(Se separa hacia el grupo de jefes y les lee con emoción creciente).*

Mi querida Angelita: En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir. Ignoro por qué, mas la Providencia divina, en la cual confío en este momento crítico, así lo ha querido. Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí.

Mi vida: educa a esas amables criaturas; sé feliz, ya que no lo has podido ser en compañía de tu desgraciado:

MANUEL DORREGO

Todos quedan profundamente impresionados.

DORREGO: Y esta, para el general López.

Lamadrid recibe otro pliego.

¡Que no trate de vengar mi muerte!

Pausa.

Todavía otros encargos, mi querido amigo. Esta sortija para mi nena idolatrada, en memoria de su desgraciado padre. *(Sácala del dedo en que la lleva)* y a Isabelita, que le devuelvo los tiradores que me bordó con sus delicadas manos *(Desprendiéndose el chaleco)*.

Y a usted, mi valeroso compadre ¿qué presente puedo hacerle en recuerdo del vínculo que nos ligó en la vida? ¡Vea! Acépteme esta chaqueta *(Sacándose la que lleva puesta)* para que esté sobre su pecho de héroe y sobre su corazón de amigo. Y el último favor: que me acompañe en esta hora. Que se quede... No se vaya de aquí hasta que...

LAMADRID: *(Que ha contenido hasta entonces el llanto)* ¡Compadre, eso sí que no puedo! ¿No ve usted que me estoy ahogando en llanto? *(Rompe a llorar)*.

DORREGO: Entonces, ¡deme un abrazo!

LAMADRID: ¡Con el alma! ¡Con el alma! ¡Coronel Dorrego!

Se abrazan fuertemente. Lamadrid se separa de Dorrego. Se retira sollozando acompañado de Elías.

DORREGO: Padre, sea usted mi último compañero, entonces.

Vuelven a oírse toques de clarín. Dorrego se incorpora. Se dirige hacia el sitio de la ejecución. Allí el padre Castañer le da un abrazo. En este instante, el Mudo de los Patricios intenta en vano, desesperadamente forzar el cerco de guardias y soldados que estarán hacia el fondo de la escena. Su dolor es terrible, al ver que va a morir el coronel Dorrego sin lograr despedirse. Lanza un aullido, y entre protestas y agitaciones indecibles, se precipitará a su debido tiempo sobre el cuerpo, aún palpitante, de Dorrego. El sacerdote se retira y se arrodilla para rezar. Todos los paisanos se descubren. En este momento de infinita

ansiedad y silencio completo el coronel Dorrego dice con voz entera :

Pido una gracia, señor Oficial. Ser yo quien dé la orden de esta descarga. Muero en la religión de mis mayores. Perdono a todos mis enemigos. Me encomiendo a Dios. *(Señalando el pecho y abriendo después los brazos)*. ¡Apunten...! ¡Fuego!

Se oye la descarga cerrada. El cuerpo se estremece, salta y cae boca abajo. Los tambores rompen en sus notas, y aún al rato de caído el telón, debe seguir oyéndose el acompasado redoble de las cajas.

FIN

Eclipse de Sol

Enrique García Velloso

> eclipse de Sol

Comedia en tres actos, estrenada en el teatro Apolo el 11 de Agosto de 1910 por la compañía José Podestá - Luis Vittone.

PERSONAJES

SOL	Blanca Podestá
ESTHER	Elsa Conti
PETRA	Olinda Bozán
SEBASTIÁN	Salvador Rosich
DON BERNABÉ	Segundo Pomar
DON FLORENCIO	Luis Vittone
CLEMENCIA	Aurelia Ferrer
CAROLA	Blanca Vidal
BRAULIO	Alberto Ballerini
FELIPE	Humberto Scotti
VIGILANTE 1º	Rafael Brasiliano
VIGILANTE 2º	Egidio Sofía
REPÓRTER 1º	Arturo Calderilla
REPÓRTER 2º	Manuel Castillo
FOTÓGRAFOS DE REVISTAS ILUSTRADAS, PAISANOS, ETC.	

ACTO PRIMERO

SALITA DE CASA DE SOL. PUERTAS. LA DE LA IZQUIERDA DEL ACTOR CONDUCE A LA CALLE. SOFÁS, MESITA, RINCONERAS, PLANTAS, UN SECRETER DONDE HABRÁ MUCHOS ESTUCHES Y ALHAJAS. ARAÑA ELÉCTRICA. ESTUFA ENCENDIDA. POR DETRÁS

DE LOS CRISTALES DEL BALCÓN DEL FORO SE DIVISAN EL JARDÍN DE LA CASA Y UN CIELO PLOMIZO QUE AUGURA TORMENTA. CAE LA TARDE. MES DE JULIO. AL FORO TAMBIÉN Y CON MARTILLO EL CUARTO TOILETTE, CON ARMARIO, ETC. AL LEVANTARSE EL TELÓN SE VE A SOL, EN UNA BUTACA, SENTADA LANGUIDAMENTE. ESTUDIA UN PAPEL EN ALTA VOZ. CAROLA VIENE DE LA CALLE CUANDO SE INDIQUE.

- SOL: *(Declamando enfáticamente)* “Son inútiles sus pretensiones... ¿lo oye usted? ¡Inútiles! Yo soy una pobre obrera que quiere ganarse el pan a costa de su sudor... Vale más la pureza de mi honra, que esas promesas falaces con que usted quiere empujarme al abismo del vicio... Vale... “ ¡Ay... ay... pero qué cursi es esto... y nada... que no me lo puedo aprender!... Imposible... imposible... *(Levantándose airada y tirando el papel)*.
- CAROLA: ¿Se puede? *(Entrando)*.
- SOL: Adelante.
- CAROLA: ¿Estás sola?
- SOL: ¿No lo ves?
Se besan.
- CAROLA: Como te oía hablar...
- SOL: Estudiaba el papel de la obra nueva. Siéntate. ¿Vienes del teatro?
- CAROLA: Sí, por desgracia. *(Sentándose)*.
- SOL: ¿Te ha ocurrido algo?
- CAROLA: ¡Ay, hija, estamos hartos, con esa maldita obra...! No hay nada peor que un autor primerizo. Indignado porque hay que cubrir tu figura en los ensayos y porque no estuviste cuando fueron los fotógrafos de las revistas ilustradas.
- SOL: ¿Sí?... ¡Ja, ja!... Pues ya tiene para días.

- CAROLA: ¿Qué? ¿Pensas seguir faltando? Te advierto que la obra va el viernes.
- SOL: Yo no sé el papel... Estoy enferma... estoy...
- CAROLA: Por lo visto continúas sin tener noticias de Sebastián.
- SOL: Ninguna noticia. Se lo ha tragado la tierra. Y esta situación me desespera...
- CAROLA: No seas exagerada... Las cosas amargas del amor hay que tomarlas con soda...
- SOL: ¿Qué?
- CAROLA: ¡Que no hay que darles mayor importancia!... Fíjate en mí... Soy feliz... porque sé librarme a tiempo de las celadas traidoras de los hombres...
- SOL: De los hombres... sí... pero del hombre... del único hombre a quien se ama... a quien...
- CAROLA: ¡Bah... bah!... Todos son uno, y uno es todos... Sinvergüenzas de marca mayor... y el que se crea incólume que levante el dedo...
- SOL: Es que tú has perdido la fe...
- CAROLA: A fuerza de golpes... che... A mí, ya no me agarra ninguno, ni con cola...
- SOL: ¡Qué Carola! Te agradezco la visita... me traes el buen humor...
- CAROLA: Eres demasiado romántica... Crees en los rayos de luna, en la poesía de las flores, en la majestad de los crepúsculos... y, lo que es más triste, crees en los hombres, que son una sarta de mentirosos, de hipócritas, de interesados, de... ¡Ahí lo tienes al sinvergüenza de Ramón...! ¿Pues no le está haciendo la corte a una francesa del Casino, que ni canta, ni baila, ni es mujer, porque parece un palo de escoba forrado de seda?...

SOL: ¿Y a ti, qué te importa?

CAROLA: Tienes razón... ¡Pero dejá que lo agarre... che, lo marco para quince días!...

SOL: ¡Ja, ja!...

CAROLA: Sí... reíte no más...

SOL: ¿Quieres tomar té?

CAROLA: No.

SOL: ¿Trabajas esta noche?

CAROLA: Afortunadamente, no.

SOL: ¿Entonces, comerás conmigo? Aunque te advierto que no tengo cocinera...

CAROLA: ¿Echaste a Regina?

SOL: Sí... por borracha y porque cambiaba de marido con más frecuencia que de menú...

CAROLA: Qué lástima... Y tan ricos platos que hacía. Mira... entonces tengo un programa más interesante...

SOL: Gracias...

CAROLA: Si no me dejás hablar... El programa es contigo.

SOL: ¡Ah!

CAROLA: Yo necesito pescar a Ramón con las manos en la masa. ¡Ah, si yo lo encontrara con la francesa! Se me hace agua la boca, tan solo al pensarlo. ¡Qué paliza!

SOL: ¿A Ramón?

CAROLA: A los dos, hija, a los dos... Mira... tengo un palco para el Casino. Nos declaramos en huelga. Según mi peinadora, Ramón comerá esta noche con el palo de escoba, en un gabinete del Charpentier... Nosotras vamos a comer allí.

Espiamos... La francesa irá al *toilette* a darse polvos y allí le doy yo la tunda más hermosa que registran los anales de la policía.

SOL: ¿Y el palco del Casino, para qué sirve?

CAROLA: Para ir al Casino, si la pareja no come en Charpentier. Yo tengo que aprovechar esta noche que no trabajo.

SOL: ¿Pero no dices que a ti no te importan los hombres?

CAROLA: Nada... absolutamente nada. Lo hago simplemente por espíritu de justicia. ¿Me acompañas en mi excursión?... (*Cerrando los puños*).

SOL: ¿Y si me ve alguno del teatro, cómo justifico mi enfermedad?... ¡No, no!...

CAROLA: Tú necesitas distraerte... y, además, no harías más que corresponder antiguos favores que yo te he prestado gustosísima cada vez que peleabas con Sebastián.

SOL: No me tientes... Mí espíritu...

CAROLA: ¡Bah!... ¡Espíritu... ¡pavadas!... Vamos... Puede que encuentres a Sebastián en el Casino.

SOL: ¿En el Casino?

CAROLA: (*Indignada*) Ese... es el foco...

SOL: ¡Oh!... ¡Lo odiaría!

CAROLA: No, hija, le pegarías, como yo a Ramón.

SOL: Va a hacer una noche feísima.

CAROLA: Pedimos por teléfono un coche cerrado.

SOL: Hacerse *toilette*...

CAROLA: Sí... animáte...
Petra, de la calle.

PETRA: Aquí estoy yo. (*Trae un paquete*).

SOL: ¿Le encontraste?

PETRA: Como ayer y como esta mañana, la casa cerrada. El portero del Club dice que desde el domingo no ven por allí al señor Sebastián; en la peluquería de Ruíz no se afeita desde el sábado. Aquí está la bendita carta.

SOL: Rómpela. Pues señor, cosa más rara... Y sigue el misterio... *(Se sienta pensativa)*.

CAROLA: No te devanes los sesos... estará con algún bagre de café concierto...

SOL: No digas locuras... Sebastián es incapaz... Hubiera, en tal caso, roto conmigo; habría buscado algún pretexto... para no verme estos días... Es cosa de... *(Rompiendo la carta en un ataque nervioso y echándose a llorar)*.

CAROLA: ¡Sol! *(Consolándola)*.

PETRA: ¡Señora!...

SOL: Déjenme... déjenme que me desahogue... *(Llora)*.

CAROLA: Desahogarse llorando... ¡Vaya una pavada!... ¡Desahógate como yo... levantando chichones!...

PETRA: ¿Por qué no se acuesta?

CAROLA: ¡Qué acostarse! ¡A la calle! Anda... a ponerte linda... Más linda de lo que eres... y vámonos a la *rotisserie*...

PETRA: Si es de ley, ya volverá...

CAROLA: ¡Claro!

SOL: No... no salgo...

CAROLA: Eres una idiota... Mientras tú te recluyes, puede que te la esté pegando con otra que no sirva ni para descalzarte. Lo dicho, dicho... a las seis y media vengo a buscarte.

SOL: Pero si va a llover. *(Desganada)*.

CAROLA: ¡Aunque caigan rayos y centellas! Dame un beso. Ánimo, querida mía, ánimo y venganza, mucha venganza.

SOL: Pero es que si llueve...

CAROLA: ¡Mejor! ¡Así justificaré un paraguas que tiene un puño terrible y que servirá para el combate! Hasta luego, hijita... Nada de lágrimas... garrotazo y tente tieso... Adiós... Adiós... *(Al irse)*. ¡Ay!, el cielo quiera que llueva, para llevar el paraguas... ¡Ya estoy sintiendo la campana de la Asistencia Pública! *(Vase)*.

SOL: *(A Petra)*. En fin, esperaremos hasta las diez.

PETRA: Yo creo que la señora hace mal en abandonar tantas noches el teatro.

SOL: Están de más los consejos.

PETRA: Yo lo digo por su bien, señora. En el teatro están que trinan por usted.

SOL: Peor para ellos.

PETRA: No, señora, peor para usted. Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe.

SOL: ¿Crees que a la empresa le conviene prescindir de mí?

PETRA: No, señora; pero es que pueden minarle el terreno otras que quieren ocupar su puesto.

SOL: No basta querer...

PETRA: ¡Oh... el teatro es tan loco!... ¿Y quién le dice que mañana, la señora Carlota se vea obligada a hacer su papel en la obra nueva y que pegue?...

SOL: ¿Carlota? ¿Has oído algo?

PETRA: El traspunte me dijo que el director había resuelto que, en caso de que su ausencia se prolongue, la señora Carlota

hiciera el papel en la obra nueva. Yo entonces corrí a casa de la modista a buscar el traje porque la obra se anuncia para el viernes. Además, como los fotógrafos...

- SOL: ¿Lo concluyó?
- PETRA: Aquí está. Yo que usted, me lo probaba ahora mismo por si acaso tiene algún defecto. Y luego recibía a los fotógrafos y mañana iría al ensayo, y pasado triunfaría y saldría en *Caras y Caretas* y en *P.B.T.*
- SOL: Déjame... Déjame...
- PETRA: El teatro es su vida... su escaparate...
- SOL: Sí, buena Petra, tienes razón.
- PETRA: ¿Y entonces, por qué no me hace caso? Sí... pruébese el vestido... En seguida yo le leo el papel y usted lo repite... (*Descubriendo el paquete*). Esta es la pollera, mire la bata... Vea qué propio el delantal... Va a parecer una mujer del pueblo... con ojos de princesa... de princesa bonita...
- SOL: Aduladora... Ayúdame...
- PETRA: Fuera el batón... Así... Ahora la pollera... (*Va vistiéndose la actriz con todo lo que le da*). La bata...
- SOL: Me parece que me ajusta en la bocamanga... no... Puedo mover bien los brazos...
- PETRA: El delantal...
- SOL: Ya está...
- PETRA: De primer orden... una obrera de verdad... Va a salir un retrato espléndido...
- SOL: (*Delante del espejo*). “Yo soy una pobre obrera que quiere ganarse el pan a costa de su sudor”... ¿Eh? ¿Oyes?
- PETRA: Parece que sube alguien... sí...

SEBASTIÁN: ¡Sol! (*Entrando, con gabán y paraguas*).

- PETRA: ¡Por fin!
- SEBASTIÁN: Tus brazos.
- SOL: No lo merecías. (*Abrazándole*).
- SEBASTIÁN: ¡Qué días más horribles!
- PETRA: ¡La que se va a armar! (*Vase por derecha*).
- SOL: ¡Farsante!... Te he abrazado sin darme cuenta...
- SEBASTIÁN: Cuando me escuches, verás cuánto he sufrido y cuán injustos habrán sido tus malos pensamientos al juzgarme...
- SOL: No... ya traerás bien aprendida la comedia.
- SEBASTIÁN: ¿Comedia?...
- SOL: ¿Dónde has estado? ¡Miénteme... pero habla!
- SEBASTIÁN: No tenemos tiempo que perder. La menor indiscreción puede ser causa de nuestra completa ruptura.
- SOL: ¿Por qué?
- SEBASTIÁN: Mi padre se halla en Buenos Aires. Lo sabe todo... ha descubierto todos mis líos.
- SOL: ¿Y no has tenido cinco minutos para escribirme dos líneas; y te has complacido en llenarme de angustia durante tres días?
- SEBASTIÁN: Es que la sorpresa fue formidable. El domingo por la mañana, se me presentaron en casa mi padre y mi tío Florencio. A la rastra me llevaron al escritorio. Con los libros por delante, hicieron arqueo de caja; faltaban sumas grandes, cuya desaparición me era imposible justificar. Ellos sabían de sobra mi vida fastuosa, mi unión contigo; mis metejones en el club; mis aficiones turfistas; lo sabían todo, che; todo; y yo no pude levantar el gallo; aquello no tenía vuelta... era el comienzo de la ruina de mi padre y, por la razón social, de

mi tío Florencio también. Si los líos que anotaron los hubiera hecho un empleado, a estas horas lo habrían metido en la cárcel; pero un hijo y un sobrino... He quedado en los bancos... *(Llevando los dedos a la boca y arrancando un beso)*. Salíamos de un pagaré, para entrar en una letra... salíamos de una partida de trigo que no había sido embarcada, para entrar en un lote de hacienda que no había llegado a los corrales de Liniers... ¡En fin, Sol... el Apocalipsis!... ¡Y a todo esto, mi padre y mi tío sin separarse de mí, ni aun cuando iba a... lavarme las manos... che! ¡Qué horror!

SOL: No... la comedia está bien forjadita... No se necesita ser un prodigio de imaginación para amasar esa bola que yo no me la trago...

SEBASTIÁN: ¿Eh?

SOL: ¡Que no me la trago!

SEBASTIÁN: Te lo juro por lo más sagrado, que todo cuanto te digo es la pura verdad. Y, además, te vuelvo a repetir que no tenemos tiempo que perder, porque mi padre se va a presentar aquí de un momento a otro.

SOL: ¿Tu padre?

SEBASTIÁN: Como lo oyes.

SOL: Daré orden para que no se le reciba.

SEBASTIÁN: Sería perjudicarme, complicar la cuestión, porque mi padre es más testarudo que un vasco... Vendría diez, quince veces en un mismo día, hasta que lograra verte; o se te presentaría en el camarín del teatro y excuso decirte...

SOL: ¡Oh, no... No quiero escándalos!

SEBASTIÁN: Por eso, lo mejor es que lo recibas y aguantes el chaparrón.

SOL: Me dirá improprios... creará que yo soy la culpable de tus desórdenes de dinero.

SEBASTIÁN: La culpable, no; pero, por lo menos, cree que eres una cómplice. Te ruego que le escuches con calma. Estas cosas hay que tomarlas con filosofía. Lo peor es que nos vamos a tener que separar.

SOL: ¿Para siempre? Me lo decía el corazón. *(Solloza)*.

SEBASTIÁN: No... tontita... no me aflijas más de lo que estoy... Nuestra separación será breve. Me obliga mi padre a ir a la estancia hoy mismo. Yo me alegro de ir solo y que el viejo se quede aquí hasta mañana, porque así podré catequizar a mi madre y obtener su perdón.

SOL: ¡Oh, no!... ¡No! Me engañas. Te he perdido para siempre; dímelo, sé franco...

SEBASTIÁN: Te aseguro que no. Antes de ocho días, me verás a tu lado. No tienes motivos para dudar de mi cariño cuando tantas pruebas te he dado.

SOL: ¿Volverás prontito?... *(Echándole los brazos al cuello)*.

SEBASTIÁN: Sí, en cuanto recobre la confianza de mi padre... y si no la recobro, lo mismo da, porque lo echo entonces todo al barato y me vengo aquí... si es que tú estás dispuesta a pasar las privaciones que, lógicamente, tendríamos que sufrir...

SOL: ¿Y llamas sufrir el estar a tu lado? ¡Oh... no, Sebastián... en la indignancia, en el sacrificio... pero contigo!

SEBASTIÁN: ¡Así quiero oírte! Eso me da fuerzas para vencer los obstáculos que han de imposibilitar mi regreso.

SOL: ¡Oh!... como tardes, voy a buscarte.

SEBASTIÁN: No digas locuras. ¿Serías capaz?

SOL: Segura de tu amor sería capaz de lo indecible... ¿y tú?

SEBASTIÁN: Seguro de tu amor, ¡de lo imposible! Pero el tiempo pasa. Dame un abrazo y un beso y despedámonos hasta la vuelta.

SOL: Espérate otro poquito...

SEBASTIÁN: Qué más querría, nenita, que estar a tu lado... pero el tren sale a las seis y media. Mira... tengo el coche ahí abajo, con la valija. Imagínate que se le ocurra venir a mi padre ahora mismo... Entonces sí que...

SOL: No... no... vete... sé puntual. No enojés al viejo. Supongo que podré escribirte.

SEBASTIÁN: Todos los días. Pero no me dirijas las cartas a la estancia, sino al hotel de la estación. Quiero que me cuentes lo que haces. Te enviaré mañana, a primera hora, un largo telegrama. ¡Uf!, cómo pasan los minutos; voy a perder el tren y aún debo hacer un encargo. Mira, lo puede hacer Petra y así no ando yo con los minutos contados.

SOL: Lo que quieras. ¿Qué es?

SEBASTIÁN: Se trata de avisar en el Bazar Inglés que un juego de cubiertos que se olvidó mi padre, lo manden mañana sin falta por el Expreso Villalonga.

SOL: ¿Y qué clase de cubiertos son?

SEBASTIÁN: Ya saben ellos... están apartados. Lo más importante es esto (*Dándole un papel*).

SOL: ¿Qué es?

SEBASTIÁN: Un aviso pidiendo una sirvienta para la estancia. No te me vayas a olvidar.

SOL: Descuida.

SEBASTIÁN: No quiero que te falte nada. Cualquier cosa que necesites me haces un telegrama. Adiós. Sé buenita... pórtate bien... no te exhibas mucho estos días...

SOL: Sí... a ver si vos te enamorás de alguna campera y...

SEBASTIÁN: ¡Oh!... ¡Loca! Otro beso... y otro... y otro...

SOL: No te olvides del telegrama... (*Acompañándolo hasta la puerta*). Mira... ahora que recuerdo... Carola me ha invitado a ir al teatro esta noche... La pobre necesita compañía, pues ha reñido con Ramón...

SEBASTIÁN: Bueno... con Carola... sí... pero pórtate bien; nada de miraditas ni de amigos en el palco...

SOL: ¡Oh! ¡Valiente!...

SEBASTIÁN: Mucha discreción con mi padre. Hacétele simpática...

SOL: Pero dame algunos datos para catequizarle.

SEBASTIÁN: Serían inútiles... Queda librada la salvación de nuestro cariño a tu discreción y a tu talento... Mi padre es un señor muy recto, chapado a la antigua... Querrá hacerse el enérgico, pero con dos amabilidades le rindes... A quien no tienes que darle sogas es a mi tío Florencio... Al pobre no le queda más que el compás... pero le da por conquistar a cuanta mujer bonita encuentra en su camino. Estoy seguro de que se apuntará con varios piropos... Te ruego que no le tolere pasaduras.

SOL: Pierde cuidado...

SEBASTIÁN: Lo que voy a perder es el tren. ¡Adiós!... ¡Adiós!... (*Vase*).

SOL: ¡Petra!... ¡Petra!...

PETRA: ¿Señora? (*Entrando*) ¿Y el señor?

SOL: Se marchó.

PETRA: ¿Pelearon ustedes?

SOL: No. *(Abriendo el balcón)*. Ahí sube al coche. Sí... lleva la valija. ¡Adiós! *(Pausa)*. ¡Se fue!

PETRA: Señora, no se quede al aire con el frío que hace.

SOL: *(Entrándose)* ¡Qué tarde horrible! Y está garuando.

PETRA: ¡Va a caer un chaparrón!

SOL: Cierra... cierra...

PETRA: ¿Le ha ocurrido algo grave al señor?

SOL: Ya lo sabrás. Tienes que salir otra vez a la calle.

PETRA: Va a agarrarme el agua.

SOL: Te tomas un coche.

PETRA: ¿Dónde hay que ir?

SOL: A poner este aviso en *La Prensa*. A ver si está claro... “Se necesita una mucama para el campo, estancia del señor Bernabé Sotomayor. Buen sueldo. Ocurrir Rivadavia mil veintiocho. Inútil presentarse sin recomendaciones”. De *La Prensa* te vas al Bazar Inglés y das orden, de parte del señor Sotomayor, para que le envíen esta factura. Toma dinero. *(Se lo da)*. ¿Llaman? Si es un señor viejo le haces pasar.

PETRA: *(Yendo a abrir)* ¿Un señor viejo? *(Desaparece)*.

SOL: ¿Será el padre de Sebastián? ¡Uy... en bonita facha va a encontrarme!

PETRA: *(Regresando)*. Es el avisador del teatro que trae esta carta.

SOL: De la empresa. *(Leyendo)* “Es de todo punto necesario que reciba usted a los fotógrafos hoy mismo y que mañana sin falta asista usted al ensayo. Si su enfermedad se prolonga”... Mira, dile que ya contestaré.

PETRA: La dejó y se fue. ¿Lo llamo?

SOL: No... *(Lee)*. Es la mano de Carlota... ¡Sí! No pierdas tiempo y haz cuanto antes esas diligencias. No voy a comer en casa. Llévate la llave de la puerta del jardín por si acaso yo me he ido cuando vuelvas y déjame la de la puerta de calle. Si quieres visitar a tu familia, hazlo hasta las once, pues iré al teatro con Carola.

PETRA: Muchas gracias. Prefiero cuidar la casa.

SOL: La casa... la casa... Estar afilando con el *chauffeur* es lo que prefieres. Te prohíbo que des espectáculo en la puerta del jardín y mucho menos que lo hagas subir aquí.

PETRA: Yo, señora...

SOL: Sí... hacete la sorprendida. Sé por el vigilante que ese hombre entró el domingo por la puerta del jardín.

PETRA: No, señora...

SOL: Basta. No lo niegues. Imagínate el disgusto que tendría el señor Sebastián, si lo supiese. Hasta se podría creer que se trataba de algún trapicheo mío. No sigas el camino de Regina.

PETRA: Valiente.

SOL: No pierdas tiempo. ¿Llevas la llave?

PETRA: La tengo en la cartera.

SOL: Hasta después. ¡Ah!, y llámame un mensajero que quiero escribir al empresario.

Sol, primeramente sola; luego Don Florencio y Don Bernabé. Estos son viejos, como de 58 a 60 años; vienen recién calafateados en una peluquería. Sol canturrea por lo bajo un aire popular

Escribamos al director una carta muy amable y muy hábil.

No se ve nada.

Ya ha anochecido.

¡Ave María Purísima! (*Santiguándose ante la luz de un relámpago que ilumina los cristales del balcón*). ¡Oh!

Un trueno.

Pobre Petra. Bonita se va a poner si no encuentra coche. (*Da luz a la araña y luego se sienta al secreter y escribe*). “Mi muy distinguido amigo: en homenaje a la buena amistad que me liga con esa empresa”... ¿Homenaje es con h?... Homenaje... sí... “con esa empresa, haré un esfuerzo mañana por no faltar al ensayo. Puede usted anunciar con toda confianza el estreno para el viernes. Nadie más que yo lamenta... Iré... Discúlpeme... Con mis mejores recuerdos”. Ahora el sobre. Ya está.

Suena el timbre.

¿Será el mensajero? (*Acercándose a la puerta*). ¡Suba!... ¡Suba!... ¿Eh? No es el mensajero. Dos viejos... Ellos, seguramente. Y yo en esta facha. (*Va a quitarse el delantal cuando aparecen los dos en la puerta*).

D. BERNABÉ: ¿Se puede?

SOL: Adelante.

Entran.

D. FLORENCIO: ¡Si la sirvienta es así, cómo será la patrona!

D. BERNABÉ: Vuelvo a repetirte que tengas seriedad. (*Sacando una tarjeta*) Pásele a su señora esta cartulina.

SOL: (*Muy emocionada*). Estoy dando diente con diente... La señora... no... no...

D. BERNABÉ: Si está invisible, volveremos en otro momento.

D. FLORENCIO: Y si no estuviera en casa...

D. BERNABÉ: La aguardaríamos...

D. FLORENCIO: Si no importunamos.

SOL: Qué esperanza.

D. BERNABÉ: Se trata de algo muy serio...

SOL: Tomen asiento. (*Aparte*). No tengo valor para darme a conocer.

D. FLORENCIO: Si pudiéramos sacarle algo a esta...

D. BERNABÉ: Buena idea. Pero sin que malicie nada.

Pausa. Don Bernabé da muestra de nerviosidad. Don Florencio juega con los guantes.

Parece que va a llover... ¿eh?

SOL: Sí... el tiempo está amenazador...

D. FLORENCIO: Desde ayer me lo anunciaba este maldito juanete... Sí, es mi barómetro. ¡En cuanto me da dos pinchazos, agua en puerta! *Sol sonríe.*

D. BERNABÉ: Has dicho una vulgaridad, Florencio... ¿Por quién va a tomarnos esta señorita?...

SOL: No soy señorita... soy la mucama...

D. FLORENCIO: Si no lo jura usted, no hay quien se lo crea.

D. BERNABÉ: ¿Quieres obligarla a que te enseñe los certificados?

SOL: Aunque quisiera complacerles, no los tengo en el bolsillo. Además aquí no ocultamos nada.

D. FLORENCIO: Da pie, che...

D. BERNABÉ: No te pasés, porque con ese pie, te puede dar dos patadas.

D. FLORENCIO: (*Después de una pausa violenta*). ¡Vaya!... ¡vaya!... ¡vaya!... ¡Ay!

SOL: ¿Eh?

D. BERNABÉ: ¿Qué pasa?

D. FLORENCIO: ¡El juanete! Va a llover a cántaros.

D. BERNABÉ: Un poco de seriedad. ¡Caramba! (*Pausa*).

D. FLORENCIO: Vaya... vaya... vaya... (*Mirándola codiciosamente*).

SOL: Diablo de viejo... ¡y qué ojos pone!

D. BERNABÉ: Yo no sé cómo empezar...

D. FLORENCIO: Déjalo de mi cuenta. Habrá sorprendido la desaparición de Seba...

SOL: ¿De Seba?

D. BERNABÉ: Sí... de Sebastián... Es el diminutivo con que llamamos en casa a mi hijo...

SOL: ¿A su hijo?

D. FLORENCIO: Hágase no más la chancha renga...

D. BERNABÉ: ¡Florencio! ¡Por favor! Usted dispense la expresión, pero quiso decir que no se hiciera la... la... la... Completa la frase, Florencio...

D. FLORENCIO: La que no sabe quién es Sebastián...

SOL: Les aseguro a ustedes que no sé de quién me hablan...

D. FLORENCIO: Del patrón de la casa...

D. BERNABÉ: Del *petit cocó*... de la señora.

SOL: ¿De mi señora?

D. BERNABÉ: De Sol... la alucinante Sol... la que canta, la que atrae... la que ha seducido y llevado a las mayores locuras...

SOL: Me parece que ustedes quieren burlarse de mí...

D. BERNABÉ: ¿Tenemos caras de titeadores, nosotros?

SOL: No he pretendido decir tal cosa.

D. FLORENCIO: ¿Y, entonces, qué ha querido usted decir?

SOL: Que ustedes han venido equivocados, o que buscan un pretexto para introducirse en esta casa.

D. BERNABÉ: ¡Poco a poco...! Yo no me introduzco más que donde puedo...

D. FLORENCIO: Y los dos podemos...

D. BERNABÉ: ¡Sobre todo yo!

D. FLORENCIO: ¡Y yo! (*De pie*).

D. BERNABÉ: Tengo derecho...

D. FLORENCIO: ¡Derecho!

SOL: Ustedes tendrán todo el derecho que quieran, pero mientras no se expliquen más claramente, están de sobra en esta casa.

D. BERNABÉ: Yo soy el padre.

D. FLORENCIO: Y yo el tío.

SOL: ¿El padre de quién?

D. BERNABÉ: De Sebastián, el amante de Sol.

SOL: ¿El amante?

D. BERNABÉ: Usted me ha obligado a... vertir una frase que sonroja mi autoridad paterna...

SOL: Decididamente, o son ustedes unos grandes vivos o unos soberanos tontos...

DON FLORENCIO Y DON BERNABÉ:
¡¿Eh?!
SOL: Para mí que les han hecho a ustedes víctimas de una gran broma. Aquí no arde ningún sol.

D. FLORENCIO: No se trata de un sol que tenga atingencia con la cosmografía, sino con el arte escénico. Nos referimos a Sol Bernal... la celebrada actriz...

SOL: ¡Acabáramos! La señorita Bernal, ya no vive en esta casa.

D. BERNABÉ: ¿Eh?

SOL: Se mudó hace tres meses.

DON FLORENCIO Y DON BERNABÉ:

¡Cataplún!

SOL: Tiene gracia la equivocación... ¡ja, ja!...

D. FLORENCIO: ¡Ja, ja, ja!... Sí... muchísima... ¡ja...ja!... ¡Reíte, otario! ¡Ja, ja!...

D. BERNABÉ: ¡Ja, ja, ja!... pero parece imposible... ¡Ja, ja!
Suena el timbre.

SOL: ¡Silencio! (*Pausa*).

D. BERNABÉ: A ver si ahora nos pegan una pateadura por meternos donde no debíamos.

SOL: (*Aparte*). ¡Ay!, como sea Carola, todo se ha perdido. Con permiso, voy a ver quién llama. (*Hace mutis*).

D. BERNABÉ: ¿Pero te das cuenta?

D. FLORENCIO: Sí... me doy cuenta que nos hemos tirado un planchómetro fenomenal.

D. BERNABÉ: ¿Y ahora, qué hacemos?

D. FLORENCIO: Tocar la polca del espiente. ¡Ay, mi juanete!...
Un trueno.

¡Ay!, por fin parece que va a llover.

SOL: (*Entrando. Recoge la carta*). Disculpen un momentito. Voy a despachar un mensajero. (*Vase*).

D. BERNABÉ: Decididamente, eres un imbécil. ¡Tres días averiguando la dirección de Sol para nada!...

D. FLORENCIO: Hombre, para nada, no. Esta chica vale cualquier cosa.

D. BERNABÉ: ¿Y ahora, qué hacemos?

D. FLORENCIO: No nos queda otro remedio que ir al teatro y hablar con ella en el camarín. Mis datos eran exactísimos...

D. BERNABÉ: Hace tres meses, pero no hoy... Disimula, que viene la criada.

Empieza a llover.

SOL: ¡Por fin rompió la tormenta!

D. BERNABÉ: Yo le pido a usted mil disculpas... por esta equivocación. Y ahora nos vamos... avergonzados...

SOL: ¡Oh!... No es nada... Sí gustan quedarse hasta que cese de llover...

D. FLORENCIO: Sería abusar de su amabilidad...

SOL: De ninguna manera... Además, estoy solita, y no desagrada la compañía de dos caballeros cuando es de noche y el cielo está amenazador...

D. BERNABÉ: (*Rascándose la cabeza*) ¡Ay! ¡Pobre Florencio!

D. FLORENCIO: Con que solita... y con tantos truenos...

SOL: Sí... Solita... los patrones están en Montevideo... y los otros sirvientes pasean...

D. BERNABÉ: Como tenemos apuro, nos vamos.

SOL: Pero no tienen paraguas... (*Mimosa*).

D. BERNABÉ: ¿Paraguas?... Es muy agradable esta muchacha...

D. FLORENCIO: Ojalá llueva hasta mañana...

SOL: ¿Y tenían ustedes mucho interés en hablar a la señorita Bernal?

D. FLORENCIO: Muchísimo. (*Pausa*).

D. BERNABÉ: ¿Usted ha visto la *Dama de las Camelias*?

SOL: Ya lo creo.

D. FLORENCIO: Pues este y yo, veníamos a representar la gran escena del tercer acto.

SOL: ¿Son ustedes artistas?

D. BERNABÉ: No. Yo soy simplemente un padre atribulado.

D. FLORENCIO: La situación de Seba, es exactamente igual a la de Armando Duval, con la diferencia de que los chanchullos pecuniarios que ha estado armando este Armando...

D. BERNABÉ: Son fabulosos...

D. FLORENCIO: Oprobiosos...

D. BERNABÉ: Por este Armando...

D. FLORENCIO: Pero le estamos armando un cuento a esta muchacha, que no le interesa...

SOL: Muchísimo, señor. Porque siempre interesan los chanchullos que tienen por base una aventura galante... ¿Y quién es ella?

D. BERNABÉ: ¡Sol! ¡Claro!... es un nombre que lleva en seguida a la zona tórrida.

D. FLORENCIO: Y como Seba es de Serodino, donde predomina la escarcha... ¡Claro! se arrimó a ese Sol... y se licuó... se volatilizó... Parece que la niña tiene unas tragaderas de animal antediluviano, en cuanto al despilfarro se refiere... El dato no puede ser más elocuente: se le mandaban a Sebastián cien vacas... se las comía; se le mandaban dos vagones de trigo, se los comía; se le mandaban cargamentos de alfalfa... se los comía... Con decirle a usted que se comieron doscientas astas y seiscientas pezuñas que venían consignadas para la fábrica de peines y botones... Hasta las astas, hija... ¡hasta las astas!... Todo

metafóricamente, como usted comprenderá... porque lo convertían en dinero en cuanto llegaban las guías del ferrocarril... Pero lo descubrimos...

D. BERNABÉ: Yo... yo lo descubrí... y nos propusimos darle un castigo ejemplar.

SOL: ¡Malos! (*Mimosa*).

D. FLORENCIO: La energía... hija... la ener... ¡Esta quiere copar banca y me va a hallar dispuesto!...

SOL: ¿Y qué resolvieron?

D. BERNABÉ: Cortar por lo sano... Hemos fletado para la estancia al muchacho y yo he resuelto entrevistarme con esa antropófaga... y pedirle que no revolucione más...

SOL: La juventud tiene que rendir en cierto momento su tributo a la locura.

D. BERNABÉ: Ya lo ha rendido. Ahora hace falta que se tranquilice; que olvide sus malas pasiones; que la paz, la honradez y la tranquilidad del campo le regeneren para que pueda casarse dignamente.

SOL: ¿Ca... sarse?... ¿Tiene novia?

D. FLORENCIO: Y es un pimpollo. Se la tengo guardada como oro en paño...

D. BERNABÉ: Un ángel que lo adora...

D. FLORENCIO: Que toca el piano y hace flores... y borda... y hace arroz con leche y dulce de todas clases...

D. BERNABÉ: Es muy mujer de su casa... y... y... ¿a usted qué le importará todo esto que le estamos contando?

SOL: ¡Nada!...
Un relámpago.
¡Ay!

D. BERNABÉ: ¿Eh?... ¿Se siente usted mala?...

SOL: No... no... (*Palideciendo, se apoya en la silla*).

D. FLORENCIO: Sí... usted palidece. (*Acercándosele*).

D. BERNABÉ: Tiembla... está helada... ¿ese relámpago maldito!...

D. FLORENCIO: Dejate de maldecir a los relámpagos y a ver si nos parte un rayo... Che... se desploma... (*Sosteniéndola*).

D. BERNABÉ: Sujétala.

SOL: ¡Ay!... (*Desmayada*).

D. BERNABÉ: ¿Qué te parece?

D. FLORENCIO: Que es marmórea...

D. BERNABÉ: ¡Digo que qué te parece el berenjenal en que nos hemos metido por tu culpa!...

D. FLORENCIO: ¡Ayúdame, che!... ¡Yo creo que sería bueno desprenderle el corsé!...

D. BERNABÉ: Ya reacciona...

D. FLORENCIO: Ya pasa...

SOL: ¡Ay!... Soy tan nerviosa... Y como trabajo tanto... Además, los truenos me desesperan...

D. FLORENCIO: Siéntese usted aquí... ¿No necesita usted nada? Yo iría gustoso hasta la botica...

SOL: No... gracias... Esto se va solo... El médico me ha recomendado que pase una temporada en el campo... Ya le he dicho a mi patrona que si encuentro colocación afuera... sentiré mucho dejarla... pero... antes está la salud...

D. FLORENCIO: La salud... ¡claro!

SOL: Es una desgracia ser pobre.

D. FLORENCIO: (*Dándole aire*). Pobre... pobre... Si usted es más rica que Anchorena.

D. BERNABÉ: (*Retirándolo*) ¡Florencio!

D. FLORENCIO: ¡Y tiene cuello Majestic!...

SOL: Pues sí... resueltamente, voy a irme al campo. Mañana mismo veré si en alguna agencia hay solicitudes de servicio para afuera...

D. FLORENCIO: Che... aquí está lo que busca tu mujer...

D. BERNABÉ: Calla...

D. FLORENCIO: Sí... zonzo... ¿Quieres que la contrate sobre el pucho?

D. BERNABÉ: No... Es demasiado bonita y mi mujer sospecharía cualquier enjuague que mi honestidad y el pasado rechazan...

SOL: (*Aparte*). ¿Qué hablarán?

D. FLORENCIO: Tu pasado... Venite haciendo el santito... Acordate de aquella institutriz que nunca acababa de enseñarle idiomas a Sebastián.

D. BERNABÉ: Eran otros tiempos...

D. FLORENCIO: Esta es la gran mucama para tu mujer... Y para mí... No dejes perder esta bolada... ¿Se siente usted completamente bien?

Hace Sol señas que sí.

A ver... a ver ese pulso... Cómo late... cómo palpita... (*Aparte*). Deliciosa... deliciosa...

D. BERNABÉ: ¿De modo que nos podemos ir con confianza?...

SOL: Sí... ya estoy bien...

D. FLORENCIO: Nosotros desearíamos pagar tanta molestia como le hemos ocasionado, ofreciéndole el aire del campo, que usted necesita...

SOL: ¿Conocen ustedes alguna familia que esté sin mucama?

D. BERNABÉ: Florencio...

D. FLORENCIO: ¡Dejame!... Sí...

SOL: ¿Es muy lejos de Buenos Aires?...

D. FLORENCIO: Varias horitas de tren y de coche...

D. BERNABÉ: No le haga usted caso... ¡Florencio!

D. FLORENCIO: Poca familia... poco trabajo... Este... su mujer... su hijo Sebastián, yo, mi hija, que es el futuro pimpollito de Seba...

SOL: ¡Ah!, ¿viven ustedes juntos?...

D. BERNABÉ: Sí... pero...

SOL: Pues acepto... acepto...

D. BERNABÉ: ¡Oh! (*Asustadísimo*).

D. FLORENCIO: ¡Ya estuvo! Ya puede usted decirle a su patrona que nos la llevamos...

D. BERNABÉ: ¡Florencio!... ¡Mira lo que haces!

D. FLORENCIO: ¡Sueldo bueno!... y poco trabajo... le aseguro a usted que poco trabajo...

SOL: Pues nada... nada... Repito que acepto. ¿Y cuándo hay que partir?

D. FLORENCIO: Cuando usted quiera. Hay trenes esta noche por el Once y por Constitución. Hay trenes mañana... Mañana nos vamos nosotros.

D. BERNABÉ: No... con nosotros no conviene que vaya. Mi mujer creería que era un lío nuestro...

D. FLORENCIO: Pues se va usted esta noche... o mañana en distinto tren... Eso va a su elección... Dice que la hemos contratado en una agencia.

SOL: ¡Perfectamente! Déjelo por mi cuenta. ¡Ay!... ¡ya respiro mejor... ya me parece que estoy en el campo!

D. FLORENCIO: Aquí tiene usted la dirección de la estancia. (*Dándole una tarjeta*). A cualquier cochero de la estación le dice usted que la lleve a lo de Sotomayor.

D. BERNABÉ: ¡Vas a hacer un pastel estupendo!

D. FLORENCIO: Nos lo comeremos.

D. BERNABÉ: Vámonos... parece que pasa... Sí... aprovechemos este momento...

D. FLORENCIO: Entonces ya no tenemos más que hablar... La cuestión es que usted luego no se arrepienta...

D. BERNABÉ: Vamos, Florencio...

D. FLORENCIO: Tiene usted dos ojos...

D. BERNABÉ: ¿Eh? ¿Qué haces?

D. FLORENCIO: Decirle que tiene dos trenes esta noche... En la tarjeta está el horario...

D. BERNABÉ: Señorita... hasta que nos encontremos en la estancia...

D. FLORENCIO: Iguales son mis votos...

D. BERNABÉ: Con mi mujer arreglará usted el sueldo...

SOL: ¡Oh!, por eso no hemos de pelearnos...

D. FLORENCIO: El sobresueldo corre de mi cuenta...

D. BERNABÉ: Florencio, que nos puede agarrar el chaparrón.

D. FLORENCIO: Adiós... adiós... Una mucama así me hacía muchísima falta... Es de primera...

Vanse; don Florencio vuelve.

Cualquier cosa que usted necesite antes de partir, pídala con confianza... Estamos en el hotel de la Avenida... Yo volveré luego, solo...

SOL: No... por favor...

D. BERNABÉ: *(De adentro)*. ¡Florencio... Vamos!

D. FLORENCIO: Usted ya me comprende... solo. Cualquier cosa que necesite, con confianza... *(Vase tropezando con todo)*. De rechupete... de rechupete... ¡Yo vuelvo solo!

SOL: *(Sola. Queda anonadada, como si meditase el paso que va a dar. Una mezcla de miedo y de diablura se le escapa en todos sus gestos)*. ¿Iré a la estancia? ¿Y por qué no? ¿Sí? Voy... voy... Con un pimpollito reservado para el señor Sebastián!... ¡Ah!... ¡infame! ¡Y qué poco me lo dijo! No hay tiempo que perder. Dos trenes... *(Agarrando la tarjeta)*. A las once y cuarenta... llego al amanecer... Por mucho que se tarde de la estación a la estancia... ¡Ánimo! Suceda lo que suceda, yo interrumpo ese noviazgo... Y voy a desaparecer sin decir nada a nadie... sin dejar rastro... con lo puesto... y un abrigo. *(Va hasta el armario del toilette y saca un abrigo modesto y una mantilla negra)*. Así... *(Poniéndoselos rápidamente)*. En marcha... Me iba sin dinero... *(Va hasta el secreter)*. Mis alhajas... ¿las dejaré? No, mejor están conmigo. Una valijita... *(Vuelve al armario que deja abierto, después de tirar algunas ropas por el suelo)*. Una muda de ropa blanca. ¡Ah!... quisiera tener alas para volar allí... No te imaginas, señor Sebastián, la que te aguarda... Sin las cajas... *(Va guardando las alhajas en el cabás y tira los estuches por el suelo. El secreter y los cajones quedan abiertos. Algunos por el suelo. Es enorme la nerviosidad que la domina)*. Ya está... Pronto... antes de que me sorprenda Carola... Y ahora... ¡a la estación! *(Apaga la luz)*. ¿La llave de la calle?... Sí... aquí la tengo... Conque novia... ¡novia!... Yo le voy a dar novia... Perderé mi contrato... perjudicaré a la empresa... ¡Qué me importa, si deshago ese casamiento! En marcha, antes que venga Carola y me intercepte el camino. Y aunque viniera ahora mismo. ¡Ya no me detiene nadie! *(Vase veloz por derecha)*.

Entra Petra, luego Braulio, por izquierda.

PETRA: *(Entrando a tientas)* ¿Señora?... ¿Señora?... ¡Qué suerte!... Se ha ido *(Va hacia el balcón)*. ¡Chist! ¡chist!... *(Llamando a alguien)*. Cerré la puerta. *(Entra y cierra el balcón)*. ¡Qué noche terrible! *(Dando luz)*. Afortunadamente, hay estufa. Voy a encenderla. *(Va hasta la izquierda)*. Por aquí...

BRAULIO: ¿Se fue?

PETRA: Sí.

BRAULIO: Yo creo que me manyó el vigilante...

PETRA: No... ¡Uff... cómo tienes los botines!... Vas a poner la alfombra a la miseria...

BRAULIO: Si he andado por unos barriales...

PETRA: Y estás chorreando agua... No te sientes... espera... No pises...

BRAULIO: ¿Querés que vuele?... ¡Caramba... pa eso no me hubieras hecho entrar!...

PETRA: Sentate aquí...

BRAULIO: Cerquita de la estufa... Así me seco...

PETRA: ¿Por qué no te sacas los botines?

BRAULIO: Esperate, mi alma... *(Se los quiere sacar y no salen)*. Con el agua se han encogido... Un... un... *(Haciendo fuerzas)*.

PETRA: Trai que te ayudo. *(Tirando)*. No sale...

BRAULIO: Tira fuerte... fuerte...
Petra tira; Braulio se levanta y va dando saltos en un pie.

Pará... pará... parate,... ¡Zas! ¡No te dije! *(Cayéndose al salirse el botín)*.

PETRA: ¡Ay!

BRAULIO: Déjame a mí solo...

PETRA: Hay que ponerlo cerca de la estufa, pa que se seque...

BRAULIO: A ver si me los quemas...

PETRA: Sácate el otro y déjate de partes...

BRAULIO: Este no está tan apretado... (*Sacándose*). ¡Salió!

PETRA: Arrímate a la estufa...

BRAULIO: ¡La gran flauta que ha refrescado!

PETRA: ¡Vamos a pasar dos horas deliciosas!...

BRAULIO: Me imagino que estará bien cerrada la puerta de calle...

PETRA: No seas miedoso. La señora no volverá hasta la una. Toma. (*Ofreciéndole una bombonera*).

BRAULIO: ¿Qué me das?

PETRA: Bombones.

BRAULIO: Déjame a mí de golosinas y obsequiame con uno de hoja como la otra noche...

PETRA: Ahí encima está la caja...
Braulio toma varios cigarros.
¡Che!... ¡Che!... ¡No abusés!...

BRAULIO: ¡Gran cosa! Seis cigarros... Voy a pitar uno ahora mismo... (*Lo enciende*). ¡Che!, y a ver si terminan de una vez estas visitas clandestinas...

PETRA: En tu mano se halla la terminación; vos has de resolver cuándo nos casamos...

BRAULIO: Pronto...

PETRA: Pronto... pronto... De ahí no te saca nadie...

BRAULIO: Mirá, nena... pa casarse hace falta plata... dejá que la rejunte... y en cuanto tenga, verás...

PETRA: ¿Y por qué no le hablás a la señora?... ¡Anímate!... Es muy buena... Te daría permiso pa visitarme...

BRAULIO: (*Fumando muy repantigado*) Pronto, nena...

PETRA: Decime cosas lindas...

BRAULIO: Espera que me caliente... estoy con frío...

PETRA: Arrímate más...
Suena el timbre.

BRAULIO: Qué linda es la vida de dos que se quieren y... Ahí tocan el timbre... (*Levantándose*).

PETRA: Espera.

BRAULIO: ¡Mis botines!

PETRA: No te atores...

BRAULIO: (*Buscando*) ¡Ay mi Dios! ¿Dónde has puesto los botines?

PETRA: Aquí... (*Dándoselos*).

BRAULIO: (*Quiere ponérselos*). ¡No me entran!... Yo me voy descalzo.

PETRA: Por el jardín no, que te pueden ver.
Timbre.

BRAULIO: ¿Y dónde me meto?

PETRA: ¡En el *toilette* no!

BRAULIO: ¿Por qué?

PETRA: Puede ser la señora que vuelve...

BRAULIO: (*Dando vueltas desesperadamente por la escena*). ¿Y en dónde?

PETRA: Aquí... en el comedor... (*Lo empuja hasta la primera izquierda*). Voy a ver quién es... Metete detrás del *portier*... Agáchate, pues... (*Vase corriendo por derecha*).

BRAULIO: (*Volviendo a salir*). Agachate... agachate... y quedaba aquí el cuerpo del delito... ¡Mi gorra! (*Se escuerre a gatas hasta el comedor*). Como esto se prolongue mucho, no sé qué va a ser de mí... (*Desaparece*).

PETRA: (*Dentro*). Le digo a usted que no hay nadie más que yo...

D. FLORENCIO: No me la niegue... no me la niegue y dígame que salga...

PETRA: Le repito a usted que no están los patrones... No suba... que no hay nadie...

D. FLORENCIO: (*Entrando*) Precisamente, por eso vengo. Ya sé que se hallan en Montevideo.

PETRA: Pero usted se ha equivocado de casa...

D. FLORENCIO: Le aseguro a usted que no,

PETRA: Yo no puedo permitirle la entrada; estoy sola...

D. FLORENCIO: Mentira...

PETRA: ¿Cómo mentira?...

D. FLORENCIO: Está ella también...

PETRA: ¿Pero quién es ella?

D. FLORENCIO: La otra...

PETRA: Le digo a usted que la señora no está...

D. FLORENCIO: ¡Y a mí qué me importa de la señora!... Yo busco a su compañera... a la otra sirvienta...

PETRA: Ya se despidió.

D. FLORENCIO: Lo sé. Y yo la he tomado a mí servicio...

PETRA: Pues, si quiere verla tendrá que ir a buscarla a su casa.

D. FLORENCIO: ¿Entonces, esa muchacha es instantánea para sus resoluciones?

PETRA: Lo que es, es una gran borracha. ¡Buen clavo se lleva! Por eso la despidió la señora... Cocina muy bien, pero tiene el defecto del droguis,

D. FLORENCIO: ¿Que cocina muy bien? Explíquese... Explíquese...

PETRA: Sí... que cocina...

D. FLORENCIO: ¡Y la muy diabla me dijo que era mucama!...

PETRA: Es tremenda... y cuentera como ella sola. No la va a poder aguantar.

DON FLORENCIO:

De modo que... ¿Ya se fue?

PETRA: Se llevó el baúl y todo.

D. FLORENCIO: Entonces se ha ido a la estación. Voy a ver si la alcanzo. Y usted dispense.

PETRA: ¡Caramba! Buen susto me ha dado.

D. FLORENCIO: (*Queriendo ver un horario*). Disculpe un momentito, voy a ver el movimiento de trenes. (*Se le cae el sombrero*). Ya no la alcanzo en el Once. (*Dando una patada*).

PETRA: ¡Ay!

D. FLORENCIO: Disculpe...

PETRA: (*Conteniendo la risa*). Está loco...

D. FLORENCIO: ¿Se ríe?... ¡Ay! ¡Yo no me voy en seco!...

PETRA: Su sombrero... (*Alcanzándoselo*).

D. FLORENCIO: ¿De verdad que está usted sola?

PETRA: Sí.

D. FLORENCIO: ¿Y no tiene miedo... con una noche tan tronadora... y tan relampagueante?

PETRA: No.

D. FLORENCIO: Yo me asustaría... yo... ¡yo voy a hacer una barbaridad!

PETRA: ¡Ay! ¡Llaman!...

D. FLORENCIO: ¿Aquí?

PETRA: Sí. Seguramente la patrona...

D. FLORENCIO: ¿La patrona? ¿Pero no esoá en Montevideo?

PETRA: Son cuentos de Regina.

D. FLORENCIO: ¿Pero quién es Regina?

PETRA: La sirvienta que usted ha tomado.

D. FLORENCIO: ¡Ah! ¿Se llama Regina? ¿Y esa que llama dice usted que es la patrona?

PETRA: Seguramente.

D. FLORENCIO: ¡Qué papelón! No abra usted... espere...

PETRA: ¡Ahí llama otra vez!

D. FLORENCIO: ¡Dónde me meto para que no me vea!... Un minuto nada más.

PETRA: No me comprometa, señor, que van a creer que es usted algo mío... Explíqueme a qué ha venido.

D. FLORENCIO: ¡Un demonio!... Aquí en el balcón aguardo... Cuando pase a sus habitaciones, me escabullo... hágala pasar pronto. Y perdone el mal rato... ¡Qué papelón! ¡Qué papelón!

PETRA: ¡Ahí sube! ¡Sí!... Es ella, seguramente.

Don Florencio corre al balcón y cierra tras sí la puerta de cristales. De rato en rato se verá la silueta a través de los vidrios.

CAROLA: *(Por derecha)*. Podía estar llamando hasta mañana. ¿No toca el timbre?

PETRA: Sí, ya iba.

CAROLA: ¿Y Sol, aún no se ha vestido?

PETRA: ¿Cómo dice?

CAROLA: Si aún se está arreglando...

PETRA: ¿Pero la señora no ha ido a buscar a usted?

CAROLA: Quedamos en que yo pasaría a recogerla...

PETRA: Pues se han debido cruzar en el camino.

CAROLA: ¿Pero usted la vio salir?

PETRA: No, señora. En este momento regreso de la calle. La casa estaba sola.

CAROLA: ¡Qué contratiempo!

PETRA: Yo que usted me iba a su casa.

CAROLA: Eso es: para desencontrarnos otra vez. Mí sirvienta le dirá que he venido aquí y no tardará en regresar a buscarme.

PETRA: Yo sé lo que digo... vaya a su casa...

CAROLA: ¡Qué empeño tienes en que me marche! ¿Te incomodo?

PETRA: No, señora. *(Hace señas a don Florencio para que se agache)*.

CAROLA: ¿Eh?

PETRA: ¿Qué decía?

CAROLA: Eso te pregunto yo. Como te veo haciendo gestos...

PETRA: ¿Yo?... le habrá parecido.

CAROLA: *(Nerviosa)* ¡Qué noche imposible!

Un relampagueo.

Va a volver el chaparrón.

Trueno.

¿Ves? Ya llueve otra vez... Y es el diluvio...

PETRA: ¡Ay! Cómo se va a poner el viejo...

Se le ve a don Florencio desesperado, en el balcón.

CAROLA: *(Paseándose nerviosa)* ¡Sí!... Justificaré plenamente el paraguas... Pero Sol no ha podido ir a buscarme.

PETRA: Le aseguro...

CAROLA: Ya estaría aquí. Mi casa queda a dos pasos... ¿Eh? ¿Qué es esto?

PETRA: ¿El qué señora?

CAROLA: ¿Usted ha revuelto los cajones del secreter?

PETRA: Yo no...

CAROLA: Todo por el suelo... ¡Las alhajas... no! ¡Las alhajas no!... Los estuches vacíos... y allí el armario revuelto...

PETRA: ¡Oh!... Las ropas por el suelo...

CAROLA: Aquí han entrado ladrones. Las señas son mortales...

PETRA: ¡Ay!, yo tengo miedo. Disparemos...

CAROLA: No... pidamos auxilio. ¡Aquí han entrado ladrones! ¡Ladrones!...

PETRA: ¡Ay!... ¡no... no!...

CAROLA: ¿Qué dices, no?

PETRA: Que no entre usted al comedor... porque quizás allí...

CAROLA: *(Huyendo a la derecha)*. ¡¡Huyamos!!

PETRA: ¡No me deje sola!

CAROLA: Gritemos por el balcón.

PETRA: ¡Por el balcón, no!... ¡No!...

CAROLA: No perdamos tiempo. Llame usted al vigilante...

Un trueno espantoso.

¡Ay! *(Santiguándose)*.

PETRA: ¡Ay! *(Acurrucándose)*.

D. FLORENCIO: *(Entrando violentamente después del estallido)*. ¡Un rayo! ¡Un rayo! ¡Lo vi caer!...

CAROLA: ¿Eh? ¡Ay!

D. FLORENCIO: *(Chorreando agua)*. ¡No se asuste!... ¡Óigame!

CAROLA: ¡No se me acerque... asesino!...

D. FLORENCIO: Pero señora... no grite...

PETRA: No grite... oigamos.

CAROLA: ¡Ah! ¡Usted es cómplice. No se me acerquen... porque grito... ¡Socorro, vigilante!...

D. FLORENCIO: ¡Señora... por caridad!...

CAROLA: ¡Socorro!

D. FLORENCIO: No grite. Escúcheme.

CAROLA: No se me acerque porque lo dejo seco de un paraguazo.

D. FLORENCIO: Falta me hace... estoy chorreando... ¡Óigame!...

CAROLA: *(Se acerca al balcón)*. ¡Socorro!... ¡Ladrones! ¡¡Vigilante!!

D. FLORENCIO: Esto se complica... ¡Esta mujer es un energúmeno!... ¡Caray, un poco de calma! Escúcheme.

CAROLA: ¡Socorro! ¡Vigilante! ¡Socorro! *(Desde el balcón)*.

BRAULIO: ¿Qué pasa? *(Saliendo del comedor)*.

CAROLA: ¡¡Otro!!

PETRA: Este no. ¡Este no es, señora!

CAROLA: ¡Ah! ¡Usted es la cómplice!

BRAULIO: ¿Cómplice de qué?

CAROLA: No... no se han de ir... ¡Socorro!

PETRA: Por caridad, señora.

VIGILANTE: (*Entrando*) ¿Ande es la cosa?...

CAROLA: ¡Ladrones... atájelos... que no disparen!...

VIGILANTE: (*A Braulio*) ¡Ah!... ¡No te has de ir!

D. FLORENCIO: Yo disparo...

VIGILANTE: (*Sacando el revólver*) ¡Al que se mueva, lo mato!

D. FLORENCIO: ¡Esto es horrísono! Señora... oiga...

CAROLA: ¡No se me acerque!

D. FLORENCIO: Es que...
El vigilante, desde el balcón, toca auxilio.

PETRA: Eso no... eso no... (*Agarrándole el silbato*).

D. FLORENCIO: ¡No haga bochinche... Amigo... oiga!

VIGILANTE: ¡Suelte el pito... pues!

CAROLA: ¡Ahí llaman!...
Timbre.

VIGILANTE: Debe ser otro agente... Hágalo subir...

PETRA: (*Yéndose*). ¡Qué compromiso!... ¡qué compromiso!...
¡Suba... suba!

CAROLA: ¡Y a todo esto, Sol sin venir!
Entran Fotógrafo 1° y 2°, con los respectivos mensajeros y los Repórteres 1° y 2°, luego dos vigilantes.

REPÓRTER 1°: Con permiso... ¿Pueden pasar los fotógrafos?

D. FLORENCIO: ¿Fotógrafos?

REPÓRTER 1°: Señorita Carola... ¿Su amiga está pronta?

PETRA: La señora no está.
Entran todos.

CAROLA: Y aunque estuviera, no son momentos para retratar... Han entrado ladrones...

REPÓRTER 1°: ¿Ladrones? Preparen el magnesio. Aprovechemos la nota.
Los fotógrafos arman la batería.

D. FLORENCIO: Vea, agente...

VIGILANTE: Eso se lo dirá al comisario luego.

D. FLORENCIO: Es que yo no tengo por qué ir a la comisaría.

PETRA: ¡Y vos ponete las botas, ligero!

BRAULIO: ¡A buena hora!

D. FLORENCIO: ¡Qué horror!... ¡Que horror! (*Paseándose*).

VIGILANTES: (*Entrando*) ¿Es aquí?

VIGILANTE 1°: Sí, aquí, pues amigo, apúrese.

CAROLA: Hay que registrar la casa.

VIGILANTE 1°: Que nadie salga. Cuídeme la puerta. Voy a registrar.

CAROLA: ¿Y ustedes, para qué se preparan?

REPÓRTER 1°: Para dar la nota... Hemos llegado muy oportunamente...
Córranse ustedes un poquito hacia la derecha... Usted también, agente...

PETRA: ¿Pero para qué?

REPÓRTER 1°: Silencio... Usted, señorita Carola... en actitud de asustarse...
Agente... haga el favor... agárrelo al señor... (*Por Don Florencio*).

D. FLORENCIO: ¡Que la agarre a su abuela!

REPÓRTER 1°: Hay que dar la nota...

REPÓRTER 2°: No importa... que el agente haga como que quiere detener al señor...

BRAULIO: Yo...

AGENTE 2º: No proteste...

BRAULIO: Es que...

REPÓRTER 1º: ¡Ahora!
Salta el fogonazo.

TODOS: ¡¡Ay!!
La escena se llena con el humo del magnesio.

D. FLORENCIO: ¡Yo disparo! *(Corre y cierra la puerta tras sí).*

AGENTE 2º: ¡Atajen!... ¡Atajen!... ¡¡Cerrada!! *(Se asoma al balcón y grita).*

CAROLA: ¡¡Atajen!!... ¡¡Atájenlo!!...
Todo este final muy a tiempo para que los efectos salgan de su propia aparente confusión.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

EL JARDIN DE INVIERNO DE UN CHALET DE CAMPO. EDIFICACIÓN MODERNA, DE ESTILO PINTORESCO. A DERECHA E IZQUIERDA PUERTAS. AL FORO PUERTA DE HIERRO ESTILO LUIS XV. FONDO DE CAMPO. PLANTAS, SILLAS, MUEBLES DE CAMPO, MUY ELEGANTES. MESITA DE TORNO AL CENTRO. ESTANTERÍA CON LIBROS, JARRONES CON FLORES. ESTÁ AL FONDO IZQUIERDA UNA PAJARERA BONITA CON CANARIOS. AL LEVANTARSE EL TELÓN SE OIRÁ EL ZIZAGEO ESTRIDENTE DE LOS CANARIOS. EL JARDIN DE INVIERNO TIENE UNA ESPECIE DE TOLDO, QUE ESTHER RECOGERÁ.

ESTHER: *(Limpiando la pajarera).* ¡Ya les voy a dar de comer... glotonas... glotonas...! ¡Felipe! ¡Felipe! *(Yendo hacia la balastrada y recogiendo el toldo).*

FELIPE: ¡Voy!

ESTHER: Trae de una vez la lechuga, pues. *(Vuelve a la jaula).* ¡Tienen hambre... ricos!... *(Haciendo besos).* Apurate... ¿Estás dormido, todavía?

FELIPE: *(Del foro).* No, niña... es que no quise traerle hojas de la cocina y fui a arrancar las lechugas... Mire qué fresquitas... *(Mordiéndole una hoja).* Parece fruta...

ESTHER: Decime: ¿se levantó Sebastián?

FELIPE: ¿El niño Sebastián? ¿No sabe que se fue, en cuanto llegó, al puesto grande?

ESTHER: Pero dijo que a dormir volvería. ¿Y vos crees que vendrá antes del almuerzo?...

FELIPE: A mí me hace que sí. *(Pausa).* ¿Tiene muchas ganas que vuelva?...

ESTHER: Sí.

FELIPE: Ha venido medio enteco y desganchao de la ciudad, ¿eh? ¡También dicen que hace una vida!...

ESTHER: Ahora lo vamos a poner a raya. Deja que lleguen de Buenos Aires papá y tío Bernabé...

FELIPE: No son ellos los que han de tener poder para corregirlo.

ESTHER: ¿Y quién, entonces? ¿Tía Clemencia?

FELIPE: A doña Clemencia se le cae la baba en cuanto ve a su hijo... No... no es ella... tampoco...

ESTHER: ¿Y quién, pues? ¡Decilo pronto!

FELIPE: ¡Usted, qué diablo!

ESTHER: Por el caso que a mí me hace. Decime: ¿salió el *breack* para la estación?

FELIPE: ¡Oh... qué tiempo! Antes de aclarar... ¿Va a desayunar?

ESTHER: Esperaré a que lleguen tata y tío Bernabé. ¿El camino de la estación cómo está?

FELIPE: Medio pesao. Pero llevaba el *breack* tres buenos caballos.

ESTHER: No han de tardar, entonces. ¿Decime, no se ha recordado Alfonsina?

FELIPE: Esa... me parece muy señorona... No sé por qué se me hace que doña Clemencia la va a echar muy pronto.

ESTHER: Es muy buena mujer. Anoche se puso al corriente de todo. Se conoce que es instruida...

FELIPE: Sí... bastante doctora me ha parecido... Y además orgullosa...

ESTHER: Es que vos estás acostumbrado a las brutas del pago...

FELIPE: Yo le voy a dar bruta a esa.

ESTHER: Harás el favor de no pasarte.

FELIPE: ¡Avisel!

ESTHER: No... es que vos sos medio confianzudo. Ahí se ha levantado tía Clemencia.

D^a CLEMENCIA: (*Saliendo de derecha*) Buenos días, hijita.

FELIPE: Buenos, señora.

D^a CLEMENCIA: Por lo visto, el pobre Sebastián ha tenido que hacer noche en lo de Ramón.

ESTHER: Así parece.

D^a CLEMENCIA: La suerte ha querido que estuviera él en el campo. Todas son calamidades. No quiero ni pensar cómo se va a poner Bernabé cuando se entere de la muerte de tanto animal fino. ¿Y Alfonsina no se levantó?

FELIPE: No, señora.

D^a CLEMENCIA: Es necesario advertirle a esa muchacha que aquí estamos acostumbrados a madrugar. Vaya, Felipe, a despertarla. Y en seguida ordene para hacer el desayuno. ¿Le preguntaste si sabía cebar mate?

ESTHER: Me dijo que sí.

D^a CLEMENCIA: Que me sirva el mate, entonces, y usted prepara el café para cuando lleguen Florencio y mi marido.

FELIPE: Está bien, señora. (*Vase por foro*).

D^a CLEMENCIA: Y ahora, empieza nuestra gran tarea...

ESTHER: ¿Cuál, tía?

D^a CLEMENCIA: La de traer al buen camino a Sebastián. Yo creo que es con la bondad como tendremos mejor resultado. Los gritos de Bernabé y las actitudes de tu padre, acabarían por ahuyentar al muchacho de la estancia. Hay que hacerle olvidar sus vicios, sus malas pasiones... Vos, mejor que nadie, podés ser la encargada de hacerle agradable y definitiva su estada entre nosotros.

ESTHER: ¡Oh... tía... yo bien quisiera, pero!...

D^a CLEMENCIA: ¿Pero qué?

ESTHER: Sebastián tiene su corazón lleno de otras cosas más seductoras que las que yo puedo ofrecerle.

D^a CLEMENCIA: ¿Te referís a la cómica? Bah... calaveradas de muchacho; amoríos vulgares...

ESTHER: Esas vulgaridades tienen una fuerza de atracción que ni usted ni yo podemos comprender...

D^a CLEMENCIA: Vos hablás así porque estás tarumba con todos los novelones que lees... Los amoríos de Sebastián son de novela... La nueva vida que le aguarda junto a su madre, aquí... en su casa, es la realidad, la única realidad que triunfa, cuando se

pone remedio a tiempo. Sebastián no es malo al lado mío... me quiere de alma...

ESTHER: Porque usted le perdona todo...

D^a CLEMENCIA: Todo consigo yo también de él.
Perros que ladran.

ESTHER: Ahí parece que llegan tata y tío... ¡Sí!... *(Desde la baranda).*

D^a CLEMENCIA: Deben venir cansadísimos...

Entran Don Florencio y Don Bernabé: Con traje de viaje. Un peón, que pasa desde el foro a la derecha, con las valijas, dejando las de don Florencio en escena.

D. FLORENCIO: ¡Ay... venimos molidos!

ESTHER: ¡Papá! ¡Tío!

D. BERNABÉ: ¿Cómo te va?
Besos y abrazos.

D. FLORENCIO: Hijita.

D. BERNABÉ: Que me preparen ropa para mudarme.

D. FLORENCIO: Y a mí el baño...

D. BERNABÉ: ¿Y Sebastián?

D^a CLEMENCIA: En el puesto grande.

D. BERNABÉ: Ya nos contó el cochero de la inundación.

D. FLORENCIO: ¡Qué *jetta!*

D^a CLEMENCIA: Afortunadamente llegó a tiempo Sebastián.

D. BERNABÉ: Más vale así.
Sale el peón y se lleva a izquierda la valija de don Florencio.

D. FLORENCIO: ¿Y te llegó la sirvienta?

D. BERNABÉ: ¡Callate! *(Aparte).*

D. FLORENCIO: ¡Dejame! *(Ídem).*

D^a CLEMENCIA: Sí...

ESTHER: Parece muy buena muchacha.

D. FLORENCIO: Dicen que es excelente...

Sale el peón y deja sobre la mesa un paquete de libros y diarios.

Mira, Esthercita, aquí están las novelas que me encargaste.

ESTHER: Muchas gracias...

D. BERNABÉ: Andá... preparámelo todo, que quiero mudarme.

D^a CLEMENCIA: En seguida. Y vos, muchacha, no te pongas ahora a perder el tiempo con esos librotos y andá a prepararle el baño a tu padre.

ESTHER: Va voy.

Vanse, doña Clemencia por derecha y Esther por izquierda.

D. BERNABÉ: Y ahora harás el favor de no comprometer la tranquilidad de la casa, haciéndole cucamonas a la sirvienta...

D. FLORENCIO: Cucamonas... Cucamonas... Bonito estoy yo para hacer cuca... monas a nadie hasta que no se me pase el cerote que tengo metido entre pecho y espalda.

D. BERNABÉ: Si fueras un hombre serio como conviene a tus años, no te verías metido en pellejerías indignas de quien peina canas.

D. FLORENCIO: Pará... para... Eso de que peino canas...

D. BERNABÉ: Que debías peinarlas... si no te las tiñeras.

D. FLORENCIO: Bueno... bueno... ¡Esos son secretos del *toilette* que a nadie le importan!

D. BERNABÉ: Ahora, toda nuestra habilidad debe tender a la regeneración de Sebastián. Y para ello es preciso predicar con el ejemplo.

D. FLORENCIO: Mirá, hermanito, yo soy como aquel fraile que decía: hagan lo que recomiendo y no lo que yo hago... Yo te prometo proceder con seriedad... ¡Ay!... me parece mentira verme aquí... Por todas partes veía pesquisas, vigilantes y fotógrafos... El fogonazo lo veo... lo veo... ¿En qué habrá acabado aquel lío? ¿Habría efectivamente ladrones en aquella casa?

D. BERNABÉ: Que no se entere Sebastián de nada...

D. FLORENCIO: Sobre todo de la plancha que hicimos de ir a buscar a Sol a una casa de la cual se había mudado hacía tres meses...

D. BERNABÉ: ¡Qué plancha!

D. FLORENCIO: Tengo unas ganas bárbaras de ver a Regina.

D. BERNABÉ: ¡No... si ya meterás la pata!

D. FLORENCIO: Te prometo no meterla.

D. BERNABÉ: ¡Seriedad!... ¡Seriedad!...

D^a CLEMENCIA: *(De derecha)*. Ya lo tenés todo listo.

D. BERNABÉ: ¡Bravo! Voy a mudarme. Y que apronten el café. En seguida salgo a tomarlo. *(Vase por derecha)*.

D^a CLEMENCIA: ¿Querés que te ayude?

D. BERNABÉ: No hace falta.

D. FLORENCIO: *(Después de una pausa)*. De modo... que la nueva sirvienta, bien... ¿eh?

D^a CLEMENCIA: Hasta ahora, bien.

D. FLORENCIO: Regina... Nombre italiano ¿verdad?

D^a CLEMENCIA: ¿Por qué dices Regina?

D. FLORENCIO: ¿No se llama así, esa muchacha?

D^a CLEMENCIA: No, hombre... no... qué se ha de llamar así; se llama Alfonsina.

D. FLORENCIO: Alfon... Alfon... La muy lagarta se ha cambiado el nombre. *(Alto)*. Me han dicho en la agencia que es una gran cocinera...

D^a CLEMENCIA: Pues te han enterado muy bien. No sabe ni pelar una papa...

D. FLORENCIO: *(Aparte)*. La muy cocodrila oculta sus facultades culinarias. Y... ¿qué me dices del mocito?... Le hemos dado una felpeada... moral... morrocotuda... De esta hecha, se compone para toda la siega. Ya te contaremos con tranquilidad todo lo que ha pasado...

ESTHER: *(Saliendo de izquierda)*. El baño está listo, papá.

D. FLORENCIO: Bien, hija. Voy a asearme un poquito y en seguida salgo a tomar unos mates. Ahí traemos unos bizcochitos deliciosos... Hasta luego... ¿Dónde se habrá metido Regina, Alfonsina... o como se llame? Yo la necesito... *(Vase por izquierda)*

ESTHER: No resisto a la tentación de ver los libros que me ha comprado papá. *(Los desata)*.

D^a CLEMENCIA: ¿Esos son los diarios de Buenos Aires?

ESTHER: Sí.

D^a CLEMENCIA: A ver lo que dicen... *(Se sienta, se pone los anteojos y lee)*.

ESTHER: *(Lee los títulos de los libros)*. Amor imposible, Una deuda de odio, La desconsolada, Misterio, Una venganza de amor, El amor de Clarisa, Una pasión desgraciada...

D^a CLEMENCIA: Más te valdría preparar las tazas para el café y dejarte de libracos y novelones...

ESTHER: ¡Jesús! ¡Qué odio les tiene usted a los libros!...

D^a CLEMENCIA: A los libros como esos, sí.

Esther se dirige a la alacena y saca las tazas y las va poniendo sobre la mesa.

(Doña Clemencia leyendo) Vida Social... Enlaces... Necrología...

Teatros... “A causa de la desaparición misteriosa de la celebrada actriz Sol Bernal, y de cuyos incidentes nos ocupamos detenidamente en la sección correspondiente, no se podrá estrenar mañana viernes el nuevo drama del señor Esteban Reta”.

- ESTHER: ¿Sol Bernal ha desaparecido?
- D^a CLEMENCIA: Así dice aquí...
- ESTHER: A ver...
- D^a CLEMENCIA: Dejame que busque...
- ESTHER: ¿El qué?
- D^a CLEMENCIA: La sección correspondiente...
- ESTHER: Debe estar en Policía...
- D^a CLEMENCIA: “La intervención a”... “Crisis”... “Crisis”... Aquí... ¡Sí! Y en títulos grandes...
- ESTHER: ¡A ver!
- D^a CLEMENCIA: “El eclipse de una actriz. Se la supone secuestrada por su amante. Las alhajas han desaparecido. Muebles violentados. Las primeras pesquisas. En la pista del secuestrador. Lo que dice la actriz Carola Díaz. Declaración de la sirvienta. Un viejo que huye. El paso cómico del magnesio”.
- ESTHER: ¡Dos columnas! ¿A ver este otro diario?... (*Lo abre*).
- D^a CLEMENCIA: ¡Oh! (*Leyendo*).
- ESTHER: “Anoche fuertes gritos de auxilio pusieron en alarma el barrio donde tiene su casa la conocida actriz Sol Bernal. Breves minutos después la policía...” (*Sigue leyendo entre dientes*).
- D^a CLEMENCIA: “Una versión muy generalizada entre los círculos teatrales hace aparecer como culpable del secuestro a un conocido joven que frecuentaba la casa de Sol”. ¡Qué infamia!

- ESTHER: “Hay quien cree, y esto es lo más probable, que Sol no ha sido secuestrada, sino abandonada por su amante. Este abandono la ha debido llevar al suicidio. No sería difícil que apareciese su cuerpo”... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...
- D^a CLEMENCIA: No puedo... no puedo seguir leyendo... (*Dejando el diario*).
- ESTHER: ¡Qué horror!
- D^a CLEMENCIA: ¡Y tu padre tan tranquilo!
- ESTHER: Pues tío Bernabé no lo estaba menos.
- D^a CLEMENCIA: Hay que ocultarle los diarios a Sebastián.
- ESTHER: ¡Oh, si él leyera esto, se vuelve loco!...
- D^a CLEMENCIA: Escóndelos... escóndelos...
- ESTHER: Pero papá no debe saber nada de esto...
- D^a CLEMENCIA: ¡Claro que no!
- ESTHER: ¡Ahí viene Sebastián!
- D^a CLEMENCIA: Disimulemos... disimulemos... ¡Meté debajo del armario esos diarios!...
- SEBASTIÁN: (*De botas, gran chambergo, poncho, etcétera*). Buenos días, mamá. ¿Cómo te va, Esthercita?
- D^a CLEMENCIA: Qué dices... ¿Terminó la tarea?
- SEBASTIÁN: A Dios gracias. ¿Vino papá?
- ESTHER: Sí. Ya salen...
- SEBASTIÁN: Dirán pestes de mí...
- D^a CLEMENCIA: No, hijito...
- ESTHER: No han tenido tiempo de contarnos tus perrerías...
- D^a CLEMENCIA: Pero vendrás muy cansado... ¿Por qué no te acuestas?...
- SEBASTIÁN: ¡Qué esperanza! He dormido muy bien... Y la galopada me ha sentado admirablemente. Tengo hambre.

D^a CLEMENCIA: Están preparando el desayuno.

SEBASTIÁN: Magnífico. Voy a sacarme las botas y en seguida salgo a devorarme un gran tazón de leche...

D^a CLEMENCIA: Saluda a tu padre primero...

ESTHER: ¡Y a tu tío!

SEBASTIÁN: ¡Oh! Para ver malas caras, siempre hay tiempo... ¡Ja, ja!...
(*Vase por derecha*).

D^a CLEMENCIA: No sospecha nada...

ESTHER: ¡Pobrecito! Mire, en una novela que yo he leído...

D^a CLEMENCIA: ¡Eh... dejame de novelas!...
Felipe con la cafetera y la jarra de leche, por el foro.

FELIPE: Aquí está el café. ¿Lo sirvo?

D^a CLEMENCIA: No, porque se va a enfriar.

ESTHER: ¿Se levantó esa?

FELIPE: Sí... Más llena de partes... que el agua de pozo es mala p'al cutis... que se corta el jabón; que se ponen ásperas las manos...

D^a CLEMENCIA: Eso no nos importa. ¿Le dijiste que cebara mate?

FELIPE: Sí. Ya lo trae.

D. BERNABÉ: ¡Venga ese café! (*Saliendo*).

ESTHER: Yo voy a servírtelo.
Vase Felipe.

D. BERNABÉ: Bastante que he echado de menos este desayuno succulento allá en el hotel...

D^a CLEMENCIA: Ya ha vuelto del puesto grande, Sebastián.

D. BERNABÉ: No tengo interés de verlo. ¡Bandido!... Buenos contratiempos nos ha producido.

D^a CLEMENCIA: ¿Te has enterado de todo?

D. BERNABÉ: ¡De todo! (*Tomando d café*).

D^a CLEMENCIA: ¿Y del secuestro también?

D. BERNABÉ: ¿Qué secuestro?

ESTHER: Estos diarios hablan de un probable suicidio.

D. BERNABÉ: No les entiendo una jota. ¡Explíquense claro!

D^a CLEMENCIA: ¿Pero no has leído las crónicas policiales referente a la desaparición de Sol?

D. BERNABÉ: No. Compramos diarios, pero veníamos tan preocupados, tan disgustados que ni yo ni Florencio los abrimos. Ahí deben estar... Alcázamelos.

ESTHER: (*Va al armario*). En seguida.

D^a CLEMENCIA: Allá sale. ¡Ni una palabra! No los alcances...

D. BERNABÉ: ¿Por qué?

D^a CLEMENCIA: Ni una palabra, por caridad.

SEBASTIÁN: (*Sin botas y con otro saco, de derecha*). Hola, papá. ¿Qué tal el viaje?

D. BERNABÉ: Regular.

D^a CLEMENCIA: Sentate aquí... Mirá qué leche tan gorda... Es crema pura...
(*Se sienta lejos de la mesa*).

SEBASTIÁN: ¿Han traído los diarios de Buenos Aires?

D. BERNABÉ: Sí...

D^a CLEMENCIA: No...

D. BERNABÉ: Sí... los hemos traído. Querrás leer la crónica de teatros y del Sport... ¿verdad? ¡Teatros!... ¡Cómicas!... Caballos: dividendos de carreras...

SEBASTIÁN: No... yo era por ver...

D. BERNABÉ: Alcanzáseles... Y a mí también...

D^a CLEMENCIA: ¡Bernabé!

D. BERNABÉ: ¡Y a mí también he dicho! (*Va Esther a buscarlos*).

SEBASTIÁN: Por mí, que no se moleste Esthercita... No tengo ya ningún interés.
Los saca Esther.

D. BERNABÉ: Yo sí. (*En tono grave*).

SEBASTIÁN: (*Aparte*) ¿Habrá vuelto al teatro, Sol?

D. FLORENCIO: (*Saliendo*) Ya estoy más fresco que una lechuga. Que me den mate. ¡Hola... sinvergüenza! ¿Cómo te va?

SEBASTIÁN: El que está fresco soy yo con las galanterías de ustedes.

D. FLORENCIO: ¡Porque te quiero te aporreo! (*Dándole palmadas*).

D. BERNABÉ: “Eclipse de Sol. Se la supone secuestrada por su amante”... (*Leyendo*).

D^a CLEMENCIA: ¡Tomá!... (*Dándole a Sebastián la taza*).

D. BERNABÉ: “Muebles violentados”...

SEBASTIÁN: ¿Qué dice? (*Levantándose con la taza en la mano*).

D. BERNABÉ: “Las primeras pesquisas”... “Un suicidio probable”...

SEBASTIÁN: ¿Eh?

D^a CLEMENCIA: (*Arrebatándole el diario*). ¡Basta!

SEBASTIÁN: No... siga usted... siga usted... ¡Preste, mamá!...

D. FLORENCIO: ¿Pero, qué pasa?

D^a CLEMENCIA: Luego... tomá tu café... luego...

SEBASTIÁN: ¡No... ahora!...
Entra Sol con el mate, por el foro.

D. FLORENCIO: ¡¡Ella!!

SOL: ¡El mate!

SEBASTIÁN: (*Dejando caer la taza*) ¡Oh!

D^a CLEMENCIA: Muchacho... qué haces... Claro, me lo ponen nervioso... Recoja usted eso... Se queda como una pava. Qué mujer cachacienta.

SOL: En seguida. (*Arrodillándose con una servilleta*).

SEBASTIÁN: No... que la... la... seño... rita no se moleste.

D. FLORENCIO: ¡Qué señorita, ni qué... (*Viéndola por detrás*). qué... qué rica es!...

D^a CLEMENCIA: Traiga una escoba y una pala, recoja los pedazos... y venga a barrer y limpiar las piezas.

SOL: Sí, señora...

D^a CLEMENCIA: Te gozas atormentando al muchacho... Después querrás que se corrija y se encariñe con la casa.

D. BERNABÉ: ¡Oh!... dejame en paz. Cuando te da por ponerte bondadosa eres insoportable.

D^a CLEMENCIA: ¡Eso vos!

D. BERNABÉ: ¡Vos!

D. FLORENCIO: ¡Hagan el favor de no pelearse! ¡Caray!

D. BERNABÉ: ¡Esto es insoportable!... ¡Insoportable! ¡No quiero ver a nadie!... (*Vase por derecha, furioso, llevándose los diarios*).

D^a CLEMENCIA: ¡Bernabé, oíme, pues!... ¡Oíme!...
Se oyen las voces de los dos que discuten dentro, pues detrás de él se va doña Clemencia.

D. FLORENCIO: (*A Esther*) ¿Pero, se puede saber lo que ocurre?

SEBASTIÁN: (*A Sol*) ¿Me quieres explicar qué significa esto?...

SOL: Luego... solos...

SEBASTIÁN: ¡Yo no puedo consentir tal farsa!

SOL: ¡Calla! Disimula. Vete. (*Separándose de Sebastián y haciendo mutis por el foro con la taza rota*).

SEBASTIÁN: (*Paseándose desesperado*) ¡Esto es un sueño horrible!... Una pesadilla atroz...
Esther habla en voz baja con don Florencio.

D. FLORENCIO: (*A Esther*) ¿De modo que los diarios dicen todo eso?... ¿Dónde están los diarios?

ESTHER: Se los llevó tío Bernabé. No le hablés de esto a Sebastián.

SEBASTIÁN: Esthercita, ahora que no está mi padre... dame uno de esos diarios... por lo que más quieras.

ESTHER: Los tiene tío Bernabé.

D. FLORENCIO: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Aquí van a pasar cosas muy horrrísonas!

SEBASTIÁN: Dime, Esthercita... ¿Cuándo llegó esa mucama?

ESTHER: ¿Alfonsina? Anoche... al poco rato de vos irte al puesto grande.

D. FLORENCIO: Es la sirvienta que tomó tu padre en Buenos Aires.

SEBASTIÁN: ¿Que la tomó, dónde?

D. FLORENCIO: ¡Hombre! ¿No fuiste vos mismo el encargado de poner el aviso en *La Prensa*?

SEBASTIÁN: Sí... sí... ¡Ah! la muy... ha aprovechado el aviso que le mandé publicar... (*Aparte*).

D^a CLEMENCIA: (*Dentro*). ¡Esther!... ¡Esther!...

D. FLORENCIO: Ahí te llama tu tía. ¡Anda ligero!...
Vase Esther.

SEBASTIÁN: Traeme un diario... ¡Por favor!

ESTHER: Yo voy a robar uno y te lo traigo. (*Aparte, al irse*).

SEBASTIÁN: Gracias. Pero ligero.

D. FLORENCIO: ¿Qué dice esa?

SEBASTIÁN: (*Malhumorado*) ¡Nada!

D. FLORENCIO: El que nada no se ahoga. Si las ovejas supieran nadar, no se hubieran muerto con la inundación. ¿Mucha mortandad, che?

Sebastián se pasea nervioso sin oírlo.

¿Pero qué te pasa?

SEBASTIÁN: Estoy nervioso... estoy mal. ¡Déjeme!

D. FLORENCIO: ¿Por qué no me pegás? ¡Pegame! ¡Maltratame!

SEBASTIÁN: Disculpe tío... disculpe...

D. FLORENCIO: ¡Qué rico tipo! ¡Debías estar con la cabeza baja... avergonzado ante un hombre serio como yo, que conoce todas tus barrabasadas y alzas el gallo, como si yo fuera el reo y vos mi juez!

SEBASTIÁN: Lo que van a sacar ustedes con todo esto, es que me mande mudar y que me juegue todo entero... Me tratan como a un niño... Parece que ustedes no hubieran sido jóvenes nunca... ¡Sobre todo usted!

D. FLORENCIO: ¡Pará el coche, che! A mí me ha gustado el mujerío... y aún me gusta, pero no he gastado la plata de nadie.

SEBASTIÁN: ¿De modo que a ustedes no les importaba el hecho por sus consecuencias morales, sino por lo que les cuesta materialmente? ¡Bonita manera de encarar la cuestión!

D. FLORENCIO: Esa mujer te ha explotado inicuaemente.

SEBASTIÁN: ¡Mentira!

D. FLORENCIO: ¡Papelitos cantan! Se veía que te fingía amor por lo que le dabas.

SEBASTIÁN: Eso no es cuenta suya...

D. FLORENCIO: ¡Caray, si es cuenta mía! ¡Cuando casi todo lo he pagado yo!

SEBASTIÁN: ¡Basta... basta!... No podremos entendernos... *(Pausa)*.

D. FLORENCIO: ¿Che... la querías mucho? Háblame con confianza... Silencio, que sale tu prima.

ESTHER: *(Saliendo de derecha con un diario debajo del delantal)*. Tío Bernabé está lo más nervioso. ¿Por qué no va a verlo, tatita?

D. FLORENCIO: Sí... ya voy.

ESTHER: Vení, Sebastián, conmigo; te voy a enseñar una porción de cosas lindas.

D. FLORENCIO: Es un ingrato... no le hagas caso... No quiere saber nada con los ángeles...

SEBASTIÁN: Decile que no es cierto...

ESTHER: Vení... vení por aquí... Tengo el diario...

SEBASTIÁN: Vamos... Vamos...

Se agarran y casi abrazados se van por la izquierda en el momento que aparece por el foro, Sol con una escoba.

ESTHER: *(Volviéndose)* Vaya a verlo a tío, tatita...

Desaparecen. Sol se queda atrás de la balastrada marcando un gesto de ira reconcentrada, al ver a Esther y a Sebastián abrazados. Florencio los acompaña hasta la puerta.

D. FLORENCIO: *(Volviéndose y marchando en dirección a la derecha)* ¿El suicidio de Sol?... ¿El secuestro de Sol?... Veamos lo que dicen los periódicos... ¡zas! ¡La lagarta! *(Por Sol)*. ¿Viene a trabajar?

SOL: Sí. *(Avanzando)*.

D. FLORENCIO: Yo aprovecho la oportunidad para contarle todo lo que me ha ocurrido por su culpa.

Sol se pone resueltamente a barrer.

Joven...

SOL: ¿Eh? *(Suspendiendo la tarea)*.

D. FLORENCIO: ¿Por qué me engañó?

SOL: ¡Yo! *(Aparte)*. Me han debido descubrir

D. FLORENCIO: Sí... usted... ¿cómo se llama, vamos a ver?

SOL: ¡Oh! ¡déjeme trabajar!...

D. FLORENCIO: *(Agarrando el mango de la escoba)*. Antes dígame cómo se llama.

SOL: Alfonsina.

D. FLORENCIO: Mentira.

SOL: ¿Y cómo me llamo, vamos a ver?

D. FLORENCIO: *(Después de mucho misterio)*. Regina.

SOL: ¿Eh?

D. FLORENCIO: Yo sé que es usted una excelente cocinera... y que le gusta cambiar con demasiada frecuencia de... novio...

SOL: Usted quiere bromear conmigo. Salga, salga... Déjeme barrer. Y váyase porque el polvo lo va a molestar...

D. FLORENCIO: No crea... Suspenda el barrido un momento... y dígame por qué no me esperó la otra noche en la casa donde servía.

SOL: Resolví salirme en cuanto ustedes se fueron.

D. FLORENCIO: Como luz para preparar la *lingera* y tomar el tren.

SOL: Yo soy muy súbita en mis resoluciones.

D. FLORENCIO: En eso se parece a mí. Resolví ir a verla...

SOL: ¿Y fue?

D. FLORENCIO: Fue una cosa bárbara. Me recibió su ex compañera... que por cierto me habló bastante mal de usted.

SOL: ¿Compañera?

D. FLORENCIO: Sí... la otra fámula...

SOL: ¿Petra?

D. FLORENCIO: No sé su nombre. Lo que sí sé es que usted es amiga de...
(*Hace gesto de empinar el codo*).

SOL: ¿Yo?

D. FLORENCIO: Casi todos los cocineros y cocineras chupan...

SOL: ¡Alto ahí!

D. FLORENCIO: Eso, como usted comprenderá, no la hizo desmerecer ante mi vista... Le advierto a usted que se libró de una, esa noche.

SOL: ¿Por qué?

D. FLORENCIO: Porque entraron ladrones a la casa de sus patrones. Vino la policía y una amiga de la familia que gritaba como una perra rabiosa...

SOL: La... dro... nes...

D. FLORENCIO: Y unos fotógrafos que hicieron ¡fu! y nos retrataron... ¡Cuando le digo que se libró de una! Yo afortunadamente me escapé... Cerré tras de mí la puerta del vestíbulo... corrí... tomé un coche... me escondí en el hotel y esta madrugada fui a Constitución con un susto morrocotudo... Todo el mundo se me antojaba pesquisa. El humo de la locomotora me parecía el magnesio... ¡fu!... ¡fu!... Yo he debido salir en la placa... ¿Pero por qué palidece?...

SOL: Por... por nada... la emoción... que me produce todo lo que usted cuenta...

D. FLORENCIO: Horrísono, hija... Yo espero que los sinsabores, que por culpa suya pasé, tendrán su recompensa. Me lo merezco. Re... Dígame, ¿cómo la llamo?

SOL: Como a usted le dé la gana.

D. FLORENCIO: ¿Por qué?

SOL: Porque me da lo mismo.

D. FLORENCIO: Esa confusión de nombres la haría sospechosa a usted en la casa.

SOL: No tendrá usted tiempo de confundirse, porque hoy mismo me iré a Buenos Aires.

D. FLORENCIO: ¿Írse?

SOL: Sí... yo necesito irme... ¡Después de lo que usted me ha contado no podría permanecer ni un minuto más en esta casa!

D. FLORENCIO: ¿Le ha hecho mella el cuento del *droguis*?

SOL: Sí... sí... eso... y lo otro... lo de los ladrones... lo del fotógrafo... Yo necesito saber lo que ha ocurrido.

D. FLORENCIO: ¿Y a usted qué le importa?

SOL: ¿Cómo no me ha de importar?... ¿Y él lo sabe?

D. FLORENCIO: ¿Él... pero quién es él?

SOL: Tiene usted razón... Estoy diciendo tonterías...

D. FLORENCIO: Parece que la ha impresionado el escándalo.

SOL: Tanto me ha impresionado, que ahora mismo quiero marcharme a Buenos Aires.

D. FLORENCIO: Eso es una locura! Usted necesita campo para su salud precaria; usted necesita oír todo lo que yo tengo que revelarles y que está ahogándose en mi corazón; usted...

SOL: ¡Gente! (*Sigue barriendo*).
Don Florencio disimula.

D. BERNABÉ: (*Sale de la derecha. Trae un diario en la mano*). Florencio, necesito hablar muy seriamente contigo. Tengo la evidente sospecha de que hemos sido víctimas de una burla grosera.

D. FLORENCIO: Te escucho.

D. BERNABÉ: *(A Sol)* Vea... suspenda el barrido y vaya adentro a ayudar a la señora.

SOL: Está bien. *(Vase por derecha)*.

D. FLORENCIO: ¡Qué tonto!

D. BERNABÉ: Propio de las circunstancias. Haz el favor de leer eso... los títulos, nada más.

D. FLORENCIO: *(Leyendo)* “El eclipse de Sol”...

D. BERNABÉ: Más abajo.

D. FLORENCIO: “Muebles violentados”...

D. BERNABÉ: Más abajo.

D. FLORENCIO: “Un viejo que huye”...

D. BERNABÉ: Seguí.

D. FLORENCIO: “El paso cómico del magnesio”...

D. BERNABÉ: ¡Eh! ¿Qué me dices?

D. FLORENCIO: Parate... parate un poquito... *(Lee)*.

D. BERNABÉ: Al final...

D. FLORENCIO: “Y al dar el fogonazo aprovechó el viejo desconocido para fugar, cerrando tras sí las puertas”. ¡Ay!... ¡Ay!... *(Asustado)*. “La policía no tardará en darle caza pues la placa fotográfica lo agarró con mayor eficacia que los polizontes aturdidos por la descarga del humo. La comisaría de investigaciones le sigue la pista y el supuesto ladrón de Sol Bernal no tardará en caer en manos de la justicia”. ¡Ay! ¡Ay!

D. BERNABÉ: Ese sos vos.

D. FLORENCIO: Ciertamente. Pero aquí se refiere a la casa de Sol.

D. BERNABÉ: No me cabe duda de que estuvimos en la casa de Sol, que

esta sirvienta nos engañó villanamente. Adiestrada sin duda por su patrona, hizo la comedia del desmayo. Ha debido venir a espiar al pobre Sebastián, a servir de intermediaria entre esa *cocotte* y mi desgraciado hijo...

D. FLORENCIO: ¿Pero todo esto del robo?

D. BERNABÉ: ¡Farsas!... Quizás un chantaje para apoderarse del muchacho a costa del silencio de los diarios, o para vengarse del abandono por medio del escándalo.

D. FLORENCIO: No, m'hijo... si yo vi a los ladrones...

D. BERNABÉ: ¡Farsas!... De cualquier manera esa mujer es sospechosa. Ya le he encargado a Clemencia que la sondee con habilidad.

D. FLORENCIO: Yo la hubiera sondeado más eficazmente. ¡Tu mujer es una cándida!

D. BERNABÉ: Yo, por lo pronto, voy a decirle a Felipe que de una galopada se vaya al pueblo a buscar al comisario.

D. FLORENCIO: ¿Para qué?

D. BERNABÉ: Para estar prevenidos. Hay que salvar a Sebastián de posibles imputaciones respecto a este secuestro...

D. FLORENCIO: ¡Pero che! Me vas a comprometer... ¡Al viejo que huye se la van a dar con queso!

D. BERNABÉ: ¡Nada... nada!... No hay que perder tiempo. En seguida voy a hablar muy seriamente con Sebastián y voy a provocar el careo de esta mujer con él. Porque también podría ocurrir, y esto sería tristísimo, que estuvieran en combinación...

D. FLORENCIO: ¡Bernabé! ¡Eso no!

D. BERNABÉ: ¡Eso sí! ¡Yo desconfío de todo!...

D. FLORENCIO: Escuchame: tené un poco de calma.

D. BERNABÉ: Esta mujer es sospechosa y nuestro silencio equivale a una

complicidad que no estoy dispuesto a tolerar.

D. FLORENCIO: Pero yo voy a hacer un papelón... A mí me van a citar a declarar y...

D. BERNABÉ: No importa... Todo se aclarará a su debido tiempo.

D. FLORENCIO: Yo tengo datos que confirman tus sospechas. Hace un momento, hablando con ella del fogonazo y de los ladrones, se impresionó muchísimo.

D. BERNABÉ: ¿Se impresionó? Hay que registrarle el equipaje. Ahora que está entretenida con mi mujer, vamos a su cuarto...

D. FLORENCIO: Dijo que tenía que marcharse.

D. BERNABÉ: ¿Marcharse? ¿Ves? ¿Lo ves? ¡Hay que llamar inmediatamente al comisario! *(Yéndose)* Vamos a su cuarto. ¡Felipe! Acompañame.

D. FLORENCIO: ¡Che! ¡No vayamos a tirarnos otro planchómetro!

D. BERNABÉ: Nada... nada... hay que proceder con rapidez. ¡Felipe! *(Desaparecen por foro)*.

SEBASTIÁN: ¡Yo voy a volverme loco!... ¿Qué dirán de mí en Buenos Aires los que me conocen? *(Saliendo de izquierda)*.

ESTHER: ¿Pero vos creés que se ha suicidado?

SEBASTIÁN: ¡Qué se va a suicidar! Y con qué ligereza forjan una novela. Mirá, Esthercita... necesito hacer urgentemente un telegrama a Buenos Aires. Buscame un sirviente que me lleve el borrador a la estación. Que no sepa nada papá. Llamámelo a Felipe.

ESTHER: Está lejísimo, cortando pasto.

SEBASTIÁN: No importa. Andá sin que te vean...

ESTHER: Bueno... Aquí tenés lo necesario para escribir. *(Vase por izquierda)*. Ya vengo.

Sebastián se pone a escribir en la mesita de los libros.

SEBASTIÁN: ¿Dónde estará Sol? ¡Y si la llamo voy a complicar mi situación! El mismo empresario se encargará de desvirtuar la especie del secuestro. *(Escribe)*. “Urgente recomendado. Sol está conmigo, aquí en el hotel. Desvirtúe farsa ridícula secuestro. Sale esta noche para esa. Anúnciela carteles letras grandes. Muy agradecido: Sebastián Sotomayor”. Y ahora, busquemos a... ¡por fin!...

SOL: *(Saliendo de derecha)* ¡Por fin, también digo yo!

SEBASTIÁN: Preciso es que expliques tu presencia aquí.

SOL: Cúlpaselo a mi cariño.

SEBASTIÁN: Bonita manera de querer, sacándole a uno a la vergüenza pública. Me imagino que estarás enterada del escándalo que ha producido tu fuga ridícula.

SOL: Tu tío Florencio me ha dicho que entraron ladrones en casa y que tuvo que huir.

SEBASTIÁN: ¿Entonces, el viejo a que se refieren los diarios es él?

SOL: ¿Los diarios?

SEBASTIÁN: ¡Sí... los diarios! Y en la crónica policial, para mayor escarnio. *(Dándole el diario)*.

SOL: ¿Pero están locos? ¡Si las alhajas las tengo yo en la valija!

SEBASTIÁN: Ya lo sospechaba... Dicen que te he secuestrado... Hay un cronista que supone que te has suicidado...

SOL: Tiene gracia... ¡Ja, ja!...

SEBASTIÁN: ¡Yo no le veo la punta! ¡Por tu culpa me hallo envuelto en este escándalo! Y has tenido el valor de venir a asestar el golpe de gracia a la casa de mis padres, que en todo momento debías haber respetado.

SOL: Es que...

SEBASTIÁN: No son momentos de justificaciones ni de recriminaciones. Es necesario desenredar esta madeja. Tienes que huir sin pérdida de momento a Buenos Aires.

SOL: ¿Quieres que me marche sola?

SEBASTIÁN: Sola viniste.

SOL: El sacrificio valía porque iba a verte.

SEBASTIÁN: Te prometo ir yo también mañana a Buenos Aires. Más, necesito imperiosamente destruir con mi presencia cualquiera estúpida sospecha de culpabilidad en esta aventura. Ahora mismo voy a mandar un telegrama.

SOL: Sola no me voy. Yo no he desafiado el escándalo para irme al cabo de cuentas dejándote con tu novia.

SEBASTIÁN: Abandona celos ridículos y frases sentimentales. Estate bien segura de mi cariño...

SOL: ¿Segura? Segura, cuando sé que te reservan una novia; segura, cuando te he visto con ella cruzar ante mi vista casi abrazándola...

SEBASTIÁN: ¡Has perdido el juicio!

SOL: ¡Sebastián... no me insultes porque entonces sí que vas a acordarte de mí!

SEBASTIÁN: ¡Oh!... aunque más no fuera que por esta locura que has realizado, me acordaría de ti toda la vida.

SOL: ¿Llamas locura al sacrificio de abandonar bienestar, aplausos, adulaciones, todo... todo... por seguirte... por ser tu sombra?... ¿Llamas locura a estas ansias de celos que me han traído aquí... a ser criada de tu casa después de haber mandado en tu corazón? ¡Si no comprendes y no justificas

este sacrificio, ni sabes lo que es querer, ni mereces ser querido!

SEBASTIÁN: Sí... yo lo comprendo todo... Pero ya no se trata de tu permanencia clandestina en la estancia, sino del escándalo que ha producido tu desaparición. Sé buenita. Vete. Yo le juro que no te pesará.

SOL: ¡Repito que sola, no! Ya sabes que soy testaruda.

SEBASTIÁN: Te prometo ir en seguida a Buenos Aires; no separarme nunca de tu lado. Reflexiona el compromiso en que colocaste a mi familia. ¡Oh! Si mi padre supiera que tú eres... ¡tú! Vete... vete pronto. Despídete con un pretexto cualquiera. Mira, no puede tardar la jardinera con el equipaje de papá y tío. Yo me arreglaré con el cochero para que te lleve a la estación.

SOL: Te repito, por última vez, que sola no me voy a Buenos Aires. Así, como así, no tendré en qué aburrirme. Ya me ha mandado tu madre que lave dos pisos...

SEBASTIÁN: ¡Ay, Señor!... ¡Ay, Señor!... Mira... Hagamos una transacción.

SOL: Exponla.

SEBASTIÁN: Tú te vas en la jardinera hasta el hotel del pueblo. Allí me aguardas. A la noche, yo iré a buscarte y nos tomamos el tren.

SOL: Ese es otro cantar. ¿Pero me alquilarán habitación si me presento con esta facha?...

SEBASTIÁN: Dices que vas a esperar a mi familia... que eres... la mucama... Continúas haciendo tu papel.

SOL: Convenido.

SEBASTIÁN: Supongo que no habrás traído equipaje.

SOL: Una valijita.

SEBASTIÁN: Pues la dejas.

SOL: Tiene todas mis alhajas.

SEBASTIÁN: Es peligroso que las lleves tú. Yo las recogeré.

SOL: Bien. Tú me avisarás cuándo debo irme.

SEBASTIÁN: Sí... Pero sin que te vea nadie.

SOL: Entonces te encargarás de quitarme de en medio a tu tío Florencio. Me tiene loca el vejete.

SEBASTIÁN: Con mi tío Florencio tengo que hablar muy seriamente.

SOL: ¡Oh! Te ayudará a la fuerza para que salgas de tus apuros. Háblale del fogonazo del magnesio y ya lo tienes rendido. ¡Ja, ja!...

SEBASTIÁN: ¡Pobre tío! ¡Ja, ja!... ¿Entonces, no hay nada más que decir?

SOL: En cuanto venga la jardinera, me escabullo.

SEBASTIÁN: Sí, Sol, sí... ¡Ay! Ya me parece que respiro mejor. *(Acercándose)*.

SOL: Nerviosito...

SEBASTIÁN: ¡Loca! *(Sacando el papel)* Mira el telegrama que voy a enviarle a tu empresario.

SOL: ¿A ver? *(Lo lee y se queda con el papel)*. Bien ibas a ponerte las botas con la primita.

SEBASTIÁN: ¿Pero tú crees que hay alguien que pueda robarte mi cariño?

SOL: ¡Farsantón!

SEBASTIÁN: ¡Loca... locuela! *(Abrazándola)*.

SOL: ¡Ay... aprieta... aprieta!... ¡Qué ganas tengo de que nos abracemos mucho... mucho!

SEBASTIÁN: Aprovechemos este momento. ¡Y basta!... ¡basta! En el hotel.

SOL: No... ahora... ahora... *(Efusiva)*.

D^a CLEMENCIA: *(Por derecha)*. ¡Oh!

SEBASTIÁN: *(Separándose bruscamente)*. ¡Mi madre!

SOL: ¡Ay! *(Bajando la vista y guardándose el borrador del telegrama)*.

D^a CLEMENCIA: ¿Es esa la conducta que piensas observar en la casa de tus padres? ¿Así abusas de una pobre muchacha?

SOL: Yo no quería...

D^a CLEMENCIA: ¡Basta! ¡Retírese usted!

SEBASTIÁN: Ella no tiene la culpa.

D^a CLEMENCIA: ¡Ni una palabra! ¡Qué diría tu padre si lo supiera! ¡Qué diría tu tío Florencio!

SEBASTIÁN: ¡Mamá!... No aumente usted la vergüenza que paso en este momento... perdóneme...

D^a CLEMENCIA: Y usted retírese a cumplir con su obligación...

SOL: Señora... yo...

D^a CLEMENCIA: ¡Basta! ¡Retírese, he dicho!

Vase por derecha, haciendo un gesto picaresco a Sebastián.

SEBASTIÁN: Has estado excesivamente severa con esa pobre muchacha. Ella no tiene la culpa. Es a mí a quien debes retar...

D^a CLEMENCIA: ¿Te parece decente lo que has hecho? Imagínate que te sorprende Esther... Hubieras llenado de pena a su pobre corazón...

SEBASTIÁN: ¡Basta... por favor... basta!

D^a CLEMENCIA: Como comprenderás, esa mujer no puede permanecer un día más en nuestra casa. No tenías suficiente con los disgustos pasados y querías obsequiarnos con otro mayor... y en casa de tus padres... al lado de la que va a ser tu mujer...

SEBASTIÁN: Mi mujer porque ustedes lo han dispuesto.

D^a CLEMENCIA: Ese ángel te adora.

SEBASTIÁN: Yo agradezco su adoración pero no se la retribuyo...

D^a CLEMENCIA: Porque eres un vicioso...

SEBASTIÁN: ¡ Mamá !

D^a CLEMENCIA: Y un desalmado. No consideras nada... ¡No te das cuenta de nada! Ves la vida que hace tu padre, metido aquí invierno y verano para restaurar su fortuna quebrantada, y pagas su sacrificio devorando en la ciudad lo que él gana y viniendo a la casa a insultar nuestra honradez.

SEBASTIÁN: Mamá... la desconozco.

D^a CLEMENCIA: Di mejor que no me conoces. Porque te defiende ante tu padre; porque te he perdonado todas tus calaveradas, ¿crees que estoy dispuesta a consentir que conviertas en amante a la criada?...

SEBASTIÁN: ¡Cuidado que le da usted importancia a un abrazo!

ESTHER: *(Entrando)* Sebastián... Sebas... *(Cortando la frase al ver a doña Clemencia)*.

SEBASTIÁN: ¿Encontraste a Felipe?

ESTHER: Sí, pero está con papá y tío Bernabé en el cuarto de la sirvienta.

SEBASTIÁN: ¿En el cuarto de la sirvienta?

ESTHER: Vi que allí se metieron.

SEBASTIÁN: *(Aparte)*. Han debido sospechar algo...

D^a CLEMENCIA: Voy a ver lo que hacen... *(Vase por foro)*.

SEBASTIÁN: ¿No sabes a qué fueron?

ESTHER: No pude pispiar nada, pero en el momento que ellos se metían en el cuarto de Alfonsina, yo hablaba con el hijo de

la cocinera para que te llevara el telegrama al pueblo. ¿Lo escribiste?

SEBASTIÁN: Sí... *(Buscando)* ¡Ay... *(Aparte)*. Se ha llevado Sol el borrador...

ESTHER: Pronto... Ahora que no lo ven. Vení.

SEBASTIÁN: Es que... no lo he escrito... *(Aparte)*. ¡Ay... han debido descubrir algo!...

ESTHER: Vení al escritorio. Allí hay formularios, sobres y todo...

SEBASTIÁN: No... aquí... Es lo mismo con lápiz.

ESTHER: Se acerca tío Bernabé...

SEBASTIÁN: ¡Eh! *(Levantándose)*.

ESTHER: Vamos al escritorio. Camina... ¿No estabas tan apurado?

SEBASTIÁN: ¡Ay! Han debido descubrirlo todo...

ESTHER: ¿Qué decís?

SEBASTIÁN: Vamos al escritorio...

ESTHER: Pronto que ahí está tía Clemencia. *(Desaparece por derecha)*.

D^a CLEMENCIA: *(Por foro)*. Pero están locos... ¿para qué se traen esa valija?

D. FLORENCIO: *(Con la valija escondida debajo del saco)*. ¡Chist! ¡Chist!

D. BERNABÉ: Hay que abrirla.

D^a CLEMENCIA: ¿Pero, por qué?

D. FLORENCIO: ¡Chist!

D^a CLEMENCIA: ¿Para qué?

D. BERNABÉ: ¡Chist!...

D. FLORENCIO: Che... esto está con llave.

D. BERNABÉ: Rompé la cerradura...

D. FLORENCIO: Parate un poco... aquí en esta carterita parece que hay algo.

D^a CLEMENCIA: ¿Qué ocurre?

D. BERNABÉ: Que esa mujer no es trigo limpio... Ya te explicaremos...

D. FLORENCIO: Aquí está la llave...

D. BERNABÉ: ¿Cede?

D. FLORENCIO: Sí... Que no nos sorprenda...

D. BERNABÉ: ¿Dónde se halla la mucama?

D^a CLEMENCIA: Dentro...

D. BERNABÉ: Cuidá esa puerta. Y avisá si viene.

D. FLORENCIO: ¡Abierta!

D. BERNABÉ: (*Acercándose a la mesa*) ¡Eureka! ¿Qué hay?

D. FLORENCIO: (*Sacando la muda*) Una camisa. (*Extendiéndola*) ¡Y de broderí!

D^a CLEMENCIA: ¿A ver? (*Agarrándola*).

D. BERNABÉ: ¡Esta no es camisa de sirvienta!

D. FLORENCIO: ¡Y unos calzones!

D. BERNABÉ: ¡Oh! (*Quitándoselos*).

D. FLORENCIO: Fijate en las iniciales...

D^a CLEMENCIA: No tiene...

D. BERNABÉ: Aquí hay un bordado.

D. FLORENCIO: (*Mirándolo*). Un sol...

D^a CLEMENCIA: ¡Un sol!

D. FLORENCIO: (*Registrando*). Un corpiño.

D. BERNABÉ: ¡Es un sol!

D. FLORENCIO: Digo que aquí hay un corpiño... (*Extendiéndolo*).

D. BERNABÉ: No hay duda... ropa de Sol...

D. FLORENCIO: ¡Ay!... ¡Ay!... ¡A esta muchacha la meten a la sombra...!

D. BERNABÉ: ¿Hay más ropa interior?

D. FLORENCIO: Hay toda una joyería. Anillos... prendedores... pulseras... broches... aros... *pendantifs*... relicarios...

D. BERNABÉ: ¡Ladrona!...

D^a CLEMENCIA: ¿Qué?

D. BERNABÉ: ¡La ladrona de Sol!

D. FLORENCIO: Un reloj... ¡Y en la tapa un retrato! Este es Sebastián... (*Pasándolo*).

D. BERNABÉ: ¡Sebastián!

D^a CLEMENCIA: ¡Mi hijo adorado!...

D. FLORENCIO: Hay que llamar inmediatamente a ese bergante para que aclare este lío.

D. BERNABÉ: ¡Guarda todo eso...!
Florencio guarda todo.

D. FLORENCIO: ¡Qué camisa deliciosa!...

D. BERNABÉ: No hay ninguna duda... está en combinación con la sirvienta... ¡Qué vergüenza!... ¡Qué vergüenza!

D^a CLEMENCIA: No seas mal pensado. Llámalo para que te hable clarito.

D. BERNABÉ: Hay que tener cuidado que no se escape esa mujer. Afortunadamente ya hemos mandado buscar al comisario.

D. FLORENCIO: (*Aparte*). Hay que salvar a esta muchacha...

D^a CLEMENCIA: ¿Al comisario, sin antes hablar con Sebastián?

D. BERNABÉ: Sí.

D^a CLEMENCIA: ¿Y si resulta complicado nuestro hijo, vas tú a entregarlo a la justicia?

D. FLORENCIO: ¡Qué atolondramiento! ¡Es verdad!

D^a CLEMENCIA: ¿Se ha ido ya el peón al pueblo.

D. BERNABÉ: Creo que sí.

D^a CLEMENCIA: ¿Y te quedas tan tranquilo? ¡Felipe! ¡Felipe! (*Desafortadamente*).

D. FLORENCIO: Claro, hombre, claro... ¡Felipe! ¡Felipe! (*Corre hacia el jardín*).

D. BERNABÉ: Vamos a volvernos locos... ¡Locos! (*Cayendo en una silla*).

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

AL LEVANTARSE EL TELÓN ESTÁ LA ESCENA SOLA. APARECE PRIMERAMENTE ESTHER, DE LA DERECHA, QUE DESPUÉS DE UNA LIGERÍSIMA EXPLORACIÓN DICE A SEBASTIÁN QUE SE SUPONE EN EL ESCRITORIO.

ESTHER: Podés salir... no están...

SEBASTIÁN: Bueno, que lleven en seguida este telegrama a la estación. Procura que no te sorprendan.

ESTHER: ¡Oh, pierde cuidado!

SEBASTIÁN: La jardinera con el equipaje no debe tardar, ¿verdad?

ESTHER: Ya tenía que estar aquí. Pero con el barrial que hace quizás haya tenido algún contratiempo.

SEBASTIÁN: ¿Por dónde anda la sirvienta?

ESTHER: En el cuarto de tía Clemencia.

SEBASTIÁN: Bueno, no pierdas tiempo. En seguida salgo... esperame junto al invernadero. (*Vuelve a entrar a la derecha*).

ESTHER: Lo mejor es irse de aquí... (*Por la izquierda; hace medio mutis; al llegar a la puerta aparecen doña Clemencia, don Bernabé y don Florencio por el foro; éste trae la valija*).

D. BERNABÉ: ¡Tu hija!

D. BERNABÉ: ¿Qué papel has escondido?

ESTHER: Ninguno...

D. FLORENCIO: Dejala que se marche...

D. BERNABÉ: ¿Qué has escondido debajo del delantal?

ESTHER: Nada, tío...

D. BERNABÉ: ¿Cómo nada? Traé para aquí...

ESTHER: No, tío... eso sí que no... Esto no es mío... Yo no lo puedo dar... no lo puedo dar...

D. FLORENCIO: ¡Obedezca, pues! (*Quitándose*).

ESTHER: Es un sobre...

D. FLORENCIO: Está en blanco.

D. BERNABÉ: Hay algo adentro...

D. FLORENCIO: Parece que sí.

ESTHER: No lo abran... no lo abran...

D. FLORENCIO: (*Abriendo*). Un formulario de telegrama...

D. BERNABÉ: ¿En blanco también?

D. FLORENCIO: No, está escrito...

D. BERNABÉ: ¡Traé para aquí! (*Quitándose, leyendo*). “Urgente recomendado”.

D. FLORENCIO: ¡Cosa de apuro! ¡Cállese! (*A Esther, que llora*).

ESTHER: ¡Ahora Sebastián la va a pagar conmigo!

D^a CLEMENCIA: ¡Calla!

D. BERNABÉ: “¡Sol!”...

ESTHER: ¡Ji, ji, ji!... ¡Ji, ji!... (*Llorando*).

D. FLORENCIO: ¡Qué jijí!... ¡Sigue leyendo!...

D. BERNABÉ: “Sol está conmigo en el hotel de este pueblo. Desvirtúe farsa ridícula secuestro. Salgo esta noche para esa. Anúnciela carteles letras grandes. Muy agradecido: Sebastián Sotomayor”.

D^a CLEMENCIA: ¡En el hotel!...

D. FLORENCIO: ¡Se la ha traído!...

D. BERNABÉ: ¡¡Oh!!...

D. FLORENCIO: ¡Nos ha fumado en pipa!

D^a CLEMENCIA: ¿Pero, y esas alhajas?...

D. BERNABÉ: ¿Y esa sirvienta?

D^a CLEMENCIA: ¿Será la espía de Sol?...

D. BERNABÉ: ¿Entonces, el muy sinvergüenza, tiene relaciones con la sirvienta y la patrona?

D. FLORENCIO: ¡A pares!

D^a CLEMENCIA: ¡Sí... con la sirvienta!...

D. FLORENCIO: ¡Qué audaz!... ¡Qué!... ¡Qué papelón el mío!

ESTHER: ¿Por qué, tatita?

D. FLORENCIO: ¡Qué tatita ni qué miércoles! Mándese mudar de aquí. Usted no puede escuchar estas conversaciones. ¡Váyase a su cuarto o al jardín!

ESTHER: Es que...

D. FLORENCIO: ¡A su cuarto... pronto!

ESTHER: (*Retirándose a la izquierda*) ¡Con la sirvienta, qué canalla!... Esta sí que no se la perdono. (*Desaparece llorando*)

D. FLORENCIO: (*Falsamente indignado*). ¡Pero qué sinvergüenza! ¡Con la sirvienta también! ¡Este ya no tiene compostura!... Este... es de los míos...

D. BERNABÉ: Hay que llamar a ese muchacho y poner las cosas muy en claro. Traerse su querida al hotel...

D. FLORENCIO: Y traerse la sustituta a la casa de sus padres... ¡Con razón no me llevaba el apunte!...

D^a CLEMENCIA: Estamos exagerando y complicando el lío nosotros mismos. Convengamos en que Sebastián no se ha traído a la sirvienta. La sirvienta la buscaron ustedes... ¡Sí... ustedes!...

D. BERNABÉ: Ese... Ese la contrató.

D^a CLEMENCIA: ¿Dónde?... ¿Dónde la contrató?

D. FLORENCIO: En una agencia, me caiga muerto... en una agencia.

D^a CLEMENCIA: Aquí hay gato... y ustedes... ¡Ustedes, como buenos viejos verdes, tienen que ponerme las cosas muy en clarito!

D. BERNABÉ: ¡Cuando digo que todos vamos a volvernos locos! (*Paseándose furioso*).

D. FLORENCIO: ¡Completamente locos! (*Paseándose*). Lo mejor es hacerse el enojado... ¡Completamente locos!... (*Guarda la valija en el armario y echa llave*).

D^a CLEMENCIA: Ahí sale Sebastián... Me alegro... así pondremos todo muy en claro.

D. BERNABÉ: ¡Déjenmelo por mi cuenta!

D. FLORENCIO: ¡No... no... no... por la mía!

D. BERNABÉ: Me alegro que vengas, íbamos a buscarte. (*Muy enojado*).

SEBASTIÁN: Pues aquí me tienen. (*Aparte*) Serenidad.

D^a CLEMENCIA: ¡Ay, me lo van a matar!...

D. FLORENCIO: Silencio... silencio...

Pausa larga, en la que se quedan todos los personajes en actitud cómicamente agresiva, como queriendo todos romper a hablar.

D. BERNABÉ: ¡Yo!... (*Bajando el tono*). Yo... yo... quisiera encontrar palabras... suficientemente... Ahí la tienes a tu madre... anegada en llanto... Ahí lo tienes a tu tío, desesperado; aquí me tienes a mí... avergonzado, sin saber cómo encarar esta cuestión que me repugna... me... me... mee... mee...

D. FLORENCIO: (*A Clemencia*). Si sigue balando estamos perdidos...

SEBASTIÁN: Papá... cálmese... tranquilícese... Interrogueme sin prisa...

D. BERNABÉ: ¿Estas eran tus protestas de arrepentimiento? Y eran estas tus protestas de cariño y de respeto hacia mí, hacia tu pobre madre... que llora...

Clemencia solloza.

SEBASTIÁN: Por Dios... tranquilícese...

D. FLORENCIO: Yo te voy a dar una manito... Mirá, che, después de lo que ha pasado...

D. BERNABÉ: ¡Vos te callas cuando yo hablo!

D. FLORENCIO: ¡Pero es que no hablás! Te vas en lágrimas. Podías guardarte esa energía para usarla con ese cachafaz y no conmigo.

SEBASTIÁN: ¡Es mejor que usted se calle, tío, y que guarde esas poses para cuando lo retraten!

D. FLORENCIO: ¡Zas! ¡Este sabe lo del fogonazo! Me reventó... Está bien... está bien... Podes seguir, Bernabé...

D^a CLEMENCIA: ¿Y esa era la manito que le ibas a dar? ¡Cuando digo que aquí hay gato!...

D. BERNABÉ: Vos nos prometiste con toda seriedad que romperías definitivamente con Sol.

SEBASTIÁN: Y rompí.

D. BERNABÉ: ¡No es verdad! Has huido con ella de Buenos Aires, en forma vergonzosa.

SEBASTIÁN: Yo no he venido con ella. Vine solo a la estancia...

D^a CLEMENCIA: ¡A la estancia, sí!

D. BERNABÉ: ¡Vos te callás!

D^a CLEMENCIA: Es que, . .

D. BERNABÉ: A la estancia sí... como dice tu madre, pero no al pueblo. Has ocultado a tu amante en el hotel de la estación.

SEBASTIÁN: ¿En el hotel de la estación?

D. BERNABÉ: (*Sacando el telegrama*). Aquí tengo la prueba. Papelitos cantan.

SEBASTIÁN: ¿Papelitos?

D. BERNABÉ: Sí... el telegrama que envías al empresario de esa saltimbanqui, para desvirtuar la leyenda que han bordado los cronistas respecto a la fuga de ustedes...

SEBASTIÁN: Toda esa leyenda es estúpida, inverosímilmente estúpida.

D^a CLEMENCIA: Tiene su base.

D. BERNABÉ: El comentario será novelesco, pero el hecho es real y positivo.

SEBASTIÁN: ¡Es falso!

D. BERNABÉ: ¿Pretenderías todavía negar que tienes a Sol escondida en el hotel del pueblo?... Niégalo...

D^a CLEMENCIA: ¡Niégalo! Decile que lo niegue...

D. FLORENCIO: ¡Yo no digo esta boca es mía! Este muchacho tiene unas arremetidas...

SEBASTIÁN: *(Después de una pausa)*. Sí... es cierto, la tengo en el hotel del pueblo. *(Se da vuelta para ocultar la risa)*.

D^a CLEMENCIA: ¡No se atreve a mirarnos de frente! Es un ángel...

D. BERNABÉ: ¡Vaya! Del mal el menos... Con la verdad podremos entendernos. Lo repugnante de todo esto es que tomes por intermediaria de tus obscenidades, a la pobre Esther... que el día de mañana, cuando sea tu esposa, te echará en cara tamaña inmoralidad... como también te la echará en cara tu tío Florencio.

SEBASTIÁN: Inmoralidad la de ustedes, que aprovechándose de un ser desvalido, se han apoderado de un sobre cerrado. Ella no sabía de lo que se trataba. Y si ahora lo sabe, y en su corazón hay pena, la culpa es de ustedes... de ustedes...

D. BERNABÉ: Si todavía vamos a resultar unos criminales... unos violadores de correspondencia.

D. FLORENCIO: En cuanto sepa que hemos violado la valija, nos fulmina. *(A Clemencia)*.

D^a CLEMENCIA: ¡Silencio, por favor!

SEBASTIÁN: ¿Y era eso todo lo que tenía usted que decirme?

D. BERNABÉ: Eso... como le llamas en tono tan garifo, no es más que el comienzo de lo que tengo que decirte. El plato fuerte viene ahora.

D. FLORENCIO: Ahora se arma la gorda... Yo disparo...

D^a CLEMENCIA: ¡Por favor!...

D. BERNABÉ: Yo necesito que me digas la verdad, óyelo bien, la verdad, respecto al grado de relación que te une con Alfonsina.

SEBASTIÁN: ¿Alfonsina?... *(Asombrado)*.

D. FLORENCIO: Este debe conocerla por Regina. *(A Clemencia)*.

D^a CLEMENCIA: Tu padre se refiere a la mucama.

D. BERNABÉ: ¡Eso... a la sirvienta!...

SEBASTIÁN: La he conocido esta mañana.

D. BERNABÉ: ¡Me admira tu audacia! ¿Qué me dices, Clemencia?... ¿Y entonces... cómo es que tu madre te pilló abrazándola?

SEBASTIÁN: Bromeábamos...

D. FLORENCIO: ¡Bromitas de salón!...

D. BERNABÉ: ¡Basta de farsas! ¡Esa criada ha prestado servicios en casa de tu amante!

SEBASTIÁN: ¡Seguramente se lo ha contado a usted tío Florencio!

D. FLORENCIO: ¡A mí no me metas en nada!

D. BERNABÉ: Lo sé, porque la vi en casa de Sol. No me lo ha contado nadie. *(Pausa)*.

SEBASTIÁN: Efectivamente, ha sido sirvienta de Sol.

D. BERNABÉ: ¿Y con qué objeto ha venido a esta casa esa mujer?

SEBASTIÁN: Eso lo sabrán ustedes que la han conchavado.

D^a CLEMENCIA: ¡Sí, señor, eso lo sabrán ustedes, viejos libidinosos!

D. BERNABÉ: ¡Alto! Nosotros la conchavamos porque ella nos engañó.

D. FLORENCIO: ¡Villanamente!

SEBASTIÁN: Usted fue dos veces, tío, dos...

D. BERNABÉ: ¡Las veces que fuimos no hace al caso! Lo que a nosotros nos interesa es por qué está esa mujer aquí.

SEBASTIÁN: ¡Y dale matraca! Porque ustedes la con-cha-va-ron.

D. BERNABÉ: No subrayes... no subrayes, que no somos sordos.

D^a CLEMENCIA: ¿Pero no era que la habían tomado en una agencia?... Hablen... hablen...

D. FLORENCIO: Sí, mujer... es por sacarle de mentira verdad... ¡calmate!...

SEBASTIÁN: Y últimamente, si no les conviene, la echan ahora mismo...

D^a CLEMENCIA: ¡Claro que la voy a echar!

D. BERNABÉ: Pero antes de echarla, es preciso que ella nos diga por qué tiene en su poder las alhajas y las ropas de su ex patrona.

SEBASTIÁN: ¡Pumba! Esto sí que no tiene compostura. ¿Las alhajas?... Este...

D. FLORENCIO: ¡Y una camisa de broderí! ¡Sebastián... de broderí!...

SEBASTIÁN: ¿Y ustedes cómo lo saben?

D^a CLEMENCIA: Porque hemos registrado su cuarto.

SEBASTIÁN: ¿Para qué?

D. BERNABÉ: Para prevenirnos ante un posible, ante un seguro allanamiento policial, después de lo que publican los diarios. Explícanos... explícanos, ¿por qué están en poder de ella esas alhajas?...

D^a CLEMENCIA: Lo mejor sería preguntárselo a ella misma. Voy a llamarla.

SEBASTIÁN: No, no vaya, mamá; voy a explicarlo, es muy sencillo.

D. BERNABÉ: Este lo encuentra todo muy sencillo.

ESTHER: *(Corriendo)* Papá... tío... ahí ha llegado un coche con mucha gente. Una señora pregunta por Sebastián.

SEBASTIÁN: ¿Por mí?

D. FLORENCIO: Sol, seguramente... andá, atajala...

D^a CLEMENCIA: ¿Esa mujer se atrevería?

ESTHER: ¡Y vienen dos fotógrafos, también!

D. FLORENCIO: ¡¡Fotógrafos!!...

ESTHER: Sí, desde el coche nos sacaban vistas de la estancia...

D. FLORENCIO: ¡Ay... ay!... ¡Yo me escabullo, deben ser los mismos del fogonazo!

SEBASTIÁN: ¿Quién será? *(Asomándose)*. ¡Uy! Carola.

D^a CLEMENCIA: ¿Es ella?... ¿Es Sol?...

SEBASTIÁN: No, mamá...

D. BERNABÉ: *(Asomándose)*. Debe ser la policía.

D^a CLEMENCIA: Escondete, Sebastián.

SEBASTIÁN: ¿Por qué? ¿Soy acaso un criminal?...

Todos se quedan mirando al través de los vidrios, menos Sebastián, que avanza desesperado y se enfrenta con Sol, que llega por izquierda con un balde y una escoba.

¡Qué escándalo! ¡Y a qué vendrá esa Carola del diablo!

SOL: *(Saliendo)*. Sebastián...

SEBASTIÁN: ¿Dónde vas, imprudente?

SOL: He visto desde el balcón a Carola y corría para prevenirla. Va a hacer un barro...

SEBASTIÁN: ¡Mil barro!

D. FLORENCIO: ¡Ahí bajan del coche!

CLEMENCIA: *(Volviéndose)* ¡Por su culpa!

BERNABÉ: ¡Por usted!

ESTHER: ¿Pero qué pasa?...

D. FLORENCIO: Sí... son los del fogonazo... ¡Yo disparo!

ESTHER: Papá... papá... ¿dónde vas?...

D. FLORENCIO: ¡Déjame en paz, muchacha! *(Desaparece por izquierda)*.

SEBASTIÁN: Ahí vienen. Déjenme solo. Fuera todo el mundo de aquí.

SOL: Es que...

D. BERNABÉ: ¡Silencio!

SEBASTIÁN: Déjenme solo... por favor, papá... ¡diez minutos nada más, no me pierdan!

D. BERNABÉ: ¡Yo no puedo permitir que Sol entre en esta casa!

SOL: ¿Sol?...

D^a CLEMENCIA: Sí, su patrona, que debe venir seguramente a reclamar las alhajas que usted le ha robado. ¡Pícala!

SOL: ¡Señora!

SEBASTIÁN: ¡Contente!

SOL: ¡Qué lío!

SEBASTIÁN: Fuera de aquí todo el mundo. Ahí llaman... fuera...
Desaparecen las mujeres, por derecha.

D. BERNABÉ: Que esa mujer no permanezca más de diez minutos en esta casa.

SEBASTIÁN: Descuide, papá...

D. BERNABÉ: Las alhajas están en ese armario. Florencio tiene la llave. Despacha rápidamente. Si tardan más de diez minutos, salgo.

SEBASTIÁN: ¡Qué complicación, señor! Veamos a qué vienen estos. Adelante.

CAROLA: *(Entrando, seguida de los dos fotógrafos y los dos repórters)*
¡Ay! Creí que no llegábamos nunca. ¡Vaya unos caminitos y unos elásticos! Vengo destrozada. ¡Por fin se te ve!
Los fotógrafos, desde la puerta, asaltan con las kodaks a Sebastián.

SEBASTIÁN: Habla con tiento... ¿Y ustedes qué hacen?

REPÓRTER 1º: La actualidad, amigo mío.

SEBASTIÁN: ¿Amigo de quién?...

REPÓRTER 2º: Es usted el hombre del día y lo fusilamos con la máquina.

SEBASTIÁN: Quisiera que ustedes me expliquen, con qué derecho y con qué permiso ustedes me retratan.

REPÓRTER 1º: Señor, la actualidad... Usted ha dado la nota sensacional de la semana, la gran nota de...

SEBASTIÁN: Lo que voy a dar es la gran pateadura si ustedes no inutilizan ahora mismo esas placas...

TODOS: ¡Señor!...

SEBASTIÁN: ¡Qué señor... ni señor!...

REPÓRTER 1º: Si usted prefiere, traeremos también el cinematógrafo...

SEBASTIÁN: ¿Pero, con qué gente te has venido?...

CAROLA: Son repórters... no publicarán más que lo tú quieras.

REPÓRTER 1º: Nos retiramos...

SEBASTIÁN: ¡Alto!...

REPÓRTER 2º: Ustedes tendrán que hablar reservadamente.

SEBASTIÁN: ¡Alto ahí, he dicho! Dejen ustedes las máquinas en mi poder.

REPÓRTER 1º: Eso no, señor. No se publicará nada, si usted no da permiso... pero nada de máquinas...

CAROLA: Te aseguro que es buena gente.

REPÓRTER 1º: Ahí afuera aguardamos sus órdenes. Y a la policía, señorita Carola. ¡Si usted me averigua dónde está el cadáver de Sol, yo le hago a usted una ampliación al bromuro que ni en lo de Witcomb!
Vanse los fotógrafos y repórters.

SEBASTIÁN: ¿Pero, se puede saber a lo que vienen?...

CAROLA: Ya podrás figurártelo. Me imagino que por los diarios te habrás enterado del desvalijamiento de que ha sido víctima Sol.

SEBASTIÁN: ¡Sí... estoy enterado de todo... lo sé todo!

CAROLA: ¡Entonces, si lo sabes lodo, sabrás dónde se halla Sol!

SEBASTIÁN: ¿Y para eso nada más has venido? ¿Para complicar más la cuestión?

CAROLA: ¡Desagradecido! ¡No se puede negar que sos hombre!

SEBASTIÁN: ¿No te basta con la estupidez cometida la otra noche, de prestarte a fantásticos reportajes, a sensacionales declaraciones ante el juez?

CAROLA: Cosas de los diarios. Yo no hice más que repetir lo que había presenciado: la aparición de un viejo desconocido que huyó; la salida inopinada del novio de Petra; el porqué de mi presencia en casa de Sol... la verdad, nada más que la verdad...

SEBASTIÁN: ¿Y mis relaciones con Sol? ¿Y mi desaparición misteriosa durante varios días de la casa de mi amante?

CAROLA: Eso lo sabe todo el mundo. ¿También querías tapar el cielo con un harnero? ¡Desgraciado! Merced a mis súplicas, no ha salido ayer en un diario que tú eras una especie de Jack The Ripper... que habías cortado en trozos a tu mujer y que la habías salado como si fuera jamón... ¡Otros aseguraban que la habías matado con morfina!...

SEBASTIÁN: ¡Basta! ¿Se puede saber a qué has venido?

CAROLA: Para ayudar a la pesquisa. Yo quiero entrañablemente a Sol; es mi amiga; es mi hermana casi; ansío su aparición. Yo quiero, te repito, ayudar a la pesquisa.

SEBASTIÁN: ¿La pesquisa?

CAROLA: Sí, hay media comisaría de investigaciones. Ayer, por fin, averiguaron dónde te hallabas; el juez dio orden de prisión; la policía no tardará, en llegar...

SEBASTIÁN: ¡Qué loquero!

CAROLA: Hemos venido en el mismo vagón de los pesquisas.

SEBASTIÁN: ¿Cuándo han llegado ustedes?

CAROLA: Hace dos horas. Salimos en el tren del Once. Al llegar supimos que tu padre y tu tío habían regresado por el tren de Constitución hoy de madrugada; y que tú habías venido ayer...

SEBASTIÁN: ¿Y los pesquisas, dónde están?

CAROLA: ¡Ay, hijo! Eso sí que no lo sé. En el andén de la estación desaparecieron. Los fotógrafos aseguran que con el comisario del pueblo, que los aguardaba.

SEBASTIÁN: ¡Esto se complica de una manera horrorosa! ¿De modo que seguramente me prenderán? ¿Y por qué?

CAROLA: Porque creen que has secuestrado a tu mujer; que le has robado las alhajas; que la has envenenado... un escándalo, Sebastián, ¡un escándalo en toda regla!

SEBASTIÁN: ¡Y pensar que la principal culpable de todo eres tú! ¡Sí... tú! y la imbécil de Petra, que hizo entrar a su novio.

CAROLA: Pues los dos están presos e incomunicados. A quien no han podido dar caza todavía es al viejo del balcón. ¡Para mí, ese es el ladrón de las alhajas! ¡Ay, me parece que lo veo! ¡Sueño con él!... ¡Qué susto me dio el condenado! ¡Entre mil hombres, lo reconocería!

SEBASTIÁN: ¡En fin! El escándalo ya está dado; y ahora, lo que hace falta, es irse cuanto antes a Buenos Aires.

CAROLA: ¿Pero tú no piensas poco más o menos dónde se puede haber metido Sol?

SEBASTIÁN: ¡Sí... sí... lo sé!

CAROLA: ¿Dónde?

SEBASTIÁN: ¡Aquí!

CAROLA: ¿Aquí... y tus padres?

SEBASTIÁN: Se ha disfrazado de criada...

CAROLA: ¡Pobrecita! ¡Pobrecita! ¡Cómo te quiere!... ¿Y sabe lo del robo?

SEBASTIÁN: ¡Qué robo ni qué demonio! Huyó con las alhajas y una muda de ropa.

CAROLA: ¡Qué me dices! Bonita plancha le vamos hacer tirar a la policía. Y ahora el comisario me irá a echar a mí la culpa...

SEBASTIÁN: Claro... por mala cabeza, por atolondrada, por exagerada en todas tus acometividades.

CAROLA: ¿Y qué vamos a hacer?

SEBASTIÁN: El lazo policial me lo sacudiré, pero el lío con mi familia... y esos imbéciles que siguen retratando... ¡les voy a pegar un tiro!

CAROLA: Yo les diré que se retiren... *(Vase al foro y cumple lo dicho)*.

SEBASTIÁN: A buscar más placas...

CAROLA: Es necesario saber lo que hacemos, porque la policía no puede tardar. Llama a Sol.

SEBASTIÁN: Si la llamo mis padres se van a enterar de la farsa que ha realizado con mi asentimiento.

CAROLA: ¿Pero estaban ustedes en combinación?

SEBASTIÁN: ¡No! La encontré aquí muy instaladita desempeñando admirablemente sus funciones de... ¡¡¡ah!!! *(Con súbito grito)*.

CAROLA: Me has asustado, ¿qué te pasa?

SEBASTIÁN: Que ya he encontrado la solución.

CAROLA: ¿Sí?...

SEBASTIÁN: Mi padre cree que tú eres Sol. Tú, sigues haciendo lo posible

para que continúe en su creencia. Llamo a Sol; la increpas como si realmente fuera tu criada y la ladrona de tus alhajas; mis padres las echan a ustedes de casa; se van; yo detrás de ustedes. Nos juntamos en la estación y...

CAROLA: Y la policía con filiación de todos nosotros, nos agarra por el camino y vamos a dar al Departamento.

SEBASTIÁN: No, mujer; ponemos las cosas en claro, pero lejos de esta casa. Lo que yo quiero es que mis padres ignoren que la verdadera Sol ha dormido en la estancia.

CAROLA: Bueno... salgamos de aquí. Pero ligero, porque los pesquisas no pueden tardar.

SEBASTIÁN: Yo voy a buscar la llave de ese armario, donde está guardada la valija de Sol. En seguida llamo a mí padre; tú le pides disculpa diciéndole que te has atrevido a venir aquí para rescatar las alhajas sin dar intervención a la policía y luego huyen...

CAROLA: Huimos... contigo...

SEBASTIÁN: Sí... yo también. Dos minutos nada más. Mi tío Florencio tiene la llave. Voy a buscarlo. *(Vase por izquierda)*.

CAROLA: ¡Qué lío, señor! ¡Qué lío! ¡Y al fin de cuentas yo voy a ser la culpable de todo!

D. BERNABÉ: *(Sale de derecha)*. ¡Señores!

CAROLA: ¡Señor!...

D. BERNABÉ: Concedí a mí hijo diez minutos para que resolviera la cuestión desagradable que la ha traído a usted a nuestra casa y como aún permanece usted aquí, con gran sentimiento, me veo obligado a intervenir, aunque el paso me lastime...

CAROLA: Usted me manda, señor...

D. BERNABÉ: ¿Y mi hijo?...

CAROLA: Ha ido a buscar la llave de ese armario donde están mis alhajas.

D. BERNABÉ: Estará usted enterada que la ladrona se halla en nuestro poder. Para evitar su fuga acabo de encerrarla en el escritorio.

CAROLA: He resuelto no dar importancia al asunto. La perdono. Pero quisiera verla, para llevármela a Buenos Aires.

D. BERNABÉ: ¿Y piensa dejar usted tamaña audacia sin su castigo ejemplar?

CAROLA: Repugna a mis buenos sentimientos el castigo.

D. BERNABÉ: Eso es cuenta suya. Respecto a Sebastián, supongo que usted resolverá sacrificar, en nombre de nuestros desvelos, todo capricho. Usted es joven y bella; su porvenir en las tablas le hará olvidar a mi pobre hijo... ¿Me promete usted que todo ha terminado entre usted y él?...

CAROLA: ¡Todo!...

D. BERNABÉ: Gracias. Admiro su cordura y su bondad. Y ahora concluyamos nosotros también. Su presencia en esta casa, no lo tome usted a mal, lastima los más caros sentimientos maternos... Váyase...

CAROLA: En seguida, señor.

D. BERNABÉ: Y ahora voy a llamar a esa muchacha para que se la lleve cuanto antes. Se la mandaré para que hablen a solas. Y como ya no nos volveremos a ver más, adiós.

CAROLA: Adiós, señor.
Se dan la mano.

D. BERNABÉ: *(Yéndose por derecha)*. Y aún queda el rabo por desollar. Aún queda la policía...

SEBASTIÁN: Salga usted, tío. Le aseguro que no hay fotógrafos. Salga...

(Trayéndolo a la rastra por la izquierda).

D. FLORENCIO: Déjame, pues, déjame...

CAROLA: ¡El viejo ladrón!

D. FLORENCIO: ¡La chicharra!...

CAROLA: ¿Quién es?...

SEBASTIÁN: Mi tío...

D. FLORENCIO: ¿Y esa?

SEBASTIÁN: Sol...

D. FLORENCIO: ¿Sol?...

CAROLA: ¡Pero este es un lío que no tiene fin!

D. FLORENCIO: Te advierto que ella es la culpable de todo el escándalo...

CAROLA: ¿Yo?...

D. FLORENCIO: ¡Claro! ¡Si usted me hubiera dejado hablar, no viene la policía!

CAROLA: ¡No la nombre!

D. FLORENCIO: ¿Por qué?

CAROLA: Porque puede que venga a buscarlo. Ha salido usted hablando en la fotografía.

D. FLORENCIO: ¿Hablando? Pues estaré diciendo alguna mala palabra.

SEBASTIÁN: Bueno, bueno... Ya haremos luego los comentarios. Entregue usted la valija a esta señorita. *(Aparte)*. Voy entretanto a llamar a Sol y a prevenirla para que no nos deshaga la combinación... *(Vase por derecha)*.

D. FLORENCIO: *(Después de sacar la valija se acerca a Carola)*. ¡Aquí tiene usted su tesoro!... ¡Aquí está el cuerpo del delito! ¡Gasta usted una ropa interior deliciosa!

CAROLA: ¡Avisé! ¿Cuándo me la ha visto?

D. FLORENCIO: No, hijita... en la valija... y ahora que ya sabe usted los detalles del robo fracasado, voy a pedirle un favor ¡Salve a esa pobre muchacha!...

SEBASTIÁN: ¡Estalló la bomba! (*Saliendo*).

D. FLORENCIO: ¿Llegó la policía?

SEBASTIÁN: ¡Qué policía!... Sol acaba de quitarse la careta. ¡Se lo ha confesado todo a mi padre!

CAROLA: ¡Horror! ¿Y ahora qué papel hago?

D. FLORENCIO: ¿Pero usted no es Sol?

CAROLA: ¡Déjeme en paz!

D. FLORENCIO: ¡Yo estoy en la luna!

CAROLA: ¡Por su culpa!

D. FLORENCIO: ¡¡Yo!!...

SEBASTIÁN: ¡Todo por ti!...

Entra don Bernabé, luego Esther, y en seguida, cuando se indique, el Repórter Primero. Los primeros, de derecha, el segundo del foro, luego doña Clemencia.

D. BERNABÉ: ¡Pronto... éter... colonia... alcohol... gente, que a esa muchacha le ha dado un síncope terrible!

SEBASTIÁN: ¡Tierra, ábrete y tráganos!

ESTHER: Saliendo. No la podemos sostener... vengan... ¡Sebastián... tío... papá!...

REPÓRTER 1º: ¡Señores!... ¡Ahí están los pesquisas! He reconocido al oficial... ¡El coche avanza!

TODOS: ¡Oh!

Dª CLEMENCIA: (*Desde la puerta*). Pero venga alguien... ¡Esa muchacha se muere!

En medio de grandes aspavientos entran todos a la derecha. Confusión enorme. Carola ha tirado la valija. Don Florencio, que es el último en hacer mutis, es sorprendido por el Oficial en el momento que recoge la valija.

OFICIAL: Permiso...

D. FLORENCIO: ¡Ahora sí que se hizo el barro completo!

OFICIAL: ¿El señor es de la casa?

D. FLORENCIO: Sí, señor. (*Volviendo la cara*) Pero voy a llamar a...

OFICIAL: Soy oficial de policía... y vengo a... Un momento... Míreme de frente. (*Buscando algo en el bolsillo del saco*).

D. FLORENCIO: ¡Se acabó el carbón!

OFICIAL: (*Mirando una fotografía*) ¡Usted está hablando?

D. FLORENCIO: Señor... yo no digo una palabra...

OFICIAL: ¡Sí, hablando!

D. FLORENCIO: ¡Si no despliego los labios!

OFICIAL: Digo que está hablando en este retrato. ¿Cómo se llama?

D. FLORENCIO: Florencio Sandoval, para servir a usted.

OFICIAL: ¡Dese preso!

D. FLORENCIO: ¿Por qué?

OFICIAL: ¿Conoce a este? (*Enseñándole el cartón*).

D. FLORENCIO: ¿A ver? ¡Igualito! Sí, soy yo... Pero le explicaré. Verá...

OFICIAL: Eso al juez... Yo no tengo más misión que conducirlo a Buenos Aires juntamente con el señor Sebastián Sotomayor.

SEBASTIÁN: Aquí estoy.

D. FLORENCIO: Veamos cómo sale del entrevero.

OFICIAL: He sido encargado de... (*Saca dos retratos*).

SEBASTIÁN: De prender, lo sé...

- OFICIAL: Y de averiguar si la triple Sol Bernal se halla aquí viva o muerta...
- SEBASTIÁN: A la señorita Bernal acaba de darle un ataque de nervios del cual se está reponiendo. Por el momento, no podrá usted hablar con ella. Interrógueme a mí, que yo le daré cuantos datos desea, a fin de que aclaremos el lío estúpido que lo ha traído a mi casa. *(Mientras dice esto, el Oficial mira los retratos que sacó del bolsillo).*
- OFICIAL: Observo que, según este retrato, usaba usted bigotes. ¿Por qué se ha afeitado?
- D. FLORENCIO: Pero este hombre es un escaparate de fotografía...
- SEBASTIÁN: ¿Cómo tiene usted en su poder esos retratos?
- OFICIAL: En el registro que se hizo en la casa de Sol, los encontramos encima de la mesa de noche.
- SEBASTIÁN: ¿A ver? *(Se lo da el oficial).*
- OFICIAL: ¿Qué hace usted?
- SEBASTIÁN: Ya ve usted, romperlos...
- OFICIAL: Es usted demasiado violento...
- D. FLORENCIO: ¿Quisiera permitirme la fotografía en donde estoy yo?...
- OFICIAL: Sí, señor. *(Se la da y don Florencio la rompe).* Su actitud es estéril, señor. Hay más de mil copias repartidas en todas las comisarías de la República.
- D. FLORENCIO: ¡No acierto ni una!
- OFICIAL: Quisiera no perder tiempo en estas fantochadas, señor...
- SEBASTIÁN: Opino lo mismo. Yo creo que en breves palabras quedará usted satisfecho. La señorita Sol Bernal se halla en esta casa por su voluntad. No ha habido tal secuestro, ni tal robo. Las alhajas se las trajo ella misma en esa valija.

- OFICIAL: De cualquier manera, yo tengo que cumplir con la orden de conducirlos a Buenos Aires y de incautarme de las joyas.
- SEBASTIÁN: Perfectamente. Pero suplico a usted que no hagamos las cosas con teatralidad ni escándalo. Yo soy el más interesado en que todo se aclare. Por lo tanto, pido a usted que se retire a su coche, mientras preparamos nuestro regreso a Buenos Aires.
- OFICIAL: Advierto a usted que toda intentona de fuga fracasará, pues he tomado mis medidas. La gendarmería volante de la provincia secunda en estos momentos mi acción.
- SEBASTIÁN: Repito que yo soy el principal interesado en llegar con usted a Buenos Aires.
- OFICIAL: Bien. Aguardo afuera. *(Vase por foro).*
- D. FLORENCIO: ¿Y ahora qué piensas hacer?
- SEBASTIÁN: ¿No lo ha oído usted? Ir a Buenos Aires a desenredar la madeja. Apúrese... Vístase...
- D. FLORENCIO: ¿Yo?... ¿Para qué?...
- SEBASTIÁN: ¿Cómo para qué?... Para declarar por qué causas se hallaba usted en casa de Sol; para explicar su fuga...
- D. FLORENCIO: ¡Ah... no... no!...
- SEBASTIÁN: Es que si no va a las buenas, lo llevarán a la fuerza. Este hombre tiene que cumplir órdenes terminantes. A nada conduce resistirse. Vístase... vístase... así alcanzamos el tren de la una. Mañana estará usted de regreso. Mientras usted se arregla, yo hablaré con mi padre...
- D. FLORENCIO: ¿De modo que no hay más remedio que ir a Buenos Aires?... Cualquiera día vuelvo a meterme a hacer el don Juan Tenorio... ¡Qué vergüenza, señor, qué vergüenza! Me

tendrán que adiestrar respecto a las declaraciones; ¡porque yo aún no me he enterado de lo que se trata!

SEBASTIÁN: Usted dice la verdad, y nada más que la verdad.

D. FLORENCIO: Estás fresco que yo voy a contar a qué fui a esa casa maldita.
(*Vase por izquierda*)

ESTHER: (*Saliendo*). Ya se halla muy bien. Quiere hablar contigo, Sebastián. Me da una lástima la pobre... Pero decime en confianza... ¿Es Sol de verdad o es otro cuento que nos han armado para irse?...

SEBASTIÁN: ¡Sí, es Sol, nenita mía! (*Muy cariñoso*).

ESTHER: ¡Nenita tuya! Eso es lo que crees, que soy nena y que soy tuya. Pues te equivocas. Si porque me hago la chica te crees que te vas a burlar de mí, estás equivocado. Quédate con tu cómica y no me vengas a brindar finezas, que no te las pido...

SEBASTIÁN: Y que yo no podría ofrendártelas sinceramente. Tú eres angelical, tú eres pura, tú eres buena... yo... yo...

ESTHER: Sí... lo sabemos... eres un sinvergüenza. De hoy en más queda roto nuestro noviazgo. Vuélvete a Buenos Aires a seguir tus calaveradas, tus desórdenes, y no te acuerdes tan siquiera de que un día te confesé que me gustabas.

SEBASTIÁN: ¡Esther! ¿Qué dices?

ESTHER: Lo que no quiero que tú me digas.

SEBASTIÁN: Tienes razón y sabes más en tus pocos años que todos los que te rodean. Soy indigno de ti... Perdóname.

ESTHER: Te juro que te perdono.

SEBASTIÁN: Pruébamelo.

ESTHER: ¿Te parece poca prueba esta de hablarte sin lágrimas en los ojos?... ¡Sí... vete de la estancia y no vuelvas nunca más! ¡Vete

pronto, júrame que no volverás nunca más!...

SEBASTIÁN: Sí... no volveré a verte, pero que no lo sepa la pobre vieja... que no lo sepa mi padre... Que se queden con la dulce ilusión de mi retorno a sus brazos.

ESTHER: ¡Adiós... ingrato! Adiós... (*Medio mutis izquierda*).

SEBASTIÁN: ¿Dónde vas?

ESTHER: A buscar un tapado y un sombrero para esa. No puede ir hecha un adefesio a Buenos Aires con ustedes... contigo...

SEBASTIÁN: Escucha...

ESTHER: ¡Hemos terminado! (*Vase por izquierda*).

SEBASTIÁN: ¡Esther!... ¡Esther!... ¡En fin!... ¡Maldito corazón que no puede partirse en dos! ¡Ea, pecho al agua! (*Va a irse por derecha y se encuentra con la madre*).

D^a CLEMENCIA: ¿Vas a verla? Farsante... ve... ve... aunque para llegar hasta allí tengas que salpicar mis canas con tu vicio...

SEBASTIÁN: Mamá... mamá... no apure usted mi paciencia... no haga usted que me desespere...

D^a CLEMENCIA: Estás embrujado... te han cambiado el alma y el corazón... Márchate cuanto antes con esa mujer... No manches más la pureza de esta casa.

SEBASTIÁN: ¡Eso no, mamá! Ella ni yo manchamos. Ella porque me quiere, yo porque la adoro... Mi vida sin ella es imposible...

D^a CLEMENCIA: Porque te ha embrujado, lo repito... Márchate, Sebastián, y no vuelvas a esta casa hasta que no hayas recuperado tu voluntad y tu corazón hoy propiedad de esa...

SEBASTIÁN: ¡Mamá!

D^a CLEMENCIA: Sí... de esa... a quien quieres más que a tu pobre madre... Vete... Tu padre está creidísimo que volverás...

SEBASTIÁN: Sí... muy pronto... pronto...

D^a CLEMENCIA: Has matado las ilusiones de la pobre Esther. Tu presencia va a matarla... Pero ya está de más esa mujer aquí... ¿Esa muchacha no le trae el sombrero y el tapado?...

SEBASTIÁN: Sí... fue a buscarlo...

D^a CLEMENCIA: Tarda demasiado... Voy yo...

SEBASTIÁN: ¡Mamá!

D^a CLEMENCIA: ¡Ahora voy a proceder yo, con toda la autoridad de mi cariño y con toda la rectitud de mi dignidad. *(Vase por izquierda)*.

D. BERNABÉ: *(Con Carola, por derecha)*. Le repito a usted que me doy cuenta cabal de su situación. Usted no tiene la culpa... ¡La tiene ese bergante!

SEBASTIÁN: Sí... yo la tengo y reclamo para mí todas las consecuencias,

CAROLA: Mi misión ha terminado. Perdón, otra vez, por mi comedia. Carola Díaz, para servir a usted. En el coche les aguardo. ¡Ay, me va a parecer mentira verme en el tren! *(Vase por foro)*.

SEBASTIÁN: *(Aparte)* Y a mí me va a parecer mentira perderte de vista.

D. BERNABÉ: Ahora que estamos solos... Dime una vez siquiera la verdad. ¿Cuál de esas es Sol? ¿La que se acaba de ir o la que se está reponiendo del patatús?

SEBASTIÁN: La... la...

D. BERNABÉ: ¡No me mientas!

SEBASTIÁN: La que está en el escritorio.

D. BERNABÉ: ¿Estás seguro de lo que dices?

SEBASTIÁN: Se lo juro a usted, papá... por ella, por ella a quien quiero con un amor que es superior hasta al respeto que usted me merece...

D. BERNABÉ: ¿Respeto?

SEBASTIÁN: Sí... respeto inmenso que nada tiene que ver con mi amor... Ella es buena... es honesta, la ansío mía... Ya ve usted que no puedo hablarle con más sinceridad.

D. BERNABÉ: Y con más poca vergüenza también...

SEBASTIÁN: El amor es sinvergüenza casi siempre...

D. BERNABÉ: ¡El tuyo, sí! Desde este instante queda roto todo vínculo tuyo con nosotros, hasta que vuelvas al buen camino. Procura no retrasarte en el viaje, porque la leyenda del hijo pródigo, no se repetirá para ti. Yo bien sé que una pasión bastarda, hipnótica, como la que padeces, no se la saca uno del espíritu y de la carne, como si fuera prenda de vestir... Procura curarte... Entretanto, no pongas los pies en esta casa, ni cuentas con mi dinero o el de Florencio. Es muy fácil tener amores con plata ajena. Aliméntalos con tus propios recursos... Que tu pobre madre ignore que no volverás a la estancia hasta que hayas sacudido ese yugo innoble que soportas. ¡Vete!... ¡Pronto!... Voy a darle instrucciones a tu tío Florencio que te acompañará. ¡Ahí tienes a tu... amor!... *(Riendo amargamente, vase por izquierda)*.

SEBASTIÁN: ¡Sea! ¡Terminemos! ¡Sol!

SOL: *(Saliendo de derecha)* ¿Hasta cuándo me vas a tener en esta incertidumbre? ¿A qué aguardamos para irnos?

SEBASTIÁN: ¿Tú te crees que un lío como el que has armado se aclara como por arte de magia?

SOL: Esta casa se me viene encima... ¡Tanta humillación me lastima!

SEBASTIÁN: ¿Quién te humilla?

SOL: Tú... y todos los tuyos.

SEBASTIÁN: ¿Yo... cuando acabo de tirar por la ventana el respeto y el acatamiento que debo a mi gente?

SOL: No haces más que corresponderme... Te amo más que nunca... No me abandones, Sebastián. Vámonos para no separarnos nunca... nunca. Toda esta farsa ridícula y cómica tiene para mí una amargura inmensa, siento ganas de llorar... Me parecerá imposible no perderte... Di que eres mío...

SEBASTIÁN: Tuyo... más que nunca... Sé cuánto vale tu corazón, pero tú no sabrás menos cuánto me cuesta este desgarrón con mis padres...

SOL: Los padres perdonan siempre... ya se les pasará la amargura... En cuanto a ella...

SEBASTIÁN: Acabo de cortar brutalmente las alas a un ángel...

SOL: ¿Ángel ella? ¿Y yo, qué soy?

SEBASTIÁN: Mi vida... mi ángel luciferino, mi Sol, mi dulce Sol... que me lleva en sus rayos después de la tormenta...

SOL: Es que ha salido el arco iris, tonto.

Se abrazan. Aparecen por izquierda don Florencio y doña Clemencia.

DON FLORENCIO Y DOÑA CLEMENCIA:

¡¡Oh!!...

SEBASTIÁN: ¡Por eso sigue lloviendo!

D^a CLEMENCIA: Pronto. Basta de desvergüenza. ¡Vístase de cualquier modo y márchese de mi casa!

D. FLORENCIO: (*Aparte*). Este no desperdicia el tiempo... Y en el fondo me da envidia. Pero yo debo indignarme. (*Alto*) ¡Vamos pronto, como dice tu madre!

SEBASTIÁN: Sí, en seguida.

D. FLORENCIO: Aquí está la valija... las camisas también están...

SOL: (*Poniéndose el tapado y el sombrero*) Lista.

Don Bernabé y Esther, por izquierda. Luego, por el foro, Carola y el Oficial, los fotógrafos y repórters.

SEBASTIÁN: ¡Adiós, mamá!...

D^a CLEMENCIA: No vuelvas hasta que te halles curado... No me cansaré de pedirselo a la Virgen. Yo consolaré a tu padre.

ESTHER: Se va...

D. BERNABÉ: Esconde tus lágrimas, que no las merece... Ya volverá...

ESTHER: Si el pobre supiera que no...

D. BERNABÉ: Adiós... Que no sepa tu madre que te he prohibido que vuelvas hasta que hayas roto definitivamente tus innobles ligaduras...

SOL: Perdón... señores... perdón...

CAROLA: El Oficial se cansa de esperar...

D. FLORENCIO: ¿Esta viene con nosotros?

SEBASTIÁN: ¡Claro!

Aparecen los fotógrafos.

D. FLORENCIO: Ya tengo programa para el camino. ¡Ay, los fotógrafos!...

TELÓN

> índice

> Prólogo	pág. 7
> ¡Al campo!	pág. 31
NICOLÁS GRANADA	
> Marco Severi	pág. 135
ROBERTO J. PAYRÓ	
> La abuelita	pág. 211
EVA CANEL	
> Las d'enfrente	pág. 285
FEDERICO MERTENS	
> Cañas y trapiches	pág. 343
ALBERTO GARCÍA HAMILTON	
> Dorrego	pág. 389
DAVID PEÑA	
> Eclipse de Sol	pág. 469
ENRIQUE GARCÍA VELLOSO	

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz
Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón,
Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago
Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez,
Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y
Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens
Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez
de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y
Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente,
Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández,
Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel
Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni,
Luis Sampredo
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampredo
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano
Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,
José Montero, Ariel Barchilón, Matías
Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas
del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo
(Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños
y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés
Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón,
M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa,
Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

- nueva dramaturgia latinoamericana
Prólogo: Carlos Pacheco
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1
Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial
Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente
Cuatro obras de Aristides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular
En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura
Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco
Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolés (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- la valija de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave de Armando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos. hacia una didáctica del teatro con adultos I de Luis Sampetro
- una de culpas de Oscar Lesa
Coedición con Argentores
- desesperando de Juan Carlos Moisés
Coedición con Argentores
- almas fatales, melodrama patrio de Juan Hessel
Coedición con Argentores
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo V (1885-1899)
Obras de la Nación Moderna
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- técnica vocal del actor
Guía práctica de ejercicios -parte 1- de Carlos Demartino
- el teatro, el cuerpo y el ritual de María del Carmen Sanchez
- tincunacu. teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino de Cecilia Hopkins
- teatro/10
Obras ganadoras del 10º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erika Halvorsen y Andrés Rapoport.
- la risa de las piedras de José Luis Valenzuela
Prólogo: Guillermo Heras

- concurso nacional de ensayos teatrales alfredo de la guardia
Textos de: María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo y Alicia Aisemberg
- rebeldes exquisitos
Conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas
de José Tcherkaski
- ponete el antifaz
(escritos, dichos y entrevistas)
de Alberto Ure
Compilación: Cristina Banegas
- antología de teatro latinoamericano - 1950-2007
De Lola Proaño y Gustavo Geirola (3 tomos)
- dramaturgos argentinos en el exterior
Incluye obras de J. D. Botto, C. Brie, C. Castrillo, S. Cook, R. García, I. Krugli, L. Thénon, A. Vargas y B. Visnevetzky.
Compilación: Ana Seoane
- el universo mítico de los argentinos en escena
de Perla Zayas de Lima (2 tomos)
- air liquid
de Soledad González
Coedición con Argentores
- un amor de Chajarí
de Alfredo Ramos
Coedición con Argentores
- un tal Pablo
de Marcelo Marán
Coedición con Argentores
- casanimal
de María Rosa Pfeiffer
Coedición con Argentores
- las obreras
de María Elena Sardi
Coedición con Argentores
- molino rojo
de Alejandro Finzi
Coedición con Argentores

antología de obras de teatro argentino

se terminó de imprimir en
Buenos Aires.

